

Oliver RICCE

La voz
del diablo

Por la autora de *Identificados con el tiempo*

Anne Rice

La Voz Del Diablo

La puerca entró con la silla, el cerdito chocó con la cuna, la bandeja cayó de la mesa. Y el puchero se tragó el cazo. El asador que estaba detrás de la puerta derribó la cuchara al suelo. «¡Pardiez! — exclamó la parrilla—. ¿Es que no podéis ponerlos de acuerdo? Yo soy el jefe de policía. ¡Conducidlos ante mí!»

Los cuentos de mamá oca.

Al principio oía la voz de su padre. «Emaeth», le susurraba junto al vientre de su madre mientras ésta dormía. Luego le cantaba largas canciones del pasado, unas canciones sobre el valle de Donnelaith, el castillo y el lugar donde un día se encontrarían ambos. Le aseguró que nacería sabiendo todo cuanto él sabía. «Así somos nosotros», le dijo su padre en el rápido lenguaje que los otros no comprendían.

A los otros les sonaba como un murmullo o un silbido. Era su lengua secreta, pues eran capaces de oír unas sílabas pronunciadas rápidamente que los otros no captaban. Ambos se comunicaban por medio de ese lenguaje. Emaeth casi sabía hablar...

«Emaeth, tesoro mío, Emaeth, hija mía, Emaeth, mi compañera.»

Su padre aguardaba a que creciera, fuerte y sana. Tenía que crecer deprisa para reunirse con él.

Cuando llegara el momento, su madre la ayudaría. Tenía que beber la leche de su madre.

Su madre dormía. Su madre lloraba. Su madre soñaba. Su madre caía enferma. Cuando su padre y su madre se peleaban, el mundo temblaba y Emaeth sentía miedo.

Pero su padre le cantaba canciones para tranquilizarla, recordándole que las palabras de la canción eran muy rápidas y su madre no podía comprenderlas. La melodía hacía que a Emaeth le pareciera como si el pequeño mundo en el que vivía se hubiera hecho más grande y ella flotara en un lugar sin fronteras, ampliado por la canción de su padre.

Su padre le recitaba unas poesías muy hermosas, unas palabras que rimaban. Al oírlas, Emaeth agitaba los brazos

y las piernas y volvía la cabeza.hacia uno y otro lado, estremeciéndose de placer.

Su madre no le hablaba. Su madre no sabía que Emaeth estaba ahí. Emaeth era muy diminuta, según le dijo su padre, pero esta ba perfectamente formada y tenía una larga y sedosa cabellera.

Pero cuando su madre hablaba, Emaeth comprendía lo que decía; cuando su madre escribía, Emaeth veía las palabras. Emaeth oía con frecuencia murmurar a su madre. Sabía que tenía miedo.

A veces veía los sueños de su madre. Veía el rostro de Michael. Veía unas disputas. Veía el rostro de su padre tal como lo veía su madre, lo cual entristecía a ésta.

Su padre amaba a su madre, pero su madre le ponía furioso. Cuan do su padre pegaba a su madre, ésta sufría; a veces incluso caía al suelo, y Emaeth gritaba, o trataba de gritar. Cuando su madre se había quedado dormida, su padre la tranquilizaba, diciéndole que no debía tener miedo, que algún día se encontrarían en el círculo de piedras de Donnelaith. Le relataba viejas leyendas sobre los tiempos en que todos los seres hermosos vivían en una isla, que era el paraíso, antes de que llega ran los otros y los pequeños seres.

Las flaquezas de los humanos y la tragedia de los pequeños seres eran tristes y lamentables. ¿Acaso no era preferible que todos fueran expulsados de la tierra?

«Te contaré las cosas que he descubierto y las que me han contado», decía su padre.

Emaeth vio el círculo de piedras y la alta figura de su padre tal como era ahora, pulsando las cuerdas de un arpa. Todo el mundo bailaba. Emaeth vio a unos pequeños seres, mezquinos y rencorosos, ocultos en las sombras. No le gustaban esos seres, no quería que entraran en la ciudad.

«Nos odian —le explicó su padre, refiriéndose a los pequeños seres—. Es lógico. Pero ya no pueden hacernos

daño. No son más que el recuerdo de unos sueños que no llegaron a cumplirse.»

Ha llegado la hora. La hora triunfal para Emaeth y su padre.

Emaeth vio a su padre en los viejos tiempos, con los brazos extendidos. Era Navidad y el valle estaba cubierto de nieve. Vio unos hermosos pinos albares. La gente entonaba unos himnos. A Emaeth le complacía oír sus voces. Tenía aún mucho que ver y aprender.

«Si algún día llegamos a separarnos, tesoro, reúnete conmigo en el valle de Donnelaith. No te será difícil encontrarlo. Sé que puedes conseguirlo. Las personas que pretenden separarnos buscan a tu madre. Recuerda que nacerás sabiendo todo cuanto debes saber. ¿Puedes responderme?»

Emaeth lo intentó, pero no pudo.

«Taltos —dijo su padre, besando el vientre de su madre—. Te oigo, tesoro mío, te quiero.»

Emaeth se sentía feliz cuando su madre dormía, porque cuando se despertaba rompía a llorar.

«¿Crees que no soy capaz de matarlo? —le preguntó su padre a su madre. Se estaban peleando a causa de Michael—. Por supuesto que soy capaz de matarlo. Si me abandonas, lo mataré.»

Emaeth vio a esa persona, a ese Michael, a quien su madre amaba y su padre odiaba. Michael vivía en Nueva Orleans, en una casa muy grande. Su padre quería regresar a esa casa. Deseaba tomar posesión de ella, pues era suya, y le enfurecía que estuviera ocupada por Michael. Pero sabía que debía esperar. Emaeth había ido a su encuentro, alta y fuerte. Tenía que existir un Principio. Su padre deseaba que se reunieran en el valle de Donnelaith. El Principio era todo. Nada existía si no existía un Principio.

Prospera, hija mía.

Taltos.

Nadie vivía ya en Donnelaith. Pero ellos vivirían allí: Emaeth, su padre y los hijos de ambos.

Tendrían muchos hijos. Se convertiría en el santuario del Principio. «Será nuestro Belén», le susurró su padre. Sería el comienzo de todos los tiempos.

Había oscurecido. Su madre estaba acostada, llorando y repitiendo sin cesar: «Michael, Michael, Michael.»

Emaeth lo supo al amanecer.

Todo adquirió un colorido más brillante y Emaeth vio la mano de su madre sobre ella, oscura, delgada e inmensa, cubriendo el mundo entero.

La casa estaba a oscuras. Los coches habían partido y sólo se veía encendida una luz en la ventana de la habitación de Michael Curry, la vieja habitación donde muriera la prima Deirdre.

Mona sabía perfectamente lo que había sucedido esta noche y se alegraba. Casi lo había planeado...

Mona le había asegurado a su padre que iría a Metairie con el tío Ryan y las primas Jenn y Clancy, pero no le había dicho nada al respecto al tío Ryan y éste se había marchado hacía tiempo, suponiendo, al igual que los demás, que Mona había regresado a la casa de la calle Amelia con su padre, lo cual no era cierto. Mona había estado en el cementerio y había perdido la apuesta de que David no se atrevería a hacerlo con ella allí, la noche del martes de carnaval, ante la tumba de los Mayfair. David lo había hecho. En realidad, no había sido gran cosa, aunque para un chico de quince años no estaba mal. A Mona le había excitado huir con David, sentir su temor, trepar juntos por el muro encalado del cementerio y deslizarse entre las lápidas de mármol. Resultaba bastante desagradable tumbarse en la fría y húmeda tierra, pero lo había hecho, alisándose la falda por detrás de forma que sólo tuviera que bajarse las braguitas sin apenas ensuciarse. «¡Hazlo!», le ordenó a David, el cual estaba más que dispuesto. Mientras lo hacían, Mona había contemplado una estrella que brillaba en el nublado cielo; luego sus ojos se habían posado en una pequeña lápida en la que figuraba el nombre de Deirdre Mayfair.

De pronto, cuando hubo terminado David, le dijo: —No tienes miedo de nada. —¿Acaso debo tener miedo de ti? —replicó Mona incorporándose, sin molestarse en disimular su decepción. Todavía estaba excitada y su primo David ni

siquiera le gustaba mucho, pero se alegraba de haberlo hecho.

«Misión cumplida», escribiría más tarde en su ordenador, en el directorio secreto llamado \ WS\MONA \AGENDA, donde depositaba todas sus confesiones sobre los triunfos que no podía compartir con nadie en el mundo. Nadie era capaz de descubrir la clave de sus archivos secretos, ni siquiera el tío Ryan o el primo Pierce, a quienes había sorprendido en diversas ocasiones husmeando en sus archivos. «Lo tienes muy bien montado», le decían. Poseía el IBM 386 clónico más rápido del mercado, dotado de máxima capacidad de memoria y almacenamiento en disco duro. Era asombrosa la cantidad de cosas que la gente ignoraba sobre los ordenadores. Ella misma aprendía todos los días algo nuevo sobre estos aparatos.

Sí, éste era un momento del que sólo podía ser testigo su ordenador. Es posible que, ahora que su padre y su madre se habían convertido en unos alcohólicos, Mona empezara a escribir con frecuencia sobre ellos. Había muchos Mayfair a quienes conquistar. De hecho, su agenda no incluía a nadie que no fuera un Mayfair; excepto, claro está, Michael Curry. Aunque, en realidad, Michael había terminado por convertirse en un Mayfair. Estaba dominado por la familia.

Michael Curry se hallaba asolas en la casa. Eran las diez de la noche del martes de carnaval, tres horas después de haber pasado Comus, y Mona Mayfair contemplaba la casa desde la esquina de las calles Primera y Chestnut, sintiéndose liviana como un espectro. Tenía ante sí toda la suave y oscura noche para hacer lo que le ape-teciera.

Probablemente su padre había perdido el conocimiento y alguien lo había acompañado a casa.

Habría sido un milagro que estuviera en condiciones de recorrer a pie las trece manzanas hasta Amelia y Saint Charles. Ya antes de que pasara Comus, estaba tan borracho que se había sentado en el territorio neutral de Saint Charles, con una botella de Southern Comfort entre las

manos, y se había dedicado a beber ante las narices del tío Ryan, la tía Bea y quienquiera que se hallara presente en aquellos momentos, advirtiéndole a Mona que lo dejara en paz.

A Mona le tenía sin cuidado lo que hiciera su padre. Michael Curry la había alzado como si fuera una pluma y la había llevado sentada sobre sus hombros durante todo el desfile. A Mona le gustaba ir montada sobre los vigorosos hombros de ese hombre, con una mano apoyada en su cabello negro y rizado. Le gustaba sentir su rostro entre los muslos, que apretaba ligeramente mientras le rozaba la mejilla con la mano izquierda.

Era todo un hombre, ese Michael Curry. Y el padre de Mona estaba demasiado borracho para observar lo que ella hacía.

En cuanto a su madre, había perdido el conocimiento por la tarde. Habría sido también un milagro que se despertara a tiempo de ver pasar a Comus por Saint Charles y Amelia. La anciana Evelyn estaba allí, por supuesto, silenciosa como de costumbre, pero despierta. Se daba cuenta de todo cuanto sucedía a su alrededor. Si Alicia prendiera fuego a la casa, la anciana Evelyn sería perfectamente capaz de pedir auxilio. Uno ya no podía dejar solas a la pobre Alicia.

Mona lo tenía todo previsto. Sabía que Vivian, la tía de Michael, no estaría en la casa de la calle Primera, pues había ido a pasar la noche a casa de la tía Cecilia. Mona las había visto partir juntas después del desfile. Y Aaron Lightner, un erudito y misterioso personaje, se había marchado con la tía Bea. Mona les había oído planearlo. ¿ En el coche de él o en el de ella? A Mona le alegraba pensar que Beatrice Mayfair y Aaron Lightner estaban juntos. Aaron parecía quitarse diez años de encima cuando estaba con Beatrice, la cual, pese a su edad y su cabello canoso, atraía las miradas de todos los hombres. Cuando entraba en Walgreen's, los empleados salían apresuradamente del almacén para atenderla; a

veces, un caballero le pedía consejo sobre un buen champú que eliminara la caspa. La tía Bea poseía un increíble poder de seducción, pero a ella sólo le interesaba Aaron Lightner, lo cual repre-sentaba una novedad.

A Mona no le importaba que Eugenia, la vieja doncella, se encontrara en la casa, porque probablemente estaría acostada en el dormitorio del fondo y, según decían, después de tomarse su acostumbrada copa de oporto nada era capaz de despertarla. En la casa no había prácticamente nadie salvo su hombre. Desde que conocía la historia de las brujas Mayfair —tras haber leído el largo documento de Aaron Lightner—, Mona estaba obsesionada con la casa de la calle Primera. Deseaba formularle a Michael algunas preguntas sobre lo que había leído acerca de trece brujas procedentes de una aldea escocesa llamada Donnelaith, una de las cuales —una desdichada aunque astuta mujerhabía sido quemada en la hoguera en 1659. Todo el mundo soñaba con tener una historia tan pintoresca. Al menos, Mona.

Había ciertos pormenores de la larga historia familiar que tenían un significado especial para ella.

Lo que más le intrigaba era la leyenda sobre la vida del tío Julien.

Incluso Gifford, la tía de Mona, se encontraba esa noche lejos de Nueva Orleans, en su casa de Destin, en Florida, ocultándose de to-dos y preocupada por el clan. Gifford le había rogado a la familia que no se reuniera en la casa el martes de carnaval. Pobre tía Gifford. Había prohibido que se mencionara en su presencia el informe sobre las brujas Mayfair. «No creo en esas cosas», decía.

La tía Gifford vivía en un permanente estado de terror. No quería ni oír hablar de las leyendas del pasado. La pobre tía Gifford sólo so-portaba la presencia de su abuela, la anciana Evelyn, porque ésta casi nunca pronunciaba una palabra. La tía Gifford ni siquiera quería re-conocer que era nieta de Julien.

En ocasiones, Mona se sentía tan triste por la tía Gifford que casi le entraban deseos de romper a llorar. La tía Gifford sufría por toda la familia, y nadie se sentía más apenada por la desaparición de Rowan Mayfair que ella. Ni siquiera Ryan. En el fondo, la tía Gifford era una mujer entrañable; no existía nadie mejor que ella para pedirle consejo sobre los aspectos prácticos de la vida, como cuál era el vestido idóneo para el baile de la escuela, si una debía afeitarse o no las piernas, o qué perfume era el más indicado para una chica de trece años (Laura Ashley n.º 1). En resumen, el tipo de cosas frívolas que Mona ignoraba. ¿Qué se proponía Mona esa noche del martes de carnaval, ahora que había conseguido quedarse sola y nadie sabía lo que había maquinado? Ella sí lo sabía, por supuesto. ¡La casa de la calle Primera era suya! Parecía como si la enorme y tenebrosa mansión, con sus blancas columnas, le susurrara: «Mona, Mona, entra sin temor. Aquí vivió y murió el tío Julien. Ésta es la casa de las brujas y tú también eres una bruja. Éste es el lugar al que perteneces.»

Quizás era el propio tío Julien quien le hablaba. No, sólo era una fantasía. Con una imaginación como la de Mona, uno podía ver y oír lo que deseara.

Pero, quién sabe, puede que una vez que hubiera logrado entrar viese al fantasma del tío Julien.

Sería estupendo. Sobre todo si se topaba con el simpático y elegante tío Julien con el que solía soñar. Mona atravesó la calle bajo el oscuro techado que formaban las ramas de las encinas, se encaramó apresuradamente a la vieja verja de hierro y aterrizó al otro lado, entre unas matas y unos filodendros, sintiendo el frío y húmedo follaje sobre su rostro. Acto seguido, tras alisarse la falda del vestido rosa, comenzó a andar sigilosamente por el camino empedrado.

A ambos lados de la amplia puerta de entrada habían unas farolas encendidas. En el oscuro porche Mona distinguió la silueta de unas mecedoras pintadas de negro, al igual que los postigos.

Echó un vistazo alrededor del inmenso jardín, el cual parecía envolverla y aislarla del resto del mundo.

La casa ofrecía el mismo aspecto de siempre —hermosa, misteriosa y atrayente—, aunque a Mona le gustaba más antes de que Michael decidiera restaurarla, cuando estaba en ruinas y abandonada. Le gustaba contemplar a Deirdre sentada en una de las mecedoras del porche, mientras las gigantescas parras trepadoras amenazaban con engullir la casa y el jardín que la rodeaba.

Michael había salvado la casa, pero Mona hubiera preferido entrar en ella cuando estaba todavía en ruinas. Sabía que habían hallado un cadáver en el desván. Había oído a su madre ya la tía Gifford hablar de ello con frecuencia. La madre de Mona tenía tan sólo trece años cuando nació ésta, y la tía Gifford siempre había estado junto a ellas.

De hecho, durante un tiempo Mona no estuvo segura de si su madre era Alicia o Gifford.

Posteriormente había aparecido la anciana Evelyn, a quien le encantaba sostener a Mona en su regazo. Aunque apenas hablaba, la anciana Evelyn solía cantar unas canciones muy melancólicas.

Por aquella época Alicia se había convertido en una alcohólica y era Mona quien se ocupaba de la casa de la calle Amelia. En aquellos tiempos hablaban con frecuencia del cadáver que habían encontrado en el piso de arriba. Hablaban de la tía Deirdre, la heredera, la cual se hallaba sumida en un estado catatónico. Hablaban de todos los misterios de la calle Primera.

La primera vez que Mona entró en la casa de la calle Primera, poco antes de que Rowan se casara con Michael, tuvo la sensación de percibir el hedor del cadáver que habían hallado en el desván.

Sintió de-seos de subir y apoyar las manos en el lugar donde había yacido éste. En aquella época Michael Curry estaba restaurando la casa, que se encontraba llena de

pintores. Cada vez que Mona trataba de subir al desván, la tía Gifford la miraba severamente y le prohibía que se moviera.

Michael Curry había realizado un trabajo prodigioso. Mona soñaba con poder remozar algún día la casa situada en Saint Charles y Amelia.

Nada le impediría ahora a Mona subir al tercer piso. Gracias a la historia que había leído conocía la identidad del hombre que había muerto allí, un joven investigador perteneciente a la organización Talamasca y llamado Stuart Townsend. Aún no habían descubierto quién lo había envenenado, pero Mona suponía que había sido el tío Cortland; en realidad no era su tío, sino su tatarabuelo, lo cual constituía uno de los enigmas más divertidos de la historia familiar.

Luego estaba el misterio de los olores. Mona quería investigar la procedencia del olor que invadía el vestíbulo y el salón de la casa de la calle Primera. No tenía nada que ver con el cadáver, sino con el desdichado suceso acaecido en Navidad. Era un olor que nadie percibía excepto ella, a menos que la tía Gifford hubiera mentido cuando Mona le preguntó si lo notaba.

La tía Gifford le había mentado. Se negaba a reconocer que «veía cosas» y percibía extraños olores. «No huelo nada raro», decía enojada. Quizá fuera cierto. Los Mayfair eran capaces de adivinar el pensamiento de otras personas, pero erigían unos impenetrables muros entre ellos.

Mona deseaba tocarlo todo. Quería encontrar el Victrola. Las perlas no le importaban, sólo el Victrola. Y quería averiguar EL GRAN SECRETO FAMILIAR, es decir, lo que le había sucedido a Rowan Mayfair el día de Navidad. ¿Por qué había abandonado a Michael, su recién estrenado marido? ¿Y por qué habían hallado a éste flotando en la helada piscina? Estaba medio muerto. Todo el mundo creyó que iba a morir, excepto Mona.

Por supuesto, Mona había hecho algunas conjeturas respecto a lo ocurrido, pero quería conocer la versión de Michael Curry. Y hasta la fecha no existía tal versión. Si Michael le había contado a alguien lo sucedido el día de Navidad, esa persona probablemente era su amigo Aaron Lightner, miembro de la organización denominada Talamasca, el cual no se lo revelaría a nadie. Todos se compadecían de Michael y no querían forzarlo a hablar sobre el asunto. Habían temido que muriera a consecuencia del accidente.

El día del accidente, por la noche, Mona había conseguido entrar en la unidad de cuidados intensivos del hospital donde estaba ingresado Michael y le había acariciado la mano. Estaba convencida de que no moriría. Se había lesionado el corazón al permanecer sumergido unos minutos en el agua helada de la piscina, sin respirar, y debía descansar para reponerse, pero no moriría. Mona lo comprendió en cuanto le tomó el pulso. Tocar a Michael era como tocar aun Mayfair. Poseía algo especial, como todos los Mayfair. Mona sabía que veía fantasmas, aunque en la historia de las brujas Mayfair no constaban ni él ni Rowan. Mona se preguntaba si Michael estaría dispuesto a revelar la verdad, como, al parecer, se la había revelado a ciertas personas.

Mona tenía mucho que aprender y descubrir. El hecho de tener trece años era una broma pesada.

En realidad no tenía trece años, como tampoco habían tenido nunca trece años Juana de Arco o Catalina de Siena. Eran santas, sí, pero eran casi unas brujas-¿Y lo de la Cruzada de los Niños? De haber estado Mona allí, habría conseguido que les devolvieran Tierra Santa. ¿Y si promoviera una revuelta nacional de genios de trece años, para exigir el derecho al voto en base a la inteligencia y que les concedieran el permiso de conducir en cuanto estuviesen capacitados para ello y los pies les llegaran a los pedales del coche? En fin, esas cuestiones tendrían que aguardar.

Esta noche, mientras regresaban tras asistir al desfile de carnaval, Mona comprendió que Michael estaba lo suficientemente fuerte como para acostarse con ella, suponiendo que lograra convencerlo de que lo hiciese, lo cual no era tarea fácil.

Los hombres de la edad de Michael poseían una interesante combinación de conciencia y autocontrol. Los viejos, como su tío abuelo Randall, se dejaban conquistar con facilidad, y los muchachos jóvenes, como su primo David, eran insignificantes.

Para una niña de trece años, el hecho de perseguir a Michael Curry era como escalar el Everest, pensó Mona sonriendo. «Lo conseguiré aunque me cueste la vida», se dijo. Puede que cuando lograra conquistarlo supiese lo que él sabía sobre Rowan, por qué Rowan y él se habían peleado el día de Navidad y por qué ella había desaparecido. A fin de cuentas, no se trataba de que Michael traicionara a Rowan. Seguramente Rowan se había largado con un hombre; y toda la familia, aunque se negara a hablar de ello, temía por su suerte.

Rowan no estaba muerta; simplemente, era como si se hubiera marchado dejando la puerta del corral abierta. Mona estaba loca por Michael Curry, un hombre fuerte, recio y al mismo tiempo tierno como un osito de peluche.

Mona contempló durante unos instantes el inmenso vestíbulo en forma de U, pensando en todos los retratos de los miembros de la familia que había visto allí a lo largo de los años. El retrato del tío abuelo Julien seguía colgado en la casa de la calle Amelia, aunque la madre de Mona tenía que retirarlo cada vez que aparecía la tía Gifford, a pesar de que eso constituía una ofensa para la anciana Evelyn. La anciana Evelyn rara vez despegaba los labios; lo único capaz de arrancarla de su mutismo era su preocupación por Mona y la madre de ésta, pues temía que Alicia acabara muriendo a causa de su afición a la bebida. Patrick, el padre de Mona, estaba siempre tan borracho que ni siquiera sabía quién era.

Mientras contemplaba el vestíbulo, Mona tuvo la sensación de que veía al tío Julien con su pelo canoso y sus ojos azules. Era curioso pensar que años atrás solía bailar allí con la anciana Evelyn. El informe Talamasca omitía ese detalle. La historia había pasado por altQ ala anciana Evelyn ya sus nietas Gifford y Alicia, así como a la única hija de Alicia, Mona.

Pero esto no era más que un juego. El tío Julien no estaba realmente allí. Esas visiones no eran reales, aunque Mona estaba segura de que no tardarían en materializarse.

Mona se dirigió por el camino empedrado hacia la parte lateral de la casa, hasta alcanzar el porche donde la tía Deirdre solía sentarse en una mecedora. Mona la había observado en muchas ocasiones desde la verja, aunque nunca había entrado. Ahora sabía que drogaban ala pobre Deirdre.

El porche ofrecía un aspecto limpio y aseado. Habían retirado la mampara, pero el tío Michael había instalado de nuevo la mecedora de Deirdre y solía pasar horas sentado allí, aterido de frío, como si estuviera tan loco como ella. Las ventanas del cuarto de estar estaban cubiertas por unos visillos de encaje y unas cortinas de seda. Todo tenía un aire muy suntuoso.

Hacía muchos años, la tía Antha, una bruja como su hija Deirdre, se había caído en el mismo lugar en que se encontraba ahora Mona —donde el camino empedrado se hacía más ancho y formaba un recodo—, falleciendo al instante. Se había partido la cabeza y la sangre manaba copiosamente de ésta y de su corazón.

Nadie podía impedir ahora que Mona se arrodillara y tocara las piedras sobre las que había caído Antha. Durante unos instantes cre-yó ver a Antha, una joven de dieciocho años, con la mirada perdida en el infinito y luciendo un collar de esmeraldas manchado de sangre que se le había enredado en el pelo. Pero no podía estar segura de que no fuera producto de su imaginación, dado que había oído

contar repetidas veces esas historias y había tenido unos sueños muy raros. Un día, sentada ante la mesa de la cocina, Gifford dijo sollozando:

—Esa casa está embrujada. No dejes que Mona vaya allí.

—Tonterías —replicó Alicia—. Mona quiere ser una de las damas de honor en la boda de Rowan Mayfair. Había sido, ciertamente, un honor. Fue una boda por todo lo alto. Mona se había divertido mucho. De no ser porque la tía Gifford no le quitaba los ojos de encima, Mona hubiera registrado esa misma tarde la casa de la calle Primera mientras los demás bebían champán, hablaban sobre cosas intrascendentes y hacían conjeturas sobre el señor Lightner, quien todavía no les había revelado su historia. Mona no habría asistido a la boda si la anciana Evelyn no se hubiera levantado de la silla para encararse con la tía Gifford.

—Deja que la niña sea dama de honor —dijo con voz seca. La anciana Evelyn había cumplido noventa y un años. Puesto que rara vez abría la boca; cuando por fin se decidía a hablar todo el mundo le prestaba atención, aunque en ocasiones resultaba difícil comprender lo que decía.

A veces Mona detestaba a la tía Gifford por sus temores y sus constantes angustias, aunque nadie podía realmente odiarla. Era demasiado buena, sobre todo con su hermana Alicia, la madre de Mona, a quien todo el mundo consideraba un caso perdido porque la habían internado tres veces en un hospital debido a su afición al alcohol y no había servido de nada. Todos los domingos Gifford iba a la calle Amelia para limpiar la casa, barrer la acera y hacerle compañía ala anciana Evelyn. De paso le llevaba unos vestidos a Mona, que detestaba ir de compras.

—Deberías vestirme como las jovencitas de tu edad —le había dicho la tía Gifford hacía unos días.

—Prefiero vestirme como una niña pequeña —respondió Mona—. Es una especie de disfraz. Además, la mayoría de las chicas de mi edad tienen un aspecto bastante

desaliñado. Me gustaría ofrecer un aire corporativo, pero me temo que soy demasiado bajita.

—Tienes el pecho muy desarrollado. Es difícil encontrar vestidos infantiles de tu talla. —¿En qué quedamos? Unas veces quieres que crezca rápidamente y otras que me comporte como es debido. ¿Qué soy para ti, una niña o un problema sociológico? Detesto la uniformidad. Es destructiva. Fíjate en los políticos. Todos se visten igual en Washington, con corbata, camisa y traje gris. Es horrible.

—Quiero que seas más responsable. Que te vistas como corresponde a una joven de tu edad y te comportes como tal, en lugar de parecer una puta de Babilonia con una cinta en el pelo. Gifford se detuvo, asombrada de haberse atrevido a pronunciar la palabra «puta». —¡Perdóname, cariño! —exclamó, sonrojándose y haciendo aspavientos—. Sabes que te quiero mucho, Mona. No era mi intención ofenderte.

—Lo sé, tía Gif, pero no vuelvas a decir nada semejante. Mona permaneció un buen rato arrodillada sobre las frías piedras del camino, hasta que empezó a notar que le dolían las rodillas.

—Pobre Antha —murmuró. Acto seguido se levantó, se alisó la falda, se apartó el pelo de la cara y se aseguró el lazo que llevaba en la cabeza. El tío Michael le había dicho que le encantaba su lazo de seda.

—Todo irá bien —había afirmado esa misma tarde, cuando se dirigían a ver el desfile de carnaval—, siempre y cuando Mona luzca un bonito lazo.

—En noviembre cumplí trece años —murmuró ella, acercándose a él y agarrándole la mano—. Dicen que soy demasiado mayor para llevar lazos en el pelo. —¿Que has cumplido trece años? —replicó Michael, mirándola estupefacto. Sus ojos se posaron brevemente en sus pechos, pero enseguida se sonrojó y apartó la mirada—. No lo sabía. Pero no estoy de acuerdo en que dejes de llevar un lazo en el pelo. Sueño con frecuencia con tu cabello rojo y ese lazo.

Lo había dicho en tono poético, medio en broma. Era un hombre bondadoso y encantador, pero lo cierto es que se había sonrojado ligeramente. Algunos hombres de su edad consideraban a una chica de trece años una especie de bebé nada interesante, pero Michael no era así.

Mona decidió reflexionar sobre la estrategia que debía seguir cuando entrara en la casa y estuviera junto a él. De momento, le apetecía pasear por el jardín. Subió los escalones que conducían a la terraza. Las luces de la piscina estaban encendidas, dándole un hermoso resplandor. La superficie exhalaba un poco de vapor, aunque Mona no comprendía por qué se molestaban en calentar el agua de la piscina. Michael había jurado no volver a bañarse en ella. De todos modos, el día de San Patricio, hiciera la temperatura que hiciera, probablemente habrían cien niños Mayfair chapoteando en la piscina, de modo que era preferible que el agua estuviera templada.

Mona atravesó la terraza hasta llegar a la caseta de la piscina, junto a la que habían hallado unas gotas de sangre en la nieve, lo cual significaba que se había producido una pelea. En estos momentos el suelo estaba limpio, cubierto únicamente por unas hojas. El jardín acusaba todavía los efectos de las fuertes nevadas que habían caído ese año, poco frecuentes en Nueva Orleans, aunque gracias al calor de la semana pasada las maravillas habían florecido de nuevo. Mona aspiró su fragancia y contempló las pequeñas flores en la penumbra. Resultaba difícil imaginar ese paisaje cubierto de sangre y nieve, ya Michael Curry flotando en la piscina, con el rostro ensangrentado, lleno de contusiones y medio muerto.

De pronto Mona percibió otro aroma, un extraño olor que antes había detectado en el vestíbulo y en el cuarto de estar, donde había una alfombra china. Era un olor casi imperceptible, pero ella lo había notado. Lo percibió al acercarse a la balaustrada que rodeaba la piscina, mezclado

con el aroma de las maravillas. Olía a caramelo o algo parecido, aunque no se trataba de nada comestible.

De pronto sintió rabia contra la persona o las personas que habían herido a Michael Curry. Éste le había caído bien desde el momento en que lo conoció. Rowan Mayfair también le era simpática. Le hubiera gustado pasar un rato charlando a solas con ellos para hacerles algunas preguntas y pedirles que le cedieran el Victrola, suponiendo que fueran capaces de encontrarlo, pero no había tenido oportunidad de hacerlo.

Mona se arrodilló de nuevo en el suelo y tocó las frías losas, que lastimaban sus rodillas. Seguía percibiendo el olor, pero no vio nada de particular. Luego dirigió la vista hacia el ala de los sirvientes. Todas las luces estaban apagadas. Al mirar hacia la cochera, situada detrás de la encina de Deirdre, comprobó que había una luz encendida, lo que significaba que Henri todavía estaba despierto. «Bueno, ¿y qué?», se dijo Mona. No le sería difícil librarse de Henri. Esta misma noche, mientras cenaban después del desfile, Mona se había puesto a pensar en Henri y había llegado a la conclusión de que debía de estar muerto de miedo y no quería permanecer en aquella casa. El viejo mayordomo no sabía qué hacer para complacer a Michael, el cual insistía:

—Soy lo que suele decirse un alto proletario, de modo que me conformo con un plato de habichuelas y arroz. Un alto proletario. Después de cenar, cuando Michael intentó emprender la retirada y tomarse su copita de reconstituyente, según decía él, Mona se le acercó para preguntarle: —¿Qué es un alto proletario, tío Michael? — ¡Qué lenguaje! —respondió él, fingiendo sorpresa. Luego, mimpulsivamente, le había acariciado el lazo que llevaba en el pelo.

—Lo siento —dijo ella—, pero es muy importante que una señorita bien educada posea un extenso vocabulario.

Michael se echó a reír y la miró intrigado.

—Un alto proletario es una persona que no tiene que preocuparse de complacer a la clase media —contestó—. No sé si una señorita como tú es capaz de comprenderlo.

—Desde luego. Me parece muy lógico lo que dices y quiero que sepas que detesto la uniformidad.

Michael soltó otra carcajada. —¿Cómo conseguiste convertirte en un alto proletario? —preguntó Mona—. ¿Adónde debo ir para inscribirme?

—No se trata de una organización, Mona —respondió Michael—. Un alto proletario nace proletario.

Es un hijo de bombero que ha ganado mucho dinero. Un alto proletario puede cortar el césped de su jardín cuando le apetezca, lavar él mismo su coche o conducir una furgoneta aunque todo el mundo le diga que se compre un Mercedes. Un alto proletario es un hombre libre.

El tío Michael la miró sonriendo y Mona sintió que se derretía. Por supuesto, se estaba burlando un poco de sí mismo. Pero le gustaba mirarla, eso era evidente. Sí, le gustaba mirarla. Tan sólo le frenaban la prudencia y el sentido del decoro.

—Suenas estupendo —dijo Mona—. ¿Te quitas la camisa cuando cortas el césped? —¿Cuántos años tienes? —le preguntó el tío Michael en broma, ladeando la cabeza y con una expresión ingenua en los ojos.

—Ya te lo he dicho, trece —respondió ella.

Luego se puso de puntillas y le besó en la mejilla. Michael se sonrojó de nuevo. Sí, se había fijado en sus pechos, en su cintura y en sus caderas, que se insinuaban bajo el vestido de algodón rosa.

Parecía conmovido por esa muestra de afecto, una emoción independiente de lo que sentía hacia ella.

Durante unos instantes la observó con los ojos levemente humedecidos y luego se apresuró a decir que debía salir a tomar un poco el aire. Michael le había dicho algo sobre la noche del martes de carnaval, algo referente a

haber pasado frente a esa casa en cierta ocasión, de niño, cuando se dirigía a ver el desfile.

Ahora tenía el corazón perfectamente bien, aunque los médicos le habían aconsejado que no abusara de sus fuerzas y le habían recetado un montón de medicinas. De vez en cuando sentía un pequeño dolor en el pecho, según le había confiado a Ryan, lo cual servía para recordarle lo que podía y lo que no podía hacer. Mona decidió averiguar qué era lo que podía y lo que no podía hacer.

Mona permaneció unos minutos junto a la piscina, pensando en los pormenores de esa rocambolesca historia. Al parecer, Rowan se había fugado tras sufrir un aborto en el salón; todo estaba cubierto de sangre y habían hallado a Michael, inconsciente y magullado, flotando en la piscina. ¿Tendría el extraño olor algo que ver con el aborto sufrido por Rowan? Mona le había preguntado a Pierce si había detectado ese olor y éste contestó negativamente. Luego se lo había preguntado a Bea. No. Y a Ryan. Por supuesto que no. Todos le habían dicho que dejara de husmear en busca de misteriosas pistas. Mona recordó la tensa expresión de la tía Gifford en el pasillo del hospital el día de Navidad, cuando temían que Michael fuera a morir, y la forma en que había mirado al tío Ryan. —¿Te has enterado de lo sucedido? —le preguntó.

—No son más que supersticiones —contestó Ryan bruscamente—. Me niego a escucharlas. No se te ocurra decir esas cosas delante de los niños.

—No voy a hablar de ello delante de los niños —dijo la tía Gifford, apunto de llorar—. No quiero que los niños lo sepan. Te ruego que les prohíbas ir a esa casa. ¡Hace tiempo que te lo suplico! —¡Como si la culpa fuera mía! —replicó el tío Ryan.

Pobre tío Ryan, el abogado de la familia, el protector de la familia. Constituía un perfecto ejemplo de los perniciosos efectos de la uniformidad. Era un espléndido ejemplar masculino, un tipo heroico de pronunciada mandíbula, ojos

azules, espalda ancha, vientre liso y manos de músico; pero uno no reparaba en esas cosas. Lo único que veías, al mirar al tío Ryan, era su traje gris, su camisa estilo Oxford y sus relucientes zapatos adquiridos en Church's. Todos los varones que trabajaban en la firma Mayfair amp; Mayfair vestían de idéntica forma. Lo extraño era que las mujeres no vistieran también así, que hubieran optado por un estilo femenino a base de perlas, colores pastel y zapatos de tacón más o menos alto. Muy elegantes y refinadas. Mona decidió que cuando se convirtiera en multimillonaria adoptaría un estilo totalmente personal.

Durante la discusión en el pasillo del hospital, el tío Ryan demostró lo preocupado y angustiado que estaba por Michael Curry. No había pretendido herir los sentimientos de la tía Gifford; jamás habría hecho nada semejante.

En ese momento apareció la tía Bea y trató de aplacarlos a ambos. Mona sintió deseos de tranquilizar a la tía Gifford asegurándole que Michael no iba a morir, pero no quería alarmarla más.

No se podía hablar de nada con la tía Gifford.

Tampoco se podía hablar con la madre de Mona desde que permanecía casi todo el día borracha.

En cuanto a la anciana Evelyn, ni siquiera respondía cuando le dirigías la palabra. Sin embargo, cuando se decidía a hablar quedaba claro que aún conservaba la lucidez. «Dis-curre perfectamente», afirmó el médico.

Mona recordaba el día en que pidió permiso para visitar la casa cuando todavía estaba medio en ruinas y Deirdre se pasaba las horas sentada en la mecedora.

—Anoche tuve un sueño —les dijo a su madre ya la tía Gifford—. El tío Julien se me apareció y me ordenó que saltara la verja, prescindiendo de que la tía Carlotta estuviera o no allí, y me sentara en las rodillas de la tía Deirdre. Era cierto. La tía Gifford se puso histérica.

—No te acerques a la prima Deirdre —dijo.

Alicia se echó a reír y la anciana Evelyn se limitó a presenciar la escena en silencio. —¿Has visto alguna vez a alguien con tu tía Deirdre cuando pasas frente a la casa? —le preguntó Alicia. —¡Cici! ¿Cómo se te ocurre hacerle a la niña esa pregunta? —le espetó la tía Gifford.

—Sólo he visto al joven que siempre está con ella —replicó Mona. Al oír aquello, la tía Gifford se puso aún más histérica. Tras ese episodio le prohibieron que volviera a acercarse por las inmediaciones de la casa. Por supuesto, Mona no hizo el menor caso y siguió yendo cada vez que le apetecía. Tenía dos amigas del Sagrado Corazón que vivían cerca de la casa situada en la esquina de las calles Primera y Chestnut. A veces, Mona las acompañaba al salir de la escuela para pasar frente a la casa. Sus amigas estaban encantadas de que les ayudara a hacer los deberes y le contaban muchas cosas sobre la misteriosa casa.

—Ese hombre es un fantasma —murmuró su madre delante de la tía Gifford—. No le digas nunca a nadie que lo has visto. Pero a mí puedes decírmelo. ¿Qué aspecto tenía?

Acto seguido Alicia soltó una sonora carcajada y la tía Gifford rompió a llorar. La anciana Evelyn no dijo nada, pero se notaba que no se había perdido ripio por la viva expresión que reflejaban sus oji-llos azules. ¿Qué pensaría sobre sus dos nietas?

Más tarde, mientras se dirigían hacia el coche de la tía Gifford (un Jaguar sedán, muy Gifford, muy Metairie), ésta le dijo a Mona:

—Te ruego que me hagas caso y no vuelvas a acercarte por esa casa. Es un lugar perverso. Mona deseaba complacerla, pero se moría de ganas de averiguar cuanto pudiera sobre la casa. Y más ahora, después de la pelea que habían tenido Rowan y Michael. Tenía que descubrir los secretos que ocultaba.

El hecho de hallar el documento Talamasca sobre el escritorio de Ryan había exacerbado su curiosidad. El informe sobre las brujas Mayfair. Mona lo cogió

apresuradamente y lo leyó de cabo a rabo mientras almorzaba en una cafetería, antes de que alguien lo echara en falta. Donnelaith, en Escocia. ¿No tenía la familia unas propiedades allí? ¡Qué historia! Los detalles sobre Antha y Deirdre eran de lo más escandaloso. Mona dedujo que la versión original del documento debía de incluir a Michael ya Rowan Mayfair, si bien ese pasaje había sido suprimido.

Aaron Lightner había interrumpido «la narración» — según decía en las páginas del informeantes del nacimiento de la «actual heredera del legado de los Mayfair», a fin de no violar la intimidad de los vivos, aunque la Orden consideraba que la familia tenía derecho a conocer la historia en tanto en cuanto era conocida por otras personas y existían documentos al respecto.

Hummm. Todos los miembros de la organización Talamasca eran muy extraños. «y la tía Bea está apunto de casarse con uno de ellos», pensó Mona. Era como comprobar que una mosca acababa de caer en la pegajosa tela de araña que ella había tejido minuciosamente. El hecho de que Rowan Mayfair hubiera conseguido escapar de las garras de Mona, quien jamás había conseguido permanecer cinco minutos a solas con ella, constituía una tragedia digna de ser archivada en \WS\MONA\DERROTA.

Mona tenía la impresión de que Rowan, al igual que los demás, temía sus poderes sobrenaturales.

A ella, sin embargo, no le daban miedo. Se sentía perfectamente en forma, como una bailarina.

Sólo medía un metro cincuenta y cinco centímetros, y no era probable que creciera mucho más, pero tenía un cuerpo muy desarrollado para su edad.

Le gustaba ser fuerte y tener extraños poderes. Le gustaba adivinar los pensamientos de los demás y ver cosas que los otros no podían ver. El hecho de saber que el hombre que había visto era un fantasma la excitaba. En realidad, eso no le sorprendía. Ojalá hubiera podido entrar en la casa en aquellos tiempos.

Pero esa época había pasado, y el presente era el presente. Un presente muy alentador. La desaparición de Rowan Mayfair había trastornado a la familia; la gente se mostraba dispuesta a revelar ciertos secretos. Y ahora tenía ante sus ojos la casa, en ese momento ocupada tan sólo por Michael Curry y ella misma.

El olor que notara junto a la piscina se había disipado un poco; o puede que Mona se hubiera acostumbrado a él. El caso es que persistía allí.

Había llegado el momento.

Mona se dirigió al porche trasero y comprobó una por una las diversas puertas de acceso a la cocina. Si hubieran olvidado cerrar una de ellas... Pero no, el meticuloso Henri las había cerrado todas. Daba lo mismo, estaba resuelta a entrar en la casa. Mona rodeó la casa hasta llegar a la antigua cocina, actualmente transformada en un baño, y alzó la vista hacia la ventana del mismo. ¿Quién iba a cerrar a cal y canto una ventana tan elevada? Pero ¿cómo conseguiría trepar hasta ella? Pues utilizando uno de los grandes cubos de basura de plástico, que apenas pesaban. Mona se dirigió hacia el callejón donde se hallaban, agarró uno por el mango y lo transportó haciéndolo rodar. ¡Qué idea tan brillante! Luego se encaramó a él, primero de rodillas y luego de pie, abrió los postigos verdes de la ventana del baño y subió el cristal.

Tras abrir la ventana, cosa que consiguió sin mayores dificultades, se coló por ella sin que le preocupara ensuciarse el vestido y aterrizó sobre la moqueta. ¡Al fin había conseguido penetrar en la misteriosa casa de la calle Primera! Durante unos momentos Mona permaneció de pie en el pequeño cuarto de baño, contemplando el reluciente retrete y el lavabo de mármol blanco y tratando de recordar su último sueño, en el que el tío Julien la había conducido a la casa y ambos habían subido la escalera.

No lo recordaba con precisión, pues habían pasado varios días desde que lo tuvo, pero Mona lo había escrito en

su ordenador y archivado en el directorio \WS\MONA\JULIEN, como todos los sueños en los que se le aparecía éste. Recordaba perfectamente el informe, pues lo había releído multitud de veces, pero no el sueño.

El tío Julien había colocado un disco en el Victrola, el que Mona quería que le regalaran, y había comenzado a bailar por la habitación vestido con una bata de seda guateada. Mona recordaba que le había dicho que Michael era demasiado bueno. Pero hasta los propios ángeles tienen unos límites.

—La bondad pura rara vez me ha derrotado, ¿sabes, Mona? —dijo Julien con su delicioso acento francés, expresándose en inglés como solía hacer en los sueños de Mona, a pesar de que ella hablaba francés perfectamente—. Pero resulta un engorro para todo el mundo excepto para esas personas que son más buenas que el pan.

Sí, Michael era un buenazo. Mona había escrito en su ordena-dor: «Es un encanto, una maravilla, ¡Está como un tren!» Luego había escrito las siguientes reflexiones en el archivo llamando «Michael»:

«Unas reflexiones sobre Michael Curry: Es más atractivo ahora que antes de sufrir el ataque cardíaco. Me recuerda aun animal salvaje que se ha lastimado una pata, aun caballero antiguo con una pierna rota, a lord Byron con el pie deforme.»

Michael le parecía «guapo a rabiarse». No necesitaba que se lo con-firgaran sus sueños, aunque éstos le infundían valor. El hecho de que el tío Julien la animara a seguir adelante con sus planes indicaba que Michael era una espléndida conquista. El tío Julien, según le con-tó él mismo, se había acostado con la anciana Evelyn cuando ésta tenía tan sólo trece años, la edad de Mona, en el desván de la casa de la calle Primera. De esta unión ilícita había nacido la desdichada Laura Lee, la madre de Gifford y de Alicia. El tío Julien le había regalado a la anciana Evelyn su Victrola, diciendo:

«Llévatelo de aquí antes de que llegue alguien. Te lo regalo.»

—Era un plan absurdo —le confió el tío Julien a Mona—. Jamás he creído en la brujería. Pero tenía que hacer algo. Mary Beth ha-bía quemado mis cuadernos sin ni siquiera esperar a que me muriera.

Los quemó en una hoguera que encendió en el césped, como si yo fuera un niño sin derechos ni dignidad. El Victrola constituía una especie de elemento mágico, de vudú, un foco de mi propia voluntad.

Mona lo había entendido todo perfectamente cuando tuvo el sueño, pero al día siguiente no comprendía a qué se refería el tío Julien con lo de un «plan absurdo». Sólo recordaba que éste quería que ella se quedara con el Victrola. Le había dicho algo sobre la brujería, el tema favorito de Mona.

Pero ¿qué había sido del dichoso Victrola?

En 1914 el tío Julien se había esforzado en sacar aquel trasto de la casa, suponiendo que el hecho de acostarse con la anciana Evelyn, que a la sazón tenía trece años, hubiera representado un esfuerzo. Cuando ésta intentó regalarle el Victrola a Mona, Gifford y Alicia se habían enzarzado en una violenta disputa.

Mona jamás había presenciado una pelea como la que sostuvieron su madre y la tía Gifford.

—Te prohíbo que le regales el Victrola —gritó Gifford, precipitándose sobre Alicia, abofeteándola repetidas veces y sacándola a empujones de la habitación donde había escondido el Victrola. —¡No puedes impedírmelo! ¡Es mi hija, y la anciana Evelyn quiere que ella lo herede! —contestó Alicia.

—No te preocupes, de niñas siempre andaban peleándose —le explicó la anciana Evelyn a Mona—.

Gifford no conseguirá destruir el Victrola. Algún día lo heredarás tú. Ningún Mayfair sería capaz de destruir el viejo

Victrola del tío Julien. En cuanto a las perlas, dejaré que Gifford las conserve de momento.

A Mona le importaban un comino las perlas.

Tras esa larga parrafada, la anciana Evelyn guardó silencio durante las tres semanas siguientes.

Agotada por las constantes disputas que sostenía con su hermana, Gifford acabó cayendo enferma. Era lógico. El tío Ryan tuvo que llevarla a Destin, en Florida, para que reposara una temporada en la casita de la playa. Después del funeral de Deirdre había sucedido lo mismo; la tía Gifford se había puesto tan mala que Ryan la acompañó a Destin. La tía Gifford siempre huía a Destin, a la playa de arena blanca bañada por las transparentes aguas del golfo, para refugiarse en el sosiego y la paz que le ofrecía su pequeña y moderna casa desprovista de telas de araña y leyendas.

El problema era que la tía Gifford no llegó a darle a Mona el Victrola. Cuando Mona le preguntó dónde estaba, su tía contestó:

—Lo he trasladado a la casa de la calle Primera, lo mismo que las perlas. Lo he depositado todo en un lugar seguro. Allí es donde deben permanecer los objetos del tío Julien, en esa casa, junto con sus recuerdos.

Alicia había protestado airadamente, y ésta y su hermana se habían enzarzado de nuevo en una pelea. En uno de los sueños que tuvo Mona el tío Julien le había dicho, mientras bailaba al son de un vals:

—Es el vals de La Traviata, una excelente música para una cortesana. Y continuó bailando mientras Mona se deleitaba escuchando la bella voz de la soprano.

Mona había oído la melodía con toda claridad e incluso era capaz de tararearla. El Victrola tenía un hermoso sonido seco. Más tarde, la anciana Evelyn reconoció la canción que tarareaba Mona. Era el vals de Violetta, compuesto por Verdi. —Es el disco de Julien —dijo. —Sí, pero ¿cómo voy a conseguir el Victrola? —preguntó Mona en su sueño. —¿Es que no hay nadie en esta familia capaz de ocurrírsele una

idea? —replicó enojado el tío Julien—. Estoy muy cansado, ¿no lo comprendes? Cada vez me siento más débil. Ponte un lazo morado en el pelo, chérie. Detesto ese lazo rosa, aunque reconozco que queda muy espectacular con tu pelo rojo. Pero ponte un lazo morado en memoria de tu tío Julien.

Estoy muy cansado... —¿Por qué? —preguntó Mona. Pero el tío Julien ya había desaparecido. A raíz de ese sueño, que había tenido en primavera, Mona se apresuró a comprar una cinta morada, pero Alicia dijo que traía mala suerte y se la quitó. Esta noche Mona llevaba un lazo rosa, igual que su vestido de algodón y encaje.

Al parecer, la prima Deirdre había fallecido en mayo, poco después de que Mona tuviera ese sueño, y la casa de la calle Primera había ido a parar a manos de Rowan y Michael, que comenzaron a restaurarla. Cada vez que Mona pasaba frente a la casa veía a Michael en el tejado, o en lo alto de una escalera, o encaramado en la verja de hierro, o en el parapeto, sosteniendo un martillo en la mano. —¡Eh, Tor! —gritó un día Mona. Michael no la oyó, pero había sonreído y la había saludado con la mano. Sí, era guapo a rabiar. Mona no recordaba con exactitud las fechas en que había tenido los sueños. Al principio, no imaginó que tendría tantos. Sus sueños flotaban en el espacio. No había tomado la precaución de fecharlos y anotar los hechos referentes a los Mayfair por orden cronológico. Hacía poco, sin embargo, había abierto un subdirectorio llamado \WS\MAYFAIR\CRONO. Todos los meses descubría un nuevo truco relacionado con el ordenador y nuevas formas de archivar en él todos sus pensamientos, emociones y proyectos.

Mona abrió la puerta del baño y entró en la cocina. Al otro lado de la puerta de cristal vio la reluciente piscina; parecía como si la brisa hubiera agitado levemente la superficie del agua. Al aproximarse, Mona observó que se encendía una pequeña luz en el panel de alarma instalado en la cocina; pero el dispositivo no estaba conectado y por

eso no se había disparado al abrir Mona la ventana. ¡Menos mal! Mona no había pensado en ello. El sistema de alarma había salvado la vida de Michael. De no ser por la prontitud de los bomberos —unos colegas de su padre, aunque éste había muerto hacía muchos años—, que lo hallaron flotando en la piscina, Michael habría muerto irremediablemente.

Michael. Sí, fue una atracción fatal desde el momento en que Mona lo conoció. Su corpulencia había tenido mucho que ver en el asunto; ciertos detalles como el perímetro de su cuello. Mona concedía gran importancia al cuello de los hombres. Era capaz de tragarse una película que no le interesaba sólo para contemplar el cuello de Tom Berenger.

Otra de las virtudes de Michael era su buen humor. El tío Michael siempre sonreía, y con frecuencia le guiñaba el ojo. A Mona le entusiasmaban sus inmensos ojos azules de mirada pasmosamente ingenua.

—Es un hombre impresionante —comentó en cierta ocasión Bea en tono de profunda admiración—.

Realmente impresionante.

Incluso Gifford estaba de acuerdo.

Por lo general, los hombres tan bien constituidos como Michael eran unos idiotas. Los hombres inteligentes de la familia Mayfair eran todos perfectamente proporcionados. Si a alguno no le sentaba bien un traje de Brooks Brothers o Burberry's, es que debía de ser ilegítimo. Le harían el vacío. Cuando regresaban de cursar sus estudios en Harvard parecían autómatas, siempre repeinados y bronceados de forma impecable, saludando educadamente ala gente y estrechando la mano de todo el mundo.

Incluso el primo Pierce, del que Ryan se sentía muy orgulloso, se había convertido en una brillante imitación de su padre hasta en el corte de pelo estilo Princeton. La dulce prima Clancy era perfecta para Pierce, una pequeña copia clónica de la tía Gifford, con la salvedad de que no sufría continuamente como ella. Pierce, Ryan y Clancy parecían estar hechos de vinilo. Eran unos perfectos abogados corpo-

rativos, su meta en la vida consistía en procurar no modificar ni alterar nada.

La firma de abogados Mayfair & Mayfair estaba llena de gente de vinilo.

—No seas tan critica —le espetó un día su madre—. Administran el dinero de forma que tú y yo no tengamos que preocuparnos de nada.

—No estoy segura de que eso sea una buena idea —replicó Mona, observando a su madre mientras ésta trataba torpemente de encender un cigarrillo y alzar la copa de vino que había en la mesa. Mona se acercó a ella, asqueada de verla en ese estado. Michael Curry era distinto de los otros Mayfair; tenía un aspecto varonil y relajado, deliciosamente hirsuto y desprovisto del lustre aristocrático de hombres como Ryan, pero adorablemente salvaje cuando se ponía las gafas de montura oscura y leía a Dickens, como hacía esta tarde cuando Mona subió a su habitación. Michael le dijo que no le importaba que fuera martes de carnaval, que no le apetecía bajar. Estaba todavía muy afectado por la desaparición de Rowan. El tiempo no significaba nada para él, porque si se ponía a pensar en ello habría recordado el tiempo que hacía que Rowan había desaparecido. —¿Qué estás leyendo? —le preguntó Mona.

—Grandes esperanzas —respondió Michael—. Lo he leído varias veces. En estos momentos estaba leyendo el pasaje sobre la esposa de Joe y la forma en que escribía una «T» en la pizarra. ¿No lo has leído? Me gusta leer obras que ya he leído, es como escuchar una y otra vez tu canción favorita.

En aquel encantador cuerpo anidaba un brillante hombre de Neanderthal, dispuesto a agarrarte del pelo y arrastrarte hasta su cueva. Sí, un hombre de Neanderthal con el cerebro de un hombre de CroMagnon, un caballero tan culto, sonriente y educado como los demás miembros de la familia Mayfair. Mona admiraba su excelente vocabulario, aunque Michael no siempre hacía gala del mismo. Mona

poseía un vocabulario de estudiante universitaria. De hecho, alguien de su escuela había comentado en cierta ocasión que, pese a ser tan joven, se expresaba como una persona adulta.

Michael se expresaba unas veces como un policía de Nueva Orleans y otras como un catedrático.

«Es una combinación de elementos insuperable», escribió Mona en el diario de su ordenador. De pronto recordó lo que había dicho el tío Julien: «Es demasiado bueno.»

«¿Y yo? ¿Acaso soy perversa?», murmuró Mona en la oscuridad. Esa palabra no constaba en el diccionario de su ordenador.

Mona estaba convencida de que no era perversa. Tales pensa-mientos resultaban anticuados, muy propios del tío Julien, al igual que la forma en que se le aparecía en sus sueños. De pequeña no conocía las palabras idóneas para describirlo, pero ahora sí: «Propenso a reírse y burlarse de sí mismo.» Eso es lo que había escrito en su ordenador, en el subdirectorio llamado \WS\JULIEN\carácter, en el archivo SUEÑO 13

. Mona atravesó la cocina y la estrecha dependencia contigua, mientras un hermoso haz de luz blanca procedente del porche iluminaba las baldosas del suelo. El comedor era espléndido. Michael creía que la tarima que cubría el suelo había sido instalada en los años treinta, pero Julien le aseguró a Mona que databa de 1890. ¿Qué se suponía que debía hacer Mona con todos los detalles que Julien le había revelado en sus sueños?

Pese a la penumbra, Mona distinguía perfectamente los viejos murales, oscurecidos por el paso del tiempo. Éstos reproducían la plantación de Riverbend, donde había nacido Julien, con su curioso univer-so de fábricas de azúcar, cabañas de esclavos, establos y carruajes que circulaban por el tortuoso camino que discurría junto al río. Claro está que Mona podía ver en la oscuridad, al igual que los gatos. La os-

curidad le encantaba, se sentía segura en ella, le entraban ganas de po-nerse a cantar. Era imposible explicarles a los demás lo a gusto que se sentía asolas en la oscuridad.

Contempló la larga mesa, pulida y reluciente, aunque hacía pocas horas se habían sentado ante ella para disfrutar del banquete del martes de carnaval, con tartas heladas y un bol de ponche lleno de champán. Los Mayfair comían hasta hartarse cuando iban a la casa de la calle Primera, pensó Mona. Todos estaban encantados de que Michael siguiera manteniendo la casa abierta a pesar de que Rowan se hubiera largado en circunstancias más que sospechosas. ¿Sabía acaso Michael dónde se encontraba Rowan?

—Rowan le ha destrozado el corazón —dijo la tía Bea, con lágrima en los ojos.

Bien, pues la pequeña Mona, la niña prodigio, trataría de repa-rarlo.

Mona entró en el vestíbulo, se detuvo y apoyó las manos en el arco de la entrada, adoptando la misma pose que el tío Julien en muchos viejos retratos, sintiendo el silencio y la grandeza de la casa que la rodeaba, aspirando el aroma de la madera.

De pronto percibió de nuevo el curioso olor, que le hizo sentirse... casi hambrienta. Era delicioso.

No olía a caramelo, ni tampoco a chocolate, pero sí a algo similar, evocaba un sabor que parecía cien sabores unidos en uno. Como la primera vez que uno prueba un bombón relleno de licor de cerezas, o un huevo de Pascua de Cadbury.

No, no era una buena comparación.. No olía a nada comestible, sino más bien a alquitrán caliente.

A Mona le gustaba mucho ese olor, lo mismo que el de la gasolina. Sí, era un olor de ese tipo.

Mona avanzó por el pasillo, observando las parpadeantes luces de los sistemas de alarma, ninguno de los cuales estaba conectado. Al llegar al pie de la escalera, notó que el olor se había hecho más intenso.

Mona sabía que el tío Ryan había investigado en esa zona de la casa. Después de que hubieran limpiado la sangre y retirado la alfombra china del salón, él había aparecido con un producto químico que hacía que las manchas de sangre relucieran en la oscuridad. Pero ahora todo estaba limpio. El tío Ryan se había ocupado de ello antes de que Michael regresara del hospital, y éste juró que no detectaba ningún olor extraño.

Mona aspiró profundamente. Sí, el olor la hacía sentirse hambrienta. Recordó el día en que iba en autobús, tras escaparse de casa, sola y cargada de dinero, y percibió un delicioso aroma a carne asada. Se apeó apresuradamente del autobús y comprobó que el aroma procedía de un pequeño restaurante del barrio francés, un destartala-do edificio situado en la avenida Esplanade. Pero la comida no sabía tan bien como olía.

Sin embargo, el olor que percibía ahora no era a comida. Al penetrar en el amplio salón, Mona se quedó pasmada ante las reformas que había realizado Michael después de que se marchara Rowan. Era lógico que hubiera mandado retirar la alfombra china, puesto que estaba cubierta de sangre, pero no había necesidad de unir los dos salones y transformarlos en uno solo. Era como una blasfemia.

Ambos constituían ahora un grandioso salón que contenía un amplio sofá situado debajo del arco de entrada, junto a la pared, unos elegantes sillones franceses pertenecientes al tío Julien —según decía éste—, tapizados de damasco dorado y un tejido a rayas, de aspecto muy opulento, y una mesa de cristal a través de la cual se distinguían los oscuros tonos cobrizos de la inmensa alfombra. Ésta debía de medir unos siete metros y medio y se extendía desde la chimenea del primer salón hasta la del segundo. Tenía un aire muy antiguo, como si hubiera permanecido muchos años almacenada en un trastero. Puede que Michael la hubiera sacado del desván junto con las sillas doradas.

Según decían, las únicas instrucciones que había dado Michael, a su regreso del hospital, fueron que unieran los dos salones y colocaran allí los sillones de Julien, a fin de darle a la estancia un aspecto distinto. Era lógico que Michael deseara borrar toda huella de Rowan; que quisiera reformar un lugar en el que ambos habían pasado momentos muy dichosos. Algunos sillones tenían la tapicería gastada y presentaban desconchones, y la alfombra, algo raída y deshilachada, descansaba sobre un suelo de madera de pino.

Es posible que todos los muebles estuvieran manchados de sangre. Nadie le había explicado a Mona lo que había sucedido exacta-mente. Nadie quería hablar de ello, excepto el tío Julien. A Mona no se le ocurría hacerle ninguna pregunta en sus sueños, sino que dejaba que el tío Julien hablara y bailara sin parar.

El Victrola no estaba en el salón. Ojalá lo hubieran sacado del desván y lo hubieran instalado allí junto con los otros objetos del tío Julien. Pero no lo habían hecho. Mona no le había oído decir a nadie que hubieran hallado el viejo Victrola.

Cada vez que iba a la casa Mona registraba la planta baja. Michael solía escuchar música en un pequeño casete, en la biblioteca. En la habitación reinaba el silencio, y el espléndido piano Bosendorfer, si-tuado frente a la chimenea del segundo salón, parecía más un mueble decorativo que un instrumento.

Era una estancia muy bella. A Mona le gustaba sentarse en el enorme sofá, desde el cual contemplaba los espejos, las dos chimeneas de mármol blanco, situadas a la izquierda ya la derecha, y las dos puertas que daban acceso al porche, donde solía sentarse Deirdre. Sí, era una habitación encantadora y ofrecía una excelente vista del jar-dín. En ocasiones, Mona se ponía a bailar en el suelo desnudo del salón de la casa de la calle Amelia, soñando con suntuosos muebles y espejos y con acumular una fortuna en fondos de

inversión, obtenidos con el dinero que le prestara la firma Mayfair amp; Mayfair.

«Podría hacerme rica en un año —pensó—, si consiguiera que uno de los estirados Mayfair se arriesgase a prestarme dinero.» Era inútil pedirles que remozaran la casa de la calle Amelia. La anciana Evelyn no hubiera vacilado en despachar a los operarios. No quería sacrificar su «tranquilidad». Además, ¿para qué iban a arreglar la casa, si Patrick y Alicia estaban siempre borrachos y peleándose y la anciana Evelyn no era más que una figurita silenciosa?

Mona disponía de su propio espacio, el gran dormitorio del piso superior, que daba a la avenida y donde guardaba su ordenador, sus disquetes, sus archivos y sus libros. Ya llegaría su momento.

Hasta entonces, aprovecharía el tiempo a la salida de la escuela para estudiar los movimientos de la Bolsa. Su sueño dorado era fundar una sociedad inversora llamada Mona Uno. Invitaría a los Mayfair a participar en el negocio, y ella misma elegiría las compañías en las que invertiría su sociedad, basándose en las campañas de éstas en favor del medio ambiente.

Mona sabía por el Wall StreetJournal y el New York Times lo que sucedía en el mercado. Las compañías sensibles a los problemas ecológicos ganaban mucho dinero. Alguien había inventado un microbio que devoraba las manchas de aceite producidas por derrames petrolíferos y era incluso capaz de limpiar los hornos domésticos. Era la tendencia del futuro. Mona Uno se convertiría en una leyenda entre las sociedades inversoras, como Fidelity Magellan o Nicholas II. Mona podría fundar su compañía ahora mismo, si alguien se arriesgara a financiarla, si el universo de los adultos le abriera un poco sus puertas para permitirle penetrar en él.

Al escuchar sus planes, el tío Ryan se había mostrado interesado, divertido, perplejo y asombrado, pero no dispuesto a arriesgar su dinero.

—Debes seguir con tus estudios —le dijo—, aunque reconozco que me impresionan tus conocimientos del mercado. ¿Cómo has averiguado tantas cosas? —¿Estás de broma? Pues igual que tú —respondió Mona—, leyendo el Journal y Barron's y enterándome a través del ordenador de las últimas estadísticas. —Mona disponía de un módem que le daba acceso a esas informaciones—. Si quieres enterarte de algún dato sobre la Bolsa en plena noche no llames a la oficina, llámame a mí.

—No tienes más que llamar a Mona —terció Pierce, soltando una carcajada. Pese al ajetreo del martes de carnaval el tío Ryan estaba muy intrigado, pero liquidó el tema con el siguiente comentario:

—Bien, me alegro de que te interese el mundo financiero. —¿Que si me interesa? —respondió Mona—. Estoy resuelta a convertirme en un magnate de las finanzas. ¿Por qué no te lanzas a adquirir fondos con perspectivas de mejora? ¿y qué me dices de Japón? ¿Acaso no conoces el principio de que si compensas en el extranjero tus inversiones en acciones estadounidenses puedes obtener...?

—Un momento. ¿Quién va a invertir en una sociedad llamada Mona Uno? —preguntó el tío Ryan.

—Todo el mundo —contestó Mona.

El tío Ryan se echó a reír y prometió comprarle un Porsche Carrera negro por su decimoquinto cumpleaños. Mona estaba obsesionada con ese coche y le recordaba continuamente al tío Ryan su promesa. No alcanzaba a comprender por qué los Mayfair, con el dinero que tenían, no le conseguían de inmediato un permiso de conducir para que pudiera disfrutar de un flamante Porsche.

Mona sabía mucho de automóviles. El que más le gustaba era el Porsche, y cada vez que veía aparcado un Carrera esperaba a que apareciera su dueño para rogarle que la llevara a dar una vuelta.

Por ese método había conseguido pasearse en un Carrera en tres ocasiones, con unos perfectos extraños. Pero

no se lo había revelado a nadie de la familia, pues se hubieran muerto del susto.

En vano, pues una bruja sabe protegerse.

—No, no me he olvidado del Porsche negro —le dijo el tío Ryan esa noche—, y espero que tú recuerdes tu promesa de no sobrepasar los noventa kilómetros por hora. —¿Bromeas? —replicó Mona—. ¿Por qué iba a conducir un Porsche a más de noventa kilómetros por hora? A Pierce le entró tal ataque de risa que casi se atragantó al beber un sorbo de ginebra con tónica.

—Supongo que no pretenderás regalarle a esa niña una tumba con ruedas —protestó la tía Bea, que siempre se estaba inmiscuyendo en lo que no le incumbía. Luego llamaría a Gifford para contárselo. —¿A qué niña te refieres? Yo no veo aquí a ninguna niña, ¿y tú? —inquirió Pierce.

Mona tenía ganas de seguir hablando de la sociedad que quería fundar, pero era el martes de carnaval, todos estaban cansados y el tío Ryan charlaba de cosas intrascendentes con el tío Randall.

El tío Randall se había vuelto de espaldas a Mona, como si quisiera excluirla de la conversación. Era la forma en que solía comportarse desde que Mona había conseguido acostarse con él. Pero a ella le tenía sin cuidado. Se había tratado tan sólo de un experimento, para comparar a un viejo de ochenta años con los muchachos que conocía.

Su objetivo era Michael. A la mierda con el tío Randall. El tío Randall resultaba interesante debido a su avanzada edad, los viejos tenían una forma de mirar a las jovencitas que Mona encontraba muy excitante. Pero Randall, a diferencia de Michael, no era un hombre bondadoso. A Mona le gustaban las personas bondadosas. Hacía tiempo que había aislado ese rasgo en ella misma.

En ocasiones dividía el mundo entre personas esencialmente buenas y malas.

Bien, mañana estudiaría los movimientos de la Bolsa.

Mañana, o pasado mañana, organizaría la cartera de Mona Uno, basada en las inversiones más rentables de los últimos cinco años. Le resultaba muy fácil dejarse llevar por la fantasía, imaginando que Mona Uno se convertía en una sociedad tan gigantesca que se veía obligada a fundar una segunda sociedad de inversiones llamada Mona Dos y una tercera llamada Mona Tres, ya viajar por todo el mundo con su propio jet para reunirse con los dirigentes de las compañías en las que había invertido.

Había visitado varias fábricas en China, algunas oficinas en Hong Kong y distintos centros de investigación científica en París. Durante sus periplos, se veía luciendo un sombrero vaquero. En estos momentos no llevaba un sombrero vaquero, sino su acostumbrado lazo. Pero, curiosamente, cada vez que bajaba del imaginario avión llevaba un sombrero vaquero. Estaba convencida de que todo se haría realidad.

Quizás había llegado el momento de mostrarle al tío Ryan el informe que había elaborado sobre diversas compañías. Si hubiera invertido en ellas, ya habría ganado una fortuna. Sí, imprimiría ese informe y se lo mostraría.

Pero el tiempo apremiaba.

Esta noche debía alcanzar su objetivo más importante: conquistar al guaperas de Michael. Y dar con el misterioso Victrola. Los elegantes sillones dorados relucían en la oscuridad. Unos co-jines de pasamanería yacían sobre el amplio sofá tapizado de damasco. Todo se hallaba sumido en el silencio, como si el mundo exterior se hubiera esfumado. El piano estaba cubierto por una delgada capa de polvo. La pobre Eugenia no era muy eficiente; y Henri probablemente se creía demasiado importante para ponerse abarrer y quitar el polvo. Y en medio de ellos estaba Michael, demasiado enfermo y apático para preocuparse de lo que hicieran los sirvientes. Mona salió del salón y se encaminó hacia la escalera. El piso superior estaba a oscuras, como si la escalera condujera aun paraíso de tinieblas. Mona empezó a

subir, apoyándose en la balaustrada. Por fin se hallaba en la casa en la que había soñado entrar, sola, a oscuras.

—Estoy aquí, tío Julien —murmuró.

Al llegar arriba, comprobó que la habitación de la tía Viv estaba vacía, tal como había supuesto.

—Pobre Michael, eres mío —dijo en voz baja. Al volverse vio que la puerta del dormitorio principal estaba abierta. Una pequeña luz procedente de la lamparita de la mesilla de noche iluminaba tenuemente el descansillo.

«De modo que estás solo ahí dentro —pensó Mona—. No tienes miedo de permanecer en la misma habitación en la que murió Deirdre. Por no hablar de la tía abuela Mary Beth y todas las personas que vieron fantasmas a su alrededor mientras ella yacía en el lecho.»

Gifford opinaba que era una decisión deplorable el hecho de que Michael se hubiera instalado de nuevo en aquella siniestra habitación. Pero Mona lo comprendía perfectamente. ¿Por qué iba Michael a seguir ocupando el dormitorio matrimonial después de que Rowan le hubiera abandonado? Además, el dormitorio del ala norte era la habitación más bonita y elegante de la casa.

El propio Michael había restaurado el techo, el medallón y la cabecera del gigantesco lecho.

Mona comprendía perfectamente a Michael. A él también debía de gustarle la oscuridad, de lo contrario no se hubiera casado con un miembro de la familia Mayfair. Las tinieblas le seducían. Se encontraba a gusto en la penumbra y en la oscuridad, al igual que ella. Mona se había dado cuenta de ello al verlo pasear por el jardín al anochecer. Si le gustaba el amanecer, cosa que ella dudaba, sería debido tan sólo a su débil luz, bajo la cual todo aparecía distorsionado.

De pronto Mona recordó las palabras del tío Julien: «Es demasiado bueno.» «Ya lo veremos», pensó ella.

Se acercó a la puerta y vio que en la mesilla de noche había una pequeña lámpara, enchufada en la toma de corriente situada en la pared, junto al lecho. A través de los

visillos de encaje se filtraba la luz de las farolas. Michael yacía de espaldas a ella, con un immaculado pijama de algodón blanco, planchado por Henri y con la raya de la chaqueta impecablemente marcada. Tenía una mano extendida sobre la colcha, con la palma hacia arriba y abierta, como si se dispusiera a aceptar un regalo. Mona notó que respiraba con dificultad.

Michael no oyó sus pasos. Sin duda estaba soñando. Se volvió de cara a ella, profundamente dormido.

Mona entró en la habitación.

El diario de Michael reposaba en la mesilla de noche.

Lo reconoció por la cubierta, pues esa misma noche le había visto escribir en él. Hubiera sido imperdonable leerlo, pero se moría de ganas de examinar su contenido.

Bueno, le echaría una breve ojeada.

«Rowan, regresa junto a mí. Te aguardo con impaciencia.»

Mona suspiró en silencio y volvió a cerrarlo.

La mesilla de noche estaba repleta de frascos de medicinas. Lo estaban bombardeando con medicinas. Mona reconoció la mayoría de los nombres porque se trataba de medicamentos corrientes y porque se los había visto tomar a algunos de los miembros más ancianos de la familia Mayfair.

Había uno para la tensión, otro llamado Lasix, —un diurético que le haría eliminar todo el potasio, como le había sucedido a Alicia cuando intentó perder peso—, y otros tres productos nefastos, probablemente tranquilizantes que lo mantenían atontado.

Mona pensó que le haría un favor si arrojara todas esas porquerías a la basura. Lo que necesitaba Michael era tomarse la pócima mágica de las brujas Mayfair. Cuando regresara a casa consultaría el nombre de esos medicamentos en unos libros farmacéuticos que tenía en su biblioteca. Había también un frasco de Xanax, un potente sedante capaz de transformar a cualquiera en un zombi. El médico le había indicado que se tomara cuatro grageas

diarias. A su madre le habían prohibido que las tomara, porque Alicia se las tragaba a puñados con vino y cerveza.

Hummm, en esta habitación reinaba un ambiente funesto. A Mona le gustaban el decorado del techo y la araña de cristal, pero no dejaba de ser una habitación siniestra. De improviso, notó el extraño y delicioso olor.

Era muy leve, pero inconfundible. Era un olor que no encajaba con el resto de la casa, que tenía algo que ver con lo sucedido en Navidad. Mona se acercó a la cama, que era muy alta, como la mayoría de los lechos antiguos, y miró al tío Michael. Éste yacía de costado, mostrando su hermoso perfil y sus oscuras pestañas y cejas, perfectamente delineadas, que resaltaban sobre la almohada blanca. Era todo un hombre; de haber estado dotado de un poco más de testosterona, sería una especie de simio de aspecto salvaje y feroz. Pero afortunadamente tenía la dosis justa. Era perfecto.

—«Un mundo nuevo y valiente que alberga a personas como él» —murmuró Mona.

Estaba drogado, no cabía duda. Totalmente fuera de combate. Seguramente ése era el motivo de que hubiera dejado que la felicidad se le escapara de las manos. En invierno solía llevar siempre guantes, pues decía que tenía las manos muy sensibles. Mona había intentado hablar con él sobre ese tema. Esa noche, Michael había comentado que ya no necesitaba ponerse guantes. Era lógico, si estaba tomando dos miligramos de Xanax cada seis horas, además de las otras porquerías. Así es como habían conseguido debilitar los poderes de Deirdre, drogándola. La pobre Deirdre había desperdiciado muchas oportunidades, pero Mona no estaba dispuesta a desperdiciar ni una sola, y menos ésta. ¿Y qué era ese otro frasco? ¿Elavil? Un sedante también. ¡Menuda dosis! Y pensar que la había llevado sentada sobre sus hombros durante todo el desfile, cuando probablemente apenas se sostenía en pie. Pobrecito.

Mona le tocó una mejilla con suavidad. Iba perfectamente afeitado. Michael no se despertó.

Respiró profundamente, casi como si bostezara. Era un sonido muy varonil.

Podía haberlo despertado; al fin y al cabo no se hallaba en coma. Pero de pronto Mona recordó que esa noche había estado con David. ¡Mierda! Había sido tan sólo un encuentro fugaz, insignificante, pero no podía despertar a Michael hasta que se hubiera dado un baño caliente.

Hummm, no había pensado en ello hasta ese momento. Todavía llevaba la ropa manchada. Eso era lo peor de tener trece años. A esa edad no podías fiarte de tu inteligencia, pues eras distraída, cometías errores... La propia Alicia lo había comentado más de una vez:

—Tan pronto eres un prodigio con los ordenadores como te pones a gritar porque no encuentras tus muñecas. Te he dicho mil veces que las muñecas están en el armario. Nadie las ha tocado. Me alegro de no tener trece años. Tenía trece años cuando naciste tú.

—Me conozco esa historia de memoria. Tenías dieciséis años cuando yo tenía tres, y un día me llevaste a la ciudad, a la Maison Blanche, y me perdí durante dos horas.

—Lo olvidé. De acuerdo, reconozco que no te llevaba a la ciudad con frecuencia.

Sólo una madre de dieciséis años podía aducir una excusa como ésa. De todos modos, no había sucedido nada grave. Mona se había pasado dos horas subiendo y bajando por la escalera mecánica.

—Abrázame —susurró Mona, mirando a Michael—. He tenido una infancia horrible.

Pero Michael seguía sumido en un profundo sueño, como si un hada le hubiera tocado con su varita mágica.

Quizás ésta no fuese la noche más adecuada para acostarse con él, pensó Mona. Deseaba que todo fuera perfecto antes de lanzarse al ataque. No sólo había estado con David, sino que se había ensuciado al tenderse en el

suelo del cementerio. Incluso llevaba unas hojas pegadas en el pelo, como Ofelia, aunque probablemente no resultaba muy sexy.

Quizá fuese preferible que se dedicara a registrar el desván en busca del Victrola. Quizás encontrara viejos discos, concretamente el viejo disco que solía tocar la anciana Evelyn. Quizá fuese el momento de reunirse con el tío Julien en las sombras, en lugar de acostarse con Michael...

Pero era tan guapo, tan maravillosamente imperfecto, su alto proletario Endimión, con su nariz ligeramente ganchuda y unas pequeñas arrugas en la frente, como Spencer Tracy. Sí, era el hombre de sus sueños. Y, como dice el refrán, más vale hombre en mano que cien fantasmas volando.

A propósito de manos, las de Michael eran grandes y suaves. Las manos de un auténtico hombre.

A nadie se le ocurriría decirle: «Tienes manos de violinista.» Antes, ese tipo de hombres a Mona le parecían sexy: hombres delicados, como el primo David, sin apenas pelos en la barbilla y la mirada tierna. Pero ahora prefería a los hombres de aspecto más recio y varonil.

Mona tocó suavemente la mandíbula de Michael, el lóbulo de la oreja y el cuello. Acarició su cabello negro y rizado. No existía nada más suave que ese cabello negro y rizado. Su madre y Gifford tenían también el pelo negro y rizado. El cabello rojo de Mona nunca había sido suave.

Luego aspiró la fragancia de su piel, sutil, cálida y agradable, y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Michael abrió los ojos, pero tenía la mirada como perdida. Mona se arrodilló junto a él —no pudo evitarlo, aunque sabía que estaba invadiendo su privacidad—, y él se volvió. Pero ¿qué se proponía Mona? Súbitamente, lo deseó con todas sus fuerzas. No se trataba de un deseo erótico, sino más bien romántico. Deseaba que la estrechara entre sus brazos, que la besara y esas cosas. Deseaba sentir el abrazo de un hombre, no de un muchacho. Deseaba bailar

con él. Era maravilloso saber que ese hombre no tenía nada de muchacho, que en el fondo era como un animal salvaje, agresivo, dispuesto a abalanzarse sobre su presa, con labios del color de la piel y cejas pobladas.

Mona se dio cuenta de que Michael la estaba mirando. A la débil luz que penetraba por la ventana vio que estaba pálido, aunque tenía buen aspecto.

—Mona... —murmuró él.

—Sí, soy yo, tío Michael. Se han olvidado de mí. Ha sido un malentendido. ¿Puedo pasar la noche aquí?

—Debemos avisar a tus padres. Michael se incorporó. Tenía cara de sueño y un mechón de pelo le caía sobre los ojos. Era evidente que estaba drogado. —¡No, tío Michael! —protestó Mona, apoyando la mano suavemente en su pecho y obligándolo a acostarse de nuevo—. Mis padres están dormidos. Creen que estoy con el tío Ryan en Metairie. Y el tío Ryan cree que estoy en casa con mis padres. No llames a nadie. Sólo conseguirías que se preocuparan y tendría que volver a casa sola en un taxi. Quiero pasar la noche contigo.

—Pero pensarán... —¿Mis padres? Te aseguro que no pensarán nada. ¿Te has fijado en el estado en que se encontraba mi padre esta noche? —Sí, bonita —respondió Michael, tratando de reprimir un bostezo. No le parecía correcto bostezar mientras hablaban de un asunto tan delicado.

—No vivirá muchos años —afirmó Mona fríamente. Ella tampoco quería hablar de eso—. No soporto la casa de la calle Amelia cuando los dos están borrachos. Aparte de ellos, sólo está la anciana Evelyn, que no puede conciliar el sueño y se pasa toda la noche observándolos.

—La anciana Evelyn —dijo Michael—. Qué nombre tan bonito. ¿La conozco?

—No. Nunca sale a la calle. Un día sugirió que te invitaran a casa, pero no lo hicieron. Es mi bisabuela.

—Ah, sí, los Mayfair de la calle Amelia. Una casa grande, de color rosa —dijo Michael, incorporándose y bostezando

de nuevo—. Bea me la mostró un día. Es muy bonita; de estilo italiano.

Dijo que Gifford se había criado allí. De estilo italiano. Un término que solía emplearse en arquitectura a fines del siglo diecinueve.

—Nosotros lo llamamos un estilo cartelado de Nueva Orleans —contestó Mona—. Fue construida en 1882 y más tarde remozada por un arquitecto llamado Sully. Está llena de muebles y trastos procedentes de una plantación llamada Fontevrault.

Michael la escuchaba con interés, pero Mona no quería hablar de historia y edificios. Quería acostarse con él. —¿Me permites que me quede aquí? —preguntó—. Debo pasar la noche aquí, tío Michael. Quiero decir que no tengo más remedio. Debo quedarme aquí.

Michael se reclinó sobre las almohadas, esforzándose en mantener los ojos abiertos.

De pronto, Mona lo agarró por la muñeca y le tomó el pulso como si fuera un médico. Michael tenía la mano fría, como muerta, pero el pulso latía de forma regular. Estaba perfectamente. El padre de Mona estaba mucho peor que él; no viviría ni seis meses. Pero no debido a una dolencia de corazón, sino a una cirrosis hepática.

Al cerrar los ojos, Mona podía ver los ventrículos del corazón de Michael. Veía unas cavidades relucientes, extrañas y complejas, como cuadros modernos llenos de colores, manchas, líneas y formas. Sí, Michael estaba perfectamente. Aunque ella se acostara con él, no lo mataría. —¿Sabes cuál es tu problema en estos momentos? —le preguntó Mona—. Esos frascos de medicinas.

Tíralos al cubo de la basura. No te conviene tomar tantos medicamentos. —¿Tú crees?

—Estás hablando con Mona Mayfair, que descende de veinte líneas de la familia Mayfair, que sabe cosas que los demás desconocen. El tío Julien era mi tatarabuelo por

partida triple. ¿Sabes lo que eso significa? —¿Tres líneas de descendencia? ¿Del tío Julien?

—Y muchas otras. Sin un ordenador, nadie es capaz de descifrar ese lío. Pero yo tengo uno y he conseguido aclararlo. Por mis venas corre más sangre de los Mayfair que por las de cualquier otro miembro de la familia. Mi padre y mi madre son primos hermanos y no podían casarse, pero mi padre dejó encinta a mi madre y se vieron obligados a hacerlo. Por otra parte, ha habido muchos matrimonios entre primos en la familia. Mona comprendió que estaba hablando demasiado y se detuvo para no cansar a Michael. Debía ser más prudente.

—Estás perfectamente. Tira esas porquerías ala basura —dijo. Michael sonrió. —¿Significa eso que voy a vivir? ¿Que podré subirme a una escalera y ponerme a dar martillazos de nuevo?

—Podrás blandir un martillo como Tor, te lo garantizo —contestó Mona—. Pero tienes que dejar de tomar esos sedantes. No sé por qué te están drogando, probablemente quieren evitar que te preocupes por la tía Rowan.

Michael sonrió y le acarició la mano afectuosamente. Pero su expresión era sombría, y sus ojos y su voz estaban teñidos de tristeza.

—Pareces tener mucha fe en mí.

—Por supuesto. Estoy enamorada de ti.

—No te creo —respondió Michael en tono burlón.

Mona le retuvo la mano, aunque él intentó liberarse. No, no estaba delicado del corazón, eran las drogas lo que le hacían sentirse de-caído.

—Estoy enamorada de ti, pero no te pido nada, tío Michael. Sólo te pido que seas digno de mi amor .

—De acuerdo, procuraré ser digno de tu amor. Es lo que me faltaba. Que se enamorara de mí una alumna del Sagrado Corazón.

—Por favor, tío Michael —protestó Mona—. Comencé mis aventuras eróticas cuando tenía ocho años.

No es que haya perdido la virginidad, sino que he eliminado todo rastro de ella. Soy una mujer adulta que finge ser una niña que está sentada en tu lecho. Cuando tienes trece años y no puedes disimularlo, porque todos tus familiares lo saben, el hecho de ser una niña se convierte simplemente en una decisión política, lógica. Pero, créeme, no soy lo que aparento.

Michael soltó una carcajada. —¿Y si regresa mi mujer, Rowan, y te encuentra aquí hablando sobre sexo y política?

—Tu mujer no regresará jamás —soltó Mona, arrepintiéndose inmediatamente de haberlo dicho. No pretendía herirle, aunque, por su expresión, Michael parecía estar de acuerdo con ella—. Quiero decir... —¿Qué, Mona? Anda, dilo —le pidió Michael suavemente, con expresión seria—. ¿Qué es lo que sabes? Cuéntame lo que oculta tu pequeño corazón. ¿Dónde está mi mujer? Dame una pócima mágica para conseguir que regrese. Mona suspiró y dijo, tratando de que su voz sonara tan suave y reposada como la de Michael:

—Nadie lo sabe. Todos están muy preocupados, pero nadie sabe nada. Tengo la impresión de que... no está muerta, pero... las cosas no volverán a ser como antes. —Mona lo miró unos instantes fijamente y luego agregó—: ¿Me has comprendido? —¿Quieres decir que tienes la sensación de que Rowan no regresará?

—Exactamente. No sé lo que sucedió el día de Navidad ni pretendo que me lo cuentes. Lo único que sé es que en estos momentos te estoy sujetando por la muñeca y que estamos hablando sobre tu mujer, que estás muy preocupado por ella, pero que tu pulso es perfecto. No estás enfermo; te han drogado. Temen que te vuelvas loco. Pero se han pasado. Lo que necesitas es desintoxicarte.

Michael suspiró resignado.

Mona se inclinó y lo besó en la boca. Fue una conexión inmediata. Ambos se quedaron un tanto sorprendidos. Pero

la cosa no pasó de ahí, debido a los malditos sedantes que había tomado Michael.

Era como envolver un beso en una manta.

La edad tenía sin duda su importancia. Besar a un hombre que se había acostado con centenares de mujeres no era igual que besar a un muchacho que lo había hecho un par de veces a lo sumo. La maquinaria estaba ahí, sólo era preciso un estímulo más potente para ponerla en marcha.

—Un momento, bonita —protestó Michael suavemente, sujetándola por los hombros.

De pronto a Mona le pareció casi doloroso estar junto a él y no poder obligarlo a hacer lo que ella deseaba. Quizá no lo conseguiría nunca.

—Lo sé, tío Michael, pero debes comprender que existen ciertas tradiciones en la familia. —¿De veras?

—El tío Julien se acostó con mi bisabuela en esta casa cuando ella tenía trece años. Debe de ser por eso por lo que soy tan lista.

—Y muy bonita —respondió Michael—. Yo también he heredado ciertos rasgos de mis antepasados, como el sentido de la moral.

Michael la miró sonriendo y le dio unas palmaditas en la mano como si fuera una criatura o un gatito.

Mona comprendió que era preferible dar marcha atrás. Michael estaba muy atontado. No era justo tratar de excitarlo, por más que ella lo deseara, por más que ansiara compartir unos momentos de intimidad con él y con el universo de adultos que él encarnaba. De repente Mona se sintió atrapada en su infancia, desorientada y confundida, y le entraron ganas de romper a llorar. —¿Quieres dormir en la alcoba situada en la parte delantera de la casa? —preguntó Michael, acariciándole la mano. Su voz sonaba pastosa y tenía los ojos entornados—. Está limpia. Nadie ha dormido en ella desde que se marchó Rowan. Es una habitación muy bonita.

—De acuerdo —contestó Mona.

—Allí encontrarás unos camisones de franela. Eran de Rowan. Se los regalé yo. Me temo que te quedarán un poco largos. Pero quizá la tía Viv esté despierta todavía. Le diré que estás aquí.

—La tía Viv está en casa de la tía Cecilia —respondió Mona apre-tándole la mano, que ahora tenía un tacto más cálido—. Se han hecho muy amigas. Creo que la tía Viv se ha convertido en miembro honorífico de los Mayfair.

—Aaron —dijo Michael, como si hablara consigo mismo—. Aaron está en la otra alcoba.

—Aaron está con la tía Bea. ¿Acaso no sabes que mantienen una relación? Ambos regresaron ala suite de Aaron en Pontchartrain, porque la tía Bea es demasiado púdica para venir aquí con él. —¿De veras? ¡Bea y Aaron! No tenía ni idea.

—Apuesto a que Aaron no tardará en convertirse también en miembro honorífico de los Mayfair.

—Beatrice es perfecta para él. Aaron necesita una mujer que sepa apreciar aun caballero —dijo Michael, cerrando los ojos como si los párpados le pesaran y no consiguiera mantenerlos abiertos.

—Todas las mujeres apreciamos aun caballero, tío Michael-respondió Mona. —¿Acaso lo sabes todo? —preguntó Michael, abriendo los ojos.

—No. Ojalá lo supiera todo, aunque supongo que debe de resul-tar muy aburrido ser Dios. ¿Tú qué opinas?

—No tengo ni idea —respondió Michael, sonriendo—. Eres una jovencita muy especial, Mona.

—No sé si pensarás lo mismo cuando me veas con un camisón de franela.

—No temas, no te veré. Te ordeno que cierres con llave la puerta de tu habitación y te acuestes enseguida. Es posible que Aaron regre-se, o que Eugenia se levante y se ponga a deambular por la casa... —¿A deambular? —Es lo que suelen hacer los ancianos. Tengo mucho sueño, Mona.

¿No estás cansada? —¿Y si me despierto asustada o me siento sola en esa habitación?,

—Imposible. —¿Estás seguro? —No tienes miedo de nada. Tú lo sabes, y yo sé que lo sabes. —¿No quieres acostarte conmigo? —No. —Mientes.

—Da lo mismo. No quiero hacer algo que no debo. Creo que será mejor que llame a alguien.

—Confía en mí —respondió Mona—. Me voy a acostar. Mañana desayunaremos juntos. Henri me ha asegurado que prepara unos huevos Benedict perfectos.

Michael sonrió débilmente. Estaba tan cansado que no tenía fuerzas para discutir, ni siquiera para recordar los números telefónicos de las personas a las que quería llamar. Los sedantes eran nefastos.

Le atontaban, le impedían incluso hablar con claridad. Mona detestaba todo tipo de drogas. Jamás había probado ninguna, ni tampoco las bebidas alcohólicas.

Quería tener la mente afilada como una guadaña.

Michael soltó una carcajada y murmuró:

—Como una guadaña...:

De modo que lo había captado, si bien no se había dado cuenta de que había pronunciado la frase en voz alta. Mona sonrió. Deseaba besarlo de nuevo, pero supuso que era inútil. Más bien empeoraría las cosas. Dentro de unos minutos Michael volvería a quedarse dormido. Más tarde, después de un prolongado y cálido baño, ella se dedicaría a buscar el Victrola.

De pronto, Michael se levantó de la cama y se dirigió torpemente hacia la puerta.

—Ven —dijo, bostezando pero con un gesto caballeroso—. Te acompañaré a tu habitación.

El dormitorio situado en la parte delantera de la casa tenía el mismo aspecto que el día de la boda.

Incluso había un ramo de rosas blancas y amarillas sobre la repisa de mármol de la chimenea, semejante al que habían colocado ahí el día de la boda. Sobre la pálida colcha

de damasco que cubría el lecho de dosel estaba dispuesta la bata de seda blanca de Rowan, como si ésta fuera a regresar a casa.

Michael se detuvo y miró a su alrededor, como si estuviera desorientado. No recordaba nada, tal como suponía Mona. Era como si se esforzara en conectar con la realidad. Ése era el efecto que le producían a uno los sedantes: le arrebataban la sensación de contacto con la realidad y las cosas cotidianas.

—Los camisones... —dijo Michael, indicando con un gesto vago la puerta del baño.

—No te preocupes, tío Michael, ya los encontraré —respondió Mona—. Ve a acostarte.

—No tendrás miedo de dormir aquí, ¿verdad? —preguntó él. Qué ingenuo era.

—No, tío Michael. Anda, ve a acostarte.

Michael la miró unos instantes como si no consiguiera concentrarse en lo que decía, pero estaba resuelto a demostrarle que era un perfecto anfitrión.

—Si tienes miedo... —insistió.

—No tengo miedo, tío Michael, sólo te estaba tomando el pelo —contestó Mona sonriendo—. Soy mucho más temible que los peligros que puedan acecharme.

Michael sonrió, meneó la cabeza y le dirigió una adorable mirada en la que el fuego de sus límpidos ojos azules aniquiló durante unos segundos el efecto de los sedantes. Luego salió y cerró la puerta tras de sí.

Mona encendió inmediatamente la graciosa estufa de gas que había en el baño. En un estante de mimbre había un montón de mullidas toallas blancas, y en el armario halló varios camisones de franela, un tanto anticuados, con unos alegres dibujos de flores. Tras elegir el más curioso, un camión rosa fuerte con unas rosas estampadas, abrió el grifo de la bañera.

A continuación se quitó el lazo del pelo y lo depositó en el tocador, junto al cepillo y el peine.

Era una casa de sueño, pensó Mona. No tenía nada que ver con la de la calle Amelia, con sus anticuadas bañeras, sus húmedas y podridas tablas del suelo y sus raídas toallas, que tendrían que seguir utilizándolo hasta que la tía Bea les regalara otras de segunda mano. Mona era la única que las lavaba; en realidad era la única que lavaba la ropa y mantenía la casa aseada, aunque la anciana Evelyn barría todos los días el trozo de acera que quedaba delante.

Esta casa demostraba lo que podía hacerse con amor. Había unas viejas baldosas blancas, sí, pero también una gruesa alfombra morada. Los artefactos de latón funcionaban, y los apliques colocados a ambos lados del espejo estaban cubiertos por unas pantallas de pergamino. La habitación contenía también un sillón con un cojín rosa y una araña que colgaba del pequeño medallón del techo, con cuatro velas de cristal rosa.

—Y dinero, no lo olvides, mucho dinero —le había dicho Alicia hacía pocos días, cuando Mona comentó que le gustaría que la casa de la calle Amelia recuperara su antiguo esplendor. —¿Por qué no le pedimos al tío Ryan que nos preste el dinero? Pertenece a la familia Mayfair.

Esta casa es un legado. Soy lo bastante mayor para contratar a unos operarios que la restauren. ¿O es que tenemos que esperar a que todo el edificio se derrumbe?

Alicia se apresuró a despachar la cuestión diciendo que le parecía indecente pedirles dinero, que era como invitarlos a que interfirieran en sus asuntos. Ninguno de los ocupantes de la casa de la calle Amelia deseaba que los Mayfair metieran las narices en sus asuntos. La anciana Evelyn aborrecía el ruido y los extraños, el padre de Mona no quería que nadie le hiciera preguntas, etcétera. Las excusas de costumbre.

De modo que la casa seguía en ruinas, sin que nadie moviera un dedo para restaurarla. Dos de los baños no funcionaban desde hacía varios años. Las ventanas estaban

rotas o atascadas, y no podían abrirse. La lista era interminable.

A Mona se le había ocurrido una pequeña y perversa idea. Se le ocurrió cuando Michael dijo que la casa de la calle Amelia era de estilo italiano. ¿Qué pensaría si viera el estado en que se hallaba actualmente? Quizá pudiera aconsejarles un par de cosas, como el medio de evitar que el yeso del techo del dormitorio de Mona se desprendiera. Sin duda sabría cómo solucionarlo. Era un experto en restaurar casas. Mona decidió invitarlo a que les hiciera una visita.

Pero entonces ocurriría lo inevitable. Michael comprobaría que Patrick y Alicia se pasaban el día emborrachándose e informaría de ello al tío Ryan, como hacían todos. Ello provocaría otra disputa y la tía Bea propondría por enésima vez que los internaran en el hospital.

Nadie parecía comprender que la solución de internarlos en un hospital resultaba más negativa que positiva. Alicia salía más enloquecida que cuando había entrado, más ansiosa de ahogar sus penas en alcohol. La última vez se había puesto hecha una furia y había intentado destrozar todo cuanto había en la habitación de Mona, la cual se había colocado ante su ordenador para protegerlo. —¿Pretendes recluir a tu madre en un hospital? ¡Sé de sobra que tú y Gifford sois capaces de encerrarme de nuevo! ¿Crees que yo habría sido capaz de hacerle eso a mi propia madre? ¡Bruja! La anciana Evelyn tiene razón, eres una bruja. ¡Quítate ese lazo del pelo!

Ambas se enzarzaron en una violenta pelea. Mona sujetó a Alicia por las muñecas, tratando de repeler el ataque, mientras exclamaba: —¡Domínate, mamá! ¡Basta! De pronto, Alicia se derrumbó en el suelo como un saco de patatas, llorando y blandiendo el puño. Mona se quedó de piedra al ver a la anciana Evelyn observándolas desde la puerta, lo que significaba que había subido la escalera sin ayuda de nadie. —¡No te atrevas a lastimar a la niña! —le

gritó Evelyn a Alicia—. No eres más que una borracha, lo mismo que tu marido. —¡Mona pretende lastimarme! —sollozó Alicia.

No, Mona no estaba dispuesta a internarla de nuevo en el hospital. Pero los otros quizá sí. Era mejor no mezclar a Michael en el asunto, aunque quisiera ayudarla a restaurar la casa. Ya se le ocurriría otro plan.

Un cálido y agradable vapor había invadido el baño. Mona se desnudó y apagó las luces, de forma que la única iluminación procedía de las llamas naranja de la estufa de gas. Luego se sumergió en la bañera, dejando que sus largos cabellos rojos flotaran en la superficie del agua, como los de Ofelia, la cual se había ahogado en un arroyo.

Mona hundió la cabeza en el agua y la movió enérgicamente para desprenderse de las hojas y los restos de tierra que tenía en el pelo. Menos mal que no había cucarachas en el cementerio, pensó Mona, agitando su espesa cabellera en el agua para lavarla y dejarla brillante. La ducha le dejaba el pelo apelmazado, y Mona quería que quedara suelto y esponjoso.

El jabón tenía un delicioso perfume, y en el borde de la bañera había un elegante frasquito de perlado champú. Esa gente sí que sabía vivir. Era como alojarse en un hotel de lujo.

Mona se lavó el cuerpo y la cabeza lentamente, saboreando cada instante del agradable ritual, y luego se sumergió de nuevo en el agua para quitarse el jabón y el champú. Quizá pudiera restaurar la casa de la calle Amelia sin dejar que los otros miembros de la familia se entrometieran. Podía decirle al tío Michael que deseaba hacerlo discretamente y pedirle que no hablara con nadie sobre Patrick y Alicia, aunque todos estaban informados del problema de sus padres. Pero ¿qué harían cuando la anciana Evelyn despachara a los operarios o les prohibiera utilizar sus herramientas para que no hiciesen ruido?

Era maravilloso sentirse limpia. Mona pensó de nuevo en Michael, el gigante dormido que yacía en el lecho de la bruja.

Mona se levantó, cogió una toalla y se secó el pelo enérgicamente, inclinando la cabeza hacia delante y hacia atrás, gozando de la sensación de estar desnuda y sentirse libre. Luego salió de la bañera y se puso el camisón de franela. Tenía un tacto cálido y agradable, pero le quedaba demasiado largo, de modo que se recogió la falda como una niña en un cuadro antiguo. Así se sentía Mona, como una niña del siglo pasado. Por eso solía ponerse un lazo en el pelo. Le gustaba hasta tal punto disfrazarse de niña antigua, que ello había dejado de consti-tuir un disfraz.

Tras frotarse el pelo con la toalla, cogió el cepillo que había en el tocador, se miró unos instantes en el espejo y empezó a cepillarse el cabello vigorosamente.

El calor que emanaba la estufa de gas parecía envolverla y darle golpecitos en la frente. Mona cogió el lazo y se lo colocó en la cabeza de forma que sólo asomaban los dos extremos por detrás, como los cuernos del diablo.

—Ha llegado el momento, tío Julien —susurró, cerrando los ojos—. Dame una pista. ¿Dónde está el Victrola?

Mona empezó a balancearse de uno a otro lado, como Ray Charles, tratando de atrapar un vívido momento de entre todos los sueños que se desvanecían.

De pronto oyó un sonido distante, sofocado por el suave crepitar de las llamas de la estufa, una canción cuyas palabras no conseguía captar. El acompañamiento parecía de violines, aunque el sonido resultaba demasiado vago para descifrar qué clase de instrumentos eran. Lo único que percibía con claridad era que se trataba de una gran orquesta. Mona abrió la puerta del baño. Aunque sonaba muy lejos, reconoció el inconfundible vals de La Traviata, cantado por la so-prano. Mona empezó a tararear la melodía. De pronto se le ocurrió que quizás el Victrola se hallaba abajo, en el salón.

Se dirigió descalza hacia el pasillo, con la toalla colgada del hombro, y se asomó por encima de la balaustrada de la escalera. Desde allí, el vals se oía con toda claridad, aun volumen mayor que en sus sueños. La soprano cantaba alegremente, en italiano, y tras ella sonaban, en el viejo y rayado disco, las voces del coro, que parecía un coro de pájaros.

Mona notó que el corazón le latía aceleradamente. Tras asegurarse de que llevaba el lazo bien sujeto, dejó caer la toalla y se dirigió apremiada hacia el arranque de la escalera. En aquel instante Mona vio que a través de la puerta del salón se filtraba una suave luz, la cual adquiría mayor intensidad a medida que ella avanzaba. Sintió el áspero tacto de la alfombra de lana bajo sus pies desnudos y, al mirar hacia abajo comprobó que los dedos de sus pies parecían los de un bebé bajo el largo camisón de franela, que se arremangó para no tropezar con él.

Mona se detuvo y miró hacia abajo. Entonces vio que la alfombra de lana roja se había convertido en una alfombra oriental, bastante raída, de distinta textura. Bajó precipitadamente, siguiendo la cascada de rosas persas, de color azul y rosa, que se deslizaba a lo largo de la escalera. Las paredes también habían cambiado de aspecto.

Mona comprobó que el papel que las revestía era dorado. Más abajo, entre unas hojas de yeso que decoraban el techo del vestíbulo, pendía una pequeña araña veneciana que no recordaba haber visto antes, con velas auténticas encendidas. Mona percibió el olor a cera. La soprano seguía cantando la pega-diza canción, que iba adquiriendo un ritmo cada vez más trepidante. —¡Tío Julien! —murmuró Mona, casi apunto de llorar de felicidad.

Era la visión más prodigiosa que había contemplado en su vida. Mona dirigió la mirada hacia el vestíbulo. Jamás había contemplado nada tan bello. A través de la alta puerta del salón, la misma puerta a través de la cual alguien había disparado y herido de muerte a uno de sus primos desde esta

escalera, Mona vio que el salón ofrecía un aspecto distinto que en la actualidad, mientras las diminutas llamas de las velas bailaban alegremente en los airosos candelabros de gas.

La alfombra, sin embargo, era la misma; y también estaban los sillones tapizados de damasco del tío Julien.

Mona bajó apresuradamente mirando a diestro y siniestro, observando una serie de detalles que no había visto antes, como los apliques antiguos con sus graciosas tulipas y las vidrieras emplomadas que rodeaban la inmensa puerta de entrada.

La música procedente del Victrola sonaba muy fuerte. Mona se fijó en unos estantes con unas figuritas de porcelana, en un reloj de metal colocado sobre la repisa de una de las chimeneas, en las estatuas griegas que decoraban la otra chimenea, en la tapicería de los sillones, de brillante terciopelo con flecos, y en las alfombras que cubrían el suelo recién pulido.

El marco de la puerta y el zócalo estaban pintados imitando el mármol, con sus características vetas, un estilo muy popular afines del siglo pasado. Las luces de la araña proyectaban sombras sobre el oscuro papel del techo, como si danzaran al ritmo del vals.

No se apreciaba un solo fallo. La alfombra era la misma que había visto en otras ocasiones, lo cual era lógico, puesto que pertenecía a Julien, lo mismo que los elegantes sillones que se hallaban agrupados en el centro de la habitación.

Mona alzó los brazos y se puso a danzar de puntillas describiendo un círculo, cada vez más rápidamente, mientras el camisón parecía flotar a su alrededor. Su voz se unió ala de la soprano.

Pronunciaba las palabras de la canción en perfecto italiano, aunque hacía poco que había aprendido ese idioma, se dejaba llevar por el sencillo ritmo de la melodía, se balanceaba de un lado al otro, inclinándose hacia delante de forma que el cabello le ocultaba el rostro y enderezándose

bruscamente mientras éste le caía por la espalda como una cascada. Mona contempló el amarillento papel del techo y distinguió vagamente el inmenso sofá, el nuevo sofá de Michael, pero no tapizado de damasco color crema, sino de terciopelo dorado, un tanto gastado, como los hermosos cortinajes que cubrían las ventanas. Todo relucía bajo la oscilante luz de las velas.

Michael la observaba desde el sofá, inmóvil. Mona se detuvo en seco con los brazos arqueados sobre la cabeza, como una bailarina de ballet y el cabello desparramado sobre los hombros. Michael estaba sentado en el centro del sofá, vestido con un pijama de algodón, y la miraba fijamente, como si se tratara de una aterradora o grotesca aparición. La música seguía sonando. Mona respiró profunda y lentamente, tratando de dominar los latidos de su corazón. Luego se acercó a él, impresionada al verlo sentado en aquella grandiosa habitación, sin mover un músculo, y mirándola con los ojos desorbitados, como si estuviera apunto de enloquecer.

Pero no temblaba. Era como ella. No tenía miedo de nada. Sólo estaba inquieto, preocupado y horrorizado mientras contemplaba esa aparición y escuchaba la música. Cuando Mona se sentó junto a él en el sofá, Michael se volvió y la miró asombrado. Ella lo besó en la boca y sintió de nuevo una reacción en cadena. Lo tenía atrapado. Era suyo.

Michael se apartó unos instantes para mirarla a los ojos, como si intentara cerciorarse de que se trataba efectivamente de ella. Tenía la mirada turbia a causa de los sedantes. Quizás era preferible así, quizá las drogas contribuían a adormecer su puritana conciencia católica. Ella lo volvió a besar ávidamente, con cierta torpeza, y al tocarle entre las piernas comprobó que estaba preparado para hacerle el amor. Michael la abrazó con fuerza y emitió un leve gemido, muy típico en él, como lamentándose de que fuera demasiado tarde para retroceder o pidiéndole a

Dios que le perdonara por el pecado que iba a co-meter. Mona no oyó lo que dijo. Lo atrajo hacia sí y ambos se tendieron en el sofá, que olía a polvo, mientras el vals seguía sonando y la soprano cantaba la maravillosa aria.

Michael se tumbó encima de Mona y ella notó que sus manos temblaban ligeramente mientras apartaban el camisón y le tocaban el vientre y los muslos. —Ya sabes lo que tengo entre los muslos —murmuró ella, abrazándolo con fuerza. Pero él se apartó suavemente, despertándola de su ensueño, como si se hubiera disparado el sistema de alarma. Mona sintió el flujo que se deslizaba entre sus piernas.

—No aguanto más —dijo, muy excitada—. Dámelo.: Puede que sonara brutal, pero no quería seguir interpretando el papel de niña. Michael la penetró, produciéndole un delicioso dolor, y empezó a moverse con furia. —¡Así, así, así! —gritó ella. —¡De acuerdo, Molly Bloom! —exclamó él con voz ronca. Mona sintió de pronto que iba a alcanzar el orgasmo y comenzó a gemir ya gritar, mordiéndose los labios, como si no soportara esa sensación de éxtasis, mientras él gemía y gritaba también.

Luego se tumbó de costado, con los dedos enredados en el cabello de Michael, jadeando y completamente empapada, como si fuera Ofelia y la hubieran encontrado flotando en el arroyo cubierto de flores. Súbitamente oyó un ruido y abrió los ojos. Alguien había roto la aguja del Victrola. Mona se volvió, al igual que Michael, y vio la encorvada figura de Eugenia, la doncella negra, de pie junto a la mesa, con los brazos cruzados y mirándolos escandalizada.

De pronto el Victrola desapareció. El sofá aparecía tapizado de nuevo con un damasco color crema y la débil luz que iluminaba la habitación provenía de unas bombillas eléctricas. Eugenia se hallaba de pie frente a ellos, que seguían abrazados en el sofá. —¡Señorito Mike! ¿Qué está haciendo con esa niña?

Michael la miró perplejo, disgustado, avergonzado, confuso y probablemente dispuesto a suicidarse. Se levantó bruscamente, abrochándose el pantalón del pijama, miró a Eugenia y luego a Mona. Había llegado el momento de comportarse como una Mayfair, como la tataranieta de Julien.

Mona se incorporó y se dirigió hacia la anciana. — ¿Quieres conservar el puesto en esta casa, Eugenia? — preguntó—. Pues regresa inmediatamente a tu habitación y cierra la puerta. La anciana la miró indignada durante unos instantes, pero Mona Insistió:

—Haz lo que te ordeno. No tienes por qué preocuparte. Hago lo que me apetece hacer. Nadie me ha forzado a ello. Y el tío Michael se siente a gusto conmigo, tú lo sabes. Ahora, vete. La doncella la miró, fascinada o quizá simplemente abrumada. No tenía importancia. Los poderes mágicos eran los poderes mágicos. El caso es que al fin cedió. Siempre acababan cediendo. Era casi una cobardía avasallarlos de ese modo y obligarles a obedecer. Pero debía hacerlo.

Eugenia bajó la vista, salió apresuradamente de la habitación y corrió hacia la escalera como alma que lleva el diablo.

Mona se volvió y vio a Michael sentado de nuevo en el sofá, observándola detenidamente, confuso pero con expresión serena, como si tratara de recordar lo sucedido. — ¡Dios mío! —murmuró.

—Ya está hecho, tío Michael —respondió ella. De pronto notó que la abandonaban las fuerzas y añadió, balbuceando, casi a punto de romper a llorar—: Deja que me acueste en tu cama. Estoy asustada.

Ambos permanecieron tendidos en el amplio lecho, en la oscuridad. Mona contempló el dosel de raso amarillo, preguntándose si Mary Beth habría contemplado ese mismo dibujo y ese mismo color.

Michael reposaba junto a ella, drogado y exhausto. Ella deseaba preguntarle lo que había visto, pero no se atrevía a

hacerlo. Veía en su mente el doble salón, como una hermosa fotografía en sepia. ¿No había visto alguna vez una fotografía semejante, con esos candelabros y esos sillones?

—No podemos permitir que vuelva a suceder, bonita — balbuceó Michael, abrazándola—. Jamás.

Su respiración era un tanto trabajosa, pero estaba perfectamente.

—Si tú lo dices, tío Michael—respondió Mona—. Pero me gustaría expresar mi opinión al respecto. ¡Se habían acostado en el lecho de Mary Beth, en el lecho de Deir-dre! Mona se acurrucó junto a él y notó el calor de su mano, que estaba apoyada en su seno. —¿Esa música que sonaba no era el vals de Verdi? —preguntó Michael—. El de La Traviata. Me pareció reconocerlo...

Al cabo de unos segundos se quedó dormido. Mona sonrió en la oscuridad. De modo que había reconocido el vals, lo cual significaba que había estado allí con ella. Mona se volvió, lo besó en la mejilla suavemente para no despertarlo y se durmió con una mano apoyada en su pecho, sintiendo el cálido tacto de su piel.

Una persistente lluvia invernal caía sobre San Francisco, e inundaba lentamente las empinadas calles de Nob Hill, mientras las niebla envolvía la curiosa mezcla de edificios: la fachada gris y espectral de la catedral de la Gracia, los imponentes y austeros edificios de apartamentos, y las altas y modernas torres que se erguían sobre el viejo hotel Fairmont. El cielo estaba encapotado y era prácticamente imposible circular entre el denso tráfico de las cinco de la tarde.

El doctor Samuel Larkin pasó frente al Mark Hopkins, aunque ignoraba el nuevo nombre del hotel, y bajó por la calle California, avanzando pacientemente a paso de tortuga tras un ruidoso tranvía y asombrado ante la perseverancia de los turistas, que se aferraban a éste en la helada oscuridad, calados hasta los huesos. Larkin siguió circulando lentamente, procurando no patinar sobre los raíles del tranvía —el terror de los conductores de fuera de la ciudad—, y en cuanto el semáforo se puso en verde pisó el acelerador y adelantó al tranvía.

Descendió por la calle Market a lo largo de varias manzanas y pasó ante la bonita y exótica entrada de Chinatown, un trayecto muy bello aunque un tanto peligroso que le recordaba sus primeros años en esta ciudad, cuando uno podía trasladarse tranquilamente a la oficina en tranvía y el Top of the Mark constituía el punto más elevado de la ciudad, antes de que aparecieran los rascacielos al estilo de Manhattan. ¿Cómo era posible que Rowan Mayfair hubiera abandonado este lugar?, se preguntó Lark. Claro que él sólo había visitado Nueva Orleans en un par de ocasiones. Pero, aun así, era como abandonar París para trasladarse a

provincias. En todo caso, no era la única parte de la historia de Rowan que Lark no alcanzaba a comprender.

De pronto, al darse cuenta de que casi había pasado de largo la entrada del Instituto Keplinger, giró bruscamente y se metió en un aparcamiento subterráneo. Eran las cinco y diez, y el avión para Nueva Orleans partía a las ocho y media. El tiempo apremiaba.

Lark mostró su tarjeta de identidad al guardia apostado junto a la puerta, el cual, tras llamar para verificar la información, le dejó pasar. Al llegar frente al ascensor tuvo que identificarse de nuevo ante un pequeño altavoz situado debajo de una cámara de vídeo, a través del cual sonaba una aguda voz femenina. Lark detestaba que alguien le observara sin que él pudiese ver a la persona que lo vigilaba.

El ascensor lo condujo silenciosa y rápidamente hasta el decimoquinto piso, donde se encontraba el laboratorio de Mitchell Flanagan. Al cabo de unos segundos, vio una puerta de cristal ahumado y llamó enérgicamente a ella.

—Soy Lark —dijo, en respuesta a unas palabras ininteligibles que sonaron al otro lado de la puerta.

Mitchell Flanagan ofrecía el mismo aspecto de siempre, medio cegato y totalmente incompetente.

Miraba a Lark a través de unas gruesas gafas, su encrespada pelambrera amarilla habría constituido un excelente tejado para que las aves se posaran y su bata de laboratorio estaba cubierta de polvo, aunque, al menos aquel día, sin manchas.

«El genio favorito de Rowan —pensó Lark—. Bueno, yo era su cirujano favorito. ¿Por qué estoy tan celoso?» Aún no había conseguido olvidar a Rowan Mayfair. ¿Por qué le afectaba tanto que se hubiera trasladado al Sur, se hubiera casado y estuviera ahora envuelta en un tremendo follón? Lark deseaba acostarse con ella, cosa que jamás había conseguido.

—Pasa —dijo Mitch, como resistiéndose a la tentación de arrastrar a Lark al pasillo enmoquetado, donde unas hileras de diminutas lucecitas blancas iluminaban suavemente el techo y el suelo.

«Este lugar me volvería loco», pensó Lark, temiendo que se abriera una puerta y ante sus ojos aparecieran seres humanos metidos en asépticas jaulas.

Siguió a Mitch por el pasillo, lleno de puertas de acero con unas diminutas ventanas iluminadas, detrás de las cuales se oían diversos ruidos electrónicos.

A Lark no se le habría ocurrido pedir que le dejaran entrar en esos sanctasanctórum. La investigación gen ética era una labor que se llevaba en el Instituto Keplinger de forma totalmente secreta, incluso para la mayoría de la comunidad médica. Esta entrevista privada con Mitchell Flanagan había sido comprada y pagada por Rowan Mayfair —o en cualquier caso por la familia Mayfair— a un precio exorbitante. Mitchell condujo a Lark hasta un espacioso despacho, donde unos inmensos ventanales daban a los concurridos edificios de la calle Lower California, ofreciendo una espectacular vista del puente de la Bahía. De unas largas varas de acero cromado situadas sobre los ventanales colgaban unos visillos transparentes semejantes a mosquiteras, matizando la suave luz del atardecer, lo que intensificaba la sensación de claustrofobia que experimentaba Lark. Sus recuerdos de San Francisco antes de la aparición de los rascacielos eran muy vívidos. El puente parecía totalmente desproporcionado y fuera de lugar.

En la pared, junto a la amplia mesa de caoba, había varias pantallas de ordenadores. Mitchell se sentó en una silla de respaldo alto y le indicó a Lark que ocupara un cómodo sillón frente a él. El sillón estaba tapizado con un tejido color vino, probablemente de seda, y el estilo de los muebles era vagamente oriental. En todo caso, era un estilo difícil de precisar.

Debajo de los ventanales, que ofrecían un amplio e inquietante panorama nocturno, había unos archivos dotados de una clave digital. La alfombra era de color vino, igual que el sillón que ocupaba Lark. El despacho contenía varias sillas, tapizadas con el mismo tejido, cuya discreta tonalidad combinaba con el de la alfombra y el oscuro revestimiento de las paredes.

La superficie de la mesa estaba despejada. Detrás de la pelambrera de espantapájaros de Mitchell colgaba un enorme cuadro abstracto que parecía el retrato de un espermatozoide deslizándose apresuradamente hacia un óvulo fertilizado. Sin embargo, poseía un maravilloso colorido —azul cobalto, naranja y verde neón—, como si estuviera pintado por un artista tahitiano que, tras contemplar el dibujo de un espermatozoide y un óvulo en una publicación científica, lo hubiese elegido como tema para su próximo cuadro sin adivinar ni importarle de qué se trataba.

El despacho olía a dinero. El Instituto Keplinger olía a dinero. Resultaba tranquilizador que Mitch presentara ese aire desaliñado, torpe y un tanto sucio, como un científico loco que no estaba dispuesto a hacer concesiones ala tiranía corporativa y científica. Hacía por lo menos dos días que no se afeitaba.

—Me alegro de que al fin estés aquí —dijo Mitch—. Creí que iba a volverme loco. Hace dos semanas que me encargaste este trabajito, sin más explicaciones, diciéndome que Rowan Mayfair te había enviado unas muestras y querías que las examinara. —¿Has conseguido averiguar algo? —preguntó Lark, desabrochándose la gabardina. Luego decidió no quitársela y depositó la cartera en el suelo. Ésta contenía un magnetófono, pero prefirió no utilizarlo para no intimidar a Mitchell o ponerlo a la defensiva. —¿Qué esperas que averigüe en dos semanas? Nos llevará quince años descubrir la estructura del genoma humano, ¿o es que no lo sabías? —¿Qué puedes decirme?

Esto no es una entrevista con el editor de la sección científica del New York Times. Hazme un resumen. ¿De qué se trata? —Se trata de simples conjeturas. ¿Quieres que te lo muestre en el ordenador? —inquirió Mitch—. ¿Quieres ver unas imágenes tridimensionales y en color? —Prefiero que me lo expliques verbalmente. No me fío de las imágenes de los ordenadores.

—Antes de pronunciarme, necesito más muestras de sangre, tejido y todo lo que puedas conseguir.

He hecho que mi secretaria te llamara todos los días para pedirte ese material. ¿Por qué no has respondido a mis llamadas?

—No puedo conseguir más muestras. Esto es todo lo que hay. —¿Qué quieres decir?

—Te he entregado todas las muestras que obraban en mi poder. Sabes tanto como yo. Existe cierto material en Nueva York..., pero hablaremos de ello más tarde. No puedo darte más muestras de sangre, tejidos o líquido amniótico. Te he entregado todo lo que me envió Rowan Mayfair.

—En ese caso debo hablar con Rowan Mayfair.

—Imposible. —¿Por qué? —¿No podrías apagar esa maldita luz fluorescente? Me está volviendo loco. ¿No hay ninguna lámpara incandescente en este despacho?

Mitchell lo miró desconcertado y se reclinó hacia atrás, como si le hubieran propinado un empujón.

—Por supuesto —respondió al cabo de unos instantes, pulsando un botón de un panel situado debajo del borde de la mesa. La luz del techo se apagó y en su lugar se encendieron dos pequeñas lámparas sobre la mesa, cuya agradable y suave luz amarilla ponía de relieve el tono verde oscuro del secante que yacía en la mesa.

Lark no había reparado en el secante, perfecto e inmaculado, ni en sus cantoneras de piel. Ni tampoco en el silencioso teléfono negro, con sus misteriosos números y botones, que parecía un simbólico sapo chino.

—Esto está mejor. Detesto las luces fluorescentes —dijo Lark—. Cuéntame todo lo que has averiguado.

—Primero quiero saber por qué no puedo hablar con Rowan Mayfair para obtener más datos. ¿ Por qué no te envió unas fotografías de esa criatura? Es preciso que hable con ella...

—Nadie sabe su paradero. Hace varias semanas que intento dar con ella. Su familia la está buscando desde el día de Navidad, que fue cuando desapareció. Esta tarde, a las ocho y media, tomaré un avión para ir a ver a su familia en Nueva Orleans. Soy la última persona que ha tenido noticias de Rowan. La llamada que me hizo, hace dos semanas, constituye la única prueba de que está viva. Después de telefonearme me envió las muestras. Cuando me puse en contacto con su familia para pedirles el dinero, tal como Rowan me ordenó que hiciera, me revelaron que había desaparecido. Según parece, alguien la ha visto, al menos en una ocasión, en una ciudad escocesa llamada Donnelaith. —¿Y el servicio de mensajeros que te entregó las muestras? ¿Sabes adónde fueron a recogerlas?

—Sí. El mensajero las recogió de manos del conserje de un hotel en Ginebra, al cual se las había entregado una cliente del hotel poco antes de abandonarlo. Por la descripción de esa mujer, parece que se trata de Rowan, pero la familia no tiene pruebas de que ésta se alojara en dicho hotel, al menos con su nombre. »Todo el asunto fue llevado muy discretamente. U nos días antes de marcharse del hotel la mujer comunicó al conserje el destino del paquete. La familia ha investigado a fondo esa pista. Están más ansiosos de encontrar a Rowan que tú y que yo. Cuando les llamé para comunicarles que iba a entrevistarme contigo, se mostraron muy nerviosos. Por eso decidí ir a visitarlos. »Desean conocerme personalmente y, puesto que pagan, yo no tengo ningún inconveniente en acceder a sus deseos. La familia ha contratado a unos detectives en Ginebra, pero no han hallado ni ras-tro de Rowan. Créeme, si la familia no

consigue dar con ella, es que Rowan ha desaparecido del mapa. —¿Qué quieres decir?

—Los Mayfair están forrados. Supongo que habrás oído hablar de que Rowan pensaba inaugurar en otoño un importante centro médico. Habla, Mitch, ¿de qué son esas muestras? Tengo que coger un avión. Te prometo ser discreto. Venga, hombre, suéltalo de una vez. Mitchell Flanagan reflexionó durante unos instantes. Luego cruzó los brazos, frunció los labios, se quitó las gafas y volvió a ponérselas, como si no fuera capaz de pensar sin ellas. Al fin miró detenidamente a Lark y dijo:

—De acuerdo. Se trata de lo que tú dijiste, o de lo que dijiste que te dijo Rowan.

Lark no respondió, pero se dio cuenta de que Mitch estaba pendiente de su reacción aun antes de abrir la boca. Se mordió la lengua. Quería que Mitchell siguiera hablando.

—Esa criatura no es un homo sapiens —prosiguió Mitch—. Se trata de un primate, un mamífero, un varón potente, dotado de un sistema inmunitario que es pura dinamita. Según las últimas pruebas realizadas parece haber alcanzado la madurez, aunque no lo sé con certeza, y tiene una forma desconcertante de asimilar los minerales y las proteínas; debe de tener algo que ver con sus huesos.

Posee un cerebro enorme. Es posible que presente unos defectos importantes, pero no puedo saberlo hasta que realice más pruebas.

—Hazme un resumen verbal.

—Basándome en las radiografías, yo diría que pesa sesenta y siete kilos, o algo menos, y que cuando se hicieron los últimos análisis, a finales de enero, medía un metro ochenta y tres. Su altura cambió notablemente entre las primeras radiografías, tomadas el veintiocho de diciembre en París, y las realizadas en Berlín el cinco de enero. Entre el cinco y el veintisiete de enero no se verificó ningún cambio en sus medidas. Por eso digo que es posible que haya alcanzado la madurez, aunque no lo sé con certeza. Su

cráneo no está plenamente desarrollado, pero quizá no crezca más. —¿Cuánto creció entre diciembre y enero?

—Siete centímetros y medio. El aumento de tamaño se verificó principalmente en los muslos, los antebrazos y los dedos. A propósito, tiene unas manos muy largas. La cabeza también aumentó ligeramente de tamaño, aunque no lo suficiente como para llamar la atención. De todos modos, es mayor que una cabeza normal. Si quieres, puedo mostrártelo en el ordenador. Te enseñaré qué aspecto tiene y cómo se mueve...

—No, me basta con que me lo cuentes. ¿Qué más? — ¿Qué más? —preguntó Mitch.

—Sí, qué más. —¿No tienes suficiente? Eres tú quien tiene que explicarme más datos referentes a este asunto. ¿Dónde fueron tomadas esas muestras? Ese material proviene de clínicas de toda Europa. ¿Quién realizó los análisis?

—Según lo que ha podido descubrir la familia, suponemos que fue la propia Rowan. Las clínicas no saben nada. Al parecer, Rowan se presentó con esa criatura, hizo unas radiografías y se marchó antes de que el personal se diera cuenta de que se había colado una médica no autorizada en el departamento de radiología y de que el sujeto no era un paciente. En Berlín, nadie recuerda haberla visto. Sólo sabemos que estuvo allí por la fecha que consta en el ordenador y la hora re-gistrada en la película de rayos x. Con las exploraciones del cerebro, el electrocardiograma y la prueba de resistencia de talio ocurrió otro tanto. Rowan entró en la clínica de Ginebra y pidió los análisis en el laboratorio. Nadie le hizo ninguna pregunta por razones obvias: lle-vaba una bata blanca, hablaba perfectamente alemán y se expresaba con aplastante autoridad. Después recogió los resultados y se marchó.

—Suenan increíblemente sencillo.

—En efecto. Se trata de unas instalaciones públicas, y ya conoces a Rowan. ¿Quién se atrevería a interrogarla?

—Cierto.

—Los que la vieron en París, sin embargo, la recuerdan perfectamente. Pero no pueden ayudarnos a encontrarla. No saben ni de dónde venía ni adónde fue. En cuanto a su acompañante, dicen que era alto y delgado, llevaba el pelo largo y sombrero. —¿El pelo largo? ¿Estás seguro?

—Tan seguro como la mujer de París que se lo dijo a los detectives contratados por la familia —respondió Lark, encogiéndose de hombros—. Cuando vieron a Rowan en Donnelaith, iba acompañada de ese individuo de pelo largo. —¿Y no has vuelto a tener noticias de ella desde la noche en que te envió ese material?

—Así es. Dijo que volvería a ponerse en contacto conmigo en cuanto pudiera. —¿Y la llamada? ¿Sabes si fue a cobro revertido?

—Solo me dijo que estaba en Ginebra y lo que ya te expliqué. Estaba ansiosa de enviarme el material. Me dijo que trataría de enviármelo el mismo día y me pidió que te lo entregara a ti. Me contó que había dado a luz a esa criatura, que había recogido un poco del líquido amniótico en una toalla y que incluía muestras de su propia sangre, esputos y cabellos. Supongo que los habrás analizado.

—Naturalmente. —¿Cómo es posible que diera a luz aun ser no humano? Quiero saber todo cuanto hayas averiguado, por descabellado o extraño que parezca. Debo explicárselo mañana a la familia. Yo mismo quiero saberlo.

Mitch se tapó discretamente la boca, tosió un poco y contestó:

—Como ya te he dicho, no se trata de un homo sapiens. Sin embargo, es posible que tenga el aspecto de un homo sapiens. Tiene una piel mucho más plástica; sólo se ve una piel así en los fetos humanos, y todo parece indicar que conservará siempre esa plasticidad, aunque no puedo afirmarlo con certeza. Posee un cráneo muy dúctil, como el de un niño de corta edad, lo cual también puede ser permanente, aunque no estoy seguro. La última vez que le

hicieron una radiografía conservaba aún la fontanela, el espacio membranoso sin osificar; por los resultados de las pruebas, yo diría que se trata de una fontanela permanente. —¡Dios mío! —exclamó Lark, palpándose la cabeza.

Las fontanelas de los niños le ponían nervioso, aunque no tenía hijos. Le asombraba que las madres se acostumbraran a que sus hijos pequeños tuvieran esos espacios abiertos en el cráneo, cubiertos por una simple membrana.

—Esa criatura no es un feto normal—afirmó Mitch—. Las células del líquido amniótico indican que al nacer ya era un diminuto varón adulto totalmente desarrollado; probablemente era capaz de moverse con pasmosa elasticidad y echó a caminar al poco de nacer, como un caballo o una jirafa recién nacidos.

—Una mutación —observó Lark.

—No, olvida esa palabra —contestó Mitch—. No se trata de una mutación. Más bien parece el producto de un proceso evolutivo muy complejo, el resultado de una serie de extrañas mutaciones que se han producido a lo largo de varios millones de años. Si Rowan Mayfair no hubiera parido eso, cosa de la que, tras haber realizado las pruebas, estoy completamente seguro, diría que se trata de una criatura que se ha desarrollado aisladamente en un continente desconocido, bastante posterior al homo erectus o el homo sapiens, dotada de una serie de rasgos gen éticos heredados de otras especies y que los seres humanos no poseemos. — ¿Otras especies?

—Exacto. Esa criatura ha ascendido una escala evolutiva propia. No es totalmente ajeno a nosotros.

Ha evolucionado a partir del mismo caldo primitivo, pero posee un ADN infinitamente más complejo.

Si examináramos su doble hélice, comprobaríamos que es dos veces mayor que la de un ser humano.

Esa criatura, al menos superficialmente, parece guardar muchas semejanzas con unas formas de vida inferiores que

nosotros, los humanos, no poseemos. El problema es que se trata de un tema que hace poco que he empezado a analizar. —¿No puedes trabajar más deprisa? Quizá consiguieras averiguar más datos.

—No se trata de un problema de velocidad, Lark. Hace poco que hemos empezado a comprender el genoma humano, qué es un gen falso y un gen real. ¿Cómo quieres que descifre el genotipo de esa criatura? A propósito, posee noventa y dos cromosomas, el doble que un ser humano normal. La estructura de las membranas de sus células es distinta de la nuestra, pero no puedo asegurar hasta qué punto; no puedo decirte gran cosa sobre las membranas de nuestras células, ya que nadie sabe de qué se componen. Esto es lo más importante de este asunto. Los límites de lo que sé sobre esa criatura vienen impuestos por los límites de lo que sé sobre nosotros mismos. Lo único que puedo afirmar con certeza es que no pertenece a nuestra especie.

—Todavía no comprendo por qué aseguras que no es un mutante.

—Porque se halla muy alejado de la órbita de la mutación. Está perfectamente organizado y es completo en sí mismo; no se trata de un accidente de la naturaleza. Y está totalmente desarrollado.

Planteémoslo en términos de porcentajes de similitud cromosómica. El hombre y el chimpancé son similares en un noventa y siete por ciento. Esa criatura sólo se parece al hombre, a lo sumo, en un cuarenta por ciento. He llevado a cabo unos análisis inmunológicos que demuestran lo que digo. Ello significa que se separó del árbol de la familia humana hace varios millones de años, suponiendo que alguna vez formara parte de ese árbol. Personalmente, no lo creo. Más bien creo que pertenecía a otro árbol totalmente distinto.

—Pero ¿Cómo pudo Rowan parirlo? Es imposible que...

—La respuesta es tan sorprendente como sencilla. Rowan posee también noventa y dos cromosomas. El

número exacto de exones e intrones. Las muestras de sangre, de líquido amniótico y de tejido lo confirman. Estoy seguro de que ella lo sabe.

—Pero ¿y los anteriores historiales médicos de Rowan? ¿Acaso no se había fijado nadie en que posee el doble de cromosomas que un ser humano normal?

—Lo he verificado todo a través de los análisis de sangre que constan en los archivos del University a raíz de su último chequeo. Posee noventa y dos cromosomas, aunque es más que posible que los cromosomas adicionales permanecieran latentes en el momento en que se hizo el último chequeo. Nadie reparó en ello porque a nadie se le ocurrió hacerle un análisis genético. ¿Por qué iban a hacerlo? Rowan jamás ha estado enferma.

—Pero alguien...

—Los estudios sobre el ADN están en sus albores. Algunos científicos son contrarios a ellos.

Existen millones de médicos en todo el mundo que no saben nada sobre sus genes. Algunos, como yo mismo, no queremos saberlo. Mi abuelo murió debido a la corea de Huntington. Mis hermanos no quieren saber si son portadores de ese gen. Y yo tampoco. Por supuesto, más pronto o más tarde tendré que hacerme unas pruebas. Pero lo cierto es que la investigación genética no acaba sino de comenzar. Si esa criatura hubiera aparecido hace veinte años, habría pasado por un ser humano, si bien un ser humano anormal. —¿Me estás diciendo que Rowan no es un ser humano?

—No, es humana. No existe ninguna duda. Como te he dicho, todas las pruebas que se le han practicado han resultado normales; el informe pediátrico es normal, su crecimiento fue normal. Lo que significa que esos cromosomas adicionales nunca fueron activos durante su desarrollo, hasta que ese ser empezó a formarse dentro de su útero. —¿Y entonces qué sucedió?

—Sospecho que su concepción desencadenó en Rowan unas reacciones químicas muy complejas, y que por eso el líquido amniótico contiene todo tipo de nutrientes. Estaba saturado de proteínas y aminoácidos. Existen ciertos indicios de que esa criatura conservó gran parte de la yema con posterioridad a la fase embrionaria. ¿Sabías que hay también unas muestras de leche materna? No presenta una densidad ni una composición normales. Contiene muchas más proteínas que la leche materna humana. Pero nos llevará meses, quizás años, descifrar todo esto. Lo que tenemos es un tipo muy distinto de primate placentario. Y apenas dispongo de lo que necesito para comenzar a analizarlo.

—Rowan era normal—dijo Lark—. Según parece, posee una serie de genes inútiles y cuando se produjo la concepción éstos iniciaron ciertos procesos.

—Así es. El genoma humano normal funciona perfectamente en ella, pero posee unos genes adicionales dentro de su doble hélice, los cuales aguardaban a que el ADN les diera las oportunas instrucciones para ponerse en funcionamiento. —¿Has conseguido una copia clónica de ese ADN?

—Por supuesto. Pero es un proceso que lleva tiempo, dada la velocidad a la que se multiplican esas células. A propósito, dichas células presentan otro aspecto muy curioso. Son resistentes a todos los virus y bacterias. Por otra parte, son extremadamente elásticas. Todo se debe a la membrana, como te he dicho. No se trata de una membrana humana. Y cuando esas células mueren, al ser sometidas aun frío o calor intensos, apenas suelen dejar residuos. —¿Se encogen? ¿Desaparecen?

—Digamos que se contraen, lo cual ofrece uno de los aspectos más interesantes de este asunto. Si existen otros seres como éste en la tierra, no queda constancia de ellos en los registros fósiles debido a que sus restos tienden a contraerse y desintegrarse mucho más rápidamente que los

restos humanos. —¿Los registros fósiles? Pero ¿no habíamos quedado en que se trata de un monstruo?

—No he dicho que se trate de un monstruo, sino de un primate placentario distinto que cuenta con enormes ventajas. Por lo que he observado, sus encimas se disuelven en el momento de nacer. Sus huesos no parecen haberse endurecido, aunque no puedo afirmarlo con seguridad. Ojalá dispusiera de un equipo de gente para trabajar en ello. Ojalá dispusiera de todo el Instituto... —¿Ese material es compatible con nuestro ADN? Me refiero a si puedes separar las cadenas de cromosomas y combinarlas con nuestros...

—No. ¡Cielos, los cirujanos sois unos genios! No basta con que presente un cuarenta por ciento de similitud. No es posible cultivar ratas a partir de monos. Además, se ha producido una reacción violenta, quizá debido a la cantidad de instrucciones gen éticas conflictivas dadas por el ADN. No lo sé. Pero lo cierto es que no pueden combinarse. No he podido cultivarlo con células humanas. Lo cual no significa que no pueda conseguirse. Es posible que esa criatura se haya formado a consecuencia de unas mutaciones repetitivas muy rápidas dentro de los nucleótidos de un determinado gen.

—Explícate, no te comprendo.

—Siempre he sospechado que, en realidad, los cirujanos no tenéis ni idea de lo que hacéis.

—Si lo supiéramos, Mitch, no podríamos hacerlo. Cuando nos encesites, y confío en que ello no suceda nunca, da gracias a Dios por nuestra ignorancia, nuestro sentido del humor y nuestro valor.

Pero, volviendo al tema que nos ocupa, según dices esa criatura no puede reproducirse con seres humanos.

—Efectivamente, a menos que sean como Rowan. Deben poseer los cuarenta y seis cromosomas latentes. Por eso debemos encontrar a Rowan y someterla a diversas pruebas.

—Pero ¿podría reproducirse con ella? —¿Con su madre? Probablemente. Pero no creo que ella esté tan loca como

para intentarlo.

—Me dijo que la había dejado preñada y que había sufrido un aborto, pero sospechaba que estaba embarazada de nuevo. —¿Ella te dijo eso?

—Sí. Aún no he decidido si debo contárselo mañana a la familia, a los Mayfair. Se proponen construir el centro de neurocirugía e investigación más importante de Estados Unidos.

—Sí..., el sueño dorado de Rowan. Pero, volviendo a la familia, ¿cuántos son? ¿No tiene Rowan hermanos o hermanas a los que pudiéramos someter aciertas pruebas? ¿Qué me dices de su madre? ¿Vive todavía? ¿Y su padre?

—No tiene ni hermanos ni hermanas. Y tanto su padre como su madre han fallecido. Pero existen muchos primos en la familia, varios de los cuales se han casado entre sí. No es algo de lo que la familia se sienta orgullosa, y desde luego no estarán dispuestos a someterse a pruebas genéticas.

Algunos científicos ya se lo han propuesto sin éxito.

—Pero podría haber otros miembros portadores de esa serie adicional de cromosomas. ¿y el padre de la criatura? Me refiero al hombre que dejó preñada a Rowan. Debe de poseer también noventa y dos cromosomas.

—Era su marido. ¿Estás seguro de ello?

—Por supuesto.

—Puedo facilitarte algunos datos sobre él, pero antes quiero que me hables sobre el cerebro de esa criatura. ¿Qué has podido averiguar a través de las exploraciones que le han practicado?

—Que su cerebro tiene más del doble del tamaño de un cerebro humano. Entre las fechas de las exploraciones realizadas en París y en Berlín se verificó un importante aumento de los lóbulos frontales. Deduzco que debe de tener unas enormes dotes lingüísticas y verbales. Por otra parte, he comprobado algo muy curioso respecto al oído. Superficialmente, todo parece indicar que es capaz de percibir sonidos que nosotros, los humanos, no percibimos.

Más o menos como los murciélagos o los animales marinos. Éste es un dato muy importante. Supongo también que tiene un olfato muy desarrollado. ¿Sabes lo que más me choca? Que su fenotipo es muy similar a otros. Se ha desarrollado de un modo totalmente distinto a nosotros, necesita tres veces más proteínas que un ser humano normal, ha creado su propio tipo de lactasa, más ácida, y sin embargo presenta un aspecto muy similar al nuestro. —¿Has llegado a alguna conclusión?

—No. Hablemos del hombre que dejó preñada a Rowan. ¿Qué sabes de él?

—Vivió en San Francisco. Era famoso antes de casarse con Rowan. Fue sometido a diversas pruebas en el Hospital General de San Francisco. Sólo ha padecido un ataque cardíaco, que le sobrevino en Nueva Orleans. Podemos revisar sus últimos análisis clínicos. Podríamos hacerlo sin su permiso, pero no sería correcto. Si posee noventa y dos cromosomas...

—Estoy convencido de ello.

—Rowan dijo algo sobre un factor externo. Me aseguró que el padre de la criatura era normal, que ella lo amaba. Era su marido. Mientras hablaba por teléfono conmigo se disgustó mucho y se apresuró a poner fin a la conversación. Me pidió que me pusiera en contacto con la familia para pedirle el dinero y luego colgó. No sé si colgó voluntariamente o si alguien interrumpió nuestra conversación. —¡Ya sé quién es ese hombre! Ahora lo recuerdo. Todo el mundo hablaba de él cuando rescató a Rowan del mar. —Exactamente. Se llama Michael Curry.

—Sí, Michael Curry, el tipo que regresó de la muerte gracias a los poderes psíquicos que posee.

Yo quería hacerle unas pruebas e intenté ponerme en contacto con Rowan. Vi los artículos sobre él en los periódicos.

—Ése es el hombre.

—Regresó a Nueva Orleans con Rowan.

—Más o menos. —y se casaron.

—Efectivamente.

—Poderes psíquicos. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sólo sé que al parecer Rowan los posee. Siempre pensé que Rowan era una gran cirujana, pero otras personas insistían en que era capaz de diagnosticar y curar una enfermedad por medio de sus poderes psíquicos. No, no sé lo que eso significa.

—Olvídate del vudú y de todas esas zarandajas. Me refiero a marcadores genéticos. Esas dotes psíquicas podrían constituir un marcador. Podría darse el caso en las personas que Poseen noventa y dos cromosomas. Es como el problema del huevo y la gallina. Es una lástima que no dispongamos de los historiales médicos de los padres de esas personas. Tienes que convencer a la familia para que se sometan a unos análisis.

—Va a ser difícil. Los Mayfair están al corriente de las pruebas genéticas que les han sido practicadas a la comunidad amish. Han oído hablar de los estudios de los mormones en Salt Lake.

Saben qué es el Efecto de los Fundadores y, como te he dicho, no se enorgullecen de que existan tantos casos de matrimonios entre primos en su familia. Por el contrario, más bien se avergüenzan de ello. Aunque todavía se siguen casando muchos primos entre sí, como en la familia Wilkes de Lo que el viento se llevó.

—Es preciso que colaboren con nosotros. Es muy importante. Me pregunto si esa criatura podría saltarse una generación. Me refiero a que... las posibilidades son abrumadoras. En cuanto al marido de Rowan, me gustaría conseguir sus últimos análisis clínicos inmediatamente.

—Le pediré autorización. Siempre es preferible hacer las cosas correctamente. De todos modos, su historial clínico se halla en el Hospital General de San Francisco y nada te impide coger el teléfono en cuanto yo haya salido de tu despacho. Curry permitió que lo estudiaran. Deseaba saber

en qué consistían sus poderes psíquicos. Seguramente habría dejado que lo estudiaras si te hubieras puesto en contacto con él en el momento oportuno. Está harto de aparecer en los periódicos. Al parecer, veía imágenes y sabía cosas que nadie más conocía acerca de otras personas. Creo que terminó poniéndose guantes para impedir que acudieran esas imágenes a su mente.

—Sí, conservo la historia en mis archivos —respondió Mitch. Tras hacer una breve pausa, como si no recordara lo que quería hacer, abrió un cajón de la mesa, sacó un papel amarillo lleno de anotaciones y se puso a escribir un mensaje casi indescifrable, mientras carraspeaba y murmuraba frases ininteligibles.

Lark aguardó unos minutos, al cabo de los cuales trató de atraer de nuevo la atención de Mitchell.

—Rowan dijo que se había producido una interferencia en el momento de nacer la criatura. Una interferencia química o térmica, no me lo aclaró.

—Bien —contestó Mitch, sin dejar de escribir y pasándose la mano izquierda por la encrespada pelambrera —, existía cierta actividad térmica, por supuesto, y la actividad química era enorme. Las toallas contienen otro tipo de líquido parecido al calostro, la le-che secretada por las glándulas mamarias después del parto, aunque es diferente. amp; más denso, más ácido; está repleto de nutrientes, como la leche materna, pero tiene otra composición. Contiene mucha más lactasa. Pero, volviendo al tema que has planteado, se produjo una interferencia, en efecto, pero resulta difícil asegurar de qué tipo. —¿Pudo haber sido psíquica? —¿Es una pregunta? ¿Me garantizas que esta entrevista es privada? ¿No llamarás al National Enquirer en cuanto salgas de aquí? Por supuesto que pudo haber sido psíquica. Sabes tan bien como yo que podemos medir el calor que exhalan las manos de las personas que poseen dotes curativas.

Pudo haber sido psíquica, desde luego. Es preciso que demos con Rowan y con esa criatura. No puedo permanecer aquí sentado y...

—Eso es exactamente lo que debes hacer. Permanecer aquí sentado, vigilando esas muestras para que no se pierdan. Sigue analizando el ADN clónico desde todos los puntos de vista posibles. Te llamaré mañana desde Nueva Orleans tras haber obtenido permiso de Michael Curry para analizar su sangre.

Lark recogió su cartera y se levantó.

—Un momento, dijiste algo sobre Nueva York. Que había otro material en Nueva York.

—En efecto. Cuando Rowan dio a luz esa criatura, perdió mucha sangre. Luego desapareció.

Sucedió el día de Navidad. El forense de Nueva Orleans recogió toda clase de muestras, las cuales han terminado en el Instituto Internacional del Genoma, en Nueva York. — ¡Caray! Deben de haberse vuelto locos.

—No sé si él u otra persona las ha analizado. Hasta la fecha, la familia ha recibido varios informes que corroboran lo que tú has descubierto: una anomalía genética en la madre y el hijo; grandes cantidades de la hormona humana del crecimiento y distintas enzimas. Pero tú les aventajas, puesto que dispones de las radiografías y las exploraciones de huesos. —¿La familia te ha puesto al corriente de la situación?

—Desde luego, en cuanto supieron que había hablado directa-mente con Rowan. Ella me dio una palabra en clave para que me concedieran los fondos para financiar tu labor. Se mostraron deseosos de colaborar conmigo. No creo que sepan de qué va el asunto y es posible que dejen de cooperar cuando se lo explique. Pero de momento están dispuestos a hacer lo que sea con tal de hallar a Rowan. Están muy preocupados por ella. Me han comunicado que irán a recogerme al aeropuerto.

Me marchó, no quiero perder el avión.

Mitch se levantó apresuradamente y acompañó a Lark hasta el pasillo, que seguía en penumbra, con su larga y decorativa hilera de luces horizontales.

—Pero ¿qué es lo que tienen en Nueva York? ¿Acaso disponen del mismo material que yo?

—Ni mucho menos —respondió Lark—. Aunque sí disponen de un fragmento de la placenta.

—Es preciso que lo consiga.

—De acuerdo. Haré que la familia te autorice a examinarla. Que yo sepa, en Nueva York nadie ha empezado a analizar todo eso. Pero existe otro grupo implicado en el asunto. —¿A qué grupo te refieres? Lark se detuvo frente a la puerta que daba acceso al pasillo exterior, con la mano apoyada en el pomo.

—Rowan tiene unos amigos en una organización llamada Talamasca. Se trata de un grupo que se dedica a la investigación histórica. También tomaron unas muestras del lugar donde nació la criatura y ella desapareció. —¿Ah, sí?

—Sí. No sé qué ha sido de esas muestras. Sólo sé que, por algún motivo que desconozco, la organización está muy interesada en la historia de la familia Mayfair. Me han llamado a todas horas para que les facilite información desde que supieron que me había puesto en contacto con la familia.

Mañana por la mañana estoy citado con uno de sus miembros, un tal Aaron Lightner. Trataré de averiguar si tienen más datos.

Lark abrió la puerta y se dirigió hacia el ascensor seguido de Mitchell, el cual caminaba apresurada y torpemente, como de costumbre.

—Adiós —dijo Lark cuando se abrieron las puertas del ascensor—, ¿Quieres acompañarme?

—No. Tengo aún mucho trabajo en el laboratorio. Si no me llamas mañana...

—Te llamaré. Confío en que nada de esto... —... salga de aquí. Te lo garantizo. Todo lo que hacemos en el Instituto

Keplinger es confidencial.

Un secreto oculto en un bosque de secretos. No te preocupes, nadie tiene acceso al ordenador de mi despacho excepto yo. Y aunque alguien pudiera acceder a él, no conseguiría hallar los archivos. Un día te contaré algunas de nuestras his-torias..., modificando los nombres y las fechas, por supuesto.

—De acuerdo. Te llamaré mañana.

Lark estrechó la mano de Mitchell.

—No me dejes tirado, Lark. Esa criatura podría dejar preñada a Rowan, en cuyo caso...

—Descuida, te llamaré.

Lark se volvió y miró a Mitch antes de que las puertas del ascensor se cerraran, recordando las palabras de Rowan: «Hay un tipo en el Instituto Keplinger del que puedes fiarte por completo. Ponte en contacto con él. Se llama Mitch Flanagan. Dile de mi parte que se trata de un trabajo sumamente interesante.» Rowan tenía razón. Mitch era la persona idónea para encargarse de este asunto. Lark no tenía la menor duda al respecto.

Mientras se dirigía en coche hacia el aeropuerto, no dejó de pensar en Rowan. Estaba preocupado por ella. Creyó que se había vuelto loca cuando lo llamó por teléfono y le advirtió que alguien podía cortar la comunicación.

El problema era que todo este asunto le intrigaba: la llamada de Rowan, las muestras que le había enviado, lo que había descubierto Mitch... Incluso la extraña familia Mayfair de Nueva Orleans.

Jamás se había visto envuelto en nada parecido; debería sentirse más preocupado y menos eufórico.

Había emprendido una aventura, se había tomado unas vacaciones de sus obligaciones cotidianas en el University Hospital y estaba impaciente por conocer a esa gente de Nueva Orleans, ver la casa que había heredado Rowan, al hombre con el que había contraído matrimonio ya la familia por la que había renunciado a su carrera médica.

Cuando llegó al aeropuerto la lluvia había arreciado, pero Lark estaba acostumbrado a viajar bajo todo tipo de circunstancias climatológicas, incluyendo fuertes nevadas en Chicago y monzones en Japón.

Después de recoger la tarjeta de embarque en el mostrador de primera clase, se dirigió apresuradamente a la puerta de salida en el momento en que anunciaban por los altavoces que el vuelo de Nueva Orleans se disponía a partir.

Por supuesto, existía el problema de la extraña criatura. Lark no había empezado a separar ese misterio del misterio de Rowan y su familia. Por primera vez, comprendió que no estaba seguro de creer en la existencia de esa cosa. Sabía que Rowan existía, pero en cuanto a esa criatura que había parido... De pronto se le ocurrió otra cosa. Mitch Flanagan estaba totalmente convencido de que la criatura existía, al igual que los de la organización Talamasca, que no paraban de llamarle, y sin duda la propia Rowan.

Por supuesto que la criatura existía. Había tantas pruebas que lo confirmaban como las que demostraban la existencia de la peste bubónica.

Lark fue el último en alcanzar la puerta de salida. «Menos mal que he llegado en el momento justo —pensó—. Así no he tenido que esperar y perder el tiempo.»

Cuando le entregó la tarjeta de embarque a la azafata, alguien le dio un golpecito en el brazo y preguntó: —¿Doctor Larkin?

Lark se volvió y vio a un hombre alto y robusto, muy joven, rubio y con los ojos muy claros.

—Sí, soy el doctor Larkin —respondió, irritado.

—Me llamo Erich Stólov. Hablé con usted por teléfono —dijo el hombre, mostrándole una tarjeta que Lark no pudo coger porque tenía ambas manos ocupadas. La azafata cogió su tarjeta de embarque y la tarjeta de visita de Stólov.

—Sí, me dijo que pertenecía a la organización Talamasca. —¿Dónde están las muestras? —¿Qué muestras?

—Las que le envió Rowan.

—Mire, no puedo...

—Le ruego que me diga dónde están.

—Lo lamento, pero me niego a facilitarle esa información. Si desea llamarme a Nueva Orleans, mañana por la tarde he quedado con su amigo Aaron Lightner. —
¿Dónde están las muestras? —insistió el joven, colocándose delante de Lark para bloquearle el paso.

—Apártese de mi camino —murmuró Lark, furioso. Deseaba empujar a ese tipo contra la pared.

—Por favor, señor —dijo la azafata suavemente, dirigiéndose a Stólov—. Amenos que tenga un billete para este vuelo, debo pedirle que salga de aquí.

—Eso, lárguese de aquí —dijo Lark, cada vez más irritado—. ¿Cómo se atreve a abordarme de esta forma?

Acto seguido apartó al joven de un empujón y bajó precipitadamente la rampa, sudando y sintiendo que el corazón le latía aceleradamente. —¡Maldito hijo de puta! ¿Cómo se atreve a importunarme de este modo? —masculló Lark. Cinco minutos después de que el avión hubiera despegado, Lark sacó el teléfono portátil. Había muchísimas interferencias y no oía nada, pero al fin consiguió hablar con Mitch.

—No reveles nada a nadie sobre este asunto —le insistió.

—Descuida —respondió Mitch—. Nadie sabe nada, te lo aseguro. Tengo a unos técnicos trabajando sobre cincuenta piezas de este rompecabezas. Yo soy el único que ve el cuadro completo. Nadie conseguirá entrar en este edificio y menos aún en este despacho. Es imposible acceder a mis archivos.

—Te llamaré mañana, Mitch —dijo Lark. Después de haber colgado, murmuró—: Qué tipo más arrogante.

Lightner, con el que sólo había hablado por teléfono, le había pa-recido muy agradable, muy británico, muy Viejo Mundo, muy formal. ¿Quién era esa gente de la organización Talamasca? ¿Eran realmente amigos de Rowan Mayfair, tal como aseguraban ellos? Lark tenía sus dudas.

Se reclinó en el asiento y se puso a pensar en la larga charla mantenida con Mitch, tratando de recordar con precisión su conversación telefónica con Rowan. La evolución molecular; el ADN; las membranas de las células. Todo ello le atemorizaba y al mismo tiempo le intrigaba.

La azafata le ofreció otra copa, un martini doble que ni siquiera había pedido. Lark tomó un trago del helado líquido.

De pronto recordó que Mitch le había dicho que podía mostrarle en el ordenador una imagen tridimensional de la criatura. ¿Por qué demonios se había negado? Claro que lo único que hubiera visto habría sido un absurdo dibujo luminoso, un boceto. ¿Qué sabía Mitch sobre el aspecto que presentaba ese ser? ¿Era feo o hermoso?

Lark trató de imaginarlo, delgado como un palo, con un cerebro muy desarrollado y unas manos increíblemente largas.

Sólo faltaba una hora para que fuera miércoles de ceniza. Todo estaba en silencio en la casita situada junto al golfo, con sus numerosas puertas abiertas sobre la blanca playa. Las estrellas resplandecían en el remoto y oscuro horizonte, como un haz de luz entre el cielo y la tierra. La suave brisa soplaba a través de las pequeñas estancias de la casa, bajo los techos de escasa altura, aportando una frescura tropi-cal a cada rincón de la vivienda, aunque en ésta reinaba un ambiente bastante fresco.

A Gifford no le importaba. Abrigada con un holgado jersey y unas gruesas medias de lana, gozaba de la frescura de la brisa tanto como del intenso calor que desprendía el fuego que ardía en la chimenea. El frío, el olor del agua, el olor del fuego, todo ello formaba parte para Gifford del invierno en Florida, su refugio, su santuario.

Tendida en el sofá situado frente ala chimenea, con la mirada fija en el techo pintado de blanco, observaba las luces y las sombras que se proyectaban en éste mientras se preguntaba, de forma fría y pasiva, qué le ofrecía Destin para hacerla tan feliz, por qué había represen-tado siempre para ella un escape de su monótona vida en Nueva Orleans. Había heredado la casita de la playa de su bisabuela por parte paterna, Dorothy, ya lo largo de los años había pasado momentos muy dichosos en ella.

Sin embargo, Gifford no era feliz. Por supuesto, se sentía menos deprimida de lo que se hubiera sentido de haber permanecido en Nueva Orleans durante el carnaval. Sabía la tristeza y tensión que habría experimentado, como también sabía que habría sido incapaz de ir ala casa de la calle Primera el martes de carnaval, por más que lo hubiera deseado o le remordiera la conciencia por el hecho de huir.

Martes de carnaval en Destin, Florida. Era como cualquier otro día del año. Limpio y sosegado, lejos del horror de los desfiles, la muchedumbre, la basura que invadía la avenida Saint Charles, los parientes que se emborrachaban y discutían, y su querido esposo, Ryan, comportándose como si Rowan Mayfair no hubiera abandonado a su marido, Michael Curry, como si no se hubiera producido una violenta pelea el día de Navidad en la casa de la calle Primera, como si todo pudiera arreglarse mediante una serie de disposiciones y medidas legales, cuando lo cierto era que todo se estaba desmoronando.

Michael Curry había sufrido un accidente en Navidad que casi le había provocado la muerte.

Nadie sabía lo que había sido de Rowan. Era horrible, todo el mundo lo sabía, pero todos insistían en reunirse en la casa de la calle Primera para celebrar el martes de carnaval. Bien, ya le contarían qué tal habían ido las cosas.

Por supuesto, el inmenso patrimonio Mayfair no corría ningún peligro. Los cuantiosos fondos fiduciarios de Gifford estaban más que asegurados. Era el estado de ánimo de los Mayfair lo que se hallaba amenazado, el espíritu colectivo de unos seiscientos Mayfair locales, algunos de ellos primos triples o cuádruples, los cuales se habían sentido eufóricos por el matrimonio de Rowan Mayfair, la nueva heredera del legado, y súbitamente sumidos en la tristeza y la angustia por su inesperada desaparición, así como por el dolor que ello le había causado a Michael Curry, quien aún no se había recuperado del ata-que cardíaco sufrido el 25 de diciembre. Pobre Michael. Parecía diez años más viejo.

El hecho de reunirse en esa casa el martes de carnaval había constituido un acto, no de fe, sino de desesperación, a fin de tratar de mantener un optimismo y una alegría ficticios. Qué mal se habían portado con Michael. ¿Es que a nadie le importaba lo que pudiera sentir éste? «Pobre — pensó Gifford—, tener que soportar la presencia de los parientes de Rowan como si nada hubiera sucedido, como si

ella no se hubiera marchado.» Era típico de los Mayfair: su torpeza, su mala educación, su escaso sentido de la moral, todo ello oculto bajo la fachada de una noble actividad o celebración familiar.

«No nació un ser humano, nació una Mayfair —pensó Gifford—. Contraí matrimonio con un Mayfair, he dado a luz a unos Mayfair, moriré como una Mayfair y todos acudirán a verme cuando esté de cuerpo presente llorando al estilo de los Mayfair. ¿En qué ha consistido mi vida?» La desaparición de Rowan casi la había vuelto loca. ¿Por qué no les había advertido a Michael y a Rowan que no debían casarse, ni irse a vivir a esa casa, ni permanecer en Nueva Orleans?

Luego estaba el problema del Mayfair Medical, el gigantesco centro de neurocirugía e investigación que Rowan había proyectado antes de su desaparición y que había entusiasmado a muchos miembros de la familia, sobre todo a Pierce, el hijo primogénito y favorito de Gifford, el cual estaba muy disgustado porque dicho proyecto, como todo lo que se refería a Rowan, había tenido que suspenderse. Shelby también lo lamentaba, aunque como estudiaba derecho en la universidad no había tenido ocasión de ocuparse del proyecto; incluso Lilia, la hija menor de Gifford, que estaba estudiando en Oxford, les había escrito para decirles que debían proseguir las obras del centro médico.

Gifford sintió de pronto que se ponía tensa mientras reflexionaba sobre los recientes acontecimientos, atemorizada y convencida de que quedaba aún mucho por descubrir, revelar y hacer.

La suerte de Michael también le preocupaba mucho. ¿Qué sería de él? Según decían, se estaba recuperando del accidente. Pero ¿cómo podían explicarle exactamente la situación sin causarle otro serio disgusto? Existía el peligro de que sufriera otro ataque cardíaco.

«El legado de los Mayfair ha destruido a otra víctima masculina —pensó Gifford con amargura—.

No es de extrañar que todos nos casemos con primos nuestros, para no perjudicar a personas inocentes. Cuando uno se casa con un Mayfair, debería ser un Mayfair. To-dos tenemos las manos manchadas de sangre.»

Era espantoso pensar que Rowan estuviera en peligro, que alguien la hubiera obligado a marcharse el día de Navidad, que le hubiera sucedido algo. Gifford estaba segura de que algo malo le había ocurrido a Rowan. Todos lo pensaban. Mona lo presentía, y cuando Mona, la sobrina de Gifford, presentía algo, seguramente era cierto. Mona, a diferencia de otros Mayfair, no era propensa a montar melodramas ni a afirmar haber visto fantasmas en el tranvía que recorría la avenida de Saint Charles. Hacía una semana, Mona les había advertido que no confiaran en que Rowan regresara, que si querían construir el centro médico debían hacerlo sin esperar a que ésta volviera.

«Y pensar que la prestigiosa firma de Mayfair & Mayfair, que representa a los Mayfair ad infinitum, hace caso de lo que dice una niña de trece años», pensó Gifford sonriendo. Pero así era.

Lo que más lamentaba Gifford era no haber puesto a Mona en contacto con Rowan antes de que ésta desapareciera. Es posible que Mona hubiera presentido algo y se lo hubiera advertido. Claro está que Gifford se lamentaba de muchas cosas. A veces tenía la sensación de que toda su vida constituía un inmenso error. Detrás de la bonita fachada de su espléndida mansión de Metairie, de sus hermosos hijos, de su apuesto marido, de su elegante estilo de vida sureño, no había sino lamentos, como si hubiera construido su vida sobre una profunda y siniestra mazmorra.

Gifford temía que el día menos pensado le anunciaran que Rowan había muerto. Por primera vez en cientos de años, no habría heredero para el legado. El dichoso legado. Desde que había leído el largo in-forme de Aaron Lightner, Gifford se hacía numerosas preguntas referentes al legado,

como por ejemplo dónde estaba la valiosa esmeralda. Era de esperar que su eficiente marido, Ryan, la hubiera depositado en una caja fuerte. Ahí es donde debió ocultar la terrible «historia». Gifford no le perdonaría nunca el haber permitido que el informe Talamasca, donde se exponían los pormenores de varias generaciones de hechiceras y brujería, hubiera caído en manos de Mona.

Tal vez Rowan se había fugado con la esmeralda. De repente Gifford recordó otra cosa de la que también se arrepentía amargamente. Había olvidado enviarle la medalla a Michael.

Gifford había encontrado la medalla junto ala piscina dos días después de Navidad, mientras los detectives y los empleados de la oficina del forense realizaban todas las pruebas en el interior de la casa, y mientras Aaron Lightner y su extraño colega, Erich no sé cuántos, recogían muestras de sangre de las paredes y las alfombras.

«Supongo que te das cuenta de que incluirán todo esto en el informe», protestó Gifford, pero Ryan no había movido un dedo para impedir que siguieran recogiendo muestras. Todo el mundo se fiaba de Lightner. Beatrice estaba enamorada de él. A Gifford no le extrañaría que acabaran casándose.

Era una medalla del arcángel san Miguel, una espléndida medalla de plata vieja, cuya cadena estaba rota. Gifford la guardó en el bolso para enviársela a Michael cuando regresara a casa tras ser dado de alta en el hospital, a fin de no disgustarlo. Debió habérsela entregado a Ryan antes de partir para Destin. ¿Quién sabe?, quizá Michael la llevaba puesta el día de Navidad, cuando lo hallaron flotando en la piscina, medio muerto. Pobre Michael.

Uno de los troncos que ardían en la chimenea cayó estrepitosamente, mientras las llamas iluminaban el techo. El mar había estado en calma aquel día. En ocasiones, en el golfo de México las olas morían sin producir el menor sonido. Gifford se preguntó si eso podía suceder en el océano. Le

encantaba oír el sonido' de las olas. Le hubiera gustado oír las romper violentamente en la oscuridad, como si el golfo amenazara con invadir el país. Como si la naturaleza azotara las casitas de la playa, las mansiones y los cámpings, recordándoles que bastaba que se produjera un huracán o un tifón para borrarlos de la suave y arenosa superficie de la tierra. Ciertamente, esas cosas podían suceder.

A Gifford le gustaba la idea. Siempre dormía estupendamente cuando oía las olas rompiendo furiosamente en la playa. Sus temores y angustias no eran producto de un peligro natural, sino de leyendas, secretos e historias sobre el pasado de la familia. Una de las cosas que más le gustaba de la casita de la playa era su fragilidad, el hecho de que una tormenta era capaz de derribarla.

Por la tarde, Gifford había dado un largo paseo de varios kilómetros en dirección al sur, para inspeccionar la casa que habían comprado hacía poco Michael y Rowan, un edificio alto y moderno construido como es debido, sobre pilotes, frente a una playa desierta. No vivía ni un alma en aquel lugar, pero, en el fondo, a Gifford no le extrañaba que Michael y Rowan lo hubieran elegido precisamente por eso.

A su regreso se había sentido muy deprimida ante aquel panorama tan desolador, aunque a Michael y Rowan les entusiasmaba. Habían pasado su luna de miel allí. Gifford se alegraba de que su casita fuera vieja y estuviera oculta detrás de una pequeña e insignificante duna, aunque no era el lugar más indicado para construir una casa. Le gustaba su privacidad, su intimidad, gozar del mar y la playa. No tenía más que abrir la puerta de la casita, subir tres escalones, recorrer el camino de tablas y bajar a la playa.

El golfo era el mar. Ruidoso o en calma, era el mar. El inmenso mar abierto. El golfo abarcaba todo el horizonte meridional. Era como hallarse en el fin del mundo.

Dentro de una hora sería miércoles de ceniza. Gifford esperó que dieran las doce, tensa y cansada del martes de

carnaval, una festividad que nunca le había gustado debido al ajetreo que suponía.

Quería estar despierta cuando acabara esta jornada para recibir la cuaresma, como si la temperatura fuese a variar debido a ello. Había encendido el fuego hacía un rato y se había tumbado en el sofá, reflexionando para distraerse, contando los minutos, lamentando no haber acudido a la casa de la calle Primera, no haber hecho algo para evitar ese desastre, enojada contra quienes siempre intentaban impedirle poner en práctica sus buenas intenciones, contra quienes eran incapaces de distinguir entre un peligro real y uno imaginario y nunca hacían caso de sus advertencias.

«Debí haber prevenido a Michael Curry —pensó Gifford—. Ya Rowan Mayfair.» Pero ellos mismos habían leído el informe, sabían a lo que se exponían. Nadie podía ser feliz en la casa de la calle Primera.

Era absurdo restaurarla. En aquella casa habitaban las fuerzas del mal: trece brujas. Y pensar que todas las pertenencias de Julien estaban almacenadas en el desván. El mal anidaba en ellas; habitaba en cada rincón de la casa, en los techos de yeso, bajo los porches y el alero, como panales de abejas ocultos en los capiteles de las columnas corintias. Era una casa sin esperanza, sin futuro. Gifford siempre lo había sabido.

No necesitaba que esos eruditos de la organización Talamasca de Amsterdam se lo dijeran. Lo sabía de sobra.

Lo supo la primera vez que puso los pies en la casa de la calle primera, siendo niña, un día en que acompañó allí a su querida abuela, la anciana Evelyn, a quien ya por aquel entonces todo el mundo llamaba anciana, pues era muy mayor. Había otras Evelyn más jóvenes, una de ellas casada con Charles Mayfair y otra con Bryce, aunque Gifford no recordaba qué había sido de ellas.

La anciana Evelyn y ella habían ido a la casa de la calle Primera a visitar a la tía Carl ya la pobre Deirdre Mayfair, la heredera, que se pasaba el día sentada en una mecedora.

Gifford había visto con toda claridad al célebre fantasma de la casa de la calle Primera, una figura masculina que permanecía de pie detrás de la mecedora de Deirdre. Sin duda la anciana Evelyn también lo había visto. La tía Carlotta, una mujer fría y perversa, había charlado con ellas en el gélido salón, como si le tuviera sin cuidado el fantasma.

En cuanto a Deirdre, se hallaba sumida prácticamente en un estado catatónico.

—Pobre muchacha —dijo la anciana Evelyn—. Julien lo predijo todo.

Era el tipo de afirmaciones que la anciana Evelyn hacía con frecuencia, aunque se negaba a aclararlas. Más tarde le dijo a su nieta Gifford:

—Deirdre ha conocido el dolor, pero nunca ha gozado de la satisfacción de ser una Mayfair. ¿Satisfacción?, se preguntó Gifford. ¿Qué había querido decir la anciana Evelyn? Gifford sospechaba que lo sabía. Estaba plasmado en las viejas fotografías en que aparecían ella y el tío Julien. Julien y Evelyn en el Stutz Bearcat un día de verano, luciendo unos guarda-polvos blancos y unas grandes gafas. Julien y Evelyn sentados bajo una encina en Audobon Park; Julien y Evelyn en la habitación de Julien, situada en la tercera planta. Luego, una década después de la muerte de Julien, Evelyn había viajado a Europa con Stella, con la que mantuvo una «relación» de la que hablaba siempre con gran solemnidad.

Durante la juventud de Gifford, antes de que la anciana Evelyn decidiera guardar silencio, a ésta le gustaba relatar historias familiares. Les contaba en voz baja, pero sin titubear, que se había acostado con el tío Julien cuando tenía trece años, y que un día éste se había pre-sentado en la casa de la calle Amelia y había gritado desde la acera: «¡Baja enseguida, Evelyn!», obligando a Walker, el abuelo de Evelyn, a dejarla salir del desván donde la había encerrado.

Julien y el abuelo de Evelyn siempre se habían odiado, debido a un incidente ocurrido en Riverbend cuando Julien era un niño, al dis-pararse un rifle accidentalmente, y causar la muerte de su primo Augustin. El nieto de Augustin juró odiar al hombre que había matado a su antepasado, aunque todos los antepasados de los Mayfair estaban emparentados entre sí. Era un verdadero lío. Los árboles genealógicos del clan Mayfair eran como las espinosas parras que bloqueaban las ventanas y las puertas del castillo de la Bella Durmiente.

Mona estaba intentando descifrar ese galimatías familiar en su ordenador, y recientemente había anunciado con orgullo que descendía de más líneas de antepasados que Julien, Angélique y todos los demás miembros de la familia Mayfair. Por no hablar de las líneas de descendencia de los antiguos Mayfair de Santo Domingo. Todo eso hacía que Gifford se sintiera triste y abrumada. Deseaba que Mona se interesara por los chicos de su edad y por la ropa, como todas las jovencitas, y dejara de obsesionarse con la familia, los ordenadores, los coches de carreras y las armas de fuego. —¿Es que no te ha servido de lección? ¿Acaso no te ha demostrado la disputa entre los Mayfair de la calle Primera y nosotros lo peligrosas que son las armas de fuego? —le preguntó un día la tía Gifford—. Todo se debe aun rifle.

Pero Mona seguía con sus obsesiones. Había arrastrado a Gifford cinco veces a una galería de tiro, situada al otro lado del río, para que ambas aprendieran a disparar un ruidoso rifle del calibre 38. Gifford se había puesto histérica. Pero prefería acompañar a Mona, a fin de vigilarla, que dejar que fuera sola.

Y pensar que Ryan lo aprobaba. Es más, obligaba a Gifford a guardar una pistola en la guantera y llevársela ala casita de la playa. Había muchas cosas que Mona debía aprender aún. ¿Le habría relatado la anciana Evelyn esas viejas historias? De vez en cuando ésta rompía su silencio. Seguía conservando la voz y todavía era capaz de cantar,

como hacen los ancianos de una tribu cuando narran verbalmente la historia de ésta.

—De no ser por Julien hubiera muerto en el desván, loca, muda y blanca como una planta que jamás ha visto el sol. Julien me dejó encinta de tu madre. ¡Quién iba a imaginar que acabaría así, la pobre!

—Pero ¿cómo se le ocurrió al tío Julien acostarse con una chica tan joven? —inquirió en cierta ocasión la tía Gifford.

—Deberías sentirte orgullosa de tu sangre Mayfair —replicó la anciana Evelyn—. Julien lo predijo todo. El linaje de los herederos se estaba debilitando. Yo amaba a Julien, y él a mí. No trates de entender a esa gente: a Julien, a Mary Beth y a Cortland. Eran unos gigantes que ya no existen.

Unos gigantes. Cortland, el hijo de Julien, era el padre de la anciana Evelyn, aunque ésta jamás quiso reconocerlo. Y Laura Lee, la hija de Julien. Dios bendito, era imposible recordar tantas líneas de descendencia a menos que una las apuntara en un papel, cosa que a Gifford no le apetecía hacer. ¡Unos gigantes! Más bien eran unos demonios.

—Qué delicioso —dijo Alicia escuchando atentamente, siempre dispuesta a burlarse de Gifford y de sus temores—. Continúa, anciana Evelyn, ¿qué pasó luego? Cuéntanos lo de Stella.

Alicia se había convertido en una borracha a los trece años. Parecía mucho mayor, aunque era delgada y menuda como Gifford. Frecuentaba ciertos bares del centro de la ciudad, donde solía tomarse copas con extraños, hasta que el abuelo Fielding «organizó» su compromiso con Patrick para controlarla. Patrick era primo de Alicia ya ésta, en principio, no le caía muy bien.

«Estas personas son mi sangre —pensó Gifford—. Ésta es mi hermana, casada con Patrick, un primo por partida doble o triple. Gracias a Dios que Mona no es idiota. Es fruto de un matrimonio formado por primos, sí, y encima alcohólicos, pero, salvo por el hecho de ser algo "menudita", como se

suele decir en el Sur de las jóvenes de baja estatura, es, en todos los aspectos, una ganadora.»

Probablemente era la más guapa de esa generación de muchachas Mayfair, y sin duda la más inteligente, audaz y agresiva. Gifford quería mucho a Mona, hiciera ésta lo que hiciera. No podía por menos que sonreír al recordar el día en que Mona la llevó a la galería de tiro y, tras efectuar varios disparos con un rifle, le gritó, pues llevaban pues-tos unos tapones protectores en las orejas:

—Vamos, tía Gifford, nunca se sabe cuándo tendrás que utilizar un arma. Sujétala con ambas manos.

Incluso la madurez sexual de Mona —su absurda idea de que era preciso que conociera a muchos hombres, lo cual ponía histérica a Gifford— formaba parte de su precocidad. Aunque trataba de protegerla, Gifford temía la atracción que Mona sentía hacia los hombres maduros. Era una joven fría y calculadora. Gifford estaba segura de que había sucedido algo horrible con el viejo Randall, aunque no consiguió sacar nada en limpio de ninguno de los dos. Cuando trató de hablar de ello con Randall, éste se puso a balbucear torpemente, negando que fuera capaz de hacer semejantes barbaridades con una niña. ¡Ni que fueran a meterlo en la cárcel!

Y pensar que los miembros de Talamasca, pese a sus conocimientos y cultura, no sabían nada sobre Mona, ni sobre la anciana Evelyn y el tío Julien. No sabían nada sobre una jovencita que, por más que costara creerlo, seguramente era una auténtica bruja.

Pensar en ello le proporcionaba a Gifford una profunda, aunque embarazosa, satisfacción. Era sorprendente que los de la organización Talamasca no hubieran conseguido averiguar por qué Julien había disparado contra Augustin, ni cómo era en realidad Julien, ni por qué había procreado tantos hijos ilegítimos. La mayor parte del informe Talamasca resultaba inaceptable. Una cosa era un fantasma, pero un espíritu que... No, Gifford no podía aceptarlo. Se

había negado a permitir que Ryan lo mostrara al resto de la familia, aunque no había podido impedir que Lauren y Randall lo vieran, y que Mona lo cogiera de la mesa de Ryan y lo leyera de cabo a rabo.

Afortunadamente, Mona, a diferencia de Alicia, era capaz de distinguir claramente entre la realidad y la fantasía. Ése era el motivo por el que Alicia se dedicaba a beber. La mayor parte de los Mayfair eran incapaces de distinguir entre lo que era realidad y lo que era fantasía. Como por ejemplo Ryan, quien se negaba a creer en nada sobrenaturalo intrínsecamente perverso, mostrándose tan poco realista como una vieja reina del vudú que ve espectros por todas partes.

Mona era muy inteligente. El año pasado, cuando llamó a Gifford para comunicarle que ella, Mona Mayfair, ya no era virgen, se apresuró a subrayar que, aunque el hecho de haber perdido la virginidad carecía de importancia, ello había supuesto un significativo cambio en su actitud.

—He empezado a tomar la píldora, tía Gifford —le dijo—, y me propongo vivir y descubrir toda clase de nuevas experiencias, como diría la anciana Evelyn. Pero, descuida, no voy a arriesgar mi salud.

—A veces me pregunto si conoces la diferencia entre el bien y el mal —contestó Gifford sollozando, aunque en el fondo se sentía un poco envidiosa.

—Por supuesto que conozco la diferencia, tía Gifford. Para tranquilizarte, te diré que acabo de limpiar la casa de arriba abajo y he conseguido obligar a mamá y a papá a que coman algo antes de que empiecen a tomar copas. Todo está tranquilo y en orden. ¡Asómbtrate! La anciana Evelyn abrió la boca para decir que quería sentarse en el porche y ver pasar los tranvías. De modo que no te preocupes por nada, tía Gifford, lo tengo todo controlado. ¡Que lo tenía todo controlado! Un día, Mona le había confesado a Pierce, aunque sin duda se trataba de una mentira calculada: «No me importa que se pasen el día borrachos. Entiéndeme, me

gustaría que se comportaran normalmente y no se destruyeran ante mis propias narices, pero debo reconocer que su afición al alcohol me proporciona una gran libertad. No soporto cuando vienen a vernos esos primos tan cotillas y me preguntan a qué hora suelo acostarme y si he hecho los deberes.

Me gusta pasear por la ciudad a mis anchas, sin que nadie se meta con lo que hago o dejo de hacer.»

Pierce se había echado a reír. Pierce adoraba a Mona, lo cual no dejaba de ser curioso, porque por regla general a Pierce le gustaban las muchachas alegres e inocentes, como su prima y novia Clancy Mayfair.

Mona no era inocente, excepto en el sentido más estricto de la palabra. Es decir, no creía que fuera mala ni que pretendiera hacer ningún mal a nadie. Sólo era un tanto... pagana.

Desde luego, gozaba de amplia libertad y no había tenido empacho en confesar sus precoces actividades sexuales. Pocas semanas después de que decidiera perder la virginidad, varios miembros de la familia habían llamado a Gifford para contarle unas escandalosas historias sobre las relaciones que Mona mantenía con diversos hombres. —¿Sabías que le gusta hacerlo en el cementerio? —exclamó Cecilia.

Pero ¿qué podía hacer Gifford al respecto? Alicia le había cogido una manía horrorosa. No quería que pusiera los pies en casa, aunque, como es lógico, Gifford no le hacía caso y seguía yendo a visitarlos. Y la anciana Evelyn no le decía a nadie lo que veía o dejaba de ver.

—Ya te he contado todo lo referente a mis novios —le dijo Mona—. No tienes por qué preocuparte de ese tema.

Al menos, la anciana Evelyn ya no se dedicaba a relatarle a todo el mundo las historias acerca de cómo Julien y ella solían bailar al son del Victrola. Es posible que no hubiera llegado a oídos de Mona la relación de su bisabuela con la prima Stella. Ni siquiera el perspicaz señor Lightner

se había enterado de ello. En su informe no constaba la inclinación sexual de Stella ni sus historias con otras señoras.

—Fue una época estupenda —les contó Evelyn a Gifford y Ali-cia—. Fuimos a Europa, y Stella y yo nos hallábamos en Roma cuando sucedió. No recuerdo dónde se había metido Lionel, y la horrible nodriza había salido de paseo con la pequeña Antha. Jamás experimenté un amor tan fuerte como con Stella. Stella había estado con muchas mujeres, según me confesó aquella noche. No podía contarlas siquiera. Dijo que el amor entre mujeres era algo así como la crème de la crème. Estoy de acuerdo con ella. Habría vuelto a hacerlo, de haber conocido a otra mujer que me atrajera tanto como Stella. Recuerdo que un día, cuando regresamos de Europa, fuimos juntas al barrio francés, donde Stella tenía un pequeño apartamento. Nos acostamos en su enorme lecho y luego comimos ostras y langostinos y nos bebimos una botella de vino. Las semanas que estuvimos en Roma pasaron como un suspiro. Ojalá...

La anciana Evelyn siguió contándoles sus andanzas, hasta que sacó de nuevo a relucir el tema del Victrola. Julien se lo había regalado. Stella lo comprendía perfectamente. Stella jamás le había pedido que se lo devolviera. Fue Mary Beth quien se presentó un día en la casa de la calle Amelia y le exigió que le entregara el Victrola de Julien. Hacía seis meses que éste había muerto, y Mary Beth registró todas las habitaciones.

—Por supuesto, me negué a dárselo —dijo la anciana Evelyn. A veces, llevaba a Gifford ya Alicia a su habitación y ponía unos viejos discos en el Victrola.

—Vi esta ópera con Stella en Nueva York —decía, cuando sonaba algún aria de La Traviata —.

Amaba mucho a Stella. En otra ocasión, estando todas reunidas —Alicia, Gifford y la pequeña Mona, aunque ésta era demasiado joven para comprenderlo—, la anciana Evelyn les dijo:

—Deberíais experimentar el dulce y tierno amor de una mujer. No seáis idiotas. No se trata de nada antinatural. Es como echarle azúcar al café o nata a las fresas. Es como el chocolate. No era de extrañar que Alicia acabara convirtiéndose, según de-cían todos, en una perfecta zorra. No se daba cuenta de lo que ha-cía. Se acostaba con todo tipo de hombres —marineros, soldados, etcétera—, hasta que Patrick consiguió enamorarla. «Alicia, me he propuesto salvarte» le dijo un día.

La primera noche que pasaron juntos estuvieron bebiendo hasta el amanecer. Luego, Patrick le anunció a Alicia que iba a meterla en cintura. Estaba perdida, desorientada, y él la cuidaría y se ocuparía de ella. La dejó encinta de Mona. Pero eran unos años felices, llenos de alegría y champán.

Ahora se habían convertido simplemente en unos borrachos; de su romántica historia ya no quedaba nada, sólo Mona. Gifford consultó el reloj, un pequeño reloj de pulsera, de oro, que le había regalado la anciana Evelyn. Sí, sólo faltaba una hora para que terminara el martes de carnaval y diera comienzo el miércoles de ceniza. Luego, Gifford regresaría a Nueva Orleans.

A la mañana siguiente, hacia el mediodía, partiría para Nueva Orleans —haciendo caso omiso del espantoso tráfico con que se toparía cuando llegara a la ciudad—, ya las cuatro estaría de regreso en casa. Se detendría en la iglesia de Santa Cecilia, en Mobile, para que el sa-cerdote le aplicara ceniza en la frente. El mero hecho de pensar en la pequeña iglesia, en sus santos y sus ángeles, la consolaba, y se permitió cerrar los ojos. En ceniza te convertirás. Sólo faltaba una hora para que acabara el martes de carnaval; luego regresaría a casa.

Ryan le había preguntado qué era lo que le aterraba tanto del martes de carnaval.

—El hecho de que os reunáis todos en la casa de la calle Primera, como si Rowan os estuviera esperando con los

brazos abiertos. Eso es lo que me aterra.

De pronto, Gifford recordó la medalla. Debía asegurarse de que la había guardado en el bolso. Lo haría más tarde:

—Debes comprender lo que esa casa significa para nuestra familia —respondió Ryan, como si ella no lo supiera tras haber vivido a diez manzanas de distancia y escuchar continuamente las historias de la anciana Evelyn—. No me refiero al cuento de las brujas Mayfair, sino a nosotros, a esta familia.

Gifford volvió la cabeza y se instaló más cómodamente en el sofá. Ojalá pudiera permanecer en Destin para siempre. Pero era imposible. Destin era su refugio, no un lugar donde vivir permanentemente. Destin era una playa y una casita con una chimenea. El pequeño teléfono blanco que yacía sobre los cojines, junto a ella, empezó a sonar súbitamente. Durante unos instantes Gifford no recordó dónde lo había metido. Al fin lo halló y lo descolgó apresuradamente, tirándolo al suelo. —¿Dígame? —preguntó con tono receloso. Gracias a Dios que se trataba de Ryan. — ¿Te he despertado? —No —contestó Gifford, suspirando—. Sabes que hace tiempo que no logro conciliar el sueño. Esperaba tu llamada. Cuéntame cómo va todo. ¿Qué tal se encuentra Michael? Espero que no haya sucedido nada malo, que todos estén bien... —¡Basta, Gifford! ¿A qué viene soltarme esa letanía? ¿Acaso crees que con ello conseguirás alterar la situación? Es inútil. ¿Quieres oír lo que tengo que decirte o no? ¿Qué pretendes que haga? ¿Que te dé la noticia suavemente, si alguien ha muerto bajo las patas de uno de los caballos de la policía montada o atropellado por un coche?

De modo que todo estaba bien. No había sucedido nada. Tras exhalar un suspiro de alivio, Gifford sintió deseos de colgar, dando por finalizada la conversación, pero hubiera sido una grosería. Ryan le hizo un breve resumen y luego añadió: —Todo salió estupendamente, tonta. Es una lástima que no te quedaras en Nueva Orleans. —Al cabo de

veintiséis años de matrimonio, no sabes lo que pienso —respondió Gifford. Estaba tan cansada que no le apetecía hablar, y menos aún discutir con su marido.

—Por supuesto que no sé lo que piensas. Ni siquiera sé por qué te fuiste a Florida en lugar de quedarte aquí para celebrar con nosotros el martes de carnaval.

—Pasemos al siguiente tema —se apresuró a contestar Gifford.

—Michael está bien. Todos están perfectamente. Lean atrapó más bolitas que los demás, la pequeña Cici ganó el concurso de disfraces y Pierce está decidido a casarse con Clancy. Si quieres que tu hijo haga las cosas como es debido, será mejor que regreses cuanto antes y hables con la madre de Clancy.

N o quiere hablar conmigo. —¿Le has dicho que estamos dispuestos a sufragar los gastos de la boda? —No, no me dio tiempo. —Pues díselo. Es lo único que le interesa. Volviendo a Michael, ¿Qué le habéis dicho sobre Rowan? —Poca cosa. —Menos mal. —No está lo bastante fuerte para conocer la verdad. —¿Quién sabe la verdad? —preguntó Gifford con amargura. —Pero tendremos que decírselo, Gifford. No podemos seguir engañándole. Debe saberlo. Se está recuperando, al menos físicamente. Lo de su estado de ánimo es otro cantar. Tiene un aspecto... distinto. —¿Te refieres a que parece mayor?

—No, simplemente distinto. No se trata de sus canas, sino de la expresión de sus ojos, de la forma en que se comporta. Se muestra tan sereno, tan paciente con todo el mundo como un perfecto caballero.

—Procura no disgustarlo —dijo Gifford.

—Descuida, yo me ocuparé de todo —respondió Ryan utilizando una de sus frases favoritas, que pronunciaba siempre con gran ternura—. Cuídate mucho. N o te bañes en el mar solas. —¡Pero si el agua está helada! He encendido la chimenea. Sin embargo, ha hecho un día precioso, claro y

despejado. A veces pien-so que me gustaría quedarme aquí para siempre. Lo siento, Ryan.

No podía reunirme con vosotros en la casa de la calle Primera, no soporto esa casa.

—Lo sé, Gifford, lo sé. Los niños se divirtieron mucho. Todo el mundo se alegraba de celebrar de nuevo el martes de carnaval en la calle Primera. Acudieron todos. Quiero decir que a lo largo del día aparecieron al menos seiscientos o setecientos miembros de la familia. No recuerdo el número exacto. ¿Recuerdas a los Mayfair de Denton, en Tejas? También se presentaron. Y los Grady de Nueva York. Fue estupendo que Michael nos dejara celebrarlo en su casa. No pretendo criticarte, Gifford, pero si hubieras visto lo bien que lo pasamos, lo comprenderías. —¿Y Alicia? —preguntó Gifford. Quería saber si Alicia había permanecido sobria—. ¿Qué tal se comportaron ella y Patrick?

—Alicia no pudo venir. A las tres de la tarde ya estaba completamente borracha. Patrick está enfermo. Es preciso que lo vea un médico.

Gifford suspiró. Lo cierto es que confiaba en que Patrick muriera pronto. Jamás había sentido ningún afecto hacia él. Últimamente se había convertido en una carga para todas las personas que le rodea-ban, en un borracho que disfrutaba metiéndose con su esposa y su hija, aunque a Mona le importaba un comino. «No siento el menor respeto hacia mi padre», solía decir fríamente. Pero Alicia estaba a merced de Patrick, quien no cesaba de atosigarla. «¿Por qué me miras de ese modo? —solía preguntarle continuamente—. ¿Qué es lo que he hecho ahora? ¿Fuiste tú quien se bebió la última cerveza? ¡Lo has hecho aposta!» —¿Qué tal se portó Patrick? —inquirió Gifford, confiando en que Ryan le dijera que se había caído y partido la cabeza.

—Él y Beatrice se pelearon, por algo relacionado con Mona, aun-que dudo que él lo recuerde. Se marchó a casa después del desfile. Ya sabes lo pesada que se pone Bea cuando sale a relucir el tema de Mona. Está empeñada en

enviarla aun internado. ¿ Te has enterado de lo que ha sucedido entre Aaron y Bea? Vivian, la tía de Michael, dijo que...

—Lo sé —le interrumpió Gifford—. Me asombra que no sepa a lo que se expone, después de indagar en la historia de los Mayfair.

Ryan soltó una carcajada y dijo:

—Olvida ese dichoso informe. Si consiguieras olvidarte de él, te quedarías aquí con nosotros y procurarías disfrutar del presente, sin mayores problemas. Es posible que la situación se complique cuando por fin demos con Rowan. — ¿Por qué lo dices?

—Porque seguramente tendremos que afrontar unos problemas muy serios. En estos momentos estoy demasiado cansado para hablar de ello. Hace sesenta y siete días que Rowan desapareció de su casa. Estoy cansado de hablar con los detectives de Zurich, Escocia y Francia. Bea tiene razón.

Mona debería ir aun internado, ¿ no crees? Es una especie de genio precoz.

Gifford se sintió tentada de decir que no podían enviar a Mona a un internado, que si la obligaban a ir, la niña cogería el primer avión, tren o autocar de regreso a casa. Era imposible enviarla a un internado por la fuerza. Si enviaban a Mona a Suiza, regresaría a las cuarenta y ocho horas. Si la enviaban a China, también regresaría, quizás incluso antes de lo que imaginaban. De todos modos, Gifford decidió no responder. Sentía, como de costumbre, un inmenso cariño hacia Mona y confiaba en que no le sucediera nada malo. — ¿Cuál es la diferencia entre los hombres y las mujeres? —le preguntó un día Gifford.

—Los hombres ignoran todo lo que puede suceder —respondió Mona—. Son felices. Pero las mujeres sí lo sabemos y nos preocupamos.

Gifford se había echado a reír. También recordaba un día, cuando Mona tenía seis años, en que Alicia se había desvanecido en el porche de la casa de la calle Amelia,

desplomándose sobre su bolso, y Mona, incapaz de sacar la llave del mismo, había trepado hasta la ventana del segundo piso, había roto el cristal de una patada y la había abierto. Aunque Mona había procurado no causar grandes destrozos, cayeron unos fragmentos de vidrio en el césped y en la alfombra de la habitación del segundo piso, y fue preciso reemplazar el cristal de la ventana. —¿Por qué no pegas un papel de encerado en la ventana? —le preguntó Mona, cuando Gifford avisó al cristalero para que acudiera a repararla—. Al fin y al cabo, es como solemos arreglar todos los agujeros en esta casa. ¿Por qué había permitido Gifford que la niña viviera esas amargas experiencias? La desaparición de Rowan había empeorado la situación. No pasaba un mes sin que Gifford recordara ese incidente y acudiese a su mente la imagen de la pobre niña arrastrando a su madre, inconsciente, por el suelo del porche. El doctor Blades, que trabajaba en la clínica situada al otro lado de la calle, había acudido de inmediato. «Su hermana está muy enferma, Gifford —le había dicho—, y su sobrina y la anciana Evelyn no pueden con ella.»

—No te inquietes por Mona —le dijo Ryan por teléfono tras una incómoda pausa, como si adivinara sus pensamientos—. En estos momentos es lo que menos nos preocupa. Hemos convocado una reunión el martes para hablar sobre la desaparición de Rowan y tomar las medidas oportunas. —¿Cómo podéis tomar las medidas oportunas cuando ni siquiera sabemos si se marchó voluntariamente o fue secuestrada? —inquirió Gifford.

—Todo parece indicar que la están reteniendo por la fuerza. Tenemos pruebas que lo confirman.

Sabemos que los dos últimos cheques cargados en la cuenta de Rowan no fueron firmados por ella.

Debemos informar a Michael al respecto.

Silencio. Éste era el primer dato definitivo del que disponían. La noticia le sentó a Gifford como si le hubieran propinado un puñetazo en el pecho, dejándola sin aliento.

—Nos consta que falsificaron su firma —dijo Ryan—. Son los últimos cheques cargados en su cuenta y fueron cobrados en un banco de Nueva York hace dos semanas. — ¡NuevaYork!

—Sí. Ahí se extingue la pista, cariño. No sabemos con certeza si Rowan estuvo en Nueva York. He hablado hoy tres veces por teléfono sobre este asunto. Parece como si nadie en el país celebrara el carnaval. El contestador automático estaba repleto de mensajes. El médico que habló con Rowan por teléfono vendrá a vernos desde San Francisco. Por lo visto tiene algo importante que comunicarnos.

Pero no sabe dónde está Rowan. Esos cheques son el único indicio...

—Comprendo —dijo Gifford, desalentada.

—Pierce irá mañana al aeropuerto a recoger al doctor. Yo iré a buscarte en el coche. Lo tengo decidido.

—Eso es absurdo. He venido en mi coche, no puedo dejarlo abandonado aquí. Vete a la cama, Ryan. Mañana regresaré a casa para hablar con ese médico de San Francisco.

—Quiero ir a recogerte, Gif. Alquilaré un coche y regresaremos en el tuyo.

—Es una estupidez, Ryan. Partiré al mediodía. Ya lo tengo planeado. Vea recoger al doctor al aeropuerto; vete a la oficina; haz lo que tengas que hacer. Me alegro de que se reuniera toda la familia y de que os divirtierais. Michael se ha portado estupendamente. ¿Qué significan esos dos cheques de los que me has hablado?

Silencio. Ambos sabían perfectamente lo que podían significar. —¿Qué tal se portó Mona anoche? Espero que no escandalizara a ninguno de sus primos.

—Sólo a David. En general, se portó bien. Pierce ha ido con Clancy a darse un baño en la piscina.

El agua está muy caliente. Barbara duerme todavía. Shelby llamó para disculparse por no haber podido venir. Lilia también llamó, lo mismo que Mandrake. Jenn y

Elizabeth se han acostado en el desván. Yo estoy a punto de caer rendido.

Gifford suspiró de nuevo. —¿Así que Mona regresó a casa con esos dos? ¿Sola? ¿El martes de carnaval?

—Mona está perfectamente. La anciana Evelyn me habría llamado si hubiera sucedido algo malo.

Esta tarde, cuando me marché, la dejé sentada junto al lecho de Alicia.

—Es inútil que sigamos mintiendo sobre este asunto, como hemos hecho siempre.

—Gifford... —¿Sí, Ryan?

—Deseo hacerte una pregunta. Jamás te he hecho una pregunta semejante, y no lo haría ahora si no fuera porque...

—Estamos hablando por teléfono.

—Exactamente.

Ambos habían comentado muchas veces ese curioso aspecto de su largo matrimonio, el hecho de que se sintieran más a gusto conversando por teléfono, de que se mostraran más tolerantes, lo cual les impedía que acabaran peleándose.

—La pregunta es la siguiente —continuó Ryan—. ¿Qué crees que sucedió el día de Navidad entre Michael y Rowan? ¿Qué fue lo que le sucedió a Rowan? ¿Tienes alguna sospecha?

Gifford se quedó muda. Era cierto que Ryan jamás le había hecho una pregunta semejante. Ryan empleaba buena parte de sus energías en tratar de impedir que Gifford buscara respuesta a unas preguntas demasiado difíciles de responder. Esto no sólo no tenía precedentes, sino que resultaba francamente alarmante. Gifford no era una bruja y por lo tanto no tenía una respuesta que ofrecer a esa pregunta. Re-flexionó durante unos minutos, mientras escuchaba el crepitar de las llamas y el suave murmullo de las olas.

A Gifford se le ocurrieron varias soluciones, entre ellas la de de-cirle a Ryan que se lo preguntara a Mona. Pero

enseguida se avergonzó de ello y soltó, sin más preámbulos:

—Ese hombre apareció el día de Navidad. Esa criatura, ese espíritu..., no voy a pronunciar su nombre, lo sabes de sobra..., apareció y le hizo algo a Rowan. Eso fue lo que sucedió. Ese hombre ya no está en la casa de la calle Primera. Todos lo sabemos. Todos los que le vimos sabemos que ya no está allí. La casa está vacía. Esa criatura apareció y...

Gifford hablaba precipitadamente, como presa de un ataque de histerismo. De pronto se detuvo bruscamente y pensó: «¡Lasher!» Pero no pudo pronunciar ese nombre. Hacía años, la tía Carlotta la había agarrado por los hombros y la había sacudido violentamente, prohibiéndole que volviera a pronunciar ese nombre.

Incluso ahora, a salvo en su casita, era incapaz de pronunciarlo. Era como si alguien la aferrara por la garganta, impidiéndoselo. Quizá tuviera algo que ver con la curiosa mezcla de crueldad y afán de protección que Carlotta siempre había mostrado hacia ella. En el informe Talamasca constaba que alguien había arrojado a Antha por la ventana del desván, tras vaciarle un ojo. ¡Dios mío! Era imposible que lo hubiera hecho Carlotta. A Gifford no le extrañó que su marido dudara unos instantes antes de responder. Ella misma estaba asombrada de lo que había dicho. En aquellos momentos comprendió lo sola que se sentía, el vacío de su matrimonio. —¿Lo crees realmente, Gifford? ¿Eso es lo que crees en el fondo de tu corazón, cariño?

Gifford no contestó. No podía. Se sentía derrotada. Tenía la sensación de que Ryan y ella se habían pasado la vida discutiendo sobre todo tipo de cosas, importantes y menos importantes. Que si llovería o haría sol. Que si una noche un extraño violaría a Mona en la avenida de Saint Charles. Que si subirían los impuestos. Que si no conseguirían derrocar a Castro. Que si no existían los fantasmas.

Que si tam poco existían las brujas Mayfair. Que si era imposible comunicarse con los muertos. Que si los muertos se comportaban de una forma muy extraña. Que qué demonios pretendían. Que si la mantequilla no perjudicaba la salud, ni tampoco la carne. Que si bebete la leche. Que si un adulto no puede metabolizar la leche. Etcétera.

—Sí, eso es lo que creo, Ryan —respondió Gifford al fin—. Yo lo vi. Tú, en cambio, no pudiste verlo.

Había cometido una torpeza. No debió decir «tú no pudiste verlo». Fue un error. Gifford le oyó suspirar, como solía hacer cuando se distanciaba de ella, rechazando la posibilidad de un mejor entendimiento entre ambos, replegándose en su pequeño universo en el que no existían los fantasmas y las brujas Mayfair eran una broma de la familia, al igual que los extraños fondos fiduciarios y las viejas mansiones que contenían unas cajas fuertes llenas de valiosas alhajas y monedas de oro. En realidad, también era absurdo que Clancy Mayfair se casara con Pierce Mayfair, puesto que ambos —al igual que Alicia y Patrick— descendían de Julien, pero era inútil decírselo a Ryan. ¿De qué hubiera servido? No había ningún motivo, no existía un intercambio de ideas ni confianza entre ambos.

«Pero todavía nos queremos —pensó Gifford—. Entre nosotros existe cariño y respeto.» Gifford apoyaba totalmente a Ryan. Así pues, dijo lo que solía decir en esas ocasiones:

—Te quiero mucho, cariño. —Era maravilloso poder pronunciar esa frase, como solía hacerlo Ingrid Bergman en sus películas, sinceramente y de corazón—. De veras.

—Gifford...

Ryan se detuvo, como un juicioso abogado meditando la respuesta, un caballero de pelo plateado y ojos azules, el patriarca de la familia. ¿Por qué iba a creer en fantasmas? Los fantasmas no tratan de incumplir un testamento, de querellarse contra ti, de amenazarte con hacer que los

inspectores de Hacienda investiguen tus cuentas, no te envían una factura por un almuerzo acompañado de dos martinis. —¿Qué, cariño? —preguntó Gifford suavemente.

—Si eso es lo que crees —respondió Ryan—, si realmente crees lo que acabas de decir..., si ese fantasma desapareció... y la casa está vacía..., ¿por qué te negaste a venir a casa de Rowan y Michael?

—Creo que esa criatura se llevó a Rowan. Este asunto no ha terminado, Ryan —contestó Gifford, incorporándose bruscamente. Su paciencia se había evaporado, se sentía enojada con su marido. Era un hombre tozudo e irritante que le había destrozado la vida. Era cierto que ella le quería, pero no era menos cierto que había visto al fantasma—. ¿No percibes nada extraño en esa casa, Ryan? ¿No presientes que está embrujada? Te repito que este asunto no ha terminado; por el contrario, no ha hecho más que empezar. Es preciso que hallemos a Rowan.

—Iré a recogerte por la mañana —dijo Ryan, enojado. Gifford le había contagiado su ira, aunque procuraba disimularla—. Quiero ir a recogerte y traerte a casa.

—De acuerdo, Ryan, esperaré a que vengas a recogerme —contestó ella, como si se hubiera rendido.

Se alegraba de haber tenido el valor de mencionar a «ese hombre», de decir lo que deseaba decir.

Más tarde, quizá mañana, Ryan podría discutir con ella, criticarla, burlarse por lo que había dicho.

—Gifford, Gifford, Gifford... —dijo Ryan suavemente—. Llegaré a Destin antes de que te despiertes.

Gifford sintió de pronto como si le hubieran abandonado las fuerzas, como si no fuera capaz de moverse hasta que él llegara, hasta que lo viera atravesar la puerta.

—Cierra la puerta con llave y vete a dormir —dijo Ryan—. Imagino que estarás tumbada en el sofá, con todas las puertas abiertas...

—Esto es Destin, Ryan.

—Cierra todo con llave, comprueba si la pistola está en el cajón de la mesita de noche y conecta la alarma. Y dale con la pistola. —¿Cómo voy a utilizarla si tú no estás aquí?

—Es precisamente cuando debes utilizarla, cariño.

Gifford sonrió de nuevo al recordar a Mona. Bang, bang, bang.

Besos.

Siempre se despedían con un beso antes de colgar.

La primera vez que Gifford lo besó tenía quince años y estaban «enamorados». Más tarde, cuando nació Mona, Alicia le dijo a Gifford: «Tienes suerte. Te casaste con tu Mayfair. Yo me casé con el mío debido a esto.»

Gifford se arrepentía de no haberse hecho cargo de Mona al nacer ésta. Es probable que Alicia no hubiera puesto ningún reparo. Alicia ya se había convertido por aquella época en una borracha.

Afortuna-damente, Mona era un bebé sano y robusto. Pero a Gifford no se le ocurrió quitarle a Alicia su hijita. Recordaba que Ellie Mayfair, a quien Gifford no había llegado a conocer, se había llevado a Rowan, la hija de Deirdre, a California, para salvarla de la maldición de la familia, y que todos la habían criticado por ello. Sucedió el mismo año en que el tío Cortland murió a consecuencia de una caída en la escalera de la casa de la calle Primera. Su muerte había afectado profundamente a Ryan.

Gifford tenía quince años y ambos estaban muy enamorados. No, uno no podía arrebatarse un niño a su madre, aunque creyera que era lo más conveniente. Entre todos habían conseguido volver loca a Deirdre, y el tío Cortland había intentado impedirlo.

Gifford habría cuidado mejor de Mona. Cualquiera hubiera podido atenderla mejor que Alicia y Patrick. Aunque a su modo, Gifford siempre se había ocupado de ella, al igual que se ocupaba de sus propios hijos.

El fuego se estaba apagando. Gifford decidió echar un poco más de leña, pues empezaba a sentir frío. Estos días

apenas pegaba ojo. Si conseguía dormir unas horas antes de que llegara Ryan, estaría perfectamente. Era la ventaja de haber cumplido cuarenta y seis años. Uno necesitaba dormir menos horas.

Se arrodilló ante la amplia chimenea de piedra y arrojó un pequeño tronco al fuego, junto con unas hojas de periódicos. Las llamas se avivaron y Gifford notó el intenso calor de éstas en las manos y el rostro, lo que la obligó a apartarse. De pronto recordó algo desagradable, algo que tenía que ver con el fuego y la historia de la familia, pero se apresuró a borrarlo de su pensamiento.

Gifford permaneció de pie en medio del cuarto de estar, contemplando la blanca playa.. Ya no percibía el sonido de las olas; la brisa lo envolvía todo en un tupido velo de silencio. Las estrellas refulgían intensamente, como si hubiera llegado el día del juicio final. La frescura y transparencia de la brisa la conmovían hasta el punto de sentir deseos de llorar.

Deseaba permanecer allí hasta que la añoranza de su casa la obligara a regresar. Pero eso no sucedía nunca, siempre abandonaba Destin antes de que sintiera deseos de partir. El deber, la familia, sus obligaciones..., siempre había algo que la obligaba a regresar antes de que estuviera dispuesta a hacerlo.

No es que no amara las telarañas, las vetustas encinas y los viejos muros de su casa, así como las señoriales mansiones, las destartaladas aceras y el calor que le proporcionaban sus primos y primas en Nueva Orleans. Sí, amaba todo eso, pero a veces deseaba alejarse, refugiarse en Destin.

Esta casita era su refugio.

Gifford se estremeció.

—Ojalá muriera —murmuró con voz temblorosa.

Se dirigió a la cocina, que formaba parte del amplio cuarto de estar, y bebió un vaso de agua.

Luego salió a la pequeña terraza, subió los escalones y echó a andar por el camino de tablas construido sobre la pequeña duna que conducía a la playa.

Ahora sí podía oír el oleaje del golfo, un sonido que le resultaba delicioso. No existía otro igual en el mundo. La brisa le hacía sentirse aislada de todo y de todas las sensaciones. Al volverse, Gifford comprobó que su casita ofrecía un aspecto diminuto e insignificante, parecía más un bunker que una elegante casa de la playa, asomando tras la duna.

La ley no podía obligarte a modificar una vivienda que había sido construida en 1955. Ése era el año en que su bisabuela Dorothy había construido la casita para sus hijos y nietos. En aquel entonces, Destin no era más que una pequeña aldea de pescadores, según contaban. No había mansiones, ni elevadas torres, ni existía el club de golf; sólo esta casita.

Los Mayfair todavía poseían varios chalés ubicados a lo largo de Pensacola hasta Seaside, de diversos tamaños y épocas, edificados antes de que aparecieran las oleadas de turistas y se promulgaran las ordenanzas de construcción.

La brisa parecía haber arreciado de pronto y Gifford sintió frío. Se acercó a la orilla del agua, contemplando las suaves olas que apenas lamían la blanca y limpia arena. Deseaba tumbarse allí mismo y dormir sobre la arena, como solía hacer de niña. No existía un lugar más seguro que esta playa de Destin, en la que no había ningún tipo de vehículo que pudiera arrollarte ni perturbar tu tranquilidad con su tubo de escape. ¿Qué poeta era el que había sido asesinado hacía unos años en la playa de la Isla de Fuego? Lo había atropellado un vehículo mientras dormía, según decía la gente, aunque nadie lo sabía con seguridad. Una tragedia horrible. Gifford no recordaba su nombre. Sólo sus poesías. Eran los tiempos del instituto, cuando Ryan la besó un día en la cubierta de un barco de recreo, prometiéndole que se

instalarían lejos de Nueva Orleans. ¡Qué mentira! ¡Iban a vivir en China! ¿O era en Brasil?

Ryan se había puesto a trabajar de inmediato en Mayfair amp; Mayfair. La firma le había engullido antes de que cumpliera veintiún años. Gifford se preguntaba si Ryan recordaría a sus poetas favoritos; les gustaba mucho un poema de D. H. Lawrence sobre unas gencianas azules, y una poesía titulada Domingo por la mañana, de Wallace Stevens.

Pero Ryan no tenía la culpa de lo ocurrido. Gifford no había po-dido negarse a los deseos de la anciana Evelyn, del abuelo Fielding y de todos los ancianos que tanto la querían. Sus padres habían falle-cido, y era como si Gifford y Alicia hubieran pertenecido siempre a los miembros más viejos de la familia. La madre de Ryan jamás les habría perdonado que no se casaran por la iglesia, con un traje blanco y todo lo demás. Por otra parte, Gifford no podía abandonar en aquellos momentos a Alicia, quien todavía era muy joven y estaba medio loca y siempre andaba metida en algún lío.

Gifford ni siquiera había estudiado en un internado. Cuando le pidió ala anciana Evelyn que la enviaran aun internado, ésta contestó: —¿Qué tiene de malo Tulane? Puedes viajar en tranvía.

Así pues, Gifford había cursado sus estudios en el Sophie New-comb College. Más tarde consiguió que la dejaran asistir a la Sorbona, lo cual había sido un pequeño milagro.

—Desciendes de diez líneas de la familia Mayfair —le reprochó la anciana Evelyn cuando hablaron sobre los detalles de su boda con Ryan—. Incluso tu pobre madre se hubiera opuesto, que Dios la tenga en su gloria. Sufrió mucho.

No, era imposible que Gifford se instalara en el Norte, en Europa o en ningún otro lugar del planeta. La disputa se produjo a causa de la elección de la iglesia. ¿ Iban Gifford y R yan a contraer matrimonio en la iglesia del Sagrado Nombre de Jesús o en la de San Alfonso?

Gifford y Ryan habían asistido a la escuela del Sagrado Nombre de Jesús; los domingos oían misa en la iglesia del Sagrado Nombre de Jesús, situada frente a Audobon Park, a varios kilómetros de distancia de la vieja iglesia de San Alfonso. En aquella época la iglesia era toda-vía blanca; aún no habían pintado la nave y estaba adornada con unas exquisitas imágenes de mármol puro.

En esa iglesia, Gifford había tomado la Primera Comunión y recibido la Confirmación, y el año del último curso la había recorrido, junto a sus compañeras, con un ramo de flores entre las manos y luciendo un vestido blanco hasta los tobillos y unos zapatos de tacón alto, un ritual digno de una señorita recién puesta de largo.

Era natural que se casaran en la iglesia del Santo Nombre. La vieja iglesia de San Alfonso, ala que solían asistir los Mayfair, no significaba nada para ella. Deirdre Mayfair jamás se enteraría, puesto que por aquel entonces ya estaba irremediablemente loca. Fue el abuelo Fielding quién se opuso tajantemente. —¡Desciendes de diez líneas de Mayfair! ¡Siempre hemos asistido a la iglesia de San Alfonso!

—Eso no significa nada —protestó Gifford.

—Significa que deberías enorgullecerte de pertenecer a diez líneas de descendencia de la familia.

Por las tardes, la anciana Evelyn se sentaba en el porche de la casa de la calle Amelia y hacía punto hasta que anochecía. Le encantaba contemplar el suave crepúsculo en la avenida de Saint Charles, poblada de parejas que paseaban del brazo y de tranvías con sus luces amarillas encendidas.

En aquella época, antes de que inventaran el aire acondicionado y las moquetas, todo estaba siempre lleno de polvo y ruido. Eran los tiempos en que la gente tendía la colada en los patios traseros;

Gifford y Alicia se entretenían haciendo muñequitos con las pinzas de tender la ropa.

«Sí, pertenecíamos a los miembros más ancianos de la familia», pensó Gifford. Recordaba a su madre recluida en su habitación, paseándose arriba y abajo como una posesa, hasta que murió siendo Gifford y Alicia aún muy pequeñas.

Sin embargo, Gifford sentía nostalgia de aquellos tiempos, cuando paseaba por la avenida de Saint Charles con la anciana Evelyn, que se apoyaba en un elegante bastón irlandés. O cuando le leía en voz alta al abuelo Fielding.

«No, nunca deseé marcharme», pensó Gifford. Nunca había permanecido largo tiempo en una ciudad moderna americana. Dalias, Houston o Los Angeles eran unas ciudades que no le gustaban, aunque en principio su limpieza y eficacia pudieran resultar atractivas. Recordaba la primera vez que fue a Los Ángeles de pequeña. Le había parecido una ciudad maravillosa. Pero se cansaba pronto de esos lugares. Puede que el encanto de Destin residiera en el hecho de que estaba muy cerca de Nueva Orleans. No debía renunciar a nada para venir aquí. Si pisaba a fondo el acelerador, al anochecer ya divisaba las encinas de su casa. Nueva Orleans, ciudad de cucarachas, de podredumbre, la ciudad de nuestra familia, y de gentes alegres y felices.

Gifford recordaba la cita de Hilaire Belloc que había hallado entre los documentos de su padre a la muerte de éste:

Donde luce el sol católico hay magia, risas y buen vino tinto; Al menos, es lo que he comprobado yo. Benedicamus Domino.

—Déjame que te revele un pequeño secreto —le dijo un día su madre, Laura Lee—. Si descienes de diez líneas de los Mayfair, jamás serás feliz fuera de Nueva Orleans. Te lo aseguro.

Quizá tuviera razón. Pero ¿había sido feliz Laura Lee? Gifford recordaba la risa de su madre, su voz ronca y profunda. —Estoy demasiado enferma para pensar en la

felicidad, hija mía. Tráeme el Times-Picayune y una taza de té bien caliente.

Y pensar que Mona poseía más sangre Mayfair en sus venas que ningún otro miembro del clan. ¿De cuántas líneas descendía? ¿Veinte? Gifford deseaba ver con sus propios ojos el árbol genealógico que Mona había realizado en su ordenador, un interminable gráfico en el que figuraban todas las líneas de primos dobles y triples que se habían casado entre sí. Lo que Gifford deseaba saber era si se había introducido sangre nueva en las últimas cuatro o cinco generaciones.

Era absurdo que prácticamente todos los Mayfair se casaran entre sí. No se molestaban en explicárselo a los demás. Y ahora Michael Curry se había quedado solo en esa casa, y Rowan había desaparecido, la niña a la que habían apartado de allí por su bien había regresado a ese lugar maldito... En cierta ocasión, Ryan le había dicho, sin medir el alcance de sus palabras: —¿Sabes, Gifford?, sólo hay dos cosas que importan en la vida: la familia y el dinero. Ser muy ricos, como lo somos nosotros, y tener a la familia alrededor.

Gifford había soltado una carcajada. Eso sucedió hacia el 15 de abril, poco después de que Ryan hiciera la declaración de la renta. Pero Gifford comprendía lo que le había dado a entender. No era ni pintora, ni cantante, ni bailarina, ni tocaba un instrumento. Tampoco Ryan. La familia y el dinero constituían todo su mundo. Al igual que para el resto de los Mayfair, la familia no sólo era la familia, sino un clan, la nación, su religión, su obsesión.

«Jamás habría podido vivir sin ellos», pensó Gifford, pronunciando las palabras en silencio, tal como le gustaba hacer aquí, a orillas del mar, donde el viento y el agua lo devoraban todo, donde el rugido de las olas hacía que se sintiera tan feliz que le entraban ganas de ponerse a cantar.

Mona viviría estupendamente. Asistiría al instituto o universidad que deseara. Podría permanecer aquí o

marcharse al extranjero. Podría elegir. En estos momento no había ningún primo Mayfair digno de casarse con Mona. Bien pensado, había veinte, pero Gifford no tenía ganas de pensar en ellos. Lo importante es que Mona gozaría de una libertad que a Gifford le había sido vedada. Mona era muy fuerte. Gifford tenía unos sueños en los que aparecía Mona haciendo cosas que nadie más era capaz de hacer, como caminar por el borde de un elevado muro, gritando: «¡Apresúrate, tía Gifford!» En cierta ocasión, en un sueño, Gifford vio a Mona sentada en el ala de un avión, fumando un cigarrillo mientras volaban a través de las nubes, y Gifford, aterrada, se agarraba a una escala de cuerda que colgaba del aparato.

Gifford permaneció inmóvil, contemplando el paisaje con la cabeza ladeada y dejando que el viento le agitara el cabello, que le tapaba los ojos. Le parecía estar flotando, sostenida por el viento.

«¡Qué hermoso es esto!», pensó. Ryan aparecería mañana para llevarla a casa. Ryan estaría aquí, con ella. Quizá Rowan estaba viva y conseguiría regresar a casa. Todo quedaría explicado y el milagro del regreso de Rowan haría que todo volviera de nuevo a la normalidad.

Sí, deseaba tenderse y dormir en la arena. Soñar. Pensar en el vestido de Clancy. Debía ayudarla a elegir el vestido de novia. Su madre no entendía nada de ropa. ¿Era ya miércoles de ceniza?

Había oscurecido y no alcanzaba a ver la hora en su reloj, pese al intenso resplandor de la luna, que se reflejaba en el agua. Gifford pre-sentía que había comenzado la cuaresma. Allí, en Nueva Orleans, Rex y Comus habían abierto sus salones de baile y sus respectivas cortes se habían despedido del carnaval. El martes de carnaval había concluido.

Debía regresar a la casa. Ryan le había pedido que se retirara temprano, que cerrara bien todas las puertas y ventanas y que conectara la alarma. Ella, naturalmente, le

obedecería. Una noche, cuando estuviera enfadada con él, dormiría en la arena, a salvo y libre bajo las estrellas, como una vagabunda. En esta playa estaba a solas con lo más antiguo del mundo conocido: la arena, el mar.

Podría haber estado en cualquier siglo, en cualquier libro, en un país bíblico, en la legendaria Atlántida. De momento, haría lo que le había ordenado Ryan. No quería estar dormida cuando llegara. Se pondría furioso.

Gifford deseaba que estuviera con ella en aquellos momentos.

La noche en que murió Deirdre Mayfair, el año pasado, Gifford se despertó dando un grito. Ryan se apresuró a tranquilizarla.

—Alguien ha muerto —dijo Gifford, llorando, mientras Ryan la estrechaba entre sus brazos.

De pronto sonó el teléfono y Ryan contestó.

—Se trata de Deirdre —dijo—. Ha muerto.

Gifford se preguntó si tendría también un presentimiento en caso de que algo malo le sucediera a Rowan. ¿O se hallaba ésta demasiado lejos del redil? ¿Habría sufrido acaso una muerte sórdida y terrible, quizá pocas horas después de su desaparición? No, habían recibido cartas y mensajes de ella. Todas las claves eran correctas, según dijo Ryan. Además, Rowan había hablado por teléfono con un médico de California.

«Mañana ese médico nos informará de lo que sepa», pensó Gifford. A continuación dio media vuelta y echó a andar hacia la oscura duna y las lucecitas que brillaban sobre ésta.

A ambos lados se alzaban unos chalés formando interminables hileras, y al fondo un elevado rascacielos constelado de lucecitas para prevenir a los aviones que volaban bajo; a lo lejos, en una curva que describía el terreno, brillaban las luces de la ciudad, y sobre el mar se cernían las nubes, iluminadas por la luna.

Había llegado el momento de acostarse. Dormiría junto al fuego. A Gifford le encantaba acostarse frente a la chimenea y dormir al calar de las brasas. Tenía un sueño muy ligero. Oiría el borboteo del agua cuando comenzara a hervir en la tetera a las cinco y media, y el primer barco que se acercara a la costa.

Miércoles de ceniza. Gifford sentía una reconfortante sensación de consuelo, una mezcla de piedad y de fe. En ceniza te convertirás. De camino a Nueva Orleans, se detendrían en la iglesia para que el sacerdote les aplicara la ceniza en la frente. Más adelante comprarían palmas para llevarlas a bendecir el Domingo de Ramos. El Viernes Santo llevarían a Mona, Pierce, Clancy y Jenn a oír misa, a «besar la cruz», como solían hacer. Quizá recorrerían nueve iglesias como hacían en los viejos tiempos. La anciana Evelyn, Alicia y ella solían visitar las nueve iglesias del centro de la ciudad cuando ésta estaba llena de católicos, de auténticos y fervorosos católicos: la iglesia del Sagra-do Nombre, del Espíritu Santo, de San Esteban, de San Enrique, de Nuestra Señora de la Esperanza, la capilla del Perpetuo Socorro, de Santa María, de San Alfonso y de Santa Teresa. En total, nueve.

No siempre llegaban hasta la de San Patricio, ni se detenían para visitar la iglesia a la que asistían las gentes de color, ubicada en la ave-nida Luisiana, aunque no tenían ningún reparo en hacerlo, ya que en las iglesias católicas no existía la segregación. La del Espíritu Santo era una magnífica iglesia. La anciana Evelyn recordaba con tristeza la de San Miguel, que había sido derribada. La prima Marianne era una hermana del convento de San Miguel. Era muy triste cuando derruían un convento y una iglesia, cuando todos esos recuerdos eran vendidos a la sociedad de recuperación de obras de arte. Según decían, Marian-en también era hija de Julien. ¿Cuántas de esas iglesias quedarían en pie?, se preguntó Gifford. Este año, el Viernes Santo, se presentaría en la casa de la calle Amelia y le

pediría a Mona que la ayudara a buscar las nueve iglesias de la abuela. Seguramente todavía existían. Quizá consiguieran que la anciana Evelyn las acompañara. Hercules la conduciría en el coche, mientras que Gifford y Mona irían a pie. Sería absurdo pretender que Evelyn las acompañara andando; era demasiado vieja.

Gifford estaba segura de que Mona accedería, aunque temía que volviera a sacar el tema del Victrola. Estaba obsesionada con ese aparato. Ella creía que se hallaba en el desván de la casa de la calle Primera, pero en realidad no estaba allí, sino oculto con las perlas en un lugar donde nadie...

El pensamiento se le borró de la mente. Había alcanzado el camino de tablas y contemplaba el cálido rectángulo del cuarto de estar de su casita, el fuego que aún crepitaba en el hogar y los amplios sofás de cuero color crema, que contrastaban con las baldosas de color caramelo del suelo.

Alguien había entrado en su casa. Había un hombre de pie junto al sofá donde Gifford había permanecido tumbada toda la tarde, junto al fuego. Tenía el pie apoyado en la chimenea, un gesto que Gifford solía hacer a menudo, sobre todo cuando iba descalza, para sentir el inevitable frío de las piedras del hogar.

El desconocido no iba descalzo ni vestido de modo informal. A la luz de las llamas, Gifford comprobó que era muy alto e «imperialmente delgado», como Richard Cory en el viejo poema de Edwin Arlington Robinson.

Gifford aminoró el paso, bajó del camino de tablas y entró en el patio trasero, resguardado del viento que soplaba junto a la duna. A través de las cristaleras, su casa parecía una casita de cuento de hadas. Lo único que no encajaba era la presencia del intruso, vestido con una chaqueta oscura de mezclilla y un jersey de lana. Pero lo que más le chocaba a Gifford era su cabello largo, negro y reluciente.

El pelo le llegaba hasta los hombros, dándole un aspecto parecido al de Jesucristo, pensó Gifford.

Cuando el desconocido se volvió y la miró, Gifford recordó esas horribles estampitas de Jesucristo que venden en los grandes almacenes, cuyos ojos se abren y cierran cuando mueves la estampita, y que lo representan lleno de rizos y ataviado con una túnica color pastel, sonriendo tiernamente, sin expresar el menor dolor o sufrimiento. El desconocido lucía incluso un bigote y una barbita al estilo de Jesucristo, los cuales le daban un aire solemne y bondadoso.

Sí, parecía un..., ¿qué? ¿Quién demonios era ese hombre? ¿Un vecino que había entrado a pedirle un fusible o una linterna? ¿Vestido con una chaqueta de mezclilla?

El desconocido se hallaba de pie contemplando el fuego, mostrando un perfil parecido al de Jesucristo, y de pronto se volvió como si hubiera oído sus pasos en el patio y la miró en silencio, de forma inquisitiva.

Al verlo de frente Gifford se sintió impresionada por la belleza de su rostro, que contrastaba con su extravagante atuendo y cabello. También le chocó la fragancia, casi como un perfume, que emanaba su persona.

No era un perfume dulzón; no olía a flores, ni a especias. No. Pero era muy atrayente. Gifford sintió deseos de aspirar profundamente el aroma. Estaba segura de haberlo percibido hacía unos días, pero no recordaba dónde. Es más, incluso le parecía recordar que había hecho un comentario al respecto... Algo que tenía que ver con la medalla de san Miguel. ¡La medalla! Había olvidado comprobar si la llevaba en el bolso. Pero no podía hacerlo ahora, ante ese extraño.

Gifford sabía que debía ponerse en guardia, averiguar quién era el intruso y qué deseaba antes de entrar en el cuarto de estar. Pero, cada vez que se había dejado arrastrar por el temor ante una situación semejante, más tarde había lamentado haberse comportado como una chiquilla. Nunca le había sucedido nada malo.

Probablemente se trataba de un vecino que se había quedado sin gasolina o cuyo coche había sufrido una avería, y que, al ver el resplandor del fuego que ardía en la chimenea, en aquella playa desierta, había entrado a pedirle ayuda.

Más que preocupada, Gifford se sentía intrigada por la presencia de ese extraño en su casa. Ni su expresión ni su talante resultaban amenazadores; por el contrario, parecía tan intrigado como ella.

Gifford entró en el cuarto de estar, mientras el desconocido la observaba fijamente. Se volvió para cerrar la puerta, pero decidió no hacerlo. —¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó Gifford muy amablemente.

Apenas se oía el murmullo de las olas del golfo. Gifford estaba de espaldas al borde del mundo, y el borde del mundo permanecía en silencio.

La intensa fragancia que emanaba el desconocido invadía la habitación, mezclándose con el olor de los troncos que ardían en la chimenea, de los ladrillos del hogar y de la fresca brisa.

Acércate, Gifford —respondió el intruso suavemente—. Ven a mis brazos.

—Me temo que no le he entendido bien —se apresuró a decir Gifford, esbozando una forzada sonrisa mientras se aproximaba a él, sintiendo el calor del fuego. El perfume que exhalaba era tan delicioso que sentía deseos de aspirarlo profundamente—. ¿Quién es usted? —preguntó, tratando de que su voz sonara tranquila y normal—. ¿Acaso nos conocemos?

—Sí, Gifford. Me conoces bien, sabes quién soy —contestó él. Tenía una voz melódica, como si recitara un verso, aunque no rimaba, como si acariciara cada sílaba que pronunciaba—. Me viste de pequeña —dijo afectuosamente—. Lo sé, aunque no recuerdo el momento. Pero estoy seguro de que tú sí lo recuerdas, el polvoriento porche, el jardín...

Parecía triste, pensativo.

—No le conozco —respondió Gifford, aunque sin demasiada convicción.

El extraño se acercó a ella. Los huesos de su rostro eran delicados, y tenía una piel fina y tersa.

Era mucho más guapo que el Jesucristo de las estampitas, más parecido al célebre autorretrato de Durero. — Salvator Mundi —murmuró ella. ¿No era ése el nombre del cuadro?

—He perdido estos últimos siglos —respondió él—, si es que alguna vez llegué a poseerlos, mientras me esforzaba en contemplar los objetos sólidos. Pero ahora reivindico unas verdades y unos recuerdos más antiguos, anteriores a la época de mis bellas jóvenes Mayfair, de aspecto dulce y frágil. Debo apoyarme, como hacen todos los hombres, en mis crónicas, en las palabras que escribí a vuelapluma, a medida que el velo se espesaba y la carne me oprimía, privándome de la perspectiva de un fantasma, lo cual me hubiera permitido triunfar más rápida y fácilmente. »Gifford. Recuerdo haber anotado ese nombre. Gifford Mayfair, nieta de Julien. Gifford estuvo en la casa de la calle Primera. Gifford es quien vio a Lasher, ¿no es cierto?

Al oírle pronunciar su nombre Gifford lo miró asustada, sin apenas prestar atención al resto de sus palabras.

—Sí, he pagado el precio de cada criatura que gemía sólo para recuperar un destino más valioso, y un amor más valioso y trágico para ti.

A medida que hablaba, el desconocido iba adoptando un aspecto cada vez más semejante al Cristo del cuadro de Durero, tal vez deliberadamente, asintiendo para subrayar ciertas palabras, ora juntando las manos, como si rezara, ora separándolas como si se dispusiera a bendecirla. Un Cristo que no sabía cómo modificar las cosas y debía pedir consejo a uno de los doce apóstoles, pero que sabía que iba a morir en la cruz.

Gifford estaba aturdida, era incapaz de pensar con claridad o de hallar una respuesta. ¡Lasher! La reacción de

su cuerpo le confirmó lo aterrizada que se sentía ante el intruso. Alzó las manos como para protegerse, un gesto muy característico en ella, y vio vagamente sus dedos como si fueran las alas de un extraño pájaro.

Presa de terror, sintiendo el intenso calor que despedían las llamas y los acelerados latidos de su corazón, Gifford miró al extraño; pero no logró distinguir sus rasgos, tan sólo su belleza, como un reflejo que impidiera ver con nitidez el paisaje desde una ventana. Ofuscada, Gifford se llevó una mano a la frente. Súbitamente, el desconocido la sujetó violentamente por la muñeca.

Gifford cerró los ojos. Estaba tan asustada que durante unos momentos le pareció como si no se encontrara allí, como si hubiera muerto, como si estuviera desconectada de la realidad. Su temor se disipó durante unos breves segundos, pero de nuevo fue presa de él al notar los dedos del extraño apretándole la muñeca con fuerza, mientras ella aspiraba su intenso y embriagador perfume.

—Suéltame —dijo Gifford, furiosa y aterrada. —¿Qué ibas a hacer, Gifford? —preguntó el extraño con suavidad, casi tímidamente. Estaba muy cerca de ella. Era monstruosamente alto; debía de medir más de dos metros, aunque resultaba difícil precisarlo. Estaba tan delgado que parecía esquelético, y los huesos de su frente destacaban bajo su fina piel. —¿Qué ibas a hacer? —insistió. Parecía un niño, no petulante, sino simplemente joven e inocente.

—Iba a santiguarme —contestó Gifford con voz ronca.

Con un gesto de rabia, consiguió soltarse y se santiguó una y otra vez, mientras repetía en silencio: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Luego trató de dominarse y dijo, mirándolo fijamente:

—Tú no eres Lasher. Eres un hombre, un hombre real de carne y hueso.

—Soy Lasher —replicó el extraño suavemente, como si tratara de protegerla de sus incisivas palabras—. Soy Lasher en persona y he re-gresado, mi hermosa bruja Mayfair —

añadió, pronunciando las palabras deprisa, pero con claridad —. Soy de carne y hueso, sí, y te necesito, Gifford Mayfair. Si me haces un corte, sangraré. Si me besas, despertarás mi pasión. Puedes comprobarlo por ti misma.

Gifford se sintió de nuevo como desconectada de la realidad. Era imposible que el terror se hiciera viejo, tedioso o dúctil, pensó. Una persona tan aterrada como ella debía perder el conocimiento, y durante un segundo creyó estar a punto de desvanecerse. Pero sabía que si se desvanecía estaba perdida. El desconocido se hallaba de pie ante ella, exhalando un aroma que la embriagaba. Se encontraba tan sólo a medio metro de ella, mirándola fijamente, radiante, como si le implorara, su rostro terso y sus labios rosados como los de un bebé.

Parecía no ser consciente de su propia belleza, mejor dicho, no utilizarla deliberadamente para deslumbrarla, ofuscarla, tranquilizarla o consolarla. No se contemplaba en los ojos de ella; sólo la veía a ella. —Gifford —murmuró—, nieta de Julien. Gifford sintió de pronto un pavor tan profundo e intenso como el terror que experimentaba de niña cuando, desconsolada, se sentaba en el suelo, hecha un ovillo, y lloraba sin cesar, temiendo abrir los ojos, temiendo percibir algún extraño crujido, temiendo oír los gemidos de su madre, temiendo la oscuridad y el insondable horror que habitaba en ella.

Gifford bajó la vista, sintiendo ese momento, sintiendo las baldosas bajo sus pies, el persistente crepitar de las llamas, y luego contempló las manos del extraño, blancas y surcadas de venas como las de un anciano, y su frente serena, como la de un santo, como la de Jesucristo, enmarcada por unos largos cabellos negros. Gifford observó sus, cejas negras y bien dibujadas, sus pómulos salientes, que realzaban la intensidad de su mirada, y su pronunciada mandíbula, cubierta por una lustrosa barba, perfectamente recortada.

—Deseo que te marches —dijo.

Sonaba ridículo, absurdo. Gifford pensó en la pistola que tenía guardada en el armario. En el fondo, siempre había deseado tener oportunidad de utilizarla. Recordó el olor de la cordita y el polvo en la galería de tiro de Gretna. Oyó a Mona animándola a disparar. Le parecía sentir el arma entre las manos mientras apretaba el gatillo. ¡Ojalá la tuviera ahora entre las manos!

—Quiero que regreses por la mañana —dijo, asintiendo como para dar mayor fuerza a sus palabras—.

Ahora debes marcharte. —De pronto recordó la medalla. ¿Por qué no se le había ocurrido colgársela del cuello? El arcángel san Miguel la hubiera defendido contra todo mal—. Márchate.

—No puedo, querida Gifford —contestó el extraño con su suave y melódica voz, como si cantara.

—No digas esas cosas tan absurdas. No te conozco. Te ruego que te marches —insistió Gifford.

Aunque deseaba retroceder, no se atrevía a hacerlo. El desconocido la observaba con expresión de recelo, casi con amargura. Tenía el rostro de un niño, expresivo y seductor, con unas facciones perfectamente proporcionadas. ¿Era Durero tan perfecto como él?

—Sé que me recuerdas, Gifford. Ojalá te recordara yo a ti. Me hallaba de pie, debajo de un árbol, cuando me viste. Dime lo que viste. Ayúdame a recordar, Gifford. Ayúdame a unir los detalles hasta obtener un cuadro completo. Este calor me abruma, y siento odio y rencor. Estoy lleno de ignorancia y dolor. Cuando era invisible, era inteligente. Me parecía más a los ángeles del aire que a los demonios de la tierra. Pero la carne es muy tentadora. No volveré a perder, no dejaré que me destruyan. Mi carne sobrevivirá. Me conoces. Dilo. —¡No te conozco! —exclamó Gifford, retrocediendo un paso. Lo tenía casi encima. Si se hubiera vuelto para huir, él la habría agarrado por el cuello. Gifford se sintió de nuevo presa del terror.

Temía que él la agarrara del cuello, que no hubiera nadie para impedirselo, para defenderla, temía estar a solas con él—. Te ordeno que salgas de aquí, ¿me oyes?

—Es imposible, hermosa mía —contestó él, arqueando una ceja—. Háblame, dime lo que viste cuando fuiste a esa casa. —¿Por qué has venido aquí? —inquirió Gifford, retrocediendo otro paso. Tenía la playa a su espalda.

Se le ocurrió que podía echar a correr por el camino de tablas hacia la playa, la cual parecía de pronto un paisaje desierto lleno de horrendas pesadillas. ¿No había tenido hacía tiempo una pesadilla parecida a ésta? «¡No vuelvas a pronunciar jamás ese nombre!»

—Me siento torpe —dijo él, en tono sincero—. Creo que cuando un espectro poseía más gracia, ¿no es cierto? Aparecía y desaparecía en el momento oportuno. Pero ahora cometo muchas torpezas, como todos. Necesito a mis Mayfair. Os necesito a todas. ¡Ojalá me encontrara en un hermoso valle, cantando a la luz de la luna! Podría haceros regresar, reuniros en un círculo. Pero no tendremos esa suerte, Gifford. Te suplico que me ames, Gifford.

Lasher se volvió, como si sintiera un dolor insoportable. No deseaba que ella se apiadara de él.

No era eso. Durante unos instantes permaneció en silencio, angustiado, mirando hacia la cocina. En aquellos momentos ofrecía un aspecto conmovedor. —¿Qué ves en mí, Gifford? —preguntó de improviso, volviéndose de nuevo hacia ella—. ¿Crees que soy hermoso? Mírame. Luego se inclinó y la besó, como un ave posándose en el borde de un estanque, apresuradamente, agitando las alas, inundándola con su fragancia como si se tratara de un aroma animal, cálido, un olor a perro, o a pájaro cuando lo sacas de su jaula; sus labios se posaron en los de ella y sus largos dedos la sujetaron por la garganta, rozándole con los pulgares la mandíbula y las mejillas, mientras Gifford intentaba inútilmente huir de él, de sí misma, de sus emociones. De pronto sintió una breve y deliciosa sensación erótica.

Deseaba decir: «Eso no sucederá», pero el gesto de Lasher la pilló por sorpresa y comprendió que éste la tenía en su poder, sujetándola suavemente por el cuello mientras le acariciaba la garganta con los pulgares. Gifford notó que un escalofrío le recorría la espalda y los brazos. «Dios mío — pensó—, voy a desmayarme.»

—No temas, cariño, no voy a hacerte daño. ¿Qué sería mi victoria sin esto? Era como una canción.

A Gifford casi le pareció oír una melodía de fondo, mientras las palabras de Lasher fluían de sus labios en la oscuridad. La besó otra vez, y otra, pero sus manos no oprimieron su garganta. Gifford sintió un cosquilleo en los brazos. No sabía dónde había colocado las manos. Luego se dio cuenta de que las había apoyado contra su pecho. Era inútil tratar de apartarlo; era mucho más fuerte que ella.

Gifford se abandonó a la excitante sensación erótica que la envolvía. De pronto sintió un espasmo, casi como una consumación, de no ser porque prometía una serie de consumaciones sin solución de continuidad.

—Ríndete, Gifford —le dijo él, con una sencillez casi infantil—. Eres mía. No dejaré que te escapes.

De pronto la asió por los brazos y la levantó. Al cabo de unos momentos Gifford notó que yacía en el suelo, sobre las frías losas, con los ojos abiertos. Notó que él le desgarraba las medias y se preguntó si su grueso jersey de lana le picaría al rozarle la piel. Los largos y sedosos cabellos de Lasher cayeron sobre su rostro; Gifford trató de decir algo, pero se sentía embriagada, aturdida por su penetrante fragancia.

—No quiero hacerlo —dijo Gifford. Pero su voz sonaba remota, carente de autoridad y poder—.

Apártate de mí, Lasher. Te lo ordeno. Stella le dijo a mamá... Pero el pensamiento se borró rápidamente de su mente. Entonces vio la imagen de Deirdre, su prima mayor, cuando era apenas una adolescente, subida a una encina, apoyada en el tronco, con los ojos entornados y las piernas

separadas bajo su floreado vestido, mientras en su rostro se dibujaba una expresión de éxtasis. Ella, Gifford, se hallaba de pie bajo el árbol, y había visto la vaga silueta de un hombre, del hombre que estaba con Deirdre.

—No nos dejes caer en la tentación —murmuró Gifford. En sus cuarenta y seis años de vida sólo un hombre la había tocado de ese modo, le había arrancado la ropa, en broma o torpemente, la había besado en el cuello y la había penetrado. Pero se trataba de un hombre de carne y hueso, no de un fantasma. Ven. No puedo. Dios mío, ayúdame.

—Ángel de Dios, mi ángel de la guarda... Sus palabras se dispararon en el silencio. No había consentido, pero tampoco había luchado contra él. Todos dirían que no había opuesto resistencia. Se sentía impotente, confusa. Apoyó la mano en el hombro de Lasher, sintiendo el tacto de la suave lana de mezclilla, y trató de apartarlo mientras él se movía rápida y violentamente dentro de ella. De pronto notó que alcanzaba el orgasmo y se sintió transportada a las tinieblas, al silencio ya la paz.

Pero no perdió el conocimiento. —¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? —preguntó en voz alta. Estaba semiinconsciente, mareada y empapada en sudor, abrumada por las intensas sensaciones que la embargaban, unas sensaciones naturales y deliciosas, como el aroma y el potente miembro viril que se agitaba en su vientre.

Cuando creyó que había terminado trató de ponerse de costado, pero él volvió a penetrarla con fuerza.

—Mi hermosa Gifford —dijo con su melodiosa voz—. Te tomaré por esposa en el valle, en el círculo.

—Creo que... me estás lastimando —protestó ella—. ¡Dios mío! ¡Madre! ¡Ayúdame! ¡Dios! ¡Auxilio!

Lasher le tapó la boca mientras la inundaba de nuevo con su semen, el cual se deslizaba entre sus piernas, y ella experimentó de nuevo aquellas dulces y maravillosas sensaciones. —¡Auxilio! —exclamó Gifford.

—Estamos solos, cariño. Éste es el secreto del universo —dijo Lasher—. Éste es mi lema, mi mensaje. ¿Te gusta? Siempre has querido convencerte de que no tenía importancia...

—Sí...

—Que existían otras cosas más nobles y elevadas. Pero ahora lo sabes, sabes por qué la gente se arriesga a ir al infierno con tal de experimentar esta sensación, este éxtasis.

—Sí.

—Ahora sabes que estás viva, que estás conmigo, que estoy dentro de ti y que tú eres este cuerpo.

Mi amada Gifford.

—Sí.

—Recibe mi semilla, Gifford. Mira mi hijo, contempla sus diminutas extremidades; mira cómo flota, convirtiéndose poco a poco en un ser de carne y hueso. Serás la bruja de mis sueños, la madre de mi, hijo.

Estaba medio dormida. El grueso jersey le daba calor y se sentía incómoda. De pronto notó un dolor punzante que la obligó a abrir los ojos y contemplar los potentes rayos del sol.

Era un dolor insoportable, como unas contracciones. Gifford se tocó entre las piernas y notó que estaba sangrando. Aterrada, se miró la mano mientras unas gotitas de sangre caían sobre su rostro.

Súbitamente oyó el rugido de las olas, unas olas inmensas y heladas que lamían su cuerpo y su rostro, y luego se retiraban mansamente, como arrastradas por el viento. Estaba tendida en la arena, a orillas del mar. El sol despuntaba por encima de las nubes, en el este, y sus rayos se extendían poco a poco por todo el cielo. —¿Lo has visto? —murmuró.

—Lo lamento, cariño —respondió él.

Estaba de pie, a unos metros de distancia. Gifford sólo alcanzaba a ver su oscura silueta, recortándose sobre el

resplandor del sol, y sus largos cabellos. De pronto recordó que tenía los cabellos muy sedosos, negros y fragantes. En estos momentos no lo veía con nitidez, pero seguía percibiendo su perfume y su melodiosa voz.

—Lo lamento, amor mío. Deseaba que viviera. Sé que intentaste salvarlo. Lo lamento, cariño. No pretendía lastimarte. Ambos intentamos salvarlo. ¡Que Dios me perdone! ¿Qué puedo hacer?

Silencio. Gifford oyó de nuevo el sonido de las olas. ¿Habría desaparecido su alto y esbelto Jesucristo de suaves cabellos? Había estado hablando con ella durante mucho rato. Gifford sintió la frescura del agua sobre su rostro. ¿Qué era lo que le había dicho? Que había visitado una pequeña población y había visto un belén con un Niño Jesús de yeso, yaciendo sobre un montón de paja, y todos los hermanos llevaban unas túnicas marrones. No pretendía ser sacerdote, tan sólo deseaba ser uno de los hermanos. «Pero te aguarda un destino mejor.»

Sus palabras hicieron que olvidara durante unos instantes el dolor, la sensación de haber perdido unas horas, unas imágenes, unas frases... Ella le dijo que también había estado en Asís. San Francisco era su santo favorito. Quería pedirle que sacara la medalla de su bolso y se la entregara, aunque era de san Miguel. San Francisco lo comprendería. Si uno comprendía cómo era san Francisco, comprendería también cómo era san Miguel. Comprendería cómo eran todos los santos.

Pero él no paraba de hablar sobre las canciones que solía cantar en italiano y el himno en latín, por supuesto, y sobre las soleadas colinas de Italia y la espesa niebla que cubría Donnelaith.

Ella sintió náuseas y notó un sabor a sal en los labios. Tenía las manos heladas, como el agua del mar. Una ola la golpeó de nuevo en el costado izquierdo. Volvió la cabeza y oprimió la mejilla contra la arena, sintiendo de nuevo un insoportable dolor. ¡Dios mío, ayúdame!

Gifford se volvió hacia la derecha y contempló el reluciente mar del golfo y el resplandor del sol. ¡Había sucedido realmente! Ella no había intentado evitarlo y se había convertido en una maraña de murmullos y secretos y amenazas que había acabado por asfixiarla.

Pero ¿qué hará Ryan sin mí? ¿Qué será de Pierce? Clancy me necesita. No podrán casarse si yo muero. Mi muerte lo estropeará todo. ¿Dónde diantres se ha metido Rowan? ¿En qué iglesia se celebrará la boda? No deben casarse en la iglesia de San Alfonso. ¡Rowan!

Estaba muy ocupada redactando mentalmente unas listas y unos gráficos. De vez en cuando sentía que perdía el conocimiento. Debía llamar a Shelby ya Lilia. Una ola la golpeó de nuevo y sintió frío.

Alicia no sabía dónde se hallaba el Victrola. Nadie lo sabía excepto ella, Gifford. Debía ocuparse también de las servilletas para el banquete de boda. Había centenares de servilletas de hilo en el desván de la casa de la calle Primera, que podían utilizar para la boda. Ojalá regresara Rowan y le dijera... La única por la que no debía preocuparse era Mona. Mona estaba perfectamente. Mona no la necesitaba. Mona...

Qué agradable era sentir el frescor del agua. No le importaba en absoluto que le lamiera el rostro. ¿Dónde estaba la esmeralda? ¿Se la había llevado Rowan? Él le había dado la medalla. En estos momentos la llevaba alrededor del cuello, pero no podía alzar las manos para cerrar el broche de la cadena. Debía hacer inventario de todo, incluidos el Victrola, las perlas, la esmeralda y los viejos discos de Julien. En el desván había también una caja que contenía un vestido de la anciana Evelyn.

Gifford se volvió para dejar que el agua le lavara la sangre que le cubría el rostro y las manos.

No, no le importaba que el agua estuviera fría. Nunca le había importado. Sólo le preocupaba el dolor, ese dolor punzante e intenso. ¿Crees que merece la pena vivir? No lo

sé. ¿Tú qué opinas? No tiene nada de particular sentir dolor, sufrir... No sé si merece la pena. Francamente, no lo sé.

Mamá sufría mucho. Tenía los brazos sujetos con una cuerda, pero por más que se esforzó en soltarse fue inútil. Emaeth se revolvía inquieta, escuchando los sollozos de su madre. Las sábanas del lecho en el que yacía su madre estaban asquerosas; de improviso, su madre volvió la cabeza y se puso a vomitar. El mundo de Emaeth se estremeció.

Emaeth ansiaba que su madre la sostuviera entre sus brazos. Deseaba que su madre supiera que estaba ahí, pero ésta lo ignoraba. Su madre gritaba sin cesar, pero nadie acudió en su ayuda. Su madre se había enfurecido y había tratado de romper la cuerda que la sujetaba, pero no lo consiguió.

A ratos, su madre se quedaba dormida y tenía extraños sueños; luego se despertaba y rompía de nuevo a llorar.

Cuando su madre miró a través de las lejanas ventanas, Emaeth vio una ciudad llena de torres y luces. Oyó lo que su madre oía —los aviones que surcaban el cielo y los coches que circulaban por las carreteras— y contempló las nubes, sabiendo, al igual que lo sabía su madre, el nombre de esas cosas.

Su madre maldijo ese lugar, se maldijo a sí misma y rezó por unos seres humanos que habían muerto. Su padre le había revelado a Emaeth quiénes eran esos seres humanos y que jamás podrían ayudar a su madre.

«Los muertos yacen más allá de este mundo», dijo su padre. Había estado con los muertos y no deseaba reunirse de nuevo con ellos hasta que llegara el momento indicado. Éste llegaría, sin duda, cuando Emaeth y él se hubieran multiplicado y hubiesen conquistado la tierra, que heredarían sus hijos.

—Hemos llegado en el momento perfecto. El mundo está preparado para recibarnos. Antiguamente nos resultaba muy difícil sobrevivir, pero ya no. Somos humildes de espíritu; heredaremos la tierra.

Emaeth rezó para que su padre regresara. Su padre liberaría a su madre de sus ataduras y ésta dejaría de llorar. Su padre amaba a su madre.

—Recuerda que la amo —le dijo éste a Emaeth—. La necesitamos. Ella te dará su leche, sin la cual no puedes crecer y desarrollarte. Emaeth anhelaba salir de ese lugar oscuro para moverse a sus anchas y crecer, caminar, sonreír y abrazar a su padre. Pobre madre. Su madre sufría y, a ratos, dormía profundamente.

La habitación donde dormía su madre estaba vacía y silenciosa. Su madre se sumía en un sueño cada vez más profundo. Emaeth temía que su madre no se despertara. Se volvió y trató de tocar los bordes del mundo. Vio la luz desvanecerse a su alrededor. Tan sólo había anochecido, y al cabo de unos instantes los edificios se iluminaron de nuevo. Su padre le había asegurado que pronto vería la luz con toda claridad. Sería glorioso.

Los muertos no conocen la luz, según le había dicho su padre. Sólo conocen la confusión.

Emaeth abrió la boca y trató de pronunciar unas palabras. Apoyó las manos en el techo del mundo y empujó. Se revolvió dentro del vientre de su madre. Pero su madre dormía; estaba cansada, hambrienta y sola. Quizá fuera mejor que soñara y olvidara sus temores. Pobre madre.

Yuri decidió entrevistarse con Aaron Lightner. Decidió partir de inmediato, haciendo caso omiso de las instrucciones que le habían dado los de Talamasca, tratar de localizar a Aaron en Nueva Orleans y averiguar qué había sucedido para que su estimado amigo y mentor estuviera tan disgustado.

Cuando el coche atravesó la verja de la casa matriz, Yuri sabía que quizá no volvería jamás a poner los pies en ella. Los miembros de la organización Talamasca eran implacables con quienes desobedecían sus órdenes. Y Yuri no podía aducir que desconocía los reglamentos.

Sin embargo, le había resultado muy sencillo partir aquella fría y plomiza mañana, dejando atrás ese bendito lugar, situado en las afueras de Londres, donde Yuri había pasado buena parte de su vida.

Al reflexionar sobre ello, Yuri se asombraba de haber tomado esa decisión sin vacilar, sin que le planteara ningún problema de índole personal. Trató de asumir la postura de un hombre responsable, de revisar sus acciones desde un punto de vista moral y lógico, tal como debería hacer toda persona de bien.

Al fin, Yuri había tomado una decisión irrevocable. Mejor dicho, le habían obligado a tomarla sus superiores cuando le ordenaron que suspendiera todo tipo de contacto con Aaron y le informaron que el caso de las brujas Mayfair estaba cerrado.

Yuri estaba convencido de que había sucedido algo malo en relación con el informe de las brujas Mayfair, algo que había disgustado a Aaron. Yuri estaba resuelto a hablar con él. En cierto modo, era la decisión más sencilla que había tomado.

Yuri era un gitano serbio, alto, de tez morena, con las pestañas y los ojos negros. Tenía el cabello corto y ondulado. Era muy delgado y presentaba un aspecto un tanto desaliñado, vestido con una vieja chaqueta de lana, un jersey de cuello alto y unos pantalones caqui arrugados.

Tenía los ojos levemente almendrados y el rostro cuadrado, y solía sonreír a menudo. En muchos países, desde la India hasta México, lo tomaban por un nativo. Incluso en Camboya y en Tailandia, su presencia pasaba inadvertida debido a sus rasgos levemente asiáticos, a la dorada tonalidad de su piel ya su apacible y discreto talante. Sus superiores de la organización Talamasca lo llamaban «el Hombre Invisible».

Yuri era el más importante investigador de la organización denominada Talamasca. Pertenecía a esa orden secreta de «detectives con poderes psíquicos» desde niño. Aunque él no poseía unos poderes psíquicos fuera de lo común, colaboraba con los exorcistas, médiums, videntes y brujos de Talamasca que se ocupaban de resolver casos en el mundo entero. Era un eficaz e infatigable investigador que había dado con el paradero de numerosas personas desaparecidas, un espía en el mundo normal, un infalible detective privado. Sentía una profunda estima por la Orden, hasta el punto de estar dispuesto a hacer lo que fuera por ella y a asumir cualquier riesgo.

Aceptaba los casos que le encomendaban sin hacer enojosas preguntas ni profundizar en las causas de la desaparición de las víctimas. Trabajaba sólo para Aaron Lightner y David Talbot, destacados miembros de la Orden, y le complacía que en ocasiones ambos se pelearan por contratar sus servicios, pues ello significaba que tenían un alto concepto de él.

Yuri hablaba un sinfín de idiomas prácticamente sin acento, con voz pausada y serena. Había aprendido inglés, ruso e italiano de su madre —y de los amantes de ésta— antes de cumplir ocho años.

Cuando un niño aprende varias lenguas a tan temprana edad tiene una gran ventaja, no sólo en el ámbito lingüístico, sino en el del pensamiento lógico e imaginativo. Yuri poseía una mente muy ágil y, aunque era de temperamento abierto y espontáneo, a lo largo de los años había aprendido a reprimir su natural exuberancia.

Yuri había gozado de muchas ventajas mientras vivía junto a su madre, una mujer hermosa e inteligente, aunque algo casquivana. Ésta se ganaba muy bien la vida gracias a sus ricos acompañantes; además era muy sociable y solía charlar amistosamente con los empleados de los hoteles donde se citaba con aquéllos. Asimismo, tenía varias amigas con las que solía pasar las tardes charlando en una cafetería mientras tomaban una taza de café o de té.

Ninguno de los amigos de su madre se había portado mal con Yuri. Muchos de ellos ni siquiera llegaban a verlo, y los acompañantes fijos siempre se mostraban muy amables con él, pues de otro modo su madre no habría tolerado que tuvieran contacto con su hijo. Así, Yuri se había criado en un ambiente un tanto desorganizado, pero cálido y afectuoso; había aprendido a leer a través de las revistas y periódicos que caían en sus manos, y le encantaba pasear por las calles.

Cuando los gitanos se hicieron cargo de Yuri, éste sintió una gran amargura y empezó a mostrarse silencioso y taciturno. No podía olvidar que esa banda de ladrones que compraban niños y los llevaban a París y Roma, donde les enseñaban a robar como ellos, eran gente de su propia raza, primos suyos. Se habían apoderado de Yuri a raíz de la muerte de su madre, acaecida en su aldea natal, en Serbia, un mísero lugar donde ésta se retiró en cuanto supo que iba a morir.

Años más tarde Yuri trató de localizar esa pequeña aldea ya los escasos parientes que le quedaban, tras atravesar el norte de Italia hacia Serbia, pero no lo consiguió. Sus recuerdos de aquellos tiempos nómadas estaban

emborronados por la pena de saber que su madre sufría atroces dolores, por el hecho de hallarse en un país extraño y por el temor de encontrarse solo en el futuro. ¿Por qué había permanecido tanto tiempo junto a los gitanos? ¿Por qué se había convertido, en un hábil ratero que se ponía a brincar ya bailar alrededor de los turistas, aprovechando el menor descuido para robarles la cartera, tal como le habían enseñado a hacer los gitanos?

Esas preguntas le atormentarían hasta el día de su muerte. Los gitanos solían azotarle, dejarle varios días sin comer y amenazarle; le habían pillado en dos ocasiones tratando de escapar y habían logrado convencerlo de que lo matarían si lo intentaba de nuevo. En otras ocasiones, sin embargo, se mostraban afectuosos con él, prometiéndole que no volverían a maltratarlo si se portaba bien.

Pero, a sus nueve años, Yuri era lo suficientemente inteligente para desconfiar de esas promesas.

En su lugar, su madre no se hubiera dejado engañar. Ningún chulo había conseguido esclavizar a la madre de Yuri. Ningún hombre era capaz de amedrentarla, aunque había estado enamorada en varias ocasiones..., al menos durante un tiempo.

Yuri jamás conoció a su padre, aunque su madre le había hablado con frecuencia de él. Era un americano de Los Angeles, muy rico. Antes de que Yuri y su madre partieran de Roma —el último viaje que habían emprendido juntos—, ésta depositó en una caja de seguridad el pasaporte del padre de Yuri, junto con un poco de dinero, unas foto-grafías y un hermoso reloj japonés. Era cuanto les quedaba de su padre, quien había fallecido cuando Yuri tenía dos años.

Yuri había cumplido diez años cuando consiguió recuperar esos viejos tesoros.

Los gitanos le habían obligado a ganarse el sustento robando en las calles de París durante varios meses, antes de trasladarse a Venecia, a Florencia y, al aproximarse el invierno, a Roma.

Cuando Yuri contempló la Ciudad Eterna, la ciudad que había visitado con su madre, decidió aprovechar la oportunidad para huir. Sabía lo que debía hacer. Un domingo por la mañana, mientras los gitanos se dedicaban a robarles el dinero y otros objetos a los turistas que invadían la plaza del Vaticano, Yuri cogió un taxi con una abultada cartera que acababa de robar y se dirigió a la Via Veneto, en busca de algún turista rico en uno de los concurridos cafés situados en dicha calle, tal como solía hacer su madre.

No era ningún misterio para Yuri que existían ciertos hombres que preferían la compañía de niños a la de las mujeres. Había aprendido mucho del ejemplo de su madre, a la que había espiado con frecuencia a través de la cerradura o una rendija de la puerta. Estaba convencido de que era más sencillo asumir un papel activo que pasivo, y que la intimidad con un extraño resultaría más soportable si se producía en un ambiente agradable y distendido.

Yuri contaba también con la ventaja de ser cariñoso como su madre, cualidad que a ella siempre le había dado muy buenos resultados y que él estaba resuelto a utilizar. Estaba delgado debido a la escasa comida que le daban sus carceleros, pero tenía una dentadura fuerte y sana. Asimismo, poseía una hermosa voz. Tras practicar su sonrisa ante el espejo de un lavabo público, se dispuso a ir en busca de un acompañante adecuado.

Yuri demostró tener unas excelentes dotes de psicólogo.

A excepción de un par de errores, no tardó en introducirse en el elemento de su madre, en las suites de los hoteles de lujo, dotados de agua caliente y un excelente servicio de habitaciones, respondiendo con desenvoltura —y una cierta dosis de picardía— a las preguntas que le formulaban sus compañeros de cama a fin de tranquilizar sus conciencias y facilitar las cosas.

A uno le dijo que era hindú, a otro que era portugués, ya otro americano. Según les contó, estaba de vacaciones con sus padres, los cuales habían dejado que saliera a dar un

paseo. Desde luego, si un amable caballero deseaba comprarle algo de vestir en las tiendas del vestíbulo del hotel, él aceptaría encantado. Sus padres no se darían cuenta. También le gustaban mucho los libros, las revistas y el chocolate. Su sonrisa y sus efusivas muestras de agradecimiento eran una mezcla de artificio y verdad.

Yuri se esforzaba en satisfacer todos los deseos de sus clientes. Les llevaba los paquetes. Los acompañaba en taxi a Villa Borghese uno de sus lugares favoritos y les mostraba los espléndidos murales y estatuas. No solía contar el dinero que le daban, sino que se apresuraba a guardarlo en el bolsillo sonriendo y haciéndoles un guiño.

Sin embargo, vivía con el temor de que los gitanos dieran con él y volvieran a atraparlo.

Procuraba no pasear mucho por las calles. En ocasiones se ocultaba en un callejón, temblando de miedo y maldiciendo su suerte mientras fumaba un cigarrillo y reflexionaba sobre la posibilidad de abandonar Roma. Sabía que los gitanos pensaban dirigirse a Nápoles, de modo que quizá ya hubieran partido.

En otras ocasiones deambulaba por los pasillos de un hotel, comiendo las sobras de las bandejas que dejaban los clientes junto a la puerta de sus habitaciones.

Poco a poco, la situación fue mejorando. Yuri aprendió varios trucos, como el de preguntar al cliente antes de cerrar el trato si le permitiría pasar la noche en el hotel, durmiendo en un lecho cómodo y limpio.

Gracias a sus artes y su simpatía, un amable norteamericano de mediana edad le regaló una cámara fotográfica, un francés le compró una radio portátil y dos árabes un grueso jersey de lana en un comercio de artículos ingleses de importación.

El décimo día de su recién estrenada libertad, había conseguido acumular una importante cantidad de dinero y decidió ir a comer aun elegante restaurante. «Mi madre me ha dicho que debo comer espinacas ¿Tienen espinacas?»,

le dijo al camarero en italiano, pues sabía que en los restaurantes romanos solían prepararlas muy bien, poco hervidas para que no resultaran demasiado amargas. El filete de ternera era también excelente. Al salir, dejó una generosa propina.

Pero ¿cuánto tiempo podía seguir así?

El decimoquinto día de su aventura, aproximadamente, conoció al hombre que había de cambiar el curso de su existencia.

Era el mes de noviembre y empezaba a refrescar. Yuri se encontraba en la Via Condotti, donde acababa de comprar una bufanda de casimir en uno de los comercios más elegantes, cercano a la escalinata de la plaza de España. Llevaba la cámara colgada del hombro y la radio en el bolsillo de la camisa, debajo del jersey. Iba cargado de dinero y paseaba tranquilamente, fumándose un cigarrillo y comiendo palomitas, mientras observaba el alegre ambiente de los cafés, llenos de luces y turistas americanos, sin pensar en los gitanos, a los que no había visto desde que se escapara.

La angosta calle estaba reservada únicamente a los peatones, y Yuri observó a las bonitas muchachas que regresaban a casa del trabajo, caminando del brazo según era costumbre en Roma, o abriéndose paso entre la muchedumbre montadas en una Vespa para alcanzar una de las arterias principales de la ciudad. De pronto, Yuri notó que tenía apetito y decidió entrar en un restaurante, pedir una mesa para él y su madre, y, tras aguardar un rato, pedir algo de cenar, mostrándole al camarero el dinero que llevaba para que creyera que era rico.

Mientras elegía un restaurante, lamiéndose los labios tras vaciar la bolsa de palomitas y aplastando el cigarrillo con el pie, vio a un hombre sentado a la mesa de un café, ante un vaso medio vacío y una jarra de vino tinto. Era un joven de veintitantos años, con el cabello que le llegaba a los hombros, pero bien vestido. Yuri supuso que se trataba

de-un americano; no tenía aspecto de hippy, pues en una silla junto a él había una costosa cámara japonesa, una agenda y un maletín de viaje. En aquellos momentos el extraño trataba de anotar algo en un bloc encuadernado en piel, pero cada vez que cogía el bolígrafo para escribir comenzaba a toser convulsivamente, como la madre de Yuri durante su último viaje, haciéndole esbozar una mueca de dolor.

Yuri se detuvo para observarlo. No sólo parecía enfermo, sino que era evidente que tenía frío, pues estaba tiritando. Por si fuera poco, estaba borracho. Eso repelió a Yuri, ya que le recordaba a los gitanos, los cuales estaban siempre bebidos. Yuri aborrecía el alcohol, al igual que su madre, cuyo unico vicio había sido el café.

Pese a que estaba ebrio, Yuri se sintió atraído por aquel joven a causa de su desvalido aspecto.

Tras intentar por última vez escribir en el bloc, éste miró a su alrededor en busca de un lugar donde guarecerse del frío aire nocturno. Alzó el vaso de vino tinto, lo apuró de un trago y se reclinó en la silla, presa de otro violento ataque de tos.

Yuri calculó que el joven tendría unos veinticinco años. Llevaba el cabello limpio, aunque largo, y lucía una chaqueta azul marino, una camisa blanca, un jersey de lana y una corbata de seda azul.

De no haber estado tan bebido y enfermo, Yuri no habría dudado en abordarlo.

Yuri sintió lástima del pobre chico, solo y enfermo, el cual parecía incapaz de levantarse de la silla. Tras echar un vistazo a su alrededor y comprobar que no había ningún gitano ni ningún policía por los alrededores, decidió ayudar al joven a levantarse y acompañarlo aun lugar donde entrara en calor. Ni corto ni perezoso, se dirigió a la mesa donde estaba sentado y dijo en inglés:

—Está muerto de frío. Permítame que le acompañe acojer un taxi. Hay una parada junto a la plaza de España.

Es preferible que re-grese al hotel.

El joven lo miró como si no comprendiera el inglés. Al acercarse y apoyar la mano en su hombro, Yuri advirtió que sus ojos estaban inyectados en sangre, como si tuviera fiebre. Tenía un rostro muy interesante, con los huesos de la frente y los pómulos muy marcados. Era rubio y de tez clara. Yuri pensó que quizá se había equivocado y el joven no era americano, sino sueco o noruego y no entendía inglés.

Pero, de improviso, el desconocido sonrió y dijo suavemente:

—Mi pequeño hombrecito...

—Pues sí, reconozco que soy delgado y bajito respondió Yuri, enderezándose. Curiosamente, su madre solía llamarle también «su pequeño hombrecito»—. Deje que lo ayude —añadió, sujetando la mano derecha del joven, que yacía inerte sobre la mesa—. Está helado.

El extraño trató de responder, pero empezó a toser de nuevo. Yuri lo miró preocupado, temiendo que escupiera sangre. Tras unos pocos esfuerzos, como si estuviera exhausto, el joven sacó un pañuelo del bolsillo, y se tapó la boca discretamente, tragándose la sangre, el ruido y el dolor. Al cabo de unos minutos intentó ponerse en pie.

Yuri lo sujetó por la cintura y, tras abrirse paso entre las mesas del café, ambos echaron a andar lentamente por la hermosa y limpia Via Condotti, llena de alegres puestos de flores y elegantes tiendas.

Había anochecido.

Cuando llegaron a la plaza de España, el joven murmuró que había un hotel situado en lo alto de la escalinata, pero que no se veía con fuerzas para subirla. Tras reflexionar unos instantes Yuri decidió acompañarlo en un taxi, pues temía que el esfuerzo pudiera perjudicar su maltrecha salud.

—Al hotel Hassler —dijo el joven tras montar en el taxi y desplomarse en el asiento, como si estuviera a punto de exhalar su último suspiro.

Cuando entraron en el vestíbulo del lujoso hotel, que Yuri ya co-nocía pues había jugado en él de niño, aunque ninguno de los estira-dos empleados parecían reconocerlo, el recepcionista les comunicó que no disponía de ninguna habitación. El joven sacó un abultado fajo de liras y un montón de tarjetas de crédito, y le dijo al recepcionista en italiano, deteniéndose de vez en cuando para toser y apoyándose en Yuri, como si fuera incapaz de sostenerse por su propio pie, que deseaba una suite.

Al llegar a la suite, el joven se dejó caer en la cama, con los ojos cerrados, y permaneció un rato en silencio. Yuri notó que exhalaba un ligero olor a rancio.

Yuri llamó al servicio de habitaciones y pidió que les subieran sopa, pan, mantequilla y una botella de vino. Lo cierto es que no sabía cómo ayudar al joven, el cual le observaba sonriendo afectuosamente. Yuri conocía esa expresión, pues su madre solía mirarlo de esa forma.

Yuri entró en el baño para fumarse un cigarrillo, a fin de que el humo no molestara al joven.

Cuando les subieron la cena, Yuri ayudó al joven a comerse la sopa. La habitación era cálida y agradable. Yuri no le importaba darle la sopa a cucharadas y ayudarle a beber vino; por el contrario, le satisfacía verlo comer con apetito. En aquellos momentos recordó los sufrimientos que había pasado junto a los gitanos, los cuales le habían matado de hambre.

De pronto, al observar que unas gotas de vino se deslizaban por la barbilla del joven, Yuri comprendió que tenía la parte derecha del cuerpo paralizada. El desconocido trató de mover la mano y el brazo derechos, pero no pudo. Yuri recordó entonces que le había vis-to empuñar el bolígrafo en el café con la mano izquierda, la misma con la que había sacado el fajo de billetes del bolsillo. Por eso había permanecido con el brazo derecho apoyado en el hombro de Yuri, para disimular su defecto. También tenía la mitad del rostro paralizado. —¿Qué puedo hacer por ti? —

inquirió Yuri en italiano—. ¿Quieres que avise aun médico? Es conveniente que te vea un médico. ¿O prefieres que llame a tu familia?

—Quédate a charlar un rato conmigo —respondió el joven, también en italiano—. No te marches. —¿De qué quieres que hablemos?

—Cuéntame una historia —contestó el joven suavemente—. Me gustaría saber quién eres y de dónde provienes. ¿Cómo te llamas?

Yuri se inventó una excitante historia. Le dijo que era hijo de un marajá de la India, que su madre se había fugado con él y que habían sido secuestrados por unos canallas en París. Por fortuna, Yuri había conseguido huir de sus captores. Hablaba con rapidez, casi atropella-damente, mientras el extraño le observaba sonriendo, como si adivinara que se había inventado aquella fantástica historia.

La imaginaria madre de Yuri poseía una fabulosa joya, un gigantesco rubí que el marajá deseaba recuperar a toda costa. Pero ella lo había ocultado en una caja de seguridad en Roma y, cuando los secuestradores la estrangularon y arrojaron su cuerpo al Tíber, le rogó a Yuri, antes de exhalar su último suspiro, que no revelara jamás a nadie dónde había escondido la joya. Luego, Yuri se había montado en un pequeño Fiat y había huido. Pero al ir a retirar el tesoro de la caja de seguridad, descubrió que no se trataba de una joya, sino de una cajita, dentro de la cual había un pequeño vial que contenía un líquido verde.

Y ese líquido era el elixir de la eterna salud y juventud.

Yuri se detuvo bruscamente, sintiéndose mareado y temiendo que le entraran ganas de vomitar.

No obstante, prosiguió:

—No pude hacer nada por salvar a mi madre, cuyo cadáver habían arrojado al Tíber. Pero ese líquido puede salvar a toda la humanidad. Yuri miró al extraño, el cual seguía sonriendo divertido.

Tenía la cabeza apoyada en la almohada, el cabello húmedo y pegado a la frente y al cuello, la camisa arrugada y la corbata torcida. —¿Crees que podría salvarme a mí? —le preguntó a Yuri.

—Desde luego. Pero...

—Se lo llevaron los secuestradores —dijo el joven.

—Así es. Me asaltaron en el vestíbulo del hotel y me lo arrebataron de las manos. Yo corrí hacia el guardia del banco, cogí su pistola y me cargué a dos de ellos de un tiro, pero el tercero se largó con el vial. Lo peor, lo más trágico, es que ignoraba lo que éste contiene. Probablemente se lo haya vendido a un vendedor ambulante. El marajá no reveló a nuestros captores por qué quería que secuestraran a mi madre.

Yuri se detuvo. ¿Cómo se le había ocurrido inventarse la historia de un líquido que proporcionaba la eterna juventud? ¿Cómo había cometido la torpeza de mencionar tal cosa ante un desdichado joven que parecía apunto de morir, que tosía como un descosido y era incapaz de mover el brazo derecho, por más que lo intentara? De pronto pensó en su madre, agonizando en una pequeña aldea de Serbia, y en los gitanos, que le habían asegurado que eran tíos y primos suyos. ¡Los muy mentirosos! También recordó la increíble suciedad de la habitación en la que yacía su moribunda madre.

Su madre jamás lo habría abandonado de saber lo que iba a sucederle, pensó Yuri con rabia.

—Háblame del palacio del marajá —le rogó el joven en voz baja.

—Bueno, es un palacio de mármol blanco... —contestó Yuri con un suspiro de alivio, tratando de imaginar los muros, los suelos, las alfombras y los muebles que contenía.

Después le contó otras historias sobre la India, París y los fabulo-sos lugares que había visitado.

Al despertarse, Yuri comprobó que había amanecido. Estaba sentado junto a la ventana, con los brazos apoyados

en el antepecho de la misma. Había dormido en esa posición, con la cabeza apoyada en los brazos. A sus pies se extendía la ciudad de Roma, envuelta en la luz grisácea del amanecer. Y uri percibió el ruido de los coches y las motocicletas que circulaban por las estrechas callejuelas que rodeaban el hotel.

Luego miró al joven. Éste yacía en el lecho, con la vista clavada en él. Durante unos segundos Y uri creyó que estaba muerto. —¿Puedes hacer una llamada por mí, Yuri? —preguntó el joven suavemente.

Yuri asintió en silencio, asombrado de que el extraño le hubiera llamado por su nombre, pues no se lo había dicho. Quizá lo mencionara anoche, mientras le contaba sus fabulosas aventuras. En cualquier caso, no tenía importancia. Yuri descolgó el teléfono que estaba, sobre la mesilla de noche, se tumbó junto al joven y le dio a la telefonista el nombre y el número que le había facilitado éste. La llamada iba dirigida a un hombre que residía en Londres, el cual contestó en, inglés, en un tono culto y educado.

Yuri repitió el mensaje a medida que el joven, inerme y casi en un murmullo, se lo transmitía en italiano.

—Llamo de parte de su hijo Andrew. Está muy enfermo. Se aloja, en el hotel Hassler de Roma.

Desea que venga a visitarlo, pues él no;j puede desplazarse a Londres. Su interlocutor se apresuró a responder en italiano y Yuri y él si-guieron conversando durante unos minutos.

—No, señor —dijo Yuri, obedeciendo las instrucciones del jo-ven—. Dice que se niega a que le visite un médico. Sí, señor, piensa permanecer aquí.

Yuri le dio el número de la habitación y le aseguró que se encargaría de que Andrew se alimentara bien. Insistió en que su hijo estaba muy enfermo y en que tenía una parte del cuerpo paralizada. Yuri supuso que el pobre hombre se

quedaría muy preocupado y cogería el primer avión para Roma.

—Sí, señor, intentaré convencerlo para que recurra aun médico.

—Gracias, Yuri —respondió su interlocutor.

Yuri advirtió que éste también le había llamado por su nombre, aunque él no se lo había dicho.

—Te ruego que permanezcas a su lado —prosiguió el padre del joven—. Iré a Roma tan pronto como pueda.

—Descuide, señor—contestó Yuri—. No me separaré de él. En cuanto hubo colgado, Yuri trató de convencer al joven de que le permitiera avisar al médico.

—No quiero ver a ningún médico —replicó Andrew—. Si llamas a un médico, me arrojaré por la ventana. ¿Me has oído? Nada de médicos. Es demasiado tarde.

Yuri lo miró boquiabierto, sintiendo deseos de romper a llorar. Recordó a su madre, tosiendo sin parar mientras se dirigían en tren a Serbia. ¿Por qué no la había obligado a acudir al médico?

—Háblame, Yuri —le rogó el joven—. Cuéntame otra historia. Si quieres, puedes hablarme de tu madre. Me parece verla, con sus cabellos negros... El médico no hubiera podido salvarla, te lo aseguro. Ella lo sabía. Háblame, Yuri, cuéntame tus aventuras.

Yuri sintió un escalofrío al mirar al joven a los ojos. Sabía que éste le había adivinado el pensamiento. Su madre le había dicho que los gitanos poseen la facultad de adivinar el pensamiento, aunque Yuri no la poseía. Su madre le había asegurado que ella sí poseía esas dotes, pero Yuri no lo creía, pues jamás le había demostrado poseerlas. Le hería recordar a su madre y deseaba creer que un médico no habría sido capaz de salvarla. Esos pensamientos le trastornaban y le habían sumido en un melancólico silencio.

—Te contaré unas historias si me prometes comer algo —dijo Yuri—. Pediré que te suban el desayuno. El joven lo miró con tristeza y luego esbozó una forzada sonrisa.

—De acuerdo, mi pequeño hombre cito —contestó—, haré lo que ordenes. Pero no llames al médico.

Puedes pedir el desayuno. Pase lo que pase, no dejes que los gitanos te secuestren de nuevo. Cuando veas a mi padre, pídele que te ayude.

Su padre no llegó hasta la tarde.

Yuri se hallaba en el baño con el joven, que estaba inclinado sobre el retrete, vomitando sangre, mientras él lo sujetaba para que no cayera al suelo. El hedor de los vómitos hacía que Yuri sintiera náuseas, pero trató de dominarse. De pronto, al alzar la vista, vio al padre del joven, un hombre de pelo canoso aunque no era viejo, cuyo aspecto y vestimenta denotaban que tenía dinero. Junto a él había un botones.

«Conque éste es el padre de Andrew», pensó Yuri con rabia. Lue-go permaneció inmóvil, mirándolo fijamente. Iba impecablemente vestido y arreglado. El padre del joven se acercó a su hijo y lo abrazó. Luego, entre Yuri y el botones traslada-ron a Andrew hasta el lecho.

Andrew se incorporó y llamó a Yuri.

—Estoy aquí —respondió éste—. No te preocupes, no te aban-donaré. Te ruego que dejes que tu padre avise al médico. Debes hacer lo que te ordene tu padre.

Yuri se sentó junto al joven, sosteniéndole la mano y mirándole con tristeza. El joven presentaba un aspecto lamentable. Tenía la barbilla cubierta por una barba hirsuta y de color pardo, pues llevaba varios días sin afeitarse, y su cabello olía a sudor y grasa. Temía que el padre le culpara por no haber avisado al médico. Al volverse comprobó que éste estaba hablando con el botones. Al cabo de unos momentos el botones desapareció y el padre de Andrew se sentó en un sillón, mirando fijamente a su hijo. No parecía triste ni alarmado, sino tan sólo levemente preocupado. Tenía unos ojos azules de mirada bondadosa y unas manos surcadas de venas, con los nudillos grandes y deformes, como las de un anciano.

Al cabo de un rato Andrew se quedó dormido. Cuando se despertó le pidió de nuevo a Yuri que le relatara la historia del palacio del marajá. Yuri se sentía turbado por la presencia del padre del joven, pero trató de no pensar en él. El joven se estaba muriendo y su padre ni siquiera insistía en avisar al médico. ¿Acaso no le importaba la suerte de su hijo? Yuri suspiró con tristeza. De todos modos, si Andrew deseaba que le contara de nuevo la historia del palacio del marajá, él no tenía ningún inconveniente.

Yuri recordó que, en cierta ocasión, su madre se había alojado durante varios días en el hotel Danieli con un anciano alemán. Cuando una de sus amigas le preguntó cómo podía soportar la compañía de un viejo, su madre respondió: «Se porta muy bien conmigo y se está muriendo. Haría cualquier cosa para aliviar su situación.» Yuri recordó también la expresión de sus ojos cuando llegaron a la mísera aldea serbia y los gitanos le comunicaron que su madre había fallecido.

Yuri le relató a Andrew la historia del marajá, de sus elefantes y sus hermosas sillas de terciopelo rojo ribeteadas de oro. Le habló de su harén, del que la madre de Yuri había sido la reina. Le habló de una partida de ajedrez que su madre y él habían disputado durante cinco largos años, sentados ante una mesa cubierta con un tapete ricamente bordado, debajo de un mangle, y que había quedado en tablas. Le habló también sobre sus hermanos y hermanas, así como de un tigre que le había regalado el marajá y al que llevaba sujeto con una cadena de oro.

Andrew empezó a sudar copiosamente. Yuri se dirigió al baño en busca de una toalla, pero el joven abrió los ojos y le llamó con insistencia. Yuri regresó apresuradamente junto a él y le enjugó la frente y el resto del rostro, mientras el padre observaba la escena con aire preocupado. ¿Qué demonios le sucedía a ese hombre?, pensó Yuri.

Andrew trató de acariciar a Yuri con la mano izquierda, pero apenas pudo alzarla. Asustado, Yuri cogió la mano de

su amigo con firmeza y la apoyó en su propia mejilla, mientras lo miraba sonriendo.

Media hora más tarde el joven cayó en un profundo sueño, del que ya no despertó. Yuri lo estaba observando en el momento en que murió. De pronto dejó de respirar, abrió los ojos durante una fracción de segundo y exhaló su último suspiro.

Yuri miró al padre de Andrew, quien permanecía sentado con la mirada fija en su hijo. Yuri no se atrevía a moverse.

Al cabo de unos minutos, el padre se acercó al lecho, contempló el cuerpo inerte de Andrew y luego se inclinó y lo besó en la frente. Yuri lo miró asombrado. «No ha movido un dedo para impedir que muriera y ahora lo besa con ternura», pensó con rabia. En aquel momento notó que las lágrimas acudían a sus ojos y rompió a llorar.

Yuri entró en el baño, se sonó con un pedazo de papel higiénico, sacó un cigarrillo del paquete de tabaco, lo aplicó entre sus temblorosos labios y aspiró el humo con ansia mientras unas gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Al otro lado de la puerta, Yuri oyó a varias personas entrar y salir de la habitación mientras permanecía apoyado contra las blancas baldosas del baño, fumando un cigarrillo tras otro. Al cabo de un rato dejó de llorar. Tras beber un vaso de agua para serenarse, pensó: «Debo marcharme de aquí.»

No quería pedirle al padre de Andrew que le ayudara a zafarse de los gitanos. No quería pedirle ningún favor. Decidió aguardar a que se llevaran el cadáver; luego se marcharía. Si alguien le interrogaba, justificaría su presencia allí con alguna excusa y se largaría. No era ningún problema.

Quizá decidiera marcharse de Roma.

—No olvides la caja de seguridad —dijo el padre de Andrew. Yuri lo miró sobresaltado. El distinguido caballero de pelo canoso se hallaba de pie junto a la puerta. Se habían llevado el cadáver de Andrew y la habitación parecía vacía.

—¿A qué se refiere? —preguntó Yuri en italiano—. No le entiendo.

—Tu madre depositó el pasaporte de tu padre y cierta cantidad de dinero en una caja de seguridad.

Quería que más adelante rescataras esos objetos.

—Me han robado la llave.

—No te preocupes. Iremos al banco y les explicaremos lo sucedido.

—No quiero ningún favor de usted —contestó Yuri, furioso—. Puedo arreglármelas yo solo.

Tras estas palabras se encaminó hacia la puerta, pero el padre de Andrew lo detuvo con firmeza.

Tenía mucha fuerza para tratarse de un hombre de edad avanzada.

—Te lo ruego, Yuri. Andrew me pidió que te ayudara.

—Usted dejó que muriera. ¿Qué clase de padre es usted? ¡No hizo nada para evitar que muriera! —exclamó Yuri, propinándole un empujón.

Cuando se disponía a salir de la habitación, el hombre lo sujetó bruscamente por la cintura y dijo:

—En realidad no soy el padre de Andrew. —Tras obligar a Yuri a retroceder, el desconocido se alisó las solapas de la chaqueta, exhaló un suspiro y prosiguió con calma—: Ambos pertenecemos a una organización. Él me consideraba su padre, pero no lo soy. Vino a Roma a morir. Deseaba morir aquí.

Yo no hice sino satisfacer sus deseos. Si hubiera deseado que avisara aun médico, lo habría hecho sin vacilar. Pero tan sólo me rogó que dejara que te ocupases de él.

Yuri tuvo de nuevo la sensación de que el desconocido le había adivinado el pensamiento. ¡Qué listos eran esos desconocidos! ¿Quiénes eran? ¿Gitanos? Yuri cruzó los brazos y miró con recelo al hombre que tenía ante sí.

—Deseo ayudarte —dijo éste—. Eres mejor que los gitanos que te robaron.

—Lo sé —respondió Yuri, pensando en su madre—. Algunas personas son mejores que otras. Mucho mejores.

—Exactamente.

Yuri decidió largarse de allí, pero cuando avanzó unos pasos hacia la puerta el desconocido lo detuvo de nuevo con firmeza. Aunque Yuri era un muchacho fuerte, pese a tener sólo diez años, no consiguió liberarse.

—No te rebeles, Yuri —dijo el hombre—. Te acompañaré al banco para que rescates los objetos depositados en la caja de seguridad. Luego decidiremos lo que debes hacer.

Yuri rompió a llorar mientras el desconocido lo conducía aun coche que aguardaba aparcado frente al hotel, un elegante sedán alemán. Al llegar al banco, Yuri tuvo la impresión de que había estado allí con anterioridad, pero no reconoció a los empleados. El muchacho contempló atónito al distinguido caballero inglés mientras éste hablaba con el director del banco, explicándole lo sucedido. Uno de los empleados abrió la caja de seguridad y le entregó a Yuri su contenido: unos pasaportes, el reloj japonés que perteneciera a su padre, un abultado sobre repleto de liras y dólares y unas cartas, una de las cuales iba dirigida a su madre a una dirección de Roma.

Yuri se emocionó al ver aquellos objetos, al tocarlos y recordar el momento en que su madre y él habían acudido al banco para depositarlos en la caja de seguridad. El empleado metió los objetos en unos sobres marrones y se los entregó a Yuri, quien los sostuvo contra su pecho, como si temiera que volviesen a arrebatárselos.

El caballero inglés condujo a Yuri hacia el coche que se hallaba aparcado frente al banco ya los pocos minutos se detuvieron de nuevo. Entraron en un pequeño despacho, donde había un hombre a quien el desconocido saludó amablemente. Yuri vio una cámara sobre un trípode. El hombre le indicó que se colocara frente a la cámara. —¿Por qué? —preguntó Yuri, sin soltar los sobres y mirando con

recelo a ambos desconocidos, que sonreían con aire divertido.

—Para facilitarte otro pasaporte —respondió el caballero inglésen italiano—. Ésos que tienes no te sirven.

—Esto no es una oficina de pasaportes —dijo Yuri.

—Nosotros expedimos nuestros propios pasaportes —replicó el caballero inglés—. Resulta más conveniente. ¿Qué nombre quieres que pongamos en el documento? ¿O prefieres que lo elija yo? Me gustaría que colaboraras con nosotros y me acompañaras a Amsterdam. Creo que te gustará.

—No —contestó Yuri. Recordó que Andrew le había dicho que no quería saber nada de médicos—.

No quiero saber nada de policías, orfanatos, conventos ni autoridades. ¡Nada en absoluto! —Tras recitar varios términos en italiano, romano y ruso, que designaban personas e instituciones que representaban a la autoridad, exclamó—: ¡No quiero ir a la cárcel!

—De acuerdo —respondió el caballero inglés pacientemente—. Me acompañarás a nuestra casa matriz en Amsterdam, de la que podrás entrar y salir cuando gustes. Dispondrás de tu propia habitación.

Un lugar seguro. Su propia habitación. —¿Quién es usted? —inquirió Yuri.

—Nuestra organización se llama Talamasca —respondió el caballero inglés—. Somos intelectuales, estudiosos, por decirlo de algún modo. Nos dedicamos a acumular informes ya dar testimonio de ciertos hechos cuando creemos que es nuestro deber hacerlo. Te lo explicaré más detalladamente en el avión. —¿Acaso saben adivinar el pensamiento? —preguntó Yuri.

—Sí —le respondió el desconocido—. Muchos de nosotros so-mos apátridas y en ocasiones nos sentimos muy solos; y algunos somos mejores que los demás, mucho mejores. Como tú. Me llamo Aaron Lightner. Me complacería mucho que me acompañaras a Amsterdam.

Nada más llegar a la casa matriz de Amsterdam, Yuri se aseguró de poder entrar y salir de ella con plena libertad, cerciorándose de que no cerraban las puertas con llave. Su habitación era pequeña, pero estaba inmaculadamente limpia y tenía una ventana que daba al canal, frente al paseo adoquinado. Amsterdam le gustaba mucho, aunque echaba de menos la luz de Italia. Holanda era un país más frío y sombrío, semejante a París, pero en la casa matriz de la Orden ardía siempre un fuego en la chimenea, había amplios sofás y sillones en los que tumbarse, un cómodo lecho y comida abundante. A Yuri le gustaba pasear por Amsterdam y contemplar sus casas antiguas, que databan del siglo XVII y estaban adosadas, formando una única y hermosa fachada. También le gustaban los pintorescos tejados de dos aguas, así como los olmos que decoraban la ciudad. Y las ropas limpias y perfumadas que le habían entregado. Incluso llegó a acostumbrarse al frío clima.

Los ocupantes de la casa matriz eran unas personas simpáticas y alegres. Solían referirse con frecuencia a los Mayores, aunque Yuri no sabía quiénes eran éstos. — ¿Quieres aprender a montar en bicicleta, Yuri? —le preguntó un día Aaron. Aunque jamás había montado en bicicleta, Yuri se fijó en cómo lo hacían sus compañeros, los cuales circulaban como demonios por las calles de la ciudad. Pero Yuri seguía negándose a hablar. Tras haber sido interrogado repetidas veces por Aaron, decidió contarle la historia del marajá.

—No, quiero saber lo que sucedió realmente —dijo Aaron.

—No tengo por qué contarle nada —replicó Yuri—. No sé por qué vine aquí con usted.

Hacía un año que no hablaba con nadie sobre sí mismo. Ni siquiera le había revelado la verdad a Andrew. ¿Por qué había de revelársela a Aaron, que al fin y al cabo era un extraño? De pronto, tras negar que tuviera necesidad de

contarle la verdad ni de confiarse a él, empezó a hacer ambas cosas.

Le habló de su madre, de los gitanos, de todo cuanto le había sucedido... Hablaba sin parar. Al amanecer, Aaron Lightner seguía sentado frente a Yuri, escuchando su relato.

Cuando Yuri terminó de hablar tenía la impresión de conocer a fondo a Aaron Lightner y de que Aaron le conocía a él. Decidieron que Yuri no abandonaría la organización Talamasca, al menos de momento.

Durante seis años, Yuri asistió a la escuela en Amsterdam.

Residía en la casa matriz de Talamasca, dedicaba buena parte del día a los estudios y, a la salida de la escuela y los fines de semana, trabajaba para Aaron Lightner, copiando informes en el ordenador, consultando oscuras referencias en la biblioteca o simplemente haciendo recados, que solían consistir en ir a Correos a echar una carta o recoger un paquete.

Con el tiempo Yuri comprendió que los Mayores eran en realidad miembros ordinarios de la organización, aunque nadie conocía exactamente su identidad. Cuando uno se convertía en un Mayor no se lo comunicaba a nadie, y estaba prohibido preguntarle aun miembro de Talamasca si era un Mayor o si sabía si Aaron Lightner, por ejemplo, lo era. Estaba totalmente prohibido hacer ese tipo de conjeturas.

Los Mayores, sin embargo, sí se conocían entre sí. Se comunicaban con el resto de los miembros mediante los ordenadores o los fax instalados en la casa matriz. Cualquier miembro de la Orden, incluso un miembro no oficial como Yuri, podía comunicarse con los Mayores cuando lo deseara, aunque fuese a altas horas de la noche. Simplemente tenía que conectar el ordenador y escribir una larga carta dirigida a los Mayores; ya la mañana siguiente recibía la respuesta a través de la impresora del ordenador.

Ello significaba que existía un gran número de Mayores y que siempre había alguno «de servicio». Los Mayores no tenían una personalidad tangible, según dedujo Yuri, ni se expresaban de viva voz en sus comunicados, pero eran amables y parecían estar enterados de todo. Con frecuencia demostraban saberlo todo sobre Yuri, incluso detalles que él mismo ignoraba.

Esa silenciosa forma de comunicarse con los Mayores intrigaba a Yuri, de modo que empezó a formularles numerosas preguntas, a las cuales siempre respondían.

Por las mañanas, cuando Yuri bajaba a desayunar al comedor, echaba un vistazo a su alrededor preguntándose cuál de sus compañeros sería un Mayor, quién de los presentes habría contestado a la carta que había escrito aquella noche en el ordenador. Incluso era posible que su mensaje hubiese llegado a Roma, pues los Mayores estaban distribuidos por todo el mundo. Lo único que sabía era que los Mayores eran los miembros más veteranos y experimentados de la Orden, y que su jefe, el Superior General, era nombrado por ellos y ante ellos debía responder.

El día en que Aaron y él se trasladaron a Londres fue muy triste para Yuri, pues la casa matriz de Amsterdam había constituido su único hogar permanente. Pero, como quiera que se negaba a separarse de Aaron, ambos partieron juntos de Amsterdam y se instalaron en la casa matriz situada en las afueras de Londres, que era también un hermoso edificio, seguro y acogedor.

Yuri se sentía muy a gusto en Londres. Cuando le informaron que asistiría a la escuela en Oxford, acogió la noticia con entusiasmo. Pasó seis años estudiando en Oxford y solía regresar los fines de semana a la casa matriz.

Cuando cumplió veintiséis años, Yuri estaba preparado para convertirse en un miembro de pleno derecho de la Orden. En su mente no albergaba la menor duda. Aceptaba sin rechistar los trabajos que le encomendaban Aaron y

David, los cuales suponían tener que desplazarse a distintos lugares del mundo. Más adelante fueron los propios Mayores los encargados de darle instrucciones respecto a las tareas que debía cumplir. A su regreso, Yuri redactaba para ellos un informe en el ordenador.

—Los Mayores me han encomendado un trabajo —solía decirle a Aaron poco antes de partir. Aaron jamás le hacía ninguna pregunta al respecto.

Fuera adonde fuese e hiciera lo que hiciese, Yuri nunca dejaba de llamar a Aaron por teléfono.

También sentía gran afecto por David Talbot, aunque era un secreto a voces que David estaba viejo y cansado de la Orden y que pronto dimitiría de su cargo de Superior General, o bien los Mayores le pedirían amablemente que la hiciera.

Aaron era la persona en quien Yuri confiaba más ya la que más estimaba.

Yuri era consciente de que entre Aaron y él existía un vínculo especial. En lo que respecta a Yuri, se trataba de un cariño intenso e irracional que hundía sus raíces en su infancia, en su soledad, en unos entrañables recuerdos de bondad y ternura, un cariño que nadie excepto el destinatario podía destruir. Para Yuri, Aaron era su padre, al igual que lo fuera para Andrew, el cual había fallecido en un hotel en Roma.

A medida que Yuri se hacía mayor, cada vez pasaba más tiempo fuera de la casa matriz de Londres. Le gustaba viajar solo por el mundo. Su anonimato le proporcionaba seguridad. Asimismo, le complacía oír distintos idiomas a su alrededor, visitar grandes metrópolis llenas de gente de todos los estratos sociales. En esos momentos —cuando era simplemente un ciudadano anónimo y desconocido— era cuando Yuri se sentía más a gusto y pletórico de energía. Prácticamente todos los días de su vida —estuviera donde estuviese— Yuri hablaba por teléfono con Aaron. Éste nunca se burlaba de la dependencia que Yuri parecía sentir respecto a

él. Por el contra-rio, siempre se mostraba dispuesto a ayudarlo ya aconsejarle, ya medida que pasaron los años, empezó a confiarle sus propios sentimientos, frustraciones y esperanzas.

En ocasiones hablaban discretamente sobre los Mayores. Yuri no era capaz de averiguar, a través de esas conversaciones, si Aaron era un Mayor, ni tenía por qué saberlo. Sin embargo, estaba casi convencido de que se trataba de uno de ellos, pues era uno de los miembros más antiguos e inteligentes de la organización Talamasca.

Cuando Aaron se instaló durante varios meses en Estados Unidos para investigar el caso de las brujas Mayfair, Yuri se sintió muy disgustado. Era la primera vez que Aaron permanecía largo tiempo lejos de la casa matriz de Londres.

Poco antes de Navidad, una época del año poco grata para Yuri y muchos de sus compañeros, éste consiguió acceder al informe sobre las brujas Mayfair que estaba archivado en el ordenador. Tras imprimirlo, lo leyó de cabo a rabo para informarse acerca del caso que retenía durante tanto tiempo a Aaron en Nueva Orleans.

Yuri leyó el informe sobre las brujas Mayfair con el mismo interés que le dedicaba a otros informes que obraban en los archivos de Talamasca. Deseaba colaborar con Aaron en dicho caso, encargándose, por ejemplo, de reunir datos sobre la población de Donnelaith. Aparte de eso, la historia no le pareció especialmente fascinante. Los archivos de Talamasca estaban rebosantes de casos sumamente extraños y más interesantes que el de las brujas Mayfair.

La propia organización Talamasca presentaba infinidad de misterios, los cuales nunca habían despertado la curiosidad de Yuri.

Una semana antes de Navidad, los Mayores anunciaron la dimisión de David Talbot de su cargo de Superior General, el cual sería sustituido por un hombre de origen italogermano llamado Anton Marcus. Nadie en Londres conocía a Anton Marcus.

Yuri tampoco lo conocía. Lo que más le molestó fue el hecho de no poder despedirse de David.

Existía cierto misterio en torno a la desaparición de David, y, como solía ocurrir con frecuencia, los miembros de la organización criticaron a los Mayores y expresaron su asombro, disgusto y perplejidad respecto a la forma en que era organizada y dirigida la Orden. Deseaban saber si David, tras jubilarse, seguiría ocupando el cargo de Mayor, suponiendo que fuera uno de ellos. También querían saber si el colectivo de los Mayores lo formaban miembros ya jubilados y miembros activos.

En ocasiones, a Yuri le parecía un tanto medieval que nadie conociera la respuesta a esas preguntas.

No era la primera vez que Yuri oía esas quejas. Afortunadamente, la situación se resolvió al poco tiempo. Anton Marcus llegó el mismo día del anuncio y los conquistó a todos con su simpatía y conocimientos sobre la historia personal de cada uno de los miembros, restituyendo la paz y la armonía en la casa matriz de Londres.

La noche de su llegada, Anton Marcus pronunció un discurso después de cenar en el amplio comedor, ante todos los miembros de la Orden. Era un hombre alto y corpulento, con el cabello plateado. Llevaba unas gruesas gafas con montura dorada, ofrecía un impecable aspecto de ejecutivo y tenía un distinguido acento británico, muy apreciado entre los miembros de Talamasca. Un acento que el propio Yuri había llegado a dominar.

Anton Marcus les recordó la importancia del secreto y la discreción respecto a los Mayores. «Los Mayores constituyen un grupo muy numeroso —dijo—. No pueden dirigir la organización con eficacia si cuestionamos constantemente su forma de gobernar. Los Mayores llevan acabo una importante labor en cuanto ente anónimo en el que todos hemos depositado nuestra confianza.»

Yuri se encogió de hombros.

Un día, al entrar en su habitación a las dos de la mañana, Yuri halló en su impresora un comunicado de los Mayores que decía lo siguiente: «Nos complace que hayas acogido con agrado el nombramiento de Anton. Estamos convencidos de que será un excelente Superior General. En caso de que el trabajo que te encomendamos presente algún problema, no dudes en ponerte en contacto con nosotros.» Junto al mensaje había unas hojas con los pormenores del trabajo al que los Mayores hacían referencia. Éste consistía en que Yuri fuera a Dubrovnik a recoger unos importantes paquetes, los llevara a Amsterdam y regresara a Londres. Era una tarea rutinaria, sin mayores complicaciones.

Yuri había planeado pasar las Navidades con Aaron en Nueva York, pero Aaron le comunicó por teléfono que sería imposible, pues sus indagaciones no habían dado el resultado apetecido y se hallaba muy ocupado. —¿Qué ha sucedido con el caso de las brujas Mayfair? —le preguntó Yuri. Luego, tras explicarle que había revisado el informe, le pidió que le encomendara alguna tarea en relación con dicha investigación, a lo que Aaron se negó rotundamente.

—No te desanimes, Yuri —dijo éste—. Si Dios quiere nos veremos pronto. Sus palabras extrañaron a Yuri, pues Aaron no solía hacer co-mentarios de ese tipo. Era el primer indicio de que algo no funcionaba.

En Nochebuena, Aaron llamó a Yuri desde Nueva Orleans.

—Me encuentro en una situación muy complicada —dijo—. Hay varias cosas que me gustaría hacer, pero la Orden me lo ha prohibido. Debo permanecer aquí, en el campo, aunque me gustaría estar en la ciudad. ¿Recuerdas que siempre te he dicho que es muy importante obedecer las normas? Pues bien, te agradecería que me repitieras ese consejo. —¿Qué te ocurre, Aaron? —inquirió Yuri.

Aaron contestó que temía que algo terrible le sucediera a Rowan Mayfair, que ésta le necesitaba y que él deseaba

ayudarla. Pero los Mayores se lo habían prohibido, diciendo que debía permanecer en la casa matriz de Oak Haven y que no debía «intervenir» en ese asunto.

—La organización ha intentado varias veces, sin éxito, interve-nir en el caso de las brujas Mayfair —dijo Yuri—. Es peligroso que sigas ocupándote de él, como lo fue para Stuart Townsend y Arthur Langtry, los cuales murieron a consecuencia de sus contactos con los Mayfair.

Aaron tuvo que reconocer que probablemente David y Anton le habían hecho un favor al tratar de mantenerlo al margen del caso, que Anton había heredado el cargo de manos de David y que éste conocía bien la historia. No obstante, le costaba aceptar su derrota.

—No estoy muy seguro de que constituya un mérito limitarse a ser un espectador —dijo Aaron—.

Quizás haya estado aguardando siempre este momento.

Yuri se sintió preocupado al oírle expresarse en esos términos, pero Anton le había encomendado dos nuevos trabajos que debía cumplir de inmediato. Así pues, partió primero a la India y luego a Bali para tomar unas fotografías de ciertos lugares y personas. Era una interesante labor y, como de costumbre, disfrutó recorriendo esos exóticos parajes.

A mediados de enero Yuri recibió de nuevo noticias de Aaron. Éste le comunicó que deseaba que fuera a Donnelaith, en Escocia, para investigar si alguien había visto allí a una misteriosa pareja.

Yuri se apresuró a tomar notar de cuanto le decía Aaron.

—Se trata de Rowan Mayfair y de su acompañante masculino, un hombre alto, delgado y moreno.

Yuri dedujo lo que había sucedido: el fantasma de la familia Mayfair, el espíritu que los había perseguido a lo largo de varias genera-ciones, había logrado penetrar en el mundo visible. Yuri no lo ponía en duda, sino que le parecía un hecho de gran importancia y al mismo tiempo terrorífico.

Deseaba hallar a ese misterioso ser. —¿Es eso lo que pretendes? —le preguntó a Aaron—. ¿Encontrarlos? ¿Crees que Donnelaith es el mejor punto de partida?

—No conozco ningún otro punto de partida —respondió Aaron—. Rowan y su acompañante podrían estar en cualquier lugar de Europa, o quizás hayan regresado a Estados Unidos.

Yuri partió hacia Donnelaith esa misma noche, preocupado por el tono de desaliento que había advertido en las palabras de Aaron.

Como de costumbre, redactó un informe sobre ese trabajo en el ordenador, destinado a los Mayores, y lo envió de inmediato a Amsterdam. Les explicó lo que Aaron le había pedido que hiciera y partió de inmediato.

Yuri se divirtió mucho en Donnelaith. Un gran número de personas había visto a la misteriosa pareja, y muchos de ellos describieron al acompañante masculino de Rowan. Yuri incluso pudo hacer un boceto de éste. Durmió en la misma habitación que había ocupado la pareja y recogió una serie de huellas dactilares, aunque no podía determinar a quien pertenecían.

Los Mayores enviaron un fax desde Londres al hotel en el que se alojaba Yuri en Edinburgo, felicitándole por su excelente trabajo y asegurándole que era un caso de máxima prioridad. Eso significaba que no debía regatear gastos ni esfuerzos. Le pidieron que tratara de encontrar algún objeto que hubiese dejado la misteriosa pareja y que se comportara con gran discreción. Nadie en Donnelaith debía descubrir que estaba investigando ese caso. Yuri se sintió un tanto ofendido, pues siempre realizaba sus investigaciones con absoluta discreción, y no dudó en comunicar su disgusto a los Mayores.

«Te pedimos disculpas por haberte ofendido —respondieron en su siguiente fax—. Buena suerte en tus indagaciones.»

Yuri se sentía poderosamente atraído por Donnelaith. De pronto, el caso de las brujas Mayfair aparecía ante él como algo real, dotado de un aura especial, una luminosidad que no poseían los casos que había investigado anteriormente.

Yuri compró varias guías y folletos turísticos sobre el lugar. Tomó unas fotografías de la catedral de Donnelaith y de la nueva capilla que acababan de abrir al público, la cual contenía el sarcófago de un santo desconocido. La última tarde de su estancia en Donnelaith la dedicó a explorar las ruinas hasta el atardecer. Por la noche telefoneó a Aaron desde Edinburgo para comunicarle sus impresiones y le pidió que le facilitara más detalles acerca de la misteriosa pareja.

Le preguntó si el acompañante masculino de Rowan podía ser Lasher, el fantasma, que había penetrado en el mundo oculto bajo una apariencia humana.

Aaron respondió que estaba ansioso por contarle toda la historia, pero que en esos momentos le resultaba imposible. Michael Curry, el marido de Rowan, había sufrido el día de Navidad, en Nueva Orleans, un accidente que casi le había costado la vida, y Aaron deseaba permanecer junto a él.

Cuando Yuri regresó a Londres, entregó las huellas digitales y las fotografías en el laboratorio para que las analizaran y clasificaran. Luego redactó un informe completo, envió una copia a Aaron por fax: a Estados Unidos y otra a los Mayores, también por fax, a Amsterdam, archivó el original y se acostó.

A la mañana siguiente, cuando revisó el informe original sobre las brujas Mayfair, comprobó que los datos habían sido alterados.

Todas las fuentes principales —testimonios, inventarios de los objetos hallados, fotografías, dibujos, etcétera— habían sido eliminadas. El caso de las brujas Mayfair estaba cerrado. Yuri no consiguió encontrar nada por medio del sistema de referencias cruzadas.

Cuando Yuri consiguió localizar a Aaron para preguntarle lo que había sucedido, ocurrió algo muy curioso. Aaron ignoraba que el informe fuera confidencial, pero no quiso revelar su sorpresa. Se sentía, enojado, a la par que desconcertado, y Yuri comprendió que le había alarmado.

Esa noche Yuri escribió a los Mayores: «Solicito permiso para ir a Nueva Orleans y colaborar con Aaron en la investigación de este caso. No comprendo lo que ha sucedido, ni necesito comprenderlo, pero deseo reunirme con Aaron.»

Los Mayores se opusieron.

Al cabo de unos días retiraron a Yuri del caso. Le dijeron que Erich Stólov se haría cargo del mismo, pues era un experto en ese tipo de casos, y que Yuri debería tomarse unas vacaciones en París, ya que pronto lo enviarían a Rusia, donde hacía mucho frío.

«¿Acaso vais a enviarme a Siberia? —preguntó Yuri irónicamente a través del ordenador—. ¿Qué sucede con el caso de las brujas Mayfair?»

La respuesta no tardó en llegar de Amsterdam. Los Mayores respondieron que a partir de ahora Erich se encargaría de todas las investigaciones europeas sobre las brujas Mayfair, y recomendaron de nuevo a Yuri que se tomara una temporada de descanso. Le informaron que todos los datos que había averiguado sobre las brujas Mayfair eran confidenciales y que no debía hablar con nadie del caso, ni siquiera con Aaron, a fin de no obstaculizar las investigaciones.

«Ya nos conoces —le dijeron—. No nos gusta intervenir en las investigaciones. Somos muy prudentes. Preferimos observar. Pero no podemos traicionar nuestros principios. Ha aparecido un peligro sin precedentes que ha modificado la situación. Debes dejar el asunto en manos de Erich, pues tiene más experiencia que tú. Aaron sabe que el caso está cerrado. No volverás a recibir noticias de él.»

Esta última frase inquietó mucho a Yuri.

«No volverás a recibir noticias de él.»

Por la noche, cuando todos dormían en la casa matriz, Yuri escribió en el ordenador el siguiente mensaje, destinado a los Mayores:

«No puedo abandonar esta investigación. Estoy preocupado por Aaron Lightner. Hace varias semanas que no sé nada de él. Quisiera ponerme en contacto con Aaron. Os ruego que me ayudéis.»

Hacia las cuatro de la mañana el sonido del fax le despertó. Se trataba de la respuesta de Amsterdam.

«Debes abandonar el caso, Yuri. Aaron está en buenas manos. No existen mejores investigadores que Erich Stólov y Clement Norgan, los cuales han sido asignados a este caso. Las investigaciones prosiguen aceleradamente y algún día conocerás todos los detalles de esta historia. Entretanto, deben permanecer en secreto. No trates de ponerte en contacto con Aaron.» ¿Por qué no debía tratar de ponerse en contacto con Aaron?

En vista de que no lograba conciliar el sueño, Yuri bajó a la coci-na. Ésta consistía en una serie de salas inmensas y cavernosas, invadidas de aroma a pan recién horneado. En aquellos momentos sólo trabajaban los cocineros del turno de noche, que estaban preparando el pan e introduciéndolo en los gigantescos hornos, los cuales apenas repararon en Yuri cuando se sentó en un banco junto al fuego para tomarse una taza de café con crema y reflexionar.

Yuri comprendió que no podía obedecer las órdenes de los Mayores. Amaba a Aaron, dependía totalmente de él y no podía imaginar la vida sin él.

Es terrible darse cuenta de que uno depende totalmente de una persona; de que tus esperanzas, tu bienestar, dependen de esa perso-na a la que necesitas y amas con todo tu corazón, y que constituye la presencia más importante en tu vida. Yuri se sentía disgustado consigo mismo, pero era una realidad que no podía negar.

Tras beberse el café, subió sigilosamente y telefoneó a Aaron.

—Los Mayores me han advertido que no debo volver a hablar contigo —dijo.

Aaron se mostró perplejo.

—He decidido reunirme contigo.

—Te arriesgas a que te expulsen de la Orden —respondió Aaron.

—Ya veremos. Partiré para Nueva Orleans en cuanto pueda.

Tras reservar el pasaje de avión, Yuri hizo el equipaje y bajó para aguardar al coche que debía recogerlo. Al cabo de unos minutos apareció Anton Marcus medio dormido, despeinado y vestido con una bata azul y unas zapatillas.

—No puedes marcharte, Yuri —le dijo—. Esta investigación se está volviendo sumamente peligrosa.

Aaron no se ha dado cuenta de ello.

Luego le pidió que pasara a su despacho.

—Nuestro mundo dispone de su propio reloj —dijo Anton suavemente—. Somos, por decirlo así, como el Vaticano. Un siglo o dos no significa gran cosa para nosotros. Hace muchos siglos que venimos ocupándonos del caso de las brujas Mayfair.

—Lo sé.

—Hace poco sucedió algo que ya nos temíamos y que no pudimos evitar. Ello representa un gran peligro para nosotros y para otras personas. Es preciso que permanezcas aquí, esperando las oportunas instrucciones, y que obedezcas.

—No. Lo siento, pero Voy a reunirme con Aaron —le contestó Yuri. Tras estas palabras, se levantó y salió con paso decidido. Ni si-quiera se molestó en volverse. La reacción emocional de Anton le tenía sin cuidado.

Antes de montar en el coche, sin embargo, se volvió para contemplar por última vez la casa matriz. Mientras se dirigía al aeropuerto de Heathrow no dejó de pensar en un

tema que le obsesionaba. Vio a Andrew agonizando en la habitación del hotel de Roma. Vio a Aaron sentado frente a él, Yuri, ante una mesa, diciendo: «Soy tu amigo.» Vio a su madre, también moribunda, en la aldea de Serbia.:

No, no tenía la menor duda sobre la decisión que había tomado. Iba a reunirse con Aaron. Era lo que debía hacer.

Lark estaba profundamente dormido cuando el avión aterrizó en Nueva Orleans. Le sorprendió descubrir que se hallaban ya frente a la puerta de la terminal y que los pasajeros estaban desembarcando. La azafata se inclinó sobre él, sonriendo y sosteniendo su gabardina en la mano.

Lark se sintió un poco avergonzado durante unos momentos, como si hubiera perdido unos minutos preciosos, y se levantó apresuradamente.

Padecía una terrible jaqueca, estaba muerto de hambre y la curiosidad que había despertado en él ese misterio, el extraño caso del hijo de Rowan Mayfair, empezaba a resultarle agobiante. ¿Cómo podía un hombre sensato explicar semejante cosa? ¿Qué hora era? Las ocho de la mañana en Nueva Orleans. Eso significaba que sólo eran las seis de la mañana en la costa.

De pronto vio aun hombre de pelo canoso aguardándole e intuyó que era Lightner antes de que éste le estrechara la mano y pronunciara su nombre. Parecía muy amable y correcto, e iba vestido con un mipecable traje gris.

—Ha ocurrido un contratiempo familiar, doctor Larkin. Ni Ryan ni Pierce Mayfair han podido venir a recogerlo. Permítame que le acompañe al hotel. Ryan se pondrá en contacto con nosotros en cuanto pueda.

Lightner se expresaba con la educación británica que Lark había admirado en él cuando hablaron por teléfono.

—Me alegro de conocerlo, señor Lightner, pero debo decirle que he tenido un desagradable tropiezo con uno de sus colegas en San Francisco. Ha sido muy enojoso.

Lightner lo miró sorprendido y ambos se dirigieron hacia la salida, en silencio. Durante unos minutos, Lightner se mostró serio y pensativo.

—No sé quién puede ser —dijo, irritado. Tenía aspecto cansado, como si no hubiera dormido en toda la noche. Lark se encontraba mejor. La jaqueca había empezado a disiparse y le apetecía tomarse una humeante taza de café y unos bollos, echarse a descansar un rato en el hotel y disfrutar de una buena cena en el Commander's Palace. Luego pensó en las muestras, y en Rowan. Le excitaba la perspectiva de desentrañar ese misterio, aunque en el fondo tenía la impresión de estar implicado en algo nocivo y peligroso.

El hotel está a pocas manzanas del Commander's Palace dijo Lightner—. Le llevaremos a cenar allí esta noche. Quizá logremos persuadir a Michael de que nos acompañe. Ha ocurrido... un contratiempo. Se trata de algo relacionado con la familia de Rowan. Ése es el motivo por el que no ha podido venir. Pero, volviendo a lo de mi Colega, ¿qué fue lo que ocurrió exactamente? ¿Lleva usted equipaje?

—No, sólo este pequeño maletín.

Como a la mayoría de los cirujanos, a Lark le gustaba madrugar. De haber estado en San Francisco, ya se encontraría en el quirófano. Por fortuna, había recobrado el ánimo.

Ambos hombres se dirigieron hacia la salida de la terminal, frente a la cual estaban aparcados los taxis y las limusinas. A través de las amplias cristaleras penetraban los cálidos rayos del sol. En Nueva Orleans hacía mucho menos frío que en San Francisco. Pero lo que más le chocaba a Lark era la luz y la quietud de la atmósfera que lo rodeaba. Era una sensación muy agradable.

—Su colega me dijo que se llamaba Erich Stólov —dijo Lark— Quería saber dónde estaban las muestras. —¿Ah, sí? —respondió Lightner, frunciendo el entrecejo. Luego hizo un gesto y una de las numerosas limusinas que se hallaban aparcadas, un espacioso Lincoln gris con las ventanillas de cristal ahumado, se dirigió hacia ellos. Lightner no aguardó a que el conductor bajara del vehículo, sino que él mismo abrió la portezuela trasera.

Lark subió al coche, se instaló en el asiento tapizado de suave terciopelo gris, un tanto irritado por el leve olor a tabaco que percibió en el interior del vehículo, y estiró cómodamente las piernas.

Lightner se sentó junto a él y partieron al instante, envueltos en la penumbra que reinaba en el interior del automóvil gracias a los cristales ahumados, aislados del resto del tráfico que iba y venía del aeropuerto y del resplandeciente sol matutino.

Era un coche muy confortable y rápido. —¿Qué fue lo que le dijo Erich? —preguntó Lightner.

Pese a su tono de fingida indiferencia, Lark notó que estaba pre-ocupado.

—Me exigió que le revelara dónde se encontraban las muestras. Estuvo muy grosero y agresivo. No lo comprendo. Quizá pretendía intimidarme.

—Deduzco que no le reveló lo que deseaba saber —dijo Lightner suavemente, mirando por la ventanilla.

Al cabo de unos minutos abandonaron la autopista y se adentraron en una carretera de acceso limitado. El panorama era similar a muchos: edificios bajos suburbanos que ostentaban sonoros nombres, espacios vacíos y unos cuantos moteles rodeados de hierba sin cortar.

—Por supuesto —contestó Lark—. No le dije nada. No me gustó su actitud. Como le he dicho, Rowan Mayfair me rogó que llevara este asunto con discreción. He venido porque usted me prometió facilitarme cierta información y porque la familia me pidió que viniera. No estoy dispuesto a entregar esas muestras a nadie. De hecho, en estos momentos me resultaría difícil recuperarlas de manos de las personas a quienes se las he confiado. Rowan me dio unas instrucciones muy precisas.

Quería que las muestras fueran analizadas en un determinado lugar.

—El Instituto Keplinger —dijo Lightner en tono amable y sosegado, como si le hubiera adivinado el pensamiento,

clavando sus claros ojos en Lark—. Mitch Flanagan, el genio gen ético, el hombre que colaboraba con Rowan antes de que ésta abandonara los trabajos de investigación.

Lark no respondió. El coche avanzó silenciosamente por la carretera. Lark observó que los grupos de edificios se hacían más densos y la hierba ofrecía un aspecto más descuidado y salvaje.

—Si ya lo saben, ¿por qué me lo preguntó su colega? —inquirió Lark—. ¿Por qué me cortó el paso e insistió en que le dijera dónde estaban las muestras? A propósito, ¿cómo se ha enterado usted de eso? Me gustaría saberlo. ¿Quiénes son ustedes? También me gustaría saberlo.

Lightner seguía mirando por la ventanilla con cierto aire de tristeza.

—Ya le he dicho que esta mañana se produjo un contratiempo familiar —respondió.

—Lo lamento. No pretendía ponerme pesado. Es que todavía estoy enojado por la forma en que se comportó su colega.

—Lo comprendo —repuso Lightner amablemente—. No debió comportarse de ese modo. Llamaré a la casa matriz de Londres e intentaré averiguar lo sucedido. Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir en el futuro. —Durante unos segundos Lark observó una expresión de ira en sus ojos, seguida de una expresión de amargura y temor. Luego, Lightner sonrió y dijo—:

Descuide, me ocuparé de aclarar lo sucedido.

—Se lo agradezco —dijo Lark—. ¿Cómo se enteró de lo de Mitch Flanagan y el Instituto Keplinger?

—No me resultó difícil deducirlo —contestó Lightner.

Era evidente que se sentía muy disgustado por este asunto, aunque trataba de disimularlo. Su rostro mostraba de nuevo una expresión serena y su voz no delataba el menor indicio de cansancio o desaliento. —¿A qué se refería cuando mencionó un contratiempo? ¿Qué es lo que sucedió esta mañana?

—No conozco todos los detalles. Sólo sé que Pierce y Ryan May-fair tuvieron que partir hacia Destin, en Florida, a primeras horas de la mañana. Me pidieron que viniera a recogerlo a usted al aeropuerto. Al parecer, Gifford, la esposa de Ryan, ha sufrido un accidente. Pero no sé de qué se trata. —¿Trabaja usted con Erich stólov?

—No exactamente. Llegó hace dos meses. Pertenece a una nueva generación de miembros de Talamasca. Es la vieja historia. Trataré de averiguar por qué se comportó de esa forma con usted. La casa matriz no sabe que las muestras se hallan en el Instituto Keplinger. Si los miembros más jóvenes mostraran tanto celo a la hora de revisar los archivos como en el trabajo de campo, ya lo habrían deducido. —¿Archivos? ¿A qué se refiere?

—Es una larga historia, y bastante complicada por cierto. Entiendo que no desee revelar a nadie dónde se encuentran esas muestras. En su lugar, yo tampoco lo haría. —¿Acaso tienen alguna noticia sobre el paradero de Rowan?

—No. Salvo que el viejo informe ha quedado confirmado y sabemos que ella y su acompañante estuvieron en Escocia, en Donnelaith. —¿A qué se refiere? ¿Dice usted que estuvieron en Donnelaith, en Escocia? Conozco muy bien la región de los Highlands, he pescado y cazado allí, pero jamás había oído hablar de Donnelaith.

—Es una aldea en ruinas. En estos momentos está repleta de arqueólogos. Hay una posada que suelen frecuentar los turistas y los estudiantes y profesores de las universidades. Rowan fue vista allí hace unas cuatro semanas.

—Eso no es ninguna novedad. Yo creí que quizás habrían recibido nuevas noticias.

—No. —¿Qué aspecto tiene el acompañante de Rowan? —preguntó Lark.

El rostro de Lightner adquirió una expresión un tanto sombría. Lark se preguntó si se debería al cansancio o a la

amargura que experimentaba.

—Estoy seguro de que usted sabe más sobre él que yo —respondió Lightner—. Rowan le envió una película de rayos X, los resultados de los encefalogramas y todo lo demás. ¿No le envió una fotografía?

—No —contestó Lark—. ¿Quiénes son ustedes?

—Sinceramente, doctor Larkin, no conozco la respuesta a esa pregunta. En realidad nunca lo he sabido, pero últimamente ya no intento engañarme. Han sucedido cosas. Nueva Orleans posee un encanto muy especial, al igual que los Mayfair. Lo de las muestras fue una mera deducción; digamos que intentaba adivinarle el pensamiento.

Lark soltó una carcajada. Lightner se expresaba de forma afable y filosófica. Le caía simpático.

En la penumbra del coche, observó ciertos rasgos en él. Lightner padecía un leve enfisema, no era fumador, probablemente tampoco era aficionado al alcohol y gozaba de una salud bastante robusta en una década de programada fragilidad, los ochenta años.

Lightner sonrió y miró por la ventanilla. El conductor de la limusina no era más que una oscura silueta al otro lado del cristal ahumado.

Lark comprobó que la limusina estaba dotada de los acostumbrados lujos en este tipo de vehículos: un pequeño televisor y unos re-frescos helados en unas bolsas situadas en las puertas centrales. ¿Y café? ¿Habría también café?

—Hay café en el termo —dijo Lightner.

—No cabe duda de que es usted capaz de adivinar el pensamiento —respondió Lark, echándose a reír.

—No, es que a estas horas de la mañana es lo que suele apetecer —dijo Lightner, sonriendo por primera vez desde que se encontraran en el aeropuerto, mientras observaba a Lark servirse una taza de café caliente. —¿Quiere un poco, Lightner?

—No, gracias. ¿Puede decirme lo que ha logrado averiguar su amigo Mitch Flanagan?

—No. No quiero revelárselo a nadie excepto a Rowan. Llamé a Ryan Mayfair para pedirle dinero.

Eso es lo que ella me ordenó que hiciera. Pero no me dijo que informara a nadie sobre los resultados de los análisis. Me dijo que se pondría en contacto conmigo tan pronto como pudiera. Ryan Mayfair dice que es posible que Rowan esté herida, o incluso muerta.

—Es cierto —dijo Lightner—. Me alegro de que haya venido.

—Estoy muy preocupado por Rowan. No me hizo gracia que dejara la universidad. No me hizo gracia que se casara. Tampoco me hizo gracia que abandonara la medicina. De hecho, la noticia me dejó tan asombrado como si alguien me hubiera anunciado de repente que estaba a punto de producirse el fin del mundo. No lo creí hasta que la misma Rowan me lo comunicó.

—Recuerdo que durante el otoño le llamó con frecuencia. Le preocupaba que usted no aprobara su decisión —dijo Lightner, en el mismo tono amable y apacible de siempre—. Deseaba que la aconsejara sobre la creación del Mayfair Medical. Estaba convencida de que cuando usted se diera cuenta de que estaba decidida a construir ese importante centro, comprendería que se había visto obligada a renunciar a ejercer la medicina.

—Aparte de ser miembro de Talamasca, es usted amigo de ella, ¿no es cierto?

—Al menos, yo me consideraba su amigo. Puede que le haya fallado. No lo sé. Quizá me haya fallado ella a mí —respondió Lightner con un leve tono de amargura e irritación, pero sin perder la sonrisa.

—Debo confesarle algo, señor Lightner —dijo Lark—. Creí que ese centro médico Mayfair era una fantasía. Cuando Rowan me lo dijo, me pilló por sorpresa. Pero he hecho algunas indagaciones y he podido comprobar que la familia posee recursos de sobra para fundar el Mayfair Medical.

Supongo que debí imaginarlo. Todo el mundo hablaba de ello. Rowan es la mejor cirujana que he formado.

—No me cabe la menor duda. ¿Le comentó algo sobre las muestras cuando habló con usted por teléfono? Usted me dijo que le había telefonado desde Ginebra el doce de febrero.

—Disculpe, pero antes de comentar este asunto quiero hablar con Ryan, puesto que es su pariente más allegado, y con su marido. Luego decidiremos lo que debemos hacer.

—Imagino que los del Instituto Keplinger se habrán quedado con la boca abierta al contemplar las muestras —dijo Lightner—. Tengo curiosidad por saber en qué consisten exactamente. ¿Estaba Rowan enferma cuando habló con usted? ¿Le envió algún tipo de material médico que perteneciera a ella?

—Sí, me envió unas muestras de su sangre y tejidos, pero no me consta que estuviera enferma.

—Digamos distinta...

—Sí. Distinta. Tiene usted razón.

Lightner asintió y siguió mirando por la ventanilla, a través de la cual se distinguía un enorme cementerio lleno de casitas de mármol con tejados en punta. El coche circulaba a toda velocidad entre el escaso tráfico. Era una carretera ancha y silenciosa. El paisaje tenía cierto aire de decadencia y deterioro, pero a Lark le gustaban los espacios abiertos, la sensación de libertad, el hecho de no encontrarse bloqueado en un atasco circulatorio como los que se producían continuamente en San Francisco.

—Mi situación en este asunto es delicada —dijo—. Como amigo de Rowan, espero que lo comprenda.

El conductor viró hacia la salida de la carretera, deslizándose frente al campanario de una vieja iglesia situada peligrosamente cerca de la rampa de descenso. Lark sintió una sensación de alivio al alcanzar la calle, aunque estaba sucia y abandonada. Le gustaba la sensación de espacio y libertad de la que gozaba aquí, pese a sentirse un

poco perdi-do. Las cosas aquí se movían a un ritmo más pausado. Era una típica población sureña.

—Sé lo que siente, Larkin —dijo Lightner—. Lo comprendo. Sé lo que significan los datos confidenciales y la ética médica. Sé lo que significan los buenos modales y la moral. La gente aquí concede gran importancia a esas cosas. Me gusta vivir aquí. No es necesario que hablemos de Rowan si no quiere. Podemos desayunar en el hotel, ¿ Le parece bien? Quizá le apetezca echarse un rato. Podemos encontrarnos más tarde en la casa de la calle Primera. Está a pocas manzanas de aquí.

La familia se ha encargado de reservarle habitación.

—Este asunto es muy serio —dijo Lark de improviso.

El coche se había detenido frente aun hotelito con unos elegantes toldos azules en la fachada. El portero se apresuró a abrir la puerta de la limusina.

—Por supuesto que es muy serio —respondió Lightner—. Pero a la vez es muy sencillo. Rowan ha dado a luz un extraño ser. Ambos sabemos que no se trata de una criatura normal. Es el acompañante masculino con el cual la vieron en Escocia. Lo que queremos saber es si ese ser es capaz de reproducirse. Si puede tener descendencia con su madre o con otros seres humanos, ¿no es así? La reproducción es la parte más importante de la evolución. Si se tratara de un mutante dotado de un solo ojo, de algo creado por fuerzas externas, como la radiación o una especie de fuerza telequinética, no estaríamos tan preocupados. Procuraríamos encontrarlo y comprobar si Rowan estaba con él por propia voluntad O no. Luego..., probablemente lo eliminaríamos de un tiro.

—Está usted enterado de todo.

—No. Eso es lo peor. Pero sé que si Rowan le envió esas muestras fue porque temía que ese ser fuera capaz de reproducirse. Entremos en el hotel. Quisiera llamar a la familia para informarme sobre el accidente acaecido en Destin. Luego quiero hablar con los de Talamasca respecto a

Stólov. Yo también me alojo aquí. Es, por decirlo así, mi oficina en Nueva Orleans. Me gusta este hotel.

—De acuerdo.

Mientras se dirigían al mostrador de recepción, Lark lamentó llevar tan sólo un maletín con una muda, pues temía que su estancia en Nueva Orleans se prolongara más de lo previsto. La curiosidad y el interés que despertaba en él este caso se mezclaban con una vaga sensación de peligro, de haberse metido en un asunto turbio y complicado. No obstante, le gustaba el pequeño vestíbulo del hotel, las amables voces sureñas que oía a su alrededor, el gigantesco y elegante ascensorista negro.

Debía comprar algunas cosas, pero ya tendría tiempo de hacerlo. Lightner sostenía en la mano la llave de la habitación. La suite de Lark estaba preparada. Y Lark estaba dispuesto para ir a desayunar .

«Sí, eso era lo que temía Rowan», pensó Lark, mientras subían en el ascensor. Recordaba que le había dicho: «Si esa criatura es capaz de reproducirse...»

Claro que en aquellos momentos él no estaba seguro de a qué se refería Rowan. Pero ella sí lo sabía. De haberse tratado de otra perso-na, Lark habría creído que le estaba tomando el pelo. Pero Rowan Mayfair no lo haría. De todas formas, en estos momentos tenía demasiada hambre para pensar en ello.

La anciana Evelyn no solía responder cuando descolgaba el telé-fono, sino que permanecía muda, y se limitaba a escuchar, salvo si conocía a su interlocutor.

—Ha sucedido algo terrible, Evelyn —se apresuró a decir Ryan. —¿Qué pasa, hijo? —preguntó la anciana con inusitada ternura. La voz de Ryan sonaba frágil y débil, no como ella siempre la había conocido.

—Han encontrado a Gifford en la playa de Destin. Dicen...

Ryan se detuvo, incapaz de continuar. Al cabo de unos momentos habló Pierce, quien le comunicó que su padre y él estaban de camino. Ryan cogió de nuevo el teléfono y le dijo que permaneciera junto a Alicia, pues ésta se volvería loca cuando se enterara de la noticia.

—Comprendo —dijo la anciana Evelyn. Era cierto. Gifford no estaba simplemente herida, sino muerta—. Trataré de localizar a Mona —añadió con una voz apenas audible.

Ryan dijo en tono vago, confuso y apresurado que llamarían más tarde, que Lauren se pondría en contacto con «la familia». Tras estas palabras dieron por concluida la conversación. La anciana Evelyn colgó y se dirigió al armario en busca de su bastón.

A la anciana Evelyn no le caía bien Lauren Mayfair. Según ella, era una abogada arrogante y antipática, una mujer de negocios estéril y fría que siempre había preferido los documentos legales a las personas. Pero era muy eficiente y se ocuparía de llamar a todo el mundo. Excepto a Mona.

Mona no estaba allí, y era preciso informar a Mona.

Mona estaba en la casa de la calle Primera. La anciana Evelyn lo sabía. Quizás estuviera buscando el Victrola y las

perlas.

La anciana Evelyn sabía que Mona había pasado la noche fuera de casa. Pero no tenía que preocuparse de ella. Mona conseguiría cuanto quisiera en la vida, cosa que no habían hecho ni Laura Lee, ni Cici, su madre, ni su tía Gifford, ni la anciana Evelyn.

Gifford estaba muerta. Parecía imposible. «¿ Por qué no lo presentí cuando sucedió? —pensó la anciana Evelyn—. ¿Por qué no oí su voz?»

Pero había que ocuparse de cosas prácticas. La anciana Evelyn se detuvo en el pasillo, pensando en si debería ir en busca de Mona, re-corriendo a pie las calles de la ciudad; se exponía a tropezar y caerse, aunque nunca le había sucedido tal cosa. De pronto decidió hacerlo. ¿Quién sabe? Quizá fuera su última oportunidad para intentarlo.

Un año antes no se hubiera atrevido a salir sola. Pero el joven doctor Rhodes la había operado de cataratas y ahora veía tan bien que todos se quedaban asombrados. Es decir, cuando le contaba a la gente lo que veía, lo cual no hacía a menudo.

La anciana Evelyn sabía perfectamente que el hecho de hablar era indiferente. En ocasiones, pasaba varios años sin pronunciar palabra. Pero la gente seguía con lo suyo, sin importarle. De todos modos, no dejaban que le relatara a Mona sus historias. La anciana Evelyn había meditado profundamente acerca de los viejos tiempos y no necesitaba que alguien los analizara ni se los explicara. ¿De qué había servido, excepto para poder contarles a Alicia y Gifford sus historias? ¿En qué habían consistido sus vidas? Ahora, Gifford había muerto.

Le parecía asombroso que Gifford estuviera muerta. Total y absolutamente muerta. Sí, Alicia se volvería loca, pensó, al igual que Mona. Y yo también, cuando lo sepa con certeza.

La anciana Evelyn entró en la habitación de Alicia. Ésta dormía como un bebé. Durante la noche se había levantado y se había bebido media botella de whisky, como si fuera

una medicina. Su afición al alcohol acabaría destruyéndola. «Debió haber muerto Alicia —pensó la anciana Evelyn—, en lugar de Gifford.»

La anciana Evelyn arropó a Alicia y salió.

Bajó la escalera muy lentamente, tentando con el extremo del bastón los escalones y la alfombra que los cubría para asegurarse de que no había ningún objeto que pudiera hacerle tropezar. El día de su ochenta cumpleaños se había caído. Fue el peor accidente que había sufrido en su vejez, pues se rompió la cadera y tuvo que permanecer en cama una buena temporada. Pero las semanas de reposo habían resultado beneficiosas para su corazón, según dijo el doctor Rhodes.

—Viviré hasta los cien años —le dijo.

El doctor Rhodes se encaró con los otros cuando éstos afirmaron que era demasiado vieja para operarse de las cataratas.

—Se está quedando ciega, ¿no lo comprenden? Puedo devolverle la vista. Está lúcida, discurre perfectamente.

La anciana Evelyn le había dado las gracias por salir en su defensa. —¿Por qué no habla más a menudo con ellos? —le preguntó un día el doctor en el hospital—. Creen que está medio loca.

Ella se había echado a reír.

—Tienen razón —contestó—. Además, todas las personas a las que quería han muerto. Sólo queda Mona. Y la mayor parte de las veces es Mona quien me habla a mí.

El doctor se había reído de buena gana.

De joven, la anciana Evelyn tampoco era muy locuaz. Lo cierto es que de no haber sido por Julien quizá no hubiera pronunciado jamás una palabra.

La anciana Evelyn deseaba relatarle a Mona la historia del tío Julien. Quizá lo hiciera hoy mismo.

«Sí —pensó—, se lo contaré todo. El Victrola y las perlas están en casa. Puede quedarse con esas cosas.»

Se detuvo ante el espejo situado junto a la percha para sombreros, en la entrada. Estaba satisfecha y lista para salir. Había dormido toda la noche con su vestido de gabardina puesto, el cual era muy apropiado para un templado día de primavera como el que hacía hoy. Apenas se había arrugado. Era muy sencillo dormir sentada, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Solía colocar un pañuelo sobre el respaldo del sillón, junto a su mejilla, para no manchar el sillón en caso de que, al doblar la cabeza mientras dormía, se le escapara un poco de saliva por la comisura de la boca. Pero el pañuelo casi nunca estaba manchado, lo cual le permitía utilizarlo repetidas veces.

La anciana Evelyn no tenía ningún sombrero. Hacía muchos años que no salía —salvo cuando asistió a la boda de Rowan Mayfair—, y no sabía dónde había metido Alicia los suyos. Recordaba haberse puesto uno para la boda, probablemente uno gris con un velito y unas flores rosa. Pero quizá lo había soñado. Hasta la boda parecía un sueño.

No le apetecía volver a subir la escalera para ir en busca de un sombrero. Además, acababa de peinarse. Llevaba el mismo peinado desde hacía varios años, un moño recogido en la nuca. Era un peinado que enmarcaba perfectamente su rostro. Nunca se había arrepentido de no teñirse las canas.

No, no necesitaba ponerse un sombrero. En cuanto a los guantes, no tenía ya nadie se le ocurría comprarle un par.

En la boda de Rowan Mayfair, la antipática de Lauren Mayfair había dicho: «La gente ya no lleva guantes», como si fuera un detalle sin importancia. Puede que tuviera razón.

A la anciana Evelyn no le importaba lo de los guantes. Lucía unos bonitos broches y alfileres.

Llevaba las medias bien estiradas y los cordones de los zapatos atados. Mona se los había atado ayer, bien fuerte. Estaba lista para salir. No miró su rostro en el espejo, pues ya no era el suyo, sino el viejo rostro de otra persona, lleno

de arrugas, frío y solemne, con los párpados caídos, la piel ajada, las cejas desdibujadas y una pronunciada papada.

Prefería pensar en el paseo que daría. El mero hecho de pensar en ello le alegraba, y también el que Gifford hubiera desaparecido, pues si la anciana Evelyn se caía, o la atropellaba un coche, o se extraviaba, su nieta Gifford ya no se pondría histérica. De pronto le parecía maravilloso haberse librado del cariño de Gifford, como si se hubiera quitado un peso de encima. Mona acabaría también dándose cuenta de que era una liberación. Pero no inmediatamente.

La anciana Evelyn atravesó el vestíbulo y abrió la puerta. Hacía un año que no pisaba los escalones de la entrada, salvo para asistir ala boda, y en aquella ocasión la habían transportado en brazos. No ha-bía una barandilla donde sujetarse, pues la madera se había podrido hacía años y Alicia y Patrick, en vez de arreglarla, la habían arrancado. —¡Mi bisabuelo construyó esta casa! —había declarado la anciana Evelyn—. Él mismo escogió la barandilla de un catálogo, y vosotros habéis dejado que la madera se eche a perder.

Malditos fueran. Y maldito fuera también su bisabuelo. Evelyn odiaba esa gigantesca sombra que había presidido su infancia, el iracundo Tobias, que siempre se metía con ella, agarrándole la mano y Imurmurando: «Tienes la marca de una bruja, mírala», mientras le pellizcaba el sexto dedo. Ella jamás le había dirigido la palabra.

Pero el hecho de que una casa se cayera a pedazos era más importante que el odio que te inspiraba la persona que la había construido. Es posible que lo único bueno que hubiera hecho Tobias Mayfair fuese construir esta casa. Fontevrault, su hermosa plantación, había desaparecido; al menos eso era lo que solían decirle ala anciana Evelyn cuando pedía que la llevaran a visitarla: «¿Esa vieja casa?

La inundaron las aguas del pantano.» Pero quizás estuvieran mintiendo. Quizá se pudiera ir andando hasta Fontevrault y comprobar que la casa todavía estaba en pie.

No, eso era un sueño. La hermosa casa de la calle Amelia se alzaba en la esquina de la avenida.

Deberían hacer algo...

Con o sin barandilla, la anciana Evelyn podía arreglárselas perfectamente ahora que había recuperado la vista. Bajó los escalones con cuidado, apoyándose en el bastón, y se encaminó hacia la verja. Por primera vez en muchos años, había logrado salir de esa casa por su propio pie.

Protegiéndose los ojos del resplandor del sol, que se reflejaba en los cristales de los vehículos, la anciana Evelyn atravesó la zona de la avenida que daba al lago. Tras aguardar unos momentos a que cambiara la luz del semáforo, cruzó la amplia avenida sin mayores problemas.

Siempre le había gustado el paseo que discurría junto al río. Sabía que hallaría a Patrick en el restaurante de la esquina, bebiendo mientras desayunaba, como de costumbre.

Cruzó la calle Amelia y una callejuela llamada Antonine, que daba a Amelia, y se detuvo en la esquina, mirando a través de la luna del restaurante. Vio a Patrick —pálido y demacradosentado en una mesa situada al fondo, comiéndose unos huevos acompañados de una cerveza. Patrick no la vio.

Probablemente permanecería ahí, bebiendo cerveza y leyendo el periódico, durante buena parte del día. Luego se dirigiría al centro de la ciudad, a tomarse unas copas en un bar que solía frecuentar en el barrio francés. Hacia el atardecer, Alicia se despertaría y lo llamaría al bar, gritando y exigiéndole que regresara a casa.

Patrick estaba ahí, pero no la vio. ¿Cómo iba a verla? Jamás hubiera imaginado que la anciana Evelyn era capaz de salir de casa sola. Eso era justamente lo que ella deseaba. La anciana Evelyn prosiguió su camino hacia el centro de la ciudad sin que nadie la viera, sin que nadie tratara de detenerla.

Mientras caminaba se admiró de lo claramente que veía las encinas y la hierba de los parques, y las basuras que aún quedaban del martes de carnaval, amontonadas junto a las aceras y en los contenedores, que no eran lo suficientemente grandes para contenerlas.

Pasó frente a los urinarios portátiles que solían instalar en las calles el martes de carnaval, de los cuales emanaba un olor apestoso, y bajó por la avenida Luisiana. Todo estaba lleno de basuras. De las ramas de los árboles colgaban collares de cuentas de plástico, que la gente había arrojado desde las ventanas y que relucían bajo el sol. No existía un espectáculo más sórdido y lamentable que la avenida de Saint Charles después del martes de carnaval, pensó la anciana Evelyn mientras continuaba su camino.

Se detuvo ante un semáforo, junto a una mujer de color, bien vestida y de aspecto agradable.

—Buenos días, Patricia —dijo la anciana Evelyn.

La mujer se volvió y la miró sobresaltada bajo su sombrero de paja negro. —¡Pero si es la anciana señorita Evelyn! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Me dirijo al Garden District. No se preocupe, Patricia, llevo un bastón. Ojalá me hubiera puesto los guantes y el sombrero, pero no he podido encontrarlos.

—Es una lástima, señorita Evelyn —respondió la anciana amablemente, con voz suave y melosa.

Patricia solía ir a visitarla con frecuencia, acompañada de su nietecito, que podía pasar por un niño blanco, aunque no lo era.

Había sucedido algo muy importante.

—Descuide, me encuentro perfectamente —dijo la anciana Evelyn—. Mi sobrina está en el Garden District. Tengo que darle el Vic-trola.

De pronto comprendió que Patricia no estaba enterada del asunto. Habían charlado en varias ocasiones, pero no conocía toda la historia. ¿Cómo iba a conocerla? La anciana

Evelyn creyó por un momento que estaba al corriente de todo, pero se había confundido.

Patricia siguió hablando, pero la anciana Evelyn no le prestó atención, pues el semáforo ya se había puesto verde.

La anciana Evelyn cruzó la calle apresuradamente, evitando la isla que se alzaba en el centro, a fin de no cansarse subiendo y bajando de ésta.

Andaba demasiado despacio para llegar al otro extremo de la calle antes de que cambiaran las luces. Hace veinte años sí lo conseguía, cuando recorría este mismo trayecto para contemplar la casa de la calle Primera y echar un vistazo a la pobre Deirdre, sentada en una mecedora en el porche.

Todos los jóvenes de esa generación habían muerto, pensó la anciana Evelyn, sacrificados, por decirlo así, en aras de la maldad y la estupidez de Carlotta Mayfair. Carlotta Mayfair había drogado y asesinado a su sobrina Deirdre. Pero no merecía la pena pensar en esas cosas.

Sin embargo, multitud de confusos recuerdos se agolpaban en su mente.

Cortland, el amado hijo de Julien, había muerto al caer por la escalera de su casa. Eso también había sido culpa de Carlotta. Habían trasladado su cuerpo al hospital de Touro, situado aun par de manzanas de distancia. La anciana Evelyn se encontraba sentada en el porche, desde el cual distinguía los muros de piedra del hospital. Se había disgustado mucho al saber que el pobre Cortland había fallecido ahí, a dos manzanas de distancia, rodeado de extraños en la sala de urgencias. Cortland era el padre de la anciana Evelyn. En fin, eso no tenía importancia. Julien sí había sido importante para ella, y Stella, pero su padre y su madre, no.

Barbara Ann había muerto de parto, al dar a luz ala anciana Evelyn. Pero ella no la recordaba como su madre; constituía simplemente un camafeo, una silueta, un retrato al óleo. «Ésa es tu madre», solían decirle. En el desván había

un baúl lleno de vestidos suyos, un rosario y unos tapetes que no había podido terminar de bordar.

Durante unos instantes la anciana Evelyn perdió el hilo. ¿En qué estaba pensando? Ah, sí, en los asesinatos cometidos por Carlotta Mayfair, quien gracias a Dios estaba ya muerta y sepultada.

El asesinato de Stella había sido el golpe más duro que había recibido la anciana Evelyn. Sin duda era obra de Carlotta, ella era la res-ponsable de su muerte. En los dorados tiempos de 1914, Julien y Evelyn sabían que ocurrirían esas desgracias, pero no fueron capaces de evitarlas.

Durante un instante, la anciana Evelyn vio de nuevo las palabras del poema, como solía verlas años atrás, cuando las recitaba en voz alta ante Julien, sentada en el desván. «Las veo, pero no sé lo que sig-nifican.»

Sembrarán el dolor y el sufrimiento, la sangre y el terror. Y el edén primaveral se convertirá en un valle de lágrimas. ¡Qué tiempos aquellos! Los recordaba perfectamente, pero sin perder de vista el presente, el cual no dejaba de ofrecer ciertas venta-jas. La anciana Evelyn siguió paseando, gozando de la fresca brisa.

Al pasar frente a la calle Toledano vio un solar. ¿Es que no iban a comenzar nunca las obras? ¡Yesos edificios de apartamentos tan feos que habían venido a sustituir a unas maravillosas mansiones, unas casas más espléndidas que la suya! Le dolía pensar en todas las personas que habían muerto desde la época en que solía llevar a Gifford ya Alicia al centro, o al parque, y con las cuales se cruzaba a menudo. Pero la avenida seguía ofreciendo un aspecto muy hermoso. Frente a ella pasó un tranvía y dobló por una de las innumerables esquinas de la avenida Chestnut. La anciana Evelyn solía tomar el autobús para dirigirse ala casa de la calle Primera. Por supuesto, ahora era demasiado vieja para montar en un autobús.

No recordaba cuándo dejó de viajar en tranvía; sólo recordaba que fue hace muchos años. Una noche, cuando regresaba a casa, estuvo apunto de caer del tranvía. Al tropezar, soltó unas bolsas de Marks Isaacs y de la Maison Blanche que llevaba en la mano, y el conductor se apresuró a ayudarla.

Había sido muy embarazoso. Sin despegar los labios, la anciana Evelyn hizo un gesto con la cabeza y tocó la mano del conductor para expresarle su agradecimiento.

El tranvía pasó de largo, levantando una polvareda y dejando a la anciana Evelyn en medio de la calle, en terreno neutral, acosada por los vehículos que se precipitaban hacia ella desde todas partes, mientras contemplaba impotente la casa que se alzaba al otro lado de la calle.

«¡Quién iba a decirme que viviría otros veinte años, y que enterraría a Deirdre ya la pobre Gifford!», pensó la anciana Evelyn.

El año en que murió Stella creyó que ella también moriría. Al igual que cuando murió Laura Lee, su única hija. Pensó que si dejaba de hablar, la muerte no tardaría en llevársela.

Pero no fue así. Alicia y Gifford la necesitaban. Al cabo de un tiempo Alicia se casó y tuvo a Mona, la cual también la necesitaba. El nacimiento de Mona le había proporcionado una nueva voz.

No quería pensar en esas cosas tan tristes. Hacía una mañana demasiado hermosa para deprimirse.

Trataba de hablar con la gente, pero le resultaba algo completamente antinatural.

Oía que los demás le hablaban; mejor dicho, veía que movían los labios para reclamar su atención. Pero ella permanecía encerrada en sus sueños, paseando por las calles de Roma sujetando a Stella de la cintura o tendida junto a ella en la pequeña habitación del hotel, besándola apasionadamente en las sombras —una mujer yaciendo

junto a otra mujer—, con sus pechos apoyados suavemente contra ella.

Eran unos tiempos gloriosos. Gracias a Dios, en aquel entonces no sabía lo triste que sería todo... después. Sólo había recorrido el mundo en una ocasión, con Stella, y cuando ésta murió fue como si el mundo hubiera muerto también. ¿Cuál había sido el amor más importante de su juventud? ¿Julien, con el que había pasado tantos ratos en el desván, o Stella, la gran aventurera? Resultaba difícil decirlo.

De una cosa estaba segura. Era Julien quien la atosigaba, a quien veía estando despierta; era su voz la que oía. Durante un tiempo estuvo convencida de que Julien aparecería un día en casa, como había hecho cuando ella tenía trece años, encarándose con su bisabuelo y gritando: «¡Déjala salir, imbécil!» Ella estaba encerrada en el desván, temblando de miedo. Julien había ido a rescatarla. Era natural. Recordaba que Julien solía decirle: «Dale cuerda al Victrola, Evelyn. Quiero que pronuncies mi nombre.»

La trágica muerte de Stella había hecho que desapareciera de una forma más definitiva, convirtiéndola en un dulce y melancólico dolor, como si al exhalar su último suspiro hubiese subido al cielo. La anciana Evelyn estaba segura de que Stella había subido al cielo. Era imposible que una persona que había hecho feliz a tanta gente fuera al infierno. Pobre Stella. Nunca había sido realmente una bruja; tan sólo una niña. Quizá los espíritus bondadosos no querían atosigar a los vivos, sino que hallaban enseguida la luz y otras cosas más interesantes que hacer. Stella era recuerdos, sí, pero jamás un fantasma.

Un día, en la habitación del hotel de Roma, Stella introdujo la mano entre las piernas de Evelyn.

—No temas. Déjame tocarte y contemplarte —dijo, separándole las piernas—. No debes avergonzarte.

No temas, con una mujer no debes temer nada. Lo sabes. ¿Acaso no se mostraba cariñoso contigo el tío Julien?

—Preferiría bajar las persianas —murmuró Evelyn—. Me molesta la luz, el ruido de la plaza. No sé.

Pero estaba excitada y deseaba a Stella. Le parecía asombroso poder acariciar todo su cuerpo, chupar sus pechos y dejar que se tendie-ra sobre ella. Amaba a Stella con locura. En aquellos momentos, deseaba sumergirse y ahogarse dentro de ella.

En cierto modo, la vida de la anciana Evelyn terminó la noche en que Stella murió a causa de un disparo, en 1929.

La anciana Evelyn vio a Stella desplomarse en el suelo y al hombre de Talamasca, ese Arthur Langtry, arrebatarse apresuradamente a Lionel Mayfair la pistola de las manos. Poco después, Langtry falleció en alta mar. «Pobre imbécil», pensó la anciana Evelyn. Stella deseaba fugarse con él, marcharse a Europa y dejar a Lasher con su hijo. ¡Qué locura! La anciana Evelyn trató de prevenirla contra esos hombres de Europa que tenían unos libros y unos gráficos secretos; trató de ex-plicarle que no debía relacionarse con ellos. Carlotta, en cambio, lo sabía perfectamente.

Y ahora había aparecido de nuevo uno de esos hombres; pero nadie sospechaba nada. Se llamaba Aaron Lightner; hablaban de él como si fuera un santo porque conocía toda la historia del clan, remontándose a los tiempos de Donnelaith. ¿Qué sabían ellos de Donnelaith? En ocasiones, cuando yacían juntos mientras sonaba un disco en el Victrola, Julien insinuaba cosas terribles. Julien había visitado ese lu-gar de Escocia. Los otros, no.

De no ser por la pequeña Laura Lee, la anciana Evelyn hubiera muerto al fallecer Julien. No quería abandonar a su hija. Siempre había un niño que se aferraba a ella, impidiendo que abandonara este mundo. Laura Lee. Y ahora Mona. Quizá viviera lo suficiente para conocer al hijo de Mona.

Stella se había presentado con un vestido para Laura Lee, y para llevarla a la escuela. De repente, dijo:

—Querida, olvida esas tonterías de enviarla a la escuela. Pobreci-ta. Siempre detesté la escuela.

Vendréis a Europa con nosotros. Nos acompañaréis a Lionel ya mí. No podéis permanecer siempre en el mismo sitio, sin conocer el mundo.

Evelyn no habría visitado Roma, París y Londres de no haberla llevado Stella, su amada Stella, la cual no era fiel por naturaleza, pero sí leal. Stella le había enseñado que era mucho más importante la lealtad que la fidelidad.

La noche en que murió Stella, Evelyn llevaba un vestido de seda gris con un collar de perlas: las perlas de Stella. Cuando se llevaron a Lionel, Evelyn se arrojó sobre la hierba y rompió a llorar. El vestido quedó inservible. La casa estaba llena de fragmentos de vidrio. Stella yacía en el suelo encerado, mientras las bombillas de los flashes destelleaban a su alrededor, en el mismo lugar donde habían estado bailando. El hombre de Talamasca había huido horrorizado. ¿Presentías también esto, Julien? ¿Acaso se ha cumplido el vaticinio del poema? Evelyn lloró desconsoladamente y, más tarde, cuando todos se habían retirado, cuando ya se habían llevado el cuerpo de Stella, cuando reinaba la calma y la casa de la calle Primera estaba a oscuras, aparte de algún débil reflejo procedente de los fragmentos de vidrio desparramados por el suelo, Evelyn entró sigilosamente en la biblioteca, sacó unos libros y abrió un lugar secreto en la pared de la librería, que Stella utilizaba para esconder cosas. Stella había ocultado en él las fotografías en que aparecían ambas, sus cartas y todos los objetos que no quería que viera Carlotta. «No quiero que sepa lo nuestro, pero tampoco estoy dispuesta a quemar nuestras fotografías», le había dicho.

Evelyn se quitó el collar de perlas, que pertenecía a Stella, y lo depositó en el escondrijo, junto con los recuerdos de su dulce y maravillosa relación. —¿Por qué no podemos amarnos siempre, Stella? —le preguntó un día abordo del barco en el que regresaban a casa.

—El mundo real jamás aceptará el hecho de que nos amemos —respondió Stella, que había iniciado otra relación con uno de los pasaje-ros—. Pero nos seguiremos viendo. Alquilaré un pequeño apartamento para poder reunirnos en él.

Stella cumplió su palabra y alquiló un coqueto apartamento donde solían citarse.

Laura Lee siguió asistiendo a la escuela con toda normalidad. Jamás sospechó nada.

Evelyn disfrutaba haciendo el amor con Stella en el pequeño apartamento con sus desnudos muros de ladrillos, contiguo aun ruidoso restaurante, sin que ningún miembro del clan Mayfair sospechara nada. «Te quiero, amor mío.»

Evelyn sólo le había mostrado el Victrola de Julien a Stella. Sólo Stella sabía que Evelyn se lo había llevado de la casa de la calle Primera, tal como le pidiera Julien. Julien, el fantasma que permanecía siempre junto a ella, de quien ella imaginaba con frecuencia el tacto de su pelo, de su piel...

Durante muchos años después de la muerte de Julien, Evelyn subía sigilosamente a su habitación y, tras darle cuerda al Victrola, ponía uno de los viejos discos, generalmente el vals de La Traviata.

Luego cerraba los ojos e imaginaba que estaba bailando con Julien, tan distinguido y ágil pese a su edad, siempre dispuesto a reírse de las ironías de la vida, tan tolerante con los defectos humanos. A veces, Evelyn ponía el disco del vals para la pequeña Laura Lee.

«Tu padre me regaló este disco», le decía a su hija. La niña mostraba una expresión tan triste que Evelyn sentía deseos de llorar. Evelyn se preguntaba si Laura Lee habría conocido alguna vez la felicidad. Como mucho, había conocido la paz y el sosiego. ¿Podía Julien oír el Victrola? ¿Estaba vinculado a la tierra por propia voluntad?

—Se avecinan malos tiempos Evie. Pero no cejaré en mi empeño. No descenderé silenciosamente a los infiernos para dejar que él triunfe. Conseguiré trascender la muerte, lo

mismo que él. Medraré en las sombras. Haz sonar esa canción para ayudarme a regresar.

Stella se quedó atónita cuando años más tarde Evelyn le relató las historias de Julien, mientras comían espaguetis y bebían vino y escuchaban música Dixieland en el apartamento del barrio francés. —¡Conque fuiste tú quien se llevó el pequeño Victrola! —exclamó—. Ya lo recuerdo, pero creo que te confundes, Evie. Julien estaba siempre tan alegre que no puedo creer que tuviera miedo. »Por supuesto que recuerdo el día que mamá quemó sus cuadernos. Julien se puso furioso. Luego fuimos a buscarte. ¿Te acuerdas? Le dije que estabas encerrada en el desván de la casa de la calle Amelia, como una prisionera, para azuzarlo. ¡Qué cantidad de cuadernos! No sé de qué trataban.

Pero luego, cuando empezaste a ir a la calle Primera, se sentía feliz. Creo que fue feliz hasta su muerte.

—Sí, era feliz —repitió Evelyn—. Conservó la lucidez hasta el día de su muerte.

La anciana retrocedió mentalmente a aquella época. Imaginó que trepaba por la parra adosada ala pared de estuco. Era maravilloso sentirse ágil y fuerte de nuevo, siquiera unos instantes, mientras trepaba aferrándose a las parras ya las húmedas flores, hasta alcanzar el tejado del porche del segundo piso, a muchos metros de distancia del suelo, y ver a Julien a través de la ventana, en la cama de latón. —¡Evelyn! —exclamó, levantándose de un salto. Evelyn nunca le había contado a Stella ese episodio.

Evelyn tenía trece años el día en que Julien la llevó por primera vez a su habitación.

En cierto aspecto, ese día se sintió nacer. Podía hablar con Julien como no podía hacerlo con nadie más. Se sentía impotente en su silencio, el cual interrumpía de vez en cuando para protestar cuando su abuelo la azotaba o cuando los demás le rogaban que dijera algo. Entonces solía hablar en verso, porque en realidad no se dirigía a ellos, sino que recitaba palabras al azar.

Julien le pidió que le recitara esos extraños versos, sus profecías. Julien estaba asustado. Sabía que se avecinaban malos tiempos.

Se sentían alegres y felices, el anciano y la niña que se negaba a.. hablar. Por las tardes, él le hacía el amor lentamente con menos destreza que Stella, sí, pero había que tener en cuenta que era un viejo. Él le pedía perdón por tardar tanto en acabar, pero le proporcionaba a Evelyn un gran placer con sus besos, sus abrazos, sus hábiles manos y las palabras eróticas que le murmuraba al oído mientras la acariciaba., Tanto Julien como Stella eran expertos en el arte de besar y acariciar.

Sabían convertir el amor en algo suave y maravilloso. Y cuando llegó la violencia, Evelyn estaba preparada, incluso la deseaba.

—Sí, se avecinan malos tiempos —dijo Julien—. No puedo decirte, más, bonita. No me atrevo a explicártelo. Ella ha quemado mis cuadernos en una hoguera, sobre el césped. Quemó lo que me pertenecía. Al quemarlos, es como si hubiera quemado mi vida. Quiero que te lleves el Victrola de esta casa. Quiero que lo conserves en recuerdo mío. Es mío, es un objeto que he amado, que he tocado, al que he mibuido de mi espíritu como cualquier mortal puede imbuir un objeto de su espíritu. Guárdalo a buen recaudo, Eve, haz que el vals suene para mí. »Regálaselo a alguien que lo conserve cuando Mary Beth haya muerto. Mary Beth no vivirá eternamente, ni yo tampoco. No dejes que caiga en manos de Carlotta. Ya llegará el momento... Tras estas palabras Julien se había sumido de nuevo en la tristeza. Era mejor hacer el amor.

—No puedo evitarlo —dijo Julien—. Veo lo que va a suceder, pero no puedo hacer nada. No sé lo que es posible. ¿Y si el infierno estuviera totalmente desierto? ¿Y si no hubiera nadie allí a quien odiar? ¿Y si fuera como la noche oscura que se cierne sobre Donnelaith, en Escocia? En tal caso, Lasher procede del infierno. —¿Dijo realmente esas

cosas? —le preguntó Stella a Evelyn años atrás, un mes después de esa conversación entre Julien y ésta. Stella había sido asesinada. En el año 1929, Stella había cerrado los ojos para siempre. Habían pasado muchas cosas desde la muerte de Stella. Cosas que habían afectado a muchas generaciones. Al mundo.

En ocasiones, a Evelyn le consolaba oír a Mona, a su querida y pelirroja Mona, protestar contra el modernismo.

—Está apunto de acabar el siglo —solía decir—, y los estilos más coherentes y válidos se desarrollaron en los primeros veinte años. Stella lo presencié. Si contempló obras del art deco, si escuchó música de jazz, si admiró un Kandinski, vio el siglo xx. ¿Qué ha habido desde entonces?

Fíjate en estos anuncios de un hotel de Miami. Parecen hechos en 1923, cuando tú viajabas por el mundo con Stella.

Sí, Mona era un consuelo para ella.

—Puede que me marche a Inglaterra con ese hombre de Talamasca —dijo un día Stella, poco antes de morir. Estaban comiendo espaguetis y miró a Evelyn con aire pensativo, sosteniendo el tenedor en alto, como si tuviera que decidirlo allí mismo. Era como si deseara huir de la casa de la calle Primera, de Lasher, pedir ayuda a esos extraños personajes.

—Pero Julien nos ha prevenido contra esos hombres, Stella. Dijo que eran los alquimistas de mi poema. Dijo que a la larga nos harían daño. Ésa fue la palabra que utilizó, Stella, nos advirtió que no tuviéramos ningún trato con ellos.

—Ese hombre de Talamasca se ha propuesto averiguar lo del cadáver del desván. Cuando uno es un Mayfair puede asesinar impunemente a quien le plazca, nadie hace nada al respecto —contestó Stella.

Un mes más tarde su hermano Lionel la mató.

Nadie sabía lo del Victrola ni el asunto entre Julien y Evelyn. La única testigo viva de Evelyn había muerto.

No resultó empresa fácil sacar el Victrola de la casa. Un día, durante la última enfermedad de Julien, éste aguardó a que Mary Beth y Carlotta hubieran salido y envió a los chicos en busca de la «otra caja de música», como se empeñaba en llamarlo, que estaba en el comedor.

Una vez que Julien dispuso de otro gramófono, más grande que el Victrola, en el que poner sus queridos discos a todo volumen, le dijo a Evelyn que podía llevarse el Victrola. Le ordenó que cantara con voz clara y potente mientras se dirigía hacia su casa cargada con el aparato, como si estuviera sonando un disco.

—La gente me tomará por loca —protestó ella suavemente. Luego se miró las manos, concretamente la izquierda, que tenía seis dedos, la marca de las brujas. — ¿Qué te importa lo que piense la gente? —respondió Julien sonriendo. Siempre había tenido una sonrisa muy hermosa. Sólo aparentaba la edad que tenía cuando estaba dormido. Le había dado cuerda al gramófono—. Puedes llevarte estos discos de ópera, tengo otros. Llévatelos a tu casa. Si pudiera comportarme como un caballero y transportar el Victrola y los discos a tu casa, no dudaría en hacerlo. Cuando llegues a la avenida, coge un taxi. El taxista te ayudará a transportarlo todo.

Evelyn echó a caminar cargada con el Victrola, como un monaguillo en una procesión, cantando una canción que sonaba en el gramófono grande.

Al llegar a la esquina de Prytania y la calle Cuarta se detuvo y dejó el aparato en el suelo, pues le dolían los brazos. Se sentó en la acera, con los codos apoyados en las rodillas, y descansó un rato mientras observaba los vehículos que circulaban por la calle. Luego cogió un taxi, cosa que jamás había hecho, y al llegar a su casa le entregó al taxista los cinco dólares que le había dado Julien y le pidió que transportara el Victrola hasta el desván.

Un aciago día, poco después de morir Julien, Mary Beth se presentó en su casa y le preguntó si tenía «algún objeto

perteneciente a Julien», si se había llevado algo de su habitación. Evelyn meneó la cabeza, negándose como de costumbre a responder. Mary Beth se dio cuenta de que estaba mintiendo. —¿Qué es lo que te dio Julien? —preguntó.

Evelyn se sentó en el suelo del desván, de espaldas al armario, que estaba cerrado con llave y contenía el Victrola, negándose a responder. «Julien está muerto —pensó—, Julien está muerto.»

En aquellos momentos aún no sabía que estaba encinta, no sabía que llevaba en el vientre a la pobre Laura Lee. Por las noches, vagaba por las calles en silencio, sin dejar de pensar en Julien, y no se atrevía a tocar el Victrola mientras hubiera alguna luz encendida en la enorme casa de la calle Amelia.

Años más tarde, cuando murió Stella, fue como si se abriera la vieja herida y ambas heridas se convirtieran en una sola: la pérdida de sus dos maravillosos amores, la pérdida de la única cálida luz que había penetrado los misterios de su vida, de la música, del fuego.

—No intentes obligarla a hablar —le dijo su bisabuelo a Mary Beth—. Vete de aquí. Regresa a tu casa.

Déjanos en paz. No tienes nada que hacer aquí. Si en esta casa hay algo perteneciente a ese abominable sujeto, yo mismo lo destruiré.

Era un hombre cruel, su bisabuelo. De haber podido, habría matado a Laura Lee. «¡Son unas brujas!», exclamó una vez, blandiendo un cuchillo y amenazando con cortar el sexto dedo que tenía Evelyn en la mano. Evelyn se puso a gritar como una loca. Por fortuna, los otros —Pearl, Aurora y los de Fontevault— consiguieron detenerlo.

Pero Tobias, el mayor, era el peor de todos. Odiaba a Julien a causa del incidente acaecido en 1843, cuando éste mató a su padre, Augustin, en Riverbend, siendo Julien un niño, Augustin un muchacho joven y Tobias, el aterrado testigo, un bebé de pocos meses que aún llevaba vestidos.

Así era como vestían, en aquella época, a los niños de corta edad. «¡Vi a mi padre caer muerto a mis pies!»

—No quise matarlo —le explicó Julien a Evelyn mientras yacían en el lecho—. No pretendía que una de las ramas de la familia se separara de la otra con odio y rencor. Pese a los esfuerzos de los demás, la familia ha quedado desunida. Ahora existen dos bandos, los de aquí y los de la calle Amelia.

Lamento mucho lo ocurrido. Yo era un niño, y aquel imbécil no sabía administrar la plantación. No tengo reparos en disparar contra alguien si me veo obligado a hacerlo, pero no fue premeditado, te lo juro.

No quise matar a tu tatarabuelo. Fue un lamentable error.

A Evelyn no le importaba. Odiaba a Tobias. Los odiaba a todos. Eran unos viejos insoportables...

Sin embargo, fue con un viejo con el que hizo el amor por primera vez, en el desván de Julien.

Recordaba las noches en que se dirigía a pie a la casa de la calle Primera y trepaba por la enredadera hasta alcanzar el piso superior. Al volverse y contemplar el suelo, le entraba vértigo.

Allí, sobre esas losas, había muerto la pobre Antha, pero entonces todavía no habían ocurrido las horribles muertes de Stella y Antha. Siempre recordaría con nostalgia la gruesa y suave enredadera mientras trepaba por ella.

—Ah, chérie —solía decir Julien, abriendo la ventana para reci-birla—. Estás loca, amor mío. Mon Dieu!, podías haberte matado.

—No temas —murmuraba ella, a salvo en sus brazos.

Ni siquiera Richard Llewellyn, el chico al que Julien mantenía, había conseguido separarlos.

Richard siempre llamaba a la puerta de la habitación de Julien antes de entrar. Evelyn no estaba segura de lo que sabía Richard Llewellyn. Años atrás, éste habló con el hombre de Talamasca, aunque Evelyn le había pedido que

no lo hiciera. Al día siguiente, Richard fue a visitarla. —¿Le hablaste de mí? —inquirió Evelyn. Richard era muy viejo. No tardaría en morir.

—No, no le dije nada. No quería que creyera... —¿Qué? ¿Que Julien era capaz de acostarse con una muchacha de mi edad? —replicó Evelyn, soltando una carcajada—. Te advertí que no hablaras con ese hombre.

Richard murió al cabo de un año y Evelyn heredó sus viejos discos. Richard debía de estar enterado de lo del Victrola, pues de lo contrario no le hubiera dejado sus viejos discos.

Evelyn debió haberle regalado el Victrola a Mona años atrás, sin tantas ceremonias, prescindiendo de sus estúpidas nietas, Alicia y Gifford. Era muy propio de Gifford confiscarlo todo, el gramófono y el hermoso collar de perlas. —¡No te atrevas a hacer semejante cosa!

También era muy propio de Gifford confundirse, meter la pata. Se había quedado horrorizada cuando la anciana Evelyn recitó el poema. —¿Por qué te regaló Julien el Victrola? ¿Qué pretendía con ello? —le preguntó—. Era un brujo y tú lo sabes. Un brujo como los otros.

Luego Gifford le confesó que se había llevado esas cosas y había vuelto a ocultarlas en la casa de la calle Primera, de la que, según ella, jamás debieron salir. —¡Serás imbécil! —exclamó la anciana Evelyn—. ¿Por qué lo hiciste? ¡Eran para Mona! ¡Mona es su biznieta! No debiste llevar el Victrola a esa casa, donde sin duda lo encontrará Carlotta y lo destruirá.

De pronto Evelyn recordó que Gifford había muerto esa mañana. Echó a andar por la avenida Saint Charles hacia la calle Primera, pensando en que su estúpida e irritante nieta había muerto.

«¿Por qué no lo presentí? ¿Por qué no viniste a comunicármelo, Julien?»

Hacía más de medio siglo, Evelyn oyó la voz de Julien una hora antes de morir éste. Al oír que la llamaba, Evelyn

se levantó de un salto, abrió la ventana de par en par, aunque estaba lloviendo, y vio a Julien de pie, junto a un hermoso caballo negro. Al principio no lo reconoció, pues temía que ya hubiera muerto. Julien agitó la mano alegremente y dijo:

—Au revoir, ma chérie.

Evelyn salió y echó a correr a lo largo de diez manzanas hasta llegar a la casa de la calle Primera, trepó por la enredadera y durante unos preciosos momentos contempló sus ojos, en los que aún palpitaba la vida, clavados en los suyos. «¡Oh, Julien, oí que me llamabas. Te he visto. He visto la encarnación de tu amor.» Evelyn abrió la ventana y se asomó al interior de la habitación.

—Deseo incorporarme, Eve —murmuró él—. Ayúdame, Evie, me estoy muriendo. Ha llegado la hora de mi muerte. Los demás no se percataron de la presencia de ella. Evelyn permaneció en cuclillas sobre el tejado del porche, calada hasta los huesos, escuchando sus voces. Los otros se apresuraron a cerrar la ventana, amortajaron el cadáver y enviaron recado al resto de la familia, mientras ella permanecía oculta tras la chimenea, pensando: «¡Ojalá me cayera un rayo encima! Deseo morir.

Julien ha muerto.» —¿Qué te dio Julien? —le preguntaba Mary Beth cada vez que iba a verla, año tras año. Al hacerle esa pregunta, Mary Beth miraba fijamente a la pequeña Laura Lee, una niña débil y delgaducha muy distinta de los robustos bebés que todos se precipitan a estrechar entre sus brazos. Mary Beth sabía que Julien era el padre de Laura Lee.

Los otros la odiaban. «Es hija de Julien, no hay más que verla. Fijaos, tiene un sexto dedo, como todas las brujas, como su madre.»

Total, sólo se trataba de un diminuto dedo adicional. La mayoría de las personas ni siquiera reparaban en él. Laura Lee se sentía avergonzada de ese defecto, aunque ni las monjas ni sus compañeras del Sagrado Corazón conocían el significado.

—La marca de las brujas —solía decir Tobias—. Existen varias. El cabello rojo es la peor de todas, seguida de un sexto dedo y de una monstruosa estatura. Tú tienes un sexto dedo. Vete a vivir a la casa de la calle Primera, con esos malditos fantasmas que te transmitieron sus habilidades. ¡Fuera de mi casa!

A Evelyn no se le hubiera ocurrido trasladarse a la casa de la calle Primera estando allí Carlotta.

Era mejor no hacer caso del viejo Tobias y seguir ocupándose de su hija, la pequeña Laura Lee, cuya frágil salud le impidió terminar sus estudios en la escuela. ¡Pobre Laura Lee! Se pasaba la vida ocupándose de los gatos callejeros que hallaba en el vecindario, hablando con ellos y dándoles de comer, hasta que los vecinos empezaron a quejarse. Era muy mayor cuando al fin se casó, y encima tenía que soportar a aquellas dos pelmazas. ¿Éramos nosotras, las que ostentábamos la marca del sexto dedo, las poderosas brujas? ¿Y Mona?

Al fin y al cabo, era pelirroja.

A medida que pasaron los años, el gran legado de los Mayfair pasó a manos de Stella y luego de Antha y de Deirdre...

Todas ellas habían muerto y se habían hundido en las tinieblas. Incluso la rutilante luz de Stella acabó desvaneciéndose.

—Pero vendrá otra época, una época de batallas y catástrofes —le prometió Julien a Evelyn una noche en que hablaron. Recuerda el significado de tu poema, Evelyn. Trataré de estar presente cuando ello ocurra.

La música seguía sonando a todo volumen, como le gustaba a Julien.

—Verás, chérie, te revelaré un secreto. «Él» no puede oírnos con claridad cuando suena la música.

Es un viejo secreto que me contó mi abuela Marie Claudette. »Ese perverso demonio se siente atraído por la música. La música le distrae. Es capaz de percibirla aun

cuando no oiga ningún otro so-nido. El ritmo le fascina. Todos los fantasmas encuentran esas cosas irresistibles. En su tristeza, ansían el orden, la simetría, unos patrones visibles.

Utilizo la música para atraerlo y confundirlo. Mary Beth lo sabe también. ¿Por qué crees que hay un gramófono en todas las habitaciones? ¿Por qué crees que Mary Beth es tan aficionada a los Victrolas? Porque le ofrecen la posibilidad de zafarse de ese ser, de gozar de unos instantes de privacidad. »Cuando yo desaparezca, quiero que hagas sonar el Victrola y pienses en mí. Quizá pueda oírlo, quizá pueda regresar junto a ti. Quizá la música del vals penetre las tinieblas y me permita reunirme de nuevo contigo. —¿Por qué dices que es perverso? En casa siempre dicen que el espíritu de esta casa está dominado por ti. Tobias se lo dijo a Walker.

Me lo dijeron a mí cuando me informaron que Cortland era mi padre. Según dicen, Lasher es el esclavo mágico de Julien y de Mary Beth, y les concede todos sus deseos.

Julien negó con la cabeza mientras sonaban los acordes de una canción napolitana.

—Es infinitamente perverso, te lo aseguro, aunque él mismo no lo sepa. Recita de nuevo el poema, Evie.

La anciana Evelyn detestaba recitar el poema. Salía de sus labios como si ella fuera un Victrola y alguien la pinchara con una aguja invisible, haciendo que brotaran unas palabras que ni ella misma sabía lo que significaban. Unas palabras que atemorizaban a Julien, al igual que habían atemorizado a su sobrina Carlotta, unas palabras que Julien repetía sin cesar a medida que transcurrían los meses.

Julien presentaba un aspecto juvenil y vigoroso, con sus blancos cabellos rizados y espesos y sus ojos de mirada penetrante clavados en ella. A diferencia de la mayoría de los ancianos, veía y oía perfectamente. ¿Serían acaso sus numerosos amores los que hacían que se mantuviera tan joven? Es posible. Julien le acarició la mejilla con su suave y seca mano y dijo:

—No tardaré en morir, como todo el mundo. Es irremediable.

Fueron unos meses inolvidables.

Julien se le había aparecido en esa visión, joven y apuesto. Ella había oído su voz junto a la ventana y lo había visto, calado hasta los huesos, sonriendo y sosteniendo las riendas de su caballo.

«Au revoir,, ma chérie.»

Posteriormente Evelyn había tenido unas fugaces visiones, como destellos, en los que aparecía Julien en el tranvía, en un coche y en el cementerio, durante el funeral de Antha. Quizá fuera producto de su imaginación. Hasta habría jurado haberlo visto unos segundos durante el funeral de Stella. ¿Fue por eso por lo que Evelyn le habló tan duramente a Carlotta, acusándola sin rodeos de haber inducido al asesinato de Stella?

—Fue la música, ¿No es cierto? —le increpó Evelyn, temblando de dolor y odio—. Mientras la orquesta sonaba a todo volumen, Lionel se acercó sigilosamente a Stella y disparó contra ella. Y el «hombre» no se dio cuenta. Utilizaste la música para distraerlo. Conocías el truco. Julien me lo contó. Tú mataste a tu hermana. " —¡Apártate de mí, bruja! —replicó Carlotta con rabia—. ¡No quiero saber nada de ti ni de la gente como tú!

—Tu hermano está loco, pero tú le indujiste a matarla. Lo sé. Conocías el truco de la música y lo utilizaste para matar a tu hermana.

Le había costado un gran esfuerzo pronunciar aquellas palabras, pero su amor por Stella lo merecía.

Stella. Más tarde, Evelyn permaneció tendida en el lecho del pequeño apartamento del barrio francés, estrechando el vestido de Stella contra su pecho y llorando amargamente. Jamás hallarían las perlas de Stella. Después de su muerte, Evelyn se había replegado en sí misma, no había vuelto a entregarse a nadie.

—Me gustaría darte mis perlas —le había dicho Stella—, pero temo que Carlotta se ponga hecha una furia. Me ha advertido que no debo regalar las joyas y demás tesoros de la familia. Si supiera que Julien te ha dado el Victrola, te lo arrebataría. Se pasa la vida haciendo inventario de las cosas. Eso es lo que debería hacer en el infierno: asegurarse de que nadie ha salido por error del purgatorio, de que todos están padeciendo el castigo que les corresponde. Es una bestia. Es posible que no vuelvas a verme, cariño. Quizá me fugue con ese inglés de Talamasca. —¡Será tu desgracia! —contestó Evelyn con vehemencia—. Lo presiento.

—Anda, baila, diviértete. No dejaré que te pongas mis perlas si te niegas a bailar.

Fue la última vez que Stella y Evelyn hablaron a solas. A Evelyn aún le parecía ver la sangre deslizándose sobre el encerado suelo.

Sí, le contestó Evelyn más tarde a Carlotta, tenía las perlas, pero aquella noche las dejó en casa.

Posteriormente se había negado siempre a responder a sus preguntas.

A lo largo de las décadas, otros le habían preguntado por ellas. Incluso Lauren le dijo una vez:

—Eran unas perlas de gran valor. ¿No recuerdas lo que fue de ellas?

Incluso el joven Ryan, el amor de Gifford, se había visto forzado a sacar a relucir el tema.

—La tía Carlotta no deja de hablar de las perlas, Evelyn.

Al menos Gifford se había mostrado prudente y discreta. Pobre Gifford, no debió haberle enseñado las perlas. Aunque no le dijo una palabra a Carlotta.

De no haber sido por Gifford, las valiosas perlas habrían permanecido para siempre ocultas en la pared. Gifford, Gifford, Gifford, la buena de Gifford. Pero las perlas habían vuelto a su escondrijo.

Eso era lo más divertido. El dichoso collar se hallaba de nuevo en su escondrijo.

Razón de más para caminar erguida, despacio, con cautela. Las perlas estaban ahí y le correspondían a Mona, puesto que Rowan Mayfair había desaparecido y quizá no regresara jamás.

Buena parte de las casas que adornaban la avenida habían desaparecido, pensó Evelyn con tristeza. Nada podía sustituir a unas espléndidas mansiones con llamativos ornamentos en las fachadas, alegres batientes y ventanas redondas. Desde luego, no esos horribles edificios de estuco y cola, esos minúsculos apartamentos destinados a personas de clase media. ¡Ni que la gente fuera tonta!

Mona se había dado cuenta. Había dicho claramente que la arquitectura moderna era un fracaso.

Uno no tenía más que echar un vistazo a su alrededor. Era por eso por lo que la gente buscaba casas antiguas. — ¿Sabes?, creo que entre 1860 y 1969 se construyeron y demolieron más edificios que en ninguna otra época de la historia —informó un día Mona a la anciana Evelyn—. Piensa en las ciudades europeas. Las casas de Amsterdam se remontan al siglo XVII. Y piensa en Nueva York. Casi todos los edificios de la Quinta Avenida son nuevos; apenas queda uno en pie que fuera construido a finales de siglo, aparte de la mansión Frick. Claro que la única vez que he estado en Nueva York, es cuando fui con la tía Gifford, pero ella no es aficionada a la arquitectura. Lo único que le interesaba era ir de compras.

Evelyn estaba de acuerdo con ella, aunque no dijo nada. Evelyn siempre estaba de acuerdo con Mona, pero nunca decía nada.

Antes de que el ordenador reclamara toda su atención, Mona solía utilizar a la anciana Evelyn para exponer ante ella sus teorías. No era necesario que Evelyn dijera nada. Mona era capaz de conversar sola, saltando de un tema a otro con pasmosa rapidez. Mona era su tesoro, y ahora que Gifford había desaparecido, Evelyn y Mona podrían sentarse a charlar juntas mientras escuchaban un disco en el Victrola.

Sí, y le daría las perlas.

La anciana Evelyn exhaló de nuevo un suspiro de alivio. Ya no tendría que contemplar el amargado rostro de Gifford, ni sus atemorizados ojos, ni oír su tímida vocecilla. Gifford había muerto y ya no tendría que presenciar la destrucción de Alicia con expresión horro-rizada, ni vigilarlos a todos como si fuera su guardián. ¿Presentaría la avenida la misma fisonomía que antes?, se preguntó Evelyn. No tardaría en llegar a la esquina de ésta con la calle Washington, pero los nuevos edificios la hacían sentirse un tanto desorientada.

La vida se había vuelto extremadamente ruidosa y desagradable. Los camiones de la basura pasaban rugiendo mientras engullían los desperdicios. ¿y qué decir del fragor de los coches y las motos? El vendedor de bananas había desaparecido, así como el de los helados. Los deshollinadores ya no existían. La vieja ya no aparecía por la calle Amelia con su cesta de moras. Laura Lee había muerto presa de fuertes dolores. Deirdre se había vuelto loca y la hija de Deirdre, Rowan, había regresado a casa un día después de morir su madre. El día de Navidad había ocurrido algo espantoso de lo cual nadie quería hablar. Y Rowan Mayfair había desaparecido. ¿Y si Rowan Mayfair y su nuevo acompañante hubieran hallado el Victrola y los discos? No, Gifford le había asegurado a Evelyn que no los habían encontrado, y aunque así fuera no habría permitido que se los llevaran.

Gifford lo había ocultado todo en el escondrijo que utilizaba Ste-lla, cuya existencia conocía porque Evelyn se lo había revelado. Había sido una estupidez. No debía haberles revelado nada ni a Gifford ni a Alicia. No eran más que unos eslabones en la cadena. La joya era Mona.

—Jamás los hallarán, Evelyn. He colocado las perlas en el escondite que hay en la pared de la biblioteca, junto con el Victrola. Están a buen recaudo. Y Gifford, la distinguida Mayfair, miembro del club de campo, había ido sola a la

siniestra mansión para ocultar esos objetos. ¿Había visto acaso al «hombre»?

—Jamás conseguirán encontrarlos. Se pudrirán en esa casa —dijo Gifford—. Tú misma me mostraste el lugar un día que estábamos en la biblioteca.

—No te burles de mí —solía decirle Evelyn.

La misma tarde del funeral de Laura Lee le había enseñado a la pequeña Gifford el escondrijo de la biblioteca. Fue la última vez que Carlotta les abrió su casa.

Corría el año 1960. Deirdre estaba muy delicada de salud y, tras haber sido separada de su hija, Rowan, había ingresado de nuevo en el sanatorio. Hacía un año que Cortland había fallecido.

Carlotta siempre había sentido lástima de Laura Lee, por el hecho de ser hija de Evelyn. Millie Querida y Belle le habían pedido permiso a Carlotta para reunir a toda la familia en la casa de la calle Primera, después del funeral. Carlotta había mirado a Evelyn con tristeza, tratando de odiarla, pero compadeciéndose de ella por haber enterrado a su hija y, quizá, por el hecho de haber permanecido ella misma enterrada viva desde el día en que murió Stella.

—Puedes reunir a la familia aquí —le dijo Millie Querida. Carlotta no se había atrevido a contradecirla.

—Desde luego —terció Belle, pues siempre había sabido que Laura Lee era hija de Julien. Todos lo sabían—. Podéis regresar a casa con nosotros —dijo Belle, la dulce Belle. ¿Por qué había ido? En realidad, Evelyn no lo sabía. Quizá para ver de nuevo la casa de Julien, o para comprobar si las perlas seguían ocultas en la biblioteca.

Mientras los demás hablaban de los terribles dolores que había padecido Laura Lee, de la pobre Gifford y la pobre Alicia, y de las desgracias que les habían sobrevenido, Evelyn tomó a la pequeña Gifford de la mano y la condujo a la biblioteca.

—Deja de llorar por tu madre —le ordenó Evelyn—. Laura Lee está en el cielo. Ven, te mostraré un escondite. Te

enseñaré un precioso collar de perlas.

Gifford se enjugó los ojos y la siguió. Había permanecido sumida: en un estado de estupor desde la muerte de su madre, estupor del que no se recuperó hasta que, años más tarde, contrajo matrimonio con Ryan. Pero con Gifford siempre existía cierta esperanza. La tarde del funeral de Laura Lee, Evelyn se sentía alegre y confiada.

Gifford había vivido una vida plena y agradable, preocupada por todo y por todos, como de costumbre, pero quería mucho a Ryan, tenía unos hijos maravillosos y sentía un profundo cariño por Mona, con la que procuraba no meterse, aunque le infundía terror.

Qué extraña era la vida. Gifford había muerto. Era imposible. Debía haber sido Alicia quien muriera. Se habían equivocado de persona. ¿Acaso lo había previsto Julien?

Evelyn recordaba con toda nitidez el funeral de Laura Lee, la biblioteca —llena de polvo y abandonada y las mujeres hablando en una habitación contigua.

Evelyn había apartado unos libros de la estantería y le había mostrado a la pequeña Gifford el espléndido collar de perlas.

—Nos lo llevaremos a casa. Hace treinta años lo oculté aquí, el día en que murió Stella en el salón de esta casa. Carlotta nunca consiguió dar con él. Me llevaré también estas fotos de Stella y mías.

Algún día estos objetos serán tuyos y de tu hermana.

Gifford contempló asombrada el largo collar de perlas.

Evelyn estaba satisfecha de haber derrotado a Carlotta, de haber podido conservar al menos el collar de perlas. El collar y el gramófono, sus dos tesoros. —¿A qué te refieres cuando dices que estabas enamorada de otra mujer? —le preguntó Gifford ingenuamente una noche en que ambas se hallaban sentadas en el porche, charlando y contemplando el tráfico que circulaba por la avenida.

—Pues eso, que la amaba, que la besé en los labios, que le chupé los pezones, que introduje la lengua entre sus

piernas y noté su sabor. ¡Era como si me ahogara dentro de ella!

Sus palabras habían escandalizado y asustado a Gifford. ¿Se habría casado virgen?, se preguntó la anciana Evelyn. Probablemente. Qué horror, aunque sin duda Gifford había sabido sacarle partido a esa circunstancia.

Ah, ésa era la avenida Washington. No cabía la menor duda. Y la antigua floristería seguía ahí, lo cual significaba que la anciana Evelyn podría subir con cuidado los escalones de la tienda y encargarse de unas flores para su querida nieta. —¿Qué hiciste con mis tesoros? —¡No le digas esas cosas a Mona!

La anciana Evelyn contempló atónita las flores arracimadas contra el cristal, como si estuvieran prisioneras, preguntándose adónde debía enviar las flores para Gifford, que había muerto.

Oh, querida...

Sabía qué flores deseaba enviar. Sabía qué clase de flores le gustaban a Gifford.

Por supuesto, no trasladarían el cadáver a casa para el velatorio. Los Mayfair de Metairie eran incapaces de semejante cosa. Seguramente en estos momentos lo estarían maquillando en una funeraria perfectamente refrigerada.

—No se os ocurra colocar mis restos en hielo en uno de esos modernos lugares —les había advertido Evelyn el año pasado, después del funeral de Deirdre, cuando Mona le explicó que Rowan había regresado de California y se había inclinado sobre el ataúd para besar a su madre, y que Carlotta había caído muerta aquella misma noche sobre la mecedora de Deirdre, como si anhelara reunirse con ella, dejando a la pobre Rowan Mayfair de California sola en aquella sinies-tra casa. —¡Qué tiempos, qué vida! —exclamó Mona, extendiendo sus delgados y pálidos brazos y sacudiendo su larga melena roja—. Fue peor que la muerte de Ofelia.

—No lo creo —replicó la anciana Evelyn.

Deirdre había perdido la razón hacía muchos años, y si esa médica de California, Rowan Mayfair, hubiera tenido valor, habría regresado hacía tiempo para exigir responsabilidades a quienes habían drogado y lastimado a su madre. Esa chica californiana no valía nada, pensó la anciana Evelyn, y era por eso por lo que nunca la habían llevado a la casa de la calle Amelia. La anciana Evelyn sólo la había visto una vez, con motivo de la boda de la muchacha, como una doncella apunto de ser sacrificada en aras de la familia, vestida de blanco y con la esmeralda colgada del cuello.

Había asistido a la boda no porque Rowan Mayfair, la heredera del legado, se casara con un joven llamado Michael Curry en la iglesia de Santa María, sino porque Mona era una de las damas de honor y quería que la anciana Evelyn asistiera.

Le había resultado muy duro entrar en la casa al cabo de tantos años y verla tan hermosa como en los tiempos de su relación con Julien, y contemplar la felicidad de la doctora Rowan Mayfair y su cándido marido, Michael Curry. Al igual que uno de los jóvenes irlandeses de Mary Beth, era alto y atlético, muy amable y abierto, aunque algo brusco e ignorante, pese a que decían que era muy culto y fingía ese aire plebeyo, por decirlo así, porque era hijo de un bombero y no pretendía ocultar sus humildes orígenes.

Sí, se parecía mucho a los jóvenes irlandeses de Mary Beth, pensó la anciana Evelyn, aunque era lo único que recordaba de la boda, de la hija de Deirdre. La habían acompañado a casa temprano, cuando Alicia se emborrachó tanto que apenas se sostenía en pie. Pero a ella no le importó. Se sentó junto a la cama de Alicia, como de costumbre, rezando el rosario, soñando y tarareando las canciones que Julien solía poner en el desván.

Los novios habían bailado en el amplio salón. El Victrola estaba oculto en la pared de la biblioteca, donde nadie

pudiera encontrarlo. De haberse acordado de él, es posible que Evelyn hubiese ido a darle cuerda, mientras los convidados cantaban y bebían y reían, para que apareciera Julien, un invitado totalmente inesperado.

Pero no se le había ocurrido. Estaba demasiado preocupada por si Alicia tropezaba y caía de bruces.

Esa noche, Gifford subió a la habitación de Alicia, en la casa de la calle Amelia.

—Me alegro de que asistieras a la boda —dijo amablemente, apoyando la mano en el hombro de Evelyn—. Te convendría salir más a menudo. ¿Fuiste a mirar en el escondrijo de la biblioteca? ¿Se lo has contado a los demás?

La anciana Evelyn no se molestó en responder.

—Creo que Rowan y Michael serán muy felices —dijo Gifford. Luego besó a Evelyn en la mejilla y salió. La habitación apestaba a alcohol. Alicia gemía como solía gemir su madre, resuelta a morir a toda costa para reunirse con ella.

Sí, era la avenida Washington. En una esquina estaba la casa de estilo reina Ana, con sus tejas de madera blancas. Era la única casa antigua que quedaba. Y la floristería. Evelyn se disponía a comprar unas flores para su querida nieta, pero no recordaba...

De pronto ocurrió algo muy curioso. Un hombre delgado y de baja estatura, con gafas, apareció en la puerta de la floristería y se dirigió a ella, aunque Evelyn apenas oyó lo que decía debido al ruido del tráfico. —¡Pero si es la señorita Evelyn! No la había reconocido. ¿Qué hace tan lejos de su casa? ¿No quiere pasar? Llamaré a su nieta.

—Mi nieta ha muerto —contestó Evelyn—. No puede llamarla.

—Sí, lo sé. Lo lamento —dijo el hombrecillo, aproximándose a ella. No era tan joven como en principio había supuesto Evelyn. En realidad, no estaba segura de conocerlo.

—Lamento lo de la señorita Gifford. He recibido numerosos encargos de coronas de flores. Me refería a llamar a la señorita Alicia para que venga a recogerla. —¿Cree que Alicia vendría a recogerme? Se nota que no la conoce —contestó Evelyn.

Pero ¿por qué se molestaba en responder a ese desconocido? Hacía tiempo que había renunciado a hablar, a dar explicaciones. Se volvería loca si comenzaba a hablar de nuevo. ¿Cómo se llamaba ese hombre? ¿Qué diantres le estaba diciendo? Si hiciera un esfuerzo, quizá lograría recordar quién era, su nombre y dónde lo había visto por última vez. Puede que hubiera llevado flores ala casa de la calle Amelia, o que la hubiera saludado un día al pasar frente al jardín.

Pero ¿acaso merecía la pena esforzarse en recordar esos detalles? Era como seguir un hilo a través de un laberinto. ¡Qué estupidez!

El joven bajó los escalones del porche y dijo:

—Pase y descanse unos minutos. Permítame ayudarla, señora. Está usted muy guapa esta mañana.

Lleva un broche precioso.

«Seguro que sí —pensó la anciana Evelyn—. Soy una hermosa joven que se oculta en el cuerpo de una vieja.» Pero no quería herir los sentimientos de ese inocente joven, de ese desconocido, aunque fuera calvo y tuviera aspecto de anémico. A fin de cuentas, él no sabía cuánto hacía que se había convertido en una vieja. En cierto modo, su declive comenzó poco después de nacer Laura Lee, cuando solía llevar a la niña de paseo en el cochecito hasta la avenida Washington y alrededor del cementerio. Ya entonces se sentía vieja. —¿Cómo se enteró usted de que había muerto mi nieta? ¿Quién se lo dijo? —preguntó Evelyn. Era asombroso. Ni siquiera ella misma estaba segura de cómo se había enterado de la noticia.

—Me llamó el señor Fielding para pedirme que llenara la habitación de flores. Estaba deshecho. Es muy triste. Lo

lamento sincera mente, señora. No sé qué decir.

—Lo suyo es vender flores. Flores para los muertos, más que para los vivos. Debería aprenderse unas cuantas frases amables para pronunciarlas en estos casos. Supongo que eso es lo que la gente espera, ¿no es así?

—Disculpe, ¿cómo dice?

—Escuche, joven, comoquiera que se llame. Límitese a enviar unas flores para mi nieta Gifford.

Eso sí lo oyó el dueño de la floristería, aunque se trataba de un encargo relativamente modesto.

—Quiero que envíe un ramo de gladiolos blancos, rosas rojas y azucenas, adornado con una bonita cinta. Escriba la palabra «nieta» en la cinta. Eso es todo. Quiero que sea un ramo esplendido y que lo coloquen junto al ataúd. A propósito, ¿Le ha informado mi primo Fielding dónde se encuentra el ataúd, o acaso debe llamar a todas las funerarias para descubrirlo?

—En Metairie, señora. Ya me he informado. Me han llamado varias personas para comunicármelo. ¿Cómo? ¿En Metairie? ¿Qué estaba diciendo ese joven? Un gigantesco camión acababa de atravesar la avenida y se dirigía hacia Carondelet. ¡Qué lata! ¡Y esos horribles edificios! ¡Los muy idiotas! Habían derribado unas magníficas mansiones para construir esos adefesios en su lugar. «Estoy rodeada de idiotas.»

La anciana Evelyn alzó la mano para alisarse el pelo. El joven la sujetó del brazo.

—Suélteme —dijo, o trató de decir, la anciana Evelyn. ¿De qué estaban hablando? No lo recordaba. ¿Y qué diantre hacía ella allí? ¿No le había hecho el joven esa misma pregunta?

—Llamaré un taxi para que la lleve a casa. O si lo prefiere, la acompañaré yo mismo.

—Nada de eso —respondió Evelyn.

De pronto, al observar las flores apretujadas contra el cristal, re-cordó lo que se disponía a hacer.

Echó a andar con paso decidido, dobló la esquina de la avenida y se dirigió hacia el Garden District, donde se hallaba situado el cementerio, para visitar la tumba de los Mayfair. Siempre había sido uno de sus paseos favoritos. ¿No era aquel edificio con un toldo blanco en la fachada el Commander's Palace? ¡Cuántos años hacía que no iba a comer allí! Gifford no cesaba de rogarle que la llevara.

Había almorzado algunas veces en el Commander's Palace en compañía de Gifford y su marido Ryan, un joven de aspecto sonriente y optimista. Costaba creer que fuera un Mayfair, un biznieto de Julien. Pero las jóvenes generaciones Mayfair tenían un aire distinto. Gifford pedía siempre una ensalada de gambas y jamás derramaba una gota de salsa sobre la blusa o el pañuelo que llevaba alrededor del cuello.

Gifford. Nada malo podía sucederle a Gifford.

—Joven —dijo la anciana Evelyn.

El dueño de la floristería se apresuró a alcanzarla y la sostuvo del brazo, perplejo, con aire de superioridad, confundido, orgulloso. —¿Qué le ha sucedido a mi nieta? Cuénteme lo que le dijo Fielding. Estoy trastornada. No quiero que me tome por una vieja desmemoriada. Suélteme, no es necesario que me sujete del brazo. ¿Qué le ha sucedido a Gifford Mayfair?

—No estoy seguro, señora —respondió el joven—. La encontraron tendida en la arena. Había perdido mucha sangre; según dicen, había sufrido una hemorragia. Es cuanto sé. Cuando la llevaron al hospital, ya había muerto. Su marido ha ido a Destin para averiguar los detalles de lo ocurrido.

—Es lo más natural—respondió la anciana Evelyn, apartándose bruscamente—. Le he dicho que me suelte el brazo.

—Temía que fuera a caerse. Está usted muy lejos de su casa. —¿De qué está hablando, joven? ¿Ocho manzanas? Yo solía recorrer este trayecto todos los días.

Había una pequeña heladería en la esquina de Prytania y Washington, donde me detenía para comprarle un helado a Laura Lee. ¡Le ruego que me suelte!

El joven la miró atónito, dolido y consternado. Pobrecito. Pero cuando una es vieja y frágil lo único que le queda es su autoridad, la cual puede venirse abajo en un instante. Si en estos momentos tropezaba y caía de bruces... Pero no, no permitiría que eso sucediera.

—Es usted muy amable. No pretendía herir sus sentimientos, pero le ruego que no me hable Como si estuviera loca, porque no lo estoy. Ayúdeme a cruzar la calle Prytania, es muy ancha. Luego regrese a su tienda y prepare el ramo que le he encargado para mi querida nieta. A propósito, ¿cómo sabe quién soy?

—Suelo llevarle varios ramos de flores el día de su cumpleaños. ¿No se acuerda de mí? Me llamo Hanky. Siempre la saludo cuando paso frente a la verja.

No lo dijo en tono de reproche, pero se mostraba receloso y Evelyn temía que la obligara a meterse en un taxi o, peor aún, que avisara a alguien para que la acompañara a casa, pues estaba claro que Hanky creía que no debía andar sola por las calles.

—Claro que le recuerdo, Hanky. Su padre se llamaba Harry y luchó en la guerra de Vietnam. Su madre, si no recuerdo mal, regresó a Virginia.

—Así es. Tiene usted una memoria prodigiosa —respondió el joven, muy complacido de que la anciana Evelyn se acordara de toda su familia.

Ése era el aspecto más enojoso de ser viejo, el que todos se pusieran a aplaudir por el mero hecho de que uno dijera que dos y dos sumaban cuatro.. Era patético. Por supuesto que la anciana Evelyn se acordaba de Harry. Les había llevado flores durante muchos años. ¿O era su padre, el viejo Harry, quien se las llevaba? Ay, Julien, no debiste dejar que viviera tantos años. Soy una vieja inútil.

Pero ahí estaba la tapia blanca del cementerio.

—Vamos, Hanky, ayúdeme a cruzar la calle. Debo irme —dijo Evelyn.

—Permítame que la acompañe a casa en el coche —insistió el joven—. O deje que avise a su nieto político. —¿A ese idiota? ¡Ni hablar! —protestó la anciana Evelyn, encarándose con él—. No siga o le daré un bastonazo —dijo, echándose a reír.

—Pero ¿no está cansada? ¿No quiere regresar a la tienda y sentarse un rato?

Evelyn se sintió de pronto demasiado cansada para responder. No merecía la pena seguir hablando. De todos modos, la gente nunca te escuchaba.

Se plantó en la esquina, sosteniendo el bastón con ambas manos, y contempló la avenida Washington, cubierta de hojas, la cual se extendía hasta el río. «Las mejores encinas de la ciudad», pensó Evelyn. Quizá debía ceder y dejar que ese joven la acompañara a casa. Algo iba mal, y, para colmo, no recordaba cuál era su misión. «Dios mío, soy realmente una vieja inútil.»

Al alzar la vista vio a un distinguido caballero de pelo blanco en el otro extremo de la calle, en la acera. ¿Sería tan viejo como ella? El desconocido sonrió y agitó la mano para indicarle que podía cruzar. ¡Menudo conquistador! ¡A su edad! Evelyn sonrió al observar su chaleco de seda amarillo.

Iba hecho un dandy. ¡Pero si era Julien Mayfair! Al verlo, Evelyn tuvo un agradable sobresalto, como si alguien le hubiera arrojado una toalla húmeda a la cara. Sí, era él, Julien, agitando la mano para indicarle que ya podía atravesar la calle.

De pronto desapareció, tan repentinamente como había aparecido, igual que hacía siempre, el muy cabezota. En aquel preciso instante Evelyn recuperó la memoria. Mona estaba en esa casa.

Gifford había sufrido una hemorragia que le había causado la muerte y la anciana Evelyn debía ir a la calle Primera. Julien sabía que debía ir. —¿Dejaste que te tocara?

—le preguntó un día Gifford, estupefacta, mientras Cici reía disimuladamente.

—Querida, me encantaba que me tocara.

Ojalá hubiera tenido el valor de decirles eso a Tobias y Walker. Unas noches antes de que naciera Laura Lee, Evelyn abrió la puerta, del desván y se encaminó sola al hospital. No les dijo nada a los viejos hasta que tuvo a la criatura, sana y salva, en sus brazos. —¿No ves lo que ha hecho ese hijo de perra? —exclamó Walker, furioso—. Ha plantado en ella la semilla de los brujos. Esa niña también es una bruja.

Laura Lee era muy frágil. ¿Era posible que fuera fruto de la semilla de un brujo? En tal caso, sólo lo sabían los gatos, que solían congregarse alrededor de ella arqueando el lomo y restregándose contra sus delgadas piernas. Laura Lee poseía un sexto dedo, el cual, afortunadamente, no habían heredado ni Alicia ni Gifford.

La luz del semáforo se puso verde.

Evelyn se dispuso a cruzar la calle. El joven de la floristería ha-blaba sin parar, aunque ella apenas le prestaba atención. La anciana siguió caminando junto a los encalados muros, junto a los silenciosos e invisibles muertos, debidamente enterrados. Cuando llegó a la entrada del cementerio, situada hacia la mitad de la manzana, comprobó que Hanky había desaparecido, pero no estaba dispuesta a seguirlo para ver si había regresado ala floristería o había ido a llamar aun guardia para que la acompañara a casa. Desde la puerta divisó una esquina de la tumba de los Mayfair. La anciana Evelyn conocía a todos los que estaban enterrados ahí, de modo que podía dar unos golpecitos con el bastón sobre cada una de las frías losas y decir: «Hola, que-ridos míos.»

Gifford no estaría enterrada ahí, por supuesto. Gifford estaría enterrada en Metairie, donde solían enterrar a los Mayfair «del club de campo». Siempre los habían llamado así, incluso en tiempos de Cortland. ¿O era Cortland quien había inventado esa expresión para describir a sus hijos? En

cierta ocasión, éste había murmurado al oído de Evelyn, para que los demás no lo oyeran: «Te quiero, hija mía.»

Gifford, mi querida Gifford.

La anciana Evelyn imaginó a Gifford vestida con un precioso traje de lana rojo y una blusa de seda blanca, con un lazo en el cuello. Gifford solía llevar guantes, pero sólo para conducir. La imaginó poniéndose lentamente unos guantes de piel color tostado. Parecía más joven que Alicia, aunque no lo era. Se cuidaba mucho, le gustaba arreglarse y quería a todo el mundo.

—Este año no podré celebrar el martes de carnaval con vosotros —les anunció—. Me marchó a Destin.

—No esperarás que los reciba a todos aquí —protestó Alicia, asustada, dejando caer la revista que leía sobre el suelo del porche—. No puedo hacerlo. No puedo encargarme de comprar el pan y el jamón y preparar los bocadillos. Me niego rotundamente. Cerraré la casa. No me encuentro bien. La tía Evelyn se limita a permanecer sentada, inmóvil, sin decir una palabra. ¿Dónde está Patrick?

Debes quedarte para echarme una mano. ¿Por qué no haces algo para ayudar a Patrick a superar su problema? ¿Sabes que ha empezado a beber por las mañanas? Se pasa el día bebiendo. ¿Dónde está Mona? ¿Habrá sido capaz de salir sin decirme nada? Siempre se larga sin comunicármelo. Alguien debería meter a esa niña en cintura. ¡Necesito que Mona me ayude! Antes de marcharte, cierra las ventanas.

Gifford respondió sin inmutarse:

—Este año van a celebrarlo en la casa de la calle Primera. Descuida, Cici, no tienes que hacer nada fuera de lo corriente. —¿A qué viene ese tono? ¿Has venido sólo para decirme eso? ¿Y Michael Curry? He oído decir que el día de Navidad sufrió un accidente que estuvo a punto de costarle la vida. ¿Cómo es que va a celebrar una fiesta el martes de carnaval? —preguntó Alicia, fuera de sí.

Temblaba de rabia e indignación ante lo estéril de su vida, ante la total falta de lógica de las cosas, ante el hecho

de que alguien pudiera exigirle algo. ¿Acaso no se había prácticamente suicidado para sacudirse de encima todo tipo de responsabilidad? ¿Cuántas botellas de vino debía ingerir hasta que se dieran cuenta de que era una inútil que no servía para nada?

—De modo que ha estado apunto de ahogarse y de pronto decide celebrar una fiesta. ¿Es que no se ha enterado de que su mujer ha desaparecido? Podría estar muerta. ¿Qué clase de hombre es ese Michael Curry? ¿y quién le ha autorizado a vivir en esa casa? ¿Qué piensan hacer con la cuestión del legado? ¿y si Rowan Mayfair no regresa jamás? Anda, vete a Destin. ¡Qué más da! Por mí puedes irte al infierno.

Fue una explosión de ira absurda, un torrente de palabras inútiles, como de costumbre. Hacía veinte años que Alicia no pronunciaba una frase sincera ni honesta.

—Quieren reunirse en la casa de la calle Primera. No ha sido idea mía, Cici. Yo estaré ausente —contestó Gifford en voz baja, casi inaudible. Fueron las últimas palabras que le dirigió a su hermana.

Querida Gifford, bésame de nuevo en la mejilla, cógeme la mano, aunque lleves puestos los guantes. Yo te quería mucho, pequeña, a pesar de lo que haya podido decirte en algunas ocasiones.

Te quería muchísimo.

Gifford.

Gifford subió al coche y partió mientras Alicia permanecía de pie en el porche, soltando una retahíla de palabrotas, descalza y tiritando de frío. —¡Se ha largado! —exclamó Alicia, propinando una patada ala, revista que yacía a sus pies—. ¡Es increíble! ¡Se ha largado! ¿Qué, pretende que haga?

La anciana Evelyn guardó silencio. Responder aun borracho era como intentar escribir en el agua; las palabras desaparecían en el insondable vacío donde languidecían los alcohólicos. Eran peor que los fantasmas.

Gifford había intentado ayudarla. Gifford era una Mayfair de pies a cabeza, sí, pero se preocupaba por las personas que quería.

Evelyn recordaba el día en que la pequeña Gifford, en un arrebatado de conciencia, le preguntó en la biblioteca de la calle Primera: —¿Crees que debemos llevarnos el collar?

Esa generación de jóvenes Mayfair estaba condenada. Pertenecían a la era de la ciencia y la psicología. Era mejor vivir en la época de los miriñaques, los carruajes y las reinas del vudú.

«Nuestra época ha pasado, Julien.»

Pero Mona no estaba condenada. Era una bruja moderna, de su tiempo. Mascaba chicle y manejaba el ordenador con asombrosa habilidad. «Si organizaran una competición olímpica para comprobar quién escribe más rápidamente a máquina, sin duda la ganaría yo —solía decir—. ¿Ves esos gráficos y organigramas que aparecen en la pantalla? Constituyen el árbol genealógico de la familia Mayfair. Lo he hecho yo sola.»

Julien solía decir que el arte y la magia siempre acaban triunfando. Evelyn no sabía si había arte y magia en un ordenador. Desde luego, le maravillaba la forma en que la pantalla resplandecía en la oscuridad, por no hablar de la cajita sonora que llevaba en su interior y que Mona había programado para que dijera en tono seco y monótono:

«Buenos días, Mona. Te habla tu ordenador personal. No olvides lavarte los dientes.»

Todas las mañanas, a las ocho en punto, la habitación de Mona parecía cobrar vida. El ordenador se ponía a hablar, la cafetera silbaba, el horno microondas emitía un pequeño bip mientras calentaba los bollos y la pantalla del televisor se encendía para transmitir las noticias de la cadena CNN. «Me gusta despertarme y sentir que estoy conectada con la realidad», decía Mona. El repartidor de periódicos había aprendido a arrojar el Wall Street Journal de forma que

atterrizara en el porche del segundo piso, justo debajo de su ventana.

«Es preciso que dé con Mona», pensó la anciana Evelyn.

Para dar con ella debía dirigirse a la calle Chestnut. Sí, se había alejado mucho de casa.

Había llegado el momento de atravesar la avenida Washington. Debió haber cruzado antes, donde estaba situado el semáforo, pero entonces no habría visto a Julien. Todo saldría bien. La mañana era silenciosa y apacible. Las encinas formaban una especie de corredor. Frente a ella estaba el viejo cuartel de bomberos, desierto. ¿Dónde se habían metido los bomberos? Pero se estaba desviando de su camino.

Debía girar por la calle Chestnut. La acera estaba algo resbaladiza; quizás era mejor caminar por la calzada, junto a los coches aparcados, como solía hacer antiguamente, para no tropezar y caer. Los coches circulaban lentamente por estas calles.

El Garden District ofrecía un aspecto suave y frondoso, como el paraíso.

Tras aguardar a que la anciana Evelyn alcanzara la acera, los vehículos arrancaron con un rugido. Sí, era mejor andar por la calzada. La calle estaba llena de residuos del carnaval. Era un escándalo.

«Podrían barrer las aceras», pensó Evelyn. Se sentía un poco avergonzada, pues esa mañana había olvidado barrer el tramo que quedaba frente a la casa de la calle Amelia. Le gustaba barrer la acera, aunque era un trabajo muy entretenido. —¡Entra de una vez en casa! —le gritaba Alicia. Pero ella seguía barriendo sin hacerle caso.

—Lleva usted varias horas barriendo la acera —le decía Patricia. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso dejarían de caer las hojas de los árboles? Siempre que se avecinaba carnaval, Evelyn pensaba en lo que iba a divertirse barriendo después la acera para eliminar la suciedad y los residuos.

Pero esta mañana se había interpuesto algo-entre la escoba y ella. ¿Qué era?

El Garden District estaba muy silencioso. Era como si nadie viviera ahí. El ruido de la avenida era más ameno. En la avenida, uno nunca estaba solo; incluso a última hora de la noche las farolas brillaban a través de las ventanas y arrojaban un alegre resplandor amarillento en los espejos. En las oscuras y frías mañanas, uno podía detenerse en una esquina y observar el tráfico, o aun hombre paseando, o aun coche que se deslizaba lentamente, ocupado por unos jóvenes que charlaban y reían, furtivos pero felices.

Evelyn siguió adelante. Ahí también habían destruido buena parte de las antiguas mansiones. El comentario que había hecho Mona respecto a la arquitectura era cierto. Los proyectistas urbanos habían hecho gala de una asombrosa falta de visión. No habían sabido conjugar la ciencia con la imaginación. «Una interpretación errónea —di jo Monade la relación entre la forma y la función.»

Algunas formas triunfan y otras fracasan. Todo es forma. Mona lo había dicho. Mona se hubiera llevado estupendamente con Julien.

Evelyn llegó a la calle Tercera. Atravesar esas pequeñas calles no presentaba mayores problemas, pues apenas había tráfico. Ninguno de sus habitantes se había despertado aún. La anciana siguió caminando, segura de sí misma sobre el asfalto que relucía bajo el sol, sin perversas grietas ni hendiduras que la hicieran tropezar y caer. ¿Por qué no regresas, Julien? ¿Por qué no me ayudas? ¿Por qué te portas así conmigo? Ahora podré hacer sonar el Victrola en la biblioteca. Nadie podrá impedírmelo, salvo Michael Curry, que es un hombre muy simpático, y Mona. Podré hacer sonar el Victrola e invocar tu nombre.

Evelyn había olvidado el exquisito aroma que exhalaban los ligustros en flor. Y ahí estaba la casa, con la fachada pintada de un vio-leta grisáceo, los postigos verdes y la verja negra.

La habían restaurado. Michael Curry había realizado una magnífica labor.

En aquellos momentos Michael Curry se encontraba en la terraza del piso superior, observándola.

Sí, era él.

Llevaba puesto un pijama, bastante arrugado por cierto, y una bata sin abrochar, y estaba fumando un cigarrillo. Parecía Spencer Tracy, con ese mismo aspecto viril, duro e irlandés, aunque tenía el pelo negro. Era un hombre muy atractivo, dotado de una espesa cabellera negra. ¿No tenía los ojos azules? Al menos, a esa distancia parecían azules.

—Hola, Michael —dijo la anciana Evelyn—. He venido a verle. He venido a hablar con Mona Mayfair .

Michael la miró alarmado, pero Evelyn prosiguió con voz clara y firme:

—Sé que Mona está en la casa. Haga el favor de decirle que salga.

En aquel momento apareció la joven, medio dormida, con un camisón blanco, despeinada y bostezando como suelen hacer los niños, como si nadie fuera capaz de criticarles por esa falta de decoro.

Evelyn los observó a ambos, de pie en la terraza, y de pronto comprendió lo que había sucedido, lo que habían hecho. ¡Dios mío! Gifford le había advertido que eso podía ocurrir, que Mona se había des-mandado y era preciso vigilarla. Esa niña no había ido en busca del Victrola, sino en busca de un tipo irlandés como los que le gustaban a Mary Beth, y había dado con el marido de Rowan Mayfair:

Michael Curry.

La anciana Evelyn sintió el irreprimible deseo de soltar una sonora carcajada.

Tal como hubiera dicho Stella: «¡Esto es la monda!"

Pero la anciana Evelyn estaba cansada. Se apoyó en la verja e inclinó la cabeza, aliviada al oír que se abría la puerta principal y perci-bir los pasos de unos pies desnudos a través del porche, unos pasos inconfundibles. Cuando

Mona se le acercó, comprendió lo que debía decirle. —¿Qué sucede, anciana Evelyn? —preguntó ésta—. ¿Ha ocurrido algo malo? —¿No has visto nada, hija mía? ¿No la has oído pronunciar tu nombre? Trata de recordarlo, antes de que te cuente lo sucedido. No, no se trata de tu madre.

Mona la miró con una expresión de sobresalto y pesar mientras unas gruesas lágrimas se deslizaban por su rostro infantil. Abrió la verja y se enjugó los ojos con el dorso de la mano. —¡Tía Gifford! —exclamó con un hilo de voz, tan frágil, tan joven y tan distinta de la Mona que todos conocían, la fuerte, la niña prodigio—. ¡Tía Gifford! ¡Y yo me alegré de que no estuviera aquí!

—Tú no tienes la culpa, hija —la tranquilizó Evelyn—. La arena estaba empapada de sangre. Sucedió esta mañana. Es posible que no haya sufrido. Puede que en estos momentos esté en el cielo, mirándonos extrañada de que nos compadezcamos de ella.

Michael Curry se detuvo junto a la escalinata de mármol, tras haberse abrochado la bata y haberse calzado unas zapatillas, con las manos en los bolsillos y perfectamente peinado.

Mona rompió a llorar, mirando con expresión impotente a la anciana Evelyn y al hombre de aspecto vigoroso y cabello oscuro que se hallaba en el porche. —¿Quién dijo que estaba a punto de morir debido a una afección cardíaca? —preguntó la anciana Evelyn mientras le observaba bajar la escalinata y dirigirse hacia ellas—. A mí me parece que este joven tiene un aspecto excelente —dijo, estrechando la mano de Michael Curry.

Michael les había pedido que se reunieran en la biblioteca. El pequeño gramófono marrón portátil estaba en un rincón, junto al espléndido collar de perlas y las fotografías de Stella y la anciana Evelyn juntas, cuando eran jóvenes. Pero no quería hablar de eso. Quería hablar de Rowan.

Mona se mostraba visiblemente satisfecha de que hubieran hallado esos objetos, no obstante la pena que sentía por la muerte de Gifford; pero él no era el responsable de Mona. Estaba preocupado por la indiscreción que había cometido con ella; es decir, cuando no pensaba en otros problemas más serios. Por ejemplo, que habían transcurrido dos meses desde la desaparición de Rowan mientras él seguía viviendo en esta casa como un fantasma. Pero eso había terminado; ahora debía tratar de encontrar a su mujer.

Habían regresado de casa de Ryan tras permanecer allí dos horas, bebiendo y charlando, después del funeral de Gifford. Habían regresado para oír lo que él tenía que decirles y algunos para seguir charlando y llorando la muerte de Gifford, según tenían por costumbre hacer los Mayfair cuando se producía una defunción en la familia.

La noche anterior, durante el velatorio, así como durante el funeral celebrado hoy, Michael había observado la expresión de asombro en sus rostros mientras le estrechaban la mano, diciéndole que tenía «un aspecto inmejorable» y murmurando disimuladamente: «Fijaos en Michael, parece que haya regresado de entre los muertos».

Por un lado habían sufrido el impacto de la inesperada muerte de Gifford, una esposa y madre modélica que había fallecido en trágicas circunstancias, dejando solos a su brillante y amado marido abogado ya tres maravillosos hijos.

Por otro, habían experimentado la sorpresa de comprobar que Michael estaba totalmente recuperado, que el legendario marido abandonado, la última víctima masculina del legado Mayfair, no languidecía en su casa. Michael estaba perfectamente. Se había levantado y vestido y había formado parte del cortejo fúnebre conduciendo su propio coche. Y no parecía mareado, ni respiraba trabajosamente, ni sufría náuseas.

Michael y el doctor Rhodes se habían peleado por el asunto de los medicamentos en el vestíbulo de la funeraria, y Michael había salido vencedor. No experimentaba efectos secundarios. Tras vaciar los frascos, los había guardado. Más adelante comprobaría las etiquetas para averiguar lo que había estado tomando, pero ahora no. Por fortuna, las náuseas y los mareos habían pasado, pues tenía mucho que hacer.

Mona estaba en un rincón, como de costumbre, sin apartar la vista de él y susurrando de vez en cuando: «Yate lo advertí.» Mona, con sus regordetas mejillas, sus pálidas pecas y su largo cabello rojo. Nadie se atrevería a llamar a una pelirroja como ella «cabeza de zanahoria». Al contrario, la gente se volvía para observarla con admiración.

Luego estaba el enigma de la casa. ¿Cómo explicar que ésta hubiera cobrado vida de nuevo? ¿El hecho de que cuando él se había despertado en brazos de Mona hubiese experimentado la vieja sensación de que algo invisible, presente, lo observaba? La casa volvía a crujir como antes, había recobrado su antiguo aspecto. Por otro lado, existía el misterio de la música que sonaba en el salón y lo que él había hecho con Mona. ¿Acaso había recuperado el poder de ver lo invisible?

Mona y él no habían hablado sobre lo sucedido entre ambos. Eugenia tampoco había dicho una palabra al respecto. Pobre mujer. Sin duda lo consideraba un violador y un monstruo. Técnicamente era ambas cosas, aunque no había sido castigado por ello. Jamás olvidaría el momento en

que la vio aparecer en el salón, tan real, tan familiar, junto aun pequeño gramófono portátil que antes no estaba ahí, un gramófono idéntico a otro que había hallado más tarde oculto en la pared de la biblioteca.

No, aún no habían hablado de ello. La muerte de Gifford había impuesto su prioridad sobre cualquier otro asunto.

Ayer por la mañana, la anciana Evelyn había estrechado a Mona entre sus brazos mientras ésta lloraba desconsoladamente por la muerte de Gifford, esforzándose en recordar un sueño en el que tuvo la impresión de haber asesinado a su tía. Por supuesto, era irracional. Mona lo sabía. Todos los sabían. Al fin, Evelyn le acarició la mano y dijo:

—Pasara lo que pasase, tú no tuviste la culpa. Tú no mataste a tu tía. No fuiste tú. Fue una coincidencia. Es imposible que la mataras.

Al cabo de un rato, Mona recobró la compostura con la vigorosa exuberancia de los jóvenes, así como una firmeza de carácter que Michael había observado en ella desde el principio, la fría determinación de la hija de una borracha, un tema del que él sabía mucho por experiencia. Mona no era una jovencita corriente. No obstante, era una infamia que un hombre de su edad se acostara con una muchacha de trece años. ¿Cómo había sido capaz de ello? Michael tenía la curiosa sensación de que la casa sabía lo que había ocurrido y, sin embargo, no parecía reprochárselo.

De momento, el pecado había quedado diluido entre la conmoción provocada por la muerte de Gifford Mayfair. Anoche, antes del velatorio, Mona y la anciana Evelyn habían sacado los libros de la es-tantería y habían hallado las perlas, el gramófono y el vals de Violetta en un viejo disco de la RCA Victor. El mismo gramófono. Michael quería hacerles algunas preguntas, pero ambas se habían puesto a hablar en tono excitado. Además, Gifford les estaba aguardando.

—No podemos poner un disco ahora —dijo la anciana Evelyn—, estando Gifford de cuerpo presente.

Cierra el piano. Cubre los espejos. Es lo que Gifford hubiera deseado que hiciéramos.

Henri condujo a Mona y a la anciana Evelyn a casa para que se cambiaran para el velatorio, y posteriormente las acompañó a la funeraria. Michael fue con Bea, con Aaron, con su tía Vivian y con otros miembros de la familia. El mundo lo dejó perplejo y turbado con su espléndida belleza; la suave noche primaveral estaba repleta de nuevas flores, los árboles cargados de nuevas hojas.

Gifford no parecía encajar en aquel ataúd. El pelo corto era demasiado negro, el rostro demasiado afilado, los labios demasiado rojos; toda ella presentaba un aspecto excesivamente anguloso, desde los puntiguados extremos de sus dedos hasta sus pequeños senos, que destacaban bajo el austero traje de lana. Era como uno de esos rígidos maniqués que, en lugar de lucir la ropa, hacen que ésta parezca barata y mal confeccionada. Estaba como congelada, como si la hubieran metido en un congelador. La funeraria de Metairie era como todas, cubierta con una moqueta gris, con vistosos adornos en el techo y atestada de flores y de unas mediocres sillas estilo reina Ana.

Pero fue un velatorio dentro del más puro estilo de los Mayfair, con abundantes cantidades de vino, cháchara y lloriqueos, y con la presencia de varios dignatarios católicos que acudieron a presentar sus respetos, de nutridos grupos de monjas que parecían pájaros con sus uniformes blancos y azules, de decenas de colegas y amigos abogados, y de numerosos vecinos de Metairie, todos ellos vestidos con trajes azules, que les daban aspecto de azulejos.

Todos se sentían conmocionados y profundamente entristecidos por la pesadilla que estaban viviendo. Pálidos y demacrados, el marido, los hijos y los parientes más allegados de Gifford recibieron el pésame de sus amigos y

familiares en un ambiente tétrico que contrastaba con el esplendor primaveral que reinaba en el exterior.

Hasta las cosas más sencillas parecían relucir de un modo especial a los ojos de Michael Curry tras su larga enfermedad, su prolongada depresión, como si acabaran de ser inventadas: las ridículas volutas doradas del techo, las húmedas y maravillosas flores que brillaban bajo las luces fluorescentes. Michael jamás había visto en un funeral a tantos niños llorando, llevados por sus padres para que presenciaran el espectáculo, para que rezaran junto al ataúd y besaran a la difunta, perfectamente vestida y maquillada a lo Betty Crocker, sus manías e idiosincrasias sepultadas bajo un montón de clichés en este último gesto público, mientras reposaba en su lecho de raso blanco.

Michael regresó a casa a las once, revisó su ropa para decidir lo que iba a llevarse, hizo la maleta y se sentó para ultimar los detalles. Fue al recorrer la casa cuando notó la diferencia, cuando presintió que estaba habitada por algo que casi podía sentir y ver. No, no era eso. Era como si la propia casa le hablara y le respondiera.

Quizá fuera una locura pensar que la casa estaba viva, pero él había conocido esa sensación, junto con una mezcla de felicidad y dolor, y la reconocía de nuevo. Resultaba más grata que los dos meses de soledad y malestar que había experimentado, dos meses de sentirse ofuscado debido a los medicamentos, de estar «medio enamorado de la muerte» en una casa silenciosa, carente de personalidad, sin ser testigo de nada, sin hacer caso de su presencia.

Michael contempló durante largo rato el gramófono y las perlas, las cuales yacían sobre la alfombra como si fueran abalorios de carnaval. Unas perlas de valor incalculable. Todavía le parecía oír la extraña voz de la anciana Evelyn, al mismo tiempo profunda, suave y bien timbrada, hablando sin cesar con Mona.

Nadie parecía conocer ni importarle la existencia de esos tesoros sacados de un escondite en la pared, detrás de la

librería, que yacían en un oscuro rincón, cerca de una pila de libros, como si se tratara de meras baratijas. Nadie los tocó ni reparó en ellos.

Había llegado el momento de reunirse y hablar después del funeral. Era inevitable.

Michael no tenía inconveniente en que la reunión se celebrara en casa de Ryan si ello les resultaba más cómodo. Pero Ryan y Pierce dijeron que tenían que ir forzosamente a la oficina. Le confesaron que estaban cansados de tantas visitas y que no les importaba acudir a la casa de la calle Primera. Estaban muy preocupados por Rowan. No querían que Michael pensara que se habían olvidado de ella. Michael sintió lástima del marido y el hijo de Gifford.

Ambos presentaban un aspecto a cuál más perfecto. Ryan, con su bronceada tez, su cuidado pelo blanco y sus ojos opacos y azules. Pierce, el hijo que todo el mundo querría tener, un joven brillante, de impecables modales y visiblemente consternado por la muerte de su madre. Era una terrible tragedia contra la que los Mayfair debían de haber estado asegurados. ¿Qué representaba la muerte para los Mayfair «del club de campo»? , como preguntó Bea. Habían sido más que generosos al acudir.

Pero Michael no podía aplazar esa reunión. Había desperdiciado mucho tiempo. Había vivido en esta casa como un espectro desde que le dieron el alta en el hospital. ¿Fue quizá la muerte de Gifford, absurda, terrible e inútil, lo que le había obligado a despertar de su es-tupor? No. Había sido Mona.

Pues bien, cuando se reunieran, Michael les explicaría que había decidido partir en busca de Rowan.

Eso lo debían comprender. Michael había permanecido en esta casa como si se hallara bajo una maldición, como un hombre sumido en un sueño, herido en lo más profundo de su corazón por el hecho de que Rowan lo hubiera abandonado. Había fracasado.

Luego estaba el asunto de la medalla. La medalla del arcángel. La habían hallado en el bolso de Gifford en Destin. Cuando Ryan se la entregó, nada menos que junto a la fosa, en el momento en que ambos se abrazaron, Michael comprendió lo que debía hacer. Debo ir en busca de Rowan. Debo cumplir la misión por la que me han enviado aquí. Debo hacer lo que considero es mi deber. Debo moverme. Debo ser fuerte.

La medalla. Gifford la había encontrado junto a la piscina hacía unos meses, quizás el mismo día de Navidad. Ryan no estaba seguro. Ella le había dicho que quería devolvérsela a Michael, pero temía que le trajera viejos recuerdos y se disgustara. Estaba segura de que le pertenecía a él. Había unas gotas de sangre en la medalla. Pero ahora estaba limpia y reluciente. Se había caído del bolso de Gifford mientras Ryan lo registraba. Había sido una breve charla junto al frío mausoleo de mármol, bajo los tibios rayos del sol del atardecer, mientras decenas de personas aguardaban para estrechar la mano de Ryan y expresarle sus condolencias.

—Gifford hubiera querido que te la entregara sin falta —le dijo éste.

De modo que apenas había tenido tiempo de sentir remordimientos por haberse acostado con la joven pelirroja, la cual le había dicho: «Tira esas drogas a la basura. No las necesitas.»

Michael les hizo pasar a la biblioteca.

—Entrad y tomad asiento —dijo, sintiéndose un poco turbado, como solía sucederle cuando le tocaba hacer los honores en esta casa que, en realidad, era de ellos. Tras indicarles a Ryan, Pierce y Aaron Lightner que se sentaran frente a la mesa, ocupó el sillón situado detrás de la misma. Vio a Pierce observar con curiosidad el gramófono y las perlas, pero ya hablarían más tarde de ese tema.

—Sé que no es el momento más apropiado —dijo Michael dirigiéndose a Ryan, para abrir el fuego—.

Acabas de enterrar a tu esposa. Yo también lamento mucho su muerte. Me gustaría poder aplazar esta entrevista, pero es necesario que hablemos sobre Rowan.

—Por supuesto —se apresuró a contestar Ryan—. Hemos venido para comunicarte lo que sabemos, aunque no es mucho.

—No consigo sacarles una palabra a Randall ya Lauren. Siempre me dicen que hable contigo, de modo que te he pedido que vengas para que me expliques lo que sucede. Tengo la sensación de haber permanecido sumido en un coma. Debo encontrar a Rowan. He hecho el equipaje y estoy listo para partir.

Ryan se comportaba con admirable serenidad, como si hubiera pulsado un resorte interior capaz de borrar todas las emociones; su actitud no reflejaba la menor amargura ni rencor. Pierce, por el contrario, mostraba una expresión de profundo dolor y desconsuelo. Apenas prestaba atención a lo que decía Michael, como si se hallara muy lejos de allí.

Aaron se sentía también profundamente apenado por la muerte de Gifford. Había intentado tranquilizar y consolar a Bea durante el velatorio, el funeral y el entierro. Estaba extenuado y deprimido, y ni siquiera su británico decoro podía ocultar su decaído estado de ánimo. Para colmo, Alicia había sufrido una crisis histérica y habían tenido que internarla. Aaron había ayudado a Ryan a comunicarle a Patrick que Alicia presentaba síntomas de desnutrición, que estaba enferma y que debía ser hospitalizada. Patrick había tratado de golpear a Ryan. Por otra parte, Bea ya no se molestaba en ocultar su afecto por Aaron; al fin había hallado aun hombre en el que podía apoyarse, según informó a Michael mientras regresaban a casa.

Pero ahora todo recaía en ese hombre, Ryan Mayfair, el abogado que se ocupaba de los asuntos de toda la familia y que ya no tenía a Gifford a su lado para apoyarlo, para discutir con él, para creer en él y ayudarlo. Pese al dolor, ya había reanudado su trabajo. «Todavía no se ha producido la

lógica reacción —pensó Michael—. Aún es demasiado pronto para que sienta miedo.»

—Debo partir —dijo Michael—. Es así de sencillo. ¿Qué debo saber? ¿Hacia dónde debo dirigirme? ¿Cuáles son las últimas noticias que hemos recibido sobre Rowan? ¿Tenemos alguna pista fiable?

Nadie contestó. En aquel momento apareció Mona, con un lazo blanco en el pelo y luciendo un sencillo vestido de algodón blanco, una vestimenta muy apropiada para una niña que está de luto.

Tras cerrar la puerta, se sentó en un sillón de piel situado junto a la pared, frente a la mesa. No dijo una palabra a nadie y nadie reparó en ella. Michael no hizo caso de su presencia; no habían dicho nada que ella no supiera o no debiera oír. En realidad, ambos compartían un secreto que les unía. La niña le fascinaba en la misma medida en que le hacía sentirse culpable; formaba parte de su recuperación y de lo que se había propuesto hacer.

Aquella mañana Michael no se había despertado pensando: «¿Quién es esta extraña niña que yace en mi lecho?» Muy al contrario, sabía perfectamente quién era y sabía que ella lo conocía.

—No puedes marcharte —dijo Aaron.

La firmeza de su voz sorprendió a Michael, quien comprendió que se había distraído pensando en Mona, en sus caricias y en la fan-tasmagórica aparición de la anciana Evelyn.

—No conoces todos los detalles —dijo Aaron. —¿A qué te refieres?

—Creímos más prudente no revelártelo todo —dijo Ryan—. Pero antes de proseguir permíteme que me explique. En realidad no sabemos dónde está Rowan, ni sabemos lo que le ha sucedido. Lo cual no significa que le haya sucedido algo malo. Eso es lo que quiero que comprendas. ¿Has hablado con tu médico? —inquirió de improviso Pierce, como si acabara de despertar de su letargo—. ¿Te ha dado el alta?

—Amigos, estoy perfectamente y voy a ir en busca de mi esposa. ¿Quién dirige las investigaciones para dar con el paradero de Rowan? ¿Quién tiene el expediente sobre la desaparición de Rowan Mayfair?

Aaron carraspeó con característica elocuencia británica, a modo de breve preámbulo de una disertación, y dijo:

—La organización Talamasca y la familia Mayfair no han conseguido dar con ella. Dicho de otro modo, todas las investigaciones han resultado infructuosas.

—Comprendo.

—Lo único que sabemos es que Rowan se marchó con un individuo alto y moreno. Tal como te informamos, la vieron tomar el avión de Nueva York acompañada de él. A finales de año Rowan se encontraba en Zurich, desde allí se trasladó a París, y de París a Escocia. Posteriormente fue vista en Ginebra. Es posible que de Ginebra regresara a Nueva York. No estamos seguros.

—O sea, que podría encontrarse en Estados Unidos.

—Sí, es posible —respondió Ryan—. No lo sabemos.

Ryan se detuvo como si no tuviera nada más que añadir, o simplemente para reflexionar.

—Rowan y ese individuo fueron vistos en Donnelaith, en Escocia —dijo Aaron—. Tenemos pruebas al respecto. En cambio, las declaraciones de los testigos que la vieron en Ginebra son más confusas. Sabemos que estuvo en Zurich porque hizo unas transacciones bancarias; en París, porque realizó unas pruebas médicas que más tarde envió al doctor Samuel Larkin, a California. Sabemos que estuvo en Ginebra porque es la ciudad desde la cual telefoneó al doctor y desde la que le envió la información médica. Allí llevó a cabo otras pruebas médicas, cuyos resultados remitió también al doctor Larkin. —¿Decís que llamó a ese doctor? ¿Que habló con él?

La noticia debió de infundirle esperanzas, animarlo. Pero Michael se dio cuenta de que se había ruborizado. En lugar de llamarlo a él, Rowan había llamado a ese médico amigo

suyo de San Francisco. Trató de dominarse, de mostrarse tranquilo, abierto, sereno.

—Sí —contestó Aaron—, llamó al doctor Larkin el doce de febrero. Fue una conversación muy breve.

Le dijo que iba a enviarle unas pruebas médicas, unas muestras, etcétera, y le pidió que llevara el material al Instituto Keplinger para ser analizado. Le dijo que se pondría en contacto con él, que se trataba de un asunto confidencial. Le dio a entender que temía que pudieran interrumpir su conversación, como si estuviera en peligro. Michael guardó silencio, tratando de asimilar esa información, de comprender su significado. El hecho de que su amada esposa hubiera telefoneado a otro hombre carecía de importancia. El cuadro había cambiado. —¿Es eso lo que no queríais decirme? —preguntó Michael.

—En efecto —respondió Aaron—. Las personas que entrevista-mos en Ginebra y en Donnelaith nos dieron a entender que parecía estar coaccionada. Los detectives contratados por Ryan llegaron ala misma conclusión tras interrogar a los testigos, aunque ninguno de ellos pronunció la palabra «coacción».

—Pero el doce de febrero, cuando habló con Samuel Larkin, estaba viva —dijo Michael.

—Sí... —¿Qué es lo que vieron esos testigos? ¿N o notaron nada anormal los empleados de las clínicas donde llevó a cabo las pruebas médicas?

—No. Hay que tener en cuenta que se trata de unas instituciones enormes. No cabe duda de que Rowan y Lasher entraron disimuladamente y que Rowan se hizo pasar por un médico o un técnico de laboratorio. Ella misma llevó a cabo las pruebas médicas y se marchó antes de que alguien observara algo sospechoso. —¿Es ésta la conclusión que habéis sacado por el material que Rowan le envió al doctor Larkin?

—Sí.

—Es asombroso, aunque, puesto que es médica, no debió de resultarle muy difícil-dijo Michael, tratando de dominar el tono de su voz. No quería que se apresuraran a tomarle el pulso—. De modo que sólo tenemos pruebas de que estaba viva el doce de febrero —repitió, intentando calcular la fecha, el número de días. Pero su mente estaba en blanco.

—Disponemos de otro dato... —dijo Ryanun tanto alarmante. —¿De qué se trata?

—Rowan hizo unas transferencias bancarias muy importantes mientras estaba en Europa. Transfirió unas enormes sumas de dinero a través de bancos en Francia y Suiza. Pero las transferencias cesaron a finales de enero ya partir de entonces sólo se cobraron dos cheques de poca importancia en Nueva York, concretamente el catorce de febrero. Sabemos que en esos cheques la firma estaba falsificada.

—Ya —respondió Michael, reclinándose en la silla—. Evidente-mente, ese individuo la tiene prisionera. Él debió de falsificar la firma.

Aaron suspiró y dijo:

—No lo sabemos... con certeza. Las personas que la vieron en Donnelaith y en Ginebra dijeron que estaba pálida, que parecía enferma. Según parece, su acompañante no la dejaba sola un instante y se mostraba muy atento con ella.

—Comprendo —murmuró Michael—. ¿Qué más os dijeron? Deseo saberlo todo.

—Donnelaith se ha convertido en un yacimiento arqueológico —dijo Aaron.

—Sí, lo sé —contestó Michael—. ¿Has leído la historia de los Mayfair? —preguntó, dirigiéndose a Ryan. —¿Te refieres al documento Talamasca? Sí, lo he examinado, pero lo que nos preocupa es dar con el paradero de Rowan. —¿Qué más sabemos sobre Donnelaith? —preguntó Michael a Aaron.

—Al parecer, Rowan y Lasher alquilaron una habitación en la posada y pasaron allí cuatro días. Se dedicaron a explorar las ruinas del castillo, la catedral y la aldea. Lasher habló con varias personas. —¿Es preciso que lo llames por ese nombre? —inquirió Ryan—.

Utiliza un nombre legal distinto.

—El nombre legal no tiene nada que ver —terció Pierce—. Ciñámonos a la información de que disponemos. Donnelaith constituye un proyecto arqueológico financiado por nuestra familia. Jamás había oído hablar de él hasta que leí el informe Talamasca. Papá tampoco sabía nada al respecto. Está administrado por...

—Lauren —intervino Ryan, haciendo una mueca de disgusto—. Pero eso carece de importancia. No han regresado allí desde enero.

—Continúa —dijo Michael suavemente—. ¿Cómo describen a Rowan ya su acompañante los testigos que los vieron?

—Como una mujer de un metro setenta de estatura, muy pálida, de aspecto enfermizo, y un hombre extraordinariamente alto, de aproximadamente dos metros, con una larga cabellera negra, ambos americanos.

Michael abrió la boca para decir algo, pero de pronto notó que el corazón le latía aceleradamente y sintió un leve dolor en el pecho. No quería que nadie se diera cuenta de ello. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó discretamente el labio superior.

—Está viva y corre peligro. Ese ser la tiene prisionera —murmuró.

—Eso es puramente anecdótico —dijo Ryan—. Son meras conjeturas; ningún tribunal lo aceptaría como prueba. Los cheques falsificados son otra cuestión, y nosotros, como administradores del legado, debemos tomar inmediatamente medidas al respecto.

—Las pruebas forenses son un enigma —dijo Aaron.

—En efecto —apostilló Pierce—. Enviamos unas muestras de la sangre que hallamos aquí a dos institutos gen éticos y ninguno de ellos nos ha dado una respuesta definitiva.

—Claro que nos han dado una respuesta —repuso Aaron—. Nos han dicho que las muestras debían de estar contaminadas o manipuladas, puesto que pertenecen a una especie de primate no humano que no consiguen identificar.

Michael sonrió con amargura.

—Pero ¿Qué dice ese doctor Larkin? —preguntó—. Rowan le envió el material directamente a él. ¿Qué ha averiguado? ¿Qué le dijo Rowan por teléfono? Debo conocer todos los detalles.

—Rowan estaba muy nerviosa —respondió Pierce—. Temía que les interrumpieran. Estaba ansiosa por enviar cuanto antes el material médico para que Larkin lo llevara al Instituto Keplinger. Larkin se alarmó y decidió colaborar con nosotros. Siente un gran afecto por Rowan y no quiere traicionarla, pero al mismo tiempo comprende que estemos preocupados por ella.

—El doctor Larkin está aquí —dijo Michael—. Lo vi en el funeral.

—Sí, está aquí —contestó Ryan—. Pero no quiere hablar sobre el material médico que llevó al Instituto Keplinger.

—Por lo que ha dicho ese doctor —dijo Aaron en voz baja—, de-duzco que posee un amplio material sobre esa extraña criatura. —¿Una extraña criatura? No conviene que nos dejemos arrastrar por la imaginación —protestó Ryan—. No sabemos si ese individuo es una extraña criatura o... un tipo subhumano. Ni tampoco sabemos su nombre. Sólo sabemos que es simpático, educado e inteligente, que habla de forma apresurada con acento americano y que las personas que hablaron con él en Donnelaith lo encontraron muy interesante. —¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —inquirió Pierce—. Por el amor de Dios, papá... —¿Qué le

dijo Rowan al doctor Larkin? —le interrumpió Michael—. ¿Qué han conseguido averiguar en el Instituto Keplinger?

—Ése es el problema —respondió Aaron—. Larkin se niega a facilitarnos un informe sobre los análisis. Pero quizás esté dispuesto a entregártelo a ti. Desea hablar contigo. Al parecer, quiere hacerte unas pruebas genéticas. —¿De veras? —contestó Michael, sonriendo.

—No me extraña que te muestres receloso —dijo Ryan en un tono entre irritado y cansado—. No es la primera vez que nos proponen hacernos pruebas genéticas. Nos consideran un grupo cerrado. No consientas que te las haga.

—Como los mormones o los amish —apostilló Michael.

—Exactamente —dijo Ryan—. Existen infinitas razones legales para negarse a ese tipo de pruebas.

Además, ¿qué tiene eso que ver con la familia Curry?

—Creo que nos estamos desviando de la cuestión —dijo Aaron, mirando a Michael—.

Independientemente de cómo llamemos al acompañante de Rowan, es obvio que se trata de un ser de carne y hueso con aspecto humano. —¿Te das cuenta de lo que dices? —preguntó Ryan, enfurecido.

—Por supuesto.

—Exijo ver esas pruebas médicas —dijo Ryan. —¿Crees que sabrás interpretarlas? —preguntó Pierce.

—Un momento —contestó Ryan.

—Papá, tenemos que hablar de esto.

Michael alzó la mano para imponer calma.

—Escuchad, las pruebas médicas no son concluyentes. Yo le vi. Hablé con él.

En la habitación se hizo un profundo silencio.

Michael se dio cuenta de que era la primera vez que hacía tal revelación a la familia desde la desaparición de Rowan. Jamás les había contado a Ryan y Pierce, ni a ningún otro miembro de los Mayfair, lo sucedido el día de Navidad. Miró a Mona y luego fijó la vista en el hombre al que le había relatado toda la historia: Aaron.

Los otros le observaron con una expresión interrogativa.

—No creo que mida dos metros de alto —prosiguió Michael, tratando de dominarse. Se pasó la mano por el pelo e hizo ademán de coger un bolígrafo, aunque no lo necesitaba. Luego cerró la mano derecha, la abrió y la apoyó en la mesa—. Estuvo aquí, luché con él. Creo que debe de ser de mi estatura, un metro ochenta y ocho a lo sumo. Tiene el pelo negro y corto, como yo. Y los ojos azules. —¿Pretendes decirnos que viste al hombre que se llevó a Rowan? —preguntó Ryan, intentando no perder la compostura. —¿Hablaste con él? —inquirió Pierce.

Ryan se puso pálido de furia. —¿Puedes describir o identificar a ese individuo? —preguntó.

—Prosigamos con un poco orden —dijo Aaron—. Casi perdimos a Michael el día de Navidad.

Durante las semanas que permaneció convaleciente, no pudo decirnos nada. Estaba...

—No te molestes, Aaron —le interrumpió Michael—. De acuerdo, Ryan, ¿qué quieres saber? Rowan se marchó con un hombre de un metro ochenta y ocho de estatura, moreno y delgado. Llevaba puesto uno de mis trajes. Supongo que habrá cambiado de aspecto, porque ni llevaba el pelo largo, ni era tan alto como dicen. ¿Me creéis? ¿Creéis lo que os han contado los demás? Sé quién es, Ryan.

Y también los de Talamasca.

Ryan parecía incapaz de articular palabra. Pierce también se había quedado mudo.

—Era «el hombre», tío Ryan —terció Mona inesperadamente—. Dejad a Michael en paz. No fue él quien permitió que ese hombre se materializara. Fue Rowan.

—No te metas en esto —le espetó Ryan furioso. Pierce apoyó una mano en el brazo de su padre para calmarlo—. ¿Qué demonios haces aquí? ¡Sal inmediatamente!

Mona no se movió.

Pierce le indicó que guardara silencio.

—Ese ser-dijo Michael—, nuestro «hombre», Lasher, ¿Presenta un aspecto normal ante los demás?

—Digamos que un aspecto poco corriente —contestó Ryan—, según las declaraciones de los testigos.

Que lo han visto. Pero aseguran que es muy educado, simpático y jovial. —Ryan hizo una pausa, como si no se viera capaz de proseguir—. Puedes revisar las declaraciones de todos los testigos.

Hemos investigado a fondo en París, Ginebra, Zurich y Nueva York. A pesar de ser tan alto, no parece atraer excesivamente la atención. Los arqueólogos de Donnelaith fueron quienes más le trataron. Dicen que es un personaje muy interesante, aunque un tanto peculiar, y que habla precipitadamente. Expresó unas opiniones muy curiosas sobre la población y las ruinas.

—Creo que ya comprendo lo que sucedió. Rowan no se fugó con él; él la secuestró. La obligó a que lo llevara a Donnelaith. La obligó a conseguir el dinero. Ella lo convenció para que se sometiera a las pruebas médicas y después le envió el material al doctor Larkin.

—No es seguro —dijo Ryan—. Pero la existencia de los cheques falsificados nos proporciona una base legal. Por otra parte, el dinero depositado por Rowan en bancos del extranjero ha desaparecido. Debemos movernos con rapidez; no hay más remedio. Debemos proteger el legado.

Aaron le interrumpió con un pequeño gesto.

—El doctor Larkin dice que Rowan le confesó que sabía que esa criatura no era humana. Quería que Larkin estudiara su estructura genética. Quería saber si esa criatura era capaz de reproducirse con seres humanos, y concretamente con ella. Le envió una muestra de su propia sangre para que la analizara.

Se produjo otro incómodo silencio en la habitación.

Por espacio de unos segundos, Ryan pareció apunto de perder los nervios. Luego recobró la compostura, cruzó las piernas y apoyó la mano izquierda en el borde de la mesa.

—Francamente, no sé qué pensar sobre ese extraño joven —dijo—. El informe Talamasca, la cadena de trece brujas... No creo una palabra. Ésa es la verdad: no lo creo. Y pienso que la mayor parte de los miembros de la familia tampoco lo cree. —Luego miró directamente a Michael y continuó—: Pero hay una cosa que está clara. Es absurdo que vayas en busca de Rowan. Ir a Ginebra es una pérdida de tiempo. Hemos investigado a fondo allí. Los de Talamasca también han llevado acabo unas indagaciones en Ginebra. En Donnelaith te-nemos aun detective trabajando las veinticuatro horas del día. Al igual que los de Talamasca, quienes, por cierto, son muy eficientes en este tipo de asuntos. ¿Nueva York? No hemos hallado ninguna pista fiable allí, aparte de los cheques falsificados. Dada su pequeña cuantía, no levantaron sospechas.

—En tal caso, ¿adónde me recomiendas que vaya? —preguntó Michael—. ¿Qué puedo hacer? Eso es lo que a mí me interesa.

—Lo comprendo —contestó Ryan—. No queríamos decirte nada hasta disponer de más información.

Pero ahora ya lo sabes, y sabes que lo mejor es que te quedes aquí, que sigas los consejos del doctor Rhodes y esperes. Es lo más sensato.

—Deseo añadir algo —terció Pierce. Su padre lo miró enojado, pero estaba demasiado cansado para protestar. Levantó la mano, con el codo apoyado en la mesa, y se tapó los ojos.

Haciendo caso omiso del gesto de fastidio de su padre, Pierce continuó:

—Debes contarnos exactamente lo que sucedió aquí el día de Navidad. Deseo saberlo. He participado en estas investigaciones desde el principio. Soy el responsable del Mayfair Medical.

Deseo que prosi-gan las obras del centro médico, al igual que muchos otros miembros de la familia.

Pero debemos ser sinceros. ¿Qué pasó, Michael? ¿Quién es ese hombre? ¿Qué es?

Michael sabía que debía ofrecer una respuesta, pero era incapaz de ello. Durante unos momentos permaneció inmóvil, contemplando las hileras de libros, sin ver el montón de volúmenes apilados en el suelo ni el misterioso gramófono. Luego miró a Mona.

Mona se había reclinado en el sillón, con una pierna colgando so-bre el brazo de éste. Parecía demasiado mayor para asistir a un funeral con un vestido blanco, el cual ella había estirado para taparse púdica-mente las rodillas. Observaba a Michael con su acostumbrada expresión entre impertinente e irónica. Volvía a ser la misma Mona de siempre, la que era antes de recibir la noticia de la muerte de Gifford.

—Se marchó con ese hombre —dijo Mona en voz baja pero con claridad y firmeza—. El hombre que se había materializado. En un tono seco y monótono, típico de los adolescentes, como si le aburriera la estupidez de los demás y sin hacer concesiones a lo prodigioso, continuó:

—Rowan se marchó con él, con ese tipo de pelo largo, con ese esquelético mutante. Con el fantasma, el diablo, Lasher. Michael se peleó con él junto a la piscina, pero ese hombre le golpeó y lo arrojó al agua. El jardín está impregnado de su olor, al igual que el cuarto de estar, donde nació.

—Son imaginaciones tuyas —masculló Ryan—. Te he advertido que no te metas en esto.

—Cuando Rowan y él se marcharon —prosiguió Mona—, ella conectó la alarma para que acudiera alguien a rescatar a Michael. O puede que la conectara ese hombre. Cualquier imbécil es capaz de comprender lo que sucedió.

—Sal inmediatamente de aquí, Mona —dijo Ryan.

—No-contestó ella.

Michael no dijo nada. Había oído las palabras, pero era incapaz de responder. Deseaba decir que Rowan había

intentado impedir que ese hombre lo arrojara a la piscina. Pero ¿de qué serviría?

Rowan se había marchado dejándolo medio ahogado... O tal vez no. Tal vez la estaba coaccionando.

Ryan emitió un leve murmullo de irritación.

—Permitidme recordaros —dijo Aaron pacientemente que el doctor Larkin posee una gran cantidad de información que nosotros no tenemos. Dispone de las radiografías de las manos, los pies, la espina dorsal y la pelvis, así como de unas exploraciones del cerebro y otras pruebas. Ese ser no es humano. Tiene una extraña estructura gen ética. Es un mamífero, un primate de sangre caliente. Se parece a nosotros, pero no es humano.

Pierce miró fijamente a su padre, como si temiera que éste perdiese definitivamente el control.

Pero Ryan se limitó a menear la cabeza y dijo:

—Creeré ese cuento cuando lo vea, cuando me lo diga el propio doctor Larkin.

—Papá —dijo Pierce—, si examinas los informes forenses comprobarás que dicen que las pruebas debían de estar contaminadas o manipuladas, pues en caso contrario se trataría de unas muestras de sangre y tejido pertenecientes a una criatura dotada de una estructura gen ética no humana.

—Mona ha dicho la verdad —dijo Michael con voz apenas audible. Luego se enderezó y miró a Ryan ya Mona. Había algo en la actitud de Aaron que le molestaba, aunque no sabía exactamente qué era ni se había dado cuenta de ello hasta ese momento.

—Cuando llegué a casa lo vi —dijo Michael—. Se parecía a ella. Se parecía a mí. Podría haber salido de... Era nuestro hijo. Rowan había estado embarazada.

Se detuvo unos instantes, respiró hondo, movió la cabeza y prosiguió:

—Ese hombre, esa extraña criatura o lo que fuera, acababa de nacer. Era muy fuerte. Se burló de mí. Se..., se

movía como el hombre de paja de El mago de Oz, torpemente, riendo sin parar, cayendo una y otra vez e incorporándose de nuevo. Parecía fácil partirle el pescuezo, pero no pude. Era mucho más fuerte de lo que aparentaba. Le golpeé varias veces, con la fuerza suficiente para aplastarle la cara, pero tan sólo le hice un rasguño. Rowan trató de detenernos, pero en aquel momento no estaba seguro..., ni tampoco ahora..., de a quién de los dos trataba de proteger. ¿A él o a mí?

Le disgustaba haber pronunciado aquellas palabras, pero había llegado el momento de revelar toda la verdad, de compartir con los demás su rabia y su dolor. —¿Ayudó Rowan a ese hombre a arrojarte a la piscina? —preguntó Mona.

—Cállate, Mona —le espetó Ryan.

Pero Mona no hizo caso y siguió observando a Michael con aire inquisitivo.

—No —contestó Michael—. Aunque parezca increíble, me derribó él solo. Me han dejado fuera de combate en un par de ocasiones, pero eran unos individuos el doble de corpulentos que yo. Ese tipo es delgaducho, y delicado. Daba la impresión de no poder sostenerse de pie y, sin embargo, consiguió arrojarme a la piscina. Recuerdo la forma en que miraba cuando me hundí. Tiene los ojos azules y el cabello muy negro, como ya os he dicho, y el cutis pálido y muy hermoso. Al menos, ése era el aspecto que tenía cuando lo vi.

—Como el cutis de un bebé —dijo Aaron suavemente. — ¿Y sin embargo insistís en que no se trata de un ser humano? —preguntó Ryan, incrédulo.

—Son datos científicos, no es cosa del vudú —respondió Aaron—.

Es una criatura, por decirlo así, de carne y hueso. Pero su estructura genética no es humana. —¿Te lo dijo Larkin?

—Más o menos —contestó Aaron—. Digamos que me lo dio a entender.

—Fantasmas, espíritus, extrañas criaturas... —dijo Ryan. Era como si la cera de la que estaba hecho hubiera empezado a derretirse.

—Vamos, papá, tómatelo con calma —dijo Pierce en tono autoritario.

—Gifford me dijo que creía que ese hombre había conseguido penetrar en el mundo de los vivos —dijo Ryan—. Fue la última conversación que mantuve con mi esposa...

Silencio.

—Creo que todos coincidimos en una cosa, Michael-dijo Aaron, empezando a impacientarse—. En que debes permanecer aquí.

—De acuerdo —respondió Michael—. Pero quiero ver esos in-formes. Quiero estar enterado de todos los detalles. Quiero hablar con ese doctor Larkin.

—Existe otra cuestión de suma importancia —dijo Aaron—. Ryan, por motivos obvios, no permite que le hagan la autopsia a Gifford.

Ryan miró furioso a Aaron. Michael nunca había visto a Ryan tan enojado. Aaron también captó su expresión y se detuvo durante unos instantes antes de proseguir:

—Pero podemos analizar las manchas de sangre de su ropa. —¿Para qué? —inquirió Ryan—. ¿Qué tiene que ver mi esposa en este asunto?.

Aaron lo miró turbado, incapaz de responder a su pregunta. —¿Acaso tratas de decirme que mi esposa tuvo algo que ver con esa criatura? ¿Que él la mató?

Aaron guardó silencio.

—Mamá sufrió un aborto en Destin, papá —respondió Pierce—. Ambos sabemos que... —El joven se detuvo, pero el daño ya estaba hecho—. Mi madre era una mujer muy nerviosa. Ella y mi padre...

Ryan no contestó. Su rabia se había convertido en rencor. Michael meneó la cabeza con incredulidad, mientras Mona observaba impasible la escena. —¿Hay pruebas de que sufriera un aborto? —preguntó Aaron.

—Sufrió una hemorragia uterina —contestó Pierce—. Eso es lo que dijo el médico local, que había tenido un aborto.

—Los médicos de Destin dijeron que había muerto a causa de una hemorragia. Es lo único que saben. Una hemorragia. Empezó a perder sangre y no pudo llamar a nadie pidiendo auxilio. Murió tendida sobre la arena. Mi esposa era una mujer afectuosa y normal. Pero tenía cuarenta y seis años.

Es muy improbable que sufriera un aborto. Es más, me parece inconcebible. Tenía unos fibromas.

—Papá, déjales que analicen las manchas de sangre, por favor. Quiero saber la causa de la muerte de mamá, si fue debida a los fibromas o a otra causa. Te lo ruego. Todos deseamos saber la verdad. ¿ Por qué tuvo una hemorragia?

—De acuerdo —contestó Ryan, alzando las manos en un gesto de resignación—. ¿ Quieres que analicen las manchas de sangre que había en la ropa de tu madre?

—Sí —respondió Pierce con calma.

—Muy bien. Accedo, por ti y por tus hermanas. Haremos los análisis. Descubriremos lo que provocó la hemorragia.

Pierce estaba satisfecho, aunque al mismo tiempo se sentía preocupado por su padre.

Ryan deseaba añadir algo. Tras alzar la mano para imponer silencio, dijo:

—Haré lo que pueda dadas las circunstancias. Continuaré bus-cando a Rowan. Haré que analicen las ropas manchadas de sangre. Haré lo que es justo y sensato. Haré lo que es honorable, lo que es le-gal, lo que es necesario. Pero no creo que exista ese hombre. No creo que exista ese fantasma. ¡Nunca lo he creído! Y no tengo motivos para hacerlo ahora. Sea cual sea la verdad de este asunto, no tiene nada que ver con la muerte de mi mujer. »Pero volvamos al tema de la desaparición de Rowan. Gifford está en manos de Dios y no podemos hacer nada por ella; pero por Rowan sí. ¿Cómo podemos obtener los datos científicos del Instituto Keplinger, Aaron? Éstas son mis primeras

instrucciones: hallar la forma de conseguir por medios legales el material que Rowan le envió a Larkin. Voy a ir a la oficina. Conseguiré ese material. La heredera del legado ha desaparecido; es posible que haya sido secuestrada. Ya hemos tomado las oportunas medidas legales respecto a los fondos, las cuentas, las firmas, etcétera.

Ryan se quedó en silencio como si no tuviera nada más que añadir, observándolos fijamente, como una máquina que se hubiera quedado sin electricidad.

—Comprendo lo que sientes, Ryan —dijo Aaron con voz queda—. Incluso los testigos más cautos afirman que existe un misterio referente a ese extraño ser masculino. —¡Tú y tus compañeros de Talamasca! —exclamó Ryan, irritado—. Os dedicáis a observar ya hacer conjeturas. Examináis estos extraños hechos y ofrecéis una interpretación de los mismos que encaja con vuestras creencias, con vuestras supersticiones, con vuestra dogmática insistencia en que el mundo de los fantasmas y los espíritus es real. Yo no me lo trago. Si quieres que te sea sincero, opino que vuestro informe sobre nuestra familia es una especie de... fraude. He encargado a unos investigadores que hagan unas averiguaciones sobre vuestra organización.

Aaron lo miró fríamente.

—No te lo reprocho —contestó con cierto tono de amargura. Su rostro reflejaba de pronto una mezcla de rencor, confusión y rabia contenida. Michael lo notó con toda claridad. Aaron había «perdido los papeles», como suele decirse. —¿Conservas en tu poder las ropas manchadas de sangre, Ryan? —preguntó Aaron, fingiendo que le disgustaba insistir en ese desagradable tema—. ¿Qué llevaba puesto Gifford cuando murió?

—Maldita sea —masculó Ryan. Acto seguido descolgó el teléfono y llamó a su secretaria—. Carla —dijo—, soy Ryan. Llama al forense de Walton County, en Florida, ya la funeraria. ¿Dónde está la ropa de Gifford? Debo recuperarla. —Tras colgar de nuevo, preguntó—: ¿Algo más? Tengo que ir

a la oficina, estoy muy ocupado. Quiero regresar temprano a casa. Mis hijos me necesitan. Alicia ha sido internada en un hospital. Ella también me necesita. Necesito estar solo. Necesito... llorar la muerte de mi esposa. Quisiera que me acompañaras, Pierce. Ahora mismo —concluyó apresuradamente.

—De acuerdo, pero quiero averiguar la procedencia de las manchas de sangre que había en las ropas de mamá. — ¿Qué demonios tiene esto que ver con Gifford? —estalló Ryan—. ¿Acaso os habéis vuelto todos locos?

—Quiero averiguarlo, sencillamente —contestó Pierce—. Sabes muy bien que mamá temía reunirse aquí con nosotros el martes de carnaval, que ella...

—No sigas —le interrumpió Ryan—. Ciñámonos a los hechos, a lo que sabemos con certeza. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario.

Mañana, Michael, te enviaré todos los informes que tenemos sobre la desaparición de Rowan. Si quieres, puedo enviártelos ahora mismo.

Ryan descolgó de nuevo el teléfono y marcó apresuradamente el número de su oficina. Cuando le contestó su secretaria, dijo sin más preámbulos:

—Envía por medio de un mensajero todos los documentos correspondientes a Rowan. Sí, los informes de los detectives, las fotocopias de los cheques, todos los datos que tenemos sobre su desaparición. Me los ha pedido su marido. Tiene derecho a verlos; es su marido. ÉL. Está en su perfecto derecho.

Silencio. Al cabo de unos instantes, preguntó: —¿Qué quieres decir? Ryan se puso pálido y luego rojo de ira. Tras colgar precipitadamente se volvió hacia Aaron. —¿Es cierto que tus investigadores recogieron la ropa de mi esposa? ¿Que se la llevaron del despacho del forense de Walton County y de la funeraria? ¿Quién les autorizó a hacerlo? Aaron no respondió, pero Michael observó una expresión de sorpresa y confusión en su rostro. Era evidente que no

estaba al corriente de ello. Se sentía tan asombrado como humillado. Después de reflexionar unos momentos, se encogió de hombros y dijo:

—Lo lamento. No autoricé a nadie a que se llevara la ropa de tu esposa. Te pido disculpas. Me encargaré de que la restituyan inmediatamente.

—Eso espero —contestó Ryan—. Estoy harto de intelectuales que se meten donde no deben, de misterios y de gentes que se espían entre sí.

Tras estas palabras, Ryan se puso en pie. Pierce hizo otro tanto.

—Vamos, papá —dijo Pierce en su acostumbrado tono autoritario—. Vámonos a casa. Regresaré a la oficina esta tarde. Anda, vamos.

Aaron no se levantó ni miró a Ryan. Tenía la vista perdida en el infinito, como si se hallara muy lejos de allí, enfrascado en sus pensamientos. Estaba claramente enojado.

Michael se levantó y les estrechó la mano a Ryan y a Pierce, como hacía siempre.

—Gracias a los dos —dijo.

—Es lo menos que podemos hacer por ti —contestó Ryan—. Mañana nos reuniremos tú, Lauren, Randall y yo. Descuida, hallaremos a Rowan si... —... conseguís localizarla —apostilló Mona.

—Te he dicho que te calles —dijo Ryan—. Vete a casa, la anciana Evelyn está sola.

—Siempre hay alguien en casa que está solo y me necesita —replicó Mona. Luego se levantó, se alisó su infantil vestido de algodón, se arregló el lazo blanco que llevaba en el pelo y añadió—: No te preocupes, ya me marchó.

Ryan la miró como si aquella situación le resultara insoportable.

Luego se acercó a Mona y la abrazó. Súbitamente, en medio de un profundo silencio, Ryan rompió a llorar de dolor

y de vergüenza, emitiendo un sonido ronco, entrecortado, casi antinatural, como suelen hacer los hombres cuando lloran.

Pierce apoyó la mano en el hombro de su padre. Ryan besó a Mona en la mejilla y la soltó. Ella, visiblemente emocionada, lo besó también en la mejilla.

A continuación, Ryan salió de la biblioteca detrás de Pierce.

Tras cerrarse la puerta, Michael oyó un coro de voces en el vestíbulo: la voz queda de Beatrice, la de Randall, más profunda, y otras que no alcanzó a distinguir en medio del guirigay.

Al volverse se dio cuenta de que se había quedado a solas con Aaron y Mona. Aaron no se había movido. Parecía deprimido preocupado, como el propio Michael hacía unos días.

Mona, que se había retirado aun rincón, resplandecía como una pequeña vela con su vistoso cabello rojo. Tenía los brazos cruzados y presentaba una actitud firme y decidida. Era evidente que no pensaba marcharse. —¿Qué piensas de este asunto? —le preguntó Michael a Aaron—. Es la primera vez que te lo pregunto desde que... sucedió todo. ¿Qué opinas? Me gustaría saberlo. —¿Te refieres a que quieres conocer la opinión de un intelectual? —replicó Aaron sarcásticamente.

—Quiero conocer tu sincera opinión —contestó Michael—. La negativa de Ryan a creer en este asunto casi constituye una postura religiosa. ¿Qué me habéis ocultado?

Debió haberle ordenado a Mona que saliera de la habitación, haberle pedido a Bea que se ocupara de ella, pero no lo hizo. Simplemente, observó fijamente a Aaron.

Durante unos instantes éste mostró una expresión tensa, luego se relajó y respondió secamente a la pregunta que le había formulado Michael.

—No te he ocultado nada deliberadamente. Lo cierto es que me siento incómodo —dijo, mirando a Michael de frente

—. y o dirigía esta investigación hasta que Rowan desapareció. Hasta hace poco creí que seguía dirigiéndola, pero todo parece indicar que los Mayores se han hecho cargo del caso, que la investigación se ha ampliado sin que yo tuviera Conocimiento de ello. No sé quién se llevó la ropa de Gifford. Los de Talamasca no solemos proceder así. Tú lo sabes. A raíz de la desaparición de Rowan, le pedimos permiso a Ryan para venir aquí y tomar unas muestras de sangre de la alfombra y las paredes. Te lo hubiéramos pedido a ti, pero tú no...

—Lo sé, lo sé...

—Ése es nuestro estilo. Tratamos de ayudar cuando se produce un desastre, pero discretamente, con prudencia, observando, sin sacar conclusiones precipitadas.

—No me debes ninguna explicación. Somos amigos; lo sabes de sobra. Imagino lo que ha sucedido. Los Mayores sin duda consideran que se trata de una investigación de extraordinaria importancia. No tenemos un fantasma, sino un mutante —dijo Michael, soltando una amarga carcajada—. y ese ser tiene prisionera a mi esposa.

—Eso ya lo sabía yo —terció Mona.

La falta de respuesta de Aaron resultaba desconcertante. Seguía inmóvil, contemplando el vacío, como si le disgustara no poder hablar del asunto por tratarse de algo que afectaba a la Orden. Al fin miró a Michael y dijo:

—Me alegro de que te hayas recuperado. Estás perfectamente. El doctor Rhodes dice que es un milagro. No te preocupes. Nos veremos mañana, aunque no haya sido invitado a participar en la reunión con Ryan.

—A propósito del expediente que van a enviarme... —dijo Michael.

—Ya lo he visto —respondió Aaron—. Todos colaboramos en esta investigación. Hallarás mis informes en el expediente. No sé lo que ha sucedido ahora. Beatrice y Vivian me esperan. Beatrice está muy preocupada por ti,

Mona. El doctor Larkin desea hablar contigo, Michael, le he pedido que espere hasta mañana. Ahora me reuniré con él.

—De acuerdo. Estoy impaciente por leer el informe. No dejes que Larkin se te escape.

—No temas. Ha visitado los mejores restaurantes de la ciudad y ha estado toda la noche divirtiéndose con una joven cirujana de Tula-en. No se nos escapará.

Mona no dijo nada. Permaneció sentada, observando a Michael mientras éste acompañaba a Aaron hasta la puerta. De pronto, Michael se sintió turbado por su presencia, su perfume, su rojo cabello que destacaba entre las sombras, el lazo blanco un tanto arrugado que lucía en la cabeza, por lo que había ocurrido entre ambos y porque dentro de un rato los demás habrían abandonado la casa, dejándolo de nuevo a solas con ella.

En aquel momento Ryan y Pierce se disponían a marcharse. Las despedidas de los Mayfair siempre se prolongaban en exceso. Beatrice había vuelto a romper a llorar y le aseguraba a Ryan que no debía preocuparse por nada. Randall estaba sentado en el salón, junto a la chimenea, con aspecto desconcertado y pensativo; parecía un enorme sapo gris. —¿Cómo estáis, queridos? —preguntó Bea, estrechando la mano de Michael y de Mona y besando a ésta en la mejilla. Aaron se apresuró a salir de la biblioteca.

—Estoy bien —respondió Mona—. ¿Y mamá?

—Le han administrado unos sedantes. La alimentan por vía intravenosa. No te preocupes, dormiré toda la noche. Tu padre está bien. Se ha quedado con la anciana Evelyn. Creo que Cecilia ya ha llegado. Anne Marie está con tu madre.

—Eso supuse —replicó Mona con un gesto de fastidio. — ¿Qué quieres hacer, cariño? ¿Quieres que te acompañe a casa? ¿O prefieres pasar la noche conmigo? ¿Qué puedo hacer? Puedes acostarte en mi habitación o en el cuarto empapelado de rosa.

Mona negó con la cabeza.

—Me encuentro perfectamente —contestó bruscamente—. Dentro de un rato me iré a casa. —¿Y tú? —preguntó Bea, dirigiéndose a Michael—. Me alegra ver que has recuperado el color de tus mejillas. Eres un hombre nuevo.

—Sí, eso parece. Tengo que reflexionar. Van a enviarme el expediente sobre Rowan.

—No debes leer esos informes. Son deprimentes —dijo Bea. Luego se volvió y miró a Aaron, que estaba en el pasillo apoyado contra la pared—. No dejes que los lea.

—Por supuesto que debe leerlos —respondió Aaron—. Me marcho; el doctor Larkin me espera en el hotel.

—Pues anda, vete —dijo Bea, dándole un beso en la mejilla y acompañándolo a la puerta—. Te esperaré.

Randall se levantó, dispuesto a marcharse. En aquel momento salieron dos jóvenes Mayfair del comedor. Las despedidas no se acababan nunca. Todos se mostraban profundamente emocionados y llorosos mientras confesaban su cariño hacia Gifford, la pobre y hermosa Gifford, tan amable y generosa. Bea se volvió, corrió a abrazar a Michael ya Mona al mismo tiempo, les dio un beso y se encaminó apresuradamente hacia la puerta. Luego asió afectuosamente a Aaron del brazo y bajaron los escalones del porche. Randall salió antes que ellos.

Al fin se habían marchado todos. Mona, de pie junto a la puerta, se despidió de ellos con la mano.

Tenía un aspecto ridículo con aquel vestido de niña adornado con una faja y su acostumbrado lazo blanco en el pelo.

De pronto cerró la puerta de un golpe y se volvió hacia Michael. —¿Dónde está la tía Viv? —preguntó Michael.

—No puede salvarte —contestó Mona—. Está en Metairie conso-lando a los otros hijos de Gifford, junto con la tía Bernadette. —¿Y Eugenia?

—La he envenenado —respondió Mona, dirigiéndose hacia la bi-blioteca.

Michael la siguió con paso firme, resuelto a pronunciar un discurso lleno de frases sensatas y declaraciones de buenas intenciones.

—Eso no va a suceder de nuevo —afirmó, cerrando la puerta a su espalda.

Mona le echó los brazos al cuello y él la besó. Sus manos se deslizaron sobre sus pechos y empezó a levantarle la falda.

—No puede suceder —repitió Michael—. No dejaré que me seduzcas de nuevo. Ni siquiera me das oportunidad de... Pero su joven cuerpo le excitaba. Le acarició los suaves y firmes brazos, la espalda y las caderas. Ella también estaba muy excitada, tanto como pudiera estarlo cualquiera de las mujeres adultas con las que él había hecho el amor. Súbitamente oyó que la llave giraba en la cerradura.

—Quiero que me consueles —dijo Mona—. Mi querida tía acaba de morir. Estoy hecha polvo, de veras.

Michael observó que tenía los ojos llenos de lágrimas, como si estuviera apunto de romper a llorar.

Mona se desabrochó el vestido y dejó que cayera al suelo. Michael miró el blanco y costoso sujetador de encaje, que apenas contenía sus desarrollados pechos; la pálida piel de su vientre, que asomaba sobre la cintura de sus braguitas. Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Mona mientras ésta lloraba en silencio. Luego se arrojó de nuevo en brazos de Michael, besándolo apasionadamente mientras le introducía la mano entre las piernas.

Era un fait accompli, como suele decirse.

—No te preocupes —murmuró ella mientras yacían abrazados sobre la alfombra. Michael tenía sueño, pero no podía permitirse el lujo de quedarse dormido, pues tenía demasiado en qué pensar. ¿Cómo no iba a preocuparse? Al cabo de un rato empezó a tararear una canción, manteniendo los ojos abiertos.

—El vals de Violetta —dijo Mona—. Abrázame fuerte.

Al fin se quedó dormido, o al menos se hundió en un apacible letargo, mientras acariciaba la adorable y sudorosa nuca de Mona y oprimía los labios sobre su frente. De pronto sonó el timbre y oyó los pasos de Eugenia en el pasillo, dirigiéndose lentamente hacia la puerta mientras decía:

—Ya voy, ya voy.

Era un mensajero con el informe que Ryan habla prometido enviarle. Michael ardía en deseos de leerlo, pero no sabía cómo levantarse sin despertar a Mona. Sin embargo, debía examinarlo inmediatamente. Al pensar en Rowan se apoderó de él una sensación de pánico que le obnubilaba, impidiéndole tomar una decisión e incluso reflexionar con serenidad.

Michael se incorporó, tratando de recobrar la lucidez y liberarse de la sensación de pereza que le invadía después de hacer el amor, de no mirar a la joven desnuda que yacía dormida sobre la alfombra, con la cabeza apoyada sobre su roja cabellera, mostrando un vientre tan liso y perfecto como sus pechos. «Eres un cerdo», se dijo.

Al cabo de unos minutos oyó a Eugenia cerrar la puerta de un golpe y regresar de nuevo con paso lento y sigiloso hacia la cocina.

Michael se vistió y se peinó mientras observaba el gramófono. Sí, era idéntico al que había visto en el salón mientras sonaba la espectral melodía. Sobre él reposaba el disco negro en el que había quedado grabado el vals hacía varias décadas.

Durante unos instantes, Michael se sintió desconcertado. Mientras evitaba mirar el joven y espléndido cuerpo de Mona, comprobó que al fin había conseguido recobrar una cierta calma. Era lógico; uno no puede permanecer constantemente con los nervios deshechos. «Mi esposa puede estar viva —pensó—, o haber muerto. Pero debo creer que aún vive. Y está con ese ser. ¡Ese ser la necesita!»

Mona se volvió hacia un lado. Su espalda era lisa y blanca; sus caderas menudas, pero perfectamente

proporcionadas. Tenía unas formas exquisitamente femeninas, el cuerpo de una hembra.

«Deja de mirarla, imbécil —se dijo Michael—. Eugenia y Henri no deben de andar muy lejos. No tienes a la suerte. Acabarás emparedado en el sótano.» ¡Pero si esta casa no tiene sótano!

Bueno, pues en el desvan.

Michael abrió la puerta lentamente. El vestíbulo estaba en silencio, al igual que el salón. Sobre la mesa del vestíbulo, donde solían depositar la correspondencia, vio un sobre con el membrete de Mayfair amp; Mayfair. Salió sigilosamente, cogió el sobre y se dirigió al comedor, desde el cual divisaba la puerta de la biblioteca; de esa forma podría impedir que alguien entrara en ella y sorprendiera a Mona yaciendo desnuda sobre la alfombra.

Suponía que más pronto o más tarde la muchacha se despertaría y se vestiría. ¿Pero y luego?

Michael no sabía lo que haría, sólo confiaba en que no regresara a su casa y lo dejara solo. «Soy un cobarde —pensó—. ¿Serías capaz de comprender la situación en la que me encuentro, Rowan?» Sí, es posible que lo comprendiera. Rowan comprendía bien a los hombres, mejor que todas las mujeres que él había conocido, incluida Mona.

Michael encendió la lámpara situada junto a la chimenea, se sentó a la cabecera de la mesa y sacó el informe del sobre. El contenido del mismo era más o menos lo que le habían explicado.

Los expertos en genética se referían a las muestras en un tono ligeramente sarcástico: «Al parecer, se trata de una combinación calculada de material genético correspondiente a más de un primate.»

Lo más doloroso fue leer las declaraciones de los testigos de Donnelaith. «La mujer tenía muy mal aspecto. Pasaba casi todo el día en la habitación y cuando salía iba siempre acompañada de ese hombre. Daba la impresión de que él la

obligaba a salir. Parecía muy enferma. Sentí la tentación de sugerir que la visitara un médico.»

El conserje del hotel de Ginebra describía a Rowan como una mujer de aspecto enfermizo, demacrada, de unos cincuenta y cuatro kilos de peso. Al leer ese párrafo, Michael se estremeció.

Michael contempló las fotocopias de los cheques falsificados. Era una burda falsificación. La letra era grande, de la época isabelina, co-mo la empleada en un pergamino antiguo.

Estaban extendidos a nombre de Oscar Aldrich Tamen. ¿Por qué había elegido el extraño ser ese nombre? Cuando Michael miró el dorso del cheque lo comprendió. Tenía un pasaporte falso. El conserje del hotel había anotado todos los datos. Michael supuso que estarían siguiendo esa pista. Luego examinó el memorándum de la firma de abogados.

Oscar Aldrich Tamen había sido visto por última vez el 13 de febrero en Nueva York. Su esposa había denunciado su desaparición el 16 de febrero. Actualmente se hallaba en paradero desconocido. ¿Conclusión? Le habían robado el pasaporte.

Michael cerró la carpeta que contenía el informe y se llevó las manos al pecho, tratando de hacer caso omiso del pequeño dolor que sentía, diciéndose que llevaba años padeciéndolo.

—Rowan —dijo en voz alta, como si fuera una oración. Sus pensamientos se remontaron al día de Navidad, cuando su mujer le arrancó la cadena del cuello y la medalla cayó a la piscina.

«¿Por qué me has abandonado? —pensó—. ¿Cómo fuiste capaz de hacerlo?»

De pronto sintió vergüenza, una mezcla de vergüenza y temor. En el fondo de su egoísta corazón se había alegrado cuando los investigadores le comunicaron que ese ser endemoniado la había forzado a marcharse con él, que la había coaccionado. Se alegraba de que lo hubieran dicho

ante el orgulloso Ryan Mayfair, pues significaba que su esposa no le había traicionado con el demonio, sino que aún lo amaba.

Pero ¿Y la seguridad de su esposa? ¿Y el peligro que corría ella y su fortuna? «Eres un tipo egoísta y despreciable», se dijo Michael. Su única justificación era el intenso dolor que había experimentado el día en que ella lo abandonó, y la conmoción al caerse en la helada piscina, y las brujas Mayfair que se le aparecían en sueños, y la habitación del hospital, y el dolor que sintió en el pecho cuando subió la escalera...

Michael extendió los brazos sobre la mesa y, llorando en silencio, apoyó la cabeza sobre la misma.

No sabía cuánto tiempo había permanecido en esa posición, pero sabía que la puerta de la biblioteca no se había abierto, que Mona de-bía de seguir durmiendo y que los sirvientes estaban enterados de lo que él había hecho, pues de lo contrario ya habrían acudido a pre-guntarle si deseaba algo. También tenía la sensación de que había oscurecido y de que la casa aguardaba que se produjera algún aconteci-miento.

Al fin, Michael se reclinó hacia atrás y miró por la ventana. La blanca luz del atardecer ponía de relieve las hojas de los árboles, con-trastando al mismo tiempo con la luz dorada de la lámpara, la cual animaba el vasto comedor en el que había numerosos cuadros antiguos colgados.

De pronto percibió un voz, débil y remota, que cantaba el vals de Violetta. Eso significaba que su ninfa se había despertado y había puesto en marcha el viejo gramófono. Michael sacudió la cabeza para despejarse. Debía hablar con ella sobre esos pecados mortales.

Michael se levantó, cruzó el oscuro comedor y se dirigió lentamente hacia la biblioteca, a través de cuya puerta sonaban los acordes de la alegre melodía. Era el vals que tocaban en La Traviata cuando Violetta se sentía fuerte y

alegre, antes de quedar postrada en la cama. Por debajo de la puerta se filtraba un suave y dorado resplandor.

Mona estaba sentada en el suelo, inclinada hacia atrás y todavía desnuda. Tenía los senos voluminosos pero erguidos, del color de la piel de un bebé. Los pezones eran rosados también como los de un bebé.

Michael comprobó que dentro de la biblioteca no sonaba ninguna música. ¿Habrían sido imaginaciones suyas? Mona contemplaba el porche de hierro batido a través de la ventana de la biblioteca, que es-taba abierta. Los postigos, que Michael solía mantener cerrados ya través de los cuales se filtraban los rayos del sol, también estaban abiertos. En aquel momento oyó un ruido que lo sobresaltó, pero se trataba tan sólo de un coche que circulaba a gran velocidad por el cruce que había frente a la casa.

Mona también se sobresaltó. Estaba despeinada y en su rostro se adivinaban las huellas del sueño. —¿Qué es esto? —preguntó Michael—. ¿Acaso ha entrado alguien por la ventana?

—Más bien ha intentado entrar —contestó Mona, bostezando—. ¿No notas un olor muy raro? —preguntó, volviéndose hacia él.

Antes de que Michael pudiera responder, se levantó y empezó a vestirse.

Michael se dirigió a la ventana y cerró los postigos verdes. El rin-cón del jardín donde crecían unas encinas estaba desierto y en sombras. La farola de la calle parecía la faz de la luna asomando a través de las ramas de los árboles. Michael cerró la ventana bruscamente. Mona no debió abrirla sin su permiso. —¿No lo hueles? —insistió Mona.

Cuando Michael se volvió hacia ella comprobó que se había vestido. La habitación estaba sumida en la penumbra. Mona se acercó a él, y le dio la espalda para que le abrochara el vestido. —¿Quién diantres era? —preguntó Michael.

El almidonado algodón del vestido tenía un tacto agradable. Michael ató la faja, intentando que el lazo quedara lo más airoso posible. Cuando hubo terminado, Mona dirigió la vista hacia la ventana.

—Qué raro que no percibas ese olor —dijo, dirigiéndose a la ventana y mirando a través de las rendijas de los postigos. Luego meneó la cabeza. —¿No viste de quién se trataba? —preguntó Michael. Se sentía tentado de salir al jardín a investigar, de recorrer toda la manzana y abordar a cualquier extraño con quien se topara, de buscar al intruso por la calle Chestnut y la calle Primera—. Necesito un martillo. —¿Un martillo?

—No voy a utilizar una pistola. Me basta un martillo —respondió Michael, dirigiéndose a un armario que había en el vestíbulo.

—Esa persona se ha marchado, Michael. Cuando me desperté ya había desaparecido. Le oí alejarse corriendo. No creo... No creo que supiera que yo estaba aquí.

Cuando Michael entró de nuevo en la biblioteca vio un objeto blanco sobre la alfombra. Al inclinarse para recogerlo comprobó que era el lazo de Mona. Ella lo cogió de sus manos distraídamente y se lo colocó sin necesidad de mirarse en un espejo.

—Debo irme —dijo Mona—. Debo ir a ver a mi madre, a Cici; ya debería haberme marchado.

Probablemente está muerta de miedo en el hospital. —¿Estás segura de no haber visto nada sospechoso? —le preguntó Michael, acompañándola hacia la puerta.

—Noté ese olor —contestó ella—. Creo que fue lo que me despertó. Y luego oí un ruido junto a la ventana.

Mostraba una serenidad admirable, pensó Michael, furioso.

Michael abrió la puerta y salió al porche a echar un vistazo. Cualquiera podía ocultarse detrás de las encinas o al otro lado de la calle, detrás de una tapia, o entre las begonias y palmeras del jardín.

«¡En mi propio jardín!», pensó.

—Me marchó. Te llamaré más tarde —dijo Mona.

—Estás loca si crees que voy a dejar que regreses sola a casa —res-pondió Michael en tono protector. Mona se detuvo en los escalones, dispuesta a protestar, pero luego miró con aprensión las sombras que los rodeaban y alzó la vista hacia las ramas de los árboles.

—Se me ocurre una idea —dijo—. Puedes seguirme, y si ese intruso me ataca lo matas a martillazos. ¿Has cogido el martillo?

—Eso es absurdo. Haré que Henri te acompañe en coche —contestó Michael, obligándola a entrar de nuevo en la casa y cerrando la puerta.

Henri estaba en la cocina, como era su deber, en mangas de camisa y tomándose un trago de whisky en una taza blanca para disimular. Al verlos entrar, dejó el periódico en la mesa y se levantó respetuosamente. Por supuesto que acompañaría a la señorita Mona a casa, o al hospital, como prefiriera, dijo, cogiendo la chaqueta colgada en el respaldo de la silla.

Michael los acompañó hasta el camino empedrado, donde se hallaba aparcado el coche, temeroso de que el intruso se ocultara en las sombras del jardín. Mona subió al coche y agitó la mano. Michael observó su pelo rojo mientras se alejaban, lamentando no haberse despedido de ella estrechándola entre sus brazos; pero ense-guida se avergonzó de ese pensamiento. Cuando hubieron partido, entró de nuevo en la casa y cerró la puerta de la cocina que daba al jardín.

Luego se dirigió al armario del vestíbulo, donde guardaba su viejo estuche de herramientas. La casa era tan grande que había un estuche de herramientas en cada planta. Pero éstas eran las que él solía utilizar, sus preferidas, entre las cuales había un martillo con el mango de madera carcomido que utilizaba cuando vivía en San Francisco.

Al asirlo Michael notó una extraña sensación. Entró de nuevo en la biblioteca y miró a través de la ventana. El martillo había pertenecido a su padre. Se lo había llevado a San Francisco de pequeño, junto con todas las herramientas de su padre. Le gustaba conservar ese viejo y sencillo objeto entre los fabulosos tesoros de los Mayfair. Michael blandió el martillo, dispuesto a aplastar la cabeza del intruso si se topaba con él. Ya tenía suficientes problemas sin que un ladrón tratara de colarse por la ventana de la biblioteca.

A menos que...

Michael encendió la lámpara del rincón y examinó el gramófono. Estaba cubierto de polvo. Nadie lo había tocado. Tras dudar unos instantes, se arrodilló y acarició suavemente el plato. Al volverse vio un grueso álbum que contenía los discos de La Traviata, junto a la manivela para dar cuerda al viejo trasto. ¿Quién había puesto dos veces el disco del vals, si el gramófono estaba intacto y lleno de polvo?

De pronto oyó un ruido, como el crujido de una tabla del suelo.

Quizás era Eugenia. O quizá no.

—Maldita sea —murmuró Michael—. Ese cabrón ha logrado entrar.

Salió apresuradamente y registró el primer piso de cabo a rabo, habitación por habitación, atento al menor ruido, observando cada rincón y examinando las cajas del sistema de alarma para comprobar si se había encendido alguna luz. Luego subió al segundo piso y re-gistró los armarios, los cuartos de baño e incluso el dormitorio de la parte delantera de la casa. La cama estaba hecha y había un jarro con rosas amarillas sobre la repisa de la chimenea.

Todo parecía en orden. Eugenia no estaba ahí. Desde el porche del ala de la servidumbre, Michael divisó el pabellón de huéspedes situado al fondo del jardín, el cual estaba iluminado como si celebraran una fiesta. Seguramente había encendido las luces Eugenia. Ella y Henri solían turnarse y estos días le tocaba a ella dormir ahí. Estaría en la cocina,

con la radio encendida y viendo en la televisión una serie de misterio.

El viento agitaba las ramas de los árboles. Michael observó el oscuro césped, la piscina y el camino empedrado. Nada se movía excepto las ramas de los árboles, dando la impresión de que las luces del pabellón de huéspedes parpadeaban en la penumbra del jardín.

A continuación Michael subió al tercer piso para registrarlo y cerciorarse de que nadie se ocultaba ahí.

Todo permanecía en silencio ya oscuras. El pequeño descansillo estaba desierto. La luz de la farola brillaba a través de la ventana. La puerta del trastero se encontraba abierta y Michael comprobó que todos los estantes estaban limpios y ordenados. Luego abrió la puerta de la antigua habitación de Julien, que Michael había transformado en su estudio.

Lo primero que vio fue las dos ventanas, la de la derecha, debajo de la cual había muerto Julien, postrado en su lecho, y la de la izquierda, a través de la cual había huido Antha, cayendo desde el tejado del porche y estrellándose contra las losas del jardín. Las ventanas parecían dos ojos escrutadores.

Las persianas estaban alzadas y la suave luz del anochecer iluminaba las desnudas tablas del suelo y la mesa de dibujo. Pero el suelo no estaba desnudo, sino cubierto por una vieja alfombra, y en lugar de la mesa de dibujo había una pequeña cama de latón que Michael había mandado retirar hacía tiempo.

Michael extendió la mano para encender la luz.

—Te ruego que no la enciendas —dijo una voz ronca, con acento francés. —¿Quién demonios eres? —preguntó Michael.

—Soy Julien —respondió la voz—. Por el amor de Dios, no soy la persona que entró en la biblioteca.

Entra de una vez, aún estamos a tiempo. Es preciso que hable contigo.

Michael entró y cerró la puerta. Estaba sudando y aferró con fuerza el martillo. Pero sabía que era la voz de Julien, pues la había oído anteriormente, sobre el mar, en otra dimensión, hablándole suave y rápidamente, planteándole el caso, por decirlo así, y advirtiéndole que podía rechazarlo.

Michael confiaba en que el velo se alzaría al fin, permitiéndole contemplar de nuevo el Pacífico, sobre cuyas aguas flotaba su cuerpo sin vida, y recordarlo todo. Pero no sucedió nada de eso. Lo que sucedió fue infinitamente más siniestro y al mismo tiempo excitante. Vio una oscura figura junto a la chimenea, con un brazo apoyado en la repisa. Bajo la luz que penetraba por la ventana observó que tenía las piernas largas y delgadas y el cabello suave y canoso.

—Eh bien, Michael, estoy muy cansado. Esto es muy duro para mí. —¡Julien! ¿Acaso han quemado el cuaderno? ¿La historia de tu vida? — Oui, mon fils. Mi querida Mary Beth quemó cada página de esos cuadernos. Todos mis escritos... —respondió Julien, arqueando las cejas con expresión de incredulidad. Su voz sonaba triste y angustiada. Luego prosiguió—:

Acércate. Siéntate en ese sillón, te lo ruego. Debes escucharme.

Michael obedeció y se sentó en un sillón tapizado de cuero, un sillón real, que se había perdido entre diversos y pintorescos objetos cubiertos de polvo. Tocó la cama. Era sólida. Oyó el crujido de los muelles. Luego tocó la colcha. Era increíble. Michael no salía de su asombro.

Sobre la repisa de la chimenea había un par de candelabros de plata. La figura se volvió de pronto, sacó unos fósforos del bolsillo y encendió las velas. Tenía los hombros estrechos, pero era alto, bien plantado, de edad indefinida.

Cuando se volvió de nuevo hacia Michael, el dorado resplandor de las velas puso de relieve su erguida figura, sus ojos azules y sonrientes, la alegre expresión que se reflejaba en su rostro.

—Sí, soy yo —dijo—. ¡Mírame! Escúchame. Debes actuar de inmediato. Pero antes debo hablarte. ¿No notas que mi voz suena más fuerte?

Era una voz muy hermosa. Michael, al que siempre le habían fascinado las voces bien timbradas, escuchaba atentamente cada sílaba que pronunciaba. Era una voz antigua, como las voces cultas y educadas de los artistas de cine de antaño que tanto admiraba, unos actores capaces de convertir una simple frase en una obra maestra. Le parecía estar soñando, como si aquella escena fuera fruto de su imaginación.

—No sé cuánto tiempo me queda —dijo el fantasma—. No sé dónde he permanecido mientras aguardaba este momento. Soy un muerto que ha regresado a la tierra.

—Estoy aquí, te escucho. No te vayas, te lo ruego. —¡Si supieras lo que me ha costado regresar, los esfuerzos que he tenido que hacer! Tú mismo tratabas de impedírmelo.

—Temo a los fantasmas —respondió Michael—. Como sabes, es un rasgo característico de los irlandeses.

Julien sonrió. Luego cruzó los brazos y se apoyó en la chimenea, haciendo oscilar la luz de las velas, como si fuera real. Llevaba una chaqueta de lana negra, una camisa de seda, unos pantalones largos y unos botines, perfectamente lustrados. Al sonreír, su rostro levemente arrugado, enmarcado por una cabellera blanca y rizada, parecía cobrar vida, al igual que sus penetrantes ojos azules.

—Deseo relatarte mi historia —dijo, expresándose como un afable maestro—. No me condenes de antemano. Acepta lo que deseo ofrecerte.

Michael experimentaba una inexplicable mezcla de confianza y excitación. Lo que siempre había temido, lo que le había perseguido a lo largo de tantos años, al fin se materializaba ante sus ojos. Era su amigo; Julien no le infundía el menor temor.

—Tú eres el ángel, Michael—dijo Julien—. Todavía tienes oportunidad de salvarte.

—Entonces la batalla no ha concluido...

—No, mon fils.

De pronto Julien lo miró con expresión distraída, triste, desconcertada. Michael temió que desapareciera. Pero, en lugar de ello, su silueta adquirió mayor fuerza y claridad, unos colores más nítidos. Luego señaló el rincón, sonriendo.

A los pies del lecho se hallaba el viejo gramófono de madera. —¡Pero si es real, estaba en esta habitación! —exclamó Michael—. ¿Qué es un fantasma?

—Mon Dieu! ¡Ojalá lo supiera! Jamás lo he sabido —contestó Julien, mirando a su alrededor con expresión soñadora mientras la suave luz de las velas se reflejaba en sus pupilas—. ¡En estos momentos daría cualquier cosa por un cigarrillo, por un vaso de vino tinto! —murmuró—. Cuando ya no puedas verme, Michael, cuando debamos separarnos... Te suplico que hagas sonar el vals. Yo lo he hecho sonar para ti. Haz que suene todos los días por si todavía estoy aquí y consigues hacerme regresar.

—Te lo prometo, Julien.

—Ahora escucha atentamente...

Nueva Orleans era sencillamente un lugar fabuloso. A Lark no le hubiera importado quedarse allí para siempre. El hotel Pontchartrain era pequeño, pero muy acogedor. Lark ocupaba una espaciosa suite que daba a la avenida, con bonitos muebles tradicionales, y jamás había probado una comida como la del restaurante Caribe. Aquello no tenía comparación con San Francisco. Se había despertado a mediodía y había tomado un exquisito desayuno sureño. Decidió que cuando regresara a casa aprendería a preparar tortitas de sémola. Lo del café de achicoria era muy curioso; la primera vez que lo probabas sabía a rayos, pero cuando te acostumbrabas ya no podías pasar sin él.

Lo malo era que los Mayfair le estaban volviendo loco. Llevaba un día y medio en Nueva Orleans y no había sacado nada en limpio. Lark estaba sentado en el confortable sofá tapizado de terciopelo dorado, en forma de L, con el tobillo derecho apoyado en la rodilla izquierda, tomando notas mientras Lightner hacía una llamada desde el cuarto contiguo. Lightner presentaba un aspecto agotado cuando regresó al hotel. Lark supuso que hubiera preferido estar arriba, acostado en su propia habitación. Un hombre de esa edad debía de hacer una siestecita; no podía trabajar día y noche sin descanso como hacía Lightner.

Lark notó que la voz de Lightner subía de tono. Al parecer, su interlocutor de Londres, o de donde quiera que estuviese, empezaba a irritarle.

Por supuesto, la familia no tenía la culpa de que Gifford Mayfair hubiera muerto inesperadamente en Destin, ni de haber pasado los dos últimos días enteramente dedicada al velatorio y el funeral, provocando un ambiente de dolor y desesperación como Lark jamás había presenciado antes.

Lightner prácticamente se había visto monopolizado por las mujeres de la familia, quienes le enviaban a hacer recados o le pedían que les aconsejara y las consolara. Lark apenas había conseguido cruzar dos palabras con él.

Lark había asistido al funeral movido por la curiosidad. No se imaginaba a Rowan Mayfair conviviendo con esos locuaces sureños, los cuales hablaban sobre los vivos y los muertos con idéntico entusiasmo. Todos eran guapos y distinguidos, y conducían un Beamer, un jaguar o un Porsche. Las joyas parecían auténticas. La mezcla genética incluía, aparte de todo lo demás, una estupenda fachada.

Todos protegían al marido, Michael Curry. Éste tenía buen aspecto; era apuesto y distinguido, como los demás. De hecho, no parecía haber sufrido hacía poco un ataque de corazón.

Sin embargo, Mitch Flanagan había comenzado a analizar el ADN de Curry y le había informado a Lark que poseía una estructura genética tan curiosa como la de Rowan. Flanagan se había salido con la suya, como todos los que trabajaban para el Instituto Keplinger, y había obtenido el historial médico de Michael Curry sin su conocimiento ni autorización. Pero ahora Lark no conseguía ponerse en contacto con Flanagan.

Le había llamado por la noche y hacía un rato, pero sin éxito. El contestador automático seguía repitiendo que el doctor Flanagan se hallaba ausente, invitando a Lark a que dejara su número de teléfono.

Lark se olía algo raro. ¿Por qué no contestaba Flanagan a sus llamadas? Lark deseaba entrevistarse con Curry. Quería hablar con él, hacerle ciertas preguntas.

Era divertido visitar la ciudad e ir de copas —anoche, después del velatorio, había cogido una buena cogerza, y esta noche cenaría en Antoine's con dos colegas de Tulane, ambos unos borrachines empedernidos—, pero estaba en Nueva Orleans por un asunto de negocios y confiaba en que

ahora que la señora de Ryan Mayfair había sido enterada podría seguir con sus investigaciones.

Lark dejó de escribir cuando Lightner entró de nuevo en la habitación. —¿Malas noticias? —le preguntó. Lightner se sentó en un sillón con aire pensativo, mordiéndose el labio inferior. Era un hombre de tez pálida, con una abundante y atractiva cabellera blanca y dotado de gran encanto personal. Parecía muy cansado. Tanto es así, que Lark pensó que era Lightner quien corría el peligro de sufrir un ataque de corazón.

—Lo cierto es que me encuentro en una situación delicada —respondió Lightner al cabo de unos momentos—. Según parece, fue Erich Stólov quien se llevó las ropas de Gifford de la funeraria de Florida. Pero ha desaparecido y no he podido hablar con él de ese asunto.

—Pero si es miembro de su organización.

—En efecto —contestó Aaron, haciendo una leve mueca sarcástica—, es miembro de nuestra organización. Los Mayores, según me ha comunicado el nuevo Superior General, me recomiendan que no indague en «esa parte» de la investigación. —¿Qué significa eso?

Lightner guardó silencio durante unos instantes. Luego miró a Lark y contestó:

—Usted dijo que convendría hacer unas pruebas genéticas de toda la familia. ¿Desea plantearle el tema a Ryan? Creo que podrá hablar con él mañana por la mañana.

—Eso sería estupendo. Aunque se trata de algo un tanto complicado. Quiero decir que no está exento de riesgos. Si descubrimos unas enfermedades congénitas, si descubrimos que los Mayfair son propensos a padecer ciertas dolencias, esa información les afectaría en muchos aspectos, desde la cuestión de las pólizas de seguros hasta el servicio militar. Desde luego me gustaría hacerles esas pruebas, pero en estos momentos me interesa más Michael Curry. ¿No podríamos conseguir los informes médicos de Gifford Mayfair? Debemos proceder con calma. Imagino que ese

Ryan Mayfair debe de ser un abogado muy inteligente. Dudo que acepte que toda la familia se someta a unas pruebas genéticas. Sería un idiota si consintiera en ello.

—Y yo me temo que no le caigo muy bien. Si no fuera por mi amistad con Beatrice Mayfair, ni siquiera me dirigiría la palabra, cosa que comprendo perfectamente.

Lark había visto a esa tal Beatrice. Había acudido ayer al hotel para comunicarle a Lightner la trágica noticia de la muerte de Gifford en Destin. Era una mujer menuda y de aspecto corriente, con el cabello gris recogido en un moño alto, y uno de los «estiramientos» faciales más discretos que Lark había visto nunca, aunque suponía que no era el primero que se hacía. Tenía la mirada chispeante, las mejillas perfectamente esculpidas y el cuello liso como el de una jovencita, con tan sólo una pequeña cicatriz bajo el mentón. De modo que ella y Lightner mantenían una relación.

Debió haberlo imaginado por la forma en que ella agarraba a Lightner del brazo y los afectuosos besos que les había visto darse. Lark confiaba en tener la misma suerte que Lightner cuando alcanzara los ochenta años, suponiendo que llegara a cumplirlos. Desde luego, si seguía dándole a la botella como lo hacía no viviría hasta esa edad.

—Si existe un historial médico de Gifford Mayfair en esta ciudad —dijo—, creo que puedo conseguirlo a través del Instituto Keplinger, confidencialmente, sin que nadie se entere ni se alarme por ello.

Lightner frunció el entrecejo y movió la cabeza como si la idea le resultara inaceptable.

—No debe hacerlo sin el consentimiento de la familia —dijo.

—Ryan Mayfair no tiene por qué saberlo. Déjelo en nuestras manos. El Servicio Secreto Médico, o como quiera llamarlo, se ocupará de ello. Pero quiero ver a Curry.

—Muy bien, intentaré que pueda hablar también con él mañana. O puede que esta tarde. Debo reflexionar. —¿Sobre

qué?

—Sobre todo este asunto. Sobre por qué los Mayores permitieron que Stólov viniera aquí e interfiriera en la investigación, a riesgo de disgustar a la familia. —Lightner parecía estar hablando consigo mismo más que con Lark—. He consagrado toda mi vida a la investigación psíquica, y jamás me había sentido tan atraído por un caso. Siento una gran lealtad hacia los Mayfair, además de una profunda preocupación.

Lamento no haber intervenido antes de que Rowan desapareciera, pero los Mayores me lo prohibieron terminantemente.

—Es evidente que ellos también creen que existe algo genéticamente extraño en esa familia —observó Lark—. También buscan unos rasgos hereditarios. Durante el velatorio que se celebró anoche, al menos seis de los asistentes me dijeron que Gifford poseía poderes psíquicos.

Me aseguraron que había visto al «hombre», una especie de fantasma familiar, que poseía unas facultades más poderosas de lo que ella misma imaginaba. Creo que sus colegas de Talamasca persiguen lo mismo que usted.

Tras guardar silencio unos minutos, Lightner respondió:

—Ahí está el problema. Deberíamos perseguir lo mismo, pero no estoy seguro de que sea así. Todo esto es muy... desconcertante. En aquel momento les interrumpió el teléfono situado junto al sofá, el cual ofrecía un aspecto moderno que contrastaba con los muebles de caoba y los sillones tapizados de terciopelo.

—Habla el doctor Larkin —dijo éste tras descolgarlo, como solía hacer siempre que respondía al teléfono, incluso en cierta ocasión en que se precipitó a descolgar el de una cabina en un aeropuerto.

—Soy Ryan Mayfair —dijo su interlocutor—. ¿Es usted el médico de California?

—Sí, me alegro de hablar con usted, señor Mayfair. No quería importunarle, dadas las circunstancias. Si lo prefiere,

podemos hablar mañana. —¿Está con usted Aaron Lightner, doctor Larkin?

—Sí. ¿Desea hablar con él?

—No. Escuche atentamente. Edith Mayfair ha muerto hoy a consecuencia de una hemorragia uterina. Edith era nieta de Lauren Mayfair por parte de Jacques Mayfair; era prima de Gifford y mía, y también de Rowan. Murió por las mismas causas que mi esposa. Según parece, en el momento de su muerte Edith se hallaba sola en su apartamento, situado en la avenida Esplanade. Su abuela encontró su cuerpo esta tarde, después del funeral de mi esposa. Creo que deberíamos hablar sobre lo de las pruebas genéticas. Quizás ello contribuya a detectar ciertos problemas que aquejan a nuestra familia.

—Dios mío —murmuró Lark.

Le pasmaba el tono frío y sereno de Ryan Mayfair. —¿Puede usted acudir a mi oficina? —le preguntó éste—. Pídale a Lightner que le acompañe.

—Desde luego. Llegaremos dentro de...

—Diez minutos —dijo Lightner, levantándose y arrebatándole el teléfono a Lark—. Ryan —dijo—, comunica la noticia a las mujeres de la familia. No es necesario alarmarlas, pero es preferible que no se queden solas, por si ocurre algo. Si Edith y Gifford hubieran podido pedir auxilio no estarían muertas. Hazme caso... Sí, sí, a todas. Eso es lo que debes hacer. Te veremos dentro de diez minutos.

Los dos hombres salieron de la suite y bajaron por la escalera en lugar de coger el elegante ascensor. —¿Qué demonios está ocurriendo? —preguntó Lark—. ¿Qué significa esa muerte idéntica a la de Gifford Mayfair?

Lightner no respondió. Estaba serio y preocupado.

—A propósito —dijo Lark—, ¿como pudo oír lo que me dijo Ryan Mayfair por teléfono?

—Tengo un excelente oído —contestó Lightner distraído. Ambos salieron del hotel y cogieron un taxi. Hacía calor, aunque, soplaban una leve brisa. Lark se entretuvo

observando el paisaje por la ventanilla. Todas las calles y avenidas estaban adornadas con plantas y árboles, amén de alguna farola antigua o un balcón de hierro forjado en la fachada de estuco de un edificio.

—Creo que la cuestión reside en cómo vamos a planteárselo dijo Lightner, de nuevo como si hablara consigo mismo—. Usted sabe perfectamente lo que sucede. Sabe que esto no tiene nada que ver con una enfermedad genética, excepto en el sentido más amplio de la palabra.

El taxista giró en redondo y se lanzó a toda velocidad por la avenida, haciendo brincar ambos pasajeros en sus asientos.

—No le entiendo —dijo Lark—. No sé lo que sucede. Es como una especie de síntoma, como una conmoción tóxica.

—Vamos, hombre —replicó Lightner—. Ambos sabemos lo que está pasando. Él intenta reproducirse a través de ellas. Usted mismo lo dijo. Rowan quería saber si esa criatura era capaz de reproducirse con ella o con otros seres humanos. Quería un análisis genético completo de todo el material.

Lark se quedó atónito. No había pensado seriamente en esa posibilidad, ni estaba seguro de que existiera esa nueva especie de ser, esa criatura masculina que Rowan Mayfair había parido. En el fondo, creía que este asunto tendría una explicación «natural».

—Es natural —dijo Lightner—. La palabra «natural» se presta a confusión. Me pregunto si conseguiré ver a ese ser algún día. Me pregunto si es capaz de razonar, si posee un autocontrol humano, un código moral, suponiendo que tenga una mente humana... —¿De veras cree que trata de cohabitar con las mujeres? —Por supuesto —respondió Lightner—. Es evidente. ¿Por qué cree que el agente de Talamasca se llevó las ropas manchadas de sangre de Gifford?

Él la dejó embarazada y ella perdió a la criatura. Mire, doctor Larkin, es mejor que hablemos claro. Comprendo que

este caso ha despertado su curiosidad y que no quiere traicionar la confianza que Rowan ha depositado en usted, pero es posible que no volvamos a tener contacto con Rowan. —¡Dios mío!

—Le ruego que sea sincero conmigo. Debemos informar a la familia que esa criatura anda suelta y es peligrosa. No tenemos tiempo para hablar de enfermedades y pruebas genéticas, ni para reunir datos. La familia corre un grave peligro. ¿No se da cuenta de que ha muerto otra mujer? ¡Murió mientras la familia enterraba a Gifford! —¿La conocía usted?

—No. Pero sé que tenía treinta y cinco años, que vivía como una reclusa y que estaba medio loca, como muchos otros miembros de la familia. Su abuela, Lauren Mayfair, solía criticar su conducta.

De hecho, estoy convencido de que esta tarde fue a verla para amonestarla por no haber asistido al funeral de su prima. —¿Cómo iba a ir si estaba muerta? —replicó Lark, arrepintiéndose en el acto de haberlo dicho—.

Ojalá tuviera alguna pista sobre el paradero de Rowan.

—Es usted un optimista —dijo Lightner, sonriendo amargamente—. Tenemos muchas pistas, pero ninguna nos garantiza que usted o yo volvamos a ver a Rowan Mayfair y a hablar con ella.

Cuando fue a recoger el billete para Nueva Orleans le entregaron una nota. Debía llamar inmediatamente a Londres.

—Anton desea hablar contigo, Yuri —dijo una voz que él no co-nocía—. Quiere que permanezcas en Nueva York hasta que Erich Stólov llegue ahí. Erich se reunirá contigo en Nueva York mañana por la tarde. —¿A qué viene todo esto? —preguntó Yuri. ¿Quién era esa mujer? Jamás había oído su voz; sin embargo, se expresaba como si le conociera.

—Anton cree que te sentirás mejor si hablas con Stólov. —¿Mejor? Me temo que no entiendo.

Por lo que a él respectaba, no había nada que pudiera decirle a Stólov que no se lo hubiera comunicado ya a Anton Marcus. No comprendía esa decisión.

—Hemos reservado una habitación para ti en el Saint Regis dijo la mujer—. Erich te llamará mañana por la tarde. ¿Deseas que enviemos un coche para que te recoja? O prefieres coger un taxi?

Yuri se detuvo a reflexionar. Dentro de unos veinte minutos la línea aérea anunciaría la salida de su vuelo. Miró el billete. No sabía lo que pensaba ni lo que sentía. Sus ojos recorrieron la sala de espera, que estaba atestada. Maletas, niños y empleados de uniforme que iban y venían. En un rincón había un quiosco de periódicos. Todos los aeropuertos del mundo eran idénticos. Podría haberse encontrado en Washington o en Roma. No había gorriones, lo que significaba que no estaba en El Cairo. Pero podía tratarse de Francfort o LosÁngeles.

Vio a un grupo de hindúes, árabes y japoneses, además de a un sinfín de personas difíciles de clasificar, que podían ser canadienses, americanos, ingleses, australianos,

alemanes o franceses. —¿Estás ahí, Yuri? Ve al Saint Regis. Erich quiere hablar contigo para ponerte al corriente de la investigación. Anton está muy preocupado.

Le chocaba que la mujer le hablase en ese tono conciliador, fingiendo que no había desobedecido una orden, que no se había marchado intempestivamente. Le resultaba extraño ese tono familiar y cortés en una persona a la que ni siquiera conocía. —Anton está ansioso de hablar contigo —dijo la mujer—. Se llevará un gran disgusto cuando sepa que llamaste estando él ausente. Le informaré que irás al Saint Regis. Te enviaremos un coche. No es ningún problema.

Como si él, Yuri, no lo supiera. Como si no hubiera tomado infinidad de aviones y de coches y no hubiera permanecido en infinidad de habitaciones de hotel reservadas por la Orden. Como si no fuera un desertor.

No, había algo que no funcionaba. Jamás se mostraban bruscos, pero tampoco solían hablarle en ese tono, pues él conocía perfectamente su forma de actuar. ¿Acaso era el tono que empleaban con los lunáticos que escapaban de la casa matriz sin permiso, con los que se largaban tras varios años de obedecerles ciegamente, de colaborar con ellos y apoyar a la Orden?

Sus ojos se posaron en una mujer que estaba apoyada en la pared al otro lado de la sala de espera.

Llevaba unos tejanos, una chaqueta de lana y unas zapatillas deportivas. Presentaba un aspecto corriente, a excepción de su bonito cabello corto y negro, el cual llamaba la atención. Fumaba un cigarrillo, que le colgaba entre los labios, y llevaba las manos metidas en los bolsillos. La mujer tenía clavados en Yuri sus pequeños ojos de mirada penetrante.

De pronto, Yuri comprendió. No del todo, pero lo suficiente. Apartó la mirada de la mujer, murmuró que pensaría en ello y que probablemente iría al Saint Regis, desde donde volvería a llamar.

—Me alegro de que hayas tomado esa decisión —dijo su interlocutora con voz cálida y amable—.

Anton estará muy satisfecho.

—Sí, seguro —respondió Yuri.

Tras colgar el teléfono recogió su bolsa y echó a andar a través de la sala de espera. Siguió caminando sin fijarse en los números de las puertas de salida, ni en los nombres de los puestos de bocadillos y refrescos, ni en los quioscos de libros y revistas, ni en las tiendas de rega-los. Al cabo de unos instantes dobló a la izquierda y se dirigió hacia una puerta situada al extremo de la terminal.

Súbitamente dio media vuelta y retrocedió apresuradamente sobre sus pasos.

Casi chocó con la mujer, la cual le estaba siguiendo. Ésta se detuvo bruscamente, sobresaltada, y se ruborizó. Luego echó a caminar por un pequeño pasillo y desapareció tras la puerta de los servicios.

Yuri aguardó, pero la mujer no volvió a aparecer. Era evidente que no quería que la viera ni la siguiera. Yuri sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

Decidió devolver la tarjeta de embarque y tomar otra ruta. Podía dirigirse a Nueva Orleans a través de Nashville y Atlanta. Tardaría más, pero les resultaría más difícil dar con él.

Entró en una cabina telefónica y envió un telegrama a su nombre al Saint Regis, el cual, por supuesto, no recibiría nunca.

Este juego no le divertía en absoluto, aunque no era la primera vez que le seguían. En cierta ocasión le había perseguido un joven armado con una navaja; y se había visto envuelto en varias peleas cuando su trabajo le había conducido a un tugurio de los barrios bajos o del puerto. Una vez incluso lo había detenido la policía en París, pero al final el asunto se había resuelto felizmente.

Con todo, no estaba acostumbrado a este tipo de cosas. No entendía lo que estaba sucediendo.

Experimentaba una alarmante sensación, una mezcla de rabia y desconfianza, de haber sido traicionado. Debía hablar con Aaron. Pero no tenía tiempo de telefonearle ni quería agobiarlo con sus problemas. Deseaba reunirse cuanto antes con él para ayudarlo, no preocuparle con historias sobre persecuciones en el aeropuerto y su conversación telefónica con una extraña en Londres.

Durante unos segundos se sintió tentado de llamar a la casa matriz, exigir hablar con Anton y pedirle explicaciones.

Pero temía que fuera inútil.

Eso era lo peor. Desconfiaba de todo y de todos. Algo había sucedido. Algo había cambiado.

El avión estaba a punto de partir. Yuri echó un vistazo a su alre-dedor, pero no vio a la mujer. Sin embargo, eso no significaba nada. Al Fin decidió tomar el vuelo a Nueva Orleans tal como había planeado.

Al llegar a Nashville envió un fax a los Mayores, a la casa matriz de Amsterdam, explicándoles lo sucedido. «Volveré a ponerme en contacto con vosotros. Confiad en mi lealtad. No entiendo lo ocurrido. Exijo una explicación acerca del motivo por el que me prohibisteis que hablara con Aaron Lightner, quién es esa mujer de Londres y por qué me están siguiendo. No quiero malgastar mi vida.

Estoy preocupado por Aaron. Somos seres humanos. ¿Qué pretendéis de mí?»

Tras redactar el fax, lo leyó. Resultaba muy melodramático, muy de su estilo, un estilo que hacía sonreír con benevolencia a sus superiores y darle una palmadita en la cabeza. De pronto Yuri sintió náuseas. Le entregó el fax al conserje del hotel, junto con veinte dólares de propina, pidiéndole que no lo enviara antes de que hubieran transcurrido tres horas. El conserje prometió cumplir sus instrucciones. Cuando se disponía a tomar el avión de Atlanta vio de nuevo a la mujer, vestida con la misma chaqueta de lana y fumando un cigarrillo, junto al mostrador del aeropuerto, observándolo fijamente.

«¿Qué es lo que me ha llevado a esta situación? ¿Acaso mi egoísmo, mi vanidad?», se preguntó, cerrando los ojos para no contemplar aquella siniestra habitación blanca, aséptica. Pensó en Michael y pronunció su nombre en la oscuridad, tratando de imaginarlo, de evocar sus rasgos en la pantalla de su mente. ¡Michael, el arcángel!

Permaneció inmóvil, tendida en el sucio lecho, tratando de no luchar, de no ofrecer resistencia, de no gritar. Tenía las manos sujetas a los extremos de la cabecera con unas tiras de cinta adhesiva.

Había renunciado a tratar de romper las ligaduras que la encadenaban a la cama, bien por medio de la fuerza física o de sus poderes psíquicos, unos poderes capaces de dañar irremisiblemente sus suaves y blandos tejidos internos.

La noche anterior había conseguido liberar el tobillo izquierdo del grillete que lo aprisionaba, formado también por una tira de cinta adhesiva, lo cual le había permitido cambiar de posición y apartar la sábana que la cubría, manchada de orines y vómitos.

Las sábanas extendidas debajo de su cuerpo estaban también asquerosas. No recordaba cuántos días llevaba tumbada en aquel lecho. ¿Tres, cuatro? Tenía sed, pero no quería pensar en ello pues temía volverse loca.

Probablemente hacía cuatro días que estaba ahí. Trató de recordar cuánto tiempo podía subsistir un ser humano sin comida y agua. Tenía que saberlo. Todos los neurocirujanos debían saber algo tan sencillo. Pero como la mayoría de ellos no se dedicaban a atar a los pacientes a la cama y mantenerlos cautivos durante varios días, no necesitaban informarse sobre esas cosas.

Pensó en las heroicas historias que había leído, en los prodigiosos relatos sobre gente que había conseguido resistir cuando otros morían de hambre a su alrededor, que había recorrido muchos kilómetros bajo una fuerte tormenta de nieve sin desfallecer. Voluntad no le faltaba, pero había perdido las fuerzas. Cuando él la ató al lecho se sentía enferma. En realidad, no se encontraba bien desde que habían partido juntos de Nueva York. Sentía náuseas, estaba mareada y le dolían los huesos.

Al cabo de unos minutos se volvió, movió un poco los brazos hacia arriba y hacia abajo, flexionó la pierna izquierda y trató de mover la otra, preguntándose si sería capaz de sostenerse en cuando él regresara y la liberara de las ataduras.

De pronto se le ocurrió una pregunta obvia: ¿Y si él no regresaba? ¿Y si decidía no volver para liberarla, o bien sucedía algo que se lo impedía? Se comportaba como un ser enloquecido, embriagado por todo cuanto veía, cometiendo una torpeza tras otra. En caso de que no regresara, ella moriría irremediablemente.

Nadie daría con ella jamás.

Se hallaba en un lugar totalmente desierto. En una oficina situada en un rascacielos rodeado de multitud de rascacielos —un «edificio médico» sin alquilar que ella misma había elegido para ocultarse con él, ubicado en el centro de la vasta y fea metrópoli sureña—, en una ciudad rebotante de hospitales, clínicas y bibliotecas médicas donde ambos se habían ocultado para llevar a cabo sus experimentos, como dos hojas en un árbol.

Ella misma se había encargado de amueblar y acondicionar el edificio, y probablemente las luces de sus cincuenta pisos seguían encendidas, tal como las había dejado. La habitación en la que yacía estaba a oscuras. Él había apagado la luz al marcharse, lo cual, a medida que pasaban los días, resultó ser más un consuelo que una maldición.

Cuando empezó a oscurecer contempló los grises y monótonos rascacielos a través de la ventana.

A veces, los mortecinos rayos de sol hacían que los plateados edificios de cristal relucieran como si estuviesen en llamas, mientras que las nubes se recortaban sobre un cielo rojo rubí.

La luz, eso era por lo que siempre se guiaba. Al anochecer, cuando se encendían en silencio las luces a su alrededor, se sentía más animada. Tenía la impresión de que había personas cerca de ella, aunque no fueran conscientes de su presencia. Cabía la posibilidad de que acudiera alguien. Era posible... Quizás hubiera alguien mirando a través de la ventana de una oficina con unos prismáticos, aunque sabía que no era probable.

Empezó a soñar de nuevo, a sentir el fondo del ciclo —«no me importa»y a imaginar que Michael y ella estaban juntos y paseaban por unos campos en Donnelaith, mientras ella le explicaba lo que veían. Era su mayor consuelo, al cual recurría cuando deseaba al mismo tiempo sufrir, calibrar y rechazar cuanto le había sucedido.

«Cometí un error tras otro. Sólo tenía ciertas opciones. Pero mi mayor error fue caer en el orgullo, pensar que era capaz de esto, que saldría airosa de la empresa. Siempre ha sido culpa del orgullo. La historia de las brujas Mayfair se basa en el orgullo. Pero este reto se me presentó envuelto en los misterios de la ciencia. Tenemos un concepto equivocado de la ciencia. Creemos que significa lo preciso, lo definitivo, lo conocido; sin embargo, consiste en una angustiosa serie de puertas que se abren a lo desconocido, a un espacio tan vasto como el universo, infinito. Yo lo sabía, pero lo olvidé.

Ése fue mi gran error.»

Vio la hierba, las ruinas, los altos y frágiles arcos grises de la catedral irguiéndose en el valle, y tuvo la sensación de que estaba allí era libre.

De pronto oyó un ruido que la sobresaltó.

Era la llave que giraba en la cerradura.

Permaneció inmóvil. Sí, alguien había abierto la puerta. Luego distinguió el ruido de sus pasos sobre las baldosas del suelo y le oyó silbar una canción. ¡Gracias a Dios!

Otra llave. Otra cerradura. A continuación percibió su suave y agradable fragancia mientras se aproximaba al lecho.

Trató de sentir odio, de ponerse tensa, de resistirse a la expresión de lástima que se reflejaba en el rostro de él mientras la observaba con sus hermosos ojos, levemente humedecidos. Tenía la barba y el bigote negros y espesos, como los santos en los cuadros, y la frente ancha, exquisitamente dibujada. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, con una raya en el centro.

Sí, era indudablemente un ser muy hermoso. Quizá no estaba ahí.

Quizá lo había soñado. Quizá todo eran imaginaciones suyas.

—No, amor mío, te quiero —murmuró él. ¿O acaso también lo había soñado?

Al acercarse, ella contempló su boca. Parecía distinta.

Era algo más que la boca de un hombre, rosa y perfectamente formada, una boca con personalidad que asomaba entre el oscuro y reluciente bigote y la rizada barba.

Cuando él se inclinó, sujetándola por los brazos y besándola en la mejilla, ella se volvió. Luego le tocó los pechos con su enorme manaza, restregándole los pezones y haciendo que se estremeciera de dolor.

No, no estaba soñando. Eran las manos de él. En aquellos momentos deseó perder el conocimiento, pero no pudo; estaba allí, impotente, a merced de él.

Le avergonzaba sentir esa inusitada alegría por el hecho de que él estuviera a su lado, estremecerse bajo sus caricias como si fuera su amante en lugar de su carcelero, sentirse agradecida de que hubiera regresado junto a ella.

—Amor mío —repitió él, apoyando la cabeza en su vientre, rozando su suave piel con sus labios, sin hacer caso del repugnante estado del lecho, tarareando y murmurando palabras incomprensibles.

De pronto lanzó un alarido, se levantó de un salto y empezó a bailar alrededor de la habitación, cantando y batiendo palmas.

Estaba como enloquecido. Ella le había visto hacerlo muchas veces, pero jamás con tal entusiasmo.

Era un espectáculo de lo más curioso. Tenía los brazos largos y delicados, la espalda erguida; sus muñecas parecían el doble de largas que las de un hombre normal. Ella cerró los ojos, mientras él seguía bailando y brincando. Podía oír las piruetas que realizaba sobre la alfombra y sus carcajadas.

«¿Por qué no me mata?», se preguntó.

Él guardó silencio y se inclinó sobre ella.

—Lo lamento, amor mío —dijo con su hermosa y profunda voz, una voz acariciante como las que se pueden oír en la radio leyendo un pasaje de las Sagradas Escrituras mientras conduces, solo y de noche, por la carretera—. Lamento haberme retrasado. Empecé una amarga y penosa aventura. —Tras unos segundos empezó a hablar más deprisa—. Con pesar, movido por el afán de descubrir nuevas experiencias, presencié la muerte. Me sentía deprimido y desesperado...

Luego se puso a murmurar y a tararear, como solía hacer tras pronunciar sus discursos, mientras se balanceaba sobre las puntas de los pies. O quizás estuviera silbando a través de sus resecos labios.

A continuación se desplomó de rodillas, apoyó de nuevo la cabeza en su cintura y la mano entre sus piernas, sobre su sexo, sin hacer caso de la porquería del lecho, y besó la piel de su vientre.

—Cariño, amor mío. —¡Deja que me levante de esta inmundicia cama! —exclamó ella—. Mira lo que me has hecho.

Luego calló y permaneció inmóvil, paralizada de rabia. Si le golpeaba, sabía que él rompería a llorar y permanecería enfurruñado durante horas. Era mejor guardar silencio, obrar con astucia.

Él la observó.

Luego sacó una pequeña navaja cuyo filo relucía como su dentadura en la penumbra de la aséptica habitación, se inclinó sobre ella y cortó las ataduras que la sujetaban al lecho.

Ella trató de mover los brazos, pero los tenía adormecidos. Tampoco era capaz de alzar la pierna derecha.

De pronto sintió los brazos de él deslizándose por debajo de su cuerpo para ayudarla a incorporarse. Se puso en pie y se apoyó sobre su pecho, sollozando. Al fin estaba libre. Si tuviera fuerzas para ro-dearle el cuello con las manos y...

—Te bañaré, amor mío. Pobrecita... —dijo él—. Mi pobre y amada Rowan.

La sujetó por la cintura y empezaron a danzar describiendo círculos, o puede que ella estuviera tan mareada que tenía la sensación de que la habitación giraba a su alrededor. Luego entraron en el baño y percibió el aroma del jabón, el champú y otros objetos, limpios y fragantes. Él la depositó en la fría bañera de porcelana y ella sintió el contacto del chorro de agua caliente. —No demasiado caliente —murmuró. Durante unos instantes le pareció que los blancos y reluciente azulejos del baño giraban a su alrededor. Luego se detuvieron bruscamente. —No temas —respondió él.

Tenía los ojos más grandes, más brillantes, los párpados más definidos que la última vez que lo había observado, las pestañas más cortas, aunque espesas y negras.

Ella tomó mentalmente nota de todo, como si lo escribiera en un ordenador portátil. Temía morir y no poder transmitir a nadie lo que había descubierto. Si el paquete no llegaba a manos de Larkin...

—No te preocupes, amor mío —dijo él—. Debemos ser buenos el uno con el otro. Debemos amarnos.

Confía en mí. Volverás a amarme. No hay motivo para que mueras, Rowan. Deseo que me ames.

Ella yacía inerte como un cadáver, incapaz de moverse, mientras dejaba que el agua caliente le lamiera el cuerpo. Él le desabrochó la camisa, le quitó los pantalones y arrojó las ropas sucias a un rincón. Poco a poco, el olor a porquería fue desvaneciéndose.

Al cabo de unos minutos Rowan consiguió alzar la mano derecha y trató de bajarse las braguitas, pero no tenía fuerzas. Él regresó al dormitorio y ella le oyó deshacer la cama y arrojar las sábanas, apelotonadas, al suelo. Es asombroso la cantidad de sonidos que nuestra mente es capaz de registrar. ¿Quién hubiera dicho que un objeto tan liviano como una sábana pudiese hacer ruido? Y sin embargo ella recordaba perfectamente haber percibido ese sonido una tarde, en su casa de California, mientras su madre estaba cambiando las sábanas de la cama.

Había oído a su madre rasgar la funda de plástico, sacudir la sábana y colocarla sobre la cama.

Rowan notó que se estaba deslizando y que el agua le llegaba a los hombros. Pese a su debilidad, consiguió apoyar las manos en el borde de la bañera e incorporarse.

De pronto lo vio junto a ella. Se había despojado de la gruesa chaqueta y llevaba un sencillo jersey de cuello alto. Estaba muy delgado, pero era fuerte y musculoso, sin el aire torpe y desgarrado de las personas extremadamente altas y delgadas. Tenía el pelo tan largo que le llegaba a los hombros. Era negro, como el de Michael, y ondulado. Al inclinarse sobre ella para acariciarla, Rowan observó sus húmedos rizos en las sienes y el brillo de su piel debido al vapor del agua.

Tras ayudarla a reclinarsse en la bañera, sacó la navaja —ella se sintió tentada de arrebatársela, pero no se atrevía—,

cortó la cintura elástica de sus braguitas, se las quitó y las arrojó al suelo. Luego se arrodilló junto a la bañera.

A continuación empezó a cantar de nuevo, o a tararear —un extraño sonido que a Rowan le recordaba el canto de las cigarras al atardecer en Nueva Orleans—, mientras la miraba fijamente con la cabeza ladeada.

Su rostro parecía más enjuto y alargado que días atrás, más adulto, como si hubiera perdido la redondez típica de los bebés. Su nariz era también más estrecha y afilada, con la punta redondeada.

Pero su cabeza tenía el mismo tamaño, y su altura tampoco había sufrido ninguna variación. Rowan observó sus manos mientras estrujaba la toallita, pero sus dedos no parecían más largos.

Se preguntó si se habría producido ya la oclusión de la fontanela en el cráneo. Sospechaba que el crecimiento se había retardado, pero no detenido. —¿Adónde has ido? —le preguntó—. ¿Por qué me has dejado abandonada?

—Tú me obligaste —respondió él, suspirando—. Me odiabas. Quería ver mundo, aprender cosas, construir mis sueños. No puedo soñar si me odias y me gritas y me atormentas. —¿Por qué no me matas?

Él la miró con tristeza y le pasó la toallita empapada en agua tibia por el rostro y los labios.

—Te amo —contestó—. Te necesito. ¿Por qué no puedes abandonarte a mí? ¿Qué quieres de mí? El mundo pronto será nuestro y tú serás mi reina, mi hermosa reina. Pero debes ayudarme. —¿Ayudarte? —inquirió ella—. ¿En qué sentido?

Rowan lo miró con rencor, con rabia, tratando de activar un poder invisible y mortal que destruyera sus células, sus venas, su corazón. Pero, por más que lo intentaba, no lo conseguía.

Exhausta, se reclinó en la bañera.

A lo largo de su vida había matado accidentalmente con su odio a varios seres humanos, pero no podía destruirlo a

él. Era demasiado fuerte, las membranas de sus células demasiado resistentes; los osteoblastos giraban dentro de su organismo de forma acelerada, como todo lo demás, defensiva y agresivamente. ¡Ojalá hubiera tenido la oportunidad de analizar minuciosamente sus células! —¿Eso es todo cuanto soy para ti? —preguntó él con voz temblorosa—. ¿Un mero experimento? —¿Y qué represento yo para ti? Me tienes prisionera, me dejas abandonada durante días... No me pidas que te ame. Serías un imbécil si lo hicieras. ¡Ojalá hubiera aprendido de ellos a ser una auténtica bruja, a convertirme en lo que deseaban que fuera!

Él la miró en silencio, profundamente dolido, con los ojos llenos de lágrimas. Su reluciente rostro enrojeció durante unos instantes y sus puños se crisparon, como si se dispusiera a golpearla de nuevo, aunque había jurado no volver a hacerlo.

A ella no le importaba que la golpeará. Eso era lo más triste. Las fuerzas la habían abandonado y le dolía todo el cuerpo. ¿Podría escapar si consiguiera matarlo? Probablemente no. —¿Qué quieres que haga? —preguntó él, inclinándose hacia delante para besarla.

Ella apartó el rostro. Tenía el cabello mojado. Deseaba sumergirse en el agua, pero temía no ser capaz de salir, de incorporarse de nuevo. El estrujó la toallita con las manos y empezó a lavar todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies.

Ella estaba tan acostumbrada a su aroma que apenas lo percibía; sólo notaba una cálida sensación y un intenso deseo de hacer el amor con él.

—Devuélveme la confianza en ti, dime que me amas —le imploró él—. Soy tu esclavo, no tu carcelero. Te lo juro, amor mío, mi amada Rowan. Eres nuestra madre.

Ella no respondió. Él se puso en pie.

—Voy a limpiarlo todo —dijo con orgullo, como un niño—. Limpiaré y lo pondré todo en orden. Te he traído unas

cosas. Ropa y flores. Convertiré esto en nuestra madriguera secreta. He dejado los paquetes junto al ascensor. Cuando veas lo que he traído, te quedarás asombrada. —¿Tú crees?

—Sí. Estoy seguro de que te alegrarás. Estás cansada y tienes hambre. Te traeré algo de comer.

—Y cuando te marches de nuevo me atarás con una cinta de raso blanca, ¿no es así? —replicó ella secamente, mirándolo con desprecio.

Luego cerró los ojos y se tocó la cara distraídamente. Sí, los músculos y las articulaciones empezaban a responder de nuevo.

Cuando él se hubo marchado, Rowan se incorporó y empezó a lavarse. El agua de la bañera estaba asquerosa. En la superficie flotaban unos fragmentos de excremento. Rowan sintió náuseas y se reclinó hacia atrás, tratando de dominarse. Luego se inclinó hacia delante, con grandes esfuerzos, quitó el tapón para que se escurriera el agua y abrió de nuevo el grifo con manos torpes y temblorosas.

Después se echó de nuevo hacia atrás, notó la fuerza del agua al deslizarse a su alrededor, formando unas burbujas a sus pies, y respiró profundamente, al tiempo que flexionaba los brazos y las piernas. El murmullo del chorro de agua sofocaba los sonidos procedentes de la habitación contigua. Rowan dejó que el agua caliente acariciara su cuerpo, gozando de aquellos breves momentos de tranquilidad, quizá los últimos de los que disfrutaría.

Los hechos se habían desarrollado de la siguiente forma:

Era el día de Navidad. Los rayos del sol se reflejaban en el suelo y ella yacía sobre la alfombra china del salón, en un charco formado por su propia sangre, mientras que él se hallaba sentado a su lado recién nacido, sin estar del todo formado—, observándola con estupor.

Claro que los bebés humanos nacen todavía menos formados que él. Lo cierto es que estaba más formado que la mayoría de los bebés humanos. Desde luego, no se trataba de un monstruo.

Ella le ayudó a caminar, maravillada de que fuera capaz de hablar y de reírse. No es que las piernas no le sostuvieran, sino que le costaba coordinar los movimientos. Parecía reconocer todos los objetos que veía e incluso ser capaz de nombrarlos correctamente, tras haber superado la conmoción.

El color rojo lo confundía, casi lo horrorizaba.

Ella lo vistió con ropas sencillas, de tonos apagados, pues a él le disgustaban los colores brillantes. Olía como un bebé recién nacido y parecía un bebé recién nacido, excepto por el hecho de estar dotado de una poderosa musculatura.

De pronto apareció Michael y ambos se enzarzaron en una violenta pelea.

Durante la pelea con Michael, ella observó cómo aprendía a esquivar los golpes, a coordinar los movimientos en lugar de saltar y brincar como si estuviera embriagado, hasta que por fin consiguió derribar a Michael con relativa facilidad.

Rowan estaba segura de que, de no haber conseguido apartarlo de Michael, habría matado a éste.

Tras no pocos esfuerzos, lo condujo hasta el coche mientras sonaba la alarma, aprovechando el temor que le inspiraba ese ruido y su estado de confusión. Él odiaba los ruidos intensos.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto no paró de hablar acerca de cuanto veía, de lo que le aterraban los objetos afilados y punzantes, de tener el mismo tamaño que otros seres humanos, de mirar por la ventanilla del coche y toparse con la mirada de un extraño. Había contemplado el mundo desde arriba, desde otro ámbito, e incluso desde dentro, pero pocas veces desde la perspectiva humana. Sólo cuando poseía a un ser humano veía a las personas y los objetos desde ese punto de vista, lo cual representaba para él un tormento:

Excepto en el caso de Julien. Pero ésa era otra historia.

Tenía una voz muy elocuente, parecida a la de Rowan y a la de Michael, sin acento, la cual parecía otorgar a las palabras una dimensión más lírica. Los ruidos hacían que se sobresaltara; con frecuencia frotaba la chaqueta de Rowan para sentir su tacto; se reía continuamente.

Al llegar al aeropuerto, Rowan le rogó que dejara de olerle el pelo y la piel y de intentar besarla.

Al apearse del coche, ella observó que caminaba perfectamente. Bajó la rampa corriendo, saltando alegremente. Al percibir la música que emitía una radio, comenzó a balancearse de un lado a otro siguiendo el ritmo, sumido en una especie de trance que se repetiría con frecuencia.

Rowan había tomado el avión de Nueva York porque era el primero que partía. Habría ido a cualquier sitio con tal de salir de allí. Estaba aterrada; deseaba protegerlo contra todo y contra todos hasta conseguir tranquilizarlo y poder conocerlo más a fondo; experimentaba un sentimiento posesivo hacia él y se sentía excitada, temerosa pero llena de ambiciosos proyectos.

Había parido a ese ser; lo había creado. No permitiría que se lo arrebataran, que lo encerraran en algún lugar. No obstante, sabía que no pensaba con cordura. Estaba enferma, débil a causa del laborioso parto. Al subir al avión él la agarró de la mano y empezó a murmurarle al oído, comentando apresuradamente todo cuanto veía y haciendo frecuentes referencias a cosas que habían sucedido en el pasado.

—Lo reconozco todo. Recuerdo que Julien dijo que ésta era la era de los prodigios, y predijo que las máquinas que los humanos consideraban esenciales no tardarían en quedar anticuadas. «Los mismos buques de vapor —me dijohan dado paso a los ferrocarriles, y ahora la gente conduce automóviles.» Lo sabía todo; le habría entusiasmado viajar en este avión. Sé cómo funciona el

motor... El combustible se transforma de un líquido gelatinoso en un vapor y...

No paraba de hablar atropelladamente. Rowan trató de aplacarlo, pero sin éxito. Al final le pidió que anotara sus impresiones en un papel, pues estaba agotada y no alcanzaba a comprender lo que decía. Él confesó que no sabía escribir; no era capaz de controlar el bolígrafo. Pero sabía leer, y devoró ávidamente cuantos periódicos y revistas cayeron en sus manos.

En Nueva York pidió un magnetófono. Mientras ella dormía en la suite del Helmsley Palace, él se paseaba arriba y abajo, flexionando las rodillas y gesticulando mientras hablaba por el magnetófono:

—Siento con toda claridad el discurrir del tiempo, como si antes de que se inventaran los relojes ya existiera una especie de tictac, un sistema natural de medirlo, acaso conectado con nuestro ritmo vital, nuestro corazón y nuestra respiración. Hasta el más pequeño cambio de temperatura me afecta; aborrezco el frío. No sé si tengo hambre o no. Pero Rowan debe comer, Rowan está débil y huele mal...

Al despertarse, Rowan sintió unas sensaciones eróticas mientras unos labios succionaban con fuerza su pezón derecho. Lanzó un grito de dolor y, al abrir los ojos, vio que él tenía la cabeza apoyada en su pecho y la mano sobre su vientre. Rowan se palpó el seno izquierdo y notó que estaba lleno de leche y duro como una piedra.

Durante unos instantes sintió miedo y deseos de gritar pidiendo auxilio. Luego lo apartó suavemente, asegurándole que encargaría algo de comer para los dos. Después de llamar al servicio de habitaciones, se dispuso a hacer otra llamada., —¿A quién vas a telefonear? —inquirió él. Su rostro de bebé parecía algo más afilado y sus azules ojos menos redondos, como si los párpados se hubieran alargado y ofrecieran un aspecto más natural—. No llames a nadie —dijo, arrebatándole el teléfono de las manos.

—Quiero saber cómo está Michael.

—Eso no importa. ¿Adónde quieres que vayamos? ¿Qué quieres hacer?

Ella estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos. Él la cogió en brazos y la llevó al cuarto de baño, diciendo que iba a lavarla para eliminar el olor del parto y de Michael.

Especialmente el olor de Michael, su «involuntario» padre. Michael, el irlandés.

Durante unos breves momentos, mientras se hallaban sentados en la bañera, el uno frente al otro, ella se sintió alarmada. Le parecía como si aquel ser fuera el verbo hecho carne, en el sentido estricto del término, con su rostro redondo, pálido y teñido de un saludable tono rosa-do, como el de un bebé, mirándola asombrado mientras sus labios se dibujaba una sonrisa angelical. Rowan sintió de nuevo deseos de gritar pidiendo auxilio.

No tenía vello en el pecho. Al fin les trajeron la comida, pero él quería seguir mamando. La sujetó con fuerza, en la bañera, mientras le succionaba el pezón hasta hacerla gemir de dolor.

Ella le pidió que se detuviera por miedo a que los camareros oyeran sus gemidos. Él esperó a que éstos hubieran abandonado la habitación y luego comenzó a succionarle el otro pecho. Rowan sintió una intensa sensación en los pezones, entre agradable y dolorosa, y le rogó que no la lastimara.

De pronto, él se levantó en la bañera y ella observó que tenía el miembro duro y levemente curvado. Él le tapó la boca y le introdujo el miembro entre las piernas. Pese a que aún le dolía la vagina a consecuencia del reciente parto, Rowan lo abrazó con fuerza, estremeciéndose de placer.

Más tarde permanecieron tendidos en el suelo, cubiertos con unos albornoces, e hicieron de nuevo el amor. Cuando terminaron, él se tumbó de espaldas y le habló de las tinieblas, de la sensación de estar perdido. Del cálido resplandor de Mary Beth, el ardiente fuego de Marie

Claudette, el reconfortante calor que irradiaba Angélique y el rutilante destello de Stella, sus brujas. Le explicó que cuando abrazaba a Suzanne la sentía temblar de gozo, pero que con ella, con Rowan, experimentaba una sensación distinta, infinitamente más dulce y poderosa. Afirmó que valía la pena morir con tal de saborear los placeres carnales. —¿Crees que morirás como todo el mundo? —le preguntó ella.

—Sí —contestó él. Tras guardar silencio unos instantes se puso a cantar y tararear; mejor dicho, a emitir un extraño sonido que era una combinación de ambas cosas. Engulló todo lo que era blando y líquido, como el puré de patatas y la mantequilla, y bebió agua, pero rechazó la carne.

—Comida de bebés —dijo, soltando una risotada.

Rowan examinó su dentadura. Era perfecta; tenía el mismo número de dientes que un adulto.

Observó que no tenía una sola caries y que su lengua presentaba un aspecto limpio y suave. Al cabo de unos minutos él protestó, diciendo que se asfixiaba y que necesitaba respirar, y abrió la ventana de par en par.

—Háblame de las otras —le pidió ella.

Él puso en marcha el magnetófono. Había comprado un montón de cintas en la tienda del aeropuerto. Estaba preparado. Conocía perfectamente su mecanismo, tanto interno como externo.

Muy pocos lo conocían.

—Háblame de Suzanne y Donnelaith.

—Donnelaith... —repitió él.

Súbitamente rompió a llorar, diciendo que no recordaba nada de cuanto había sucedido con anterioridad, sólo el dolor, y a unos seres sin rostro que aguardaban en una antecámara. Cuando Suzanne pronunció su nombre éste no era más que una palabra carente de significado: ¡Lasher! ¡Lasher! Quizás una confluencia de sílabas que no estaban destinadas a ser esa palabra. Pero él la había reconocido, como si hubieran pulsado un resorte en su interior que había

olvidado que poseía, y había «cobrado vida» ante ella, haciendo que el viento so-plara con fuerza a su alrededor.

—Deseaba que fuera a las ruinas de la catedral. Quería que viera las hermosas cristaleras. Pero no podía decírselo. Y las cristaleras habían desaparecido.

—Explícamelo despacio.

Pero él no lograba descifrar aquel enigma.

—Ella me ordenó que hiciera que la mujer enfermara. Yo la obedecí. Comprobé que era capaz de hacer que las cosas saltaran por los aires, de brincar y golpear el tejado. Era como alcanzar una luz al final de un largo y estrecho pasadizo. Ahora, sin embargo, me da miedo, percibo su sonido, su olor...

Recita unos versos. Quiero ver algo rojo. ¿Cuántos tonos de rojo hay aquí?

De pronto se puso a andar a gatas por toda la habitación, observando los colores de la alfombra y los muebles. Tenía los muslos fuertes y blancos, y los brazos extraordinariamente largos. Pero cuando estaba vestido la longitud y la delgadez de sus extremidades quedaban más disimuladas.

Hacia las tres de la mañana Rowan consiguió escapar sola al baño; ésa era su mayor aspiración; gozar de unos instantes de intimidad. En ocasiones, en París, soñaba con disponer de un baño propio donde él no pudiera entrar o permanecer fuera, pegado a la puerta, espiándola y obligándola a confesar que seguía allí, que no se había fugado a tra-vés de la ventana. Al día siguiente, él le dijo que buscaría a un hombre que se le pareciera y se apoderaría de su pasaporte. —¿Y si no tiene pasaporte? —preguntó ella.

—Aquí viven muchos hombres que viajan constantemente, ¿no es así? Pues iremos al lugar donde acuden a solicitar el pasaporte. Esperaremos pacientemente hasta dar con una víctima propicia, como suele decirse, y le

arrebataré el pasaporte. Es muy sencillo. A veces los humanos no sois tan inteligentes como creéis.

Fueron a la oficina de pasaportes y esperaron fuera hasta que apareció un hombre alto. Lasher le interceptó el paso, mientras Rowan presenciaba aterrada la escena. Pero nadie reparó en ellos. Las calles estaban atestadas de gente y Lasher se quejó del ruido del tráfico, diciendo que le producía jaqueca. Hacía un frío intenso. Lasher agarró al hombre de la solapa, lo metió en un portal y le arrebató el pasaporte.

Así de sencillo. No se ensañó con él, simplemente lo «redujo», según dijo, y se apoderó de su pasaporte. Frederick Lamarr, de veintiséis años, residente en Manhattan.

La fotografía guardaba bastante parecido con Lasher y después de que éste se hubo cortado un poco el pelo, nadie habría adivinado que no eran la misma persona.

—Quizás hayas matado a ese hombre —dijo Rowan.

—Los seres humanos no me inspiran ningún sentimiento especial. ¿Acaso no soy yo mismo un ser humano? —respondió él, rascándose la cabeza con aire perplejo.

Acto seguido echó a andar por la acera volviéndose cada dos por tres para cerciorarse de que ella le seguía, aunque afirmó que había captado su aroma y que no tardaría en darse cuenta si trataba de huir o si el gentío les obligaba a separarse. Dijo que intentaba recordar más cosas sobre la catedral.

Que Suzanne se negó a ir, pues las ruinas le infundían pavor. Era una muchacha patéticamente ignorante. El valle estaba desierto. Charlotte sabía escribir. Charlotte era mucho más fuerte que Suzanne y Deborah.

—Mis brujas... —dijo—. Las cubrí de oro. Cuando aprendí cómo conseguirlo, les di todo el oro que pude encontrar. Era feliz de estar vivo, de sentir la tierra bajo mis pies, de alzar los brazos y sentir la fuerza de la gravedad.

Una vez en el hotel, Lasher prosiguió su detallada cronología. Describió a todas las brujas, desde Suzanne hasta Rowan, incluyendo, curiosamente, a Julien. Eso hacía que sumaran catorce. Rowan no le comentó ese detalle, pues el número trece parecía poseer un importante significado para él. Lo había mencionado reiteradamente, al contar que había dejado preñadas a trece brujas confiando en que una de ellas fuera lo suficientemente fuerte para parir un hijo suyo, como si Michael no hubiera tenido nada que ver, como si él fuera su propio padre. De vez en cuando intercalaba unas extrañas palabras: maleficium, ergot, belladonna. En un momento dado incluso se puso a hablar en latín. —¿A qué te refieres? —preguntó ella—. ¿Por qué crees que fui capaz de parirte?

—No lo sé —respondió él.

Al anochecer, tras conversar largo rato, Rowan comprendió que su relato carecía de todo sentido de la proporción. Lasher era capaz de describir detallada y minuciosamente, durante cuarenta y cinco minutos, todos los colores que solía lucir Charlotte, las tonalidades de las livianas sedas, y sin embargo despachar con un par de frases la vida de la familia desde Santo Domingo hasta América.

Cuando ella le interrogó sobre la muerte de Deborah, él rompió a llorar y se negó a responder.

—De uno u otro modo, he causado un grave daño a todas mis brujas, salvo a las más fuertes, las cuales me azotaron y me obligaron a que las obedeciera. —¿A quiénes te refieres? —inquirió Rowan.

—Marguerite, Mary Beth y Julien. ¡Maldito sea Julien! exclamó Lasher. Tras lanzar una risotada, se puso en pie de un salto y empezó a imitar a Julien, fingiendo hacerse un nudo corredizo en una corbata de seda como un perfecto caballero, ponerse el sombrero para salir, cortar el extremo del puro y colocarlo entre sus labios.

Fue una actuación espectacular en la cual se convirtió en otro ser. Incluso pronunció unas palabras en francés con acento lánguido. —¿Qué es un nudo corredizo? —preguntó ella.

—No lo sé —confesó Lasher—, pero hace un momento lo sabía. Yo me apoderaba de su cuerpo. A él le gustaba que lo hiciera; a las otras, en cambio, no. Defendían celosamente sus cuerpos, prefiriendo que poseyera a las personas que temían, a las que deseaban castigar o manipular.

Lasher se sentó y trató de nuevo de escribir unas palabras en el papel del hotel. Luego se arrojó sobre Rowan y se puso a mamar primero de un pecho y luego de otro. Al cabo de un rato ambos se quedaron dormidos. Al despertarse, Rowan sintió que él la peentraba y experimentó un intenso y prolongado orgasmo, como los que solía experimentar cuando estaba tan agotada que casi no podía alcanzarlos.

A medianoche tomaron el avión que partía hacia Francfort, el primero que atravesaba el Atlántico. Rowan temía que el hombre al que Lasher le había robado el pasaporte hubiera denunciado su sustracción, pero él la tranquilizó diciéndole que los seres humanos no eran muy inteligentes, que la maquinaria de los viajes intercontinentales se movía lentamente. No era como el viejo mundo de los espíritus, donde las cosas o bien se movían a la velocidad de la luz o bien permanecían inmóviles. Antes de colocarse los auriculares Lasher vaciló unos minutos.

—La música me da miedo —dijo.

Al fin decidió colocárselos y se instaló cómodamente en el asiento, siguiendo el ritmo de la música con los dedos y con la mirada fija en el vacío, como si lo hubieran dejado inconsciente de un puñetazo. De hecho, la música lo tenía tan fascinado que no bebió un sorbo de agua ni probó bocado hasta que aterrizaron.

Permaneció sumido en el más absoluto mutismo durante todo el viaje. Cuando Rowan trató de levantarse para ir al servicio, él le agarró la mano para impedir que se moviera. Al fin, ella consiguió soltarse. Cuando regresó a su asiento lo vio de pie en el pasillo, cruzado de brazos, con los auriculares puestos, golpeando el suelo con el pie al son de la música y sonriendo como un imbécil.

Después de que ambos hubieron ocupado de nuevo sus asientos, ella se cubrió con la manta y se quedó dormida.

Desde Francfort volaron a Zurich. Él la acompañó al banco. Ella estaba débil y mareada, tenía los pechos llenos de leche y le dolían constantemente.

Rowan realizó las gestiones en el banco con rapidez y eficacia. Ni siquiera se le había ocurrido fugarse. En aquellos momentos lo único que le preocupaba era que nadie averiguara su paradero.

Ordenó las transferencias de grandes sumas de dinero a unas cuentas en Londres y París, a fin de evitar que les siguieran la pista.

—Vamos a París —dijo—, porque cuando reciban esas órdenes empezarán a buscarnos.

Al llegar a París, Rowan observó por primera vez que a Lasher le había crecido un poco de vello en el vientre, alrededor del ombligo y en torno a los pezones. Ella seguía dándole de mamar; tenía los pechos menos doloridos y experimentaba un placer increíble cuando él le succionaba los pezones, mientras su suave cabello le hacía cosquillas en el vientre y los muslos.

Él sólo comía cosas blandas, aunque lo único que deseaba era la leche de ella. No obstante, Rowan le obligaba a comer porque creía que su cuerpo necesitaba nutrirse adecuadamente. En ocasiones se preguntaba si su debilidad no se debería al hecho de darle de mamar. Sabía que las madres que amamantan a sus hijos suelen sentirse débiles y apáticas. Por aquel entonces había empezado a notar ciertos dolores.

Cuando le pidió que le hablara sobre una época anterior a las bru-jas Mayfair, sobre cosas remotas, él le habló del caos, de las tinieblas, de espacios infinitos. Le dijo que no poseía una memoria organizada, que su conciencia había comenzado a organizarse con..., con...

—Suzanne —dijo Rowan.

Él la miró sorprendido y asintió. Acto seguido recitó los nombres de todas las brujas Mayfair:

Suzanne, Deborah, Charlotte, Jeanne Louise, Angélique, Marie Claudette, Marguerite, Katherine, Julien, Mary Beth, Stella, Antha, Deirdre y Rowan.

Lasher la acompañó a las oficinas locales del Banco Suizo, donde ella ordenó que le enviaran más fondos a través de Roma y Brasil. Los empleados del banco se mostraron muy amables y diligentes.

Luego se dirigieron a un bufete de abogados recomendado por el banco, donde Lasher observó y escuchó pacientemente mientras ella dictaba sus instrucciones, que consistían en la cesión a Michael de la casa de la calle Primera y de la cantidad de dinero del legado que él deseara.

—Espero que no le hayas cedido la casa para siempre protestó él—. Algún día tú y yo viviremos allí, ¿no es cierto?

—De momento eso es imposible. ¡Había estado ciega!

Los abogados guardaron un respetuoso silencio mientras ponían en marcha los ordenadores y transmitían los datos que Rowan les había facilitado. Al cabo de un rato le confirmaron que, en efecto, Michael Curry, residente en Nueva Orleans, se hallaba en la unidad de cuidados intensivos del hospital Mercy, pero estaba vivo.

Lasher la observó mientras ella agachaba la cabeza y lloraba suavemente. Una hora después de haber abandonado el bufete de abogados, él le ordenó que se sentara en un banco de las Tullerías y aguar-dara unos instantes.

Al cabo de un rato, regresó con dos nuevos pasaportes. Le dijo que podían mudarse de hotel y adoptar unas identidades diferentes. Ella estaba mareada y le dolía todo el cuerpo. Cuando llegaron al segundo hotel, el espléndido Georges V, Rowan se tumbó en el sofá de la suite y durmió varias horas seguidas. ¿Cómo iba a estudiarlo? El problema no era el dinero, sino la falta de equipo. Necesitaba ayudantes, programas electrónicos, escáners para explorar su cerebro y demás instrumental.

Él la acompañó a comprar unas agendas. Rowan observó que se habían operado unos leves cambios en él. En sus nudillos habían aparecido unas arrugas, y sus uñas parecían más fuertes, aunque seguían siendo de color carne. Tenía los párpados algo más caídos, lo cual le daba un aspecto más maduro, y le creció el bigote y la barba.

Rowan solía tomar nota de todo ello en las agendas, utilizando una complicada jerga científica, hasta que estaba demasiado cansada para seguir escribiendo. Escribió que él se quejaba siempre de que le faltaba aire, de su manía de abrir las ventanas en todas partes, que a veces, mientras dormía, le sudaba la cabeza, que la fontanela todavía no se había cerrado, que seguía exigiendo que le diera de mamar y que ella se sentía agotada.

Al cuarto día de haber llegado a París, Rowan insistió en que fue-ran a un importante hospital situado en el centro de la ciudad. Al principio él se negó a ir, pero ella acabó convenciéndole, diciendo que así tendría ocasión de comprobar lo estúpidos que eran los seres humanos y que se divertirían fingiendo ser unos pacientes.

—Tenías razón, es muy divertido. Ya le he cogido el tranquilo dijo Lasher en tono triunfal, como si esa palabra tuviera un significado especial para él. Era muy aficionado a soltar ese tipo de frases—.

Ya puedes salir, no hay moros en la costa. ¡Esto es divertidísimo!

A veces se ponía a recitar versos cómicos que había oído:

Madre, ¿puedo ir a nadar?

Sí, querida.

Cuelga la ropa en una rama, pero no se te ocurra meterte en el agua.

Esas cosas le hacían reír a carcajadas. Le explicó a Rowan que esos versos se los había enseñado Mary Beth, o Marguerite. Stella le había enseñado un trabalenguas: «El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille, buen desenla-drillador será». Lo recitó tan rápidamente que ella casi no captó las palabras.

Para entretenerlo, Rowan le proponía divertidos juegos verbales. Cuando pronunciaba frases extrañamente construidas, como: «Tira un beso desde la ventana a mamá», él se echaba a reír como un loco. También le gustaban las aliteraciones, como esta canción: «Luna lunera, cascabelera, debajo de la cama tienes la cena».

Lasher la escuchaba embelesado, observando atentamente sus labios o poniéndose a bailar mientras los recitaba. Había un verso que le obsesionaba: «La señora Zorra está muy solita, grande es su pena y no se le quita. Toda la noche sin cesar lloró, pues el señor Zorro ha poco murió».

Le dijo a Rowan que cuando habitaba en el mundo de los espíritus la música le deleitaba. En ocasiones, el único sonido que percibía de los humanos era una música. Le explicó que Suzanne solía cantar mientras trabajaba. De vez en cuando Lasher soltaba unas frases en gaélico, pero en realidad no sabía lo que querían decir. Luego, tan pronto como las había pronunciado las olvidaba.

En cierta ocasión se puso a recitar unos versos en latín, pero más tarde, cuando quiso volver a recitarlos, no consiguió recordarlos.

A veces se despertaba por las noches empapado en sudor, murmurando algo sobre la catedral, sobre alguna cosa que había sucedido allí. Un día le dijo a Rowan que debían ir a Escocia.

—Julien estaba empeñado en averiguar esas cosas. Decía cosas incomprensibles que yo negaba.

Soy Lasher. Soy el verbo hecho carne. Soy el misterio. He penetrado en el mundo y debo sufrir las consecuencias de la carne, aunque las desconozco. ¿Qué soy yo?

Presentaba un aspecto un tanto extravagante, pero no monstruoso. Tenía el cabello largo y lo llevaba suelto. Se ponía un sombrero negro calado hasta las cejas, y las ceñidas chaquetas y pantalones en-gros que lucía le daban el aspecto de un joven bohemio, de un acólito de David Bowie, el ídolo de la música rock. La gente respondía a su alegría, a sus cándidas preguntas, a su talante espontáneo y a menudo exuberante. Le gustaba conversar con extraños, a quienes formulaba todo tipo de preguntas. Tenía un leve acento francés, aunque cuando hablaba con Rowan se expresaba en un inglés fluido.

Si ella trataba de llamar por teléfono por la noche, él se despertaba de inmediato y le arrancaba el auricular de las manos. Cuando ella intentaba salir sigilosamente, él se lo impedía. Siempre se alojaban en hoteles cuyos cuartos de baño carecían de ventanas. Arrancaba el teléfono del baño. No la dejaba sola un instante, salvo cuando ella conseguía encerrarse en el baño antes de que él llegase a la puerta del mismo.

—Debo telefonar para averiguar cómo está Michael —le dijo ella un día.

Él le asestó una bofetada, derribándola sobre el lecho y dejándole el rostro señalado. Luego se tumbó junto a ella, llorando, y comenzó a chuparle los pezones y a acariciarla, hasta que la penetró.

Le besó la olorida mejilla y ella sintió que alcanzaba el orgasmo aunque él ya se había retirado.

Enloquecida de placer, permaneció tendida con los puños crispados y las piernas encogidas, como si estuviera muerta.

Por las noches él le hablaba de los tiempos en que estaba muerto y perdido.

—Cuéntame tus primeras impresiones.

El respondió que su primer recuerdo era que no existía el tiempo. —¿Qué sentías por Suzanne? ¿Amor?

Tras vacilar unos instantes, él respondió que más bien era odio. —¿Odio? ¿Por qué?

Lasher respondió que no lo sabía. Luego miró por la ventana y dijo que los seres humanos le irritaban. Eran torpes, estúpidos e incapaces de procesar datos en su cerebro como hacía él. En ocasiones había hecho el imbécil por los seres humanos, pero no volvería a hacerlo. —¿Qué tiempo hacía la mañana en que murió Suzanne? —preguntó ella.

—Lluvioso, frío. Llovía tanto que creyeron que tendrían que suspender la ejecución. Pero a mediodía el cielo se había despejado y la aldea estaba preparada —contestó Lasher. Parecía perplejo. —¿Quién era el rey de Inglaterra en aquella época? preguntó Rowan.

Él meneó la cabeza. No tenía la menor idea. Ella le preguntó a continuación qué era la doble hélice. Él describió rápidamente las dos cadenas de cromosomas que contienen el ADN en una doble hélice, nuestros genes. Rowan comprendió que utilizaba las palabras que ella misma había leído en un libro de texto y memorizado para un examen en la escuela. Las pronunció con cierta cadencia, como si fuera precisamente eso lo que había permitido que éstas quedaran grabadas en su mente, suponiendo que poseyera una mente similar a la humana. —¿Quién creó el mundo? —preguntó ella.

—Lo ignoro. ¿Acaso tú lo sabes? —¿Existe un Dios?

—Probablemente no. Pregúntaselo a otros. Es un gran misterio, imposible de desentrañar. No, estoy seguro de que

Dios no existe.

Acudieron a varias clínicas, en las cuales, vestida con la bata blanca de rigor y expresándose con autoridad, Rowan obtuvo unas muestras de su sangre —mientras él no cesaba de protestar—, sin que el personal de los laboratorios sospechara que ella no trabajaba ahí ni estaba realizando una labor especial. En una de las clínicas pasó varias horas analizando las muestras de sangre a través del microscopio y anotando minuciosamente sus hallazgos; pero no disponía de los productos químicos ni del material necesario.

No podía obtener unos resultados satisfactorios con unos instrumentos tan rudimentarios. Se sentía frustrada. «Ojalá estuviera en el Instituto Keplinger —pensó—. Ojalá pudiera regresar con él a San Francisco y analizar las muestras en el laboratorio genético del Instituto.» Pero era imposible.

Una noche, Rowan se levantó para bajar al vestíbulo y comprar un paquete de tabaco. Él la atrapó cuando se disponía a bajar la escalera.

—No me pegues —dijo ella. Sentía una rabia terrible y profunda como jamás había sentido, una rabia que en el pasado había provocado la muerte de otros seres humanos.

—No dejaré que hagas más experimentos conmigo, madre —replicó él. Ella perdió los nervios y le propinó una bofetada. Él la miró, dolido, y rompió a llorar. Estuvo un buen rato sollozando, sentado en una silla y balanceándose de un lado a otro. Para consolarlo, ella le cantó una canción.

En Hamelín, hace muchos años, nadie se sentía feliz, no, no, no.

Su hermosa ciudad estaba infestada de ratas.

Devoraban la comida de platos y bandejas, y bebían la sopa de las soperas.

Incluso construían sus nidos en los sombreros de la gente.

Luego permaneció sentada en el suelo junto a él, observándolo mientras yacía en la cama, con los ojos abiertos. Tenía un aspecto muy extraño, con su largo y negro

cabello, su barba y su bigote incipientes, sus manos suaves como las de un bebé, aunque grandes y dotadas de unos pulgares bien formados, pero más largos que los normales. Rowan se sentía confundida, débil. Hacía días que no comía.

Él encargó que le subieran algo de comer, diciendo que debía alimentarse adecuadamente. Luego se arrodilló entre sus piernas, le rasgó la blusa de seda, le estrujó el pezón para que brotara la leche y comenzó a mamar con avidez.

En otras instituciones médicas, Rowan consiguió acceder al departamento de rayos X y realizar en dos ocasiones una exploración completa del cerebro de Lasher, ordenando que todos salieran del laboratorio. Pero había unos aparatos que ella no podía manejar y otros que no sabía cómo funcionaban. Entonces ordenó a otras personas que la ayudaran. Pasaba por ser la doctora Rowan Mayfair, neurocirujana. Cuando estaba entre extraños fingía ser una especialista que había acudido a visitar el hospital y cuyas instrucciones eran prioritarias...

No tenía reparos en utilizar gráficos, teléfonos y demás instrumentos cuando los necesitaba.

Estaba resuelta a llevar adelante sus experimentos. Estudió detenidamente las radiografías del cráneo y las manos de Lasher.

Le midió la cabeza y palpó la suave membrana que cubría el centro de su cráneo —la fontanela—, la cual era mayor que la de un bebé. Habría podido aplastarla con el puño.

Poco a poco, él empezó a escribir con mayor fluidez, especialmente cuando utilizaba una pluma de punta fina que se deslizaba fácilmente sobre el papel. Compuso el árbol genealógico de los Mayfair, incluyendo a miembros de la familia que Rowan ni siquiera conocía, trazando linajes desde Jeanne Louise y Pierre, cuya existencia ella ignoraba. Él le pidió que le dijera lo que había leído en el informe Talamasca. Su letra cambió de la noche a la mañana, pasando de ser una caligrafía redonda, infantil y torpe a una

letra alargada y sesgada. Escribía a tal velocidad que ella no conseguía seguir con la vista la formación de las letras. También empezó a cantar de forma extraña, como si silbara, produciendo un sonido similar al que emiten ciertos insectos.

Él le pedía continuamente que le cantara una canción. Ella le cantaba numerosas canciones para complacerle, hasta que se quedaba dormida.

Un día apareció un hombre alto y delgado, el cual le dijo al alcalde: «Yo tengo el remedio.

Libraré a vuestra ciudad de todas las ratas, pero deberéis pagarme bien por mis servicios.» El alcalde se puso a saltar de alegría y respondió: «Pídeme lo que quieras.»

Lasher la escuchaba desconcertado, como si no recordara la canción que ella le había cantado hacía unos días. —No, no, repítela otra vez:

El hombre del bosque me preguntó: «¿Cuántas fresas crecen en el mar?» Yo me apresuré a contestarle: «Tantas como arenques en el bosque.»

Rowan se sentía cada vez más agotada. Había perdido mucho peso. Cuando se miraba en el espejo del vestíbulo se alarmaba. —Es preciso que encuentre un lugar tranquilo, un laboratorio donde pueda trabajar en paz —dijo—. Estoy cansada, veo visiones.

Cuando se sentía exhausta, el terror hacía presa en ella. ¿Dónde estaba? ¿Qué sería de ella? No hacía más que pensar en él. «Estoy perdida —se dijo—. Es como si estuviera drogada, dominada por una obsesión.» Pero tenía que estudiarlo, averiguar cómo era. En medio de sus peores temores comprendió que se había vuelto muy protectora y posesiva respecto a él, y que se sentía poderosamente atraída por ese ser. ¿Qué sería de él si lograban atraparlo? Había cometido varios delitos. Había robado e incluso matado para obtener los pasaportes. Ella lo ignoraba; era incapaz de pensar con claridad. Ansiaba encontrar un

pequeño laboratorio donde trabajar tranquilamente, o regresar con él a San Francisco.

Si pudiera ponerse en contacto con Mitch Flanagan... Pero no podía llamar al Instituto Keplinger.

Hacían el amor con menos frecuencia. Él seguía mamando de sus pechos, aunque a intervalos más irregulares. Descubrió las iglesias de París, las cuales le hacían sentirse perplejo, nervioso e irritado. Examinaba detenidamente las vidrieras, alzando la mano para tocarlas. Contemplaba con odio y rencor las imágenes de los santos y el tabernáculo.

Afirmó que la catedral que recordaba no era así. — Seguramente te refieres a la catedral de Donnelaith. Pero estamos en París. Él se volvió bruscamente hacia ella y respondió: —La quemaron. Insistió en asistir a una misa católica. Un día la sacó de la cama antes del amanecer y fueron a oír misa en la iglesia de la Madeleine.

Hacía mucho frío en París. Rowan no conseguía trabajar sin que él la interrumpiera constantemente. A veces perdía la noción del tiempo. Él la despertaba para que le diera de mamar, o haciéndola el amor violentamente —aunque le proporcionaba un gran placer hasta que ella volvía a caer dormida. En otras ocasiones la despertaba para darle de comer, hablando sobre algo que había visto en la televisión, o sobre las noticias, o sobre algún objeto que había llamado su atención. Cada vez le costaba más concentrarse en las cosas.

A veces, cogía la carta del restaurante del hotel y recitaba los nombres de todos los platos. Luego se ponía a escribir a una velocidad pasmosa.

—Julien llevó a Evelyn a su casa y ésta concibió a Laura Lee, la cual, a su vez, tuvo a Alicia y a Gifford. Michael O'Brien es hijo ilegítimo de Julien y de una joven que dio a luz en el orfanato de Santa Margarita, la cual lo cedió en adopción, tomó los hábitos y se convirtió en la hermana Bridget Marie. De esa joven descienden tres chicos y una

chica, la cual contrajo matrimonio con Alaister Curry y dio á luz a Tim Curry, quien...

—Un momento, ¿qué estás escribiendo?

—Déjame en paz —contestó él. Luego arrancó la hoja y la hizo pedazos—. ¿Dónde están tus agendas? ¿Qué has escrito en ellas?

Apenas se alejaban del dormitorio. Ella se sentía débil y cansada. Tan pronto como sus pechos se llenaban de leche, ésta empezaba a derramarse bajo su blusa. Entonces él la estrechaba entre sus brazos y se ponía a mamar, proporcionándole un placer que borraba todo lo demás, incluso su temor.

Así era como conseguía dominarla, haciendo que se sintiera cómoda gracias al placer sexual que le proporcionaba y la alegría de estar junto a él, escuchando su rápido e incoherente parloteo y observando sus reacciones.

Pero ¿quién era él? Al principio Rowan creía que lo había creado ella misma, que por medio de su poderosa telequinesis había mutado a su propio hijo convirtiéndolo en ese ser. Ahora, sin embargo, empezaba a advertir ciertas contradicciones. En primer lugar, no recordaba que su mente albergara un determinado esquema de elementos durante los momentos en que él yacía en el suelo, bañado en el líquido amniótico, esforzándose en sobrevivir. Ella le había suministrado un poderoso alimento psíquico. Recordaba haberle dado calostro, la leche secretada por las glándulas mamarias.

Pero ese ser, esa criatura, estaba perfectamente organizado. No era un monstruo como Frankenstein, creado a partir de diversas piezas sueltas, ni la grotesca culminación de una obra de brujería. Él conocía sus facultades, sabía que era capaz de correr a gran velocidad, de captar olores que ella no podía percibir, que exhalaba un aroma que otros percibían sin saberlo. Era verdad. Ella sólo era consciente de su olor en algunas ocasiones, y entonces

tenía la curiosa sensación de que éste la embriagaba e incluso controlaba, como una feromona.

Ella solía escribir su diario en estilo narrativo, a fin de que si algo malo le sucedía y alguien lo encontraba, fuera capaz de entender lo que había escrito.

—Hemos permanecido demasiado tiempo en París —dijo Rowan un día—. Temo que acaben dando con nuestro paradero.

Habían recibido dos transferencias bancarias y disponían de una fortuna. Ambos pasaron toda la tarde en el banco, mientras ella distribuía el dinero en distintas cuentas para ocultarlo. Estaba ansiosa por partir, quizás a un lugar más cálido.

—Vamos, amor mío, sólo hemos estado en diez hoteles distintos. Deja de preocuparte, deja de comprobar todas las cerraduras; sabes que es obra de la serotonina, el mecanismo que activa el deseo de huir cuando uno está asustado y que ahora se encuentra averiado. Te comportas de forma obsesiva y compulsiva, como de costumbre. — ¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo he dicho... Yo... —de pronto se quedó en silencio. Empezaba a sentirse menos seguro de sí mismo—. Lo sé porque tú lo sabías. Cuando yo era un espíritu sabía lo que sabían mis brujas. Fui yo quien... —¿Qué te pasa? ¿En qué piensas?

Por las noches él se colocaba junto a la ventana y contemplaba las luces de París. Luego hacía el amor con ella una y otra vez, sin importarle si estaba dormida o despierta. Le había crecido un bigote suave y espeso, y la barba le cubría todo el mentón.

Pero la abertura del cráneo todavía no se había cerrado. Su ritmo de desarrollo parecía programado y distinto al de otras especies. Rowan tomó nota de todas sus características. Por ejemplo, sus brazos poseían la fuerza de un primate inferior, pero sus dedos y pulgares estaban dotados de mayor habilidad. Quizás hubiera sido un

excelente pianista. Su necesidad de aire era su punto flaco. Cabía la posibilidad de que muriera asfixiado. Pero era extraordinariamente fuerte. ¿Qué sucedería si caía al agua?

Se marcharon de París y fueron a Berlín. A él no le gustaba el alemán; no es que le pareciera un idioma feo, sino «punzante». Afirmaba que hería sus oídos y no quería permanecer en Alemania.

Aquella semana Rowan sufrió un aborto. Un día, mientras estaba en el baño, sintió unos violentos espasmos y tuvo una hemorragia. Él contempló atónito el charco de sangre que se había formado en el suelo.

—Necesito descansar —dijo Rowan.

Debía reposar en un lugar tranquilo, sin canciones ni versos, sólo paz. No obstante, recogió la diminuta masa gelatinosa, un embrión microscópico dotado de piernas y brazos que le fascinaba y repugnaba al mismo tiempo, e insistió en llevarlo a un laboratorio para poder estudiarlo más detenidamente.

Consiguió examinarlo por espacio de tres horas antes de que algunos empezaran a hacerle enojosas preguntas. Había tomado abundantes notas.

—Existen dos tipos de mutación —le explicó—. Unas pueden transmitirse y otras no. Tu nacimiento no fue un hecho aislado; es posible que formes parte de una especie. Pero ¿cómo pudo suceder? ¿Cómo pudo la combinación de telequinesis...?

Rowan hizo una pausa y recurrió de nuevo a términos científicos. En la clínica había sustraído material para analizar sangre, de modo que extrajo una muestra de su propia sangre y la depositó en unos viales debidamente cerrados.

Él sonrió y dijo fríamente:

—No me amas.

—Por supuesto que te amo. —¿Puedes amar la verdad más que el misterio? —¿Qué es la verdad? —preguntó ella, acariciándole la cara y mirándole a los ojos—. ¿Qué

recuerdas del principio, de la época anterior a la aparición de los humanos en la tierra? Solías hablarme del mundo de los espíritus, decías que éstos habían aprendido de los humanos. Decías que...

—No recuerdo nada —respondió él, desconcertado.

Se sentó a la mesa y repasó lo que había escrito. Estiró sus largas piernas, cruzó los tobillos, apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y escuchó sus grabaciones. El cabello le llegaba a los hombros. De pronto le preguntó a Rowan, como si quisiera ponerla a prueba: —¿Quién era Mary Beth? ¿Quién era su madre?

Rowan le relató una y otra vez la historia de la familia, incluyendo los datos del informe Talamasca y diversas anécdotas que había oído contar a otras personas. Él le pidió que describiera a todos los Mayfair vivos que conocía. A medida que la escuchaba empezó a tranquilizarse, obligándola a hablar durante horas.

Era un verdadero tormento.

—Tengo un carácter poco locuaz —dijo ella—. No puedo..., me resulta imposible... —¿Quiénes eran los hermanos de Julien? Dime sus nombres y los de sus hijos.

Acabó tan agotada que ni siquiera podía moverse. De pronto sintió unos espasmos, como si él la hubiera dejado preñada de nuevo, y sufrió otra hemorragia.

—No puedo seguir así —dijo Rowan.

—Deseo ir a Donnelaith —repuso él. Estaba de pie, junto a la ventana, y de repente se volvió hacia ella y le preguntó —: ¿Es cierto que me amas? ¿No te inspiro temor?

Tras reflexionar unos instantes, ella respondió:

—Sí, te amo. Estás solo... y te necesito. Pero estoy asustada. Esto es una locura. Debo organizarme y trabajar. Estoy obsesionada contigo. Tengo miedo de ti.

Cuando él se inclinó sobre ella, Rowan le cogió la cara entre las manos y le acercó la boca a uno de sus pezones. El se puso a mamar, sumido en una especie de trance. ¿Es que nunca se cansaría de mamar?, se preguntó Rowan,

echándose a reír. ¿Acaso seguiría siendo siempre una criatura, una criatura que caminaba, hablaba y hacía el amor?

—Y que además sabe cantar —apostilló él. Lasher empezó a aficionarse a la televisión y se pasaba largos e ininterrumpidos ratos viéndola. Eso le permitía a Rowan utilizar el cuarto de baño sin que él estuviera presente. Podía tomar un baño relajada, sin que él la vigilase. Al cabo de un tiempo dejó de sufrir hemorragias. «Ojalá pudiera acceder al Instituto Keplinger», pensaba. El dinero de los Mayfair le permitiría hacer muchas cosas. De todos modos, confiaba en que la familia los estuviera buscando.

Rowan reconocía haber cometido una grave equivocación. Debió ocultar a Lasher en Nueva Orleans, como si no tuviera nada que ver con ella. Había sido una torpeza, una estupidez huir con él.

Pero aquel fatídico día de Navidad ella estaba demasiado aturdida y asustada para pensar con claridad. ¡Parecía que había pasado una eternidad desde aquel día!

De pronto notó que él la miraba contrariado y receloso. —¿Qué sucede? —le preguntó.

—Dime sus nombres —respondió ella.

—No, dílos tú...

Él cogió una de las hojas en las que había estado escribiendo, con letra pequeña y apretada, y luego la depositó de nuevo en la mesa. —¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí? —preguntó. —¿Acaso no lo sabes?

Él lloró durante un rato. Ella se quedó dormida; al despertarse comprobó que estaba vestido y arreglado y que había preparado el equipaje.

—Nos vamos a Inglaterra —le anunció.

Partieron de Londres hacia Donnelaith, situado al norte. Rowan condujo durante buena parte del camino, pero él había aprendido a conducir aceptablemente bien y cogía de vez en cuando el volante, cuando circulaban por una carretera rural desierta. Llevaban todas sus pertenencias en

el coche. Ella se sentía más segura en Inglaterra, que en París.

—Pero ¿por qué? ¿Crees que no nos buscarán aquí? —le preguntó él.

—No lo sé. No creo que deduzcan que hemos venido a Escocia. No supondrán que recuerdas cosas...

Él soltó una amarga carcajada.

—A veces no recuerdo nada —dijo. —¿Qué recuerdas ahora?

Al observarlo, Rowan comprobó que tenía una expresión desconfiada y solemne. La barba y el bigote le daban un aire siniestro. Eran señales evidentes de su madurez sexual. El aborto. La fontanela. Era un animal maduro. ¿O tal vez un mero adolescente?

Donnelaith.

Más que de un pueblo, se trataba únicamente de una posada y de la sede del proyecto arqueológico, donde se alojaba un pequeño contingente de arqueólogos. Por las mañanas se organizaban visitas turísticas a las ruinas del castillo, situado sobre el lago, y a la vieja población y el valle, con su catedral, que no se divisaba desde la posada. A unos cuantos kilómetros de la población se hallaba el antiguo y primitivo círculo de piedras, algo alejado pero que sin duda merecía la pena visitar. Uno podía ir solo, siempre y cuando obedeciera las indicaciones.

Rowan sintió un escalofrío al mirar por la ventana de la posada y distinguir a lo lejos el siniestro círculo, el lugar donde había comenzado todo, donde Suzanne, la bruja de la aldea, había invocado a un espíritu diabólico llamado Lasher, el cual se apoderaba de todas las descendientes femeninas de aquélla. Era terrible. Luego contempló el inmenso valle, melancólico y hermoso como casi todos los parajes verdes del norte, como las remotas y elevadas zonas del norte de California. El denso crepúsculo refulgía bajo la húmeda niebla, la cual envolvía el valle dándole un aspecto misterioso, como salido de un cuento de hadas.

Desde la posada se divisaban todos los coches que se aproximaban a la población. Había una sola carretera, la cual se extendía de norte a sur. La mayoría de los turistas acudían en autocares procedentes de ciudades vecinas.

En la posada se alojaban unos pocos huéspedes: una joven americana que estaba escribiendo una ponencia sobre las catedrales perdidas de Escocia; un anciano caballero que había acudido a ese remoto paraje para investigar los orígenes de su clan, convencido de que sus antepasados se remontaban a Robert Bruce; y una joven pareja de enamorados que no reparaban en nada ni en nadie.

Y Rowan y Lasher. Durante la cena éste probó por primera vez alimentos sólidos, pero no le gustaron. Miró los pechos de Rowan con avidez, pues deseaba mamar.

Ocupaban una bonita y espaciosa habitación, de techo bajo adornado con vigas blancas. Contenía un lecho con dosel, una gruesa alfombra y una pequeña chimenea, y desde ella se divisaba una espectacular vista del valle. Lasher le comunicó a la posadera que no querían teléfono en la habitación, para que nadie pudiera importunarlos, y el tipo de comida que deseaban que les preparara. Luego, sujetando bruscamente a Rowan por la muñeca, añadió:

—Vamos a dar un paseo por el valle.

Acto seguido bajaron al pequeño cuarto de estar de la posada. Los jóvenes enamorados, que estaban sentados junto a la ventana, los miraron molestos, como si hubieran interrumpido una conversación íntima.

—Ha oscurecido —protestó Rowan. Estaba cansada del viaje y un poco mareada—. ¿Por qué no esperamos hasta mañana?

—No —respondió él—. Ponte unos zapatos cómodos.

Acto seguido se agachó y empezó a quitarle los zapatos, mientras los demás les observaban en silencio. Era típico de él, pensó Rowan, acostumbrada a sus excentricidades. Tenía la ingenuidad de los locos.

—Deja, yo lo haré —dijo Rowan.

Subieron de nuevo a la habitación para que ella se cambiara, mientras él no la perdía de vista.

Salió bien abrigada y calzada con unos calcetines de lana y unos zapatos de suela gruesa, preparada para afrontar los rigores climáticos y pasar la noche explorando el valle.

Anduvieron durante varias horas por el valle y a lo largo de las orillas del lago.

La media luna iluminaba los derruidos muros del castillo.

Los riscos eran abruptos y peligrosos, pero los senderos estaban bien señalados. Lasher trepó por un empinado camino, conduciendo a Rowan de la mano. Los arqueólogos habían instalado barreras, señales y avisos, pero Lasher hizo caso omiso de ellos y subió por la precaria escalera de madera que conducía a las torres del castillo con paso firme y apresurado.

Rowan pensó que era un buen momento para escapar. Si hubiera tenido valor para arrojar a Lasher desde lo alto de la frágil escalera, éste se hubiera despeñado, como cualquier ser humano normal. Tenía los huesos flexibles como los cartílagos de un niño, pero sin duda se habría matado.

Al pensar en ello, Rowan rompió a llorar. No podía hacerlo. No podía liquidarlo de esa forma. Era incapaz de matarlo.

Habría sido una cobardía y una imprudencia. Pero también había sido una imprudencia fugarse con él. Había sido una locura creer que podría controlarlo y estudiarlo, marcharse de casa con ese demonio déspota y salvaje, obsesionada y orgullosa de su propia creación.

Pero ¿qué podía hacer? El la había obligado a partir precipitadamente, temeroso de la reacción de Michael.

«Pero cometí un grave error —pensó—. Debí haber procurado controlar la situación.»

Bajo la luz de la luna que se proyectaba sobre el suelo cubierto de hierba del destartado vestíbulo del castillo, a

Rowan le pareció más sencillo culparse a sí misma, castigarse y odiarse por su torpeza, que lastimarlo a él.

De todos modos, no estaba segura de que hubiera conseguido huir. En un momento dado, cuando aceleró el paso, Lasher se volvió, la agarró de la mano y la obligó a caminar delante de él, sin quitarle la vista de encima. Habría podido levantarla con uno de sus gigantescos brazos. No temía despeñarse.

Pero había algo en el castillo que le inspiraba pavor.

Al abandonar el castillo, Rowan observó que estaba temblando y sollozando como una criatura.

Él dijo que quería visitar la catedral. La luna se había ocultado tras unas nubes, pero una pálida luz bañaba el valle. Lasher conocía bien el camino y tomó por un atajo a través del valle.

Al cabo de un rato llegaron a las murallas de la antigua población, con sus almenas, sus puertas y su pequeña calle principal, rodeada por unas barreras y unos carteles que señalaban las obras en curso. Ante ellos se erguía la imponente catedral, cuyos elevados muros y arcos parecían alzarse para abrazar el cielo.

Lasher se arrodilló sobre la hierba, contemplando la nave desprovista de techo y un semicírculo que antaño constituía el rosetón. Pero no había fragmentos de vidrio entre las piedras, muchas de las cuales habían sido colocadas y enyesadas recientemente para reproducir los viejos muros que se habían derrumbado. Había montones de piedras por doquier, transportadas de otros lugares para reconstruir el ruinoso edificio.

Lasher se levantó, agarró a Rowan de la mano y la arrastró hasta el interior de la iglesia, sin hacer caso de las barreras y los carteles. Ambos contemplaron maravillados los gigantescos arcos que se elevaban hacia el cielo, iluminados por la débil luz de la luna. Era una catedral gótica, inmensa, tal vez excesiva para una población tan

pequeña, a menos que antaño contara con legiones de fieles.

Lasher temblaba de emoción. Se llevó una mano a los labios, para indicarle a Rowan que guardara silencio y, luego, empezó a canturrear y a balancearse de un lado a otro. Recorrió todo el interior del edificio y señaló una de las desnudas ventanas. —¡Mira! —exclamó.

De pronto empezó a pronunciar unas palabras ininteligibles, visiblemente agitado. Luego se sentó en el suelo, con las rodillas encogidas, apoyó la cabeza en el hombro de Rowan, le levantó el jersey y empezó a mamar. Ella se tumbó, abandonándose al placer que le procuraba sentir sus labios succionándole el pezón, y contempló las unbes. No había estrellas, sólo el tenue resplandor de la luna. Rowan tuvo la curiosa sensación de que no eran las nubes las que se movían, sino los elevados muros y ventanas de la catedral.

Por la mañana, cuando se despertó, comprobó que él no estaba en la habitación. También había desaparecido el teléfono. Al asomarse a la ventana Rowan vio que ésta estaba situada a unos seis metros del suelo. ¿Qué haría si lograba saltar por ella? Lasher tenía las llaves del coche. Siempre las llevaba encima. ¿Acaso podía pedir auxilio a los dueños de la posada, explicarles que él la tenía prisionera? ¿Qué haría él cuando se enterara de que había huido?

Rowan pensó detenidamente en todas las posibilidades, las cuales no cesaban de dar vueltas en su cabeza como un tiovivo, hasta que al fin renunció a su plan.

Después de ducharse y vestirse, escribió en su diario. Como de costumbre, anotó todos los cambios que había observado en él: que su piel parecía más madura, que su mandíbula era más firme, pero que la fontanela no se había cerrado. Asimismo, describió lo sucedido desde su llegada a Donnelaith y la extraña reacción de Lasher ante las ruinas.

Al bajar al cuarto de estar, encontró a Lasher sentado ante una mesa conversando con el viejo posadero. Al verla

entrar, el anciano se levantó respetuosamente y apartó una silla para que se sentara.

—Siéntate —le ordenó Lasher—. He encargado que te preparen el desayuno. Te oí levantarte.

—Gracias —respondió ella secamente.

—Continúe —le dijo Lasher al viejo posadero.

El anciano siguió hablando sobre el proyecto arqueológico que había sido financiado a lo largo de noventa años, incluso durante las dos guerras mundiales, con fondos americanos. Al parecer, éstos procedían de una familia estadounidense interesada en el clan de Donnelaith.

Durante los últimos años se habían hecho grandes progresos. Al darse cuenta de que la catedral databa de 1228, solicitaron a la familia americana más dinero para las obras. Ante su asombro, ésta aumentó la aportación de fondos, lo cual permitió que acudiera un grupo de arqueólogos de Edimburgo. Dicho grupo llevaba veinte años en Donnelaith tratando de recuperar las piedras diseminadas por los alrededores y excavando en busca de los fundamentos no sólo de la iglesia sino de un monasterio y una antiquísima aldea, posiblemente del siglo VIII, la época de Beda el Venerable. Según les explicó el posadero, se trataba de una especie de lugar de culto, pero no conocía los detalles.

—Estábamos convencidos de que Donnelaith existía —dijo el anciano—. Pero los condes habían muerto en el gran incendio de 1689, vi cual destruyó gran parte de la población, y a fines de siglo no quedaba nada de ella. Cuando se inició el proyecto arqueológico, mi padre construyó esta posada.

Un amable caballero norteamericano le arrendó estas tierras. —¿Quién era ese caballero? —preguntó Lasher con curiosidad.

—Julien Mayfair. El proyecto está financiado por el Fondo Fiduciario Julien Mayfair —respondió el anciano—. Pero es mejor que hablen con los arqueólogos del proyecto. Son

muy amables y serios, e impiden que los turistas se lleven las piedras como recuerdo. »A propósito de piedras, supongo que habrán oído hablar del misterioso círculo. Durante muchos años la mayor parte de las excavaciones se llevaron a cabo allí. Dicen que es un yacimiento tan antiguo como Stonehenge, pero la catedral es el descubrimiento más importante. Hablen con los arqueólogos.

—Julien Mayfair —repitió Lasher, mirando al anciano. Mostraba una expresión de impotencia y desconcierto. Estaba en guardia, como si esas palabras no significaran nada—. Julien...

Por la tarde, tras haber invitado a almorzar a varios de los arqueólogos, habían conseguido bastante información sobre el proyecto y un montón de viejos folletos editados para vendérselos a los turistas y recaudar fondos.

El actual fondo fiduciario era administrado desde Nueva York, y la familia Mayfair se mostraba más que generosa. La más anciana del grupo de arqueólogos, una inglesa rubia con el cabello corto y expresión alegre y vivaracha, vestida con una gruesa chaqueta de mezclilla y unas botas de goma, respondió amablemente a sus preguntas. Llevaba trabajando en el proyecto desde 1970. Había solicitado más fondos en dos ocasiones, a lo que la familia no había puesto el menor reparo.

Sí, un miembro de la familia había acudido a visitar Donnelaith. Una tal Lauren Mayfair, un tanto envarada.

—Nadie hubiera dicho que era americana —observó la anciana sonriendo—. Era evidente que se sentía incómoda aquí. Tomó unas fotografías para mostrarlas a la familia y partió enseguida hacia Londres. Recuerdo que me dijo que pensaba ir a Roma. Era una apasionada de Italia. Supongo que a las personas aficionadas al sol no les gusta el húmedo clima de esta región de Escocia.

—Italia. La soleada Italia... —murmuró Lasher.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y se apresuró a enjugárselos con la servilleta. La anciana continuó hablando

como si no se hubiera percatado de nada.

—Pero ¿qué saben sobre la catedral? —inquirió él.

Rowan observó por primera vez que Lasher presentaba un aspecto cansado, frágil. Se enjugó los ojos repetidas veces, aduciendo que se trataba de una «alergia», pero ella notó que se sentía conmovido.

—Debemos pronunciarnos con cautela para evitar equivocarnos de nuevo. Sabemos que la gran estructura gótica fue construida en torno a 1228, la época a la que pertenecen los mármoles de Elgin, pero incorporaba una iglesia más antigua que probablemente contenía unas vidrieras de colores. El monasterio era cisterciense, hasta que pasó a ser franciscano.

Lasher la observó fijamente.

—Creemos que existía una escuela anexa a la catedral prosiguió la arqueóloga y quizás una biblioteca. No sabemos lo que podemos descubrir. Ayer encontramos un nuevo cementerio. Deben tener presente que la gente se ha estado llevando piedras de este lugar a lo largo de varios siglos.

Hace poco hallamos los restos del crucero situado al sur, perteneciente al siglo XVIII, y una capilla que ignorábamos que existía y que contenía una cripta. Eso indica la presencia de un santo, pero no sabemos de quién se trata. Su efigie está tallada en una tumba. No sabemos si abrirla o no, pese a que tenemos curiosidad por averiguar lo que contiene.

Lasher permaneció mudo en medio de un opresivo silencio. Rowan temía que rompiera a llorar o que hiciera algo imprevisible.

Trató de tranquilizarse, pensando que no tendría la menor importancia. Tenía sueño y los pechos le dolían. La anciana siguió hablando sobre el castillo, sobre las luchas entre los clanes de esa región, sobre las interminables batallas y matanzas. —¿Qué fue lo que destruyó la catedral? —preguntó Rowan. La falta de datos cronológicos la disgustaba. Quería disponer de un gráfico mental.

Lasher la miró enojado, como si ella no tuviera derecho a hablar.

—No estoy segura —respondió la anciana—. Pero tengo la mipresión de que fue una guerra entre clanes.

—Se equivoca —dijo Lasher suavemente—. Fueron los protestantes, los iconoclastas.

La anciana dio unas palmadas, entusiasmada, y preguntó: —¿Qué le hace pensar eso?

Acto seguido se puso a hablar sobre la reforma protestante en Escocia, la cruel quema de brujas que había durado un siglo o más, hasta el final de la historia de Donnelaith.

Lasher la miraba perplejo.

—Estoy segura de que tiene usted razón. Fue obra de John Knox y sus reformadores. Donnelaith fue siempre, hasta que se produjo el incendio, un poderoso baluarte católico. Ni siquiera el malvado Enrique VIII fue capaz de destruir Donnelaith.

La mujer empezaba a repetirse, insistiendo en que odiaba a las fuerzas políticas y regionales que habían destruido las obras de arte y los edificios. —¡Esas magníficas vidrieras de colores!

—Sí, realmente espléndidas.

Lasher había obtenido toda la información que la anciana podía suministrarle.

Al anoecer él y Rowan salieron de nuevo. Lasher se mostraba silencioso e inapetente; no tenía ganas de hacer el amor y no le quitaba la vista de encima. Caminó delante de ella a través del valle hasta que llegaron a la catedral. Gran parte de las excavaciones del crucero de la parte sur se hallaban protegidas por un amplio techado de madera y unas puertas cerradas con llave.

Lasher rompió el cristal de una ventana, abrió una de las puertas y ambos penetraron en las ruinas de una capilla. Los arqueólogos habían reconstruido el muro y desenterrado parte de una tumba central, la cual ostentaba la efigie un

tanto borrosa de un hombre. Lasher contempló la tumba y las ventanas restauradas. De improviso, comenzó a golpear con rabia las paredes de madera. —¡No hagas ruido! —exclamó Rowan—. No deben sorprendernos aquí.

Pero luego pensó: «Que vengan. Sería preferible que encarcelaran a este loco.»

Lasher debió de leer sus pensamientos, el odio que en aquellos momentos sentía hacia él.

Cuando regresaron a la posada, Lasher se puso a escuchar las cintas que había grabado. Luego apagó el magnetófono y revisó sus notas.

—Julien, Julien, Julien Mayfair —dijo. —¿No lo recuerdas? —¿Qué?

—No recuerdas nada, ¿verdad? Ni a Julien, ni a Mary Beth, ni a Deborah, ni a Suzanne. Lo has olvidado todo. ¿Te acuerdas de Suzanne?

Lasher la miró en silencio, pálido y furioso.

—No recuerdas nada —insistió Rowan—. Empezaste a olvidarlo en París. No sabes quiénes eran.

Lasher avanzó unos pasos y se arrodilló delante de ella. Estaba muy excitado, como si su ira se hubiera transformado de pronto en un arrebató de entusiasmo.

—No, no sé quiénes eran —contestó—. Ni estoy seguro de quién eres tú. Pero sé muy bien quién soy yo.

Pasada la medianoche, Rowan se despertó al sentir que la estaba forzando. Cuando hubo terminado, él insistió en marcharse antes de que descubrieran su escondite.

—Esos Mayfair deben de ser muy inteligentes.

Ella soltó una amarga carcajada. —¿Qué clase de monstruo eres? —preguntó—. Yo no te he creado; estoy convencida de ello. No soy Mary Shelley.

Él detuvo el coche, la obligó a bajar y la golpeó brutalmente hasta derribarla. Ella profirió un grito de dolor y el dejó de golpearla. —¡Te quiero! —exclamó desesperado, crispando los puños y rompiendo a llorar—. Y al mismo tiempo te odio.

—Te comprendo muy bien —respondió ella.

Tenía el rostro tan dolorido que temía que le hubiera partido la nariz y la mandíbula. Tras palparse la cara y comprobar que no tenía ningún hueso roto, se incorporó. Él se sentó junto a ella y empezó a acariciarla, aturdido y sin cesar de llorar. —¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

Él siguió acariciándola, cubriéndola de besos, succionándole los pezones, empleando sus sucios trucos, como un demonio penetrando en la celda de una monja. — ¡Aléjate de mí! —exclamó ella.

Pero no tenía valor para defenderse contra él. O quizá le faltaban las fuerzas. Hacía mucho que se sentía débil.

Cuando se detuvieron en una gasolinera y Rowan se aproximó disimuladamente ala cabina telefónica, él corrió furioso tras ella. A fin de aplacarlo, Rowan empezó a recitar apresuradamente unos versos que su madre le había enseñado de niña: ¡Pobre señorita Mackay! Sus cuchillos y tenedores han huido. Cuando se escapen las tazas y las cucharas, no sabrá qué hacer.

Tal como había supuesto, él se echó a reír como un loco, dejándose caer de rodillas. Tenía unos pies enormes. Rowan siguió recitando:

Tom, el hijo del gaitero, robó un cerdo y salió huyendo. Tom se comió el cerdo, su padre lo castigó y Tom salió huyendo de nuevo.

Riendo histéricamente mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas, Lasher le rogó que callara. —Sé un verso que te gustará mucho —dijo, levantándose de un salto y poniéndose a bailar mientras canturreaba:

La puerca entró con la silla, el cerdito chocó con la cuna, la bandeja cayó de la mesa y el puchero se tragó el cazo. El asador que estaba detrás de la puerta derribó la cuchara al suelo. «¡Pardiez! —exclamó la parrilla—. ¿Es que no podéis poneros de acuerdo?

Yo soy el jefe de policía. ¡Conducidlos ante mí!»

Acto seguido la agarró violentamente por la muñeca, rechinando los dientes de rabia, y la arrastró hacia el coche.

Cuando llegaron a Londres, Rowan tenía el rostro muy hinchado. Todos los que la veían se alarmaban ante el aspecto que ofrecía. Lasher se encargó de buscar un buen hotel, cuyo nombre Rowan desconocía. Una vez instalados pidió que les subieran té y pasteles ala habitación y le cantó unas canciones.

Lasher dijo que lamentaba lo que le había hecho, pero que ella no comprendía lo que significaba haber renacido. Afirmó que en él residía un milagro. Luego comenzó a besarla ya chuparle los pezones, y al cabo de un rato, como de costumbre, le hizo el amor. Esta vez ella le obligó a hacerlo de nuevo, pues era de la única forma que conseguía imponer su voluntad. Tras hacerle el amor por cuarta vez, él quedó agotado y se durmió junto a ella. Rowan no se atrevía ni a suspirar, por temor a despertarlo.

Era realmente muy hermoso. El bigote y la barba habían adquirido unas proporciones bíblicas y cada mañana él se los recortaba con esmero. Llevaba el cabello extremadamente largo y tenía los hombros muy anchos, pero ofrecía un aspecto realmente majestuoso. Cuando hablaba con extraños, se inclinaba respetuosamente y se quitaba el sombrero de fieltro gris. Todo el mundo lo contemplaba admirado.

Fueron a Westminster Abbey y él recorrió toda la abadía, estudiando cada detalle y observando a los fieles.

—Debo cumplir una sencilla misión, tan vieja como el mundo —dijo. —¿De qué se trata? —le preguntó Rowan.

Pero él no respondió.

Cuando regresaron al hotel, dijo:

—Quiero que te pongas a estudiar en serio. Iremos a un lugar seguro..., no aquí, en Europa..., sino en Estados Unidos, cerca de ellos, don-de no sospechen nuestra presencia. Dispondrás de cuanto necesites, sin reparar en

gastos. No iremos a Zurich, temo que puedan descubrirnos allí. ¿Podrás pedir que te envíen el dinero que necesites?

—Ya lo he hecho, ¿no recuerdas? —contestó ella. Era evidente, por este comentario y otros por el estilo, que él no recordaba siquiera las cosas más sencillas—. Los bancos cumplirán mis órdenes sin mayores problemas. Si lo deseas, regresaremos a Estados Unidos.

—Estaba entusiasmada ante la idea de regresar—. Hay un instituto neurológico en Ginebra —prosiguió—. Tiene fama en el mundo entero. Está dotado de los últimos adelantos. Podemos hacer unas pruebas allí y llevar a cabo todos los trámites a través del banco suizo. Es lo mejor, créeme.

—De acuerdo —contestó él—. Desde allí regresaremos a Estados Unidos. Te estarán buscando. Ya mí también. Debemos regresar, aunque no he decidido dónde residiremos. Ella se quedó dormida, soñando con el laboratorio, las muestras, las pruebas y el microscopio, con utilizar la ciencia como si fuera un exorcismo. Sabía, por supuesto, que no podía hacerlo sola. Lo mejor sería conseguir un ordenador donde archivar sus hallazgos. Necesitaba una ciudad donde hubiera numerosos laboratorios y hospitales, donde tuviera grandes centros a su disposición...

Él estaba sentado a la mesa leyendo la historia de los Mayfair una y otra vez. Movía los labios rápidamente y canturreaba. Algunas anécdotas le hacían reír, como si no las conociera. Luego se arrodilló junto a ella y la miró a los ojos.. —¿Se te está retirando la leche? —le preguntó.

—No lo sé. Me duelen los pechos.

Él empezó a besarla. Le estrujó suavemente un pezón hasta obtener unas gotas de leche y se las aplicó en los labios. Rowan suspiró y dijo que sabían a agua.

En Ginebra, todo estaba planificado y organizado hasta el último detalle.

Al fin decidieron dirigirse a Houston, en Tejas. ¿El motivo? Allí había numerosos hospitales y centros médicos. En Houston se llevaban a cabo importantes trabajos de investigación médica. Ella le aseguró que no resultaría difícil hallar un edificio donde ocultarse, quizás una clínica o un laboratorio desocupados debido a la crisis del petróleo. Houston era una ciudad saturada de edificios. Nadie los encontraría allí.

El dinero no representaba un problema. Las transferencias de grandes sumas estaban a buen recaudo en el gigantesco banco suizo. Ella sólo tenía que abrir unas cuentas ficticias en California y Houston.

Rowan yacía en la cama mientras él la sujetaba de la muñeca, pensando en Houston, que estaba tan sólo una hora de su casa en avión. «Sólo una hora.»

—Jamás sospecharán que estamos allí —dijo él—. Es como si estuviéramos en el Polo Sur; no se te podría haber ocurrido un lugar más adecuado donde escondernos.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco. Al cabo de un rato se quedó dormida. No se encontraba bien. Al despertarse notó que estaba sangrando. Había sufrido otro aborto; esta vez el feto había alcanzado los cinco centímetros, o quizá más, antes de empezar a desintegrarse.

Por la mañana, tras haber descansado, decidió acudir al instituto para analizar el feto. Él se opuso tajantemente, pero ella gritó e insistió hasta que al fin se salió con la suya.

—Tienes miedo de que te abandone, ¿no es así? —preguntó ella. —¿Qué harías tú si fueras el último hombre sobre la tierra y yo la última mujer? —replicó él.

Rowan no comprendió la pregunta. Pero él sí parecía entender su significado. Lasher la acompañó al instituto. Había aprendido a realizar los actos cotidianos más triviales, como detener un taxi, dar propinas, leer, caminar, correr y subir en ascensor. Se había comprado una pequeña flauta de madera en un bazar y tocaba por la calle, aunque no estaba satisfecho de su sonido ni de su habilidad para

arrancarle melodías. No se atrevía a adquirir una radio, pues temía que acabara asfixiándolo.

Una vez en el instituto, Rowan consiguió una bata blanca, un grá-fico, un bolígrafo y demás objetos que necesitaba, así como formularios e impresos azules, amarillos y rosa para diversas pruebas, que empezó a rellenar de inmediato.

Ella desempeñaba alternativamente el papel de médico y técnico, mientras él la obedecía dócilmente, parloteando como un célebre personaje de incógnito.

Rowan consiguió escribir disimuladamente una nota en un formulario por triplicado, dirigida al conserje del hotel, pidiéndole que enviara un paquete que contenía material médico al doctor Samuel Larkin, del University Hospital de San Francisco, en California. En la nota decía que le haría entrega del material en cuanto pudiera, que éste era sensible al calor y que debía enviarlo urgentemente.

Cuando regresaron a la habitación del hotel, Rowan agarró unalámpara y golpeó a Lasher en la cabeza. Él cayó al suelo, con el rostro ensangrentado. Pero al poco rato se recobró; era como si tuviera la piel y los huesos de plástico, como un bebé que consigue sobrevivir a una caída de un quinto piso. Enfurecido, se abalanzó sobre ella y la golpeó hasta hacerle perder el conocimiento.

Por la noche, Rowan se despertó. Tenía la cara muy hinchada, pero no se había partido ningún hueso. Apenas podía abrir el ojo de-recho. Eso significaba que debería permanecer varios días en la habitación, sin poder salir a la calle. No sabía si sería capaz de resistirlo.

A la mañana siguiente él la ató por primera vez a la cama, utilizando unas tiras que arrancó de una sábana. Al despertarse, Rowan comprobó que la había amordazado. Lasher desapareció y regresó al cabo de varias horas. Ella trató de gritar y liberarse de las ataduras, pero fue inútil. No consiguió que nadie oyera sus sofocados gritos.

Cuando él regresó, sacó el teléfono de donde lo había escondido, encargó una opípara cena y le suplicó por enésima vez que lo perdonara. Luego, se puso a tocar la flauta.

Mientras comía, Rowan lo observó detenidamente y notó que tenía un aire distraído, como si estuviera enfrascado en sus pensamientos.

Al día siguiente ella no opuso resistencia cuando él la ató de nuevo a la cama. Esta vez utilizó cinta adhesiva que había comprado el día anterior. Cuando se disponía a taparle la boca con ella, Rowan le advirtió que podía asfixiarla y él accedió a amordazarla con un trapo. Una vez que él se hubo marchado, ella intentó liberarse por todos los medios, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Notó que sus pechos rezumaban leche. La habitación parecía girar a su alrededor. Estaba enferma, débil, mareada. Al día siguiente, por la tarde, después de haber hecho el amor, él permaneció tendido sobre ella, envolviéndola en su aroma dulzón, con el negro cabello entre sus pechos y la mano izquierda sobre su mano derecha, soñando y canturreando. La había liberado momentáneamente, tras cortar las tiras de cinta adhesiva que la sujetaban.

Ella contempló su lustrosa melena negra, aspiró su fragancia y se apretó contra él. Luego, volvió a sumirse en un ligero sopor.

Al cabo de una hora, cuando se despertó, comprobó que él seguía profundamente dormido.

Rowan alargó la mano izquierda y descolgó el teléfono, procurando no despertarlo. Con la misma mano que sostenía el auricular pulsó el botón de recepción, hablando en voz tan baja que el recepcionista apenas conseguía oír lo que decía.

Era de noche en California. Lark la escuchó atentamente. Lark había sido su jefe. Lark era su amigo. Lark era la única persona capaz de creerla, la única persona que se comprometería a llevar esas muestras al Instituto

Keplinger. Pasara lo que pasase, esas muestras debían ser entregadas a Mitch Flanagan, el hombre en quien ella confiaba, aunque tal vez no la recordase.

Alguien debía saber lo que estaba sucediendo.

Lark intentó hacerle unas preguntas. Le pidió que hablara más altq, pues apenas podía oírla. Ella le dijo que estaba en peligro y que temía que pudieran interrumpirles. Deseaba comunicarle el nombre del hotel, pero no se atrevía a hacerlo. Pensó que si Lark acudía en su busca mientras ella estaba todavía secuestrada, quizá no podría entregarle las muestras. Estaba nerviosa, aturdida. No lograba razonar con claridad. Balbuceando, trató de explicarle lo de los abortos. De pronto Lasher abrió los ojos, le arrebató el teléfono de las manos, arrancó el cable de la pared y empezó a golpearla salvajemente.

Ella le advirtió que iba a dejarla señalada y él se detuvo. Al día siguiente debían partir hacia América. Cuando la ató a la cama, ella le rogó que no apretase tanto las ligaduras a fin de que la sangre pudiera circular libremente. Le recordó que todo exigía cierto arte, incluso el hecho de mantener secuestrado aun prisionero.

Él comenzó a sollozar quedamente.

—Te amo —dijo—. Quisiera poder confiar en ti. Quisiera que fueras mi compañera, que me amaras y confiaras en mí. Pero te he convertido en una bruja calculadora. Me miras con odio. Si pudieras, no dudarías en matarme.

—Tienes razón —respondió ella—. Pero debemos ir a América, a menos que quieras que den con nuestro paradero.

Rowan pensó que si no conseguía salir de esa habitación acabaría volviéndose loca. Intentó trazar un plan. Atravesar el mar, afincarse en un lugar cercano a su casa. Houston estaba cerca de su casa.

Se sentía impotente. Sabía lo que debía hacer. Prefería morir antes que concebir otro hijo de ese ser. No podía parir otro monstruo. Él la había dejado preñada en dos ocasiones.

De pronto se sintió presa del pánico. Por primera vez en su vida, comprendía por qué algunos seres humanos son incapaces de reaccionar cuando tienen miedo, por qué se quedan acobardados. ¿Qué había sido de sus notas?

Por la mañana hicieron juntos el equipaje. Rowan metió todo el material médico en una bolsa, junto con unas copias de las etiquetas e impresos correspondientes a los análisis que había encargado hacer en las diversas clínicas. Dentro de la bolsa metió también la nota dirigida al conserje, incluyendo las señas de Lark. Lasher no pareció percatarse de nada.

Rowan había sustraído material de embalaje de la clínica, pero para mayor seguridad envolvió los viales que contenían las muestras en unas toallas. Por último, metió sus ropas manchadas de sangre en la bolsa. —¿Por qué no tiras esas prendas a la basura? —le preguntó Lasher—. Huelen que apestan.

—Yo no huelo nada —respondió ella secamente—. Me sirven para envolver en ellas el material médico. No encuentro mis agendas. ¿Las has visto?

—Sí, las he leído —contestó él—. Las he tirado a la papelera.

Ella lo miró atónita.

Las únicas pruebas de que disponía ahora eran las muestras. La única constancia de que ese monstruo vivía y respiraba y deseaba aparearse con ella.

Al bajar al vestíbulo, mientras Lasher pedía un coche que les transportara al aeropuerto, Rowan le entregó al conserje la bolsa que contenía el material médico junto con unos francos suizos, y le rogó en alemán que la enviara de inmediato al doctor Samuel Larkin. Luego se volvió apresuradamente y se dirigió hacia el coche, mientras Lasher le extendía la mano, sonriendo, para ayudarla a subir al vehículo.

—Mi esposa está cansada —dijo suavemente—. Ha estado muy enferma.

—En efecto —asintió ella, preguntándose qué pensaría el botones al ver su demacrado rostro, hinchado y cubierto de moretones. —Permíteme que te ayude, cariño —dijo Lasher, ayudándola a instalarse en el asiento trasero.

Cuando el vehículo arrancó, le dio un beso. Ella no se molestó en volverse para comprobar si el conserje se había hecho cargo de la bolsa que le había confiado. No se atrevía a hacerlo. Estaba conven-cida de que hallaría su nota dentro de la bolsa. Era su única salvación.

Cuando llegaron a Nueva York, Lasher se dio cuenta de que había desaparecido la bolsa que contenía las muestras y los resultados de las pruebas médicas. Se puso furioso y amenazó con matarla.

Ella se acostó, negándose a hablar. Él la ató a la cama con la cinta adhesiva, suavemente, con cuidado, procurando que tuviera suficiente espacio para mover los brazos y las piernas, pero sin que pudiera soltarse. Luego la cubrió con una manta para que no se enfriara, conectó el aire acondicionado en el baño, encendió el televisor, aunque bajó un poco el volumen, y salió.

Tardó veinticuatro horas en regresar. Ella se había orinado enci-ma. Lo odiaba. Deseaba que muriera. Habría dado cualquier cosa por conocer algún encantamiento capaz de matarlo.

Él no se despegó de su lado mientras ella hacía todos los arreglos en Houston. Sí, deseaban alquilar dos plantas en un edificio de cin-cuenta pisos, donde gozaran de absoluta privacidad. Se trataba de un complejo pequeño en comparación con otros edificios de Houston y estaba situado en el centro. Había constituido la sede de un programa de investigación del cáncer, pero habían tenido que abandonar dicho programa por falta de fondos. En aquellos momentos estaba desocupado al igual que muchos edificios de la ciudad.

En las dos plantas que habían alquilado quedaba buena parte del material utilizado por los investigadores médicos.

Los propietarios del edificio habían conseguido recuperarlo, pero no podían garantizar que estuviera en buen estado. Rowan les dijo que no importaba y alquiló las dos plantas, que constaban de una zona habitable, oficinas, unas salas de espera, unos consultorios y unos laboratorios. Encargó los muebles y contrató un servicio de coches de alquiler: todo cuanto necesitarían para iniciar sus estudios.

Lasher la observó fríamente. Observó sus dedos mientras oprimía los botones. Escuchó atentamente cada sílaba que pronunciaba.

—Supongo que te habrás percatado de que esta ciudad está muy cerca de Nueva Orleans —dijo Rowan. No quería que lo descubriera más tarde y se enfureciera con ella por no habérselo advertido.

Le dolían las muñecas por haber permanecido atada a la cama y tenía hambre.

—Ah, sí, los Mayfair —respondió él, señalando la carpeta que contenía la historia de la familia. No pasaba un día sin que estudiara dicho informe, revisara sus notas O escuchara las grabaciones magnetofónicas—. Pero no creo que se les ocurra buscarnos aquí.

—Yo tampoco —contestó ella—. Si tratas de lastimar a Michael Curry, me mataré. Ya no te seré útil.

—No estoy seguro de que me seas útil ahora —replicó él—. El mundo está lleno de personas más amables y agradables que tú, y que cantan mejor que tú.

—En ese caso, ¿por qué no me matas? —preguntó ella.

Mientras él meditaba la respuesta, ella intentó matarlo utilizando todos los medios psíquicos a su alcance. Fue inútil.

Rowan deseaba morir o, al menos, quedarse dormida para siempre. Quizá fuera lo mismo.

—Creí que eras algo inmenso, inocente —dijo ella—. Algo totalmente nuevo y desconocido.

—Ya lo sé —contestó él bruscamente, mirándola enfurecido.

—Pero me has desengañado.

—Tu deber es averiguar quién soy.

—Eso intento —respondió ella.

—Sé que te parezco hermoso. —¿Y qué? —replicó ella—. Te aborrezco.

—Lo sé, en tus agendas te referías a mí como «esa nueva especie», «esa criatura», «ese ser»; hablabas de mí en términos clínicos. Te equivocas. No soy nuevo, amor mío, soy mucho más viejo de lo que imaginas. Pero mi era se aproxima de nuevo. No pude haber elegido un momento más oportuno para tener descendencia. ¿No quieres saber lo que soy?

—Eres un monstruo cruel e impulsivo. Eres incapaz de razonar o de concetitrarte. Estás loco.

Estaba tan furioso que durante unos instantes no pudo articular palabra. Rowan le vio crisar los puños, como si deseara golpearla.

—Imagina que todos los seres humanos hubieran muerto —dijo él—, y un ser parecido a un mono portara en su sangre los genes de la humanidad, transmitiéndolos a sus descendientes a través de varias generaciones hasta que, por fin, naciera de nuevo un hombre. Rowan no dijo nada. —¿Crees que ese hombre se comportaría caritativamente con los monos, sobre todo si tuviera una compañera, una hembra perteneciente a la especie de los simios con quien tener descendencia y formar una nueva dinastía de seres superiores?

—No eres superior a nosotros —contestó Rowan fríamente. —¡Por supuesto que lo soy! —exclamó él, furibundo.

—No estoy segura de cómo sucedió, pero sé que no volverá a suceder.

Él meneó la cabeza y sonrió.

—Eres una estúpida, una egoísta. Me recuerdas a los científicos cuyas palabras he leído y oído en televisión. Ha sucedido con ante-rioridad, en numerosas ocasiones, y

volverá a suceder...Éste es el momento idóneo, esta vez no habrá sacrificios, esta vez triunfaremos.

—Prefiero morir antes que ayudarte.

Él apartó la vista. Parecía estar soñando. —¿Crees que nos mostraremos más caritativos cuando gobernemos? Ningún ser superior se muestra caritativo con los débiles. ¿Aca so se mostraron los españoles caritativos con los salvajes que encontraron en el Nuevo Mundo? No, eso jamás ha sucedido en la historia. Las especies superiores, las que ocupan una posición privilegiada, jamás han sido caritativas con las inferiores.

Por el contrario, las especies su-periores tienden a eliminar a las inferiores. ¿No es cierto? ¡Tú perteneces a este mundo, responde! Aunque no es necesario, ya lo sé.

De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas. Apoyó la cabeza en los brazos y rompió a llorar.

Cuando terminó, se enjugó los ojos con una toalla del baño y dijo: —¡Qué lástima! Pudimos haber sido muy felices. —¿Cómo? —preguntó ella.

Él empezó a besarla ya acariciarla de nuevo mientras se desabrochaba los pantalones. —¡Basta! He tenido dos abortos. Estoy enferma. Mírame. Mira mi rostro y mis manos. Mira mis brazos. Un tercer aborto me mataría, ¿no lo comprendes? Vas a matarme. ¿A quién recurrirás cuando haya muerto? ¿Quién te ayudará? ¿Quién te conoce tan bien como yo? Se detuvo. Luego, inesperadamente, le asestó una bofetada. Dudó unos instantes, como si se arrepintiera, pero parecía satisfecho.

Ella lo miró atónita.

A continuación la obligó a tumbarse en la cama y empezó a acariciarle el cabello ya sorber las escasas gotas de leche que rezumaban de sus pezones. Después de darle un masaje en los hombros, los brazos y los pies, le besó todo el cuerpo. Ella se desvaneció. Cuando recobró el conocimiento, comprobó que había anochecido. Tenía los

muslos doloridos y húmedos, del semen de él y de su propio deseo.

Cuando llegaron a Houston, Rowan se dio cuenta de que el edificio donde iban a ocultarse constituía una prisión. Estaba desierto.

Había alquilado las dos últimas plantas. Él le concedió todos los caprichos durante los dos primeros días, mientras adquirían lo necesario para instalarse en esa torre semejante ala de un cuento de hadas, entre luces de neón y señales luminosas. Ella le observaba atentamente, esperando a que cometiera el menor descuido para huir. Pero él permanecía siempre alerta.

Un día la ató a la cama, anunciando que no era necesario que estudiase las muestras, que no habría ningún proyecto.

—Ya sé cuanto necesito saber. La primera vez la abandonó durante un día entero. La segunda, durante una noche y buena parte de la mañana siguiente. La tercera vez durante casi cuatro días.

Rowan miró a su alrededor, observando el frío y moderno dormitorio consistente en unas paredes blancas, unas ventanas desnudas y unos muebles laminados.

Sentía un dolor espantoso en las piernas. Salió cojeando del baño y se dirigió al dormitorio.

Lasher había colocado en la cama unas sábanas limpias, de color rosa, y la había rodeado de flores.

Al contemplar esa escena, Rowan recordó el caso de una mujer de California que se había suicidado. Había encargado que le enviaran varios ramos de flores, los había dispuesto en torno al lecho y había ingerido una dosis de veneno. O quizás aquellas flores le recordaran el funeral de Deir-dre, tendida en el ataúd vestida y maquillada como si fuera una muñeca.

Parecía un lugar muy apropiado para morir, repleto de flores en grandes jarrones. Si ella moría, quizás él cometiera una torpeza que significaría su ruina. A fin de cuentas, era

un estúpido. Rowan trató de conservar la calma. Debía reflexionar, vivir y aguzar el ingenio.

—Qué lirios tan hermosos. Qué rosas. ¿Has traído tú mismo estas flores? —preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Las encontré junto a la puerta al llegar.

—Creíste que estaría muerta, ¿no es así?

—No soy tan sentimental, excepto en lo tocante a la música —respondió él, sonriendo—. La comida está en la otra habitación. Tela traeré. ¿Qué puedo hacer para que me ames? ¿Qué puedo decirte? ¿Qué noticia puedo darte para obligarte a reaccionar?

—Te odio desde lo más profundo de mi corazón —contestó ella. Se sentó en la cama, pues no había sillas en la habitación y las piernas apenas la sostenían. Los tobillos le dolían mucho, al igual que los brazos. Estaba desfallecida de hambre. —¿Por qué deseas que viva?

Él se ausentó unos momentos y regresó con una bandeja llena de distintas ensaladas y fiambres, platos ya preparados.

Tras devorar la comida, Rowan se tomó el zumo de naranja y apartó la bandeja. Luego se levantó y se dirigió tambaleándose hacia el baño. Permaneció largo rato sentada en el retrete, con la cabeza apoyada en la pared. Temía que fuera a vomitar. Miró lentamente a su alrededor. No, ningún instrumento con el que pudiera suicidarse. De todos modos, no quería suicidarse. Estaba absolutamente resuelta a luchar. Llegado el caso, morirían ambos. Ella misma se encargaría. Pero ¿cómo?

Abrió la puerta sigilosamente. Él no se había movido. La cogió en brazos y la transportó hasta la cama, que había sembrado de margaritas. Cuando la depositó sobre las fragantes flores, Rowan se echó a reír. De pronto se sentía más animada.

Él se inclinó sobre ella y la besó.

—No vuelvas a hacerme el amor. Si sufro otro aborto, moriré. Existen otras formas más rápidas y sencillas de liquidarme. No podemos tener un hijo, ¿no lo comprendes? Quizá no puedas tener un hijo con ninguna mujer.

—No temas, esta vez no tendrás un aborto —respondió él.

Se tendió junto a ella y apoyó la mano en su vientre, sonriendo. Luego pronunció una serie de sílabas rápidamente, como si cantara en un idioma propio. En aquellos momentos ofrecía un aspecto grotesco.

—Descuida, mi amor, la criatura está viva y puede oírme. Es una niña. Está ahí.

Rowan profirió un grito.

A continuación descargó toda su rabia contra la criatura, decidida a matarla, a acabar con ella.

Más tarde, mientras yacía empapada en sudor, apestando a sangre y vómitos, percibió un extraño sonido, como si alguien estuviera llorando.

Al volverse vio que él canturreaba.

Luego rompió a llorar.

Rowan cerró los ojos, tratando de descifrar aquellos incoherentes sonidos.

Pero no pudo. De pronto oyó una nueva voz que estaba dentro de ella y le hablaba en una lengua sin palabras que ella comprendía. Le pedía que la amara, que la consolara.

«No volveré a hacerte daño», pensó Rowan. Sin palabras, la voz le expresó su gratitud, su profundo amor. ¡Dios mío! Él tenía razón, la criatura vivía. Estaba viva y podía oírla. Estaba sufriendo.

—No será un parto laborioso —dijo él—. Yo te ayudaré con todo mi corazón. Eres mi Eva, pero eres pura. Una vez que la niña haya nacido, puedes morir si lo deseas.

Rowan no contestó. ¿Por qué iba a hacerlo? Por primera vez desde hacía dos meses, tenía otro ser con quien hablar. Agotada, volvió la cabeza.

Anne Marie Mayfair estaba sentada, muy tiesa, en el sofá de plástico color crema del vestíbulo del hospital. Mona la vio en cuanto entró. Anne Marie llevaba el mismo traje que se había puesto para asistir al funeral de Gifford, azul marino, y una blusa blanca con volantitos en el cuello y las mangas. Estaba sentada leyendo una revista, con las piernas cruzadas y las gafas de montura negra apoyadas en la punta de la nariz. Como de costumbre, ofrecía un aspecto pulcro y agradable, con el pelo recogido en un moño y su rostro de diminutos rasgos que contrastaban con las grandes gafas, las cuales le daban al mismo tiempo un aire estúpido e inteligente.

Mona le dio un beso en la mejilla y se sentó junto a ella. —¿Te ha llamado Ryan? —preguntó Anne Marie, bajando la voz aunque el vestíbulo del hospital estaba prácticamente desierto. Los ascensores, situados a unos cuantos metros de distancia, se abrían y cerraban sigilosamente. El mostrador de recepción estaba vacío. —¿Te refieres a lo de mamá? —preguntó Mona.

Detestaba este lugar. Se le ocurrió que cuando fuera muy rica y se hubiera convertido en una magnate de los negocios, con importantes inversiones en todos los sectores de la economía, se dedicaría a la decoración de interiores para animar lugares tan fríos y asépticos como éste. Luego pensó en el Mayfair Medical. Por supuesto que el proyecto debía seguir adelante. Debía ayudar a Ryan. No podían impedirle que participara en dicho proyecto. Al día siguiente hablaría con Pierce sobre ello. También hablaría con Michael, en cuanto éste estuviera completamente restablecido.

—Ryan me informó que mamá estaba aquí-dijo. —Según parece, tu madre cree que pretendemos mantenerla

internada aquí para siempre. Eso es lo que les dijo a las enfermeras esta mañana, cuando ingresó. Le han dado unos calmantes y está dormida.

La enfermera me dijo que me avisaría en cuanto se despertara. ¿No te ha dicho nada Ryan sobre lo de Edith?

—No, ¿qué le ha pasado a Edith? —preguntó Mona.

Apenas conocía a Edith. Edith era nieta de Lauren, una tímida y beligerante reclusa que vivía en la avenida Esplanade y se pasaba todo el día con sus gatos, una mujer aburrida que no salía nunca de casa, ni siquiera para asistir a los funerales de la familia. Edith. Mona no recordaba qué aspecto tenía.

Anne Marie se incorporó, dejó la revista sobre la mesa y se colocó bien las gafas. Tenía unos ojos muy bonitos.

—Edith murió esta tarde —dijo—. Tuvo una hemorragia, como Gifford. Ryan dice que ninguna de las mujeres de la familia debemos permanecer solas. Cree que puede tratarse de algo genético.

Debemos estar acompañadas en todo momento por alguien. Así, si nos sucediera algo malo, podríamos pedir auxilio. Edith estaba sola en el momento de morir, al igual que Gifford.

—No me lo creo. ¿Que Edith Mayfair ha muerto? ¿En serio?

—Sí, ya sé que suena raro. Imagínate cómo está la pobre Lauren. Fue a casa de Edith para reñirla por no haber asistido al funeral de Gifford y se la encontró en el suelo del baño, en medio de un charco de sangre. Los gatos estaban alrededor del cadáver, lamiendo la sangre.

Mona guardó silencio durante unos instantes. Debía reflexionar, no sólo sobre lo que sabía, sino sobre lo que podía revelar a los demás y con qué fin. En parte se sentía aturdida por la noticia. —¿Dices que ha muerto a causa de una hemorragia uterina?

—Sí, dicen que pudo haberse tratado de un aborto. Francamente, conociendo a Edith me cuesta creerlo.

Tampoco creo que Gifford sufriera un aborto. No creo que ninguna de ellas estuviera encinta. Van a hacerle la autopsia. Al menos, esta vez la familia ha decidido hacer algo positivo aparte de encender unas velas, rezar y criticarse los unos a los otros.

—Me alegro —respondió Mona distraídamente, confiando en que su prima callara durante unos momentos para poder ordenar sus ideas. Pero la otra prosiguió:

—Todos estamos muy disgustados, pero debemos obedecer a Ryan. Cualquiera puede sufrir una hemorragia sin que se trate necesariamente de un aborto. De modo que procura permanecer acompañada. Si te sientes mareada o notas cualquier síntoma alarmante, debes pedir ayuda de inmediato.

Mona asintió, contemplando fijamente las paredes del hospital, los letreros y los grandes ceniceros cilíndricos llenos de arena. Estaba dormida cuando algo la despertó súbitamente, un olor, una canción que sonaba en el Victrola. Vio de nuevo la ventana abierta de par en par, el jardín en sombras, con los tejos y las encinas. Trató de recordar el olor. —¿Te has quedado muda? —le preguntó Anne Marie—. Me preocupas.

—No, estoy bien. De veras. Pero es mejor que sigamos los consejos de Ryan. No debemos permanecer solas, tanto si estamos encinta como si no. Tienes razón. No importa. Subiré a ver a mamá.

—No la despiertes. —¿Dices que ha estado durmiendo desde esta mañana? Quizás esté en coma. Quizás esté muerta.

Anne Marie sonrió y negó con la cabeza. Luego cogió la revista y se puso a leer de nuevo.

—No discutas con ella —le advirtió a Mona mientras ésta se dirigía hacia los ascensores.

Las puertas del ascensor se abrieron sigilosamente al llegar ala séptima planta. A los Mayfair los instalaron

siempre en esa planta, salvo cuando debían permanecer en un departamento especial.

Disponían de unas espaciosas suites, dotadas de un saloncito y una cocina con un horno microondas para calentar el café y un frigorífico donde conservar los helados. Alicia había estado internada en cuatro ocasiones — deshidratada, desnutrida, con un tobillo roto y tendencias suicidas y juró que no regresaría jamás. Probablemente habían tenido que reducirla para conducirla allí.

Mona anduvo silenciosamente por el pasillo, mirándose en el oscuro cristal de la puerta de un consultorio y odiando lo que veía: un vestido de algodón blanco, sin forma, que quedaba ridículo en una joven que ya no era una niña. De todos modos, ése era el menor de sus problemas.

En cuanto llegó a la puerta de acceso a las habitaciones, en el ala oeste, percibió el aroma. Era el mismo que había notado antes.

Se detuvo, respiró hondo y comprendió por primera vez en su vida que estaba asustada, lo cual la disgustó. Antes de entrar, reflexionó unos momentos. La escalera daba a una puerta de emergencia.

Al otro lado de la planta había otra escalera de emergencia. Y, tras el mostrador de recepción, unas enfermeras sentadas.

Si Michael hubiera estado a su lado, no habría dudado en abrir la puerta de la escalera para comprobar si alguien se ocultaba allí, alguien que exhalaba ese extraño aroma.

De pronto, el aroma empezó a disiparse. Mientras Mona dudaba unos instantes, enojada consigo misma por no tener el valor de abrir esa maldita puerta, un joven médico, con un estetoscopio colgado del hombro, la abrió repentinamente y echó a andar por el pasillo. Al parecer, nadie se ocultaba detrás de la puerta.

Sin embargo, eso no significaba que no hubiera nadie escondido en una planta superior o inferior.

De todos modos, o el olor empezaba a desvanecerse o bien Mona se había acostumbrado a él. Aspiró lenta y profundamente el delicioso y sensual aroma. Pero ¿qué era?

Al penetrar en la zona de recepción, Mona notó que el olor era más intenso. Había tres enfermeras sentadas tras el elevado mostrador, escribiendo, iluminadas por una potente luz. Una de ellas hablaba por teléfono en voz baja mientras escribía y las otras estaban absortas en su trabajo.

Ninguna de ellas reparó en Mona cuando ésta pasó frente al mostrador y dobló por un pasillo. El olor era cada vez más intenso.

—Jesús, no es posible —murmuró Mona, observando las puertas a izquierda y derecha. Pero el olor le confirmó cuál era la que buscaba antes de que viera el rótulo donde ponía «Alicia (Cici) Mayfair».

La puerta estaba entornada, y la habitación a oscuras. La ventana daba a una escalera ya través del cristal se observaba una pared blanca. Bajo las ropas del lecho había una mujer tumbada boca arriba.

Un pequeño aparato digital registraba el curso del gota agota, una bolsa de plástico llena de glucosa, transparente como el cristal, que la alimentaba a través de un pequeño tubo insertado, bajo el esparadrapo, en la mano derecha de la mujer, la cual reposaba sobre la manta blanca.

Mona se detuvo unos minutos y luego abrió la puerta de par en par, a fin de comprobar si había alguien oculto en el baño, situado a la derecha y cuya puerta estaba abierta. Sólo vio una esquina del retrete y la ducha. Tras echar una rápida ojeada al resto de la habitación, se dirigió hacia el lecho, convencida de que se hallaba a solas con su madre.

El perfil de Alicia guardaba un extraordinario parecido con el que ofrecía su hermana, Gifford, en el ataúd. Tenía el demacrado y anguloso rostro hundido en la suave almohada.

Las ropas del lecho la cubrían hasta el cuello. Eran de una deslumbrante blancura salvo por una manchita roja

situada en el centro, junto a la mano en la que estaban insertados el tubo y la aguja.

Mona se acercó, apoyó la mano en la cabecera de la cama y tocó la mancha roja. Estaba húmeda.

Mientras la contemplaba, la mancha se hizo más grande, como si las ropas de la cama embebieran la sangre que manaba de una herida oculta. Mona apartó bruscamente la sábana. Su madre no se movió. Estaba muerta. El lecho estaba empapado de sangre.

De pronto Mona oyó un ruido a su espalda. Luego oyó una voz femenina que se expresaba en un tono seco y desagradable.

—No la despierte, querida. Esta mañana nos ha dado una lata tremenda. —¿Ha comprobado hace poco sus constantes vitales? —preguntó Mona volviéndose hacia la enfermera, la cual ya había visto la sangre—. Haga el favor de avisar a mi prima Anne Marie. Está en el vestíbulo. Dígale que suba inmediatamente.

La enfermera era una mujer entrada en años. Cogió la mano de la muerta para comprobar el pulso. Al cabo de unos segundos la depositó de nuevo sobre la ropa de la cama y salió de la habitación.

—Un momento —dijo Mona—. ¿Ha visto a alguien entrar aquí?

Tan pronto como hizo la pregunta comprendió que era inútil. La enfermera estaba demasiado asustada ante la idea de que la culparan por lo ocurrido para molestarse en responder a su pregunta.

Mona la siguió y vio que se dirigía apresuradamente hacia el mostrador de recepción. Luego regresó junto a su madre.

Al cogerle la mano comprobó que aún no estaba helada. Mona exhaló un largo suspiro. En aquel momento oyó unos pasos amortiguados en el pasillo, como de alguien calzado con unos zapatos de suela de goma. Mona se inclinó sobre su madre, le apartó un mechón de la frente y la besó. Su

mejilla conservaba un poco de calor, pero la frente estaba fría.

Estaba convencida de que su madre volvería la cabeza y gritaría:

«Ojo con el deseo que formules. ¿No te lo dije? Puede que se haga realidad.»

Al cabo de unos minutos acudieron varias enfermeras. Anne Marie se detuvo en el pasillo, enjugándose los ojos con un pañuelo de papel. Mona salió de la habitación.

Permaneció durante un rato junto al mostrador, observando y escuchando a las enfermeras. Era preciso avisar al médico de guardia para que certificara que Alicia había fallecido. Tardaría unos veinte minutos en presentarse. Eran más de las ocho. Entretanto, habían avisado al médico de la familia. Y a Ryan, por supuesto. Pobre Ryan. El teléfono no paraba de sonar. ¿Y Lauren? ¿Cómo se encontraba Lauren?

Mona echó a andar por el pasillo. En aquel momento se abrieron las puertas del ascensor y apareció el médico de guardia, un joven que no parecía tener edad ni experiencia suficiente para saber si alguien había fallecido o no. El médico pasó junto a ella sin ni siquiera mirarla.

Aturdida, Mona bajó al vestíbulo y salió del edificio. El hospital se hallaba en la calle Prytania, a una manzana de Amelia y Saint Charles, donde vivía Mona. Anduvo lentamente por la acera, bajo la luz de las farolas, enfrascada en sus pensamientos.

—Soy demasiado mayor para seguir vistiéndome así —dijo en voz alta al llegar a la esquina—. Ya es hora de que me quite estos vestidos y el lazo del pelo.

Al mirar al otro lado de la calle, vio que su casa estaba brillantemente iluminada. Frente a ella había unos coches aparcados, junto a los cuales se había congregado un nutrido grupo de personas que hablaban en tono exaltado.

Uno de los Mayfair se volvió y señaló a Mona. Alguien echó a correr hacia ella, como para protegerla e impedir

que la atropellase un coche cuando atravesara la calle.

—No me gustan estos vestidos —murmuró Mona mientras cruzaba apresuradamente la calle—. Estoy harta de ellos. No me los volveré a poner. —¡Mona, cariño! —exclamó su primo Gerald.

—Supuse que no viviría mucho tiempo —dijo Mona—, pero no contaba con que las dos morirían con pocos días de diferencia.

Luego pasó junto a Gerald y los otros Mayfair, que se hallaban junto a la verja y el camino que conducía a la puerta de entrada.

—Vale, vale —repetía a quienes trataban de ofrecerle sus condo-lencias—. Debo quitarme este ridículo vestido.

LA HISTORIA DE JULIEN

No es la historia de mi vida lo que ustedes quieren que les cuente, pero permítanme que les explique cómo averigüé mis diversos secretos. Como saben, nací en el año 1828, pero me pregunto si saben ustedes lo que eso significa. Eran los últimos días de un viejo estilo de vida, las últimas décadas en las que los acaudalados terratenientes del mundo vivían como habían vivido durante siglos.

No sólo no habíamos oído hablar de ferrocarriles, teléfonos, Victrolas y automóviles, sino que ni siquiera habíamos soñado con esas cosas.

Riverbend —con su inmensa mansión llena de hermosos muebles y libros, sus numerosos edificios anexos que albergaban a tíos, tías y primos, y sus campos que se extendían desde las orillas del río hasta el horizonte, hacia el sur, el este y el oeste realmente el paraíso.

Yo vine a este mundo casi sin que nadie se diera cuenta. Era un varón, y mi familia deseaba tener brujas femeninas. Yo era un mero príncipe de la sangre, y la corte un lugar cálido y agradable, pero nadie reparó en que había nacido un niño que probablemente poseía mayores poderes que cualquier otro miembro masculino o femenino de la familia.

Mi abuela Marie Claudette se sintió tan decepcionada por el hecho de que yo no fuera una niña, que no volvió a dirigirle la palabra a mi madre, Marguerite. Marguerite había dado a luz a otro varón, mi hermano mayor Rémy, y ahora, tras haber cometido la torpeza de parir otro niño, se vio

postergada por la familia. Por supuesto, Marguerite rectificó ese error en cuanto pudo, dando a luz en el año 1830 a una niña, mi querida hermanita Katherine, la cual se convirtió en heredera del legado. Pero las relaciones entre madre e hija se habían enfriado y nunca llegaron a normalizarse de nuevo.

Por otra parte, sospecho que Marie Claudette echó un vistazo a Katherine y pensó: «Qué idiota», pues precisamente eso es lo que era Katherine. Pero necesitaban una bruja y Marie Claudette estaba empeñada en tener una nieta antes de morir, de modo que legó la espléndida esmeralda a esa estúpida criatura que no cesaba de berrear.

Como saben, cuando Katherine se convirtió en una joven yo ya había adquirido cierta influencia entre la familia, por mis dotes de brujo. Yo engendré con Katherine a Mary Beth Mayfair, la última de las célebres brujas Mayfair.

Yo era el padre de la hija de Mary Beth, Stella, como supongo que también sabrán, y de la hija de ésta, Antha. Pero permítanme que retroceda a los peligrosos tiempos de mi infancia, cuando todos me advertían en voz baja que cuidara mis modales, que no hiciera preguntas, que observara las costumbres de la familia y que no prestara atención a las cosas extrañas que pudiese ver relacionadas con el mundo de los fantasmas y los espíritus.

Asimismo, me advirtieron sin ambages que los varones de carácter rebelde e independiente pertenecientes a la familia Mayfair no solían prosperar, sino que morían a una edad precoz, se volvían locos o acababan en el exilio.

Cuando vuelvo la vista atrás me parece imposible que yo acabara convirtiéndome en un joven pasivo y bien educado como mi tío Maurice, Lestan y muchos otros primos débiles y pusilánimes.

En primer lugar, veía fantasmas continuamente, oía voces de espectros y veía cómo el alma abandonaba el cuerpo de un difunto; era capaz de adivinar el pensamiento de la gente ya veces hacía que los objetos se desplazaran de

forma involuntaria. En resumidas cuentas, era un joven dotado de poderes de brujo, hechicero o como prefieran llamarlo.

No recuerdo un solo día en que no viera a Lasher. Muchas mañanas, cuando entraba en la habitación de mi madre a saludarla, lo veía de pie junto a su silla. O junto a la cuna de Katherine.

Pero él jamás me miraba. Me habían advertido desde pequeño que no debía dirigirme a él, ni tratar de averiguar quién era, ni pronunciar su nombre, ni obligarlo a mirarme.

Mis tíos, una pandilla de desgraciados, solían decirme:

—Recuerda que los varones Mayfair podemos obtener cuanto deseemos: mujeres, vino y una inmensa fortuna. Pero no debemos tratar de averiguar los secretos de la familia. Deja éstos en manos de la gran bruja, pues ella es quien todo lo ve y todo lo gobierna, y sobre quien descansa nuestro vasto poder.

Pues bien, yo estaba decidido a desentrañar el misterio. No tenía la menor intención de aceptar la situación cruzado de brazos. Mi abuela, una mujer de temperamento extravagante, despertaba en mí una gran curiosidad.

Entretanto, mi madre, Marguerite, se había distanciado de mí. Cuando nos encontrábamos, lo cual no sucedía a menudo, me besaba apresuradamente. Iba con frecuencia a la ciudad —de compras, a la ópera, a bailar, a cenar, etcétera—, y solía encerrarse en su estudio y contestar con un grito si alguien se atrevía a molestarla.

Como es lógico, yo la encontraba fascinante. Pero mi abuela Marie Claudette era una presencia más constante en mi vida, y acabó convirtiéndose, en mis raros momentos de ocio, en una irresistible atracción.

En primer lugar déjenme que les hable de otra de mis aptitudes: los libros. La casa estaba llena de libros. Eso no es frecuente en el viejo Sur, créanme. Los ricos nunca han sido muy aficionados a la lectura; es más bien una obsesión típica de la clase media. Sin embargo, toda mi familia era

muy amante de los libros; y yo era un lector asiduo de los clásicos en francés, inglés y latín. ¿El alemán? Sí, también lo aprendí, al igual que el español y el italiano.

Al alcanzar la adolescencia había leído al menos algún párrafo de todos los libros que poseíamos, lo cual equivalía a una biblioteca de gigantescas dimensiones. La mayoría de esos volúmenes se echaron a perder con el paso del tiempo; otros fueron robados y algunos los regalé, años más tarde, a personas tan amantes de la lectura como yo mismo. Para entonces ya había obtenido cuanto deseaba de Aristóteles, Platón, Plauto, Terencio, Virgilio y Horacio. Muchas noches me deleitaba con la lectura de Homero, en la versión de Chapman, y con las Metamorfosis de Ovidio en una deliciosa traducción de Golding. Sin olvidar a Shakespeare, a quien adoraba, por supuesto, y numerosas novelas inglesas muy divertidas, como Tristram Shandy, Tom Jones y Robinson Crusoe.

Leía cuanto caía en mis manos. Cuando no comprendía un pasaje, lo leía una y otra vez hasta que lograba entenderlo. Siempre andaba arriba y abajo con mis libros, preguntando a las personas con quienes me tropezaba: «¿Qué significa esto?», y rogando a mis tíos, tías, primos y esclavos que me leyeran en voz alta algún párrafo que no alcanzaba a comprender.

Cuando no me dedicaba a leer salía con chicos mayores que yo, tanto negros como blancos, con los que montaba a caballo, iba a los pantanos en busca de serpientes, o trepaba a los cipreses y las encinas jugando a que unos piratas nos invadían desde el sur. Un día, cuando tenía dos años y medio, me perdí en los pantanos durante una tormenta. Creí que me moría. Jamás olvidaré esa experiencia. A partir de aquel día, no he vuelto a tener miedo de los truenos y relámpagos. Recuerdo que gritaba como un desesperado, pero nadie acudía a rescatarme. No obstante logré sobrevivir, ya la mañana siguiente me hallaba-desayunando tan tranquilo junto a mi desconsolada madre.

Era un niño muy curioso y procuraba sacar provecho de todo cuanto me rodeaba.

Mi tutor durante mis primeros tres años de vida fue el cochero de mi madre, Octavius, un negro libre, descendiente de cinco ramas de los primeros Mayfair a través de sus diversas amantes negras.

Octavius tenía a la sazón dieciocho años y era un joven muy simpático y divertido. Mis poderes de brujo no le intimidaban lo más mínimo y, cuando no me decía que se los ocultara a los demás, me explicaba cómo debía utilizarlos.

Por ejemplo, él me enseñó a adivinar los pensamientos de los demás aunque trataran de ocultarlos y la forma de indicarles lo que debían hacer sin expresarlo por medio de palabras, indicaciones que invariablemente obedecían. Incluso me enseñó a imponer mi voluntad por medio de sutiles palabras y gestos. Asimismo, aprendí de Octavius unos encantamientos que hacían que el mundo en el que yo habitaba, junto a mi familia y mis amigos, adquiriera un aspecto diferente. También aprendí una serie de trucos eróticos, pues, como muchos niños, a los tres, cuatro y cinco años de edad sentía gran curiosidad por el sexo e intentaba unas cosas que más adelante, cuando cumplí los doce, hicieron que me sintiera avergonzado, al menos durante uno o dos años.

Pero volvamos al tema de las brujas y de cómo llegué a ser conocido por ellas.

Mi abuela, Marie Claudette, siempre estaba entre nosotros. Solía sentarse en el jardín, acompañada de una pequeña orquesta de músicos negros que tocaban para ella. Había dos excelentes violinistas, ambos esclavos, y otros que tocaban unas flautas de madera, llamadas flautas dulces.

Había uno que tocaba un contrabajo de manufactura casera, por decirlo así, y otro que tocaba dos tambores, acariciándoles con sus suaves dedos. Marie Claudette los

había enseñado a esos músicos sus canciones, muchas de las cuales eran originarias de Escocia.

Yo me sentía muy a gusto en compañía de mi abuela. Detestaba toda clase de ruidos, pero, cuando conseguía sentarme en su regazo, ella se comportaba de forma dulce y encantadora y me contaba cosas tan interesantes como las que contenían los libros de nuestra biblioteca.

Era una mujer alta, de gran empaque, con los ojos azules y el cabello blanco. Ofrecía una imagen la mar de pintoresca tendida en un diván de mimbre en el porche, bajo una marquesina que la brisa agitaba ligeramente, mientras cantaba en gaélico o soltaba una andanada de palabrotas contra Lasher .

El problema era que Lasher se había cansado de ella. Se dedicaba a hacerle la corte a Marguerite ya admirar a Katherine, mi hermanita, mientras que a Marie Claudette apenas le reservaba un beso o un par de versos de vez en cuando.

A veces le suplicaba a Marie Claudette que lo perdonara por cortejar a Marguerite, añadiendo, con una voz muy pura y hermosa, que ésta le exigía que le dedicara toda su atención. En ocasiones, cuando acudía a besar ya cortejar a Marie Claudette, aparecía vestido con una levita, lo cual por aquel entonces constituía una novedad, ya que hasta hacía poco los hombres lucían tricornios y pantalones hasta la rodilla; otras veces presentaba un aire rústico, pues iba vestido con prendas más bastas, pero siempre aparecía muy apuesto, con el cabello y los ojos castaños.

Adivinen quién se sentó un día en las rodillas de Marie Claudette, todo él sonrisas y ricitos, y le preguntó en tono zalamero: —¿Por qué estás triste, grandmère? Cuéntamelo todo. —¿Has visto a ese hombre que viene a visitarme?

—Por supuesto —respondí—, pero me han dicho que debo mentirte, aunque no sé por qué, pues parece que le gusta que le vean. In-cluso le gusta asustar a los esclavos,

apareciendo de pronto ante ellos sin ningún motivo, excepto para satisfacer su vanidad.

Marie Claudette se enamoró de mí en aquel instante. Sonrió ante mis observaciones y dijo que jamás había conocido aun niño de dos años tan inteligente como yo. Yo tenía ya dos años y medio, pero no dije nada. Al cabo de un par de días de haber mantenido nuestra primera conversación sobre «el hombre», mi abuela me lo contó todo.

Me habló sobre su antiguo hogar en Santo Domingo, el cual echaba mucho de menos, sobre el vudú y el culto al diablo en las islas y sobre cómo había llegado a dominar todos los trucos de los esclavos, utilizándolos en su propio beneficio.

—Soy una magnífica bruja —afirmó—, mucho mejor de lo que jamás llegará a serlo tu madre, pues está un poco loca y se ríe de todo. En cuanto a la pequeña Katherine, quién sabe. Te recomiendo que la vigiles estrechamente. Yo, personalmente, no suelo reírme con frecuencia.

Todos los días me sentaba en sus rodillas y le hacía preguntas. La horrible orquesta seguía tocando sin parar, pues Marie Claudette nunca les ordenaba que cesaran.

Ella esperaba que yo acudiera junto a ella todos los días, y cuando no aparecía enviaba a Octavius a buscar-me. Yo me sentía feliz. Sólo detestaba la música, que sonaba como un coro de maullidos. Un día le pregunté a mi abuela si no preferiría escuchar el canto de los pájaros, pero meneó la cabeza y dijo que la música la ayudaba a pensar.

Entretanto, sus relatos, llenos de pintorescas imágenes y violencia, se iban haciendo más complicados.

Hasta el mismo día de su muerte, Marie Claudette conversó extensamente conmigo. Durante los últimos días, mandó que la orquesta acudiera a su habitación, y mientras tocaban ella y yo charlábamos en voz baja, tendidos y con la cabeza apoyada en las almohadas del lecho.

Básicamente, mi abuela me contó que Suzanne, una mujer muy astuta, había invocado al espíritu Lasher «por error», en Donnelaith, y había muerto en la hoguera; que a su hija, Deborah, se la llevaron unos brujos de Amsterdam; que Lasher siguió y cortejó a la hermosa Deborah, la cual se convirtió en una mujer rica y poderosa, pero sufrió una muerte atroz en una población francesa el día en que trataron de quemarla en la hoguera como habían hecho con su madre. Luego apareció en escena Charlotte, la hija de Deborah y de uno de los brujos de Amsterdam; era la más fuerte de las tres primeras brujas, y utilizó al diabólico espíritu para adquirir una gran fortuna e influencia y un poder ilimitado.

Charlotte tuvo —con su propio padre, Petyr van Abel, uno de los audaces y misteriosos brujos de Amsterdam, quien la había seguido al Nuevo Mundo para prevenirla contra los peligros de cohabitar con espíritusa Jeanne Louise ya su hermano gemelo Peter y de Jeanne Louise y su hermano nació Angélique, la madre de Marie Claudette.

La familia había adquirido oro, joyas, monedas de todos los países y los lujos más inconcebibles.

Ni siquiera la revolución de Santo Domingo consiguió destruir su fabulosa fortuna, una mínima parte de la cual dependía del éxito de las cosechas y que estaba depositada en varios lugares seguros. —Tu madre ni siquiera sabe lo que posee —me dijo Marie Claudette—. Cuanto más pienso en ello, más importante me parece revelarte todos estos datos.

Naturalmente, yo estaba de acuerdo con ella. Todo ese poder y dinero, dijo grandmère, había llegado a nosotros a través de las maquinaciones del espíritu, Lasher, que era capaz de matar a las personas señaladas por la bruja, atormentar a quienes ella pretendía que enloquecieran, revelarles secretos que otros mortales procuraban ocultar e incluso conseguir oro y alhajas transportándolos por medios

mágicos, aunque para ello el espíritu debía emplear una gran energía.

Era un espíritu encantador, dijo, aunque se requería una cierta habilidad para manipularlo.

Últimamente la tenía muy abandonada; se pasaba todo el día junto a la cuna de la pequeña Katherine.

—Katherine no lo ve —contesté—, a pesar de que el espíritu hace cuanto puede para que lo vea. —¿De veras? No lo creo.. Es imposible que una nieta mía no consiga ver al espíritu.

—Compruébalo tú misma. La niña no mueve los ojos. No puede verlo, ni siquiera cuando se le aparece bajo la forma de un hombre al que cualquiera podría ver y tocar. —¿Estás seguro?

—Suelo oír sus pasos en la escalera —respondí—. Conozco sus trucos. Sé que puede pasar del estado gaseoso al sólido y luego des-vanecerse como una ráfaga de aire cálido.

—Eres muy observador-dijo mi abuela—. Te quiero mucho.

Su comentario me llenó de satisfacción y le dije que yo también la quería, lo cual era cierto. Era una persona muy importante para mí. Además, había llegado a la conclusión, mientras la observaba y escuchaba sus relatos, de que las personas ancianas eran más bellas que las jóvenes.

Siempre mantuve esa opinión. Los jóvenes también me gustan, por supuesto, sobre todo si son valientes y temerarios, como mi Stella o mi Mary Beth. En cambio, a las personas de mediana edad no las tolero.

Permíteme que te diga, Michael, que constituyes una excepción. No, no protestes. No destruyas el trance. No diré que en el fondo eres como un niño, pero posees la ingenuidad y la bondad de los niños, cosa que me intriga y confunde. Me has desafiado. Como muchos hombres con sangre irlandesa, sabes que existen cosas sobrenaturales.

Sin embargo, no te importa. Sigues hablando con vigas de madera, techoc y muros enyesados.

Basta. Todo depende ahora de ti. Pero volvamos a Marie Claudette ya lo que me contó sobre el fantasma de nuestra familia.

—Posee dos tipos de voz —dijo—, una que sólo podemos captar mentalmente y la que acabas de oír, la cual todos los que posean un oído adecuado pueden percibir. A veces emplea una voz tan fuerte y clara que todo el mundo puede oírla. Pero eso ocurre en raras ocasiones, ya que resulta muy cansado utilizarla. ¿De dónde crees que saca las fuerzas? Pues de nosotros, naturalmente. De mí, de tu madre y probablemente también de ti; lo he visto junto a mí cuando estabas presente y he visto cómo lo observabas. Por lo que respecta a la voz interior, puede llegar a confundirte, como suele hacer con sus enemigos, a menos que te defiendas contra ella.

—Pero ¿cómo? —pregunté. —¿No lo adivinas? Deja que te muestre lo inteligente que eres. Tú ves al espíritu, lo cual significa que se aparece ante ti, ¿no es cierto? Tras hacer acopio de fuerzas, se convierte en un hombre durante breves momentos. Luego, agotado, desaparece. ¿Por qué crees que se esfuerza en aparecer ante mí, en lugar de limitarse a murmurar dentro de mi mente: «Pobre Marie Claudette, jamás te olvidaré»?

—Para exhibirse —contesté—. Es muy vanidoso.

Mi abuela soltó una carcajada.

—Sí y no. Debe adoptar una forma humana para aparecer ante mí por una razón muy sencilla. Yo me rodeo día y noche de música. El espíritu no puede atravesar esa barrera musical a menos que haga acopio de todas sus fuerzas y se concentre poderosamente en la manifestación de una forma y una voz humanas. Es preciso que sofoque la música que le atrae e hipnotiza. »No es que la música no le guste, pero ejerce un fuerte poder de atracción sobre él, al igual que atrae a los animales salvajes ya ciertos personajes

míticos. Mientras mi orquesta siga tocando, el diabólico espíritu no podrá confundirme con su voz interior, sino que deberá aparecer ante mí y darme unos golpecitos en el hombro.

En aquel momento fui yo quien soltó una sonora carcajada. En. Ciertamente, el espíritu no era peor que yo. Yo también había aprendido a prescindir de la música y concentrarme en los relatos de mi abuela, aunque no resultaba nada fácil. Pero, para Lasher, el hecho de concentrarse significaba la posibilidad de existir. Cuando los espíritus sueñan, no se conocen a sí mismos.

Podría seguir hablando de este tema largo rato, pero tengo muchas cosas que decir y estoy muy cansado.

Permítanme que continúe. ¿Dónde estaba? Ah, sí, mi abuela me contó lo del poder de la música sobre ese ser, y que ella hacía que la orquesta tocara continuamente para forzarlo a aparecer ante ella y cortejarla, pues de otro modo no se hubiera molestado en hacerlo. —¿Lo sabe él? —le pregunté.

—Sí y no —contestó ella—. Siempre me ruega que ordene que cese la música, pero yo me niego.

Luego se acerca a mí y me besa la mano, y yo le miro. Tienes razón, es muy vanidoso. Le gusta exhibirse para asegurarse de que no me he alejado de su ámbito, pero ya no me ama ni me necesita.

Yo ocupo un pequeño lugar en su corazón.

Eso es todo. —¿Tú crees que tiene corazón? —pregunté.

—Desde luego. Nos ama a todos, especialmente a las brujas, pues a través de nosotros es como ha llegado a conocerse y como ha aumentado su poder.

—Comprendo —dije—. Pero ¿qué pasaría si quisieras dejar de verlo? Si tú...

—Chitón. No vuelvas a decir eso —contestó con vehemencia siquiera cuando suene la música a todo volumen.

—De acuerdo —repuse, tomando buena nota de sus palabras. No volví a tocar el tema—. Pero ¿puedes decirme al menos de quién se trata?

—Es un diablo —respondió Marie Claudette—, un importante diablo.

—No lo creo —dije yo.

Ella me miró asombrada. —¿Por qué dices eso? ¿Quién iba a servir a una bruja sino el diablo?

Le conté cuanto sabía sobre el diablo, cosas que había aprendido de las oraciones, los himnos, la misa y los esclavos.

—El diablo es malo —dijey se porta mal con todos los que creen en él. Ese ser, en cambio, es muy bueno con nosotros.

Mi abuela me dio la razón, pero insistió en que se trataba de un diablo, pues, según dijo, se negaba a someterse ala ley de Dios, aunque le gustaba aparecer como un hombre de carne y hueso. —¿Por que? —pregunté—. ¿Acaso no es más fuerte el diablo que un hombre normal y corriente? ¿Por qué se expone a pillar la fiebre amarilla o el tétanos?

Mi abuela rompió a reír.

—Le gusta sentir lo que sienten los hombres, ver lo que ellos ven y oír lo que oyen, sin verse obligado a desvanecerse de los sueños y arriesgarse a perder su influjo sobre la gente. Le gusta convertirse en un hombre para ser real, para estar en el mundo y formar parte del mundo, y también para desafiar a Dios, que no le dio un cuerpo humano.

—Creo que se pasa un poco —contesté.

Aunque puede que no dijera exactamente eso, sino que me expresara en los términos que utilizaría un niño de tres años de aquella época, que ha vivido en el campo y ha visto muchas muertes y sufrimientos.

Mi abuela soltó otra carcajada y dijo que, fuera como fuese, el caso es que nos había concedido una gran fortuna

y poder porque le ha-bíamos resultado útiles.

—Desea adquirir fuerza, y nosotros, con nuestra presencia, se la proporcionamos. Y sobre todo desea que nazca una bruja con la suficiente fuerza para lograr que se convierta definitivamente en un ser de carne y hueso.

—Pues si cree que va a conseguirlo Katherine, se equivoca re-liqué.

Mi abuela sonrió y asintió.

—Me temo que tienes razón, aunque la fuerza es algo que aparece y desaparece. Tú la tienes. Tu hermano, en cambio, no.

—No estés tan segura —respondí—. Él se asusta más fácilmente que yo. Cuando ve al espíritu se pone a hacer muecas para impedir que se acerque a la cuna de Katherine. Yo no tengo que hacer muecas, ni salgo huyendo. Y no se me ocurriría derribar la cuna de la pequeña Katherine. Pero ¿cómo puede una bruja conseguir que se convierta definitivamente en un hombre de carne y hueso? Incluso cuando está en presencia de mamá, sólo aparece con la apariencia de un hombre durante dos o tres minutos a lo sumo. ¿Qué pretende?

—No lo sé —respondió mi abuela—. Sinceramente, no conozco el secreto. Pero déjame decirte una cosa mientras la música sigue sonando. Escucha atentamente. Jamás he tenido el valor de confesármelo a mí misma, pero voy a decírtelo. Cuando haya obtenido lo que desea, destruirá a toda la familia. —¿Por qué? —pregunté.

—Lo ignoro —contestó mi abuela con expresión seria—. Presiento que aunque nos ama y nos necesita, al mismo tiempo nos odia.

Yo reflexioné unos instantes.

—Claro que es posible que él no lo sepa —continuó Marie Clau-dette—, o que desee que no lo sepa yo. Me pregunto si no te habrá enviado aquí para que le transmitas a tu hermanita lo que te he confiado. Marguerite se niega a escucharme. Se cree la dueña del mundo. Temo sufrir los

tormentos del infierno en mi vejez y deseo estar acompañada de un niño angelical como tú.

—De modo que desea convertirse en un hombre de carne y hueso —repetí. Recuerdo que el comentario de mi abuela referente a mi apariencia angelical me había hecho perder el hilo. Deseaba que siguiera enumerando mis encantos, pero estaba empeñado en descifrar aquel misterio—. No lo entiendo. ¿Cómo puede convertirse en un ser de carne y hueso? ¿Acaso puede volver a nacer, o encarnarse en el cuerpo de un difunto o de alguien que...?

—No —contestó mi abuela—. Afirma que conoce su destino. Dice que lleva dentro el proyecto del ser en el que volverá a convertirse y que, algún día, una bruja y un hombre crearán el óvulo mágico del cual nacerá de nuevo, adoptando la forma que le corresponde, la cual nada ni nadie podrá destruir, y todo el mundo llegará a verlo y comprenderlo.

—Hummm... ¿Conque eso es lo que pretende? Has dicho «de nuevo». ¿Acaso significa que antes era un hombre de carne y hueso?

—Antes era algo que ahora ya no es, pero existía, te lo aseguro. Creo que era una criatura caída, condenada a sufrir la inteligencia y la soledad bajo una forma «gaseosa». Quiere conseguir a través de nosotros una bruja fuerte, una especie de Virgen María, la cual constituyó para Jesucristo el vehículo de su Encarnación.

—Estoy seguro de que no es un diablo —dije tras reflexionar unos momentos. —¿Por qué lo dices? —me preguntó de nuevo, aunque ya habíamos hablado muchas veces del tema.

—Porque el diablo, suponiendo que exista, cosa que dudo, tiene cosas más importantes que hacer. —¿De dónde has sacado que no existe el diablo?

—Lo afirma Rousseau —contesté—. Sostiene que el peor mal está dentro del hombre.

—Te aconsejo que leas otras obras antes de formarte una opinión —dijo mi abuela.

Ése fue el fin de la primera parte.

Pero antes de morir, lo cual sucedió poco después de esa charla, mi abuela me contó otras cosas sobre el espíritu. Por regla general, mataba ala gente de un susto. Bajo una forma humana, se aparecía por las noches a cocheros y jinetes, sobresaltándolos y haciendo que su-frieran un accidente mortal; a veces asustaba también al caballo, lo cual demuestra que adoptaba la forma de un ser material.

Tras seguir aun hombre o una mujer, les explicaba, a su manera un tanto infantil, lo que esa persona había hecho durante todo el día, aun-que uno tenía que saber interpretar sus singulares expresiones.

También se dedicaba a robar, generalmente cosas de poca importancia, aunque a veces robaba grandes sumas de dinero. Asimismo, era capaz de adueñarse del cuerpo de un mortal durante breve tiempo para ver a través de sus ojos y sentir a través de sus manos. Era una experiencia que lo dejaba agotado y más atormentado que antes; en ocasiones, su rabia y envidia le llevaban a matar a la persona de la que se había adueñado. Por consiguiente, resultaba muy peligroso ayudarle a practicar esos trucos, pues era posible que acabase destruyen-do el cuerpo inocente que había utilizado para sus fines.

Tal es la suerte que había corrido un sobrino de Marie Claudette —un primo mío—, según me contó ella, por prestarse a tales experi mentos antes de aprender a controlar a Lasher ya obligarlo a obedecer o castigarlo por medio del silencio, cubriéndose los ojos y fingiendo no oírlo.

—Es fácil atormentarlo —dijo mi abuela—. Siente, olvida y llora. No le envidio.

—Yo tampoco —contesté en voz alta.

—Jamás te burles de él-me advirtió mi abuela—. Te odiaría durante el resto de tu vida. Cuando lo veas, vuelve la cabeza.

«Ni loco», pensé, pero no dije nada.

Un mes más tarde falleció mi abuela.

Yo me hallaba en el pantano, con Octavius. Nos habíamos escapado para vivir una aventura como Robinson Crusoe. Tras amarrar nuestra pequeña embarcación y montar el campamento, yo había intentado encender una hoguera con unas ramas mientras Octavius iba en busca de más leña.

De pronto, las ramas que sostenía en las manos comenzaron a arder y, al alzar la vista, vi ante mí a Marie Claudette, mi querida abuela. Ofrecía un aspecto de lo más sano y vigoroso, con las mejillas sonrosadas y sonriendo dulcemente. Me tomó en sus brazos, me besó y, tras depositarme de nuevo en el suelo, desapareció. La pequeña hoguera seguía ardiendo.

Enseguida comprendí el significado de aquella aparición. Mi abuela había venido a despedirse de mí. Estaba muerta. Insistí en regresar de inmediato a Riverbend. Cuando nos acercábamos a la casa estalló una violenta tormenta y echamos a correr. Soplaban vendavales que barrían las hojas, las ramas e incluso las piedrecitas del camino. No nos detuvimos hasta que llegamos a la verja de la mansión; los esclavos se apresuraron a protegernos con unas mantas.

Efectivamente, Marie Claudette había muerto. Cuando le relaté a mi madre, sollozando, cuanto sabía, ésta me miró como si me viera por primera vez en su vida. Yo era para ella un bebé, un juguete, pero en aquel momento me habló, no como si fuera un perrito o un niño, sino como a un ser humano de pleno derecho.

—De modo que la viste y te besó —dijo mi madre.

De improviso, mientras los presentes seguían llorando ante el cuerpo de la difunta, el viento batía contra los postigos y el sacerdote, visiblemente aterrado, murmuraba unas oraciones, apareció el diablo junto al hombro derecho de mi madre y nuestras miradas se cruzaron. Me miró unos

instantes como implorándome que me compadeciera de él, con los ojos arrasados en lágrimas, y luego se desvaneció.

Supongo que así es como terminará mi propia historia. Tú, Michael, añadirás las últimas palabras:

«Y luego Julien se desvaneció.» Pero ¿dónde estaré? ¿Adónde iré? ¿Acaso me hallaba en el cielo antes de que invocaras mi nombre, o en el infierno? Estoy tan cansado que ya no me importa, lo cual quizá sea una bendición.

Pero volvamos a aquel instante de confusión en que la lluvia penetraba por la ventana mientras mi abuela yacía en su lecho, bajo un montón de encaje, y mi madre, cuyo oscuro cabello contrastaba con la palidez de su rostro, me contemplaba fijamente, y el diablo, tras ella, asumía de pronto la forma de un apuesto joven, y la pequeña Katherien rompía a llorar en la cuna.

Fue el comienzo de mi existencia como cómplice de mi madre.

En primer lugar, después del funeral y el entierro en el cementerio parroquial —los católicos no poseíamos un cementerio en nuestras tierras, sino que nos enterraban en el camposanto de la localidad— mi madre se volvió loca. Yo fui el único testigo de su locura.

Cuando subíamos la escalera, de regreso del cementerio, empezó a gritar y echó a correr hacia su habitación. Yola seguí antes de que pudiera cerrar con llave las puertas que daban a la galería. A continuación empezó a lanzar un gemido tras otro, desesperada por el dolor que le causaba la muerte de su madre, y por lo que no había hecho y lo que no había dicho. De pronto, su dolor dio paso a un violento arrebató de ira. ¿Por qué no había impedido el espíritu que Marie Claudette muriera?, repetía mi madre una y otra vez. —¡Lasher! ¡Lasher! ¡Lasher! —exclamó.

Mi madre cogió las almohadas del lecho y las desgarró, diseminando las plumas por toda la habitación. Si no han contemplado nunca un espectáculo semejante, les recomiendo que lo intenten y verán lo que es bueno.

Furiosa, mi madre rompió tres almohadas, hasta que la habitación quedó inundada de plumas, mientras seguía gritando como una histérica, ofreciendo un aspecto desolador.

Al final, yo también acabé llorando desconsoladamente.

Mi madre me estrechó entre sus brazos, rogándome que la perdonara por el espectáculo que había organizado. Luego nos tumbamos en el lecho y al poco rato mi madre se quedó dormida. La noche cayó sobre la plantación, lo cual, en aquellos tiempos de lámparas de aceite y velas, hacía que toda actividad cesara de inmediato y todo quedara sumido en el silencio.

Debía de ser pasada la medianoche cuando me desperté. No recuerdo haber mirado el reloj, sólo que era plena noche, que estábamos en primavera y que sentí deseos de apartar la mosquitera que rodeaba la cama, salir al jardín y charlar un rato con la luna y las estrellas.

Al incorporarme vi ante mí al espíritu, sentado en el borde dellecho, con una mano tendida hacia mí. No grité, pues no había tiempo para ello. De improviso sentí el suave tacto de sus dedos en mi mejilla, lo cual me produjo una agradable sensación. El aire se agitó levemente a mi alrededor, como si me acariciara, y el espíritu, tras desvanecerse, empezó a besarme con labios invisibles ya tocarme, haciendo que mi cuerpo, pese a mi corta edad, vibrara con unas extrañas y sensuales sensaciones.

Al cabo de un rato, mientras permanecía tendido en el lecho junto a un pequeño charco de líquido, vi que el diabólico ser volvía a materializarse ante la ventana. Salté de la cama, débil y confundido por el goce que me había hecho experimentar, y me dirigí hacia él.

Cuando extendí un brazo en su dirección, súbitamente me miró con tristeza, apartó la mosquitera y salimos juntos a la galería. Tras estremecerse levemente bajo la luz, se desvaneció tres o cuatro veces para reaparecer de nuevo, hasta que al fin desapareció definitivamente dejando una

estela de aire cálido tras él. Yo permanecí inmóvil mientras oía su voz en mi mente, murmurando en tono confidencial:

—He roto la promesa que le hice a Deborah. —¿Qué promesa? —pregunté.

—Ni siquiera conoces a Deborah, estúpido mortal de carne y hueso —dijo la voz.

Luego soltó contra mí una delirante andanada que parecía sacada de las peores coplas de ciegos de la biblioteca. Aunque tenía tres años y medio y sólo sabía unas cuantas canciones en verso, comprendí que se trataba de un lenguaje chocante. Los esclavos me habían enseñado algunos versos muy divertidos. Y también sabía reconocer la pomposidad.

—Por supuesto que sé quién era Deborah —respondí, repitiendo la historia de Deborah tal como me la había contado Marie Claudette, la cual me dijo que ésta, tras haberse convertido en un personaje muy importante, había sido acusada de practicar la brujería.

—Fue traicionada por su marido y sus hijos, e incluso por su propio padre. Pero yo me vengué de él—dijo la voz—. Me vengué por lo que él y los suyos nos hicieron a Deborah y a mí.

La voz calló. Tuve la sensación de que estaba apunto de soltar otra serie de versos ofensivos contra mí, pero al final desistió. —¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó la voz—. Le prometí a Deborah que jamás le sonreiría aun niño, y que no favorecería aun varón respecto a una hembra.

—Sí, sé lo que quieres decir —contesté—. Me lo dijo mi abuela. Deborah nació en la región de los Highlands, en Escocia. Era una hija bastarda, concebida durante las celebraciones de mayo.

Probablemente su padre era el dueño de las tierras, pero no movió un dedo cuando la madre de Deborah, Suzanne, una pobre bruja casi analfabeta, fue quemada en la hoguera.

—En efecto —dijo la voz—. Así sucedió. ¡Mi pobre Suzanne, que invocaba mi nombre desde los abismos al igual que una niña saca una serpiente de un estanque profundo sin darse cuenta! Ella pronunció mi nombre, trenzando las sílabas en voz alta, y yo la oí. »Sí, era el dueño de las tierras, el jefe del clan de Donnelaith, el hombre que la dejó preñada y luego se echó a temblar cuando la quemaron en la hoguera. ¡Donnelaith! ¿Puedes pronunciar esa palabra? ¿Sabes escribirla? Si vas allí verás las ruinas del castillo que yo destruí. Y las tumbas de los últimos miembros del clan, borrados de la faz de la tierra, hasta que llegue un momento en que... —¿Qué?

La Voz guardó silencio y empezó a acariciarme de nuevo. —¿Y tú? —pregunté tras reflexionar unos instantes—. ¿Eres varón o hembra? ¿O ni una cosa ni la otra? —¿Es que no lo sabes?

—Si lo supiera no te lo habría preguntado. —¡Un varón! —contestó—. ¡Un varón! ¡Un varón! ¡Un varón!

Yo traté de reprimir la risa ante su indignación por haber herido su amor propio.

Sin embargo, debo confesar que a partir de aquel día lo consideré al mismo tiempo un ser neutro y un varón, tal como podrán comprobar en mi relato. En ocasiones se comportaba de un modo tan estúpido y obtuso que me parecía algo monstruoso, mientras que otras asumía una personalidad bien definida. Así pues, les ruego que disculpen mis dudas al respecto. Cuando lo llamaba por su nombre, solía considerarlo un varón. En otros momentos, cuando me enojaba, lo despojaba de su sexo y lo maldecía por su temperamento frívolo e infantil.

Comprobarán, por este relato, que las brujas también lo consideraban indistintamente un ser neutro y un varón. Y tenían sus motivos. Pero retrocedamos un instante al momento en que nos hallábamos en el porche y ese ser me acariciaba dulcemente.

Cuando me cansé de sus caricias, me volví y vi a mi madre junto a la puerta, observando la escena.

—No permitiré que le hagas daño —dijo, dirigiéndose a ese ser—.

Es un niño inocente.

Supongo que el espíritu le respondió mentalmente, pues mi madre guardó silencio. Luego desapareció. Es lo único que sé con certeza.

A la mañana siguiente fui al cuarto de los niños, en el cual todavía dormía con Rémy, Katherine y unos simpáticos primitos de los que prefiero no acordarme. Aún no sabía escribir correctamente.

Deben tener en cuenta que, en aquellos tiempos, mucha gente sabía leer pero no escribir.

De hecho, era frecuente que uno supiera leer pero no escribir. Yo leía todo lo que caía en mis manos, tal como he dicho, y pronunciaba palabras como «transubstanciación» en inglés y en latín sin la menor dificultad, pero hacía poco que había aprendido a formar palabras escritas con cierta agilidad y velocidad. Me costaba mucho escribir lo que decía el espíritu, y le preguntaba a cualquiera que pasara en aquel momento cómo se escribía determinada palabra. Esas palabras todavía están garabateadas en mi pequeño pupitre, hecho a mano en madera de ciprés y actualmente guardado en el trastero. Tú mismo, Michael, lo tocaste con tus propias manos cuando reparaste las vigas de esa habitación.

«Hasta que llegue un momento en que...» Ésas eran las palabras que había pronunciado el espíritu, las cuales me parecieron muy significativas.

En aquel momento resolví aprender a escribir, cosa que hice en seis meses, aunque no conseguí perfeccionar mi caligrafía hasta haber cumplido casi los doce años. Hasta entonces, escribía con letra torpe y apresurada.

Cuando le conté a mi madre lo que me había dicho el espíritu, murmuró asustada:

—Conoce nuestros pensamientos.

—No se trata de secretos —dije—, pero, aun así, es mejor que sueen un poco de música para que podamos hablar tranquilamente. —¿A qué te refieres? —preguntó mi madre. —¿No te lo explicó la abuela?

Mi madre me confesó que ésta no le había dicho nada. De modo que se lo expliqué yo. Ella empezó a reírse, presa de un ataque de histeria como la noche anterior, dando palmadas y sentándose en el suelo. Acto seguido mandó llamar a los músicos que solían tocar para la abuela.

Mientras la música —que sonaba como si estuviera interpretada por una banda de gitanos borrachos librando una batalla musical con unos indios— sofocaba nuestras voces, le conté a mi madre todo lo que me había dicho Marie Claudette.

De pronto el espíritu apareció detrás de los músicos, donde éstos no podían ver su masculina figura, y se puso a bailar como un loco. Al cabo de un rato, el espectro empezó a oscilar de un lado a otro y se esfumó. Pero todavía se notaba su presencia en la habitación, donde se había dejado arrastrar por el sincopado ritmo africano interpretado por la orquesta.

Mi madre y yo bajamos la voz para que no pudiera oír nuestras palabras.

A Marguerite no le interesaba la «historia antigua». Nunca había oído nombrar la palabra «Donnelaith» y apenas recordaba nada sobre Suzanne. Se alegraba de que yo hubiera tomado buena nota de lo que me había contado Marie Claudette y prometió facilitarme unos libros de historia.

Me confesó que su pasión era la magia. Su madre, según me dijo, nunca había apreciado su talento. Tiempo atrás, ella, Marguerite, había trabado amistad con las reinas más poderosas del vudú de Nueva Orleans. Había aprendido de ellas las artes de curar enfermedades y realizar todo tipo de

hechizos y maldiciones, con ayuda de Lasher, el cual era su esclavo, su más ferviente admirador y su amante.

Aquel día mi madre y yo iniciamos una conversación que duraría hasta su muerte y durante la cual ella me confió cuanto sabía sin reservas. Y o le relaté a mi vez todo lo que sabía, mientras ella me estrechaba entre sus brazos. Jamás me había sentido tan unido a mi madre.

Sin embargo, no tardé en comprender que mi madre estaba loca; o digamos obsesionada con sus experimentos mágicos. Estaba convencida de que Lasher era el diablo, por mucho que él lo negara, y se alegraba de que yo le hubiera explicado la forma de mantenerlo aislado por medio de la música.

Le entusiasmaba recorrer el pantano en busca de plantas mágicas, charlar con las viejas negras sobre exóticas curas y tratar de transformar las cosas por medio de sustancias químicas y sus propios poderes telequinésicos.

Por supuesto, en aquellos tiempos no utilizábamos esa palabra, pues no la conocíamos. Mi madre estaba convencida del amor que Lasher sentía hacia ella. Había tenido una hija y trataría de tener otra hembra más fuerte si eso era lo que él deseaba. A medida que pasaban los años, mi madre se sentía menos atraída por los hombres, contentándose con los abrazos de Lasher. También se mostraba menos coherente.

Entretanto, yo crecía rápidamente y seguía siendo un niño sumamente precoz, aficionado a la lectura, a las aventuras ya mis relaciones con el demonio.

Los esclavos sabían que lo tenía en mi poder y acudían a mí en busca de ayuda, para que les curara cuando estaban enfermos. Al cabo de poco tiempo me convertí, a sus ojos, en un personaje aún más misterioso y poderoso que mi madre.

Llegados a este punto, Michael, me enfrento a dos opciones: explicar todo lo que Marguerite y yo aprendimos y la forma en que accedimos a esos conocimientos, o bien seguir relatando los aspectos más importantes de esta

historia. Si me lo permites, prefiero elegir un camino intermedio y relatar brevemente nuestros experimentos.

Sin embargo, antes de proseguir debo decir que mi hermana, Katherine, se había convertido en una jovencita totalmente carente de inteligencia, pero tan hermosa como inocente; en una flor que yo adoraba y deseaba proteger. Sabía que a Lasher le complacía que yo velara por ella, cosa que hacía muy gustoso. Y o sentía un profundo amor por mi hermana y sabía que ella había llegado a ver a «ese hombre», aunque éste le asustaba. Todo lo extravagante y sobrenatural le inspiraba temor, incluso nuestra madre, cosa perfectamente comprensible.

Los experimentos de Marguerite resultaban cada vez más descabellados. Cuando se enteraba de que un niño había nacido muerto, insistía en que le llevaran el cadáver. Los esclavos trataban de ocultar-le el hecho de que algún hijo suyo había nacido muerto, por temor a que éste terminara en un frasco en el estudio de Marguerite. Uno de los episodios que recuerdo de aquella época es un día en que mi madre entró en casa con un bulto entre los brazos y, sonriendo, me mostró el cadáver de un negrito que acababa de nacer. Antes de que yo pudiera reaccionar, se encerró apresuradamente en su estudio.

—A todo esto, el espíritu seguía mostrándose muy atento conmigo. Cada día depositaba en mi bolsillo unas monedas de oro; me advirtió que tenía algunos enemigos entre mis primos; montaba guardia junto a la puerta de mi habitación y, en cierta ocasión, atrapó a un ladrón que intentaba robarme las pocas alhajas que poseía.

Cuando me hallaba solo, empezaba a acariciarme y me proporcionaba un placer más intenso del que jamás había experimentado.

Asimismo, seguía manteniendo relaciones con Marguerite. Sus intentos de conquistar a mi hermana, sin embargo, fracasaron estrepitosamente.

Katherine estaba convencida de que los perversos placeres que él le ofrecía por las noches constituían un pecado mortal. Supongo que era la primera bruja que creía esas cosas, aunque no me explico cómo las normas católicas consiguieron arraigar en ella a tan tierna edad, antes de que el demonio la tentara con sus sueños eróticos. Si creen ustedes en Dios, sin duda pensarán que la protegía. Yo no lo creo.

Al poco tiempo, mi madre y yo, cansados de la abominable orquesta de Marie Claudette, decidimos contratar a un pianista y un violinista para que tocaran para nosotros. Al principio, el espíritu se mostró tan entusiasmado con los nuevos músicos como con los anteriores. Solía aparecer, bajo la forma de un apuesto joven, en la habitación donde estuvieran tocando, fascinado por la música.

Pero cuando comprendió que mi madre y yo, aprovechando que los músicos estaban tocando, nos poníamos a hablar en voz baja para que él no nos oyera, se enfureció y organizó tal escándalo que tuvimos que contratar de nuevo a la vieja orquesta para sofocar sus gritos y exclamaciones. Al final comprendimos que la única forma de mantenerlo aislado era por medio de la melodía y el ritmo. El ruido, en sí mismo, no bastaba.

Entretanto, nuestra plantación seguía prosperando, nuestra fortuna se acumulaba en diversos bancos extranjeros, nuestros primos se casaban entre sí y el nombre de los Mayfair adquiría cada vez mayor prestigio a lo largo de River Coast, convirtiéndonos en unos personajes casi de leyenda. Nadie podía tocarnos.

Un día, cuando tenía nueve años, le pregunté a Lasher: —¿Qué pretendes de mi madre y de mí?

—Lo mismo que de todos vosotros —respondió—. Que me convirtáis en un ser de carne y hueso.

Acto seguido empezó a canturrear esas palabras una y otra vez, imitando a los músicos de la orquesta, mientras

agitaba los objetos que había en la habitación al ritmo de un imaginario tambor, hasta que me tapé los oídos y le rogué que se detuviera.

—Qué risa —dijo, muy serio. —¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —le pregunté.

—Tú, porque he conseguido que te balancearas al son de mi música.

Yo solté una carcajada y dije:

—Tienes razón. Sin embargo, no te ríes.

—No —contestó en tono petulante—, pero cuando me convierta en un hombre de carne y hueso volveré a reírme. —¿Que volverás a reírte? —pregunté.

Pero el espíritu no me contestó.

Recuerdo aquellos momentos con toda claridad. Me encontraba en la terraza superior de la casa, bajo las hojas de plátano que rozaban la balaustrada de madera. A lo lejos, unos barquitos se deslizaban por el río, a través de los canales, hacia el puerto, situado al norte. Los campos relucían bajo el cálido sol primaveral y sobre el césped había unos cuarenta o cincuenta primos míos, todos ellos menores de doce años, jugando bajo la atenta mirada de mis tíos y tías, los cuales estaban sentados en mecedoras, charlando y abanicándose.

Yo permanecía de pie junto a aquel extraño ser, apoyado en la balaustrada, serio y pensativo pese a mi corta edad, tratando de descifrar el misterio que me rodeaba.

—Yo te he dado todo esto —dijo Lasher, como si adivinara mis pensamientos y emociones más claramente que yo—. Tu familia es mi familia; te concederé toda suerte de bendiciones. Eres demasiado joven para imaginar siquiera lo que la riqueza puede ofrecerte. Con el tiempo te darás cuenta de que eres el soberano de un espléndido reino. Ningún monarca europeo goza del poder que posees tú.

—Te amo —respondí mecánicamente. En aquel momento estaba convencido de lo que decía, como si tratara de

seducir aun adulto mortal.

—Déjame seguir —dijo Lasher—. Deseo que protejas a Katherine hasta que sea capaz de tener una hija. Katherine es débil, pero nacerán otras hembras más fuertes que ella. Es preciso. Debes velar por la continuación del linaje. —¿Es eso lo único que debo hacer? —pregunté.

—De momento, sí —contestó—. Pero tú eres muy fuerte, Julien.

E inteligente. Cuando comprendas lo que debes hacer, yo te ayudaré a conseguirlo.

Yo seguí reflexionando mientras observaba a mis primos jugando en el césped. De pronto, mi hermano alzó la cabeza y me preguntó si deseaba acompañarlos en barco hasta la bahía.

En aquel instante comprendí que en la familia existían dos corrientes: la de las brujas, que propugnaba que utilizáramos al espíritu para adquirir riqueza y poder, y una corriente normal o natural que fluía con el ímpetu de un caudaloso torrente que el espíritu no conseguía..destruir.

De nuevo, éste adivinó mis pensamientos y dijo:

—Si tratas de luchar contra mí te destruiré. Vives tan sólo porque Katherine te necesita.

Sin decir media palabra, entré en la habitación, cogí mi diario, bajé al salón, pedí a los músicos que tocaran una melodía y me senté a escribir.

Con el tiempo, mi madre y yo fuimos perfeccionando nuestras aptitudes. Éramos capaces de curar numerosas enfermedades, tal como he dicho, y de realizar toda clase de encantamientos. De vez en cuando, enviábamos a Lasher a espiar a nuestros enemigos ya que tratara de averiguar los cambios económicos que iban a producirse en el futuro.

Debo confesar que no era empresa fácil, y poco a poco comprendí que mi madre estaba demasiado loca para ocuparse de los aspectos prácticos del negocio. De hecho, nuestro primo Augustin, que administraba la plantación, hacía y deshacía a su antojo.

Cuando cumplí quince años hablaba y escribía correctamente siete lenguas, y ocupaba el cargo oficioso de supervisor y gerente de la plantación. Sabía que mi primo Augustin me tenía celos y un día, en un arrebatado de furia, lo maté de un tiro.

Fue un momento espantoso.

No pretendía matarlo. Fue él quien sacó el rifle y amenazó con matarme. Yo, ciego de rabia, le arrebaté el arma y disparé contra él, con tan mala fortuna que le herí en la frente. Tan sólo me había propuesto pelear con él y dejarlo fuera de combate, no liquidarlo definitivamente. Nadie estaba más sorprendido que yo de verlo tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre; ni siquiera él, dondequiera que estuviese, pues durante unos breves segundos vi a su alma, perpleja y estupefacta, abandonar el cuerpo y esfumarse.

El accidente sembró el caos en la familia. Mis primos huyeron a sus residencias junto al mar, y los que habitaban en la ciudad se encerraron en sus mansiones de Nueva Orleans. Se suspendieron las labores de la plantación en señal de duelo por la muerte de Augustin, y el sacerdote acudió para organizar los preparativos del funeral.

Yo permanecí encerrado en mi habitación, llorando desconsolada mente. Suponía que iban a castigarme por mi horrible delito, pero a los pocos días comprendí que nadie me castigaría. Nadie se atrevió a ponerme la mano encima. Todos me tenían miedo, incluso la esposa y los hijos de Augustin, quienes se apresuraron a tranquilizarme diciendo que sabían que había sido «un accidente».

Mi madre me miró como si no saliera de su asombro y dijo:

—Haz lo que creas más oportuno.

Un día, mientras escribía en mi diario, el espíritu apareció repentinamente y arrebatándome la pluma de las manos y sonriendo perversamente, dijo:

—Yo podría haberlo hecho por ti, Julien. Guarda el rifle. No lo necesitas. —¿Acaso te resulta tan fácil matar? —pregunté.

—Qué risa.

Entonces le conté que tenía dos enemigos, un tutor que había ofendido a mi amada Katherine y un comerciante que nos había estafado.

—Mátalos —le ordené.

Lasher se apresuró a obedecerme. Al cabo de una semana mis dos enemigos habían sufrido sendos accidentes mortales, uno al caer bajo las ruedas de un coche y el otro al caerse del caballo.

—Fue muy sencillo —dijo Lasher.

—Ya lo veo —contesté.

Creo que estaba embriagado con mi poder. Al fin y al cabo, sólo tenía quince años y era la época anterior a la guerra, cuando aún estábamos aislados del resto del mundo.

Al poco tiempo los descendientes de Augustin abandonaron nuestras tierras. Se afincaron en el interior del país y construyeron la hermosa plantación de Fontevrault. Pero ésa es otra historia. Te recomiendo, Michael, que un día tomes la carretera del río, cruces el puente del Sol y visites las ruinas de Fontevrault, pues allí ocurrieron muchas cosas.

Nunca llegué a reconciliarme con Tobias, el primogénito de Augustin. La noche en que maté a su padre, él era un niño de corta edad y siempre sintió un profundo odio hacia mí. Su familia, que gozaba también de una gran fortuna, conservó el apellido Mayfair, y su prole contrajo matrimonio con la nuestra. Pertenecían a una de las múltiples ramas del árbol familiar. En realidad, constituía una de las más sanas y milia, y de mí, puesto que posteriormente mantuve relaciones íntimas con algunas de sus miembros.

Pero volvamos a nuestra vida cotidiana. A medida que Katherine se convertía en una bella joven, Marguerite se

marchitaba, como si su hija le arrebatara la energía vital. Aunque, por supuesto, no era así.

Marguerite prosiguió con sus insensatos experimentos en su afán de resucitar a los bebés, de hacer que Lasher se apoderara de sus cuerpos, de que éstos se movieran. Pero jamás consiguió restituirles el alma; eso era imposible.

No obstante, no cejaba en su empeño y me convirtió en su ayudante. —Encargamos que nos enviaran libros sobre magia de todo el mundo. Los esclavos acudían a nosotros a fin de que les diéramos medicinas para curar todo tipo de enfermedades. Nuestro poder aumentó hasta tal punto que éramos capaces de curar algunas dolencias con la simple imposición de las manos. Lasher era nuestro aliado, y si conocía un secreto para curar a un enfermo que, por ejemplo, había sido envenenado, no dudaba en transmitírnoslo.

Cuando no estaba ocupado con mis experimentos, solía acompañar a Katherine a Nueva Orleans para asistir a la ópera, al ballet o al teatro, invitarla a cenar en los mejores restaurantes y dar largos paseos con ella para que conociera mundo, unas actividades que una mujer no podía realizar sola.

Era una muchacha inocente y bondadosa, menuda, con el cabello y los ojos oscuros y dotada de escasa inteligencia.

Empecé a pensar que la tendencia de los Mayfair a contraer matrimonio entre sí había fomentado ciertas debilidades y me dediqué a estudiarlas entre mis primos, muchos de los cuales eran decididamente imbéciles, si bien amables y encantadores. Asimismo, muchos poseían alguna señal típica de las brujas, tales como una verruga engra, una marca de nacimiento que presentaba determinada forma o un sexto dedo, el cual podía hallarse situado junto al meñique o el pulgar. En cualquier caso, la persona que lo poseía se avergonzaba de ello.

Yo había leído la historia de Escocia ante las mismas narices de Lasher, aunque probablemente no se había

percatado de ello, pues, si en aquellos momentos el violinista estaba tocando una melancólica melodía, se dejaba arrastrar por ésta y no reparaba en nada. Otras veces, cansado de la música, se iba a cortejar a mi madre.

Actualmente Donnelaith no era una ciudad importante, pero según las viejas leyendas lo había sido. Antaño había existido allí una hermosa catedral, una importante escuela y un gran santo, cuya tumba veneraban los católicos que acudían de todos los rincones del país.

Yo tomé buena nota de esos datos y decidí visitar un día Donnelaith a fin de indagar la historia de sus gentes.

Mi madre se burlaba de ello y, procurando que Lasher no la oyera, me decía:

—Interrógale. Estoy convencida de que no es nada ni nadie, sino que proviene del infierno.

Decidí seguir sus consejos y comprobé que mi madre tenía razón. Cuando le preguntaba a Lasher quién había creado el mundo, respondía con evasivas, soltándome un discurso sobre la niebla y el universo de los espíritus. Si le preguntaba si había presenciado el nacimiento de Jesucristo, contestaba que tal personaje no había existido nunca y que él sólo conocía a las brujas.

Cuando le hablaba sobre Escocia se ponía a llorar al recordar a Suzanne. Me contó que ésta había muerto aterrada, en medio de grandes sufrimientos, y que Deborah había asistido a su agonía antes de que los malvados hechiceros de Amsterdam se la llevaran. —¿Quiénes eran esos hechiceros? —le pregunté.

—No tardarás en descubrirlo —respondió Lasher—. Te están vi-gilando. Ten cuidado, pues lo saben todo y pueden lastimarte. —¿Por qué no los matas? —le pregunté.

—Porque entonces sabría lo que saben ellos. Además, en realidad, no tengo motivos para matarlos.

Te aconsejo que te andes con cuidado. Son unos alquimistas y unos embusteros. —¿Cuántos años tienes?

—Yo no tengo edad. —¿Qué hacías en Donnelaith?

Silencio. —¿Por qué fuiste allí?

—Ya te lo he dicho, me llamó Suzanne.

—Pero tú estabas allí antes que Suzanne.

—No existe nada antes que Suzanne.

No había forma de sacar nada en limpio, pues, aunque algunas de sus respuestas no dejaban de ser interesantes, Lasher se negaba a re-velarme importantes secretos.

—Ve a ayudar a tu madre. Necesita tu fuerza y poder.

Eso significaba, por supuesto, que debía ayudar a Marguerite con sus experimentos. «De acuerdo —pensé—, pero si se empeña en encender esas pestilentes velas y farfullar palabras en latín cuyo significado desconoce, me largo.»

Seguí a Lasher hasta la habitación de mi madre. Ésta apareció sosteniendo en brazos aun bebé, muy enfermo pero aún con vida, al que su madre había abandonado en la puerta de la iglesia. El niño, un precioso negrito con el pelo castaño y rizado y una boquita rosa que te partía el corazón, no cesaba de berrear. Era tan pequeño y frágil que supuse que no viviría muchos días. Mi madre, sin embargo, estaba entusiasmada con él. Lo estudiaba como quien estudia un insecto en un frasco.

Tras cerrar la puerta y encender unas velas, depositó al niño en la cama, se arrodilló junto a él y le ordenó a Lasher que se apoderara de su cuerpo.

—Penetra en su cuerpo —entonó mi madre con voz sepulcral—.

Mira a través de sus ojos, habla a través de su boca, respira su aliento y siente los latidos de su corazón.

En aquel momento tuve la sensación de que la habitación se expandía y contraía, aunque, por supuesto, eran imaginaciones mías. De pronto todos los objetos empezaron a moverse y percibí un tenue murmullo de frascos, campanas y postigos. A continuación el niño empezó a adquirir un aspecto distinto. Comenzó a mover las

piernas y los brazos y su rostro adoptó una expresión malévola, de persona adulta.

Ya no parecía un bebé, sino un ser monstruoso. Aunque no había cambiado físicamente, estaba poseído por un hombre adulto, el cual lo manipulaba a su antojo.

—Soy Lasher —dijo con voz gangosa—. Heme ante vosotros. —¡Crece, crece y hazte fuerte! —le conminó Marguerite, alzando los puños—. Ordénale que crezca, Julien. Contempla fijamente sus brazos y piernas y oblígale a que crezca.

Yo le obedecí y observé estupefacto que sus pequeños brazos y piernas empezaban a aumentar de tamaño. Sus ojos, que eran de un azul muy claro, se volvieron castaños, y su pelo también se oscureció. Su tez, por el contrario, se tornó más pálida, y sus mejillas adquirieron un tono sonrosado.

De improviso extendió las piernas como si fueran unos tentáculos y, tras proferir un grito, murió.

Así, repentinamente.

Marguerite se precipitó sobre él y lo arrojó contra el espejo del tocador. El cuerpo del niño se estrelló contra el cristal, rociándolo de sangre aunque sin llegar a romperlo, y luego cayó entre los numerosos frascos de perfumes, pócimas y peines dispuestos sobre el tocador.

La habitación comenzó a temblar de nuevo y sentí la presencia de Lasher junto a mí. De repente, éste se desvaneció, dejando la estancia sumida en una atmósfera helada, como si se hubiera llevado el calor consigo.

Mi madre se desplomó en una silla y rompió a llorar.

—Siempre sucede lo mismo. Los cuerpos de los niños son demasiado débiles para contener a Lasher. Los destruye. ¡Jamás logrará convertirse en un hombre de carne y hueso! Después de estos experimentos acaba tan agotado que se desvanece durante un tiempo. No podemos hacer nada sino aguardar a que vuelva a aparecer.

Yo no salía de mi asombro. Deseaba correr a mi habitación para escribir cuanto había presenciado, pero mi madre me detuvo. —¿Qué podemos hacer para conseguir que se convierta en un hombre de carne y hueso? —preguntó.

—No lo intentes con un bebé —respondí—, inténtalo con el cuer-po de un hombre adulto. Utiliza a un retrasado mental, a un inválido, a alguien que esté apunto de morir, que no pueda oponerle resistencia.

Quizá Lasher consiga apoderarse de él.

—Pero él dice que debe desarrollarse dentro del cuerpo de un niño de corta edad, como el bebé del pesebre. —¿Eso ha dicho? ¿Cuándo? —pregunté extrañado.

—Dice que debe nacer de un niño, hijo de la bruja más poderosa, pero que debe ser un bebé, como el niño Jesús. ¡Ojalá pudiéramos convertirlo en un hombre de carne y hueso! ¡Alcanzaríamos un poder ilimitado, conseguiríamos resucitar a los muertos! —¿Lo crees así?

—Acércate —contestó mi madre, tomándome de la mano.

Luego se arrodilló, sacó un baúl de debajo de la cama y lo abrió. Éste contenía unos muñecos hechos con huesos y cabellos humanos. Te aseguro, Michael, que no estaban tan descompuestos como cuando tú los viste. Iban vestidos con ropas de encaje y adornados con ex-quisitas joyas de oro y perlas, y nos miraban con unos ojillos que parecían de verdad.

—Están muertos. Mira, ésta es Marie Claudette —dijo mi madre, mostrándome una muñeca con el pelo canoso, vestida con un traje rojo de tafetán. Parecía hecha con una media rellena de piedrecitas—. La he confeccionado con unos fragmentos de sus uñas, un hueso de su mano, que saqué de la tumba, y sus propios cabellos. Una hora después de haber muerto, tomé un poco de saliva de su boca y la pasé por la cara de la muñeca, así como un poco de sangre

que había vomitado, con la cual empapé su cuerpo. Toma, sosténla en tus manos.

Mi madre depositó la muñeca en mis manos. La miré estupefacto. Era idéntica a Marie Claudette.

La estrujé una y otra vez, pronun-ciando su nombre, invocándola, intentando obligarla a comparecer ante mí, pero fue inútil.

—No es más que una muñeca —dije—. No es Marie Claudette.

—Te equivocas. Es Marie Claudette. He hablado con ella.

—No lo creo.

Estrujé la muñeca de nuevo y dije:

—Dime la verdad, grandmère.

De pronto oí una vocecita en mi mente que decía:

—Te quiero, Julien.

Por supuesto, comprendí que no se trataba de la voz de Marie Claudette, sino de Lasher. Pero ¿cómo podía demostrarlo?

Entonces se me ocurrió una brillante idea. Alzando la voz, para que mi madre pudiera oírme con claridad, dije:

—Marie Claudette, Marie Claudette, querida grandmère, ¿recuerdas el día que enterramos a mi caballito de madera en el jardín, mientras tocaba la orquesta? ¿Recuerdas que lloré desconsoladamente mientras me recitabas el poema que yo había escrito?

—Sí, hijo mío —respondió la misteriosa voz.

Súbitamente apareció ante nosotros la airosa imagen de Marie Claudette, la cual presentaba el mismo aspecto que la última vez que la vi.

—No consigo recordar el poema —dije—. Ayúdame.

—Haz un esfuerzo —respondió el fantasma.

—Ah, sí, ya lo recuerdo. Decía: «Caballito, caballito, condúceme a los prados del cielo.»

—Así es —contestó la voz, repitiendo las palabras que yo acababa de pronunciar. —¡Esto es una farsa! —grité, arrojando la muñeca al suelo—. Jamás tuve un caballito de

madera. Esas cosas no me interesaban. No lo enterré en el jardín y no escribí un estúpido poema dedicado a él. El demonio se enfureció y mi madre se arrojó sobre mí para protegerme. De pronto empezaron a llover objetos sobre nosotros. Los muebles, los frascos de perfume, los tarros y los libros volaban por los aires. Fue peor. Que cuando mi madre destrozó las almohadas. —¡Basta! —gritó mi madre—. ¿Quién protegerá a Katherine?

Las cosas volvieron a calmarse.

—No te conviertas en mi enemigo, Julien —dijo Lasher.

Yo estaba muerto de miedo. Había demostrado que tenía razón.

Ese diabólico ser no era el depositario de unos conocimientos sagrados, sino un embustero. Era más que capaz de matarme, al igual que había matado a mis enemigos.

—Está bien, ¿quieres convertirte en un hombre de carne y hueso? —pregunté para aplacarlo.

—Sí, sí, sí.

—Entonces debemos continuar con nuestros experimentos.

Tú mismo, Michael, has visto los frutos de esos años de trabajo. Cuando llegaste a esta casa, viste cabezas humanas putrefactas conservadas en tarros llenos de líquido. Viste a los bebés nadando en ese líquido. Viste el resultado de nuestros experimentos. Resumiré brevemente los desastrosos resultados de lo que hicimos, y de lo que hice yo por temor a ese diabólico ser y por temor a seguir hundiéndome en la más abyecta maldad.

Corría el año 1847. Katherine había cumplido diecisiete años y era cortejada tanto por nuestros primos como por extraños, aunque ella no mostraba el menor interés en contraer matrimonio. El más perverso placer que experimentaba mi pobre hermana era permitir que la vistiera como un muchacho para llevarla conmigo a los bailes de los mulatos ya los locales del puerto, donde

ninguna mujer blanca podía poner los pies. A ella le divertía, ya mí me complacía contemplar ese sórdido mundo a través de sus hermosos ojos...

Mientras la ciudad prosperaba, ofreciendo cada vez más diversiones, Marguerite y yo seguíamos llevando a cabo, en la intimidad de nuestro estudio, nuestros abominables sacrificios para ofrecérselos a Lasher.

Nuestra primera víctima importante fue un doctor especializado en los ritos del vudú, un mulato con el cabello amarillo, muy viejo pero todavía fuerte, al que secuestramos en el porche de su casa y llevamos a Riverbend, tratando de conquistarlo con falsas promesas, vino y montones de oro, asegurándole que acabaríamos averiguando lo que él sabía sobre Dios y el diablo.

El hombre nos informó que había sido poseído por numerosos espíritus. Perfecto, nosotros disponíamos de un magnífico demonio que estaba ansioso de apoderarse de él. Hablamos de vudú y le mentimos descaradamente, hasta que estuvo preparado para recibir a Lasher, nuestro poderoso dios.

Una vez en la habitación de Marguerite, y tras cerrar las puertas con llave, invocamos a Lasher para que se apoderara del cuerpo de ese hombre, el cual aceptó someterse voluntariamente al experimento.

Al principio, el hombre permaneció inmóvil. Era un individuo menudo, de tez muy pálida y el pelo amarillo panocha. De pronto, al abrir los ojos, comprobamos que en su interior palpitaba otra vida. Nos miró fijamente, sonriendo, y dijo con una voz más profunda que la suya:

—Me alegro de veros, queridos míos.

Pronunció esas palabras con una frialdad que me hizo estremecer, mientras nos observaba con unos ojos vacíos e inexpresivos. —¡Incorpórate! —le ordenó Marguerite—. ¡Sé fuerte! ¡Apodéra-te de él!

Luego me pidió que repitiera esas palabras con ella, y ambos las repetimos de nuevo sin apartar la vista de ese

monstruoso ser.

El hombre se incorporó con los brazos extendidos y luego los dejó caer bruscamente. Al ponerse en pie estuvo a punto de desplomarse, pero mi madre y yo nos apresuramos a sostenerlo. Agitó una mano torpemente y me agarró del cuello, lo cual me alarmó, aunque sabía que estaba demasiado débil para lastimarme.

—Mi querido Julien —dijo con voz cavernosa. — ¡Apodérate para siempre de este ser! —exclamó Marguerite—. Apodérate de su cuerpo como si te perteneciera.

De pronto, el diabólico ser empezó a temblar y, tal como le había sucedido al negrito, su cabello comenzó a oscurecerse y su rostro se contrajo en una mueca.

Al cabo de unos instantes el desdichado se desplomó en mis brazos, muerto. Ignoro lo que fue del alma del anciano.

Cuando lo depositamos sobre el lecho, Marguerite lo estudió detenidamente. Me mostró unas zonas donde la piel se había vuelto completamente blanca, y unos mechones de cabello casi negros, como si hubiera brotado de su interior una extraña energía capaz de realizar esas modificaciones.

Observé que sólo se habían oscurecido unos cabellos que acababan de crecer y que, a los pocos minutos, la piel empezaba a recobrar su primitivo tono amarillento. —¿Qué vamos a hacer con sus restos, madre? No podemos comunicarle su muerte a su familia.

—Por supuesto —respondió Marguerite—. Pero primero le cortaremos la cabeza para conservarla.

Yo me senté en el suelo, agotado, con la espalda apoyada en la pared, y observé a mi madre decapitar al desdichado mulato con un hacha. Luego introdujo la cabeza en un frasco que contenía un pro-ducto químico para conservarla, y lo cerró. Los ojos del anciano parecían mirarme fijamente.

Al cabo de unos minutos, Lasher se recuperó y apareció de nuevo ante nosotros, con la apariencia de un hombre joven, fuerte y vigoroso. Recuerdo ese momento con toda

claridad: se hallaba de pie junto a mi madre, con el aspecto de un hombre apuesto y absolutamente inocente, casi tímido, mientras ella, sosteniendo el frasco que contenía la cabeza del mulato entre sus manos, decía:

—Te has portado muy bien, cabecita, me siento muy satisfecha de ti.

Luego se sentó y tomó unas notas referentes a los futuros experimentos que deseaba realizar.

Cuando llegaste a esta casa y viste esos siniestros frascos, Michael, contemplaste los únicos resultados de nuestros mágicos experimentos. Fue lo único que conseguimos. Pero, por supuesto, en aquellos momentos no lo sabíamos.

Con cada nuevo experimento, mi madre y yo fuimos perfeccionando nuestros conocimientos y nos volvimos más astutos y audaces. Comprendimos que debíamos utilizar cuerpos vigorosos, no viejos, y que las mejores víctimas eran jóvenes sin familia y sin hogar. Yo temía que Katherine se enterara de nuestras actividades, pues no quería disgustarla. A veces la miraba y pensaba: «Si tú supieras...» Pero no conseguía apartarme de mi madre ni de aquel demonio. Katherine no sólo era mi hermana, sino mi lado bueno, la criatura que yo jamás había sido ni me había interesado ser. La amaba profundamente.

En cuanto a mis maquinaciones con Lasher, debo confesar que me divertían. Me complacía atrapar a nuestras víctimas, llevarlas a casa y convencerlas de que se prestaran a ser poseídas por el demonio. Cada experimento me producía una increíble sensación: la oscilante luz de las velas, la víctima tendida en el lecho, el acto de posesión demoníaca... Era una experiencia incomparable.

Lasher empezó también a expresar sus preferencias. Le gustaba que las víctimas tuvieran el cabello y la tez claros para poder cambiarlos a su antojo. Asimismo, se apoderaba de sus cuerpos durante unos períodos más largos de tiempo,

durante los cuales los manipulaba y hablaba a través de su boca.

Siempre conseguía una mutación, por superficial que fuera. Pero nada más. Sólo lograba alterar el color de la piel y el cabello.

La víctima moría siempre, pero al espíritu le encantaban esos experimentos. Vivía por y para ellos.

—Esta noche deseo contemplar la luna con ojos humanos —decía Lasher—. Traedme a una criatura.

Deseo bailar al son de la música con pies humanos. Haced que los músicos toquen y traedme unas piernas que sepan danzar.

Para recompensarnos, Lasher nos traía oro y joyas de un valor incalculable. Yo me encontraba grandes sumas de dinero en los bolsillos. A medida que aumentaba nuestra fortuna, Lasher nos aconsejaba la forma de invertirla, y jamás erraba en sus previsiones.

Por aquella época ocurrió también algo muy curioso. El espíritu empezó a imitarme descaradamente.

Sucedió a raíz de unos comentarios que hice. —¿Por qué no procuras presentar otro aspecto cuando apareces? —le pregunté un día—. Tienes un aire demasiado anticuado.

—A Suzanne le parecía muy apuesto. ¿Qué aspecto te gustaría que tuviera?

Describí brevemente el tipo de ropa que debería utilizar y, a partir de entonces, siempre aparecía vestido igual que yo para asustarme y divertirme. No tardamos en comprobar que conseguía engañar a otras personas, fingiendo que era yo. En ocasiones lo dejaba sentado ante mi escritorio, haciéndose pasar por mí, mientras yo me escapaba.

Era maravilloso. Por supuesto, el espíritu no podía permanecer mucho tiempo bajo la forma de un ser mortal, aunque cada vez adquiría más fuerza.

Otra cosa era evidente para mí. El diabólico ser, aunque me proporcionaba placer cada vez que yo lo deseaba, no tenía celos de otras personas con las que yo mantenía

relaciones. Por el contrario, le gustaba verme retozar con mis amantes, putas y queridas. Se metía en mis armarios para acariciar las prendas que colgaban en él. Yo representaba para él un modelo.

Mientras Marguerite permanecía encerrada en su extravagante laboratorio día y noche, yo iba con frecuencia a la ciudad. Lasher me acompañaba a todas partes, para observar cuanto yo hacía. El hecho de tenerlo a mi lado me hacía sentir un inmenso poder, pues era mi confidente, mi ojo sobrenatural, mi guardián.

Cuando Marguerite y yo tratábamos de ocultarnos de Lasher bajo la música, éste aparecía y se ponía a bailar, como solía hacer antes con Marie Claudette. Nuestros intentos de aislarlo le incitaban a demostrarnos su fuerza, presentándose vestido como un dandi, exhibiéndose ante nosotros y danzando frenéticamente al son de la música.

Si existía alguien en Riverbend que no había llegado a ver a Lasher bajo una forma material durante al menos treinta segundos, esa persona debía de estar ciega o loca.

Podría contarte muchas cosas, Michael, pero lo que importa no es la historia de mi vida. Baste decir que vivía como pocos hombres aprendiendo lo que me interesaba, haciendo lo que me apetecía y gozando de toda suerte de placeres. Lasher era, por supuesto, mi mejor amante. Ningún hombre ni ninguna mujer conseguían apartarme de él durante mucho tiempo.

—Qué risa, Julien. ¿Acaso no soy yo mejor amante?

—Debo confesar que sí —respondía yo, arrojándome sobre ellecho y dejando que me desnudara y acariciara—. ¿Por qué te gusta hacer el amor conmigo?

—Porque tu piel es cálida, te siento junto a mí, estamos unidos. Eres muy hermoso, Julien. Ambos somos hombres.

«Es lógico», pensaba yo. Y embriagado de placer sensual, me abandonaba a sus caricias durante varios días consecutivos, hasta que al fin, temeroso de acabar

enloqueciendo como mi madre, iba ala ciudad en busca de otras distracciones.

Por supuesto, sabía que los experimentos que realizábamos mi madre y yo eran inútiles. El único motivo que nos impulsaba a proseguir con ellos era la codicia de Lasher.

A todo esto, Marguerite se había vuelto completamente loca, pero a nadie le importaba lo más mínimo. ¿Por qué iba a importarles? Nuestra familia era muy numerosa. Mi hermano, Rémy, se había casado y tenía varios hijos, tanto de su mujer como de su amante mulata.

Muchos Mayfair se habían afincado en la ciudad y residían en sun-tuosas mansiones.

Si la bruja principal permanecía encerrada en sus habitaciones durante los espléndidos pícnicos y bailes que organizábamos, a nadie le importaba un comino. Nadie la echaba de menos. Yo estaba presente, por supuesto, bailando con Katherine, la cual seguía rompiendo los corazones de sus numerosos admiradores. Katherine había cumplido veinticinco años, cosa que en aquella época, en el Sur, significaba ser una solterona. Pero era tan bella que nadie se atrevía a pensar semejante cosa, y tan rica que no necesitaba casarse.

No tardé en comprender que mi hermana tenía miedo de casarse. Naturalmente, mi madre y yo le habíamos explicado algunas cosas, las cuales le habían horrorizado. No deseaba tener hijos por miedo a transmitirles nuestra perversa semilla. «Moriré virgen —afirmaba— se acabarán las brujas. —¿Algún comentario? —le pregunté a Lasher.

—Qué risa —contestó escuetamente—. Es humana. Los humanos buscan la compañía de otros seres humanos, desean tener hijos. Tenéis multitud de primos entre los cuales puede elegir marido.

Búscale uno que tenga las marcas de las brujas, que sea capaz de verme.

Yo obedecí. Intenté que Katherine se relacionara con todos los Mayfair que poseían dotes de brujo. Era una muchacha soñadora. Jamás discutía mis decisiones.

Pero un día ocurrió algo impensable.

La cosa comenzó de forma inocente. Katherine manifestó su deseo de poseer una casa en la ciudad y me pidió que contratara al arquitecto irlandés Darcy Monahan, para que le construyera una en el Faubourg, el barrio donde residían todos los norteamericanos.

—Debes de estar loca —protesté yo. Mi padre era irlandés, pero no había llegado a conocerlo. Yo era criollo y siempre hablaba en francés—. ¿Por qué quieres vivir en un barrio lleno de vulgares americanos, rodeada de comerciantes y gentes de esa calaña?

El caso es que le compré a Darcy un apartamento en la calle Dumaine, que había construido para un hombre que se había arruinado y se había volado la tapa de los sesos. De vez en cuando veía al fantasma de ese hombre, pero no me infundía el menor temor. Era como el fantasma de Marie Claudette, un ser inánime e incapaz de comunicarse.

Me mudé al apartamento y dispuse unas espléndidas habitaciones para Katherine, pero ella deseaba algo más suntuoso.

—De acuerdo —dije—. Compraremos un terreno en la esquina de las calles Chestnut y Primera, y construiremos una especie de templo griego más acorde con tus gustos.

Darcy empezó de inmediato a diseñar y construir la casa en la que me encuentro en estos momentos. A mí no me gustaba, pero en ocasiones Lasher aparecía de improviso, asomando por encima de mi hombro, y ocupaba brevemente mi lugar para luego asumir el acostumbrado aspecto de un hombre de cabello castaño.

—Quiero que la casa esté llena de ornamentaciones y motivos decorativos —decía—. Quiero que sea muy hermosa.

—Díselo a Katherine —respondía yo.

Lasher le sugería a Katherine el estilo de mansión que deseaba y mi hermana, ingenuamente, seguía sus indicaciones.

—Será una gran mansión —me dijo Lasher un día en que fui a ver las obras, apareciendo de pronto ante la verja de la casa—. Aquí sucederán muchos milagros. —¿Cómo lo sabes? —C-pregunté.

—Lo veo. Veo lo que sucederá, querido Julien.

Sus palabras me intrigaron, pero no les di mayor importancia. Estaba muy ocupado con mis negocios, con la compra de terrenos y las inversiones en el extranjero para preocuparme de la suntuosa mansión, ese adefesio de estilo neoclásico que se estaba construyendo Katherine. Con todo, pese a mis numerosas ocupaciones, seguía llevándola con frecuencia a cenar al barrio francés.

Como sin duda sabes, Michael, Katherine se enamoró de Darcy. Fue Lasher quien me puso al corriente de sus relaciones. Un día fui a buscarla a la casa, que estaba a medio construir, pues Katherine no había regresado y no me gustaba que se quedara sola con aquel irlandés poco recomendable una vez que se habían marchado los operarios.

Lasher trató de distraerme, hablando sin parar. Al ver que ese truco no surtía efecto, me exigió que le buscara a una víctima de la que pudiera apoderarse.

—Ahora no —contesté—. Debo ir en busca de Katherine.

Al final tras adoptar la forma de un hombre, asustó a mi cochero, haciendo que nos saliéramos de la carretera Nyades y que se partiera una rueda del carruaje. Furioso, me senté en el bordillo de la carretera mientras el cochero reparaba la rueda. Era evidente que Lasher quería impedirme que fuera a la casa de Katherine.

Al día siguiente traté de engañarlo. Le pedí que fuera en busca de unas raras monedas que deseaba adquirir y, cuando se hubo marchado, partí a caballo, cantando durante todo el trayecto para evitar, en caso de que apareciera de

improviso, que pudiese adivinar mis pensamientos e intenciones.

Llegué a casa de Katherine al anochecer. La mansión se erguía como un inmenso castillo, con sus ladrillos enlucidos imitando la piedra, sus gigantescas columnas y sus amplios ventanales. Estaba a oscuras y desierta.

Al penetrar en la casa encontré a mi querida hermana yaciendo en el suelo con su amante. Por poco lo mato. Lo agarré del cuello y empecé a golpearlo salvajemente cuando, de pronto, Katherine exclamó: —¡Ayúdame, Lasher! ¡Acude a vengarme! ¡No dejes que destruya al hombre que amo!

Gritando y sollozando histéricamente, Katherine cayó al suelo desvanecida. En el acto acudió Lasher. Sentí su presencia en la oscuridad, como si fuera un inmenso animal marino y yo su víctima inocente. Permanecí inmóvil en el amplio salón situado en la planta baja, mientras él se aproximaba a mí sigilosamente.

—Deténte, Julien —dijo Lasher—. La bruja ama a este hombre mortal. Ten cuidado. Ha utilizado unas antiguas y sagradas palabras... para Invocar mi presencia. En aquel momento Darcy Monahan se levantó y se precipitó sobre mí, pero Lasher lo detuvo. Monahan, que era supersticioso como todos los irlandeses, miró a su alrededor, como si presintiera su presencia en la oscuridad. Al ver a Katherine tendida en el suelo, se apresuró a reanimarla.

Yo me marché furioso. Regresé a mi apartamento de la calle Dumaine y mandé llamar a varias prostitutas mulatas, con las que copulé desenfrenadamente a fin de mitigar mi dolor. No conseguía borrar de mi mente la imagen de Katherine y ese cerdo irlandés yaciendo en el suelo de aquella horrible mansión situada en pleno barrio americano.

Lo cierto es que me arrepiento de no haberle contado a Katherine la verdad. Ella creía que Lasher era simplemente un fantasma; no sabía lo que era capaz de hacer cuando lo invocaba.

—Si lo que pretendes es matarme —le dije a mi hermana —, no tienes más que invocar su nombre. Te obedecerá sin vacilar.

No estaba seguro de que fuera cierto, pero no quería que Katheri-en comenzara a arrojarme maldiciones. Primero me había traicionado con Darcy y luego con el propio Lasher. Pese a mis intentos de protegerla, era una bruja y se había vuelto contra mí.

—No sabes a lo que te expones —dije—. Yo te he salvado.

Horripilada y contrita, Katherine se echó a llorar, pero estaba decidida a casarse con Darcy Monahan.

—No es necesario que me salves —dijo—. El día de mi boda luciré la esmeralda alrededor del cuello, tal como exige la tradición de nuestra familia, pero me casaré en una iglesia católica, ante el altar, y mis hijos serán bautizados como Dios manda y repudiarán al demonio.

Yo me encogí de hombros. Los Mayfair siempre nos habíamos casado en una iglesia católica.

Todos estábamos bautizados. Eso no era ninguna novedad. Pero no dije nada.

Mi madre y yo nos propusimos apartarla de Darcy, pero fue imposible. Katherine estaba dispuesta a renunciar a la herencia con tal de contraer matrimonio con ese estúpido irlandés. Al menos, eso fue lo que le dijo a todo el mundo. Nuestros primos acudieron a mí alarmados. ¿Qué va a suceder? ¿Qué dicen las leyes? ¿Acaso vamos a perder nuestra fortuna?, eran las preguntas que me hacían. Era evidente que estaban perfectamente enterados del terrible secreto sobre el que se fundaba nuestra riqueza, a la que no querían renunciar bajo ningún concepto.

Pero fue Lasher quien se puso de parte de la novia.

—Deja que se case con ese celta —dijo—. Tu padre tenía sangre irlandesa. En ella residen las dotes de las brujas, las cuales han llevado esa sangre en sus venas durante muchos siglos. Los irlandeses, al igual que los escoceses, están

dotados de poderes sobrenaturales. La sangre de tu padre te ha dado fuerza. Veamos qué es capaz de conseguir ese irlandés con tu hermana.

Pero ya conoces la historia, Michael. Katherine perdió dos bebés, ambos varones; luego tuvo dos hijos con Darcy. Posteriormente, pese a sus rezos, sus misas, sus rosarios y sus sacerdotes, tuvo un aborto tras otro.

Tras estallar la Guerra Civil, después de que cayera la ciudad, mientras la gente se arruinaba de la noche a la mañana y las tropas yanquis invadían nuestras calles, Katherine siguió educando a sus hijos en la casa de la calle Primera, entre sus amigos y traidores americanos. Estaba convencida de haberse librado para siempre de la maldición de los Mayfair. El mismo día de su boda nos devolvió la esmeralda.

La familia estaba desesperada. La bruja les había dado la espalda. Por primera vez oí a muchos Mayfair pronunciar la palabra secreta. «¡Pero ella es la bruja! —murmuraban—. ¿Cómo puede traicionarnos?» la esmeralda estaba sobre el tocador de mi madre, entre los artilugios que utilizaba para los ritos del vudú, como una vulgar baratija. Un día la cogí y la colgué del cuello de una imagen de la Virgen.

Fueron unos tiempos duros para mí, una época de gran libertad y también de grandes experiencias. Katherine se había marchado y ya apenas nada me importaba. Comprendí que mi familia constituía mi mundo. Podía haber ido a Europa o a China. Podía haberme marchado para huir de la guerra, la peste y la pobreza. Podía haber vivido como un potentado. Pero mi hogar se hallaba en esta pequeña parte de la tierra, y sin mis seres queridos a mi alrededor todo carecía de importancia.

Era patético, pero cierto. Al mismo tiempo comprendí lo que sólo un hombre rico y poderoso llega a comprender: lo que ambicionaba realmente.

Lasher me instaba a tener nuevas amantes y seguía espionando todos mis movimientos a fin de imitarme a la

perfección. Incluso cuando iba a ver a mi madre adoptaba un aspecto tan parecido al mío que todo el mundo creía que era yo. Parecía haber perdido su propia identidad, por decirlo de algún modo. — ¿Qué aspecto tienes realmente? — le pregunté un día. —Qué risa. ¿Por qué me haces esa pregunta? —Me pregunto qué aspecto tendrás cuando te conviertas en un hombre de carne y hueso. —El mismo que tú, Julien. —¿Y por qué no el que adoptabas al principio, un hombre de cabello castaño y ojos marrones?

—Adopté esa apariencia para complacer a Suzanne. Me parecía a un escocés de su aldea. Pero quiero ser como tú. Eres muy hermoso.

En ocasiones, me sumía en profundas reflexiones. Era aficionado al juego, a beber y bailar hasta el amanecer; discutía y me peleaba con patriotas confederados y enemigos yanquis; gané y perdí grandes fortunas; me enamoré un par de veces, pero sufría día y noche al pensar en mi amada Katherine. Supongo que necesitaba algo que diera un sentido a mi vida, algo que no consistiera únicamente en ganar dinero y dilapidarlo con mis primos, construir más casas en nuestras tierras y adquirir nuevas propiedades. Sólo Katherine había conseguido dar un sentido a mi vida.

Excepto Lasher, por supuesto. Gozaba jugando con él, observando cómo me suplantaba, halagándolo y manipulándolo. Nada encerraba ningún secreto para mí.

Luego vino el año 1871. En verano, la fiebre amarilla, como de costumbre, causó estragos entre los inmigrantes recién llegados a nuestras costas.

Darcy, Katherine y sus hijos habían pasado seis meses en Europa, y tan pronto como el apuesto irlandés pisó de nuevo su hogar cayó enfermo, aquejado de fiebre amarilla. Supongo que había perdido su inmunidad a dicha enfermedad durante su estancia en el extranjero, aunque no puedo asegurarlo. El caso es que muchos irlandeses morían a causa de esa dolencia, que sin embargo a nosotros apenas

nos afectaba. Desesperada, Katherine me escribió varias cartas a la calle Dumaine rogándome que acudiera para intentar curar a su marido. —¿Crees que Darcy morirá? —le pregunté a Lasher. Lasher apareció a los pies de mi cama, con los brazos cruzados y aire pensativo, vestido de forma idéntica a como iba vestido yo el día anterior. Se trataba de una aparición, por supuesto.

—Sí, creo que sí —contestó—. Quizá le ha llegado su hora. No te inquietes. Ni siquiera una bruja puede curar esa enfermedad.

Yo no estaba tan seguro. Cuando fui a ver a Marguerite, ésta se puso a reír ya bailar.

—Deja que muera ese cabrón y toda su prole —dijo.

Sus palabras me disgustaron profundamente. ¿Qué habían hecho de malo los pobres Clay y Vincent? Eran tan culpables de haber nacido como mi hermano Rémy y yo.

Regresé a la ciudad sin saber qué hacer. Consulté con varios médicos y enfermeras mientras la fiebre seguía cobrándose víctimas, como siempre ocurría cuando aumentaba el calor, y los cadáveres se acumulaban en los cementerios. La ciudad apestaba a muerte y las autoridades mandaron encender grandes hogueras para eliminar los enfastos efluvios.

Los prósperos magnates del algodón y los gigantes de la industria que habían acudido al Sur para ganar dinero después de la guerra morían como moscas, al igual que los campesinos irlandeses inmigrantes.

Tal como era de prever, a los pocos días Darcy murió. Katherine envió al cochero a mi casa para comunicarme la noticia.

—El señor ha muerto, monsieur. Su hermana le ruega que vaya a verla de inmediato. ¿Qué podía hacer? No había puesto los pies en la casa de la calle Primera desde el día en que concluyeron las obras. Ni siquiera conocía a los pequeños Clay y Vincent. Hacía un año que no veía a mi hermana, salvo en una ocasión en que nos encontramos en

la calle y sostuvimos una agria disputa. De repente, toda mi riqueza y cuanto me rodeaba carecía de importancia. Lo único importante era el hecho de que mi hermana me rogaba que acudiera de inmediato.

Ansiaba verla y perdonarla. —¿Qué debo hacer, Lasher?

—Ya lo verás —contestó.

—Pero no hay una hembra que pueda continuar el linaje. Mi hermana se marchitará como una viuda encerrada en su casa. Lo sabes tan bien como yo.

—Ya lo verás —repitió Lasher—. Vea verla.

Toda la familia estaba pendiente de lo que iba a hacer mi hermana¿Qué sucedería?

Una tarde me presenté en la casa de la calle Primera. Recuerdo que llovía y hacía mucho calor. En el barrio de los irlandeses, a pocas manzanas de donde vivía Katherine, vi numerosos cadáveres de víctimas de la fiebre amarilla amontonados junto a la acera.

La brisa que soplaba del río transportaba el hedor a cuerpos pu-trefactos. En medio de ese paisaje desolador se erguía la majestuosa residencia de mi hermana, rodeada de encinas y magnolias, como un castillo dotado de almenas y unos muros que daban la impresión de ser indestructibles. Era una mansión misteriosa, llena de elegantes motivos decorativos pero, al mismo tiempo, siniestra.

Contemplé la ventana del dormitorio principal, situado en el ala norte, y vi lo que muchos, incluido tú, habéis visto: el tenue resplandor de las velas a través de los postigos.

Entré en la casa tras forzar la puerta, no sé si con ayuda de Lasher o yo solo; sólo sé que rompí la cerradura y la puerta cedió. Me quité el abrigo y subí la escalera.

La puerta del dormitorio principal se hallaba abierta.

Como es lógico, esperaba ver el cuerpo del arquitecto irlandés pudriéndose en su lecho. Pero, según me contaron, se lo habían llevado apresuradamente por miedo al contagio. Las supersticiosas sirvientas me comunicaron que el desdichado Darcy ya había sido enterrado y que, debido a

la cantidad de muertes que se producían aquellos días, no había habido tiempo de organizar una misa de réquiem por su alma.

La habitación estaba limpia y aseada. Era Katherine quien yacía en la cama —un gigantesco lecho con una cabeza de león tallada en cada uno de los cuatro pilares—, reclinada sobre unas almohadas delicadamente bordadas y llorando suavemente.

Parecía tan menuda y frágil como cuando era una niña. Me senté junto a ella y traté de consolarla.

Ella se abrazó a mí y continuó sollozando. Su rostro, enmarcado por una abundante y suave cabellera, era todavía muy hermoso. Sus numerosos embarazos no habían conseguido mitigar su encanto y su inocencia, ni tampoco la radiante luz que desprendían sus ojos al mirarme.

—Llévame a Riverbend, Julien —me suplicó—. Llévame a casa. Pídele a nuestra madre que me perdone. No puedo vivir sola en esta casa. Todo me recuerda a Darcy.

—Lo intentaré, Katherine —contesté.

Yo sabía, sin embargo, que no conseguiría que mi madre se reconciliara con ella. Mi madre había perdido la razón por completo y era probable que ni siquiera reconociese a Katherine. La última vez que vi a mi madre, ella y Lasher se dedicaban a hacer que las flores brotaran anticipadamente de la semilla. Lasher le había contado los secretos que encerraban unas plantas con las que podía preparar una pócima que le permitiría ver visiones. Tales eran las actividades a las que se dedicaba mi madre últimamente. Quizá si le hubiera dicho que Katherine había muerto y había regresado ala tierra lo hubiera creído.

—No te preocupes, querida —dije—. Te llevaré a casa si lo de-seas, ya tus hijos también. Toda la familia está allí, como de costumbre. Katherine asintió e hizo un delicioso gesto de impotencia como para indicar que su suerte estaba en mis manos.

Yo la besé y la estreché entre mis brazos, y le dije que tratara de descansar, asegurándole que no me movería de su lado. La puerta estaba cerrada. La enfermera se había retirado y los niños estaban probablemente acostados. Yo salí un momento de la habitación para fumar un cigarrillo.

De pronto vi a Lasher.

Estaba al pie de la escalera, mirándome.

—Contempla esta casa —me dijo en silencio—. Contempla sus puertas, sus habitaciones, su decoración. Riverbend perecerá como pereció la ciudadela que construimos en Santo Domingo, pero esta casa perdurará hasta haber cumplido su misión.

En aquel momento sentí una curiosa sensación, como si flotara.. Bajé la escalera e hice lo que tú mismo has hecho mil veces, Michael. Recorrer esta casa lentamente, acariciando las puertas y los pomos de metal y contemplando los cuadros del comedor y los exquisitos motivos decorativos de sus techos.

«Sí, es una hermosa casa —pensé—. Pobre Darcy. Era un excelente arquitecto, pero no tenía sangre de bruja en las venas.» Yo sospechaba que mis sobrinos, Clay y Vincent, eran tan inocentes como mi hermano Rémy. Salí al jardín y contemplé la inmensa extensión octagonal cubierta de césped y rodeada por una balaustrada de piedra. Las losas del camino estaba dispuestas de tal modo que formaban un delicado dibujo, iluminado por la luz de la luna.

—Observa las rosas y la reja —dijo Lasher, refiriéndose a la verja de hierro, la cual formaba unos ángulos que imitaban la disposición de las losas del camino empedrado y el rosal.

Eché a caminar apoyando un brazo en mi hombro, cosa que me produjo una profunda excitación.

Sentí la tentación de ocultarme con él bajo los árboles y abandonarme a sus caricias, las cuales, como he dicho, me deleitaban. Pero debía regresar junto a mi desconsolada

hermana. Temía que se despertara y creyera que la había abandonado.

—Recuerda todas estas cosas —dijo Lasher—. Esta casa perdu-rará.

Cuando entré en el vestíbulo la vi junto ala gran puerta del comedor, con la mano apoyada en el marco de la misma. La puerta era algo más estrecha en la parte superior, lo cual acentuaba su altura.

Al volverme observé que la puerta principal, la cual acababa de atravesar hacía unos segundos y estaba abierta, tenía la misma forma. Lasher me miraba fijamente, ofreciendo el aspecto de un hombre normal y corriente, con la mano apoyada en el marco de la puerta, como si esa casa le perteneciera. —¿Te gustaría vivir después de la muerte, Julien? A diferencia de mis brujas, apenas me haces preguntas sobre la muerte.

—Porque no sabes nada sobre ello —respondí—. Tú mismo lo has dicho.

—No seas cruel conmigo, Julien. Esta noche no. Me alegro de estar aquí. ¿Deseas vivir después de muerto? ¿Te gustaría permanecer en la tierra?

—No lo sé. Si el diablo tratara de arrastrarme al infierno, preferiría permanecer aquí, si es eso a lo que te refieres, deambulando como un alma del purgatorio, apareciéndome ante las reinas del vudú y los hechiceros. Supongo que podría hacerlo —dije, apagando el cigarrillo en un cenicero que había sobre la mesa de mármol y que sigue ahí, en el vestíbulo—. ¿Es eso lo que has hecho tú, Lasher? ¿Acaso eres el fantasma de un despreciable ser humano que pretende rodearse de un falso aire de misterio?

De pronto Lasher mudó de expresión, convirtiéndose en mi doble. Sabía imitar mi sonrisa a la perfección, aunque no era un truco que solía hacer a menudo. Cruzó los brazos como yo y se apoyó en el marco de la puerta, haciendo que percibiera el leve sonido del tejido de su chaqueta al rozar la madera, para demostrarme lo fuerte que era.

—Puede que en el fondo no exista ningún misterio —dijo, pronunciando las palabras con toda claridad—. Puede que el mundo esté formado de desechos y residuos. —¿Acaso estabas presente?

—No lo sé —contestó, imitando mi tono sarcástico y arqueando las cejas como solía hacer yo. Nunca le había visto tan fuerte como en aquellos momentos.

—Si eres tan poderoso, intenta cerrar la puerta —dije.

Ante mi asombro, Lasher extendió la mano hacia el pomo, se apartó a un lado y cerró la puerta como lo hubiera hecho un hombre de carne y hueso. Era una proeza extraordinaria. Luego se evaporó en el acto, dejando una cálida estela tras de sí, como de costumbre.

—Admirable —murmuré.

—Recuerda esta casa si deseas regresar a ella algún día; recuerda sus formas y dibujos. En el mundo de las tinieblas, resplandecerán ante tus ojos y te guiarán de nuevo hasta aquí. Es una casa que perdurará durante siglos. Es una casa digna de los espíritus de los muertos. Es una casa en la que permanecerás sano y salvo. Ni la guerra, ni las revoluciones, ni el fuego ni la corriente del río podrán lastimarte. Yo me dejé guiar una vez por dos sencillos dibujos: un círculo y unas piedras en forma de cruz... Dos dibujos.

Tomé buena nota de sus palabras, las cuales venían a confirmar que Lasher no era el demonio.

Subí la escalera. Esta vez había conseguido de él algo más de lo habitual, aunque era muy poco.

Al entrar en el dormitorio hallé a Katherine despierta. Estaba de pie junto a la ventana. —¿Dónde estabas? —me preguntó inquieta.

Acto seguido se arrojó en mis brazos y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Me pareció sentir la presencia de Lasher cerca de nosotros y le pedí que se me apareciera mentalmente, no bajo la forma de un hombre, a fin de no atemorizar a Katherine. Luego miré a mi hermana a los ojos, la cogí de la barbilla y la besé. En aquel momento sentí la

presión de sus pechos contra los míos, lo cual me sorprendió. Katherine llevaba tan sólo una liviana bata blanca y sentí sus pezones, su calor y el cálido vaho que exhalaban sus labios. Pero cuando retrocedí y la miré de nuevo a los ojos, sólo vi una expresión de inocencia.

Vi también a una mujer. Una mujer muy bella. Una mujer a la que había amado, que se había rebelado contra mí y me había abandonado por otro hombre. Un cuerpo al que amaba como un hermano ama a su hermana y que conocía bien debido a nuestros juegos infantiles y las numerosas veces que nos habíamos bañado juntos en el río. Sin embargo, era el cuerpo de una mujer y yo lo estrechaba entre mis brazos. Impulsivamente, la besé de nuevo, y una vez más, y otra, mientras sentía su cuerpo ardiendo contra el mío.

Me sentí asqueado. Era mi hermana menor, Katherine. Al conducirla hacia el lecho para ayudarla a acostarse, ella me miró como si se sintiera confundida, hipnotizada. ¿Acaso, en un momento de ofuscación, me había tomado por Darcy?

—No —murmuró—. Sé que eres tú. Siempre te he amado. Lo lamento. Perdona mis pequeños pecados. Cuando era una niña soñaba que nos casaríamos. Imaginaba que salíamos de la iglesia del brazo, convertidos en marido y mujer. Cuando conocí a Darcy olvidé ese estúpido sueño incestuoso.

Que Dios me perdone.

Katherine se santiguó y yo me incliné sobre ella para arroparla.

No sé lo que me sucedió. El caso es que al ver a mi hermana, con su cabello negro desparramado sobre los hombros y su pálido rostro, hacer la señal de la cruz, fui presa de un ataque de furia. —¿Cómo te atreves a jugar conmigo de ese modo? —le espeté arrojándola sobre el lecho. A través de la bata vi sus blancos y tentadores pechos.

Sin pensarlo dos veces, empecé a desnudarme mientras ella gritaba aterrada. —¡No, Julien! ¡Deténte! —exclamó.

Pero yo me abalancé sobre ella, le separé las piernas y la penetré bruscamente. —¡No, Julien! ¡Te lo ruego! —me suplicó llorando—. ¡Soy yo, Katherine!

Pero ya estaba hecho. La había forzado. Cuando terminé, me levanté y me dirigí a la ventana, sintiendo como si el corazón me fuera a estallar. No podía creer lo que había hecho. Katherine, que había permanecido tendida en el lecho, llorando suavemente, se incorporó de pronto y se arrojó en mis brazos, repitiendo una y otra vez mi nombre: —¡Julien! ¡Julien! ¿Qué significaba eso? ¿Que deseaba que la protegiera de mí mismo?

—Cariño mío —respondí, besándola apasionadamente.

Luego hicimos de nuevo el amor.

Nueve meses más tarde nació Mary Beth.

Nos instalamos en Riverbend, pero apenas soportaba la presencia de Katherine.

No volví a intentar hacer el amor con ella, y dudo que ella lo hubiese aceptado. Parecía como si hubiera olvidado el episodio y estuviera convencida de que la criatura que portaba en el vientre era de Darcy. Se pasaba el día rezando el rosario, rogando a la Virgen para que el hijo de Darcy naciera fuerte y sano.

Todo el mundo sabía lo que yo le había hecho a Katherine. Me había convertido en Julien el malvado. Julien había dejado preñada a su hermana. Nuestros primos me miraban como si fuera un monstruo. Tobias, el hijo de Augustin, acudió de Fontevrault para maldecirme y acusarme de ser el mismísimo demonio. Sin embargo, había otras personas que no se atrevían a echármelo en cara.

Tenía numerosos amigos aficionados, como yo, al juego ya las mujeres a quienes mi conducta les parecía un tanto extraña y poco varonil, pero que se encogían de hombros y la aceptaban. Comprendí que uno puede cometer

prácticamente cualquier pecado, siempre y cuando no trate de justificarse.

Faltaban unas semanas para el nacimiento de la criatura. La familia aguardaba impaciente el acontecimiento. ¿Y Lasher? Se mostraba tan impasible como de costumbre. Estaba siempre junto a Katherine, aunque ella no reparaba en su presencia.

—Ha sido obra suya —dijo mi madre—. Él te arrojó en brazos de tu hermana. Deja de preocuparte.

Ella tiene que tener más hijos, todo el mundo lo sabe. Es preciso que tenga una hija. ¿Por qué no iba a tenerla con un brujo fuerte y poderoso como tú? Me parece una excelente idea.

No volví a hablar de ese tema con mi madre.

No estaba seguro de que hubiera sido obra de Lasher. Ni siquiera ahora estoy convencido de ello. Sólo sé que pagué un alto precio por el placer de violar a mi hermana y que yo, Julien, que era capaz de matar a un hombre sin que me temblara el pulso, me sentía sucio, cruel y perverso.

Katherine perdió la razón antes de que naciera Mary Beth. Pero nadie se dio cuenta de ello.

Desde el día en que la violé, se convirtió en poco más que una reclusa que se dedicaba a rezar el rosario, a hablar sobre los ángeles y los santos ya jugar con los hijos pequeños de nuestros primos.

La noche en que nació Mary Beth yo me hallaba en la habitación de Katherine, la cual no cesaba de gritar, junto con un nutrido grupo de personas compuesto por las comadronas negras, el médico blarrco, Marguerite y varias sirvientas.

Al fin, profiriendo un grito desgarrador, Katherine dio a luz a Mary Beth, una niña perfecta y muy hermosa, más parecida a una diminuta mujer que a un bebé recién nacido. Quiero decir que, aunque tenía la cabeza de un bebé, ostentaba una abundante mata de cabello negro, un diente y unos brazos y piernas exquisitamente formados.

Era una niña llena de vida, según atestiguaban sus estentóreos gritos.

—Eh bien, monsieur, ésta es su sobrina —dijo el anciano médico, depositándola en mis brazos.

Mientras contemplaba a mi hija vi aparecer por el rabillo del ojo a Lasher, bajo forma gaseosa, a fin de no alarmar al resto de los presentes. De pronto, la niña sonrió como si lo hubiera visto.

Al cabo de unos segundos la niña dejó de llorar, como si súbitamente se hubiera tranquilizado. La besé en la frente, pensando: «Es una auténtica bruja. Su cuerpecito exhalaba un aroma a poder.

Inesperadamente, Lasher pronunció unas palabras que me dejaron helado:

—Te felicito, Julien. Has cumplido tu misión.

Me quedé mudo, mientras repetía mentalmente cada una de aquellas siniestras sílabas.

Disimuladamente, sin que nadie se diera cuenta, rodeé con una mano el cuello de la niña, por debajo de la manta que la cubría, y empecé a apretarle la garganta.

—No lo hagas, Julien—murmuró la voz secreta. —¿Por qué no? —respondí mentalmente—. ¿Acaso quieres que la proteja durante un tiempo? Mira a tu alrededor, espíritu. Procura mirar con la astucia de los seres humanos, no con la ingenuidad de un ángel. ¿Qué es lo que ves? Una vieja bruja, una loca y una niña. ¿Quién le enseñará lo que debe aprender? ¿Quién la protegerá cuando empiece a mostrar sus extrañas aptitudes?

—No pretendo lastimarte, Julien. Yo solté una carcajada y todos pensaron que me reía de las gracias de la niña, la cual tenía la vista fija en algo situado sobre mi hombro que nadie más veía. Se la entregué a las sirvientas, las cuales la bañaron y vistieron.

Yo salí de la habitación. «Has cumplido tu misión.» De modo que era eso, pensé furioso. Todo lo demás eran meros juegos y pamplinas. Supongo que siempre lo había sabido.

Pero también sabía que estaba rodeado de una inmensa y próspera familia, una familia formada por personas a las que estimaba y que me habían estimado antes de que cometiera aquel acto abominable, y que sin duda volverían a estimarme si lograba conquistar su perdón. En la habitación que estaba a mi espalda había una encantadora niña que me había conmovido como me conmovían todos los niños. Era mi hija, mi primogénita.

Esa niña representaba todas las cosas buenas que ofrece la vida. En aquel momento maldije al perverso espíritu del que no conseguía librarme.

Pero ¿qué derecho tenía aquejarme? ¿Qué derecho tenía a lamentarme? ¿Qué derecho tenía a avergonzarme? A fin de cuentas, había dejado que ese ser traicionero, caprichoso, pomposo y egoísta me esclavizara. Había permitido que me manipulara como había manipulado a todas las brujas, a toda la familia.

Ahora, a cambio de dejarme vivir, tenía que serle útil. No sabía cómo escapar de aquel atolladero.

No bastaba con que le enseñara a Mary Beth las artes que yo había llegado a dominar, pues él también era un excelente maestro. No, era preciso que se me ocurriera una solución antes de que fuese demasiado tarde.

Mientras reflexionaba, empezaron a llegar nuestros tíos y primos, riendo y exclamando satisfechos: —¡Es una niña! ¡Es una niña! ¡Al fin Katherine a dado a luz una niña!

De pronto me vi rodeado por un enjambre de parientes que me abrazaban y besaban. Se diría que les parecía perfecto que hubiera forzado a mi hermana. O quizás opinaban que ya había pagado por mi delito. Sea como fuere, el caso es que Riverbend se llenó de risas y voces eufóricas. Se destaparon varias botellas de champán y los músicos tocaron una alegre melodía cuando apareció la nodriza sosteniendo a la niña en brazos. Los barcos que se deslizaban por el río hicieron sonar las sirenas para unirse a nuestro visible y manifiesto jolgorio.

«¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? —pensé—. Soy un malvado. ¿Qué puedo hacer para conseguir sobrevivir e impedir que le suceda algo malo a la niña?»

La canción y la risa de mi padre hacían temblar el mundo.

—Debes ser fuerte, Emaeth —dijo con su voz aguda, pronunciando las palabras apresuradamente—.

Toma lo que necesites; puede que tu madre trate de lastimarte. Lucha, Emaeth, lucha para reunirme conmigo. Piensa en el valle y en el sol y en nuestros hijos. Emaeth vio a unos niños, miles y miles de criaturas como su padre, como ella, pues era capaz de contemplarse a sí misma, de ver sus largos dedos y sus largas piernas, y sus cabellos flotando en el agua del universo que constituía su madre.

Un universo que se había hecho demasiado pequeño para ella.

Su padre no cesaba de reír. Emaeth lo vio bailar, tal como lo veía su madre, mientras entonaba una larga y hermosa canción.

La habitación estaba llena de flores. Había flores por doquier. Su perfume se confundía con el aroma de su padre. Su madre lloró y su padre le ató las manos al lecho. Su madre se revolvió y le maldijo, y en los cielos estallaron unos truenos.

Te lo ruego, papá, sé bueno con mi madre.

—Descuida. Me marchó, hija mía —dijo su padre, transmitiéndole un mensaje secreto—. Voy en busca de comida para tu madre, para que recupere las fuerzas. Cuando llegue el momento, debes luchar para nacer, lucha contra todo lo que te oponga resistencia.

Le ponía triste pensar que debía luchar. ¿Contra quién debía luchar? ¡No sería contra su madre!

Emaeth era su madre. El corazón de Emaeth estaba unido al corazón de su madre. Cuando su madre sentía

dolor, Emaeth lo sentía también, como si alguien la empujara a través del muro del universo que su madre constituía.

Hacía unos momentos, Emaeth hubiera jurado que su madre sabía que ella estaba ahí. Que por un instante su madre había comprendido que la llevaba en su vientre, pero luego su madre y su padre habían empezado a pelearse de nuevo.

Al cerrarse la puerta, cuando el aroma de su padre se desvaneció y las flores se agitaron y se estremecieron en la penumbra de la habitación, Emaeth oyó llorar a su madre.

No llores, mamá, por favor. Me pongo muy triste cuando te oigo llorar. El mundo está lleno de tristeza. ¿Puedes oírme realmente, cariño? ¡Su madre sabía que estaba ahí! Emaeth se volvió en su pequeño universo, empujó el techo del mismo y oyó suspirar a su madre.

Sí: mamá. Pronuncia mi nombre, como hace papá. Emaeth. Quiero que pronuncies mi nombre.

Emaeth.

Luego, su madre le dijo: Escucha, pequeña, tengo problemas. Es-toy débil y enferma. Estoy desnutrida. Te llevo en mi vientre y, gracias a Dios, tomas lo que necesitas para alimentarte de mis dientes, mishuesos y mi sangre. Pero estoy muy débil. Él me ha atado a la cama. Debes ayudarme. ¿Qué puedo hacer para salvarnos a las dos?

Él nos quiere, madre. T e quiere a ti y me quiere a mi. Desea llenar el mundo con nuestros hijos.

Su madre gimió.

Estáte quieta, Emaeth. Estoy enferma.

Su madre se retorció de dolor, con las piernas y los brazos atados a los pilares de la cama. El aroma de las flores le producía náuseas.

Emaeth rompió a llorar. No podía soportar la tristeza de su madre. La vio tal como la veía su padre, demacrada, ojerosa, parecía una lechuza. Emaeth vio en el impenetrable bosque a una lechuza.

Escucha, hija mía, un día saldrás de mi vientre. Nacerás y es posi-ble que yo muera ese día, Emaeth. Quizá nazcas en el preciso instante en que yo muera. ¡No, madre! Era terrible pensar que su madre podía morir. Emaeth conocía la muerte. Podía oler a los muertos. Vio a la lechuza caer al suelo traspasada por una flecha. El viento agitaba las hojas del bos-que. Emaeth conocía la muerte al igual que conocía todo cuanto le rodeaba, y el agua, y su piel, y su cabello, que acariciaba con los dedos y frotaba contra sus labios. La muerte era lo contrario de la vida. Recordaba las largas historias que su padre le contaba sobre el valle, so-bre sus deseos de que ella se hiciera fuerte para reunirse con él.

—Recuerda —le dijo un día su padre—, que no sienten la menor compasión por quienes no son de su especie. Tú también debes mostrarte cruel con ellos. Tú eres mi hija, mi esposa, mi pequeña madre.

No mueras, madre. No puedes morir. Te lo ruego.

Lo estoy intentando, hija mía. Escúchame. Tu padre está loco. Tie-en unos sueños perversos.

Cuando nazcas debes alejarte inmediata-mente de aquí. Debes alejarte de él y buscar ayuda.

Tras estas palabras, su madre empezó a llorar de nuevo, hundida y desesperada.

De pronto, Emaeth oyó girar la llave en la cerradura. Era su padre. Al cabo de unos instantes percibió el aroma de su padre y de comida.

—Toma, cariño —dijo su padre—. Te he traído zumo de naranja, leche y otras cosas muy ricas.

Luego se sentó en la cama, junto a su madre.

—Ya falta poco —dijo—. La criatura se mueve mucho y tus pechos vuelven a estar llenos de leche.

La madre de Emaeth profirió un grito. Él le tapó la boca y ella trató de morderle la mano.

Emaeth rompió a llorar. Era terrible. N o soportaba esa oscuridad y ese estrépito que se cernía sobre su horizonte.

¿Qué clase de lugar era el mundo que la hacía sufrir de esa forma? No era nada.

Emaeth deseaba meterles a ambos algo en la boca para que dejaran de hablar. Empujó de nuevo el techo de su mundo. Imaginó que había nacido, que era una mujer adulta que corría hacia uno y hacia otro, metiéndoles unas hojas en la boca para que no pudieran seguir hiriéndose con las palabras. —¡Insisto en que te bebas el zumo de naranja y la leche! —gritó su padre, furioso.

—Sólo comeré si me desatas. Deja que me incorpore.

Por favor, papá. Sé bueno con mi madre. Está muy triste. Es preci-so que mamá se alimente. Está desnutrida. Está débil.

De acuerdo, cariño. Su padre tenía miedo. No podía abandonar de nuevo a su madre sin comida y sin agua.

Cortó las ataduras que sujetaban a su madre al lecho.

Su madre flexionó los brazos y las piernas, se levantó y se dirigió al baño, el cual estaba iluminado y lleno de objetos relucientes. Emaeth percibió el olor del agua, de los productos químicos que ésta contenía.

Tras cerrar la puerta del baño, su madre cogió una placa de porcelana blanca de la parte posterior del retrete. Emaeth conocía esas cosas porque su madre las conocía, aunque no entendía muy bien su significado. La placa era pesada y dura. Su madre tenía miedo. Su madre alzó la placa de porcelana, que parecía una lápida.

En aquel momento su padre abrió la puerta del baño y su madre le golpeó en la cabeza con la placa de porcelana. Su padre gritó. No lo hagas, madre, dijo Emaeth, profundamente angustiada.

Su padre cayó al suelo en silencio, sin quejarse, como si soñara. Su madre le golpeó de nuevo con la placa de porcelana. Su padre cerró los ojos mientras un hilo de sangre manaba de sus oídos y se sumió en el sueño. Su madre retrocedió, sollozando, y dejó caer la placa de porcelana al suelo.

Pero al mismo tiempo su madre se sentía aliviada, llena de esperanza. Pasó por encima del cuerpo de su padre, tropezando con él y casi cayendo al suelo, salió precipitadamente del baño, recogió su ropa y el bolso del armario, el bolso, sí, tenía que llevarse el bolso, y echó a correr descalza por el pasillo. Emaeth empezó a saltar y brincar dentro del vientre de su madre, tratando de sujetarse a los muros de su pequeño universo.

Luego bajaron en el ascensor. Emaeth se sentía muy alegre. Al fin habían abandonado las cuatro paredes de la habitación. Su madre se vistió apresuradamente mientras murmuraba unas palabras incomprensibles y se enjugaba las lágrimas. Se puso un jersey rojo y una falda, pero no conseguía abrochársela y se estiró el jersey sobre el vientre para disimular. ¿Adónde se dirigían?

Madre, ¿qué le ha sucedido a papá? ¿Adónde vamos?

Papá quiere que nos marchemos. Debemos irnos. Estáte quieta y ten paciencia.

Su madre no le decía la verdad. A lo lejos, Emaeth oyó a su padre murmurar su nombre.

Su madre se detuvo unos instantes antes de salir del ascensor. Sentía un dolor insoportable.

Emaeth suspiró y trató de encogerse para no causarle sufrimientos a su madre, pero el espacio de su universo era, cada vez más reducido. De pronto, su madre gimió de dolor, se cubrió los ojos con la mano y se apoyó en la pared.

No te caigas, mamá. Su madre se puso los zapatos, atravesó apresuradamente la puerta de cristal y echó a correr con el bolso colgado del hombro. Pero no llegó muy lejos. Pesaba demasiado. Al cabo de unos metros se detuvo sujetándose el vientre, abrazando a Emaeth.

Te quiero, mamá.

Yo también te quiero, hija. Pero debo reunirme con Michael.

Su madre pensó en Michael, un hombre amable y corpulento, muy distinto de su padre, tratando de recordar

su rostro sonriente, su cabello oscuro. «Es un ángel, él nos salvará», dijo. Al cabo de unos minutos Emaeth sintió que su madre recobraba la calma, que se sentía de nuevo alegre y esperanzada. Emaeth también se alegró.

Por primera vez Emaeth notó que su madre se sentía feliz al pensar en Michael.

Pero, en medio de esa maravillosa sensación de calma, mientras Emaeth permanecía con la cabeza apoyada contra su madre y ésta la sostenía con sus manos, Emaeth oyó de pronto la voz de su padre.

Papá se ha despertado. Oigo su voz. Nos está llamando, mamá.

Su madre cruzó la calle entre los vehículos que pasaban junto a ella a toda velocidad y echó a correr hacia un gigantesco camión que se alzaba ante ella como un muro de acero reluciente. El conductor la miró furioso.

Sí, cariño, ya lo he oído.

Tras grandes esfuerzos, su madre consiguió encaramarse al estribo del camión y abrir la puerta de la cabina.

—Por favor, señor, lléveme a donde sea. ¡Tengo que huir de aquí! —dijo su madre, sentándose junto al conductor y cerrando la puerta del vehículo—. ¡Apresúrese! Estoy sola, no voy a hacerle ningún daño. ¿Dónde estás, Emaeth?

—Debe acudir inmediatamente aun hospital, señora. Está enferma —respondió el conductor, obedeciendo. El camión arrancó con un inmenso rugido. Emaeth notó que su madre se sentía mareada a causa del ruido y el traqueteo del camión. Sentía un dolor circular. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Tu madre me ha lastimado, Emaeth.

Papá nos está llamando, mamá.

Si me quieres, no le respondas, cariño.

—La llevaré al hospital general de Houston, señora.

Su madre quería protestar, pedirle al conductor que la llevara lejos de allí, pero no podía articular palabra. Tenía

náuseas, notaba un sa-bor a sangre. Sentía un dolor desgarrador. Emaeth también lo sentía.

La voz de su padre sonaba muy remota. No pronunciaba ninguna palabra, tan sólo emitía gemidos.

—Lléveme a Nueva Orleans —consiguió decir al fin su madre—. Vivo allí. Lléveme a casa de los Mayfair, en la esquina de las calles Primera y Chestnut.

Emaeth sabía lo que sabía su madre. Michael estaba allí. Emaeth deseaba hablar con el conductor, decirle que su madre estaba muy enferma. Temía que su madre se pusiera a vomitar, haciendo que percibiera de nuevo aquel olor nauseabundo. Tranquilízate, mamá. Ya no oigo la voz de papá.

—Debo reunirme con Michael Curry en Nueva Orleans. Él le pagará el viaje. Le dará lo que le pida. Yo le pagaré. Puede telefonarle. Mire... Nos detendremos más adelante para telefonarle, cuando hayamos salido de la ciudad, pero...

Su madre sacó dinero del bolso, un grueso fajo de billetes, y el conductor la miró asombrado, como si los ojos fueran a saltársele de las órbitas, pero procurando no alarmarla, deseoso de ayudar a aquella mujer joven y bonita. —¿Nos dirigimos al sur? —preguntó su madre, sintiendo que volvía a invadirla una sensación de náuseas y un dolor que casi le mipedía hablar.

Emaeth también experimentaba un intenso dolor, el peor que había sentido hasta entonces.

Empezó a dar patadas, aunque no pretendía herir a su madre.

La voz de su padre se había esfumado entre el estrépito de los vehículos y el resplandor de los faros. El mundo que las rodeaba era inmenso.

—Sí, nos dirigimos al sur —respondió el conductor—. Pero preferiría llevarla al hospital, señora.

Su madre cerró los ojos. La luz se apagó en su mente. Incluyó la cabeza y se quedó dormida. El dinero yacía en su regazo y en el suelo del camión, sobre los pedales. El

conductor comenzó a recoger los billetes lentamente, sin apartar la vista de la carretera. Vehículos, carretera, letreros, autopista, Nueva Orleans, el sur...

—Michael-dijo su madre—. Michael Curry. Nueva Orleans. Pero creo que el número de teléfono figura bajo el nombre de Mayfair amp; Mayfair. Llame a Mayfair amp; Mayfair.

Suponían que Alicia Mayfair, llamada Cici, había sufrido un aborto hacia las cuatro de la tarde.

Hacía más de tres horas que había muerto cuando llegó Mona. Por supuesto, habían verificado su identidad antes de dejarla pasar. La enfermera dijo que no había querido despertarla. Y Anne Marie había entrado y salido varias veces de la habitación, antes y después de que Alicia falleciera.

Nadie había visto a ninguna persona sospechosa entrar en su habitación. Era una suite privada.

Leslie Anne Mayfair telefoneó a las mujeres de la familia. Ryan hizo varias llamadas desde su despacho y encargó a su secretaria, Carla, que telefonara a una lista de personas.

Cuando al fin consiguió liberarse de sus parientes, que se precipitaban sobre ella para abrazarla y besarla, Mona se encerró en su habitación. Luego se quitó el vestido blanco y se arrancó el lazo del pelo.

No podía llamar a Michael y pedirle que acudiera. Como es natural, el teléfono estaba continuamente ocupado.

Vestida únicamente con el sujetador y las braguitas, Mona registró su armario en busca de unas prendas más apropiadas que ponerse, pero no encontró nada adecuado. A continuación abrió la puerta y se dirigió a la habitación de su madre sin que nadie la viera. Las voces de los presentes resonaban en la escalera y el descansillo. Mona oyó cerrarse la portezuela de un coche y los sonoros sollozos de la anciana Evelyn.

Mona abrió el armario de Cici. Su madre sólo medía un metro cincuenta y cinco, y Mona era casi de su misma talla. Rebuscó entre los vestidos y trajes de chaqueta hasta que encontró una falda que su madre decía que le quedaba

demasiado corta. A Mona le sentaba perfectamente. Luego se puso una blusa de volantes, como las que Cici solía lucir todos los días entre las nueve y las once de la mañana, antes, de empezar a beber y de ponerse el camisón para ver los seriales de la tele tumbada en el sofá del salón.

Cici ya no podría hacer eso, pues estaba muerta. Mona sintió que la cabeza le daba vueltas. La ropa olía a su madre. De pronto recordó el olor que había notado en el hospital. No, aquí no lo percibía.

Mona se miró en el espejo. Parecía una mujercita. Cogió el cepillo de Cici, se cepilló el pelo y se lo recogió con un pasador, como solía hacer Cici.

Durante unos breves instantes, en una fracción de segundo, creyó ver a su madre. Mona soltó un gemido. Deseaba que fuera cierto. Pero en el espejo sólo vio reflejada su imagen, con el pelo recogido y ofreciendo un aspecto de mujer hecha y derecha. Cici solía usar un lápiz de labios rosa, pues decía que le temblaba el pulso y cuando se pintaba con un color rojo fuerte parecía un payaso.

Mona cogió la barra y se pintó los labios.

Luego atravesó de nuevo el pasillo, se encerró en su cuarto y encendió el ordenador. Al aparecer el menú clásico del directorio WordStar en la brillante pantalla verde, Mona oprimió una tecla para crear un nuevo subdirectorio llamado \WS\MONA\AYUDA.

Tras pasar al nuevo directorio, pulsó la tecla para crear un archivo llamado A yuda y entró en el mismo.

«Me llamo Mona Mayfair y hoy es el 3 de marzo. Escribo este documento para quienes lo lean después de mi muerte y no comprendan lo ocurrido. Una maldición persigue a las mujeres de nuestra familia. Éstas han sido advertidas, pero creen que se trata de una enfermedad. No lo es, es algo mucho peor, algo que nadie puede llegar a imaginar. »Deseo ayudar a prevenir a las mujeres.»

Tras archivar el documento, éste desapareció silenciosamente dentro del aparato. Mona permaneció

sentada ante el ordenador, cuya pantalla seguía brillando en la oscuridad, escuchando el ruido del tráfico de la avenida. Al parecer, se había producido un atasco. En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta.

Mona se dirigió a la puerta y descorrió el cerrojo. Unos pequeños fragmentos de pintura cayeron sobre sus dedos.

—Estoy buscando a Mona. ¡Pero si eres tú! No te había reconocido —dijo la tía Bea—. ¡Pobrecita! ¿Fuiste tú quien halló muerta a tu madre? —Sí, pero no te preocupes, estoy bien —contestó Mona—.

Tienes que comunicar a todos que mamá ha muerto.

—Eso estamos haciendo, cariño. Anda, baja conmigo. Deja que te ayude.

—Ninguna de nosotras debe permanecer a solas, ni siquiera en su cuarto —dijo Mona, echando a caminar hacia la escalera—. Ninguna de nosotras debe permanecer a solas —repitió.

El vestíbulo estaba atestado de miembros de la familia Mayfair. En el ambiente flotaba una densa nube formada por el humo de los cigarrillos, que se mezclaba con el aroma a café. Todos lloraban y sollozaban. —¿Dónde están las galletas, querida? —¿Es cierto que la encontraste muerta, Mona? —¡Pobre Mona!

—Cici y Gifford eran casi como mellizas.

—Te equivocas, no sucedió así.

—No se trata de una enfermedad —dijo Mona.

Bea se apoyó en el hombro de Mona, triste y desconcertada.

—Eso es lo que dijo Aaron. Incluso han avisado a las mujeres que se encuentran en Nueva York y California.

—Sí, las han avisado a todas. —¡Dios mío! —exclamó Bea inopinadamente—. Carlotta tenía razón. Debimos quemar esa casa. La maldición procedía de esa casa, ¿no es cierto?

—Aún no ha terminado, querida Beatrice —respondió Mona, bajando la escalera.

Cuando llegó a la planta baja se dirigió directamente al baño, cerró la puerta con llave y rompió a llorar. —¡Maldita sea, mamá! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Pero enseguida se le pasó. No había tiempo que perder. Se había producido otra muerte. Mona oyó unas voces histéricas, seguidas de un portazo y un grito. Sí, se había producido otra muerte.

A través de la gruesa puerta de madera, Mona oyó a Ryan pronunciar su nombre entre el vocerío del resto de los presentes. A mediodía habían hallado el cadáver de Lindsay Mayfair en Houston, en el estado de Tejas. Su familia acababa de comunicarles la noticia.

Mona salió del baño. Alguien le entregó un vaso de agua y duran-te unos minutos lo contempló fijamente, sin saber qué hacer. Luego se la bebió de un trago.

—Gracias —dijo. —¿Te has enterado de lo de Lindsay? —le preguntó Pierce, con los ojos enrojecidos.

—Escuchad —dijo—, no se trata de una enfermedad. Es una persona. Las ha matado una persona.

Todas las mujeres Mayfair deben reunirse en una casa, en la ciudad donde vivan, y permanecer juntas. Ninguna de ellas debe salir sola bajo ningún concepto. Esta situación no durará mucho.

Conseguiremos resolver el problema. Somos muy fuertes...

Mona se detuvo. Sus parientes la escuchaban guardando un respe-tuoso silencio.

—Es una sola persona —dijo Mona despacio.

Sólo la tía Evelyn seguía llorando en un rincón.

—Hijas más, hijas más... —repetía sin cesar.

Acto seguido rompió a llorar Bea, y Mona también.

—Debéis intentar dominaros —dijo Pierce—. Os necesito.

Las otras siguieron llorando, pero Mona se enjugó las lágrimas y recobró la compostura.

PROSIGUE LA HISTORIA DE JULIEN

Los días inmediatamente posteriores al nacimiento de Mary Beth fueron los peores de mi vida. Si alguna vez he poseído una visión moral, fue entonces. Ignoro la causa y, dado que no constituye el tema de mi relato, no me detendré en ello.

De niño me había acostumbrado a la muerte violenta, a las artes mágicas y al mal mucho antes de tener tiempo y edad suficiente para analizar tales fenómenos. Posteriormente, la guerra, el abandono por parte de mi hermana y su violación me habían confirmado lo que sospechaba: que necesitaba algo importante, profundo y valioso para ser feliz. La riqueza no bastaba, ni tampoco los placeres de la caren. Si mi familia no conseguía prosperar no me dejarían vivir. Y yo quería vivir. No estaba dispuesto renunciar a la vida, los placeres y el dinero. Sentía tantos deseos de vivir como mi pequeña hija, Mary Beth.

Por encima de todo, deseaba llegar a conocer y amar a mi hijita. Por primera vez comprendí el motivo de que tantas leyendas y cuentos de hadas estuvieran tejidos en torno aun niño, un heredero, el fruto de una pareja que se ama.

Pero no deseo extenderme sobre ese particular. Supongo que imaginan lo que sentía. Mi vida pendía de un hilo y no quería perderla. ¿Qué podía hacer?

La respuesta llegó al cabo de pocos días. Lasher no se apartaba de la cuna de Mary Beth, quien, a través de sus ojitos, le daba fuerzas y le dotaba de un cuerpo sólido.

Permanecía constantemente junto a ella, cubriéndola de mimos y arrumacos. Para colmo, cuando aparecía fingía ser yo. Iba vestido como yo, imitaba mis gestos e incluso, por decirlo de algún modo, mi encanto.

Tras pedirle a la orquesta que tocara una melodía —un recurso inevitable, pero que había empezado a detestar tanto como un dolor de muelas—, traté de hablar con Marguerite sobre Lasher, sobre lo que era y lo que todos sabían de él.

Mi madre respondió de forma incoherente, asegurándome que era capaz de conseguir que las plantas crecieran, curar heridas y preparar unas pócimas que le proporcionarían la eterna juventud.

—Lasher se convertirá un día en un hombre de carne y hueso, y si él consigue regresar a la tierra, nosotros también. Los muertos pueden regresar a través de la misma puerta. — ¡Qué idea más espantosa! —repliqué yo.

—Eso lo dices porque no estás muerto. —¿Acaso pretendes poblar la tierra de muertos? ¿Dónde vamos a meterlos?

Furiosa, mi madre contestó: —¿Por qué me haces tantas preguntas? Te expones aun grave peligro. ¿Acaso crees que Lasher no es capaz de eliminarte? Por supuesto que es capaz. Calla y haz lo que debes hacer. Estás rodeado de vida. ¿Qué más quieres?

Regresé a la ciudad y me dirigí a mi apartamento de la calle Dumaïen. Recuerdo que llovía, al igual que la noche en que fui a la casa de la calle Primera. La lluvia siempre conseguía calmar mis nervios y hacer que me sintiera optimista. Abrí la puerta que daba acceso al porche, dejando que penetrara la lluvia y manchara la balaustrada de hierro y las cortinas de seda. ¿Qué más daba? De haberlo deseado, hubiera podido revestir toda la casa de oro.

Me tumbé en la cama, con las manos enlazadas en la nuca y una bota apoyada en uno de los pilares del lecho, y comencé a repasar mentalmente mis numerosos pecados...

No eran pecados provocados por la pasión, sino fruto del vicio y la crueldad.

«Has entregado tu alma a ese diablo —pensé—. ¿Qué más puedes darle? Puedes prometerle que protegerás a la niña, pero ella ya ha advertido su presencia. Él sabe que puede enseñarle sus trucos.»

Al cabo de un rato, cuando la lluvia cesó y los rayos de la luna in-vadían la habitación de la calle Dumaine, se me ocurrió la respuesta a mi pregunta.

Le cedería mi forma humana. Puesto que ya se había apoderado de mi alma, ¿por qué no entregarle la forma que imitaba continuamente? Le ofrecería la posibilidad de apoderarse de mi cuerpo.

Por supuesto, corría el riesgo de que Lasher tratara de mutarme y me matara. Pero en todos los experimentos que habíamos realizado siempre requería la ayuda de mi madre y la mía a fin de conseguir una mutación. Ni siquiera era capaz de conseguir por sí mismo mutar las plantas o hacer que se abrieran.

Decidí que en realidad no corría un grave peligro, pues dejaría que viviera, caminara y bailara dentro de mi cuerpo, que viera a través de mis ojos, pero no que intentara mutarme.

Así pues, sin saber si podría oír mi voz a tantos kilómetros de distancia, le llamé.

Al cabo de unos segundos apareció junto al espejo ovalado que había en el rincón. Por primera vez, vi su imagen reflejada en un espejo. Me asombraba no haber pensado en algo tan simple. Tras dirigirme una sonrisa, se esfumó al instante, pero me fijé en que iba impecablemente vestido, con ropas idénticas a las que lucía yo. —¿Deseas convertirte en un hombre de carne y hueso?-le pregunté—. ¿Deseas ver a través de mis ojos? ¿Deseas que me tienda en la cama y deje que te apoderes de mí y me manipules a tu antojo mientras tengas fuerzas para ello? —¿Estás dispuesto a hacer eso por mí?

—Supongo que mis antepasadas debieron de hacerte una proposición similar. Imagino que Deborah y Charlotte te invitaron a que te adueñaras de ellas.

—No te burles de mí, Julien —respondió Lasher con voz fría y silenciosa—. Sabes que no puedo apoderarme del cuerpo de una mujer.

—Un cuerpo es un cuerpo —contesté yo.

—Yo no soy una mujer.

—Te ofrezco la oportunidad de apoderarte del cuerpo de un va-rón. Quizás era mi destino. Ven, te invito a apoderarte de mí. Estoy a tu disposición. Siempre hemos estado muy unidos.

—No te burles —insistió—. Cuando te hago el amor, somos como dos hombres haciendo el amor.

Yo sonreí, pero no dije nada. Me divertía su exhibición de orgullo masculino, la cual encajaba perfectamente con la opinión que yo tenía de ese ser infantil y caprichoso. Lo odiaba con toda mi alma, pero procuré disimularlo pensando en sus besos y caricias.

—Más tarde dejaré que me hagas el amor —dije.

—Te advierto que será una experiencia muy dura.

—No me importa, estoy dispuesto a hacerlo por ti. Te debo muchos favores.

—Pero al mismo tiempo me temes.

—Sí, es cierto. Deseo vivir. Quiero educar a Mary Beth. Es mi hija.

Silencio.

—Apoderarme de ti... —dijo Lasher.

—Así es. —¿No intentarás provocarme haciendo gala de tu poder?

—Procuraré comportarme como un perfecto caballero.

—Eres muy distinto de una mujer. —¿A qué te refieres?
—pregunté con curiosidad.

—No me amas como ellas.

—Puede que tengas razón —contesté—, pero te aseguro que soy capaz de conseguir que ambos alcancemos la meta

que nos hemos propuesto. Aunque las mujeres sean demasiado púdicas para decir esas cosas, intuyo que poseen otros medios para alcanzar sus fines.

—Qué risa.

—Podrás reírte cuando te hayas apoderado de mi cuerpo. Te lo garantizo.

Un profundo silencio cayó sobre la habitación. Las cortinas colga-ban inertes. La lluvia cesó. La galería brillaba bajo la luz de la luna. Sentí un vacío en mi interior y el vello se me erizó. Me incorporé, tratando de prepararme, aunque no sabía exactamente qué iba a suceder. Súbitamente el espíritu se abalanzó sobre mí, rodeándome y cercándome. Me sentía mareado, como si estuviera borracho, mientras todos los sonidos externos se fundían en un impresionante rugido.

Me hallaba de pie, caminando torpemente. Todo estaba oscuro, tenebroso; de pronto vi una escalera, la reluciente calzada, unas per-sonas que pasaban junto a mí agitando la mano, ya través de un océano de agua oí unas voces que decían: «¡ Eh bien, Julien! »

Sabía que estaba caminando, pero no notaba el suelo bajo mis pies; no tenía sentido del equilibrio, no sabía si caminaba hacia arriba o hacia abajo. Estaba aterrado, pero traté de dominarme. No intenté luchar contra él, no opuse la menor resistencia, y al cabo de unos segundos noté que perdía el conocimiento.

Mi mente estaba sumida en el caos, en un estado de confusión que duró una eternidad.

Cuando recobré el sentido eran las dos de la mañana. Me hallaba sentado en un café de la calle Dumaine, ante una mesita de mármol, fumando un cigarrillo. Estaba agotado y me dolía todo el cuerpo. De pronto me di cuenta de que me estaba mirando el camarero, el cual me preguntó por sexta vez: —¿Desea otra copa antes de que cerremos, monsieur?

—Sí, tráigame una copa de ajenjo —respondí con voz ronca y profunda.

Estaba hecho polvo.

—Maldito hijo de puta —dije con mi voz secreta—. ¿Qué me has hecho?

Pero no hubo respuesta. El espíritu estaba demasiado extenuado para contestar. Se había apoderado de mí durante horas, corriendo de aquí para allá bajo mi forma humana. Tenía la ropa y los zapatos cubiertos de barro. Llevaba los pantalones mal abrochados, señal evidente de que me los había quitado y vuelto a poner apresuradamente. De modo que nos habíamos corrido una juerguecita, ¿eh? Confiaba en que la mujer con la que me había acostado no me hubiera pegado ninguna enfermedad venérea.

Apuré la copa de un trago y al levantarme por poco me caí. Me dolía el tobillo derecho y tenía sangre en los nudillos, como si me hubiera peleado con alguien.

Tras no pocos esfuerzos, conseguí llegar a mi apartamento de la calle Dumaine. Mi mayordomo, Christian, un negro que tenía sangre de los Mayfair, un hombre muy inteligente y sarcástico al que pagaba unos elevados honorarios, se apresuró a atenderme.

Cuando le pregunté si me había preparado la cama, respondió:

—Pues claro.

Me desplomé sobre ella y dejé que Christian me desnudara. Luego le pedí que me trajera una botella de vino.

—Ya ha bebido bastante.

—Tráeme la botella de vino o te estrangulo —dije.

Cuando me la trajo, le ordené:

—Ahora déjame solo.

Christian obedeció.

Permanecí tendido en la oscuridad, bebiendo y tratando de recordar lo que había hecho: la calle, la sensación de embriaguez, las voces que sonaban a través del agua... Poco

a poco empecé a recordar algunas escenas, dotadas de la familiaridad que poseen las cosas que recordamos. Recordé que había bajado hasta el valle y, tras congregarse a una nutrida multitud, nos habíamos dirigido en procesión hacia la catedral. La catedral estaba más hermosa que nunca, decorada con lazos y ramas.

Yo sostuve al Niño Jesús en brazos, mientras escuchaba las exultantes voces del coro y las lágrimas resbalaban por mis mejillas. «He vuelto a casa», pensé. Alcé la vista y contemplé la inmensa vidriera del santo. Sí. Estaba en manos de Dios y del santo.

De pronto me desperté sobresaltado. ¿Qué recuerdo era ése? Sabía que estaba en Escocia, concretamente en Donnelaith. Y sabía que lo que acababa de recordar había sucedido hacía varios siglos. Sin embargo, el recuerdo era claro y nítido, como si hubiera ocurrido hacía poco.

Me acerqué al escritorio y empecé a escribir todo cuanto recordaba. De pronto apareció el espíritu, débil y vagamente, sin una forma sólida. —¿Qué haces, Julien? —preguntó. Su voz apenas era un murmullo.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —respondí—. ¿Te has divertido?

—Sí, mucho. Me gustaría repetirlo ahora mismo, pero me siento demasiado débil.

—No me extraña. Anda, esfúmate. Yo también estoy cansado. Descuida, volveremos a hacerlo... —...tan pronto como sea posible.

—De acuerdo. Ahora márchate, bribón.

Guardé las cuartillas en un cajón del escritorio, me acosté y caí profundamente dormido. Cuando me desperté había amanecido y comprendí que había estado de nuevo en la catedral. Recordaba el rosetón. Recordaba la estatua del santo sobre su tumba. Y el coro de voces cantando... ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso ese demonio era en realidad un santo? No, era imposible. En todo caso, quizá se

tratara de un ángel caído. O quizás había servido a un santo, al que veneraba, y luego... ¿qué?

El hecho es que no cabía duda de que se trataba de unos recuerdos mortales. El espíritu recordaba haber sido un hombre de carne y hueso; conservaba esos recuerdos, los cuales me había transmitido a mí, que era acaso el único que podía analizarlos. Lasher sabía que existían esos recuerdos de cuando era un ser de carne y hueso, pero era inca-paz de pensar. Nos utilizaba a nosotros para pensar. Sólo yo podía explicarle esos recuerdos.

En aquel momento se me ocurrió una idea. Procuraría recordar cada vez más cosas. Sería Lasher, conocería a Lasher y al final conseguiría averiguar la verdad sobre él. La verdad era lo único que podía ayudarme. «Eres un fantasma despreciable y perverso —pensé—. Tu única ambición es renacer.

No tienes ningún derecho. Has vivido, pero no eres un ser sabio y eterno. ¡Vete al infierno y desaparece para siempre de la faz de la tierra!»

Estaba tan cansado que el sueño me venció de nuevo y dormí durante todo el día.

Al anochecer partí hacia Riverbend. Mandé llamar a los músicos y les ordené que tocaran canciones del estilo dixie. Luego me senté junto a mi madre y le relaté mi experiencia. Mi madre se negó a aceptarlo.

—En primer lugar, se trata de un espíritu poderoso e inmemorial —dijo.

—Te equivocas.

—Se dará cuenta de que luchas contra él y te matará.

—Que lo intente.

No volví a hablar del tema con mi madre. En realidad, creo que no volví a dirigirle la palabra, aunque supongo que ella ni siquiera se per-cató.

Luego me dirigí a la habitación de mi hija. Como de costumbre, Lasher estaba junto a su cuna. Lo vi durante unos segundos. Iba vesti-do como yo, con la ropa cubierta

de barro, tal como había llegado a mi casa después de mis correrías nocturnas. «Idiota», pensé, sonriendo. —¿Deseas apoderarte de nuevo de mi cuerpo?

—No, debo permanecer junto a la niña —respondió—. Es preciosa. Posee tus dotes mágicas y las de la madre de su madre y la madre de aquélla. ¡Y pensar que estuve apunto de aniquilarte!

—Habría sido una estupidez, ¿no es cierto? ¿Qué pudiste averiguar al apoderarte de mí?

Lasher guardó silencio durante unos minutos. De pronto apareció bajo una forma más nítida, idéntico a mí. Me miró fijamente, sonriendo, y luego intentó soltar una carcajada, pero no consiguió emitir ningún sonido. Enojado, se esfumó. Pero era evidente que cada vez se parecía más a mí, que estaba enamorado de mi forma.

Di media vuelta y me marché. Comprendí lo que debía hacer. Analizar el problema cuando el espíritu estuviera ocupado con la niña. Y dejar que se apoderase de mí tantas veces como deseara, mientras yo pudiese soportarlo.

Los meses transcurrieron sin novedad. El día del primer cumpleaños de Mary Beth celebramos una gran fiesta. La ciudad comenzaba a prosperar de nuevo; las sombras de la guerra habían desaparecido. Muchas familias habían recuperado su fortuna. En el centro de la ciudad se construían unas mansiones fabulosas.

Lasher solía apoderarse de mi cuerpo una vez a la semana.

Era una experiencia agotad ora para ambos, que duraba unas cuatro o cinco horas. En ocasiones, cuando recobraba el sentido, me encontraba en la cama con una mujer o bien con otro hombre, lo cual indicaba que Lasher tenía unos gustos tan eclécticos como los míos.

Sin embargo, yo no era como el doctor Jekyll y mister Hyde. Lasher, cuando se hallaba dentro de mí, se comportaba con todo el mundo con una amabilidad exquisita. Casi como un ser angelical.

—Anoche fuiste muy bueno conmigo —me dijo en cierta ocasión una amante—. Me regalaste un magnífico collar de perlas. ¡Qué generosidad!

Asimismo, era evidente que cuando él se apoderaba de mí la gente me tomaba por un impenitente borracho. Adquirí fama de crápula. Yo no solía emborracharme, pues me disgustaba perder el control, pero al parecer Lasher era un alcohólico. Así pues, no tuve más remedio que acostumbrarme a las recriminaciones y las sonrisas burlonas.

—Anoche estabas como una cuba —me decían los amigos. —¿De veras? No lo recuerdo.

Las visiones de la catedral me obsesionaban. Veía las verdes colinas y el castillo con tanta claridad como si los contemplara a través de una ventana. Veía el valle y la niebla, hasta que de repente se apoderaba de mí una angustiosa sensación que me ofuscaba y me impedía profundizar en el. Recuerdo. También experimentaba en ocasiones un dolor indescriptible.

No me molesté en hablar de ello con Lasher. En cuanto a sus propias experiencias cuando se apoderaba de mi cuerpo, al parecer se trataba más bien de unas experiencias puramente sensuales.

Comía, bebía, bailaba, fornicaba y se peleaba. En ocasiones se mostraba desesperado.

—Deseo convertirme en un hombre de carne y hueso —se lamentaba amargamente.

Asimismo, cuando se hacía pasar por mí se dedicaba a recabar información, aunque no sabía qué hacer con ella. Más tarde, me comentaba con entusiasmo todo cuanto había conseguido averiguar.

Hablábamos de la situación económica, del ferrocarril y su nefasta influencia en el comercio fluvial, o sobre la moda. También hablábamos sobre fotografía, un arte que atraía poderosamente a Lasher. Solía ir con frecuencia a retratarse, tras adueñarse de mi cuerpo, aunque generalmente estaba

tan borracho que apenas se sostenía en pie. A menudo me encontraba fotos suyas en los bolsillos de la chaqueta.

Lo cierto es que esos experimentos le resultaban tan agotadores como gratificantes. Sin embargo, no se resignaba a tomar siempre prestada mi identidad, sino que estaba empeñado en adquirir una identidad propia. Por otra parte, su adoración hacia Mary Beth no conocía límites.

En ocasiones, pasaban varias semanas sin que Lasher tuviera fuerzas suficientes para apoderarse de mí. Yo, por supuesto, no me lamentaba, puesto que me costaba dos días recuperarme de la experiencia. A medida que Mary Beth iba creciendo, Lasher la utilizaba a menudo como excusa. A mí me parecía perfecto, pues había adquirido una pésima reputación y ya no era un jovencito.

Asimismo, conforme Mary Beth se convertía en una hermosa muchacha yo me sentía más amargado. Detestaba fingir que era mi sobrina en lugar de mi hija. Deseaba tener un varón. En realidad, mis gustos eran cada vez más sencillos y ambicionaba menos cosas.

No obstante, mi vida transcurría sin grandes altibajos. A pesar de las demoníacas experiencias, conservaba la lucidez. Gané mucho dinero con los nuevos negocios que monté después de la guerra: empresas de construcción, industrias, fábricas de algodón, etcétera. Aprovechaba todas las oportunidades que se me ofrecían y comprendí que, a fin de mantener la fortuna de mi familia, debía ampliar mis intereses más allá de Nueva Orleans. Nueva Orleans había atravesado épocas de prosperidad y declive, pero en cuanto puerto había perdido su pre-eminencia.

Durante los años posteriores a la guerra emprendí mis primeros viajes a Nueva York. Mientras Lasher se hallaba ocupado y satisfecho en casa, yo vivía como un hombre libre en Manhattan.

Por aquellos tiempos empecé a amasar una fortuna colosal.

Mi hermano, Rémy, se instaló en la casa de la calle Primera, y yo acudía con frecuencia a visitarlo.

Al cabo de un tiempo, convencido de que no existía motivo alguno que me impidiera poseer todo cuanto un hombre honesto podía poseer, me enamoré de mi prima Suzette, cuyo candor me recordaba a Katherine. Me dispuse a ocupar la casa de la calle Primera en calidad de dueño y señor, permitiendo que mi hermano y su familia siguieran residiendo en ella.

En los últimos tiempos había comenzado apercibir, a modo de breves destellos, nuevos pormenores relacionados con los recuerdos de Lasher. A medida que seguía «recordando» la catedral, el valle y la población de Donnelaith, las imágenes iban adquiriendo mayor nitidez. La época permanecía invariable, pero los detalles resultaban más vivos. Entre otras cosas, comprendí que la euforia que sentía en mi sueño respecto a la catedral constituía mi amor hacia Dios.

Lo comprendí con toda claridad una mañana en que me hallaba frente a la catedral de San Luis, en Jackson Square, y oí unas hermosas voces que cantaban. Entré en la catedral y vi aun grupo de preciosas niñas mulatas, o «de color», como solíamos decir en aquella época, que se disponían a recibir la Primera Comunión. Era una ceremonia impresionante. Las niñas, vestidas como novias con vaporosos trajes blancos, se dirigían en procesión hacia el altar, sosteniendo un rosario y un misal blanco entre las manos.

Mi amor por Dios. Eso fue lo que experimenté en la catedral de San Luis, en mi ciudad. Al mismo tiempo, comprendí que me había dado cuenta de ello en el valle, en la vieja catedral. De pronto me sentí aterrado. Pensé en ello todo el día, evocando ese sentimiento y acto seguido tratando de borrarlo de mi mente.

Vi unas imágenes fugaces de Donnelaith. Vi sus casas de piedra. Vi su pequeña plaza. Vi a lo lejos la catedral, la

imponente iglesia gótica. ¡Qué remotos parecían esos recuerdos!

Decidí sentarme en un café, como de costumbre, me bebí una cerveza fría y apoyé la cabeza en la pared.

Al poco rato noté la presencia invisible de Lasher. —¿En qué piensas? —me preguntó.

Se lo conté todo, detallada aunque cautelosamente.

Él guardó silencio. Parecía confundido.

Luego, tímidamente, dijo:

—Deseo convertirme en un hombre de carne y hueso.

—Lo sé —respondí—. Mary Beth y yo hemos prometido ayudarte.

—Perfecto. Quiero enseñarte cómo permanecer y cómo recobrar tu identidad. Puede hacerse, otros lo han hecho. —¿Cómo has tardado tanto en descubrirlo?

—Donde yo me encuentro el tiempo no existe —contestó—. Es un concepto. Sólo existe cuando estoy dentro de tu cuerpo, medido por el ruido y el movimiento. Pero yo estoy fuera del tiempo. Aguardo.

Veo el futuro. Veo mi regreso y el sufrimiento de todos. —¿Todos?

—Todos excepto tu clan, el tuyo y el mío. El clan de Donnelaith, al que pertenecemos tú y yo. —¿De veras? ¿Pretendes decirme que todos nuestros primos, nuestros parientes, nuestros descendientes...?

—Sí, se verán bendecidos por la fortuna, serán los más poderosos de la tierra. Serán bendecidos..

He conseguido mucho en tu época, pero eso no es nada comparado con lo que conseguiré cuando me convierta de nuevo en un hombre de carne y hueso. Seré uno de vosotros.

—Prométemelo —dije—. Júralo.

—Todos gozaréis de mi protección. Te lo prometo.

Cerré los ojos. Vi el valle, la catedral, las velas, a los aldeanos marchando en procesión, al Niño Jesús. El demonio profirió un grito de dolor.

Todo estaba en silencio. Miré a mi alrededor. Vi tan sólo la calle, el café, la puerta que se había abierto impulsada por la brisa; pero el demonio gritaba de dolor y sólo yo, Julien Mayfair, era capaz de oírlo. ¿Podía acaso mi hija, Mary Beth, oírlo también?

De improviso, Lasher desapareció. El mundo natural que me rodeaba seguía ofreciendo un aspecto reconfortante y encantador. Me levanté, me puse el sombrero, cogí el bastón, atravesé la calle Canal, que conducía al barrio americano, y entré en una iglesia. Jamás había puesto los pies en ella. Era una iglesia nueva, situada en un barrio lleno de inmigrantes irlandeses y alemanes.

Al cabo de unos instantes apareció el párroco, un irlandés. En aquellos tiempos había sacerdotes irlandeses por doquier. Estados Unidos representaba un país misionero para los irlandeses, los cuales se habían propuesto convertir al mundo ala fe católica, tal como hicieran en tiempos de san Brendan.

—Si quisiera exorcizar a un demonio, ¿convendría que supiera exactamente de quién se trata? —le pregunté sin más preámbulos—. ¿Debo intentar averiguar su nombre?

—Sí —contestó el párroco—. Pero es mejor que se encargue de ello un sacerdote. Desde luego, sería muy útil conocer su nombre.

—Eso supuse —dije.

Nos hallábamos junto a la puerta de la iglesia, situada en un recodo de la calle. Al alzar la vista vi a la derecha un jardín rodeado de una tapia. De pronto observé que las ramas de los árboles empezaban a agitarse, arrojando sus hojas al suelo. El viento soplaba con tal fuerza que incluso hizo sonar la campana en el pequeño campanario.

—Averiguaré su nombre —dije.

El viento seguía agitando violentamente las ramas de los árboles y arrastrando las hojas que se desprendían de éstas.

—Averiguaré su nombre —repetí por segunda vez.

—Sí, hágalo —dijo el sacerdote—. Existen muchos demonios. Los ángeles caídos y los antiguos dioses de los paganos, que se convirtieron en demonios cuando nació Jesús. Los duendecillos también habitan en el infierno, ¿sabe usted? —¿Los antiguos dioses de los paganos? —pregunté sorprendido.

No conocía la existencia de esa creencia teológica—. Yo creía que los antiguos dioses eran falsos, que no existían. Que el único Dios verdadero era nuestro Dios.

—Esos dioses existían, pero eran demonios. Son los fantasmas y los espíritus que turban nuestros sueños por las noches, unos seres crueles y vengativos. Al igual que los duendecillos que existen en Irlanda. Yo mismo los he visto. —¿Me permite visitar el jardín? —pregunté, entregándole un fajo de billetes.

El sacerdote los aceptó encantado y fue a abrirme la puerta de la tapia.

—Parece que se avecina una tormenta —observó, mientras el viento agitaba su sotana—. Ese árbol se va a partir.

—Entre en la iglesia —dije—. Las tormentas me gustan. Descuide, cuando me marche cerraré la puerta del jardín.

Paseé entre los árboles del pequeño jardín, un tanto abandonado y en el cual crecían maravillas y lirios de un vibrante color rosa. En una pequeña gruta, cubierta de musgo, había una imagen de la Virgen. El vendaval soplaba cada vez con mayor fuerza, sacudiendo frenéticamente las ramas de los árboles y arrancando las flores de sus lechos. Sonriendo satisfecho, apoyé la mano en el tronco de un árbol para sostenerme. —¿Qué puedes hacer contra mí? —pregunté—. ¿Cubrirme de hojas? ¿De agua de lluvia? No me importa. Cuando llegue a casa me cambiaré de ropa. Por mí puedes hacer lo que te dé la gana.

Al cabo de unos minutos el viento se calmó. Unas pocas gotas cayeron sobre el camino empedrado. Yo me agaché y cogí un lirio que yacía a mis pies.

De pronto percibí unos leves sollozos. No eran audibles, sino que los percibí en mi alma.

Era un sonido lleno de amargura, pero contenía una dignidad más terrible que una sonrisa o las muecas que solía hacer el demonio para amedrentarme. Sentí una mezcla de dolor y euforia.

Recordé unas palabras en latín, aunque desconocía su significado. Brotaron en mi mente como si yo fuera un sacerdote y recitara una letanía. De pronto oí el sonido de unas gaitas y el tañido de unas campanas.

—En Nochebuena, las campanas repican para alejar a los demonios del valle, para atemorizar a los duendes —dijo una voz. Súbitamente, el viento amainó y cesó de llover. Me hallaba solo. El jardín estaba en silencio, esto era Nueva Orleans y el cálido sol meridional resplandecía en lo alto. En aquel momento el sacerdote asomó la cabeza por la puerta de la tapia.

—Merci, mon pere —dije, alzando el sombrero.

Tras estas palabras, di media vuelta y me marché.

Las calles estaban inundadas de sol y soplaba una leve brisa. Re-gresé a la calle Primera a través del Garden District. Al llegar a casa encontré a mi hermosa Mary Beth sentada en los escalones de la entrada. Junto a ella estaba Lasher, una mera sombra, un ser compuesto de aire. Ambos parecían alegrarse de verme.

Las brillantes luces fluorescentes de la estación formaban una especie de isla en medio del oscuro terreno pantanoso. La pequeña cabina telefónica consistía en una rudimentaria estructura de plástico en torno aun teléfono cromado. Los pequeños números cuadrados estaban borrosos y Rowan no lograba distinguirlos.

El teléfono de Mayfair amp; Mayfair comunicaba continuamente.

—Por favor, inténtelo de nuevo —dijo Rowan a la telefonista—. Debo hablar con Mayfair amp; Mayfair.

Tienen más de una línea. Le ruego que insista. Dígales que es una llamada urgente de Rowan Mayfair.

—Lo he intentado, señora, pero no desean que les interrumpa.

El conductor se había montado otra vez en el camión. Rowan le oyó arrancar el motor y le hizo una señal para que esperara. Luego le dio a la telefonista otro número.

—Es el de mi casa —dijo—. Haga el favor de marcarlo, no consigo distinguir los números.

En aquel momento sintió un nuevo espasmo, parecido a los dolores menstruales, pero infinitamente peor.

—Responde, Michael, por favor...

Pero el número seguía comunicando.

—Hemos llamado veinte veces, señora.

—Es preciso que localice a alguien. Le ruego que insista. Siga lla-mando. Dígales...

La telefonista protestó, pero el ruido del motor del camión impidió que Rowan oyera lo que decía.

Del pequeño tubo situado en la parte delantera del vehículo brotaba humo.

Al volverse, el auricular cayó de sus manos y chocó con la estructura de plástico. El conductor le indicó que se apresurara.

Ayúdame, mamá. ¿Dónde está papá?

Estamos bien, Emaeth. Tranquilízate, no te pongas nerviosa. Ten paciencia conmigo.

Rowan avanzó unos pasos tras medir la distancia que la separaba del camión, utilizando éste como punto de referencia, y de pronto se desplomó en el suelo. Sintió un dolor en las rodillas y notó que estaba a punto de perder el conocimiento.

Mamá, tengo miedo.

—No te preocupes, cariño —dijo en voz alta—. Todo saldrá bien.

Rowan apoyó las manos en el suelo. Sólo se había lastimado las rodillas. Dos empleados de la gasolinera corrieron hacia ella y entre éstos y el conductor del camión la ayudaron a incorporarse. —¿Está usted bien, señora? —preguntó el conductor.

—Sí, vámonos —contestó Rowan—. Debemos apresurarnos.

Lo cierto es que sin ayuda no hubiera conseguido ponerse en pie. Se apoyó en el brazo del conductor y alzó la cabeza. A lo lejos, en el horizonte, el cielo comenzaba a teñirse de púrpura. —¿Ha podido hablar con ellos? —inquirió el conductor del camión.

—No —contestó Rowan—, pero no podemos entretenernos.

—Tengo que parar en Saint Martinville, señora. Es imprescindible. Tengo que recoger...

—Lo comprendo. Volveré a llamar desde allí. Apresúrese, se lo ruego. Vámonos de aquí.

Aquí. Una remota gasolinera junto al pantano, el cielo color púrpura, las estrellas que comenzaban a aparecer y la amplia faz de la luna.

El conductor la cogió en brazos y la instaló en el asiento. Luego se sentó junto a ella, soltó el freno de mano y dejó que el camión emitiera unos chasquidos y chirridos antes de cerrar la puerta de la cabina y pisar el acelerador. Acto seguido enfiló de nuevo la carretera. —¿Estamos todavía en Tejas?

—No, señora, en Luisiana. ¿Está segura de que no quiere que la acompañe al hospital?

—No, estoy bien.

Tan pronto como dijo eso, Rowan sintió una nueva punzada en el vientre que casi le hizo soltar un grito.

Emaeth, por el amor de Dios, no te muevas.

Pero es que el espacio es cada vez más pequeño. Tengo miedo. ¿Dónde está papá? ¿Podré nacer sin que papá esté presente?

Todavía no ha llegado el momento, Emaeth. Rowan suspiró y volvió la cabeza. El camión circulaba a ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora por la estrecha y accidentada carretera, junto a la cual había unas zanjas. A través de los árboles observó que el cielo se iba oscureciendo. Los faros del vehículo iluminaban el asfalto. El conductor comenzó a silbar. —¿Le importa que encienda la radio, señora? —preguntó.

—No —contestó Rowan.

De pronto sintió otra punzada. Por el pequeño altavoz brotaron las suaves y oscuras voces de Los Judd. Rowan sonrió. Interpretaban una música diabólica. Luego sintió otro violento espasmo que la proyectó hacia delante, obligándola a agarrarse al salpicadero. No se había puesto el cinturón de seguridad. Un descuido imperdonable en una mujer que estaba apunto de dar a luz.

Mamá... Estoy aquí Emaeth. Ha llegado el momento. Todavía no. Tranquilízate. Aguarda a que ambas estemos seguras.

Pero en aquel momento sintió un nuevo espasmo que le atravesaba el vientre y la espalda, seguido de otro, y otro

más. De pronto notó que había roto aguas y se quedó lívida. Estaba mareada, como si fuera a perder el conocimiento.

—Deténgase —le rogó al conductor del camión.

Al principio, el hombre se quedó perplejo. —¿Necesita ayuda, señora?

—No. Deténgase. ¿Ve esas luces? Pare allí. Tengo que bajar. ¡Apresúrese!

Rowan miró al conductor con aire implorante y el hombre, asustado, detuvo el vehículo. —¿Sabe quién vive allí?

—Por supuesto —contestó Rowan.

Abrió la puerta y se apeó del camión, tropezando con el estribo y casi perdiendo el equilibrio.

Tenía el vestido empapado. El asiento también debía de estar mojado y el conductor no tardaría en darse cuenta de ello. Pobre hombre. Qué espectáculo tan repugnante. Pensaría que ella se había orinado encima.

—Gracias. Ya puede marcharse —dijo Rowan, cerrando apresuradamente la puerta del camión. —¡Oiga, que se deja el bolso! —gritó el conductor—. Tenga. No, no es necesario que me dé más dinero. Ya me ha pagado el viaje.

El camión no se movió. Rowan echó a andar precipitadamente a través de la zanja, se encaramó por el talud y se adentró en el bosque, donde croaban unas ranas arbóreas. Vio ante sí unas luces y se dirigió hacia ellas. Al cabo de unos instantes oyó al camión arrancar y alejarse en el silencio del anochecer.

—No te preocupes, Emaeth, buscaré un lugar seco y cómodo. Tranquilízate y ten paciencia.

No puedo esperar. Tengo que salir, mamá.

Al poco rato llegó a un claro. Las luces que había divisado se en-contraban a la derecha, pero Rowan decidió permanecer junto a una hermosa y vetusta encina cuyas largas ramas se inclinaban trágicamente hacia el bosque, en un intento inútil de unirse a éste.

Mientras contemplaba las gigantescas y retorcidas ramas de la encina, cubiertas de musgo e iluminadas por el suave resplandor de las estrellas, Rowan sintió una profunda tristeza. ¡Qué hermoso es este paraje! Si muero, ve a reunirme con Michael. Te lo ruego, Emaeth. Rowan intentó recordar de nuevo los rasgos de Michael, el número de la casa, el número telefónico, los datos que deseaba transmitirle a la pequeña criatura que llevaba en su vientre, que sólo sabía lo que sabía ella.

No podré nacer si tú mueres, mamá. Te necesito. Te necesito, papá.

La encina se erguía inmensa y majestuosa. Rowan evocó la espléndida imagen de un antiguo bosque, en una época en que los árboles como esta encina constituían templos, y vio unos campos y unas colinas sembradas de árboles.

Debo ir a Donnelaith. Papá me dijo que fuera a Donnelaith, para reunirme allí con él.

—No, cariño —contestó Rowan en voz alta, apoyándose en el áspero y perfumado tronco de la encina. Cerca de la base, junto a sus gigantescas raíces, ofrecía un tacto pétreo, inerte, mientras que en lo alto las pequeñas ramas se agitaban mecidas por el viento—. Ve a reunirme con Michael, Emaeth.

Cuéntaselo todo. Ve junto a él.

Me duele, mamá. Duele mucho.

—Recuerda, Emaeth. Ve a reunirme con Michael.

No te mueras, mamá. Debes ayudarme a nacer. Debes darme tus ojos y tu leche para que crezca fuerte y sana.

Rowan se dirigió hacia un lugar donde la suave hierba crecía entre dos inmensas y retorcidas ramas.

Era un lugar oscuro y mullido.

Voy a morir, hija mía.

No, mamá. ¡Ayúdame a nacer!

Rowan se tendió boca arriba rodeada de hojas y musgo, mientras los violentos espasmos sacudían su cuerpo. Alzó la

vista y contempló el musgo que colgaba de las ramas de la encina y la luna suspendida en el cielo.

De pronto notó que un cálido líquido se deslizaba entre sus muslos y, a continuación, una intensa punzada y algo suave y húmedo que le rozaba el vientre. Rowan levantó la mano, incapaz de coordinar sus movimientos, incapaz de palparse el vientre. ¡Dios mío! ¿Era posible que la criatura hubiera sacado una mano para rozarle el vientre? La oscuridad se había hecho más densa y las ramas le impedían ver el cielo. De pronto, durante unos breves instantes, el resplandor de la luna iluminó un trozo de musgo, dándole un tono grisáceo. Rowan volvió la cabeza. Las estrellas caían del cielo color púrpura. «Esto es el paraíso», pensó.

—He cometido un error, un terrible error —dijo—. Mi pecado fue la vanidad. Díselo a Michael.

El dolor se hizo más lacerante, como si se extendiera por todo su cuerpo. Rowan sabía el motivo; la boca del útero se había dilatado. Sin poder evitarlo, soltó un grito. Sólo sentía el dolor, que cada vez era más intenso. Súbitamente, cesó. Rowan clavó la vista en las ramas de la encina mientras trataba de dominar sus náuseas y mover las manos para ayudar a Emaeth, pero fue inútil.

Sintió una profunda pesadez en los muslos y el vientre.. Luego notó de nuevo que algo cálido y húmedo le rozaba los pechos. —¡Ayúdame, mamá!

Vio asomar entre sus piernas una cabecita envuelta en una vaga y dulce oscuridad, como la cabeza de una monja, enmarcada por una larga y húmeda cabellera, como el velo de una monja, esforzándose en salir. —¡Ayúdame, mamá! ¡Si no me ayudas no conseguiré crecer y desarrollarme!

De pronto vio unos ojos azules que la miraban fijamente, mientras una mano húmeda le agarraba un pezón, haciendo que brotara un chorro de leche. —¡Hija mía! —exclamó Rowan—. Noto el olor de tu padre. Eres mi hijita, ¿no es cierto?

Notaba un olor sulfúreo, como el que percibió la noche en que nació él. Era un olor cálido, peligroso, como de una sustancia química, aunque nada relucía en la oscuridad. Rowan sintió que la criatura la rodeaba con sus brazos, mientras su húmeda cabellera le rozaba el pecho, y luego que unos labios le succionaban de un modo delicioso el pezón, proporcionándole un intenso goce.

El dolor había desaparecido por completo. La oscuridad de la noche la envolvía, obligándola a permanecer tendida sobre las hojas que tapizaban el suelo, sobre el lecho de musgo, debajo del exquisito cuerpo de la mujer que yacía sobre ella. —¡Emaeth!

Sí madre. Tu leche es muy sabrosa. Me gusta mucho. He nacido, mamá.

Deseo morir, Deseo que mueras, Deseo que ambas perezcamos. Deseo morir...

Pero ya no debía preocuparse. Estaba flotando, mientras Emaeth seguía mamando ávidamente.

Ni siquiera sentía sus brazos y piernas. Tan sólo aquellos labios succionándole el pezón. Cuando trató de de-cir...Lo había olvidado. «Deseo abrir los ojos. Deseo ver de nuevo las estrellas.»

—Son muy hermosas, mamá. Si no fuera por el océano que se interpone en mi camino, podrían guiarme hasta Donnelaith. Rowan quería decirle: «No, no vayas a Donnelaith», y pronunciar de nuevo el nombre de Michael, pero no podía articular palabra, ni siquiera recordaba quién era Michael ni por qué deseaba decir eso. —¡No me abandones, mamá!

Rowan abrió los ojos durante unos segundos y contempló el cielo teñido de púrpura y la alta figura que había junto a ella. ¡Era imposible que esa mujer, ese monstruo que se erguía entre las tinieblas, como una grotesca criatura que había brotado de las entrañas de la tierra, fuera su hija!

—Te equivocas, soy hermosa. No me abandones, mamá,
te lo ruego.

La situación, más que embarazosa, resultaba absurda. Lark llevaba cuarenta y cinco minutos hablando por teléfono con los del Instituto Keplinger.

—Mire —dijo el joven médico que estaba al otro lado del hilo telefónico—, aquí dice que se presentó usted mismo, que se llevó los informes y que dijo que se trataba de un asunto altamente confidencial.

—Pero si estoy en Nueva Orleans, en Luisiana. Permanecí aquí durante todo el día de ayer. Me alojo en el hotel Pontchartrain. En estos momentos me encuentro en Mayfair amp; Mayfair. ¿Pretende decirme que el material ha desaparecido?

—Así es, doctor Larkin. Se ha evaporado. A menos que exista una copia archivada en un lugar al que yo no tengo acceso... Pero no lo creo. Puedo... —¿Cómo está Mitch?

—Me temo que no podrá hablar con él, doctor Larkin. Si pudiera verlo en estos momentos, lo comprendería. Tengo a su esposa en la otra línea. Le llamaré dentro de un rato.

—No, no lo hará. Intentará eludir cualquier clase de responsabi-lidad en este asunto. Sabe perfectamente lo que ha sucedido. Alguien se ha llevado el material que Rowan Mayfair me confió y con el que estaba trabajando Flanagan. Han metido la pata. Y encima Flanagan está herido y no puedo comunicarme con él.

Su interlocutor guardó silencio durante unos instantes. Luego dijo bruscamente:

—Se equivoca, el doctor Flanagan está muerto. Falleció hace veinte minutos. Tengo que colgar, doctor. Le llamaré más tarde.

—Será mejor que encuentre los informes, junto con los resultados de todos los análisis que realizó Mitch Flanagan a

petición del doctor Samuel Larkin para la doctora Rowan Mayfair. —¿Conserva usted un comprobante del material que nos envió?

—Yo mismo los llevé al Instituto. —¿Los traje personalmente? ¿No los envió por medio de alguien que se hizo pasar por usted? ¿Como la persona que se los llevó ayer fingiendo que era el doctor Larkin? De acuerdo. En estos momentos estoy contemplando un vídeo de ese individuo. Se presentó ayer, a las cuatro de la tarde.

Es alto, moreno y de aspecto jovial. Muestra a la cámara su tarjeta de identificación, un permiso de conducir expedido en California que dice doctor Samuel Larkin. ¿Insiste usted en que se llama Samuel Larkin y que se encuentra en Nueva Orleans?

Lark se quedó mudo. Al cabo de unos instantes, carraspeó.

Al alzar la cabeza su mirada se cruzó con la de Ryan Mayfair, que le observaba desde un rincón del despacho. Los otros aguardaban en la sala de conferencias: una colección de rostros distantes y solemnes sentados alrededor de una mesa de caoba.

—De acuerdo, doctor Barry como se llame —contestó Lark—. Haré que mi abogado le envíe una detallada descripción de mi persona y una fotocopia de mi pasaporte, permiso de conducir y tarjeta de identificación de la Universidad. Comprobaré que no soy el individuo que aparece en el vídeo. Le ruego que no pierda esa cinta. No se la entregue a nadie, aunque le diga que es la reencarnación de J.

Edgar Hoover. En efecto, soy Samuel Larkin, y cuando hable con Martha Flanagan haga el favor de transmitirle mis condolencias. No se moleste en llamar a la policía de San Francisco. Lo haré yo mismo.

—Pierde usted el tiempo, doctor. Aun en el caso de que se hubiera producido un malentendido, era imposible que

supiéramos si ese hombre decía la verdad o no. Olvídense de la policía, pues sabe tan bien como yo que...

—Será mejor que encuentre esos informes, doctor. Tienen que existir unas copias.

Larkin colgó antes de que el joven médico pudiera responder.

Estaba furioso y al mismo tiempo asombrado. Flanagan había muerto. Había sido atropellado por un coche al cruzar la calle California. No recordaba el caso de otra persona que hubiera sido víctima de un accidente mortal en aquella esquina, a menos que se tratara de un conductor de otro estado que, pese a estar lloviendo, hubiese intentado adelantar aun tranvía.

Miró a Ryan, pero no dijo nada. Luego marcó de nuevo el prefijo 415 seguido de un número que conocía de memoria. —Darlene —dijo—, soy Samuel Larkin. Quiero que envíe unas flores a la señora Martha Flanagan. Sí. En efecto. Prácticamente instantánea. No del todo. Perfecto.

Firme «Lark». Gracias.

Ryan salió del rincón, dio media vuelta y entró en la sala de conferencias.

Lark aguardó unos instantes. Tenía el rostro empapado de sudor, estaba cansado y no sabía qué hacer. Estaba hecho un lío, rabioso y perplejo. Mitch y él solían ir con frecuencia a Gooey Louie's, en la avenida Grant, a comer huevos y arroz frito, uno de sus platos preferidos desde la época de Nueva York y la Facultad de Medicina.

Al fin se levantó. No sabía lo que iba a decir. No sabía cómo explicar lo sucedido.

Oyó que la puerta se abría a su espalda y, al volverse, comprobó con alivio que se trataba de Lightner, el cual sostenía un sobre en las manos. Parecía tan cansado e irritado como se había sentido él al dirigirse esta tarde hacia allí.

Tenía la sensación de que habían transcurrido siglos. En el ínterin había muerto Flanagan.

Entraron juntos en la sala de conferencias. Todos los hombres y las mujeres presentes ofrecían un aspecto increíblemente sereno, aunque tenían los ojos enrojecidos de haber llorado. Iban vestidos con unos sobrios trajes de lana fría, muy apropiados para abogados de prestigio.

—Es una noticia... trágica —dijo Lark, notando que se ruborizaba.

Apoyó las manos en el respaldo del sillón de piel. No quería sentarse. Al dirigir la vista hacia la ventana, vio una desconcertante imagen de su persona reflejada en el cristal. Más allá, las luces de la ciudad aparecían borrosas. Lark observó las lámparas de pie, los sillones de piel ya Ryan en un rincón de la estancia.

—Todo el material ha desaparecido —dijo Ryan, suavemente y sin recriminaciones.

—Sí, me temo que sí. El doctor Flanagan ha... muerto, y no consiguen hallar los informes. Por otra parte, alguien..., aunque no consigo explicarme...

—Lo comprendemos —dijo Ryan—. Ayer por la tarde sucedió otro tanto en Nueva York. Alguien sustrajo los informes gen éticos.

Lo mismo que ocurrió en el Instituto Gen ético de París.

—Me encuentro en una situación muy embarazosa —dijo Lark—. Sólo tienen mi palabra de que esa criatura existe, de que las muestras de sangre y tejidos revelaban un misterioso genoma...

—Lo comprendemos —repitió Ryan.

—No se lo reprocharía si me echaran de aquí y me prohibieran volver a poner los pies en este estado —prosiguió Lark—. Me hago cargo de que...

—Lo comprendemos —dijo Ryan por tercera vez, sonriendo fríamente. Tras imponer silencio, continuó—: Los resultados superficiales e inmediatos de la autopsia practicada a Edith Mayfair y Alicia Mayfair demuestran que ambas sufrieron un aborto. Las muestras de tejido no son normales.

Todo parece indicar, de momento, que dichos resultados corroboran lo que usted nos ha contado sobre el material que recibió. Les agradezco a todos su ayuda y colaboración.

Lark lo miró atónito. —¿Eso es todo? —inquirió.

—Por supuesto, le pagaremos sus honorarios y los gastos...

—No, quiero decir... Un momento, ¿qué piensan hacer? —¿Qué sugiere que hagamos? —preguntó Ryan—. ¿Que convoquemos una rueda de prensa y expliquemos a los medios de información que existe un mutante gen ético masculino, dotado de noventa y dos cromosomas, que se dedica a atacar a las mujeres de nuestra familia, dejándolas preñadas y asesinandolas?

—Me niego a abandonar el caso —dijo Lark—. No me gusta que nadie se haga pasar por mí. Estoy resuelto a averiguar quién fue...

—No conseguiré averiguarlo —terció Aaron. —¿Sugiere que fue alguien perteneciente a su organización?

—En tal caso, jamás podrá demostrarlo. Todos sabemos que tuvo que ser alguien perteneciente a la organización, ¿no es cierto? Nadie más sabía que estaban analizando las muestras en el Instituto Keplinger. Sólo usted y el difunto doctor Flanagan. Y Mayfair amp; Mayfair. Es inútil darle más vueltas. Creo que será mejor que le acompañen al hotel, para evitar que le suceda algún percance. Yo debo ayudar ala familia. Se trata esencialmente de un asunto familiar.

—Está usted loco.

—No, doctor Larkin —respondió Lightner—. Quiero que permanezca en el hotel, con Gerald y Carl Mayfair. Ellos le acompañarán. Le ruego que no se mueva de allí. No salga de la suite hasta que me haya puesto en contacto con usted. —¿Pretende decir que alguien podría intentar lastimarme?

Ryan, que seguía de pie en un rincón de la habitación, hizo un pequeño y discreto gesto para imponer silencio.

—Tenemos mucho que hacer, doctor Larkin. Somos una familia muy numerosa. El mero hecho de tratar de localizar a

cada uno de sus miembros resulta bastante complicado. A las cinco se ha producido otra muerte en Houston. —¿De quién se trata? —preguntó Aaron.

—De Clytee Mayfair —contestó Ryan—. Residía relativamente cerca de Lindsay y murió aproximadamente a la misma hora que ella. Sospechamos que recibió la visita de su agresor una hora después de que éste atacara a Lindsay en Sherman Oaks. Al menos, eso es lo que indican los datos. Será mejor que regrese al hotel, doctor Larkin.

—Eso demuestra que creen lo que les he dicho. Creen que ese ser es...

—Sí —contestó Ryan—. Ahora, tenga la bondad de regresar al Pont-chartrain. Póngase cómodo y no se mueva de la suite. Gerald y Carl permanecerán con usted.

Antes de que Lark pudiera responder, Aaron lo asió del brazo y ambos atravesaron la antesala del despacho en dirección al pasillo, donde aguardaban dos jóvenes Mayfair, impecablemente trajeados y luciendo unas corbatas de seda color limón y rosa respectivamente.

—Permítanme que... me siente un momento —dijo Lark.

—Puede hacerlo en el hotel—replicó Lightner. —¿Está seguro de que fue alguien de su organización? ¿Que uno de ustedes fue al Keplinger y sustrajo el material?

—Sí, eso creo —respondió Lightner con tristeza.

—Eso significa que atropellaron a Flanagan adrede, que lo mataron...

—No, no necesariamente. No creo que signifique eso. Creo que... aprovecharon una oportunidad imprevista. Es cuanto sé en estos momentos. Hasta que no me ponga en contacto con los Mayores en Amsterdam y averigüe lo sucedido, no puedo pronunciarme.

—Comprendo —dijo Lark.

—Regrese al hotel y procure descansar.

—Pero las mujeres...

—Todas serán debidamente informadas. Están tratando de localizar a todas las mujeres de la familia Mayfair. Le

llamaré en cuanto sepa algo más. No se preocupe. —¿Que no me preocupe? —¿Qué puede hacer usted, doctor Larkin?

Lark abrió la boca para responder, pero no pudo articular palabra. Al alzar la vista vio que el joven llamado Gerald sostenía la puerta abierta, mientras el otro, impaciente, ya se había adelantado.

Eso significaba que debía moverse.

De pronto se encontró en el pasillo, dirigiéndose hacia el ascensor escoltado por los dos jóvenes Mayfair. Junto al ascensor había dos guardias de uniforme. Los jóvenes pasaron frente a ellos sin decir una palabra.

Una vez dentro del ascensor, Gerald, el más joven, dijo con amargura:

—La culpa es mía.

No debía de tener más de veinticinco años. El otro, más delgado y con aspecto más frío y reservado, preguntó: —¿Por qué lo dices?

—Debí prender fuego a la casa, tal como quería Carlotta. —¿Qué casa? —inquirió Lark.

Ninguno de los dos jóvenes se molestó en contestar. Lark volvió a formular la pregunta, pero no le prestaron atención. Lark no insistió.

El vestíbulo estaba repleto de agentes de seguridad, policías y empleados de Mayfair amp; Mayfair, la mayoría de los cuales los observaron con aire impasible. Lark vio una elegante limusina aparcada frente al edificio, iluminada por el pútrido resplandor de las luces de mercurio. —¿Qué me dicen de Rowan? —preguntó, deteniéndose en seco—. Supongo que la estarán buscando...

Pero ninguno de los jóvenes le contestó. Era como si Lark no existiera. En vista de ello, cerró la boca y entró en la limusina revestida de cuero. El Pontchartrain ofrecía la mejor tarta helada que Lark había probado. Al llegar al hotel se tomaría un café y un pedazo de tarta helada.

—Pediré que me suban un café y un pedazo de tarta helada.

—Por supuesto —respondió Gerald, como si fuera la primera frase sensata que pronunciaba Lark.

Lark sonrió. Se preguntaba si Martha tenía parientes que pudieran acompañarla al funeral de Flanagan.

PROSIGUE LA HISTORIA DE JULIEN

Permítanme que vaya directamente al grano. No contemplé el desolado y fantasmagórico paisaje de Donnelaith hasta el año 1888. Los «recuerdos» seguían acudiendo a mi mente, si bien entremezclados con unos elementos que me desconcertaban.

Mary Beth se había convertido en una poderosa bruja, más inteligente, astuta y filosóficamente interesante que Katherine, Marguerite e incluso Marie Claudette. Claro que Mary Beth pertenecía a la nueva generación de la posguerra, la posterior a los miriñaques, como suele decirse.

Colaboraba conmigo en mis tres actividades principales: cuidar de la familia, disfrutar de la vida y ganar dinero. Era mi confidente y mi única amiga.

Durante esos años tuve numerosos amantes, tanto hombres como mujeres. Estaba casado. Mi amada esposa, Suzette, a la que quería mucho aunque de forma egoísta, me dio cuatro hijos. Me gustaría hablarles de ello, pues en cierto modo, todo cuanto hace un hombre forma parte de su estructura moral. Yo, por supuesto, no era una excepción.

Sin embargo, no tengo tiempo de detenerme en esa cuestión. Así pues, diré brevemente que pese a sentirme muy unido a mi esposa, mis amantes y mis hijos, mi única amiga era Mary Beth, la cual estaba al corriente de la existencia de Lasher y de todos los riesgos que ello comportaba.

Por aquel entonces Nueva Orleans era una ciudad entregada al vi-cio que ofrecía abundantes oportunidades a los aficionados a las mujeres de dudosa reputación, al juego o, simplemente, a observar el degradante espectáculo de su inmoralidad y violencia. Yola adoraba y no temía adentrarme en los lugares más sórdidos en busca de placeres. Mary Beth, disfrazada de chico, me acompañaba a todas partes. Curiosamente, si bien procuraba proteger a mis hijos varones, enviándolos a escuelas del este y preparándolos para afrontar la vida, alimentaba a Mary Beth con unos ingredientes mucho más fuertes.

Mary Beth era el ser humano más inteligente que jamás he conocido. Era una experta en negocios, política y otras muchas materias. Era fría, implacable y calculadora, pero sobre todo poseía una brillante imaginación y una gran capacidad para prever las cosas a largo plazo.

Dada su perspicacia, no tardó en comprender que Lasher no poseía esas cualidades. Permítanme que exponga un ejemplo. A principios de la década de 1880 llegó a Nueva Orleans un músico llamado Henry el Ciego. Henry el Ciego era lo que se dice vulgarmente un sabio ignorante. No había ninguna pieza que no pudiera ejecutar al piano. Tocaba obras de Mozart, Beethoven y demás compositores de primera fila, pero en otros aspectos era un completo idiota.

Un día en que Mary Beth y yo asistimos a uno de sus conciertos, mi hija escribió en el programa una nota dirigida a mí, ante las mismas narices de Lasher, el cual se hallaba cautivado por la música.

La nota decía lo siguiente: «Henry el Ciego y Lasher poseen el mismo nivel intelectual.»

Así era. Se trata de una cuestión muy compleja que no podemos analizar aquí. Hoy en día, el mundo moderno sabe más acerca de sabios ignorantes, niños autistas, etcétera. En resumen, Mary Beth trataba de darme a entender que Lasher era incapaz de aplicar sus conocimientos y sensaciones aun contexto real. Nosotros, los vivos, situamos

lo que sabemos y lo que sentimos en un determinado contexto. Ese ser muerto, no.

Mary Beth no mitificaba a Lasher porque había comprendido eso desde muy joven. Cuando un día le dije que era un fantasma vengativo, ella se encogió de hombros y repuso que quizá tuviera razón.

Sin embargo, y esto es fundamental, no despreciaba a Lasher como lo despreciaba yo.

Al contrario, lo amaba. Lasher estableció con Mary Beth unos estrechos lazos emocionales, obteniendo de ella una simpatía y comprensión que yo era incapaz de sentir hacia ese diabólico espíritu.

A medida que presenciaba el desarrollo de la relación entre ambos, y veía a Mary Beth asentir a mis irónicos comentarios y mis veladas advertencias, pero sin dejar de amarlo, empecé a comprender por qué Lasher había preferido siempre las mujeres a los hombres. Creo que satisfacía un rasgo de las mujeres que en los hombres es más latente. Las mujeres son más propensas a enamorarse, a compadecer y a amar a un ser que les proporciona placer erótico.

Por supuesto, se trata de un juicio sesgado. Cuando le expresé mi opinión a Mary Beth, ella se echó a reír y contestó:

—Es como el viejo argumento esgrimido por el tribunal de las brujas, de que las mujeres somos más susceptibles de dejarnos conquistar por el diablo porque somos más estúpidas. Deberías avergonzarte, Julien. Puede que se trate simplemente de que tengo más capacidad de amar que tú.

Mary Beth y yo discutimos sobre ello durante toda nuestra vida, sin conseguir ponernos de acuerdo.

En cierta ocasión insinué que la mayoría de las mujeres carecían de un sentido de la moral y que podían ser inducidas a cometer cualquier tipo de desmanes. Mary Beth respondió sin alterarse que sentía una profunda responsabilidad moral respecto a Lasher, cosa que yo, el

pragmático y el diplomático, no sentía. Era yo quien carecía de un sentido de la moral, no ella. Puede que tuviera razón. En cualquier caso, aquella demoníaca criatura me inspiró siempre una intensa repugnancia, sentimiento que Mary Beth evidentemente no compartía.

—Cuando hayas desaparecido —me dijo Mary Beth—, sólo quedaremos ese ser y yo. Él constituirá mi amor, mi solaz, el único testigo de mis actos. No me importa lo que es ni de dónde procede. No me importa lo que soy ni de dónde procedo. La idea de pensar en mí misma en esos términos me resulta absurda.

A la sazón tenía quince años, era alta, con el pelo negro, de complexión fuerte y muy guapa, dentro de un estilo agresivo que quizás a algunos hombres no les hubiera atraído. Poseía un talante sosegado y unas poderosas dotes de persuasión. Todo el mundo la admiraba, y todo aquel que no se dejaba intimidar por su mirada directa y su aplastante seguridad en sí misma quedaba cautivado por ella.

Yo me sentía impresionado, como es lógico, sobre todo cuando, tras manifestar unos criterios como los que he citado más arriba, Mary Beth sonreía y hacía algo que nunca dejaba de sorprenderme: deshacer su larga trenza negra, de forma que su abundante cabellera se desparramaba sobre sus hombros como un velo, sacudir la cabeza y echarse a reír, transformándose, por medio de ese gesto, de una joven intelectual en una atractiva y sensual mujer.

Debo decir que yo era el único hombre capaz de controlar a Lasher, y estoy convencido de que poseía una inmunidad masculina frente a sus halagos. No obstante, reconozco francamente haber tenido numerosas aventuras con otros hombres. No tengo ningún prejuicio contra ese tabú. Para mí, el amor... es amor. En el fondo, detestaba a ese repugnante ser. Detestaba sus torpezas y su sentido del humor.

Alors... Mary Beth, que compartía mis ambiciones en todos los aspectos, se familiarizó con los negocios de la

familia desde muy joven. A los doce años empezó a participar en todas las decisiones que yo tomaba al respecto, mediante las cuales nuestra fortuna se diversificó y amplió hasta el punto de convertir el capital de los Mayfair en una inexorable máquina de hacer dinero.

Nuestros negocios se extendían desde el Sur hasta Boston, Nueva York y Londres. Invertíamos el dinero únicamente donde sabíamos que generaría más dinero, y los beneficios de éste en valores que nos proporcionarían automáticamente más dinero, una política que hemos proseguido hasta la actualidad.

Mary Beth no tardó en revelarse un genio en materia de finanzas. Utilizaba hábilmente a Lasher como espía, informador, observador y consejero particular. Era impresionante ver cómo lo manipulaba a su antojo.

Entretanto, nos habíamos apropiado de la casa de la calle Primera. Mi hermano, Rémy, era un hombre apacible y reservado, y sus hijos unos niños dóciles y bondadosos. Mis hijos varones asistían a la escuela en el este. Mi pobre hija Jeannette, prácticamente una retrasada mental, al igual que Katherine, falleció de niña. Pero ésa es otra historia. Me refiero a la muerte de mi dulce Jeannette y mi querida esposa, Suzette. No puedo relatarla.

Tras la muerte de éstas, que ocurrió con posterioridad, y la de mi madre, Marguerite, Mary Beth y yo nos aislamos del resto del mundo, compartiendo nuestros conocimientos y aficiones, así como nuestra incesante búsqueda de placeres. Pero ese aislamiento ya había comenzado antes.

Éramos unos apasionados del mundo moderno. Viajábamos con frecuencia a Nueva York, simplemente para gozar de esa espléndida capital. Nos encantaba viajar en ferrocarril; nos manteníamos informados sobre los últimos adelantos e invertíamos en todo tipo de inventos. A diferencia de muchos de nuestros parientes, que preferían aferrarse al elegante y trasnochado Viejo Mundo,

encerrándose en su torre de marfil, a nosotros nos entusiasmaba el cambio.

Nos gustaba, como suele decirse, meter la mano en todo.

Hasta que partimos rumbo a Europa, en 1887, Mary Beth conservó su condición de «virgen guerrera», por decirlo así, sin permitir que ningún hombre la tocara. Se divertía de mil maneras, pero no quería correr el riesgo de parir una bruja hasta poder elegir minuciosamente al padre. Ése es el motivo por el cual prefería disfrazarse de chico cuando salíamos de juerga. Debo decir que vestida de chico, con sus oscuros ojos de mirada sensual, ofrecía un aspecto muy atrayente, aunque jamás dejó que se le acercara nadie.

Al fin llegó el momento de emprender el ansiado viaje a Europa, un espléndido periplo, un ejercicio de riqueza a gran escala, unas maravillosas y anheladas vacaciones que, al mismo tiempo, nos brindaron la oportunidad de aprender muchas cosas. Si de algo me arrepiento en esta vida es de no haber viajado más y no haber animado a mi familia a recorrer el mundo. Pero eso carece ahora de importancia.

Lasher no estaba de acuerdo en que partiéramos y nos previno contra toda suerte de peligros. No comprendía nuestro afán de viajar, pues, según él, aquí vivíamos en el paraíso. Sin embargo, no logró convencernos. Mary Beth estaba empeñada en ver mundo y Lasher, con tal de satisfacerla, acabó cediendo. Una hora después de partir, nos dimos cuenta de que nos había seguido.

No se apartó de nuestro lado durante toda la travesía. Con frecuencia, cuando divisaba a Mary Beth a cierta distancia, advertía la presencia de Lasher junto a ella.

En Roma, se apoderó de mi cuerpo durante varias horas, pero el esfuerzo lo dejó exhausto y rabioso. Nos rogó que regresáramos, pues echaba de menos nuestra casa. Afirmó que detestaba ese lugar, que no soportaba permanecer ahí. Yo respondí que no podíamos regresar aún, que era absurdo

pretender que no nos moviéramos de casa y que dejara de atosigarnos.

Cuando nos trasladamos a Florencia, se mostró deprimido y enojado y un buen día decidió largarse. Mary Beth temía que le hubiera ocurrido algo. Por más que lo intentaba, no lograba invocar su presencia.

—Bien, nos hemos quedado solos en el mundo de los mortales —observó, encogiéndose de hombros—. ¿Qué puede pasarnos?

Triste y malhumorada, se dedicó a recorrer las calles de Siena y Asís sin apenas dirigirme la palabra. Era evidente que echaba de menos a Lasher, y que se arrepentía de haberle herido.

A mí me era indiferente que nos hubiera abandonado.

Pero, para mi pesar, cuando llegamos a Venecia, donde nos alojamos en un maravilloso palacio que daba al Gran Canal, el monstruo apareció de nuevo, gastándome una de sus más crueles y despreciables bromas.

Yo había dejado en Nueva Orleans a mi querido secretario y amante, un joven mulato llamado Victor Gregoire, el cual se ocupaba de mis negocios en mi ausencia.

A nuestra llegada a Venecia supuse que recibiría noticias de Vic-tor, una carta, unos documentos para que los revisara, unos contratos que debía firmar, etcétera. Principalmente esperaba que me escribiera asegurándome que todo iba bien.

Un día, mientras estaba sentado ante el escritorio, frente al canal, en una vasta habitación decorada al estilo barroco, con húmedos cortinajes de terciopelo y un frío suelo de mármol, apareció Victor. Al menos, daba la impresión de ser él. No obstante, comprendí inmediatamente que no se trataba de Victor, sino de alguien idéntico a él. Contemplé al sonriente y tímido joven que tenía ante mí, alto, de tez dorada, ojos azules, pelo negro y cuerpo atlético, vestido impecablemente. Al cabo de unos segundos, desapareció.

Naturalmente, se trataba de Lasher haciéndose pasar por Victor a fin de atormentarme. Pero ¿por qué? Yo sabía la respuesta. Apoyé la cabeza en el escritorio y rompí a llorar. Al cabo de una hora, Mary Beth me comunicó que Victor había sido atropellado por un vehículo en la esquina de Prytania y Philip, frente a la farmacia a la que solíamos acudir. Dos días después del accidente, había fallecido pronunciando mi nombre.

—Es mejor que regresemos a casa —dijo Mary Beth. —
¡No! ¡Me niego rotundamente! —protesté—. Esto es obra de Lasher.

—No lo creo capaz de semejante cosa.

—Por supuesto que es capaz.

Estaba furioso. Me encerré en mi habitación, situada en la tercera planta del palacio y desde la cual tan sólo divisaba una estrecha calle, y estuve un rato paseando arriba y abajo. —¡Te ordeno que aparezcas ante mí! —repetía una y otra vez.

Al fin apareció el monstruo, fingiendo de nuevo ser el doble de mi elegante y sonriente Victor.

—Qué risa, Julien. Quiero regresar a casa.

Yo le volví la espalda. Furibundo, el monstruo hizo que se agitaran las cortinas y temblaran el suelo y los muros de piedra.

Al cabo de un rato me decidí a mirarlo. —¡No quiero permanecer aquí! —exclamó—. ¡Quiero regresar a casa! —
¿No te apetece la idea de recorrer las calles de Venecia?

—Odio este lugar. No quiero oír más cánticos religiosos. Te odio. Odio Italia. —¿Y qué me dices de Donnelaith?
¿Acaso no deseas visitarla?

Uno de nuestros objetivos era viajar al norte de Escocia para visi-tar Donnelaith, el lugar donde Suzanne había invocado a Lasher.

El diabólico espíritu se encolerizó y empezó a lanzar papeles y cojines por la habitación. Luego, enfurecido,

agarró la colcha delle-cho, formó con ella una pelota y me la arrojó, derribándome al suelo.

Jamás he conocido a nadie que poseyera tal fuerza. El monstruo había obtenido su fuerza de mí y ahora la empleaba para golpearme.

Me levanté de un salto, recogí la colcha y se la arrojé a mi vez. —¡Aléjate de mí, demonio! —grité—. ¡No dejaré que sigas alimentándote a costa de mi alma! ¡Haré que mi familia te repudie!

Sin parar de gritar, traté con todas mis fuerzas de distinguir al maldito espíritu y, al fin, conseguí ver una inmensa y siniestra fuerza que se iba acumulando en la habitación. Profiriendo un rugido, me precipité sobre él, y se vio obligado a salir volando por la ventana, ya ex-tenderse sobre la calle y los tejados como un monstruoso y gigantesco tapiz.

En aquel momento entró precipitadamente Mary Beth y el monstruo apareció de nuevo. Yo volví a cubrirle de maldiciones e insultos. —¡Regresaré al edén! —gritó—. ¡Aniquilaré a todos los que os-tenten el apellido Mayfair!

—Entonces jamás lograrás convertirte en un hombre de carne y hueso —replicó Mary Beth, extendiendo los brazos—. No regresare-mos a casa, nuestros sueños no se cumplirán, las personas que te conocen y quieren habrán desaparecido y volverás a estar solo.

Yo, sabiendo lo que iba a ocurrir, me aparté. Mary Beth avanzó unos pasos y dijo con voz suave y halagadora:

—Tú has creado esta familia. Tú has creado el edén en el que vivimos. Concédenos un poco de tiempo. Todo lo bueno que tenemos lo hemos recibido gracias a ti. ¿Por qué quieres impedir que disfrutemos de este viaje? ¿Acaso no deseas vernos felices y satisfechos?

Noté que el espíritu había roto a llorar, pues percibí el extraño y si-lencioso murmullo que emitía cuando sollozaba. Me asombraba que no dijera «qué tristeza», del mismo modo

que solía decir «qué risa», pero evidentemente prefería utilizar el patético recurso de las lágrimas.

Mary Beth se acercó a la ventana. Al igual que muchas jóvenes italianas, había madurado rápidamente en el caluroso ambiente de nuestro Sur, convirtiéndose en una espléndida flor. Llevaba un vestido rojo con falda de vuelo que acentuaba su esbelta cintura, sus generosos pechos y sus caderas. Durante unos instantes permaneció con la cabeza inclinada y los labios apoyados en las manos; luego se volvió y le lanzó un beso a Lasher.

El espíritu la envolvió lentamente, acariciándole el cabello y jugueteando con él mientras Mary Beth movía la cabeza de un lado a otro lánguidamente. Yo me volví bruscamente y aguardé.

Al cabo de unos momentos, el espíritu se acercó a mí y dijo:

—Te amo, Julien. —¿Deseas convertirte en un hombre de carne y hueso? ¿Estás dispuesto a seguir mostrándote benevolente con nosotros, tus hijos, tus amigos, tus brujos?

—Sí, Julien.

—Entonces iremos a Donnelaith —dije, midiendo bien mis palabras—. Deseo contemplar el valle donde nació nuestra familia, y colocar una corona de flores en el lugar donde Suzanne fue quemada, viva. Confío en que no me lo impidas.

Era una descarada mentira. Sentía tantos deseos de hacer eso como de ponerme a tocar la gaita.

Pero estaba empeñado en conocer Donnelaith, en llegar hasta el fondo de este misterio.

—Muy bien —respondió Lasher, conmovido por mi tono sincero.

—Cuando estemos allí, quiero que me cojas de la mano y me indiques lo que debemos visitar y conocer.

—Lo haré —contestó Lasher, con un suspiro de resignación—. Pero vámonos de este maldito país.

Estoy harto de los italianos, con su papa y sus viejas iglesias. Vayamos al norte, sí. Yo os acompañaré, seré vuestro sirviente, vuestro amante.

—Muy bien, espíritu —dije. Luego, tratando de adoptar un aire sincero, añadí con lágrimas en los ojos—: Yo también te amo, espíritu.

—Algún día nos conoceremos en la oscuridad, Julien —contestó Lasher—. Nos conoceremos cuando tú te conviertas también en un fantasma y recorramos juntos los aposentos de la casa de la calle Primera. Pero deseo convertirme en un ser mortal. Deseo que las brujas prosperen.

Sus palabras me aterraron, pero no dije nada. No obstante, te aseguro, Michael, que su predicción no se ha cumplido. Me encuentro en un ámbito que no comparto con ningún otro ser.

Esas cosas no se pueden explicar; ni siquiera en estos momentos sé expresarlo con palabras. Sólo sé que tú y yo estamos aquí, que puedo verte y que tú me ves a mí. Quizás es cuanto debamos saber todas las criaturas, habitemos donde habitemos.

Sin embargo, en aquellos momentos no lo sabía. No podía comprender la inmensa soledad que sienten los espíritus que deambulan por la tierra. Yo era un ser de carne y hueso, como tú. No conocía otra cosa, no conocía el purgatorio que padecí posteriormente. Poseía la ingenuidad de los vivos, mientras que ahora me siento solo y confuso, como todos los seres muertos.

Confío en que, cuando termine este relato, me trasladaré aun ámbito donde me sienta más a gusto.

El castigo debe de poseer una forma, un propósito, un significado. No concibo las llamas eternas, pero sí un significado eterno.

Partimos inmediatamente de Italia, tal como nos rogó Lasher. Viajamos hacia el norte, deteniéndonos de nuevo en París durante dos días antes de cruzar el canal de la Mancha y dirigirnos hacia Edimburgo.

Lasher estaba muy silencioso. Cuando yo trataba de entablar conversación con él, se limitaba a contestar: «Recuerdo a Suzanne», en un tono de infinita congoja.

Al llegar a Edimburgo sucedió algo muy curioso. Mary Beth, en mi presencia, le suplicó al demonio que la acompañara para protegerla. Ella, que había ido tantas veces de juerga conmigo, disfrazada de muchacho, no quería salir sola con su padre. En resumidas cuentas, alejó a Lasher de mi lado. Yola observé mientras caminaba a zancadas, como un chico, silbando, vestida con un traje de corte masculino y con el pelo recogido debajo de una pequeña gorra.

Una vez solo, me dirigí a la Universidad de Edimburgo, en busca del profesor de historia de más renombre del lugar. No tardé en dar con él. Tras invitarlo a unas copas y darle dinero, me invitó a acompañarlo a su estudio.

Habitaba en una encantadora casa en la parte antigua de la ciudad, que muchas familias acaudaladas habían abandonado pero que él seguía prefiriendo, pues conocía perfectamente la historia del edificio. Toda la casa, incluidos los angostos pasillos y el descansillo de la escalera, estaba repleta de libros.

Era un hombre bajito, simpático y de temperamento vivo, que ostentaba una reluciente calva, unas gafas de montura plateada y un espeso bigote blanco, tal como estaba de moda en aquella época. Hablaba con marcado acento escocés y era un apasionado del folclore de su país. Tenía la casa llena de viejos cuadros de Robert Burns, María Estuardo, Robert Bruce e incluso el príncipe Carlos.

Charlamos de cosas intrascendentes hasta que tocamos el tema de Donnelaith y el profesor, tal como me habían dicho sus alumnos, reconoció ser un experto en el viejo folclore de la región escocesa de los Highlands.

—Mire —dije, mostrándole un papel—, aquí tengo anotado el nombre de Donnelaith, pero quizá lo he escrito mal.

—No, lo ha escrito correctamente —respondió el profesor—. Pero ¿dónde ha oído hablar de Donnelaith? Las únicas personas que van ahí son aficionados a las piedras antiguas, pescadores y cazadores. Dicen que el valle está lleno de duendes y fantasmas; es muy hermoso, desde luego, y bien merece una visita, pero sólo si desea ir por un motivo concreto. Circulan unas siniestras leyendas sobre esa zona, tan sinies-tras como las del lago Ness y el castillo de Glamis.

—Le ruego que me cuente todo lo que sepa de ese lugar —dije, temiendo que se presentara de pronto el espíritu. Me pregunté si Mary Beth, a fin de poner a prueba a Lasher, habría decidido ir a algún sór-dido local donde no permitieran la entrada a las mujeres.

—Bien, su historia se remonta a los romanos —explicó el profesor—. Era un lugar venerado por los paganos, aunque el nombre de Donnelaith se refiere al bastión de un viejo clan. El clan de Donnelaith estaba formado por irlandeses y escoceses, descendientes de los misioneros que se trasladaron allí desde Israel para divulgar la palabra del Señor en tiempos de san Brendan. Por supuesto, con anterioridad a los romanos estaba habitado por los pictos. Según dicen, construyeron su castillo en Donnelaith porque era un lugar bendecido por los espíritus paganos. Cuando hablo de los paganos me refiero a los pictos. Esa zona de Escocia les pertenecía, y es probable que el clan de Donnelaith estuviera compuesto por descendientes suyos. Como sin duda sabe, la historia de los paganos y los católicos se entremezcla.

—Los católicos tomaron buena nota de las supersticiones y edificaron sobre los templos paganos para aplacar a los espíritus.

—Exactamente —contestó el profesor—. Los documentos romanos mencionan cosas terribles relacionadas con el valle y los hechos que éste ocultaba. Hablan de una siniestra raza de seres de aspecto infantil, los cuales llegarían a dominar el mundo si conseguían abandonar el valle. Y de unos

malvados y crueles «duendes». Supongo que habrá oído hablar de ellos. No se burle, se lo advierto —dijo el profesor, sonriendo amablemente—. Por desgracia, los documentos originales sobre la historia de Donnelaith se han perdido. Sea como fuere, ya antes de Beda el Venerable las tribus establecidas en ese lugar se habían convertido en el clan de Donnelaith. Beda menciona incluso un centro de culto, una iglesia cristiana que se construyó allí. —¿Cómo se llamaba? —pregunté.

—Lo ignoro —contestó el profesor—. Beda el Venerable no lo dice, al menos que yo recuerde, pero sé que tenía algo que ver con un santo que había sido pagano y se convirtió al cristianismo. Ya sabe, uno de esos reyes legendarios, muy poderosos, que de pronto caen de rodillas, son bautizados y hacen milagros. Era el tipo de cosas que los celtas y los pictos de aquella época pedían a su Dios para convertirse. »Los romanos no consiguieron someter los Higlands, ni tampoco los misioneros irlandeses. Los romanos prohibieron a sus soldados que fueran al valle, así como a las islas cercanas, porque decían que las mujeres eran demasiado licenciosas. Los habitantes de los Higlands se convirtieron posteriormente a la fe católica y estaban dispuestos a luchar hasta la muerte con tal de defenderla, pero tenían una forma muy extraña de manifestar su catolicismo. Eso fue lo que acabo destruyéndolos.

—Explíquese —le rogué, sirviéndole otra copa de oporto y observando el mapa de pergamino que había extendido ante nosotros. Era un facsímil, según me dijo, que había confeccionado él mismo copiando el auténtico mapa que se encontraba en una vitrina del Museo Británico.

—La población alcanzó su apogeo hacia 1400. Existen indicios de que era una población mercantil.

En aquellos tiempos el lago constituía un puerto. Según dicen, disponía de una magnífica catedral.

No la iglesia que menciona Beda, sino una catedral que habían tardado varios siglos en construir bajo el patrocinio

del clan de Donnelaith, que era devoto de ese santo; lo consideraban el guardián de todos los es-coceses y creían que un día salvaría a la nación. »Tendrá que acudir a las crónicas de viaje para hallar descripciones del templo, pero existen pocos datos al respecto. Nadie se ha molestado en compilarlos.

—Yo mismo los compilaré —respondí.

—Eso le llevaría un siglo —dijo el profesor—. No obstante, debería ir al valle para comprobar lo poco que queda de eso. Un castillo, un círculo de piedras pagano, los fundamentos de la ciudad, cubiertos de matojos, y las lamentables ruinas de la catedral.

—Pero ¿qué sucedió realmente? ¿Por qué dijo usted que fue su catolicismo lo que les destruyó?

—Esos católicos de los Highlands no estaban dispuestos a rendirse ante nadie —contestó el profesor—. Ni ante Enrique VIII, cuando intentó convertirlos a la fe de su nueva iglesia en nombre de Ana Bolena, ni ante el gran reformador John Knox. Pero fue John Knox, o sus seguidores, quien los destruyó.

Cerré los ojos y vi la catedral. Estaba en llamas, y sus vidrieras de colores saltaban hechas añicos.

Abrí los ojos y me estremecí.

—Es usted un hombre muy extraño —dijo el profesor—. Tiene sangre irlandesa, ¿me equivoco?

Yo asentí. Cuando le revelé el nombre de mi padre, el profesor me miró atónito. Por supuesto que se acordaba de Tyrone McNamara, el gran cantante. Pero dudaba que la gente se acordara de él. —¿De modo que es usted su hijo?

—Sí —contesté—, pero continúe, se lo ruego. ¿Cómo destruyeron Donnelaith los seguidores de Knox? ¿De dónde procedían las vidrieras de colores?

—Fueron fabricadas allí mismo, durante los siglos XIII y XIV, por los monjes franciscanos de Italia. —¿Los franciscanos de Italia? ¿Se refiere a la orden de san Francisco de Asís?

—Exactamente. La orden de san Francisco gozó de gran popularidad hasta la época de Ana Bolena —respondió el profesor—. Los frailes observantes constituían el solaz de la reina Catalina cuando Enrique se divorció de ella. Pero no creo que los frailes observantes construyeran ni mantuvieran la catedral de Donnelaith; era demasiado barroca, demasiado rica, estaba demasiado rodeada de ritos para los austeros franciscanos. No, probablemente fueron los conventuales quienes se quedaron con la propiedad. En cualquier caso, cuando el rey Enrique rompió con el Papa y se dedicó a saquear todos los monasterios, el clan de Donnelaith consiguió arrojar a sus soldados tras librar terribles batallas en el valle. Incluso los valientes soldados in-gleses se negaban a ir a ese lugar. —¿Cuál es el nombre del santo?

—Ya se lo he dicho, lo desconozco. Probablemente se trata de una serie de sílabas en gaélico que carecen de significado, y cuando lo analicemos descubriremos que es un nombre como Veronica o Christopher. —¿Qué fue de John Knox? —pregunté.

—Al morir Enrique, su hija católica, María, ascendió al trono provocando otro baño de sangre. Esta vez fueron los protestantes quienes ardieron en la hoguera o fueron ahorcados. Pero luego ocupó el trono Isabel I, la Gran Reina, y Gran Bretaña volvió a ser protes-tante. »Los Highlands estaban dispuestos a ignorar todo el asunto, pero luego apareció John Knox, el gran reformador, y predicó su célebre sermón en Perth, en 1559, arremetiendo contra la idolatría de los papistas. Cuando los presbíteros atacaron la catedral estalló la guerra en el valle. La quemaron, destrozaron las vidrieras, redujeron la escuela católica a escombros y quemaron todos los libros. Fue una historia espantosa. Por supuesto, alegaron que en el valle había unas brujas que adoraban aun diablo con aspecto de hombre. Se hicieron un lío con los santos, pero en definitiva se trataba de una pugna entre pro-testantes y católicos. »La población no

consiguió recuperarse. Perduró hasta fines del siglo XVII, cuando los últimos miembros del clan murieron víctimas de un incendio que se declaró en el castillo. Luego, Donnelaith des-apareció. Se esfumó.

—Y el santo también se esfumó.

—El santo, quienquiera que fuese, se esfumó en 1559. Su culto desapareció junto con la catedral. A raíz de ello, sólo quedó una pe-queña población presbítera, con un «abominable» círculo de piedras pagano situado en las afueras de la misma. —¿Qué puede decirme sobre las leyendas paganas? —pregunté.

—Sólo que existen personas que todavía creen en ellas. De vez en cuando, acuden turistas italianos interesados en esas piedras. Pregun-tan cómo se puede llegar a Donnelaith y se informan sobre la catedral. Sí, sí, es cierto. Preguntan cómo pueden llegar al valle de Donnelaith y viajan hasta allí en busca de Dios sabe qué. Y ahora se presenta usted haciendo esas mismas preguntas. La última persona con la que hablé al respecto era un intelectual de Amsterdam. — ¿Amsterdam?

—Sí, existe allí una organización de eruditos, que también posee una casa matriz en Londres. Están organizados como una orden religiosa, pero carecen de creencias de ese tipo. Que yo recuerde, han acudido en seis ocasiones para explorar el valle. Tienen un nombre muy extraño. Más afortunado que el santo, supongo. Un nombre inolvidable. —¿Cuál es? —pregunté.

—Talamasca —contestó el profesor—. Son unos hombres muy cultos y educados, que sienten un gran respeto hacia los libros. ¿Ve usted este pequeño libro de horas? ¡Es una joya! Me lo regalaron ellos.

Siempre me traen algo. ¿Ve este otro? Es una de las primeras Biblias del rey Jaime que se publicaron. Me lo trajeron la última vez que vinieron. Suelen acampar en el valle. Permanecen varias semanas y siempre se marchan desencantados.

Yo estaba muy excitado. Sólo pensaba en la extraña historia que Marie Claudette me había relatado cuando yo tenía tres años, acerca de que un erudito de Amsterdam había ido a Escocia para rescatar ala pobre Deborah, la hija de Suzanne. Durante unos instantes, toda suerte de extrañas imágenes pertenecientes a los recuerdos del diabólico espíritu se agolparon en mi mente, y casi perdí el conocimiento. Pero el tiempo apremiaba y no podía permitirme el lujo de sumirme en un trance.

Era preciso que obtuviera de ese amable profesor de historia toda la información posible.

—Dice usted que en el valle se practicaba la brujería y que en el siglo XVII quemaban a las brujas en la hoguera. ¿Qué puede contarme de todo ello?

—Una historia siniestra, la de Suzanne, la lechera de Donnelaith. Poseo un material muy valioso sobre esa historia, uno de los folletos originales divulgados por los jueces de las brujas.

El profesor se acercó a la prensa y sacó un viejo librito en cuarto. Observé el grabado de una mujer rodeada por unas llamas que parecían gigantescas hojas o lenguas de fuego. En la portada estaba escrito, con gruesas letras inglesas:

LA HISTORIA DE LA BRUJA DE DONNELAITH

—Se lo compro —dije.

—No puedo venderle el original-respondió el profesor—, pero le facilitaré una copia detallada del mismo.

—De acuerdo —dije, sacando la cartera y entregándole un fajo de dólares.

—Es suficiente —dijo el profesor—. No es necesario que me dé tanto dinero. Se ve que posee usted una naturaleza apasionada. Debe de ser a causa de su sangre irlandesa. Los franceses suelen ser más reticentes. Mi nieta se dedica a

hacer copias de estos documentos. Se lo tendrá listo dentro de unos días. Le hará una magnífica transcripción en facsímil sobre pergamino.

—Perfecto. Quisiera saber lo que dice ese documento.

—Me temo que una sarta de tonterías. Esos folletos fueron distribuidos por toda Europa. Éste fue impreso en Edimburgo en 1670.

Explica la historia de Suzanne, una astuta mujer que quedó cautivada por Satán y le entregó su alma.

Posteriormente fue quemada en la hoguera, pero su hija logró salvarse, pues había sido concebida el día primero de mayo y era sagrada para Dios, de modo que nadie se atrevió a tocarla. La hija fue confiada al cuidado de un sacerdote calvinista que la llevó a Suiza, según creo, para salvar su alma.

Se llamaba Petyr van Abel. —¿Petyr van Abel? ¿Está usted seguro? ¿Es el nombre que figura en el folleto? —pregunté. Estaba tan nervioso que apenas podía contenerme. Era la primera palabra escrita que había visto y que confirmaba la historia que Marie Claudette me había relatado. No me atrevía a revelarle al profesor que ese Petyr van Abel era uno de mis antepasados. El hecho de que mi padre fuera Tyrone McNamara la había dejado asombrado, y no quería confundirlo todavía más. Así pues, guardé silencio, sintiéndome abrumado. Incluso pensé en robar el folleto original.

—Sí, aquí dice Petyr van Abel—contestó el profesor—. Está es-crito por un sacerdote de Edimburgo, impreso en el mismo Edimburgo y vendido aun precio bastante elevado. A la gente le gustaban esas cosas, igual que hoy en día le atraen las revistas. Imagínese aun grupo de personas sentadas ante el hogar, contemplando ese horrible grabado de la desdichada joven que murió en la hoguera. »Como sin duda sabe, solían quemar a las brujas aquí, en Edimburgo, en el Pozo de las Brujas, situado en la Explanada. Dicha prác-tica duró hasta el siglo XVIII.

Yo murmuré que me parecía una práctica atroz. Pero estaba demasiado estupefacto ante el descubrimiento de ese importante documento para pensar con claridad. A fin de no dejarme invadir de nuevo por las imágenes de los recuerdos de Lasher, me apresuré a decir:

—Pero, cuando ejecutaron a la bruja, hacía mucho que habían quemado la catedral.

—En efecto, prácticamente todo había desaparecido. Sólo quedaban allí unos cuantos pastores. Sin embargo, algunos historiadores están convencidos de que las ejecuciones de las brujas fueron los Últi-mos coletazos de la pugna entre protestantes y católicos. Es posible que sea cierto. Afirman que, bajo John Knox, la vida se volvió muy aburrida, dado que habían desaparecido las vidrieras y las imágenes, se habían prohibido los viejos cánticos latinos y se habían abandona-do muchas de las pintorescas costumbres de los Highlands. Por consiguiente, la gente recurrió de nuevo a las ceremonias paganas para dar un poco de color a sus vidas. —¿Cree usted que fue eso lo que sucedió en Donnelaith?

—No. Fue un juicio típico. El conde de Donnelaith era un pobre hombre, que vivía en un destartado castillo. No tenemos noticias de él en ese siglo, excepto que falleció más tarde víctima de un incendio en el que murieron también su hijo y su nieto. La mujer era una pobre aunque astuta aldeana, acusada de haber embrujado a otra persona humilde. El documento no menciona ritos de brujería, pero Dios sabe que se celebraban en otros lugares. Se sabía que la mujer acudía con frecuencia al círculo de piedras pagano, prueba que fue utilizada en su contra. —¿Qué sabe sobre ese círculo de piedras?

—Es objeto de una viva polémica. Algunos sostienen que es tan antiguo como el de Stonehenge, quizás incluso más. Yo creo que tiene algo ver con los pictos, los cuales solían realizar grabados en las piedras. Éstas presentan una forma irregular y son de distintos tamaños. Constituyen los

últimos vestigios de lo que existía en esa zona. Creo que alguien borró parte de las inscripciones, y el resto de las mismas fueron destruidas por la erosión. —El profesor abrió un pequeño li-bro de dibujos y dijo—: Es el arte de los pictos. Durante unos momentos me sentí desorientado. No sabía qué significaba aquello. Jamás lo olvidaré. Contemplé aquella colección de guerreros, unas toscas figuras de perfil armadas con escudos y espadas. No sabía qué pensar. —¿A quién pertenece ese valle? —pregunté. El profesor me confesó que no lo sabía con certeza. El Gobierno había obligado a los últimos colonos a abandonar las tierras para mipedir que murieran de hambre. Era un asunto muy triste. Muchos se habían ido a América. El profesor me preguntó si había oído hablar de esas evacuaciones.

—Le he dicho cuanto sé —dijo—. Lamento no poder ofrecerle más datos.

—Le facilitaré los medios para emprender un exhaustivo estudio. Luego le pedí que me acompañara a Donnelaith, pero dijo que estaba demasiado viejo para esos trotes.

—Me encanta el valle —declaró—. Hace años fui allí con un miembro de la organización de Amsterdam llamado Alexander Cunningham, un joven brillante. Pagó todos los gastos del viaje.

Permanecimos en el valle por espacio de una semana. Le aseguro que yo estaba mipaciente por regresar a la civilización. Cuando me acompañó hasta aquí, después de cenar juntos por última vez, me dijo algo muy curioso. —¿No halló allí lo que andaba buscando? —pregunté.

—No, y doy gracias a Dios por ello —respondió el profesor. Tras austntarse unos momentos, prosiguió—: Permítame un consejo, amigo mío. No se burle de las leyendas de esos valles. Y menos aún de la historia del castillo de Glamis. Los duendecillos existen y son capaces de invocar a las brujas para vengarse. —¿Para vengarse? —repetí—. ¿A qué se refiere?

Pero el profesor se negó a contestar a mi pregunta. Su silencio parecía sincero. —¿Qué es esa historia del castillo de Glamis? —pregunté.

—Al parecer, pendía una maldición sobre la familia. Cuando se lo revelaron al nuevo heredero, éste no volvió a sonreír. Se ha escrito mucho sobre la historia del castillo de Glamis. Yo mismo lo he visitado. Pero ¿quién sabe la verdad? Ese hombre de la organización Talamasca era un estudioso y un tipo apasionado. Lo pasamos muy bien en el valle, contemplando la luna y las estrellas.

—Pero no vio a los duendecillos.

El profesor guardó silencio y, al cabo de unos minutos, contestó:

—Vi algo, pero no creo que fueran duendes. Se trataba de un hombre y una mujer, de talla menuda y un tanto deformes, como los mendigos que vemos en las calles. Los vi una mañana, al amanecer.

Cuando se lo conté a mi amigo de Talamasca, se puso furioso por no haberlos podido ver. Pero no volvieron a aparecer.

—De modo que los vio con sus propios ojos... ¿No le infundieron miedo?

—Le confieso que al verlos me eché a temblar —respondió el profesor, estremeciéndose—. No me gusta relatar esta historia. Tenga presente que los duendes no representan para nosotros simplemente unos seres simpáticos y divertidos. Son demonios crueles, poderosos y vengativos. En el valle existen lo que se denominan «luces de duendes», unas llamas que estallan de noche en el horizonte inexplicablemente. Le deseo suerte. Me gustaría acompañarlo. Empezaré a reunir de inmediato el material de investigación para facilitarle el informe que desea.

Tras despedirme de él, regresé al elegante hotel situado en la parte nueva de la ciudad.

Mary Beth no había regresado. Me senté a solas en la suite, consistente en dos dormitorios separados por un

saloncito, me bebí una copa de jerez y anoté cuanto recordaba sobre lo que me había contado el profesor. La habitación estaba helada y supuse que haría mucho frío en el valle.

Pero era preciso que fuera allí para desentrañar el misterio del santo, los duendes y todo lo demás.

Luego, en medio del silencio sepulcral, presentí que Lasher estaba junto a mí, en la habitación, y que conocía mis pensamientos. —¿Estás ahí, amor mío? —pregunté fingiendo indiferencia, mientras seguía escribiendo.

—De modo que has averiguado su nombre —contestó con su voz secreta.

—Me han hablado de un tal Petyr van Abel, sí, pero no es el nombre del santo.

—Petyr repitió Lasher suavemente—. Recuerdo a Petyr van Abel. Petyr van Abel vio a Lasher.

Ofrecía un aire dócil y pensativo. Su hermosa voz secreta resonaba entre las paredes de la habitación.

—Cuéntamelo —le rogué.

—Te lo contaré en el gran círculo —contestó—. Iremos allí. Siempre he estado allí. Quiero que vayas. —¿Acaso puedes estar allí y aquí al mismo tiempo?

—Sí —respondió, suspirando. Pero no parecía muy convencido de ello, lo cual demostraba una vez más los límites de su intelecto. —¿Quién eres realmente, espíritu? —pregunté.

—Lasher, a quien Suzanne invocó en el valle —contestó—. Me conoces bien. He sido muy generoso contigo, Julien.

—Dime dónde está mi hija, Mary Beth. Espero que no la hayas dejado sola en algún tugurio.

—No temas, es capaz de desenvolverse sola perfectamente, como tú bien sabes, Julien. La dejé en compañía de un hombre. —¿Qué?

—Conoció aun escocés que está dispuesto a ser el padre de su bruja.

Salté de la silla y grité enfurecido: —¿Dónde está mi Mary Beth?

En aquel momento la oí acercarse por el pasillo, cantando alegremente. Cuando entró vi que tenía las mejillas sonrosadas y húmedas, probablemente debido al frío, y que llevaba el cabello suelto. —¡Por fin lo he conseguido! —dijo, bailando alrededor de la habitación. Luego me besó en la mejilla y añadió—: No pongas esa cara. —¿Quién es ese hombre? —No pienses más en él, Julien —contestó—. Jamás volveré a verlo. ¿Te gusta el nombre de lord Mayfair?

Ésa fue la mentira que comunicamos a nuestros parientes en casa, tan pronto como supimos que Mary Beth estaba encinta. Lord Mayfair, de Donnelaith, era el padre de su hijo. La «boda» se había celebrado en esa misma «ciudad», aunque, por supuesto, tal ciudad no existía. Pero me estoy adelantando a los acontecimientos. Yo tenía la sensación, en aquel momento, de que Mary Beth había acertado en la elección del padre de su hijo. Según me contó, se trataba de un escocés de pura cepa, moreno; un canalla encantador y muy rico. «Bien —pensé—, no dejan de ser unos excelentes antecedentes.»

Procuré disimular el dolor, los celos, la vergüenza y el temor que sentía. Mi hija y yo éramos unos impenitentes libertinos, y no podía permitir que ella se burlara de mí. Por otra parte, estaba ansioso de partir hacia Donnelaith.

Le relaté a Mary Beth cuanto me había contado el profesor, sin que Lasher nos interrumpiera. De hecho, aquella noche se mostró muy silencioso, al igual que Mary Beth y yo mismo. En la calle, sin embargo, se había organizado un fuerte tumulto. Según parece, uno de los nobles de la localidad había sido asesinado.

No averigüé su nombre hasta más tarde, aunque en aquellos momentos no tenía ningún significado para mí. Creo que se trataba del padre del hijo de Mary Beth.

Les propongo que me acompañen a Donnelaith y me permitan revelarles lo que descubrí allí.

Al día siguiente partimos hacia el norte en dos grandes carruajes; uno ocupado por nosotros y nuestro equipaje, y el otro por los sir-vientes que nos atendían.

Nos detuvimos en una posada de Darkirk y desde allí proseguimos viaje a caballo, con dos bestias de carga y acompañados por dos escoceses de la localidad, también a caballo.

Tanto Mary Beth como yo éramos muy aficionados a montar a caballo y disfrutamos cabalgando por el escarpado terreno. Nuestras monturas eran excelentes y llevábamos suficientes provisiones para pasar la noche, aunque poco después de partir me di cuenta de que era mayor y ya no estaba para esos trotes. Nuestros guías eran muy jóvenes, al igual que Mary Beth. Yo cabalgaba detrás de ellos y tenía la impresión de que me dejaban un tanto postergado, pero la belleza de las colinas circundantes, de los impenetrables bosques y del cielo me cautivaba y hacía que me sintiera feliz.

Sin embargo, el paisaje resultaba un tanto frío y siniestro. ¡Por fin estábamos en Escocia! Cuando me sentía tentado de dar media vuelta y retroceder, me recordaba que era preciso que llegáramos al valle. Después de detenernos brevemente para almorzar, seguimos cabalgando casi hasta que anocheció.

Al poco rato llegamos al valle, o, mejor dicho, a una pendiente que descendía hacia el valle.

Desde la cima de un elevado promontorio, rodeado de un bosque de pinos escoceses, alisos y encinas, divisamos el castillo que se erguía ante nosotros, gigantesco, en ruinas y cubierto de maleza, cuya silueta se reflejaba en las relucientes aguas del río. Más allá, en el valle, se alzaban los elevados arcos de la catedral y el círculo de piedras, remoto y austero, pero claramente visible.

Aunque había oscurecido, decidimos seguir adelante. Encendimos las linternas y bajamos al valle por un camino que serpenteaba entre los árboles. No montamos el campamento hasta que llegamos a los restos de la ciudad; mejor dicho, de la aldea que había perdurado después de haber desaparecido ésta.

Mary Beth quería acampar junto al círculo de piedras pagano, pero los dos escoceses se negaron en redondo.

—Eso es un círculo mágico, señora —protestó uno de ellos—. No conviene que acampemos ahí. Los duendes se lo tomarían como una ofensa, créame.

—Estos escoceses están tan locos como los irlandeses —observó Mary Beth—. ¿Por qué no hemos ido a Dublín si queríamos oír historias sobre los gnomos?

Sus palabras me hicieron estremecer. Nos encontrábamos en el amplio valle. En la aldeano quedaba una piedra en pie. Nuestras tiendas de campaña y nuestras linternas debían de resultar visibles en varios kilómetros a la redonda. De pronto, me sentí como si estuviera desnudo y desvalido.

«Debimos haber subido hasta las ruinas del castillo», pensé. De repente me percaté de que no habíamos tenido noticias de nuestro espíritu en todo el día. No habíamos sentido su presencia, su aliento ni sus suaves codazos.

Mi temor aumentó.

—Lasher, ¿dónde estás? —murmuré. De pronto temí que, enojado, hubiera decidido vengarse en las personas que estimábamos.

Pero no tardó en responderme. Mientras caminaba solo por entre la alta hierba, sosteniendo la linterna apagada, encorvado y cojeando a causa del largo viaje a caballo, el espíritu apareció acompañado de una ráfaga de aire que hizo que la hierba se inclinara ante mí, formando un gigantesco círculo.

—No estoy enojado contigo, Julien —dijo. Pero su voz denotaba que sufría—. Nos hallamos en nuestra tierra, la

tierra de Donnelaith. Veo lo que tú ves, y lloro al recordar lo que existía antes en este valle.

—Cuéntame lo que recuerdas, espíritu —le rogué.

—La catedral, que ya conoces, y las procesiones de penitentes y enfermos que acudían desde muchos kilómetros a la redonda, a través de las colinas, para venerar la tumba del santo. Y la próspera población, llena de comercios y comerciantes que vendían imágenes..., unas imágenes... —¿Qué clase de imágenes? —pregunté. —¿Qué me importa? Si pudiera volver a nacer, no perdería el tiempo como hice durante aquellos años. No soy un esclavo de la historia, sino más bien de la ambición. ¿Comprendes la diferencia, Julien?

—No, explícamelo tú —respondí—. Algunas veces consigues despertar mi curiosidad.

—Eres demasiado sincero, Julien —observó el espíritu—. Lo que quiero decir es que el pasado no existe. Te lo aseguro. Sólo existe el futuro. Cuanto más aprendemos más sabemos. Es absurdo vivir pendiente del pasado. Tú te esfuerzas en hacer que el clan sea fuerte, al igual que yo. Yo sueño con la bruja que podrá verme y convertirme en un hombre de carne y hueso. Tú sueñas con que tus hijos alcancen la riqueza y el poder.

—Cierto —contesté.

—Eso es todo. Me has traído de nuevo a este lugar, que jamás abandoné, para que lo conociera.

Mientras le escuchaba bajo el cielo plomizo, con el inmenso valle extendiéndose a mis pies y las ruinas de la catedral ante mí, sus palabras quedaron grabadas en mi memoria. —¿Quién te ha enseñado esas cosas? —pregunté.

—Tú —contestó Lasher—. Tú y los tuyos me habéis enseñado a desear, a ambicionar, a tratar de alcanzar unos objetivos, en lugar de lamentarme. No te dejes engañar por los recuerdos del pasado. —¿A qué te refieres?

—Estas piedras no significan nada. Nada en absoluto. —¿Me permites que contemple la iglesia, espíritu?

—Por supuesto. Enciende la linterna. Pero no podrás verla como la vi yo.

—Te equivocas, espíritu. Cada vez que te apoderas de mi cuerpo dejas algo de ti mismo. Lo he visto. Lo he visto junto con los fieles que se agolpan en la puerta de la iglesia, las velas y las decoraciones navi-deñas. —¡Silencio! —me ordenó.

De pronto se levantó una violenta ráfaga de aire que por poco me derriba. Caí de rodillas y, a los pocos minutos, el viento cesó.

—Gracias, espíritu —dije. Encendí una cerilla, protegiendo la lla-ma con la mano para evitar que se apagara, y la apliqué a la mecha de la linterna—. ¿Por qué no me hablas sobre esos tiempos?

—Te diré lo que veo desde aquí. Veo a mis hijos. —¿Te refieres a nosotros?

El espíritu no respondió. Me siguió a través del accidentado ca-mino rodeado de hierba hasta que llegué a las ruinas de la catedral. Me detuve frente a la gigantesca nave y alcé la vista.

Debió de ser una catedral impresionante. Había visto muchas hermosas catedrales en Europa. No era de estilo románico, con arcos redondeados y llena de pinturas, sino de piedra fría, majestuosa y airosa como la catedral de Chartres o Canterbury.

—Pero ¿no queda nada de las maravillosas vidrieras? —pregunté.

En respuesta a mi pregunta, la brisa empezó a soplar de nuevo sobre el sereno y oscuro valle y penetró en la nave, haciendo que la hierba se meciera suavemente. La luna había aparecido en el cielo, el cual estaba tachonado de estrellas.

De improvviso, más allá del extremo de la nave, sobre el punto más elevado del arco, en el lugar donde había estado el rosetón, vi al espí-ritu, inmenso, oscuro y translúcido, recortándose en el cielo como una inmensa nube

tormentosa, en silencio. Al cabo de unos momentos se desvaneció tan bruscamente como había aparecido.

Atónito, contemplé el cielo, la luna, las remotas montañas y el bosque. Todo estaba en silencio.

Soplaba un aire frío. Miré a mi alrededor; estaba solo. La catedral se erguía majestuosamente en torno a mí, como si pretendiera hacer que me sintiese insignificante, humillarme. Me senté en el suelo y apoyé las manos y la barbilla en las rodillas, tratando de evocar los recuerdos de Lasher.

Pero sólo sentí una profunda sensación de soledad. Medité sobre mi vida, sobre el cariño que sentía hacia mi familia y sobre la fortuna y el poder que habíamos logrado acumular bajo los auspicios de ese diabólico ser.

Quizá nuestro caso no era el único, pensé. Sin duda pendía una maldición, un pacto con el diablo sobre todas las familias que habían conseguido acumular una inmensa fortuna. Pero en el fondo no estaba convencido de ello. Por el contrario, creía firmemente en la virtud.

La virtud, a fin de cuentas, no consistía en otra cosa que en ser bueno, en amar al prójimo, a tus hijos. En aquel instante lo comprendí con toda claridad. «¿Qué puedes hacer —me pregunté—, salvo proteger a tu familia, procurarles los medios para subsistir, para ser fuertes y sanos y hacer el bien? Enséñales a ser buenos y protégelos del mal.» Mientras permanecía sentado en silencio, rodeado por la cálida luz de la linterna, la hierba y los derruidos muros de la catedral, se me ocurrió un solemne pensamiento. Alcé de nuevo la vista y observé que la luna se había desplazado hacia el lugar que antaño ocupaba el rosetón. Aunque no quedaba ni rastro del vidrio, yo sabía en qué consistía el rosetón y conocía su significado. Según la jerarquía de la Iglesia católica, el rosetón simbolizaba la flor más pura y, por ende, la más pura de las mujeres, la Virgen María.

Pensé en eso y en nada. Y recé. No a la Virgen, sino simplemente al aire, al tiempo, a la tierra.

Dije: «Dios —como si todo lo que me rodeaba tuviera ese nombre—, deseo hacer un trato contigo.

Estoy; dispuesto a ir al infierno si salvas a mi familia. Mary Beth quizá se condene también, y todas las brujas que la sigan. Pero te ruego que salves a mi familia. Haz que se sientan fuertes, dichosos.

Protégelos y derrama sobre ellos tus bendiciones.»

Permanecí sentado largo rato, pero no obtuve respuesta a mis oraciones. Durante unos minutos las nubes ocultaron la luna; luego ésta apareció de nuevo, brillante y hermosa. Por supuesto, no esperaba obtener respuesta a mis oraciones, pero el trato que le había propuesto a Dios me infundía esperanzas. Nosotros, los brujos y las brujas, padeceríamos un justo castigo; los otros prosperarían.

Ése era el trato.

Me puse en pie, cogí la linterna y regresé hacia el campamento.

Mary Beth dormía en su tienda. Los dos guías conversaban y fumaban en pipa. Me invitaron asentarme a charlar con ellos, pero les dije que estaba cansado y deseaba acostarme, pues al día siguiente debía madrugar.

—Espero que no se haya puesto a rezar en las ruinas de esa iglesia —dijo uno de los guías—. Es peligroso. —¿Por qué? —pregunté con curiosidad.

—Es la iglesia de San Ashlar. Si a éste se le ocurriera responder a sus preces, Dios sabe lo que podría ocurrir. Ambos hombres se miraron y rompieron a reír. —¿San Ashlar? —repetí—. ¿Ha dicho San Ashlar?

—Sí, señor —terció el otro guía, que había permanecido en silencio—. Sus restos están enterrados ahí.

Antiguamente era el santo más poderoso de Escocia, y los presbiterianos prohibieron pronunciar. Su nombre. Decían que era pecado. Pero las brujas siempre lo supieron.

En aquel momento tuve la sensación de que el tiempo y el espacio habían dejado de existir. En el silencio del fantasmagórico valle recordé la imagen de un niño de tres años, de una vieja bruja, de la plantación, de las historias que la bruja me relataba en francés: «Su nombre fue invocado fortuitamente en el valle...» Yo murmuré para mis adentros: «Ven a mí, Lasher. Ven a mí, Ashlar. ¡Lasher! ¡Ashlar!»

Al principio pronuncié su nombre en un murmullo, luego en voz alta. Los dos guías me miraron perplejos. De pronto comenzó a soplar un feroz vendaval cuyo rugido retumbaba en el valle.

El viento agitaba violentamente las tiendas y los dos guías corrieron a sujetarlas. Las linternas se apagaron. Mary Beth se refugió junto a mí, mientras sobre Donnelaith descargaba una tormenta de lluvia y truenos que hizo que todos nos sintiéramos acobardados.

Todos, menos yo. Al cabo de unos minutos conseguí dominarme, comprendiendo que era inútil dejarme amedrentar. Alcé la vista al cielo mientras la lluvia batía sobre mi rostro y exclamé: —¡Maldito seas, Ashlar! ¡Vete al infierno! ¡No eres más que un santo que ha caído en desgracia, un santo destituido de su trono! ¡Re-gresa al infierno! ¡No eres un santo, sino un demonio!

El viento derribó una de las tiendas de campaña y se la llevó volando. Los guías corrieron a sujetar la otra. Mary Beth trató de aplacar mi ira. La lluvia y el viento arreciaron, amenazando con convertirse en un huracán.

Súbitamente vimos una nube negra alzarse como una columna entre la hierba y empezar a girar vertiginosamente, oscureciendo el cielo. A los pocos minutos se desvaneció tan bruscamente como había aparecido.

Yo permanecí inmóvil. Estaba calado hasta los huesos y tenía la camisa hecha jirones. Mary Beth se soltó el cabello para que se secara y alzó valientemente la vista, observando el cielo con curiosidad.

—Maldita sea, le advertí que no invocara a San Ashlar — me espetó uno de los guías—. Debió hacerme caso.

Yo sonreí. —¡Dios mío! —murmuré, exhalando un suspiro—. ¿Es eso una prueba de que no existes, Señor, de que tus santos son unos feroces demonios?

Al cabo de unos minutos la atmósfera empezó a caldearse. Los guías encendieron de nuevo las linternas. Aunque todavía estábamos empapados, el agua había desaparecido de la tierra, como si no hubiera llovido. El cielo estaba despejado y la luz de la luna invadía de nuevo el valle. Enderezamos las tiendas y sacamos los sacos de dormir para que se secaran.

No conseguí pegar ojo en toda la noche. Al amanecer, me dirigí a la tienda que ocupaban los guías y les rogué que me relataran la historia del santo.

—Pero no vuelva a invocar su nombre —respondió uno de ellos—. Ojalá no la hubiera pronunciado anoche. Lo cierto es que no conozco su historia y dudo mucho que la conozca algún habitante de la localidad. Es una vieja leyenda, probablemente un cuento chino, aunque tardaremos mucho en olvidar la tormenta que descargó anoche.

—Cuéntenme todo lo que sepan —insistí.

—Mi abuela solía invocar su nombre cuando deseaba que sucediera algo imposible. Me advirtió que no le pidiera nunca nada que no deseara urgentemente. He oído pronunciar su nombre en un par de ocasiones entre los habitantes de las colinas, los cuales suelen cantar una vieja canción. Es cuanto sé. No soy católico. No me interesa la vida de los santos. Nadie de esta localidad conoce a los santos.

Su compañero asintió.

—Yo tampoco sé nada sobre él. He oído a mi hija invocar su nombre algunas veces, para pedirle que un determinado joven se fijara en ella.

Yo seguí interrogándolos, pero los guías eran incapaces de responder a mis preguntas. Al cabo de un rato fuimos a

explorar las ruinas, el círculo de piedras y el castillo. Pero el espíritu no acudió.

No oí su voz ni note su presencia.

En cierto momento, mientras recorría las ruinas del castillo, el miedo hizo presa en mí, pues temí despeñarme. Pero el espíritu no intentó jugarme una mala pasada.

Al anochecer reemprendimos el camino de regreso al campamento. Había visto todo cuanto mis fuerzas me permitieron descubrir. El suelo de la catedral estaba cubierto por una gruesa capa de tierra. ¡Quién sabe cuántas tumbas, libros o documentos se ocultaban debajo de ésta! O puede que no hubiera nada.

Me pregunté dónde habría muerto Suzanne. No quedaba rastro de los viejos mercados y caminos, pero no me atreví a decir nada ni a formular ninguna pregunta que provocara de nuevo las iras de Lasher. No obstante, tomé buena nota de cuanto había visto.

En Darkirk, una pequeña población presbiteriana de blancos edificios, no encontré a nadie que pudiera informarme sobre el santo católico. Habían oído hablar del círculo de piedras, las brujas, las artes mágicas que se practicaban en el valle y los duendecillos que se dedicaban a robar niños de corta edad, pero ignoraban los pormenores. Eran más aficionados a viajar en tren a Edimburgo y Glasgow que a visitar los bosques o el valle. Tan sólo les interesaba la próxima construcción de una fundición y la industria maderera. Las viejas leyendas les tenían sin cuidado.

Pasé una semana en Edimburgo, reunido con los banqueros, para adquirir el terreno. Tras convertirme en propietario de esas tierras, establecí un fondo fiduciario para que el profesor de historia, quien a mi regreso me ofreció una exquisita cena a base de pato asado y clarete, pudiera estudiarlas.

Mary Beth hizo otra escapada, llevándose consigo a Lasher. Éste y yo no habíamos vuelto a cruzar palabra desde

aquella infausta noche, pero el espíritu no se separaba de Mary Beth y hablaba con ella. Yo no le había revelado a mi hija lo que había hecho y averiguado, y ella no me preguntó nada.

Lo cierto es que yo temía pronunciar el nombre de Ashlar. Temía que volviera a desencadenarse otra violenta tormenta. Recordaba la expresión de pavor de los guías y de Mary Beth. Yo también estaba asustado, aunque no alcanzaba a comprender el motivo. A fin de cuentas, había vencido al demonio. Había conseguido averiguar su nombre. Pero otra cosa muy distinta era arriesgar mi vida enfrentándome a él. Un día, mientras conversaba con el amable profesor de historia en Edimburgo, dije:

—He leído la vida y milagros de todos los santos en la biblioteca, todos los libros de historia de Escocia, pero no he hallado ninguno que cite el nombre de san Ashlar.

El profesor soltó una sonora carcajada y me sirvió más vino. Esa noche estaba muy alegre, y no era para menos. El fondo fiduciario que yo había establecido le proporcionaría miles de dólares simplemente para que estudiara la historia de Donnelaith, amén de asegurar su futuro y el de sus hijos.

—En ocasiones, cuando consiguen algo que parecía imposible, los niños suelen decir «Gracias a san Ashlar» —dijo el profesor—. Es el santo de las causas perdidas, como Judas en otros lugares. No existen leyendas sobre él, pero debe tener en cuenta que esta tierra es presbi-teriana. Existen pocos católicos, y el pasado está envuelto en el misterio.

No obstante, el profesor prometió examinar sus libros cuando termináramos de cenar. Entretanto, hablamos sobre los fondos necesarios para las excavaciones y la conservación de los restos de Donnelaith. El profesor me garantizó que las ruinas serían exploradas a fondo, descritas y sometidas aun exhaustivo estudio.

Después de cenar nos retiramos a la biblioteca para revisar algunos viejos textos católicos que poseía el

profesor, los cuales databan de los tiempos anteriores al rey Enrique. Había uno, escrito por un autor anónimo, titulado La historia secreta de los clanes de los Highlands. Era un tomo muy antiguo, encuadernado en piel negra, bastante voluminoso. Tenía varias hojas rotas y sueltas.

Cuando el profesor lo abrió a la luz de la lámpara, vi que en una de ellas aparecía una especie de árbol genealógico.

—Supongo que no entiende lo que está escrito —dijo el profesor—, dado que está en gaélico. El libro habla de Ashlar, hijo de Olaf y marido de Janet, fundadores del clan de Drummard y Donnelaith. Es la primera vez que veo escrita la palabra «Donnelaith», aunque me había tropezado con numerosas referencias asan Ashlar.

El profesor pasó las hojas del viejo y frágil volumen hasta dar con otra que le interesaba.

—Ashlar —dijo, contemplando la casi ilegible caligrafía—. Sí, era rey de Drummard...

El profesor leyó el texto, traduciéndolo para que yo lo entendiera y tomando notas en un papel.

—Ashlar, rey de los paganos, muy amado por su pueblo, marido de la reina Janet, monarcas de High Dearmach, situado al norte del valle, en los bosques de los Highlands. En el año 566 fue convertido a la fe cristiana por san Columba de Irlanda. Según dice aquí, san Ashlar falleció en Drummard, donde erigieron una imponente catedral para conmemorar su nombre. Posteriormente, Drummard pasó a llamarse Donnelaith. Reliquias..., curas... Su esposa, Janet, se negó a renunciar a la fe pagana y fue quemada en la hoguera por su obcecado orgullo. «y cuando el gran santo lloró la muerte de su esposa, en la tierra quemada brotó un manantial en el que fueron bautizadas miles de personas.»

La imagen me impresionó profundamente. Vi a Janet devorada por las llamas, al santo, el sagrado manantial... De pronto me sentí embargado por la emoción.

El profesor, fascinado por la historia de Ashlar, me prometió copiar el texto y enviármelo.

A continuación examinó otros libros. En uno que versaba sobre la historia de los pictos halló otras referencias a Ashlar y Janet, así como la macabra historia de cómo ésta se negó a aceptar la fe de Cristo y prefirió sacrificar su vida a los dioses en la hoguera, maldiciendo a sus compatriotas ya su marido, antes que convivir con los cobardes cristianos.

—Por supuesto, se trata de una leyenda —dijo el profesor—. Na-die conoce la verdad sobre los pictos.

Todo es muy confuso. En este libro ni siquiera se afirma que se trate de los pictos. ¿Ve estas palabras en gaélico? Significan «hombres y mujeres altos del valle». Estas otras podrían traducirse aproximadamente por «Los niños altos».

Aquí dice que el rey Ashlar derrotó a los daneses en el año 567, agitando una cruz en llamas ante los ejércitos que emprendían la retirada. Janet, hija de Ranald, fue quemada en la hoguera ese mismo año por el clan de Ashlar, aunque el santo no participó en su ejecución y rogó a sus partidarios, recientemente convertidos al cristianismo, que se apiadaran de ella.

Acto seguido el profesor me mostró otro volumen: LEYENDASDELOSHIGHLANDS —Aquí está. San Ashlar, venerado en algunas zonas de Escocia hasta el siglo XVII, sobre todo por muchachas que le rogaban que les concediera sus más fervientes deseos. No es un santo auténticamente canónico. —El profesor cerró el libro y prosiguió—: No me sorprende el hecho de que no sea un santo auténticamente canónico. Todo esto es demasiado reciente para considerarlo historia.

Ello significa que no ha sido canonizado por Roma. Se trata de un caso similar al de San Cristóbal.

—Lo sé —respondí distraídamente.

Yo seguía enfrascado en los recuerdos y las imágenes de la catedral. Por primera vez contemplé sus vidrieras —altas, estrechas y de colores, aunque no eran representaciones de santos sino más bien mosaicos dorados, rojos y azules y el rosetón. De pronto vi unas llamas y oí los gritos de la

multitud mientras comenzaba a arrojar piedras contra los ventanales de la iglesia. Al ver a la muchedumbre avanzar hacia mí mientras extendía las manos para detenerla, pude calcular mi altura.

Al cabo de unos momentos conseguí borrar la inquietante imagen de mi mente. El profesor me observó con curiosidad.

—Se nota que es usted un apasionado de estos temas —dijo.

—En efecto —respondí—, siento una pasión casi diabólica. Sin embargo, no comprendo por qué dice que todo ello es demasiado reciente para considerarlo historia. Al fin y al cabo, se trata de una catedral del siglo XIII.

—Cierto —admitió el profesor, dirigiéndose a una estantería que contenía varios volúmenes sobre iglesias y ruinas en Escocia—. Buena parte de ello se ha perdido. Si no fuera por los eruditos aficionados al tema, habría desaparecido todo vestigio de esas construcciones católicas. Aquí está lo que andaba buscando. Este tomo se titula Las catedrales de Escocia. Permítame que le lea un párrafo: «La catedral de Donnelaith fue ampliada y restaurada bajo los auspicios de los jefes del clan de Donnelaith entre 1205 y 1266. Los frailes franciscanos celebraban unos festejos navideños dedicados a ensalzar al santo, que atraían a miles de fieles al lugar. Aunque en la actualidad no existen documentos que lo acrediten, sabemos que los principales benefactores pertenecían al clan de Donnelaith. Se cree que algunos documentos se conservan en Italia.»

Yo exhalé un suspiro. No quería que los recuerdos distrajeran de nuevo mi atención. ¿Qué había logrado averiguar a través de esos recuerdos? El profesor siguió hojeando el volumen, hasta que de pronto me mostró el árbol genealógico, un tanto rudimentario, del clan de Donnelaith.

—Mire —dijo—, aquí figura el rey Ashlar, su biznieto, Ashlar el Venerable, y otro descendiente, Ashlar el Bendito,

quien contrajo matrimonio con una reina normanda llamada Mora. Según parece, existieron varios Ashlar.

—Eso veo.

—Aquí aparece otro Ashlar, y otro. Por lo visto varios jefes del clan, ostentaban ese nombre, suponiendo que realmente existieran. Como sabe, los descendientes de los clanes escoceses son muy aficio, nados a escribir estas vistosas historias. No puedo asegurarle que sean ciertas.

—De momento, me doy por satisfecho —respondí.

—Lo celebro —dijo el profesor, cerrando el libro—. De todos modos, procuraré encontrar más datos al respecto. A decir verdad, casi todos los textos publicados por iniciativa privada son iguales. Buena parte de lo que contienen es puro folclore.

—Sin embargo, deben de existir documentos referentes al siglo XVI, la época de John Knox.

—Se han esfumado —contestó el viejo profesor—. Estamos hablando sobre una revolución eclesiástica. Enrique VIII destruyó multitud de monasterios. Las imágenes y las pinturas fueron vendidas o quemadas, mientras que los libros sagrados se perdieron para siempre. Cuando al fin consiguieron romper las defensas de Donnelaith, redujeron la población a cenizas.

El profesor se sentó y empezó a ordenar los libros en montones.

—Descuide, buscaré los datos que precisa —dijo—. Si existen otros documentos referentes a Donnelaith, trataré de encontrarlos. Pero temo que se hayan perdido. La tierra de los monasterios y las catedrales perdió sus tesoros en esa época. Y Enrique, el muy canalla, lo hizo por dinero. Por dinero y para poder casarse con Ana Bolena. Es lamentable que un hombre pueda alterar de ese modo el rumbo de la historia. Mire lo que dice aquí: «San Ashlar, el santo reverenciado por las jóvenes, quienes le rezaban para que les concediera sus deseos.» Estoy convencido de que hallaré una docena de referencias de ese tipo.

Al cabo de un rato, me despedí del anciano y me marché.

Había conseguido lo que quería. Sabía que el espíritu había sido un hombre de carne y hueso y que estaba sediento de venganza. Era un fantasma.

Tenía pruebas de todo ello; era como si siempre lo hubiera sabido.

Mientras subía la cuesta tras abandonar la casa del profesor, no cesaba de hacerme las siguientes preguntas: «¿Por qué ese demonio nos ha escogido a nosotros? ¿Porque desea convertirse de nuevo en un hombre de carne y hueso? ¿Qué significa? ¿Cómo puedo servirme de ese nombre para destruirlo?»

Al llegar al hotel, comprobé que Mary Beth había regresado y se hallaba acostada en el sofá.

Lasher estaba junto a ella, sonriendo des-pectivamente y presentando un aspecto un tanto inusual.

Iba vestido con unas prendas toscas y llevaba el cabello largo hasta los hombros.

Durante unos momentos me quedé tan impresionado por su belleza y la claridad con que lo veía, que lo contemplé estupefacto. Él me miró satisfecho y halagado. A medida que lo observaba, la figura del espectro iba adquiriendo mayor brillo y nitidez.

—Crees saberlo todo, pero no sabes nada —dijo, moviendo los labios—. Te recuerdo que lo importante es el futuro.

—No eres un gran espíritu, ni un gran misterio —contesté—. Tan pronto como regrese se lo comunicaré a mi familia.

—Te equivocas. Su futuro está en mis manos. Y el mío en las tuyas. Ésta es tu baza más importante. Me maravilla que un hombre como tú, tan culto e inteligente, no haya reparado en ello.

Yo no respondí. Me asombraba que consiguiera mantener una forma visible durante tanto rato.

—No eres sino un santo que se volvió contra Dios.

—No trates de burlarte de mí con ese estúpido folclore, con esas memeces. ¿Acaso me tomas por uno de tu especie? ¡Estás loco! Cuando me convierta de nuevo en un ser de carne y hueso, yo... —De pronto calló, como si no se atreviera a pronunciar la amenaza que había estado apunto de proferir.

Luego añadió apresuradamente—: Te necesito, Julien. La criatura que Mary Beth lleva en el bien-tre no es una bruja, sino una pobre retrasada mental, como Katherien, tu hermana, y Marguerite, tu madre. Debes engendrar una bruja con tu hija.

—De modo que ése es el trato —respondí, suspirando—. Pretendes que copule con mi propia hija.

Extenuado, el espíritu empezó a desvanecerse. Mary Beth seguía en el sofá profundamente dormida, cubierta con unas mantas, mientras el fuego de la chimenea iluminaba su suave tez y su cabello. —¿Nacerá esa niña? —pregunté.

—Sí, a su debido tiempo. Vuestra hija será una magnífica bruja-¿Y Mary Beth?

—Es una bruja extraordinaria, la más grande —contestó el espíritu, suspirando—. Sin contar a Julien.

Ése fue mi mayor triunfo, Michael. Averigüé lo que acabo de relatarte —su nombre, su historia y que pertenecía a nuestra sangre—, pero nada más.

Todo estaba relacionado con el nombre de Ashlar. Pero ¿era Ashlar el demonio? Y en tal caso, ¿cuál de los Ashlar que figuraban en los libros del anciano profesor? ¿El primero o un descendiente del mismo?

A la mañana siguiente, tras dejar una nota dirigida a Mary Beth, partí de Edimburgo hacia Donnelaith, recorriendo el último tramo, desde Darkirk, a caballo. Era demasiado mayor para emprender ese viaje solo, pero estaba obsesionado con mis descubrimientos.

Exploré de nuevo la catedral bajo el templado sol de los HighLand, cuyos rayos asomaban a través de las nubes, y

luego me dirigí al círculo de piedras.

Una vez allí, invoqué al espíritu y lo maldije. —¡Regresa al infierno, San Ashlar! —exclamé—. Ése es tu nombre, ése eres tú, un hombre de carne y hueso al que todos reverenciaban. Pero tu orgullo te perdió e hizo que te convirtieras en un demonio que ahora nos atormenta.

El eco de mi voz reverberaba entre los montes que rodeaban el valle. Pero estaba solo. El espíritu ni siquiera se dignó responder. De pronto, mientras contemplaba el círculo de piedras, experimenté una sensación de mareo, como si me hubieran asestado un golpe, lo cual significaba que el espíritu se disponía a apoderarse de mi cuerpo. —¡No, retrocede! —grité, desplomándome sobre la hierba.

El paisaje comenzó a hacerse borroso mientras el viento soplaba con furia, barriendo todas las formas y puntos de referencia.

Cuando me desperté había anochecido. No sabía lo que había sucedido; tan sólo que estaba magullado y tenía la ropa hecha jirones.

Durante unos instantes, mientras permanecía sentado en la oscuridad, temí por mi vida. Ignoraba qué había sido de mi caballo y cómo abandonar ese siniestro valle. Al fin, me levanté, pero me di cuenta de que un hombre me sostenía por los hombros.

Era él, que se había materializado de nuevo y me guiaba con firmeza hacia el castillo. Sentí su rostro junto al mío y percibí el olor de su justillo de cuero y de la hierba. Súbitamente se desvaneció, dejándome solo, pero al cabo de unos minutos reapareció y me ayudó a llegar al castillo.

Al fin penetramos en el vestíbulo en ruinas y me tumbé a dormir en el suelo, incapaz de dar un paso más. Lasher se sentó junto a mí, en la oscuridad, adoptando unas veces forma humana y otras permaneciendo invisible, como un mero espectro cuya presencia me envolvía.

Agotado y desesperado, pregunté: —¿Qué puedo hacer, Lasher? ¿Qué pretendes?

—Vivir, Julien, eso es todo. Vivir y regresar ala luz. No soy lo que crees. No soy lo que imaginas.

Examina tus recuerdos. El santo aparece en la vidriera, ¿no es así? ¿Cómo puedo ser él, si puedo ver su imagen en la vidriera? Ni siquiera lo conozco. ¡Él fue mi perdición!

Yo jamás había visto al santo en la vidriera; tan sólo los colores de ésta. Pero de repente, mientras yacía en el suelo del castillo, recordé haber estado en otro tiempo en la iglesia, recordé haber atravesado el crucero y penetrado en la capilla del santo. En efecto, allí estaba el sacerdote guerrero, de largos cabellos y barba, representado en la maravillosa vidriera, iluminado por los rayos del sol que penetraban a través de la misma. San Ashlar aplastando a los monstruos con el pie. San Ashlar.

Recordé haberle preguntado al santo, profundamente angustiado: «¿Cómo puedo ser esta criatura?

Ayúdame, san Ashlar, te lo suplico.» Luego noté que unas manos me agarraban y me sacaban a rastras de la iglesia. ¿Qué podía hacer?

Sentía un inenarrable dolor y una profunda desesperación.

De pronto perdí el conocimiento. Jamás había percibido al diabólico espíritu tan vívidamente como en aquellos momentos en que me hallaba en la catedral, tras haberme convertido en él. ¡San Ashlar! Incluso oí su voz, mi voz, resonando bajo el elevado techo de piedra. «¿Cómo puedo ser esta criatura, san Ashlar?» Pero la figura representada en la hermosa vidriera no respondió, sino que continuó observándome fijamente, en silencio.

No recuerdo más.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, tendido entre las ruinas del castillo, vi junto a mí a los guías de Darkirk, los cuales temían que me hubiera perdido. Me habían traído comida, unas mantas y un caballo.

A la luz del sol, el valle ofrecía un aspecto muy hermoso e inocente. Sentí deseos de tumbarme adormir, pero no

pude hacerlo hasta llegar a la posada de Darkirk, donde me acosté de inmediato.

Dormí durante dos días seguidos, aquejado de unas décimas de fiebre, pero sin que nada turbara mi sueño.

Cuando regresé a Edimburgo, hallé a Mary Beth muy preocupada, pues temía que me hubiese sucedido algo malo. Cuando acusó a Lasher de haber intentado lastimarme, éste rompió a llorar.

Le pedí a Mary Beth que se sentara a mi lado, junto al fuego, y le expliqué lo sucedido. Le relaté mis recuerdos, la historia de san Ashlar y lo que ésta significaba.

—Debes demostrarle siempre a Lasher que eres más fuerte que él —le dije—. No permitas que te domine jamás. Es capaz de destruirte, de matarte. Su único deseo es vivir. Está amargado, pues no posee una singular inteligencia, sino que es un ser inferior a Dios, un ser de las tinieblas, desesperado, que ha sido derrotado por el Señor.

—Sí, ha sufrido mucho —respondió ella—. Comprendo que te haya hecho perder la paciencia, pero no puedes seguir oponiéndote continuamente a él, Julien. Déjalo de mi cuenta.

De improviso, Mary Beth se levantó y continuó diciendo, con voz sosegada y sin apenas gesticular:

—Le utilizaré para conseguir que nuestra familia amase una incalculable fortuna. Haré que nuestro clan sea tan fuerte y poderoso que ninguna guerra ni revolución pueda destruirlo jamás. Uniré a nuestros primos, les alentaré a casarse entre sí y haré que todos los que forman parte de nuestra familia ostenten nuestro apellido. Triunfaré en mi empeño. Lasher lo sabe, es lo que desea. No existe ningún conflicto entre nosotros. —¿Estás segura de ello? —pregunté, temblando de rabia y temor. ¿Te ha dicho que desea que me acueste contigo para que engendremos una bruja?

Mary Beth sonrió dulcemente y me acarició la mejilla.

—Descuida, no creo que te cueste mucho, cariño.

Aquella noche soñé con unas brujas que estaban en el valle y con orgías. Supuse que se trataba de sueños que olvidaría tan pronto como me despertara, pero no fue así. Desde Edimburgo partimos hacia Londres, donde permanecemos hasta que Mary Beth dio a luz a Belle, en 1888. Era una criatura muy hermosa, con un aspecto completamente normal.

En Londres compré un voluminoso cuaderno con las tapas de piel y hojas de un papel pergamino de excelente calidad, para escribir en él cuanto sabía sobre Lasher y nuestra familia. En casa había empezado a escribir varios diarios, pero había terminado abandonándolos. Ahora, sin embargo, decidí anotar todo lo que recordaba.

Escribí cuanto sabía sobre Riverbend, Donnelaith, las leyendas y el santo, sin omitir detalle.

Escribía apresuradamente, temiendo que Lasher se presentara de improviso y me obligara a interrumpir mi relato. Pero el monstruo se mantuvo alejado de mí.

Todos los días recibía carta del anciano profesor relatándome diversas anécdotas y milagros de san Ashlar, el protector de las jovencitas enamoradas. El resto del contenido de las misivas abundaba en lo que ya habíamos descubierto. Habían iniciado unas excavaciones en Donnelaith, pero los trabajos tardarían siglos en completarse y no estaba seguro de que fueran a descubrir alguna interesante novedad.

No obstante, respondí con entusiasmo a las cartas del profesor y sus amigos, aumenté la dotación del fondo fiduciario y cedí a sus deseos de profundizar en los estudios de Donnelaith y sus ruinas.

Todas las cartas que escribía y recibía las copiaba en mi cuaderno.

Al cabo de un tiempo adquirí otro, también encuadernado en piel y de un papel pergamino muy resistente, en el que empecé a escribir la historia de mi vida, sin imaginar que ambos cuadernos perecerían antes que yo.

Afortunadamente, Lasher no trató de entorpecer mi trabajo. Pasaba todo el tiempo con Mary Beth, quien hasta el momento de dar a luz se dedicó a corretear por Londres y visitar Canterbury y Stone-henge. Siempre iba acompañada de jóvenes admiradores, dos de los cuales, estudiantes de Oxford y locamente enamorados de ella, permanecieron-a su lado cuando dio a luz a Belle en el hospital.

Nunca me había sentido tan alejado de ella como durante esa época. Mary Beth estaba enamorada de la ciudad, de sus monumentos, sus fábricas, sus teatros y los nuevos inventos que ofrecía. Visitó la Torre de Londres, por supuesto, y el Museo de Cera, que en aquel tiempo estaba muy de moda. Su embarazo no le suponía ningún problema. Era alta, fuerte y robusta, y estaba acostumbrada desde jovencita a disfrazarse de chico. Sin embargo, era una mujer muy hermosa, femenina y sensual; estaba ansiosa de que naciera la criatura, aunque el espíritu le había comunicado que no sería una bruja.

—Es mía —repetía frecuentemente—. Se apellida Mayfair, como yo. Eso es lo que cuenta.

Yo solía encerrarme en mis habitaciones, enfrascado en el pasado, esforzándome en narrar mis recuerdos con toda claridad, de forma que quien los leyera más adelante pudiera formarse su propia opinión al respecto. Pero con el paso del el tiempo comprendí que había escrito cuanto sabía, lo cual me produjo una dolorosa sensación de mipotencia.

Al fin, un día apareció Lasher.

Presentaba el mismo aspecto que el día en que me acompañó al castillo. Se mostró amable, como un amigo deseoso de consolarme. Y odejé que me acariciara la frente y me besara. Pero, íntimamente, su presencia me repugnaba. Había averiguado lo que deseaba y no necesitaba su ayuda.

No podía hacer nada más. Mary Beth lo amaba y no veía su poder, como tampoco lo habían visto las brujas que la

precedieran, permitiendo que les hiciese el amor y las manipulara a su antojo.

Al cabo de un rato le rogué que se fuera, que regresara junto alabruja y me dejara solo. Él accedió de inmediato.

Mary Beth, que había dado a luz el día anterior, se hallaba todavía en el hospital con Belle, descansando cómodamente y rodeada de enfermeras.

Yo salí a dar un paseo por la ciudad.

Al cabo de unos momentos llegué a una vieja iglesia, posiblemente de la misma época que la otra.

No sabía de qué iglesia se trataba, pero entré en ella, me senté en un banco situado al fondo, incliné la cabeza y recé.

—Dios mío —murmuré—, jamás había rezado, excepto el día en que, encarnado en ese diabólico ser, me hallaba ante la vidriera de san Ashlar, en la vieja catedral. Aprendí a rezar en aquellos momentos, cuando él te elevó sus súplicas. Ahora soy yo quien te ruega que me ayudes. ¿Qué puedo hacer? Si destruyo a ese ser, temo destruir a mi familia.

De pronto, mientras estaba ensimismado en mis pensamientos, noté que alguien me daba unos golpecitos en el hombro. Al alzar la vista vi aun joven de aspecto educado, impecablemente vestido con un traje negro y una corbata de seda del mismo color. Tenía una lustrosa cabellera negra y unos ojos sorprendentes, pequeños pero de mirada penetrante y vivaracha.

—Le ruego que me acompañe —dijo. —¿Acaso es usted la respuesta a mis oraciones?

—No, pero deseo averiguar lo que sabe usted. Pertenezco a una organización denominada Talamasca. ¿Ha oído hablar de ella?

Por supuesto que había oído hablar de ella. Se trataba de los eru-ditos de Amsterdam de los que me había hablado el anciano profesor. Era más que probable que mi antepasado, Petyr van Abel, hubiera pertenecido a ella.

—Es cierto, Julien —dijo el extraño—. Sabes más de lo que imaginaba. Ven, deseo hablar contigo. —¿Por qué?

Sentí que el aire se agitaba, tornándose más cálido. De pronto, una ráfaga de aire atravesó la nave de la iglesia, haciendo que las puertas se cerraran bruscamente. Sobresaltado, el joven miró a su alrededor.

—Creí que deseabas saber lo que yo sé —dije—. ¿Es que tienes miedo?

—No sabes lo que haces, Julien Mayfair.

—Supongo que tú sí lo sabes.

El viento comenzó a soplar con más fuerza, haciendo que se abrieran las puertas y penetrara la blanquecina luz del día entre las polvo-rientas imágenes y las tallas de madera, las sagradas sombras de aquel lugar.

El joven retrocedió unos pasos, sin apartar la vista del altar. Noté que el aire se concentraba y el viento se hacía más fuerte, dispuesto a embestir al joven desconocido.

Al cabo de unos segundos se precipitó sobre él y lo derribó sobre el suelo de mármol. El joven se levantó apresuradamente y comenzó a retroceder mientras se aplicaba un pañuelo en la nariz, de donde manaba un hilo de sangre que se deslizaba por sus labios y su barbilla.

Pero el viento no había cesado. En el interior de la iglesia sonaba un murmullo semejante a un temblor de tierra.

El joven dio media vuelta y salió huyendo. El viento amainó. Todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera sucedido. La nave quedó sumida en sombras, mientras unos débiles rayos de sol se filtraban por la ventana.

Me senté de nuevo y dirigí la vista hacia el altar. —¿Y bien, espíritu? —pregunté.

La voz secreta de Lasher resonó en medio del profundo silencio que reinaba en la iglesia.

—No permitiré que los miembros de esa organización se acerquen a ti —contestó—. Ni que se acerquen a mis brujas.

—Ellos conocen el misterio, ¿no es así? Han visitado el valle. Te conocen a ti. Mi antepasado, Petyr Van Abel.

—Sí, sí, sí. Yate he dicho que el pasado no tiene importancia.

—Pero temes que el hecho de conocerlo me dé poder. Por eso obligaste al extraño a que se alejara.

Todo esto me resulta muy sospechoso, espíritu.

—Piensa en el futuro, Julien. —¿Acaso temes que lo que he averiguado te impida alcanzar lo que has visto en el futuro?

—Estás viejo, Julien. Has hecho mucho por mí y espero que sigas ayudándome. Te amo. Pero no dejaré que hables con los de Talamasca, ni que éstos importunen a Mary Beth ni a ninguna de mis brujas. —¿Qué es lo que pretenden? ¿Qué se proponen? El viejo profesor de Edimburgo me dijo que eran anticuarios.

—Son unos embusteros. Se hacen pasar por eruditos, pero ocultan un terrible secreto. Yo conozco ese secreto. No permitiré que se te acerquen. —¿De modo que los conoces?

—Sí. Sienten una irresistible curiosidad hacia todo lo que resulta misterioso. Pero son unos embusteros. Utilizan sus conocimientos para satisfacer sus propios fines. No les reveles nada.

Recuerda lo que te he dicho: son unos embusteros. Debes proteger al clan de esos canallas.

Yo asentí. Al cabo de unos minutos, me levanté y abandoné la iglesia. Al llegar al hotel subí a mis habitaciones, abrí el grueso cuaderno en el que había anotado todo cuanto sabía sobre el clan y sobre Lasher y escribí lo siguiente: «Ignoro si eres capaz de leer estas palabras, espíritu. No sé si estás aquí o si has ido a proteger a la bruja. Pero me pregunto por qué, si temes a esos eruditos, manifestaste tu poder en la iglesia, obligando al extraño a salir huyendo. ¿Por qué le hiciste sentir tu presencia de forma tan patente, sabiendo que ha estado en el valle y que conoce tu leyenda? Eres infantil y vanidoso, espíritu. Me estoy cansando de ti.» Cuando terminé, cerré el cuaderno.

Al cabo de unos días Mary Beth regresó al hotel, con aspecto triunfal, acompañada de su hija.

Mientras iba de compras, dispuesta a agotar las existencias de todas las tiendas de ropa y artículos para bebé de Londres, yo me dediqué a estudiar la historia de la misteriosa organización.

La orden de Talamasca.

No era tarea fácil. Las referencias a la misma eran tan escasas como las referencias a San Ashtar, y mis indagaciones entre los profesores de Cambridge me proporcionaron diversas y ambiguas respuestas. Según algunos se trataba de un grupo de anticuarios; otros afirmaban que eran coleccionistas, historiadores, etcétera.

Presentía que había algo más oculto tras dicha organización. Recordaba con toda claridad al joven de ojos grises y talante amable y educado, al igual que recordaba su expresión de terror cuando el viento lo derribó.

Al fin descubrí la ubicación de la casa matriz, pero no conseguí traspasar la verja. Al llegar a ésta, alcé la vista y contemplé las ventanas y chimeneas del edificio. En aquel momento apareció Lasher, interponiéndose en mi camino.

—No permitiré que des un paso más, Julien. Estos hombres son unos malvados. Destruirán a tu familia. Retrocede, Julien. Debes procrear una bruja con Mary Beth. Debes cumplir tu misión. Veo el futuro con toda claridad.

Al regresar al hotel anoté lo sucedido en el cuaderno. Lo cierto es que esa organización me infundía ciertas sospechas.

Permítanme que concluya mi relato describiendo brevemente esos últimos años. Asimismo, deseo darte un consejo, Michael, que creo puede interesarte. No confíes en nadie salvo en tus propias fuerzas para destruir a esa diabólica criatura. Es imprescindible que destruyas a Lasher. Ahora que se ha convertido en un ser de carne y hueso puedes matarlo, u obligarlo a alejarse para siempre. Sólo

Dios sabe adónde regresará. Pero tú puedes poner fin a su tiranía en la tierra, a su maldad y crueldad.

A nuestro regreso a casa, convencí a Mary Beth de que se casara con Daniel McIntyre, uno de mis amantes y hombre de gran encanto, al cual ella apreciaba mucho. No obstante, Lasher volvió a instarme a que me acostara con ella. El primer hijo de Mary Beth y Daniel era una niña de carácter dominante y voluntarioso, llamada Carlotta, quien desde un principio demostró un severo talante católico, como si los ángeles hubieran reivindicado su influjo sobre ella. Yo lamenté que no se la hubieran llevado al nacer. Entretanto, Lasher no dejaba de atosigarme para que engendrara una hija con Mary Beth.

Pero vivíamos en otra época: la era moderna. No te puedes imaginar, Michael, el impacto causado por los cambios que se habían producido en los últimos tiempos. Por otro lado, Mary Beth, tal como había prometido, estaba decidida a todo con tal de aumentar la fortuna y el poder de la familia.

No reveló a nadie lo que sabía sobre Lasher y me prohibió que mostrara mis cuadernos a ningún miembro de la familia. Estaba dispuesta a convertir a Lasher en un mero fantasma y una leyenda, a fin de restarle poder entre nuestros familiares, los cuales ignoraban los secretos que ella y yo habíamos descubierto.

Al fin, después de que Mary Beth tuviera dos hijos con Daniel —ninguno de los cuales estaba destinado a colmar sus ambiciones, ya que el segundo, Lionel, era un varón y, por lo tanto, menos capaz que Carlotta—, hice lo que ella y Lasher deseaban que hiciera. De nuestra unión —una unión entre un anciano y su hijanació mi hermosa Stella.

Stella era la bruja; había visto a Lasher. Poseía grandes cualidades, sin duda, pero desde muy joven demostró unos deseos de divertirse y gozar de la vida superiores a todo lo demás. Era una muchacha alegre, frívola, aficionada a cantar y bailar. Confieso que en ciertos momentos, durante

mi vejez, me preguntaba si Stella sería capaz de soportar la carga que el destino le reservaba, de mantener ocultos nuestros secretos, o si su única misión en la vida consistía en hacerme feliz. ¡Stella, mi hermosa Stella! Portaba la onerosa carga de los secretos como si fueran unos livianos velos de los que pudiese desembarazarse cuando quisiera. Pero no manifestaba ningún indicio de locura, lo cual tranquilizaba a Mary Beth. Stella era su heredera, el vínculo con la bruja que haría que Lasher se transformara de nuevo en un ser mortal.

A principios de siglo me había convertido en un auténtico vejestono.

Seguía paseando a caballo por la avenida de Saint Charles. Al llegar a Audobon Park, desmontaba y caminaba alrededor del lago, contemplando las fachadas de las universidades. ¡Cuánto había cambiado todo! El idílico paraíso de Riverbend había desaparecido, así como los hechiceros que practicaban todo tipo de maleficios con velas y misteriosos cánticos.

Tan sólo existía una poderosa y acaudalada familia, una familia que nada ni nadie podía destruir, y cuya historia había quedado re-ducida a unos relatos que fascinaban a los miembros más jóvenes de la misma.

Gocé plenamente de esos años. Ningún miembro de la numerosa familia de los Mayfair había conseguido prosperar tanto como yo. No tuve que trabajar tan duramente como Mary Beth, ni velar por el bienestar de tantos.

Fundé la firma Mayfair & Mayfair con mis hijos: Cortland, Barclay y Garland. Mary Beth empezó a colaborar conmigo en dicha empresa a medida que el legado presentaba aspectos legales cada vez más complejos. Sin embargo, el trabajo me satisfacía.

Cuando no conversaba animadamente con mis hijos y nueras, o jugaba con mis nietos, o reía en compañía de Stella, me iba a Storyville, el barrio prohibido de esa época, en busca de las mejores prostitutas. Dado que Mary Beth, la

cual se había convertido en madre solícita de tres hijos, se negaba a acompañarme en mis aventuras, llevaba conmigo a mis jóvenes amantes, gozando del doble placer que me proporcionaban las mujeres y mis muchachos. ¡Ah, Storyville! Ésa es otra prodigiosa historia, un experimento fallido, por decirlo así, una parte de nuestra gran historia. Pero tampoco me detendré en ello.

Durante aquellos años mentí a mis hijos. Les mentí sobre mis pecados, mis vicios, mi poder, mi relación con Mary Beth y sobre Stella. Traté de inculcarles el sentido de lo real, de lo práctico, las verdades que encierran la naturaleza y los libros, las cuales había aprendido de niño. No me atreví a revelarles mis secretos, pues, a medida que se hicieron hombres, me di cuenta de que ninguno era el destinatario ideal de los mismos. Mis hijos eran unos muchachos serios, honrados y equilibrados, ansiosos de ganar dinero y consolidar el poder de la familia. Comprendí que había creado tres máquinas de ganar dinero, unas copias de mi lado bueno, y no me atrevía a revelarles mi lado malo.

Cada vez que trataba de hablar con Stella sobre alguna cuestión importante, se quedaba dormida o se echaba a reír.

—No te molestes en asustarme con esas historias —me dijo en cierta ocasión—. Mamá me ha contado tus fantasías y sueños. Lasher es un espíritu al que quiero mucho y hará cuanto le ordene. Es lo único que importa. ¿Sabes, Julien?, me encanta que exista un fantasma en la familia.

La miré estupefacto. Era una joven moderna. No sabía lo que decía. En aquellos momentos lamenté haber vivido tantos años para ver la verdad reducida a esto: Carlotta, la mayor, un monstruo rígido y cruel; y Stella, una brillante muchacha a quien esta situación divertía enormemente, aunque era capaz de ver al espíritu con sus propios ojos. «Me estoy volviendo loco», pensé.

A pesar de vivir rodeado de lujos y comodidades, gozando de los placeres de la era moderna, paseándome en

mi flamante automóvil, leyendo y escuchando música en mi Victrola, temía el futuro.

Sabía que Lasher encarnaba el mal. Sabía que mentía, que constituía un peligroso misterio. Temía a los eruditos de Amsterdam y al extraño que se había dirigido a mí en la iglesia.

Cuando el profesor me escribió desde Edimburgo, informándome que los de Talamasca insistían en que les mostrara las cartas que me escribía, le ordené que no les revelara ningún dato y le doblé sus honorarios. Él me aseguró que no les diría nada y yo no dudé de su palabra.

No acertaba a comprender la conducta de esos eruditos. Ni la del espíritu ante el extraño que me había abordado en la iglesia. ¿Por qué se había comportado éste de forma tan misteriosa conmigo? ¿y por qué había hecho Lasher tal despliegue de sus poderes ante él? Presentía que había algo político en todo ello, y me pregunté si el espíritu se divertía burlándose de los miembros de esa organización o lo hacía por mero capricho.

Durante los últimos años de mi vida decidí retirarme en el desván de la mansión, llevando conmigo el más espléndido invento de la época moderna: el Victrola. No imaginan el placer que me proporcionaba instalar el gramófono, poner mis viejos discos y escuchar las arias de una de mis óperas preferidas.

Me encantaba ese aparato. Por supuesto, cuando sonaba la música Lasher no conseguía introducirse en mi mente, cosa que cada vez hacía con menos frecuencia.

Lasher tenía a Mary Beth y a Stella para satisfacerlo. Las adoraba a las dos, si bien de forma distinta, y ambas le facilitaban la energía que necesitaba. Se sentía especialmente dichoso cuando estaba en compañía de madre e hija.

Yo ya no lo necesitaba. Me dedicaba a escribir en mis cuadernos, los cuales escondía debajo de la cama; y tenía a mi amante, Richard Llewellyn, un joven encantador que me

adoraba y me hacía compañía, al cual nunca confié mis secretos por miedo a perjudicarlo.

Llevaba una vida plenamente satisfactoria. Mi sobrino Clay vivía con nosotros; Millie, la hija de Rémy, y mis hijos varones eran adultos y habíamos adoptado las oportunas medidas al objeto de afianzar la firma Mayfair amp; Mayfair, destinada a controlar los negocios familiares.

Al fin, cuando Carlotta cumplió doce años, intenté revelar la verdad sobre nuestra familia y Lasher. Le mostré los cuadernos. Traté de prevenirla. Le dije que Stella heredaría la esmeralda y sería la favorita de Lasher, el cual era un embaucador, un fantasma cuya única ambición era convertirse de nuevo en un ser de carne y hueso.

Carlotta reaccionó violentamente, cubriéndome de insultos. —¡Eres un maldito hechicero, un brujo! —exclamó—. Siempre sospeché que en esta casa habitaba el mal. Ahora conozco su nombre y su historia.

Declaró que recurriría a la Iglesia católica para destruir a ese dia-bólico ser, «al poder de Jesucristo, su Santa Madre y todos los santos».

Sostuvimos una terrible batalla dialéctica. —¿No comprendes que eso no es sino otra forma de brujería? —¿Y qué es lo que pretendes enseñarme tú, degenerado? —me espetó—. ¿Que debo acostarme con ese demonio? ¿Que para derrotarlo debo conocerlo íntimamente? Te juro que lo aniquilaré, borraré a todos vuestros descendientes de la faz de la tierra. Nadie podrá heredar el nefasto legado. Yo misma me ocuparé de ello.

Yo estaba desesperado. Le rogué que me escuchara, intenté convencerla de que estaba en un error, de que aceptara mis consejos y desistiera de su empeño. Le hice ver que éramos una familia inmensa. Pero ella había cogido todos los secretos que yo le había confiado, los había pisoteado con sus católicos pies y confiaba en su rosario y sus misas para salvarse.

Más tarde, Mary Beth me recomendó que no le hiciera caso.

—No es más que una niña —dijo—. No siento la menor estima hacia ella. He tratado de quererla, pero no puedo. Quiero a Stella. Carlotta lo sabe, como también sabe que no heredará la esmeralda.

Siempre lo ha sabido. Es cruel y rencorosa.

—Y muy astuta —observé yo—. Stella, en cambio, no lo es. Yo también quiero a Stella, pero reconozco que Carlotta es infinitamente más inteligente que ella.

—La situación no tiene remedio —repuso Mary Beth—. No existe el menor cariño entre Carlotta y yo, ni entre ésta y Lasher. Él no puede soportarla; la considera un mero instrumento para incrementar el poder de la familia desde las sombras.

—Sin embargo, ya ves que Lasher lo controla todo. ¿Cómo puede contribuir Carlotta a aumentar el poder de la familia? ¿Qué tienen que ver esos eruditos de Amsterdam? Hay algo que no consigo descifrar. Ese ser es capaz de matar a quien se le oponga.

—Estás viejo, piensas demasiado —respondió Mary Beth—. No duermes lo suficiente. ¿Qué tienen que ver esos eruditos de Amsterdam? ¿Qué nos importan unas personas que cuentan mentiras sobre nosotros y afirman que somos brujos? Es cierto, ésa es nuestra fuerza. No intentes ordenarlo todo. No existe el orden.

—Te equivocas —dije—. Cometes un error.

Cada vez que miraba los inocentes ojos de Stella comprendía que no podía revelarles todo lo que sabía. Y cuando la veía jugar con la esmeralda me estremecía.

Le mostré el lugar donde había ocultado mis cuadernos, debajo de la cama, y le dije que un día debía leerlos. Le hablé sobre la misteriosa organización denominada Talamasca, los eruditos de Amsterdam que conocían la existencia del diabólico ser, advirtiéndole que esos hombres eran muy peligrosos y podían perjudicarnos gravemente. Le

expliqué cómo distraer a Lasher. Le hablé sobre su vanidad. En definitiva, le conté lo que pude, pero no le dije toda la verdad.

Ése era el problema. Sólo Mary Beth conocía toda la verdad. Y Mary Beth había cambiado con el paso del tiempo. Era una mujer del siglo xx. Sin embargo, le había enseñado a Stella lo que creía que debía saber. Le dio las dos muñecas que representaban a las brujas, hechas con fragmentos de piel, uñas y huesos de mi madre y de Katherien, para que jugara con ellas.

Un día, al bajar la escalera, vi a Stella sentada en el borde del lecho, con sus rosadas piernas cruzadas, sosteniendo esas dos muñecas y charlando con ellas. —¡Qué disparate! —protesté.

Pero Mary Beth replicó:

—No te pongas así, Julien. Conviene que la niña sepa lo que es. Se trata de una vieja costumbre.

—No significa nada.

Pero mis protestas eran inútiles. Mary Beth se hallaba en la flor de la vida, mientras que yo era un viejo decrépito.

Aquella noche, mientras yacía en la cama sin conseguir borrar de mi mente la imagen de la pequeña Stella jugando con aquellas repugnantes muñecas, traté de hallar el medio de separar lo real de lo irreal y advertirle a Stella que debía protegerse contra Lasher. Uno de los problemas con los que me topé fue el carácter seco y antipático de Carlotta. Ésta había intentado prevenir a Stella, lo mismo que yo, pero la niña no nos había hecho caso.

Por fin me quedé dormido y soñé de nuevo con Donnelaith y la catedral.

Al despertarme a la mañana siguiente, descubrí algo terrible. Pero no inmediatamente.

Me incorporé en la cama, me bebí una taza de chocolate y leí un rato, creo que una obra de Shakespeare, pues uno de mis hijos me había echado en cara hacía unos días el hecho de que no hubiese leído La tempestad. El caso es que

leí unos pasajes de la obra, la cual me gustó mucho. Era profunda, como suelen serlo todas las tragedias, pero estaba dotada de un ritmo y unas normas narrativas diferentes. Acto seguido me dispuse a escribir en mis diarios.

Cuando fui a sacar los cuadernos de debajo de la cama, comprobé que habían desaparecido.

Durante unos angustiosos instantes, comprendí que jamás los recuperaría. Nadie en esta casa se atrevía a tocar mis cosas. Tan sólo una persona habría tenido el valor de entrar sigilosamente en mi habitación durante la noche y llevarse mis cuadernos: Mary Beth. Y si se los había llevado ella, ya podía despedirme para siempre de ellos.

Bajé la escalera tan precipitadamente que por poco me caigo de bruces. Cuando llegué a la ventana del salón que daba al jardín me había quedado sin resuello y sentía una opresión en el pecho, de forma que tuve que pedir a los sirvientes que me ayudaran.

Al cabo de unos momentos apareció Lasher, el cual me envolvió para sostenerme.

—Cálmate, Julien —dijo suavemente—. Siempre me he portado bien contigo.

A través de la ventana vi una hoguera encendida en un rincón del jardín. Mary Beth se hallaba de pie ante ella, arrojando unos objetos al fuego. I —No lo hagas —murmuré. Apenas podía respirar. Sentía la poderosa presencia de Lasher rodeándome, sosteniéndome.

—Te lo suplico, Julien. No insistas.

Permanecí inmóvil frente a la ventana, tratando de dominarme para no perder el conocimiento, mientras contemplaba sobre el césped el montón de cuadernos y los viejos cuadros, unos retratos de antepasados nuestros que habíamos traído de Santo Domingo. Vi los libros de cuentas, así como documentos y notas de los disparatados experimentos de mi madre que ésta conservaba en su estudio. Vi las cartas que me había escrito el profesor de Edimburgo, sujetas con unas cintas. Y mis cuadernos.

Cuando Mary Beth se disponía a arrojar el último de ellos a las llamas, grité para detenerla.

Al oír mis exclamaciones Mary Beth se volvió bruscamente con el cuaderno en las manos y me miró, perpleja y confundida ante la poderosa fuerza que le sujetaba la muñeca. En aquel momento una ráfaga de viento le arrancó el cuaderno de las manos y lo arrojó a la hoguera.

Noté que iba a desvanecerme. Abrí la boca, pero no pude articular palabra. De pronto, me sumí en la oscuridad.

Cuando desperté me hallaba acostado en mi habitación.

Junto al lecho estaban Richard, mi joven amigo, y Stella, la cual me sujetaba la mano.

—Mamá tuvo que quemar esos viejos trastos —dijo.

No contesté. Había sufrido un pequeño ataque apoplético y durante unos días no pude hablar, aunque yo no era consciente de ello. Creía que mi silencio se debía a un acto voluntario. Al día siguiente, cuando Mary Beth vino a verme por la tarde, me di cuenta de que no podía hablar con claridad ni hallar las palabras precisas para expresarle mi indignación.

Cuando Mary Beth vio el estado en que me encontraba, se disgustó mucho y llamó a Richard, como si éste tuviera la culpa de lo sucedido. Richard acudió de inmediato y entre él y Mary Beth me ayudaron a bajar la escalera, para demostrarme que si era capaz de levantarme de la cama y caminar, no moriría aquella noche.

Al llegar al salón, me senté en el confortable sofá.

Me encontraba muy a gusto en el espacioso salón, al igual que tú, Michael. Era un alivio estar allí, sentado junto a la ventana que daba al jardín, en el que no quedaba rastro de la brutal hoguera.

Mary Beth me habló durante horas y Stella entró varias veces a verme. Por el monólogo de Mary Beth, comprendí que mi época y mis costumbres eran cosa del pasado.

—Estamos en una época —dijo Mary Bethen que es posible que la ciencia llegue a descubrir el nombre del espíritu y nos diga de quién se trata.

Continuó hablando sobre adivinos, médiums, sesiones de espiritismo, estudios científicos de las artes esotéricas y ectoplasma. ¡Ectoplasma! Una repugnante sustancia que utilizan los médiums para conseguir que los espíritus se materialicen. No me molesté en responder. Sentía unas profundas náuseas. Stella estaba sentada junto a mí, acariciándome la mano.

—Cállate, mamá —dijo la niña—. El tío Julien no te escucha. Le estás aburriendo.

Yo permanecí en silencio.

—Veo un futuro en el que nuestros pensamientos y palabras carecerán de importancia —declaró Mary Beth—. Nuestra inmortalidad reside en nuestro clan. Nosotros no presenciaremos el triunfo definitivo de Lasher; pero él acabará triunfando y nosotros nos beneficiaremos de ello. Seremos las madres de la prosperidad que él habrá creado.

—Te felicito por tu fe y optimismo —contesté, suspirando—. ¿Qué me dices del valle, del rencoroso espíritu, de las heridas sufridas en el pasado y de las que jamás se ha recobrado? Era un ser bueno, pero se ha convertido en un demonio.

De pronto me encontré mal. Me trajeron unas almohadas y unas mantas y me tendí en el sofá. No me vi con ánimos de subir la escalera hasta el día siguiente. Cuando me hallaba enfrascado en mis pensamientos, tratando de reunir fuerzas para subir a mi habitación, algo me impulsó a confiar mis inquietudes, por última vez, a una joven e inexperta confidente.

He aquí lo que sucedió.

Mientras permanecía acostado en el sofá, bajo el sofocante calor del mediodía, sintiendo la brisa del río que penetraba por la ventana y tratando de alejar de mi mente el recuerdo de la siniestra hoguera que había devorado mis

amados cuadernos, oí a Carlotta discutiendo ásperamente con su madre.

Al cabo de unos minutos entró en el salón y se quedó mirándome. Por aquella época debía de tener unos quince años, aunque no recuerdo exactamente la fecha de su nacimiento. Era una muchacha alta, dotada de cierto atractivo, con el cabello largo y suave y unos ojos de mirada inteligente.

Yo no dije nada, pues tenía por norma no ser desagradable con los niños, por muy desagradables que éstos se mostraran conmigo. Así pues, fingí que no había reparado en su presencia.

—No comprendo por qué organizas tanto alboroto por lo de la hoguera —dijo fríamente—, y sin embargo permites que hagan sufrir a esa chica. Os tiene un miedo cerval a mamá ya ti. —¿De qué estás hablando? No entiendo una palabra —contesté.

Furiosa, Carlotta dio media vuelta y salió dando un portazo. En aquel momento apareció Stella y le conté lo sucedido. —¿Qué es lo que ha querido decir Carlotta? —le pregunté—. No comprendo a qué se refería.

—No sé cómo se ha atrevido a decirte eso sabiendo que estás enfermo y que te has disgustado con mamá —respondió Stella con los ojos llenos de lágrimas—. No tiene importancia. Se trata de los Mayfair de Fontevrault. Ya sabes, esos locos de la calle Amelia.

Por supuesto, sabía muy bien a quiénes se refería. Los Mayfair de Fontevrault eran los descendientes de mi primo Augustin, al que yo había matado de un tiro cuando tenía quince años. Su esposa e hijos residían en Fontevrault, una espléndida plantación ubicada en el su-roeste, a varios kilómetros de donde vivíamos nosotros, y sólo se dignaban venir a vernos cuando se celebraba una importante reunión familiar. Nosotros nos limitábamos a visitarlos cuando se ponían enfermos y asistíamos a los funerales cuando uno de ellos fallecía, al igual que hacían ellos con nosotros. Pese a

los años transcurridos desde aquel infortunado accidente, las tensiones entre nosotros no se habían suavizado.

Algunos de ellos —creo que el viejo Tobias y su hijo Walker— habían construido una hermosa mansión en el cruce de la avenida Saint Charles Con la calle Amelia, a unas quince manzanas de distancia. Yo había observado Con curiosidad las obras de dicha mansión. En ella vivía una serie de ancianos y ancianas que me detestaban. Tobias Mayfair era un viejo decrepito que había vivido demasiados años, al igual que yo, un individuo cruel y rencoroso que me culpaba de todas las desgracias que le habían sucedido.

Los otros eran más soportables. Eran, lógicamente, muy ricos, puesto que participaban en los negocios familiares, aunque no mantenían tratos Con nosotros. Mary Beth solía organizar grandes fiestas de carácter familiar a las que nunca dejaba de invitarlos, especialmente a los más jóvenes.

Algunos miembros de esa rama de la familia habían contraído matrimonio Con primos pertenecientes a la nuestra. Tobias, movido por su profundo odio, decía que esas bodas constituían una ofensa a la memoria de Augustin. Era bien sabido que Mary Beth deseaba que todos los primos regresaran al redil familiar, a lo que Tobias se oponía tajantemente.

Podría relatarles infinidad de anécdotas sobre Tobias y sus un-merosos intentos de matarme. Pero ya no tiene importancia. Lo que me preocupaba era averiguar a qué se referían Stella y Carlotta, a qué se debía todo ese veneno. —¿Qué es lo que han hecho los hijos de Augustin? —pregunté, pues así era como solía llamar a esos chiflados.

—Rapónchigo, Rapónchigo —respondió Stella enigmáticamente—, suéltate el pelo o púdrete para siempre en el desván.

Pronunció esas palabras de forma alegre y cantarina, Como era habitual en ella.

—Se trata de la prima Evelyn —aclaró—. Todo el mundo dice que es hija de Cortland. —¿Cómo? ¿Te refieres a mi hijo Cortland? ¿Pretendes decir que ha dejado preñada a una de esas Mayfair?

—Hace trece años, Cortland fue borracho a Fontevrault y dejó encinta a Barbara Ann, la hija de Walker. Como recordarás, Barbara Ann falleció al dar a luz a Evelyn. ¿Ya que no adivinas lo que sucedió? Pues que Evelyn es una bruja, una bruja muy poderosa capaz de adivinar el futuro. —¿Quién dice eso?

—Todo el mundo, querido tío. Tiene un sexto dedo en la mano izquierda, la marca de las brujas, y un carácter muy huraño. Tobias la ha encerrado en casa por temor a que intentéis asesinarla. ¡Imagínate! ¿Cómo ibais a lastimarla mamá o tú? ¡Si eres su abuelo! Cortland me confesó que era cierto, pero me hizo jurar que jamás se lo diría a nadie.

«Ya sabes que papá odia a los Mayfair de Fontevrault —me dijo—. No puedo hacer nada por esa niña, su familia me aborrece.»

—Espera un momento. ¿Acaso insinúas que Cortland se aprovechó de la tonta de Barbara Ann, la cual murió al dar a luz, y que luego se negó a ocuparse de la niña?

—No se aprovechó de ella —contestó Stella—. Ella estaba también prisionera en el desván. Dudo que hubiera visto a otro ser hu-mano antes de que Cortland fuese a visitarla. No sé lo que sucedió, pues yo era muy pequeña. No te enfades con Cortland; de todos tus hijos, es el que más te quiere.

Además, si se entera de que te lo he contado se enfurecerá conmigo. Olvídalo. ¿Que lo olvide? ¡Ahora me entero de que tengo una nieta llamada Evelyn, hija de la desdichada Barbara Ann ya la que Tobias tiene encerrada en un desván a quince manzanas de aquí! No me extraña que Carlotta esté furiosa. Motivos no le faltan. ¡Qué barba-ridad!

Stella se levantó de un salto y exclamó: —¡Mamá, el tío Julien se ha recuperado! ¡Está perfectamente bien! Vamos a

ir a la, casa de la calle Amelia., Como es lógico, Mary Beth entro apresuradamente. —¿Te ha contado Carlotta lo de esa chica? —preguntó—. Es mejor que no intervengas en el asunto. —¿Que no intervenga en el asunto? —repliqué, furioso. —¡Mamá! —protestó Stella—. Eres peor que la reina Isabel, quien temía el poder de su pobre prima, María Estuardo. Esa chica no puede hacernos ningún daño. No es María Estuardo.

—Ya lo sé —respondió Mary Beth sin perder la calma—. Esa chica no me da miedo, por muy poderosa que sea. Tan sólo me inspira lástima.

Mary Beth estaba de pie ante mí. Yo permanecí sentado en el sofá, decidido a subir a mi habitación, pero no quería moverme hasta haber averiguado más cosas sobre esa singular historia.

—La culpa de todo esto la tiene Carlotta, por haber ido a visitar a esa pobre chica que se esconde en el desván.

—No se esconde, su padre la tiene prisionera.

—Calla, Stella. Aunque seas una bruja, no te entrometas, por el amor de Dios.

—No ha salido de casa en toda su vida, mamá, al igual que la desgraciada de Barbara Ann. Y por el mismo motivo. Hay muchas brujas en esa familia, tío Julien. Dicen que Barbara Ann estaba medio loca, pero esa chica es hija de Cortland y puede adivinar el futuro.

—Nadie es capaz de adivinar el futuro —contestó Mary Beth—eso es imposible. Esa chica es muy extraña, Julien. Oye voces y ve fantasmas. Claro que eso no es una novedad. Ha vivido siempre muy aislada, en compañía de ancianos.

—Cortland debió contarme lo sucedido —dije.

—No se atrevía a hacerlo —replicó Mary Beth—. Temía disgustarte.

—Le importa un comino que yo me disguste. ¿Cómo es posible que abandonara a su hijita en manos de esa gentuza? ¡Y pensar que Carlotta frecuenta esa casa, la casa

de Tobias, que siempre me ha considerado un asesino —Pero si es cierto, tío Julien —terció Stella—. Eres un asesino.

—Cállate —la amonestó Mary Beth.

Stella guardó silencio, lo cual significaba al menos una victoria temporal.

—Carlotta fue allí para preguntarle a Evelyn lo que había visto, para pedirle que predijera el futuro.

Yo le prohibí que siguiera con ese juego tan peligroso, pero no me hizo caso. Ha oído decir que esa chica tiene más poderes que nadie en la familia.

—Es muy fácil afirmar eso —respondí, suspirando—. Más poderes que nadie en la familia... Eso mismo decía yo, cuando todavía existían coches de caballos y esclavos y vivíamos pacíficamente en el campo.

—Olvidas un pequeño detalle. Esa chica tiene muchos antepasados Mayfair. Siendo como es hija de Cortland, el número es incalculable.

—Ya comprendo —dije—. Barbara Ann era hija de Walker y Sarah, ambos Mayfair. Y Sarah era hija de Aaron y Melissa Mayfair.

—En efecto. Es difícil encontrar un antepasado de esa chica que no fuera un Mayfair.

—Un dato muy interesante —dije.

Hubiera deseado anotarlo en mis cuadernos y reflexionar sobre ello. Al recordar que Mary Beth los había arrojado a la hoguera, me sentí deprimido y callé mientras madre e hija seguían charlando.

—No creo que esa chica sea capaz de adivinar el futuro —declaró Mary Beth, sentándose junto a mí—. Carlotta fue a verla para que le diera la razón, para que dijera que estábamos todos condenados.

Está obsesionada con ese tema.

—Ve probabilidades, como todos nosotros —respondió Stella, soltando un melodramático suspiro—.

Tiene unos presentimientos muy fuertes-¿Y qué sucedió?

—Carlotta subió al desván para hablar con Evelyn. Fue a verla en más de una ocasión. Le tiró de la lengua y esa chica, que hace años que apenas habla con nadie, le confió algo terrible. —¿Qué le dijo?

—Que todos desapareceríamos de la faz de la tierra —contestó Stella—, aniquilados por el ser que nos había creado y ayudado a prosperar.

Yo alcé la cabeza y miré a Mary Beth.

—No hagas caso, Julien, es mentira —dijo ésta. —¿Fue por eso por lo que quemaste mis cuadernos? ¿Para des.. truir todos los datos que había conseguido reunir?

—Eres viejo, Julien. Estás soñando —replicó Mary Beth—. Es po-sible que la chica dijera eso para que Carlotta le hiciera un regalo, o para librarse de ella. Es prácticamente muda. Permanece todo el día sentada junto a la ventana, contemplando el tránsito de la avenida Saint Charles. A veces se pone a cantar o a recitar versos. Ni siquiera es capaz de atarse los cordones de los zapatos o de peinarse.

—Y ese canalla de Tobias no la deja salir —dijo Stella. — ¡Basta! —exclamé—. Ordena a los sirvientes que preparen el coche.

—No puedes ir a la casa de la calle Amelia —protestó Mary Beth—, estás enfermo. ¿ Acaso quieres caer muerto en los escalones de, la entrada?

—Aún no estoy dispuesto a morir, querida —respondí—. Haz que los sirvientes traigan el coche o iré andando. ¡Richard! ¿Dónde está Richard? Tráeme ropa limpia. Me cambiaré en la biblioteca; no puedo subir la escalera. Apresúrate, Richard.

—Vas a darles un susto tremendo —dijo Stella—. Creerán que te propones matarla. —¿Por qué iba a hacer eso? —pregunté.

—Porque ella es más fuerte que nosotros. Piensa en el legado, tío Julien, tal como me dices siempre a mí. ¿No temes que esa chica pueda reclamarlo todo?

—No —contesté—. No existe la menor posibilidad de que pueda hacerlo mientras Mary Beth tenga una hija y Stella, la hija de Mary Beth, tenga a su vez una hija.

—Pero ellos dicen que existen tres cláusulas relativas al poder, las dotes de las brujas y demás.

Además, han escondido a la chica para que no podamos matarla.

En aquel momento apareció Richard con la ropa que le había pedido. Me vestí apresurada y elegantemente para la importante visita ceremonial. Le pedí a Richard que me trajera el guardapolvo —tenía un Stutz Bearcat descapotable y en aquella época las calles estaban enfangadas—, mis gafas y mis guantes.

—No puedes ir allí —dijo Mary Beth—. Les darás un susto de muerte al viejo Tobias y a la chica.

—Es mi nieta —respondí—. Voy a buscarla.

Tras estas palabras, salí precipitadamente. Me encontraba bien, aunque había notado que no podía controlar los movimientos del pie izquierdo, el cual arrastraba un poco al andar. Afortunadamente, los demás no se habían dado cuenta. La muerte había anunciado su presencia, pero supuse que podría vivir algunos años más con ese ligero defecto.

Una vez que los sirvientes me ayudaron a bajar los escalones de la entrada ya instalarme en el coche, Stella se encaramó sobre mis rodillas, casi castrándome y matándome al mismo tiempo. De pronto apareció Carlotta entre las sombras que arrojaban las encinas en el jardín. —¿Vas a ayudarla? —me preguntó.

—Por supuesto. La sacaré de allí. Es una historia espantosa. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No lo sé —contestó Carlotta, agachando afligida la cabeza—. Me aseguró que veía unas cosas terribles.

—No hagas caso. Vámonos, Richard.

Richard arrancó precipitada y bruscamente en el camino empedrado, levantando una nube de polvo y barro, y enfiló

la avenida Saint Charles hasta que llegamos a la esquina de ésta con la calle Amelia.

—No puedo creer que Tobias tenga a esa niña encerrada en el desván —murmuré indignado—. La próxima vez que vea a Cortland, lo estrangularé.

Stella me ayudó a apearme del coche y se puso a saltar y brincar de emoción. Era una costumbre que en ocasiones me deleitaba y otras me parecía sumamente irritante, según el humor con que me encontraba.

—Mira, tío Julien —dijo—. Ahí, en la ventana de la buhardilla.

Supongo que habrás visto esa casa, Michael. Hoy en día se mantiene tan firme y sólida como la de la calle Primera.

Yo también la había visto, por supuesto, aunque jamás había puesto los pies en ella. Ni siquiera sabía con certeza cuántos Mayfair vivían ahí. En mi opinión, era una pomposa mansión de estilo italiano, majestuosa e imponente. Estaba construida en madera, aunque parecía de piedra, como nuestra casa. En la fachada se alzaban unas columnas de estilo entre dórico y corintio, frente ala gran puerta de entrada; el edificio estaba flanqueado por dos a las de forma octagonal y las ventanas eran redondeadas, en consonancia con el estilo de la casa. Debo reco-nocer que era una espléndida mansión, aunque no poseía la solera de la nuestra.

Alcé la vista hacia la ventana de la buhardilla, tal como me había indicado Stella.

Era una ventana de gablete, situada en el centro, sobre el porche. En aquel momento me pareció sentir el pulso de la muchacha que me contemplaba a través del cristal. — ¡Pobre Rapónchigo! —exclamó Stella, agitando la mano enérgicamente. Pero la muchacha desapareció al instante—. ¡Hemos venido a salvarte, Evie!

De pronto salieron Tobias y su hijo Oliver, hermano menor de Walker y un imbécil integral.

Ambos presentaban un aspecto tan viejo y achacoso que resultaba casi imposible distinguir al padre del hijo. —¿Por qué has encerrado a esa niña en el desván? —inquirí—. ¿Es cierto que es hija de Cortland, o se trata de una mentira que has inventado para molestar y desconcertar a mi familia? — ¡Canalla! —respondió Tobias, avanzando con paso vacilante—. No te acerques. Vete de aquí, hijo de Satanás. Sí, fue Cortland quien destrozó a mi Barbara Ann. La pobre murió en mis brazos.

Cortland es el culpable. Esa niña es una bruja, y mientras yo viva no permitiré que tenga tratos con vosotros y cree más brujas.

Al oír estas palabras, subí los escalones del porche. Ambos hombres se precipitaron hacia mí. —¡No tratéis de detenerme! —grité en tono amenazador—. ¡Ayú dame, Lasher, ábreme paso!

Tobias y su hijo retrocedieron aterrados. Stella me miró asombrada. En aquel momento se levantó un violento viento, tal como sucedía siempre que invocaba su presencia, cuando mi viejo orgullo herido necesitaba su ayuda, aunque no estaba seguro de que respondiera a mi llamada. Empezó a soplar sobre el jardín y el porche, haciendo que la puerta se abriera bruscamente.

—Gracias, gracias, espíritu —murmuré—. Gracias por echarme una mano.

«Te amo, Julien. Pero deseo que abandones esta casa ya todos los que habitan en ella.»

—No puedo —respondí.

Penetré en el frío y oscuro vestíbulo, con Stella pegada a mis talones, y eché a andar por un largo corredor a ambos lados del cual había varias puertas. Los viejos Tobias y Oliver nos seguían, gritando para alertar a las mujeres. Las puertas se abrieron de golpe y aparecieron numerosas Mayfair, chillando como posesas. ¡Aquello parecía un gallinero! El viento hacía temblar las encinas y arrancaba las hojas de las

ramas, las cuales penetraban por las ventanas del vestíbulo y se esparcían a lo largo del corredor.

Ya había visto algunos de esos rostros; en todo caso, los conocía a todos. Mientras los otros presenciaban la escena espantados, Tobias intentó detenerme de nuevo.

—Apártate de mi camino —dije, plantándome al pie de la escalera de roble. Luego me volví y empecé a subir la escalera.

Al llegar a la mitad de la imponente escalinata, donde ésta describía una curva, me detuve en el amplio descansillo rodeado de vidrieras de colores y observé la luz que se filtraba a través de los cristales rojos y amarillos. En aquellos instantes «recordé» la catedral con una intensidad como no había vuelto a experimentar desde que abandoné Escocia.

Sentía la poderosa presencia del espíritu a mi alrededor. Al cabo de unos momentos, cuando hube recobrado el resuello, continué subiendo por la escalera hasta alcanzar el piso superior. —¿Dónde está el desván? —pregunté.

—Ahí. —contestó Stella, conduciéndome a través de una puerta situada al fondo, que daba acceso a una estrecha escalera. Me detuve y, alzando la vista, dije:

—Baja, Evelyn, hija mía. Estoy muy fatigado, no puedo subir la escalera. Te ruego que bajes. Soy tu abuelo. Silencio. Tobias y su familia se hallaban congregados en el vestíbulo, al pie de la escalinata, observándome lívidos y boquiabiertos.

—No te escuchará —dijo una de las mujeres—. Nunca escucha a nadie.

—Es sorda —dijo otra. —¡Y muda!

—Mira, Julien, la puerta del desván está cerrada por fuera —dijo Stella—, pero la llave está en la cerradura. — ¡Sois unos viejos perversos! —exclamé.

Cerré los ojos, hice acopio de todas mis fuerzas y ordené ala puen que se abriera. No sabía si lo conseguiría, pues no es empresa fácil. Sentí a Lasher junto a mí, incómodo y nervioso. No le gustaban ni esa casa ni esos Mayfair.

«No son de los míos», dijo.

Antes de que yo pudiera responder o tratar de convencerlo de que me ayudara, la puerta cedió. La llave cayó de la cerradura por medio de una fuerza más poderosa que la mía y la puerta se abrió, dejando que la luz penetrara por el hueco de la escalera.

Yo sabía que la puerta no se había abierto por obra de mis poderes, y también Lasher, el cual se acercó aún más a mí, como si estuviera asustado.

«Cálmate, espíritu —le dije con mi voz secreta—. Cuando tienes miedo eres muy peligroso. No cometas ningún disparate. No sucede nada. Ha sido la propia chica quien ha abierto la puerta.

Silencio.»

Lasher me confesó entonces que era precisamente a Evelyn a quien temía. Debí sospecharlo. De todos modos, le tranquilicé asegurándole que no representaba ninguna amenaza para nosotros y le rogué que se comportara bien.

Los rayos de sol iluminaban el polvoriento suelo. De pronto apareció en lo alto de la escalera una sombra alta y esbelta, una muchacha muy hermosa, con una espesa cabellera y ojos de mirada profunda. Era tan alta y delgada que parecía estar desnutrida.

—Baja, hija mía —dije—. No temas, eres libre.

La muchacha obedeció. Mientras descendía la escalera lenta y silenciosamente, la vi mirar a mi alrededor y en torno a Stella, como si hubiera divisado al espíritu, al «hombre», a aquel ser invisible.

Al llegar abajo, se volvió y observó a los otros temblando como una hoja. Jamás había visto tal expresión de angustia. La así de la mano y dije para tranquilizarla:

—Ven conmigo, cariño. Nadie volverá a obligarte a vivir en un desván si no lo deseas.

Luego la estreché entre mis brazos. Ella no se resistió, pero tampoco me abrazó. Su aspecto era extraño, propio de alguien que hace tiempo que no ve la luz del sol. Tenía el

cuello largo y esbelto, las orejas diminutas y desprovistas de lóbulos, y en la mano izquierda un sexto dedo, la marca de las brujas. La miré asombrado.

Los otros se dieron cuenta de que había visto esa marca y empezaron a vociferar. De improviso aparecieron Ragnar y Felix Mayfair, dos tíos de la muchacha y unos jóvenes de notoria reputación, los cuales intentaron cerrarnos el paso.

En aquel instante empezó a soplar un viento gélido y violento que obligó a los dos jóvenes Mayfair a retroceder. A continuación agarré a Evelyn de la mano, cruzamos el descansillo y descendimos la escalinata, seguidos de Stella.

—Te adoro, tío Julien —murmuró Stella, como una joven aldeana a su príncipe azul.

Evelyn caminaba erguida, como un elegante cisne, su pálido rostro contrastando con su lustroso cabello, mostrando unos bracitos y unas piernas que parecían palos. Llevaba un vestido confeccionado en un tejido de algodón barato estampado con flores, como el que suelen utilizar las mujeres para forrar las colchas, y unos viejos botines de cuero con la suela agujereada.

La conduje a través del vestíbulo, mientras el viento seguía batiendo contra puertas y ventanas, agitando las ramas de los árboles y soplando sobre los numerosos automóviles, carros y carruajes que circulaban por la avenida.

Nadie intentó detenernos mientras Richard ayudaba a Evelyn a instalarse en el coche. Yo ocupé el asiento junto a ella, y Stella se sentó de nuevo en mis rodillas. Cuando el coche arrancó, Evelyn se volvió y contempló la casa, la ventana de la buhardilla y a los Mayfair, quienes nos observaban estupefactos desde el porche.

No habíamos recorrido ni un metro cuando empezaron a gritar todos: —¡Asesino! ¡Se ha llevado a Evelyn!

El joven Ragnar blandió el puño y juró que se querellaría contra mí. —¡Hazlo si te atreves! —repliqué—. Te arruinarás

en vano. Soy propietario del más prestigioso bufete de abogados de la ciudad.

El coche avanzaba ruidosa y lentamente por la avenida Saint Charles, pero en cualquier caso a mayor velocidad que un coche de caballos. Evelyn, sentada entre Richard y yo, permanecía en silencio mirándolo todo con expresión de asombro, como si jamás hubiera traspasado la puerta de su casa, mientras Stella la observaba con curiosidad.

Al llegar a casa, Mary Beth nos aguardaba junto a la verja y me preguntó ansiosa: —¿Qué vas a hacer con ella?

—No puedo dar un paso más, Richard. Encárgate de todo.

—Avisaré a los chicos —contestó, dando unas palmadas para llamar a la servidumbre. Stella y Evelyn se apearon del coche y Stella se detuvo ante mí, alzando las manos y diciendo:

—Descuida, no dejaré que te caigas, Julien. Eres mi héroe.

Evelyn me miró fijamente; luego miró a Mary Beth, la casa ya los sirvientes que acudían corriendo. —¿Qué vas a hacer con ella? —insistió Mary Beth.

—Entra en casa, Evelyn —dije, dirigiéndome a aquella esbelta y hermosa criatura.

Tenía unos labios rojos y carnosos que contrastaban con la palidez de su demacrado semblante, y unos ojos del color del cielo en un día nublado.

—Entra en casa, hija mía —repetí—. Aquí estarás a salvo y podrás decidir si deseas ser toda tu vida una prisionera o no. Si caigo muerto mientras subo la escalera, confío en que salves a esta muchacha, ¿me oyes, Stella?

—No morirás —respondió Richard, mi amante—. Yo te ayudaré a subir.

No obstante, noté que me observaba con aire inquieto. Estaba más preocupado por mi salud que los demás.

Stella echó a andar escalera arriba seguida de Evelyn y de Richard, el cual me sostenía con su vigoroso brazo para

impedir que cayera de bruces y perdiera la escasa dignidad que me quedaba.

Cuando entramos en mi habitación, situada en el tercer piso de la casa, dije:

—Ofrecedle a Evelyn algo de comer. Parece desfallecida de hambre.

Stella y Richard se dirigieron a la cocina y yo me desplomé en la cama, extenuado.

Al cabo de unos minutos alcé la vista y miré a Evelyn con tristeza. Me sentía tan viejo y cansado que no me hubiera importado morir en aquellos momentos, de no haber sido porque esa joven y hermosa muchacha me necesitaba a su lado para protegerla. —¿Puedes comprenderme? —le pregunté—. ¿Sabes quién soy?

—Sí, Julien —respondió con toda corrección. Tenía una voz lige-ramente aflautada—. Te conozco.

Vives en este desván, ¿no es cierto? —preguntó observando las vigas, los libros, la chimenea, el sillón, el Victrola y mis viejos discos, mientras sonreía dulcemente. — ¡Dios mío! —suspiré—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Los ocupantes de la alegre casita eran morenos; tenían el pelo engro, al igual que los ojos, y su tez resplandecía a la luz de la lámpara que colgaba sobre la mesa. Eran de talla menuda, con una pronunciada osamenta, y llevaban unas ceñidas ropas de color rojo, azul y blanco. Cuando la mujer vio a Emaeth, se levantó y se acercó a la puerta transparente. —¡Dios mío! Anda, pasa —dijo, mirando a Emaeth a los ojos—. Pero si vas desnuda. Fíjate en esta chica, Jerome. ¡Pobrecita!

—Me he lavado en el río —dijo Emaeth—. Mi madre está postrada bajo un árbol; está mala y no puede hablar.

Emaeth extendió las manos. Estaban mojadas, al igual que el pelo, que le colgaba sobre el pecho.

Tenía frío, pero el ambiente de la habitación era cálido y acogedor.

—Pasa —repitió la mujer, tomando a Emaeth de la mano y obligándola a entrar.

Luego cogió un trapo que colgaba de un gancho y empezó a secarle el cabello. Las gotas que caían formaban un charco en el reluciente suelo. Todo estaba limpio e inmaculado. La habitación presentaba un aire casi irreal, distinto de la tenebrosa noche poblada de sombras y ruidos extraños; parecía un lugar ideal para refugiarse de los insectos y las espinas que habían lastimado los pies y los brazos desnudos de Emaeth.

El hombre permanecía inmóvil, contemplando a Emaeth.

—No te quedes ahí parado, Jerome. Vea buscar una toalla y ropa limpia. ¿Cómo es que vas desnuda, niña? ¿Acaso has sufrido un accidente?

Emaeth nunca había oído unas voces como las de esas personas morenas. Tenían un timbre musical, distinto de otras voces. También le chocó el hecho de que el blanco de sus ojos no fuera absolutamente blanco, sino ligeramente amarillento, lo cual encajaba con el tono tostado de su piel. Ni siquiera el padre de Emaeth tenía una voz cantarina como la de esas gentes. «Nacerás sabiendo todo cuanto necesitas saber», le había dicho su padre.

—No me hagan daño —dijo Emaeth. —¡Tráele unas ropas, Jerome! —ordenó la mujer.

Acto seguido cogió un pedazo de papel y empezó a secar los hombros y brazos de Emaeth. Ésta le arrebató el papel de las manos y se enjugó la cara con él. Tenía un tacto áspero, aunque no desagradable, y olía bien. Era una servilleta de papel. Todo lo que había en la pequeña cocina olía bien. Sobre la mesa había pan, leche y queso. Emaeth aspiró el aroma de la leche y el queso. Era un queso muy raro, con la corteza de color naranja. Emaeth deseaba comerse un trozo, pero no se lo ofrecieron.

«Somos gente pacífica y educada —le había dicho su padre—. Por eso suelen comportarse de forma tan cruel con nosotros.» —¿Qué ropas? —preguntó el hombre llamado Jerome, quitándose la camisa y ofreciéndosela a Emaeth—. No tenemos ropas de su talla.

Emaeth estaba ansiosa por ponerse la camisa, pero antes deseaba contemplarla. Era de cuadritos azules y blancos, como los cuadros rojos y blancos del mantel.

—Trae unos pantalones de Bubby —dijo la mujer—. Creo que le quedarán bien.

Todo lo que había en la casita estaba limpio y reluciente, hasta el mantel de cuadros que cubría la mesa. En una esquina de la cocina había un frigorífico blanco, con una reluciente asa de metal, el cual funcionaba gracias al motor situado en la parte trasera. Emaeth sabía que, si lo abría, hallaría una botella de leche fría en su interior.

Emaeth tenía hambre. Había mamado toda la leche de su madre mientras ésta yacía bajo el árbol, contemplando la luna y las estrellas. Después de llorar durante un buen rato, se había bañado en el río, pero éste tenía un color verdoso y apestaba. Luego había visto sobre la hierba una especie de surtidor con un mango y se había lavado con el agua de ese surtidor.

El hombre regresó con unos pantalones largos, como los que solía lucir el padre de Emaeth. Al ponérselos, Emaeth casi perdió el equilibrio. La cremallera de la bragueta tenía un tacto frío, al igual que los botones, pero la prenda le quedaba bien. Pese a sus largos brazos y piernas, era una recién nacida y tenía aún la piel muy delicada.

«No tardarás en aprender a caminar, aunque al principio te costará un poco», le había dicho su padre. Los pantalones le abrigan, aunque eran de un género grueso y pesado. «Recuerda que conseguirás lo que te propongas.»

Emaeth se puso la camisa, la cual tenía un tacto mucho más suave que los pantalones, como la toalla con la que la mujer le secaba el pelo. Emaeth tenía el cabello de un color dorado que contrastaba con la piel morena de los dedos de la mujer. Ésta, sin embargo, tenía las palmas de las manos rosadas, no morenas.

Emaeth observó a la mujer mientras le abrochaba un botón de la camisa, rápida y hábilmente.

Emaeth sabía cómo hacerlo y se abrochó el resto de los botones. Luego miró a la mujer y sonrió.

«Nacerás sabiendo todo lo necesario, al igual que las aves saben construir un nido, las jirafas saben caminar y las tortugas saben desplazarse por la tierra y nadar en el mar, aunque nadie les ha enseñado a hacerlo. Recuerda que los seres humanos no nacen sabiendo esas cosas. Al nacer, son unas criaturas desvalidas que no están formadas del todo, pero tú serás capaz de caminar, correr y reconocer todos los objetos.»

«Bueno, no todos» pensó Emaeth, aunque sabía que lo que colgaba de la pared era un reloj y lo que había en la repisa de la ventana era una radio. Cuando la encendías sonaban voces, o música. —¿Dónde está tu madre? —preguntó la mujer—. ¿Dices que está enferma? —¿Cuántos años calculas que tiene esta niña? —inquirió el hombre. Se había puesto una gorra, como si se dispusiera a salir. Estaba rígido, con los puños crispados y miraba fijamente a Emaeth—. ¿Dónde está su madre? —¿Cómo voy a saber qué edad tiene? Es una niña muy alta. ¿Cuántos años tienes, hija? ¿Dónde está tu madre?

—He nacido hace poco —contestó Emaeth—. Por eso mi madre está tan mal. Pero ella no tiene la culpa. Se ha quedado sin leche. Está medio muerta y huele a muerte. De todos modos, pudo darme de mamar. Estoy fuerte y sana. —Luego se volvió y, señalando hacia el bosque, dijo—: Después de cruzar el puente verá un árbol cuyas ramas llegan al suelo. Mi madre yace debajo de él. Está en silencio; no puede hablar. Soñará hasta que muera.

El hombre salió apresuradamente y cerró la puerta de un portazo. Echó a andar con aire decidido y, al cabo de un momento, empezó a correr.

La mujer observó a Emaeth.

Emaeth se tapó los oídos con las manos, pero era demasiado tarde; la puerta transparente se había cerrado de golpe, haciendo un ruido fortísimo. Era una puerta transparente, pero no era de cristal.

Emaeth sabía lo que era el cristal. La botella que había sobre la mesa era de cristal. Recordaba haber visto ventanas de cristal, y cuentas de cristales y muchas otras cosas. La puerta transparente era de plástico.

«Todo está codificado en tu mente», le había dicho su padre.

Emaeth miró a la mujer. Quería pedirle que le diera algo de comer, pero el tiempo apremiaba y debía ir en busca de su padre, o de Donnelaith, o de Michael en Nueva Orleans, lo

que le resultara más fácil. Emaeth había observado las estrellas, confiando en que éstas la guiaran. Su padre le había asegurado que las estrellas la guiarían, pero no fue así.

Emaeth abrió la puerta y salió, manteniéndola abierta para que pasara la mujer. Las ranas arbóreas y los grillos cantaban en el bosque, junto con muchos otros animales cuyo nombre nadie conocía, ni siquiera el padre de Emaeth. La noche estaba llena de extraños sonidos. Emaeth observó los diminutos insectos que revoloteaban bajo la luz de la bombilla. Cuando agitó la mano, éstos se dispersaron rápidamente, pero al cabo de unos segundos reaparecieron formando una pequeña nube.

Emaeth contempló las estrellas. Siempre recordaría el dibujo que formaban sobre las copas de los árboles, en lo alto del firmamento, el cual aparecía negro en un lado y en otro de un azul intenso. Sí, y también la luna. La hermosa y radiante luna. «Por fin la he visto, padre.» Sí, pero para llegar a Donnelaith tenía que saber qué aspecto ofrecerían las estrellas cuando estuviera en su punto de destino.

La mujer la tomó de la mano. Luego la miró y le soltó la mano apresuradamente. —¡Qué piel tan suave! —exclamó—. Tienes la piel suave y sonrosada como un bebé.

«No les digas que has nacido hace poco —le había recomendado su padre—. No les digas que pronto morirán. Compadécete de ellos.»

—Gracias —dijo Emaeth—. Me marcho. Me voy a Escocia o a Nueva Orleans. ¿Conoce usted el camino?

—No tendrás ningún problema para llegar a Nueva Orleans —respondió la mujer—. Escocia ya es otra cosa. En cualquier caso, no puedes andar descalza. Te daré unos zapatos de Bubby; creo que te quedarán bien.

Emaeth dirigió la vista hacia el bosque y el río, más allá del puente. Había anochecido y no estaba segura de poder esperar a que la mujer le trajera los zapatos.

«Nacen desprovistos de información —le había dicho su padre—. y lo poco que saben lo olvidan inmediatamente. Son incapaces de percibir olores o reconocer determinadas formas. No saben instintivamente lo que deben comer. Se envenenan. No pueden oír sonidos como los oyes tú, ni captar una melodía. No son como nosotros. Son meros fragmentos que utilizamos para nuestros propios fines, aunque ello significa su perdición. Muéstrate caritativa con ellos.» ¿Dónde estaba su padre? Si él había observado las estrellas sobre Donnelaith, ella, Emaeth, debía conocerlas y saber qué aspecto tenían. Pero no percibía ni rastro del olor de su padre. Ni siquiera su madre olía a él.

La mujer regresó y depositó los zapatos en el suelo. Se trataba de unas zapatillas deportivas. Tras no pocos esfuerzos, Emaeth consiguió calzárselas. La lona resultaba áspera, pero Emaeth comprendió que era preferible ir calzada. Su padre también llevaba zapatos, al igual que su madre.

Emaeth se había lastimado un pie al tropezar con una piedra oculta entre la hierba. La mujer se arrodilló y le ató los cordones de las zapatillas. Emaeth miró los lacitos y sonrió. Eran muy bonitos, aunque no tanto como los dedos de la mujer.

Qué grandes le parecían sus pies en comparación con los de ella.

—Adiós, señora. Y gracias —dijo Emaeth—. Ha sido muy amable conmigo. Lamento lo que va a suceder. —¿Y qué es lo que va a suceder? —preguntó la mujer—. ¿Qué es ese olor que exhalas? Al principio pensé que era porque habías estado en las tierras pantanosas, pero se trata de otro olor. —¿Un olor?

—Sí, es un olor agradable, a cocido o algo semejante...

De modo que Emaeth también exhalaba ese olor. ¿Era ése el motivo de que no pudiera percibir el aroma de su padre? Se olió los dedos y comprobó que, en efecto, su piel despedía un curioso olor. El mismo olor que su padre.

—No lo sé —respondió Emaeth—. Creo que debería saber esas cosas. Mis hijos sin duda las sabrán.

Debo ir a Nueva Orleans. Mi madre me rogó que fuera. Dijo que se pasa por allí de camino hacia Escocia, de manera que no tendría que desobedecer a mi padre. Bien, me marchó. —¿Por qué no esperas a que regrese Jerome? Ha ido en busca de tu madre.

La mujer llamó a Jerome, pero éste no respondió.

—No, señora. Debo irme —contestó Emaeth.

Acto seguido apoyó las manos en los hombros de la mujer y le dio un beso en su suave y tostada frente. Luego le tocó el cabello, lo olió y le acarició la mejilla. Era una buena mujer.

Era evidente que a la mujer le gustaba su olor.

—Espera un momento, hija.

Era la primera vez que Emaeth había besado a otra persona aparte de su madre y se emocionó.

Miró a la diminuta mujer de cabello y ojos negros y sintió lástima de ella. Era una pena que tuvieran que morir. Eran unas personas muy buenas. Pero la tierra no era lo bastante grande para albergarlos a todos, y ellos habían preparado el camino para una raza de gentes más amables e infantiles. —¿Hacia dónde queda Nueva Orleans? —preguntó Emaeth. Su madre no lo sabía, y su padre no se lo había dicho.

—Creo que hacia allí —respondió la mujer—. A decir verdad, no estoy segura. Creo que hacia el este.

Pero no puedes...

—Gracias, tesoro —dijo Emaeth, utilizando uno de los apelativos favoritos de su padre. Luego, se alejó.

Cada paso que daba le hacía sentirse más segura. Atravesó rápidamente la explanada de hierba y echó a andar por la carretera, bajo las blancas luces eléctricas, con la melena al viento y balanceando los brazos.

Tenía el cuerpo completamente seco, a excepción de unas gotitas en la espalda, pero ya se secarían. El pelo también estaba casi seco. Emaeth contempló su sombra en

el asfalto y se echó a reír. ¡Qué alta y delgada era en comparación con esas gentes morenas! Tenía una cabeza enorme.

Más grande incluso que la de su madre. «Pobre mamá — pensó—, tendida bajo el árbol, con la vista clavada en la oscuridad y el infinito.» Su madre no había vuelto a ver a Emaeth. Su madre no podía oír nada. Había sido un error abandonar a su padre.

Pero Emaeth daría con él. Era preciso que lo encontrara. Estaban solos en el mundo. Y a Michael. Michael era amigo de su madre. Michaela ayudaría. «Ve cuanto antes a reunirte con Michael», le había dicho su madre. Habían sido sus últimas palabras.

Emaeth dudaba entre obedecer a su madre o a su padre.

«Estaré esperándote», le había dicho éste.

No le costaría mucho encontrarlo. Además, le gustaba andar.

A las nueve en punto, Lightner, Anne Marie, Lauren, Ryan, Randall y Fielding se reunieron en el despacho situado en el piso superior del edificio Mayfair. Era evidente que Fielding no se encontraba bien, pero nadie se atrevió a comentarlo.

Cuando entró Pierce acompañado de Mona, nadie protestó ni dio muestras de asombro, aunque todos se quedaron mirando a la jovencita, pues jamás la habían visto vestida con un traje sastre de lana azul. El traje era de su madre y le quedaba un poco grande. Parecía mucho mayor, más bien debido a la expresión de su rostro que a haberse desembarazado de sus bucles y lacitos. Llevaba unos zapatos de tacón alto que le sentaban perfectamente, y Pierce trató de no mirar sus esbeltas y hermosas piernas.

Pierce siempre se había sentido incómodo en presencia de su prima Mona, incluso cuando ésta era una niña. Tenía un aire seductor que le turbaba. Un día, cuando Mona tenía cuatro años y él once, había intentado llevárselo al bosque. La excusa de que su prima «era demasiado joven» para esos jueguecitos ya no era aplicable. Hoy, sin embargo, Mona parecía tan agotada como él.

—Nuestras madres han muerto —le susurró Mona al oído cuando se dirigían al despacho. Eran las únicas palabras que había pronunciado durante todo el trayecto.

Lo que los otros no entendían era que Mona se hubiera hecho con el control de la situación.

Pierce había llegado a la calle Amelia para comunicarles que estaban tratando de ponerse en contacto con todas las mujeres Mayfair, incluso con unas primas que se encontraban en Europa.

Creía tener la situación controlada; todos estaban muy excitados, como suele suceder cuando muere alguien de la familia. Se había producido la misma reacción que al estallar una guerra, pensó Pierce, antes de que el dolor y la muerte hicieran que la gente perdiese la cabeza.

En cualquier caso, cuando llamaron para decir que Mandy Mayfair también había muerto, Pierce se quedó mudo. Mona, que estaba junto a él, le dijo que le pasara el teléfono.

Mandy Mayfair había muerto hacia las doce del mediodía, después de haberse producido la muerte de Edith y antes de que muriera Alicia. Al parecer, se estaba vistiendo para asistir al funeral de Edith. Sobre la cama descansaban su rosario y el misal. Las ventanas de su apartamento —situado en el barrio francés—, las cuales daban aun pequeño jardín, estaban abiertas. Cualquiera pudo trepar por el muro del patio. No había indicios de violencia ni de que alguien hubiese irrumpido por la fuerza en su casa. Habían hallado a Mandy tendida en el suelo del baño, en posición fetal, con los brazos alrededor de la cintura. En el suelo, alrededor de su cuerpo, había unas flores de color naranja y morado, unas lantanas que habían vuelto a florecer durante los templados meses posteriores a Navidad y que la policía dedujo que procedían de su propio jardín.

Nadie podía creer que se tratara de una muerte «natural» ni fruto de una misteriosa enfermedad.

Era lo único que Pierce sabía con certeza. Si alguien había matado a Edith, a Mandy, a Alicia y a Lindsay en Houston, ya otra prima cuyo nombre, lamentablemente, no conseguía recordar, era probable que ese mismo asesino hubiera matado a su madre.

Los últimos momentos de ésta habían sido angustiosos. Tenía la mano extendida, como para recibir al mar, amén de otros signos simbólicos que Pierce había creído ver al

contemplar el cadáver y averiguar que la habían hallado desangrándose.

No, no había sucedido así.

Tras apartar la silla para que Mona se sentara, como un perfecto caballero, se sentó junto a ella y frente a Randall, que ocupaba la ca-becera de la mesa. Al observar la expresión de su padre, Pierce comprendió que Randall presidiera la sesión, ya que Ryan no estaba en condiciones de hacerlo.

—Francamente, no nos esperábamos esto —dijo Mona.

Ante el asombro de Pierce, todos asintieron, al menos los que todavía tenían fuerzas para reaccionar. Lauren parecía extenuada, aun-que conservaba la calma. Anne Marie fue la única que lá: miró horrorizada.

La mayor sorpresa la constituía Lightner, el cual permanecía junto a la ventana, contemplando el río y las luces de los puentes. Daba la impresión de que no se había enterado de la presencia de Pierce y de Mona. Ni siquiera los miró.

—Creía que podrías ayudarnos, Aaron, proporcionarnos unas pistas —dijo Pierce impulsivamente.

Era el tipo de frase que solía soltar cuando estaba nervioso. Su padre le había dicho que un buen abogado no podía decir lo que se le ocurriera, sino que debía ser discreto.

Aaron se volvió hacia la mesa, cruzó los brazos y miró a Mona ya Pierce.

—Me choca que confiéis en mí —dijo suavemente.

—El caso —respondió Randalles que conocemos a ese individuo. Sabemos que mide un metro ochenta y cinco, que tiene el pelo negro y que es una especie de mutante. Sabemos que Edith y Alicia sufrieron un aborto. Sabemos por los resultados superficiales de la autopsia que ese individuo fue el causante de los mismos. Sabemos que el desarrollo embrionario, al menos en dos de los casos, fue muy acelerado, y que las madres sufrieron una fuerte

hemorragia al cabo de unas horas de quedar embarazadas. Esperamos que dentro de poco las autoridades de Houston confirmen esos datos en los casos de Lindsay y Clytee.

—Ah, sí, Clytee, ése es su nombre —dijo Pierce.

De pronto se dio cuenta de que todos le miraban. No había pretendido decirlo en voz alta.

—No se trata de una enfermedad —dijo Randall—, sino de un individuo.

—Un individuo que desea reproducirse —precisó Lauren fría-mente—. Que desea copular con las mujeres de esta familia que posean unos defectos genéticos que las hagan compatibles con él.

—Y también sabemos —dijo Randall— que ese individuo busca a sus víctimas entre las líneas de la familia donde se han producido más matrimonios entre miembros consanguíneos.

—De acuerdo —intervino Mona—, se han producido cuatro muertes aquí y dos en Houston. Las muertes de Houston ocurrieron más tarde.

—Varias horas más tarde —afirmó Randall—. En ese tiempo, el individuo pudo haber tomado el avión para Houston.

—Todo parece indicar que en este asunto no intervienen causas sobrenaturales —dijo Pierce—. Si se trata de un «hombre», nos referimos a un hombre de carne y hueso, como dijo mamá, el cual debe moverse y actuar como cualquier ser mortal. —¿Cuándo te dijo tu madre que se trataba de un hombre de carne y hueso?

—Gifford lo dijo hace algún tiempo —terció Ryan—. En realidad, no sabía mucho del asunto. Eran meras conjeturas. Conviene que nos atengamos a los hechos. Tal como ha dicho Randall, se trata de un individuo.

—En efecto —asintió Randall, tomando de nuevo la palabra—, y si unimos los informes de que disponemos con los datos proporcionados por Lightner y el doctor Larkin de California, vemos que hay motivos para creer que ese

individuo posee un singular genoma. Tiene noventa y dos cromosomas, el doble que un ser humano, aunque en doble hélice, exactamente igual que los humanos, y las proteínas y enzimas de su sangre y sus células son distintas.

Pierce no dejaba de pensar en su madre; no podía borrar de su mente la imagen de su cuerpo yaciendo sobre la arena, aunque no la había visto personalmente. Temía que esa siniestra imagen le persiguiera siempre. ¿Había tenido su madre miedo en aquellos momentos? ¿La había lastimado ese individuo? ¿Cómo había llegado su madre a la orilla del agua? Abatido, Pierce agachó la cabeza y miró la mesa fijamente.

Randall seguía en el uso de la palabra.

—Nos tranquiliza saber —dijo que se trata de un solo indivi-duo, al cual podemos detener, que independientemente de su historial, de su concepción o como queramos llamarlo, es un individuo y podemos capturarlo.

—Pero ésa es la cuestión —intervino Mona, expresándose, como de costumbre, como si todos estuvieran dispuestos a escucharla. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, poniendo de relieve sus suaves mejillas y atractivas facciones, lo cual le daba al mismo tiempo un aspecto más joven y de mujer adulta—. Es evidente que pretende reproducirse. Y si esos embriones se desarrollan aun ritmo tan acelerado, ese individuo podría tener un hijo en cualquier momento.

—Es cierto —dijo Aaron Lightner—. Eso es exactamente lo que puede ocurrir. No podemos prever la rapidez con que se desarrollará ese niño. Es posible que se desarrolle tan rápidamente como el individuo, cuya gestación sigue siendo un misterio. Asimismo, es posible que el individuo copule con su hija, en el caso de que se trate de una hembra. Deduzco que ése es su objetivo principal, asegurar su descendencia. —¡Dios mío! —exclamó Anne Marie—. ¿De

veras crees que eso es lo que intenta? —¿Y qué hay de Rowan? ¿No sabéis nada de ella? —preguntó Mona.

Todos menearon la cabeza para responder negativamente. Sólo Ryan se molestó en pronunciar la palabra «no».

—De acuerdo —dijo Mona—. Debo informaros que ese individuo por poco consiguió atraparme.

Ocurrió de la siguiente forma.

En la casa de la calle Amelia le había relatado a Pierce lo sucedido, pero, mientras la escuchaba ahora, éste se dio cuenta de que Mona omitía ciertos detalles, como el hecho de que se hallaba con Michael, de que estaba desnuda, dormida en la biblioteca, y de que la había despertado un disco que sonaba en el Victrola, no el ruido de la venta-na al abrirse. A Pierce le extrañó que no lo dijera. Los Mayfair tenían tendencia a omitir los pormenores que no les interesaba revelar. Se sintió tentado de decirle que les contara que el Victrola estaba sonan-do, pero optó por guardar silencio.

Era evidente que existía un abismo entre ese mutante, tal como lo llamaban, y las amenas leyendas y milagros que siempre habían envuelto la casa de la calle Primera. El propio Victrola pertenecía a una época que nada tenía que ver con el ADN, el ARN y las extrañas huellas descubiertas por el forense en el apartamento del barrio francés de Mandy Mayfair.

La muerte de Mandy era la primera que confirmaba que se trataba de un asesinato. Las flores que cubrían su cadáver, junto con los moretones que tenía en el cuello, indicaban claramente que alguien la había matado. El cuerpo de Gifford, en cambio, no presentaba contusiones, lo que significaba que no había luchado con su agresor. Éste la había pillado por sorpresa. Pierce confiaba en que su madre no hubiera sufrido. En aquel momento Mona intentaba explicarles lo del olor.

—Conozco ese olor al que te refieres —dijo Ryan, manifestando interés en el tema—. Lo percibí en Destin. No es un olor desagradable, sino más bien como...

—Es delicioso. Te dan ganas de aspirarlo profundamente —dijo Mona—. Yo lo noté en la casa de la calle Primera. Toda la casa estaba impregnada de ese olor.

—En Destin, por el contrario, era muy tenue —dijo Ryan.

—Tú lo percibiste de forma tenue y yo muy intensa, pero eso sin duda indica cierta compatibilidad genética.

—Pero ¿qué sabes tú sobre compatibilidad genética? —inquirió Randall.

—No te metas con Mona —le reprendió Ryan suavemente—. No hay tiempo para eso. Debemos hacer algo... específico. Lo primero es dar con ese ser. Tratar de adivinar dónde aparecerá. ¿No viste nada que te llamara la atención, Mona?

—No. Pero quiero ponerme en contacto con Michael. Llevo dos horas tratando de localizarlo.

Estoy muy preocupada. Creo que lo mejor será ir...

—Te prohíbo que salgas de esta habitación —dijo Pierce—. No irás a ninguna parte sin mí.

—De acuerdo. Acompáñame a la calle Primera.

Lauren dio un par de golpecitos en la mesa con el bolígrafo para atraer la atención de los presentes. Tan sólo dos discretos golpecitos, pensó Pierce, no los suficientes para irritarte.

—Repasemos de nuevo los datos —dijo Lauren—. Todas las mujeres de la familia han sido avisadas.

—Al menos, eso creemos —respondió Anne Marie—. Confiemos en que si existe alguna Mayfair que no conozcamos, ese monstruo tampoco sepa que existe.

—La policía ha interrogado a varios testigos en Nueva Orleans y Houston —dijo Lauren.

—Sí, pero nadie ha visto a ese individuo entrar o salir de un edificio.

—Sabemos qué aspecto tiene —dijo Mona—. El doctor Larkin nos lo ha explicado, y también los testigos de Escocia, y Michael.

—Tan sólo nos cabe esperar, Lauren —dijo Randall—. Hemos hecho cuanto podíamos. Debemos permanecer juntos. Ese monstruo no cejará en su empeño. Más pronto o más tarde aparecerá, y debemos estar preparados para atraparlo. —¿Cómo vamos a atraparlo? —preguntó Mona. —¿No pueden ayudarnos los hombres de tu organización en Amsterdam o en Londres? —preguntó Ryan suavemente a Aaron—. Tenía entendido que os dedicabais precisamente a estos casos. Recuerdo que Gifford me dijo varias veces: «Habla con Aaron. Aaron sabe mucho de esas cosas» —añadió, sonriendo con tristeza.

Pierce nunca había oído a su padre expresarse de ese modo.

—En realidad no sé nada —contestó Aaron—. Creía conocer toda la historia de las brujas Mayfair, pero hay varios datos que se me escapan. Hay otras personas relacionadas con nuestra Orden que están investigando el caso. La oficina de Londres se limita a decirme que debo esperar hasta recibir instrucciones, se niegan a darme respuestas claras. No sé qué hacer ni qué decirlos. Me siento... decepcionado.

—No puedes fallarnos —dijo Mona—. Olvídate de esos tipos de Londres. ¡No puedes dejarnos en la estacada!

—Tienes razón —contestó Aaron—. Pero no sé si puedo ofrecerles alguna novedad interesante. —¡Venga, hombre! —exclamó Mona—. ¿No podría uno de vosotros ir a llamar a Michael? No comprendo por qué no se ha puesto en contacto con nosotros. Me dijo que en cuanto se cambiara de ropa acudiría a la casa de la calle Amelia.

—Quizás haya ido —dijo Anne Marie. Acto seguido oprimió un botón situado debajo de la mesa y dijo a través del altavoz—: Llama a la calle Amelia y averigua si Michael

Curry está ahí, Joyce. Ya está —añadió, mirando a Mona y sonriendo.

—Bueno, si queréis saber mi opinión —dijo Aaron—, si queréis que os cuente lo que sé...

—Por supuesto —respondió Mona.

—Creo que ese ser busca una compañera con la que reproducirse. Y si la encuentra, si consigue dejarla preñada y la criatura nace mientras el ser está presente y se la lleva, tendremos un problema monstruoso.

—Prefiero que nos centremos en los medios de atrapar a ese ser en lugar de perdernos en divagaciones —dijo Randall.

—Tienes razón —contestó Aaron—. Pero es preciso tener en cuenta lo que nos ha revelado el doctor Larkin. Concretamente lo que le dijo Rowan. Ese ser posee una enorme ventaja en materia reproductora. ¿Comprendes lo que eso significa? Esta familia ha vivido durante siglos con una simple leyenda: la del ser que desea convertirse en un hombre de carne y hueso. Pues bien, ahora nos enfrentamos a algo mucho peor, aun ser que no sólo es de carne y hueso, sino que tiene unos increíbles poderes. —¿Crees que esto estaba planeado? —preguntó Lauren fríamente, en voz baja y sin apresurarse, como solía hacer cuando estaba disgustada, pero resuelta a salirse con la suya—. ¿Crees que estaba planeado desde el principio? ¿Que no sólo hemos alimentado a ese ser en nuestra familia, sino que le hemos proporcionado a las mujeres que necesitaba para alimentarse y prosperar a través de ellas?

—No lo sé —contestó Aaron—. Sólo sé que, aunque se trate de un ser superior, debe de tener ciertos puntos débiles.

—Por ejemplo su olor —terció Mona—. No puede disimularlo.

—No, me refiero más bien a defectos físicos —dijo Aaron.

—No, el doctor Larkin fue categórico al respecto. Al igual que los testigos de Nueva York. Por lo visto, ese ser posee un

poderoso sistema inmunológico.

—Crece, multiplícate y dominarás la tierra —dijo Mona.
—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó Randall.

—Eso es justamente lo que hará —contestó Aaron en voz baja—, si no logramos detenerlo.

PROSIGUE LA HISTORIA DE JULIEN

No puedo explicar lo que sentí al oír su voz ni cuánto la quería, tanto si era hija de Cortland como si no. Sentía hacia ella un cariño tan intenso como el que sentimos hacia los nuestros y los que son como nosotros, aunque nos separaban muchos años. Yo me sentía desesperado, impotente y solo. Me senté en el borde de la cama y ella se sentó junto a mí.

—Carlotta me ha dicho que sabes predecir el futuro. ¿Qué es lo que ves?

—No veo nada —contestó Evelyn con una voz tan exigua y ex-presiva como su carita redonda, mientras me miraba con sus inocentes ojos grises—. Veo las palabras y las pronuncio, pero no conozco su significado. Hace tiempo aprendí que era mejor callar y dejar que las palabras se desvanecieran sin haber sido leídas ni pronunciadas.

—No temas, hija —dije, tomándola de la mano para tranquilizarla—. Dime lo que ves. ¿Qué nos sucederá a mí ya mi familia? ¿Qué futuro nos aguarda a todos? ¿Qué será de nuestro clan?

A través de mis cansados dedos noté su pulso, su calor, sus dotes de bruja, y vi su sexto dedo. De haber sido su padre no habría dudado en amputárselo, rápidamente y sin causarle el menor dolor. ¡Y pensar que Cortland era hijo mío! Me entraron ganas de estrangularlo.

«Pero antes debo resolver unos asuntos», pensé, sujetándole la mano con fuerza.

De pronto Evelyn mudó de expresión, alzó la barbilla, poniendo de relieve su largo y esbelto cuello, y comenzó a recitar un poema, con voz suave y apresuradamente:

Se alzaré un ángel malvado y vendrá uno que es todo bondad. Entre ambos aparecerá la bruja, dejando la puerta abierta de par en par.

Sembrarán el dolor y el sufrimiento, la sangre y el terror.

Y el edén primaveral se convertirá en un valle de lágrimas.

Guárdate de quienes te vigilan en ese momento supremo, no franquees la entrada a los médicos.

Los eruditos se alimentarán del mal, y los científicos lo ensalzarán.

Deja que el diablo narre su historia, deja que suscite la ira de los ángeles.

Haz que los muertos resuciten y los alquimistas huyan.

Mata a los seres que no son humanos con instrumentos toscos y crueles, a fin de que sus atormentadas almas consigan alcanzar la luz.

Aniquila a los hijos del mal, no te apiades de sus inocentes sonrisas, pues de otro modo la primavera no brillará, ni reinarán los nuestros en el edén.

Durante dos días y dos noches Evelyn y yo permanecemos encerrados en mi habitación.

Nadie se atrevió a derribar la puerta. Su bisabuelo, Tobias, vino a amenazarme. Su hijo Walker se detuvo ante la verja, gritando todo tipo de insultos e invectivas. No recuerdo cuántos vinieron ni lo que dijeron. Creo que oí a Mary Beth pelearse con su hija Carlotta. Me parece recordar que Richard llamó a la puerta mil veces. Yo respondí que estaba bien y le pedí que se fuera.

Evelyn y yo permanecemos tendidos en el lecho. No quería lastimarla. No la culpo por lo que sucedió. Nos acariciamos tiernamente y la estreché entre mis brazos, tratando de aplacar sus temores y su soledad. Fui tan estúpido que creí que las cosas no pasarían de ahí.

Pero era un hombre y me dejé llevar por la pasión. Evelyn respondió a mis besos y, al final, se entregó a mí.

Yacimos juntos, abrazados, durante toda la noche.

Evelyn dijo que mi desván le gustaba más que el suyo. Yo pensé con tristeza que no tardaría en morir ahí, en esa misma habitación.

No tuve que decírselo. Sentí su suave mano en mi frente, tratando de consolarme. Sentí el sedoso tacto de la palma de su mano sobre mis párpados.

Evelyn repitió las palabras del poema una y otra vez, y yo con ella. Al amanecer, conocía cada verso de memoria. Pero no me atrevía a escribir el poema, pues temía que la malvada Mary Beth lo quemara. Le dije que les enseñara el poema a Carlotta ya Stella. Pero, qué más daba, pensé afligido. ¿Qué podía suceder? ¿Qué significaban las palabras del poema?

—Lamento haberte puesto triste —dijo Evelyn.

—No, estaba triste antes de conocerte. Tú me has infundido esperanza.

El jueves por la tarde Mary Beth mandó que abrieran la puerta por la fuerza.

—Han avisado a la policía —se justificó tranquilamente, sin aspaventos.

—Diles que no pueden encerrarla. Debe ser libre. Ordénale a Cortland que venga de Boston.

—Cortland está aquí, Julien.

Cuando apareció Cortland, le pedí a Stella que se llevara a Evelyn a su habitación y que permaneciera junto a ella. Luego le rogué a Carlotta que se reuniera con ellas, para asegurarse de que nadie intentaba secuestrar a Evelyn.

Cortland era mi orgullo y alegría. Era mi primogénito, como he dicho, y el más inteligente de mis hijos. Yo había procurado protegerlo, impedir que descubriera la verdad, pero era muy listo. Ahora había caído del pedestal en el que yo le había colocado. Estaba furioso con él y le culpaba de todos los sufrimientos que había padecido Evelyn.

—Te juro que no lo sabía, padre. ¡Es increíble! Tardaría horas en explicarte lo que sucedió aquella noche. Juraría que Barbara Ann echó algo en mi bebida para aturdirme. Luego me arrastró hasta el pantano. Sólo recuerdo que nos montamos en el bote y que ella se comportó de una forma muy extraña. Te lo juro, padre. Cuando recobré el conocimiento me hallaba tendido en el bote. Me dirigí a Fontevrault, pero no me dejaron entrar. Tobias salió con un rifle y amenazó con matarme.

Entonces fui a Saint Martinville y llamé a casa. Te lo juro. Es cuanto recuerdo. Si esa niña es hija mía, lo lamento. No me lo comunicaron.

No querían que lo supiera. A partir de ahora te prometo que me ocuparé de ella.

—Un discurso muy bonito para soltarlo ante un tribunal, pero yo no me lo trago —respondí—. Tú sabías que había nacido. Debiste oír los rumores que circulaban. Quiero que sea libre, ¿me oyes?

Que tenga cuanto desee, que asista a la escuela, lejos de aquí si lo prefiere, y que disponga de todo el dinero que necesite.

Tras estas palabras volví la cabeza, como si no quisiera tener nada que ver con ellos. Cortland me dijo algo, pero no contesté. Pensé en Evelyn y en la forma en que me había descrito su silencio. Era diver, tido permanecer allí tendido, mudo, sin responder.

Tobias se llevó a Evelyn. Carlotta y Cortland hablaron en defensa de la niña; al menos, eso me dijeron.

Los sollozos de Richard me partían el alma. Me replegué en mí mismo, repitiendo las palabras del poema y tratando de descifrarlas.

Deja que el diablo narre su historia, deja que suscite la ira de los ángeles.

Pero ¿qué querían decir? Finalmente, me aferré al último verso: «Pues de otro modo la primavera no brillará.»

Los Mayfair constituíamos la primavera, estaba convencido de ello. El edén era nuestro mundo.

Nosotros éramos la primavera, y los últimos versos del poema indicaban que aún existía esperanza, que podíamos salvarnos. Podíamos impedir que esto se convirtiera en un valle de lágrimas.

Sembrarán el dolor y el sufrimiento, la sangre y el terror.

Sí, había esperanza en ese poema, un propósito, un motivo muy concreto. Sin embargo, me horripilaba la frase que decía: «Mata a los seres que no son humanos», pues si ese ser no era humano, ¿Qué clase de poderes tendría? Si se trataba simplemente de san Ashlar... pero era imposible. ¿Se convertiría de nuevo en un hombre de carne y hueso cuando renaciera? ¿O en algo peor?

«Mata a los seres que no son humanos.»

Las palabras no cesaban de dar vueltas en mi mente. Me obsesionaban. En ocasiones me ofuscaban hasta el extremo de impedirme pensar en otra cosa; sólo veía las siniestras imágenes que evocaban.

Permanecí varios días sumido en una especie de trance. Cuando acudió el médico me incorporé y balbucí unas palabras para que me dejara tranquilo. La ciencia había hecho grandes progresos desde mi niñez, pero a aquel imbécil no se le ocurrió otra cosa que informar a mi familia que sufría un «endurecimiento de las arterias» y «demencia senil», y que no entendía una palabra de lo que me decían.

Al fin, no tuve más remedio que levantarme y echarlo de la habitación.

Por otra parte, deseaba reanudar mi vida normal. No me apetecía permanecer confinado en la cama el resto de mi vida. Había estado muy enfermo, pero había conseguido recobrarme y seguía vivo.

Richard me ayudó a vestirme y bajé a cenar con mi familia. Me senté a la cabecera de la mesa y me zampé una abundante ración de sopa, pollo asado y carne con salsa para que me dejaran en paz.

Me negué a mirar siquiera a Cortland, el cual trató en repetidas ocasiones de dirigirme la palabra.

Pobre chico. Le hice pasar un rato fatal.

Los primos siguieron parloteando. Mary Beth habló de cosas prácticas con su desgraciado marido, Daniel McIntyre, un alcohólico que se había convertido en una ruina. «Nos lo debe a nosotros», pensé.

Richard, mi querido amigo, no me quitaba la vista de encima, y Stella propuso que, puesto que me había levantado y parecía estar perfectamente, fuéramos a dar una vuelta en el coche. ¡Excelente idea! El coche estaba arreglado. Ah, no sabía que se había averiado. Bueno, Cortland se lo llevó y...Calla, Stella. Ya está reparado, mon pere.

—Me preocupa esa chica —dije—. Evelyn, mi nieta.

Cortland se apresuró a tranquilizarme, diciendo que le la habían llevado a comprarse ropa.

—Los Mayfair creéis que con eso se arregla todo —dije.

—Tú nos lo enseñaste, padre —respondió Cortland, sonriendo.

Me asombraba mi cobardía, el hecho de ceder ante la sonrisita de mi hijo.

—Está bien, ordenad que preparen el coche. Salid todos de aquí —dije—. Iremos a dar una vuelta los tres: Stella, Lionel y yo. Anda, salid de aquí. Tú quédate, Carlotta.

Todos obedecieron. Al cabo de unos segundos, el amplio comedor se quedó vacío. Los murales parecían echarse sobre nosotros, dispuestos a transportarnos a los hermosos campos de Riverbend que mostraban. Riverbend, nuestra plantación, la cual hacía tiempo que había dejado de existir. —¿Te ha enseñado Evelyn el poema? —le pregunté a Carlotta cuando nos quedamos solos.

Carlotta asintió y empezó a recitarlo lentamente.

—Se lo he recitado a mamá —dijo, cosa que me chocó—. Aunque es perder el tiempo. ¿Qué crees que sucederá? —me preguntó—. ¿Acaso creías que podías bailar con el diablo y

no pagar un precio por ello? —Pero yo no estaba seguro de que fuera el diablo. Cuando nací, en, Riverbend no se hablaba nunca ni de Dios ni del diablo. No existían.

—Cuando mueras irás al infierno —afirmó Carlotta.

Sus palabras me hicieron estremecer.

Deseaba contárselo todo, revelarle la verdad... Pero Carlotta se le-vantó, arrojó la servilleta sobre la mesa como si se tratara de un guante y salió precipitadamente.

De modo que le había recitado el poema a Mary Beth. Cuando ésta vino a buscarme, murmuré las terribles palabras:

—Mata a los seres que no son humanos...

—No te alteres, querido —dijo Mary Beth—. Ve y diviértete.

Cuando salí al porche, el Stutz Bearcat estaba aparcado frente a él, listo para partir. Stella, Lionel y yo nos instalamos en el vehículo y enfilamos la calle Amelia, pero no nos detuvimos para visitar a Evelyn, pues temíamos que nuestra visita resultara inoportuna.

Nos dirigimos a Storyville, a las casas de mis damas favoritas.

No regresamos hasta el amanecer. Recuerdo esa noche con toda claridad, en parte porque fue la última que pasé en Storyville, escuchando a las orquestas de jazz, cantando y mostrándoles a Stella y Lionel los burdeles que solía frecuentar. Mis amigas estaban escandalizadas. Pero no existe nada en un burdel que no pueda comprarse.

Stella estaba entusiasmada. Eso era vivir, exclamó, eso era vida. Bebió varias copas de champán y bailó hasta quedar agotada. Lionel se mostró más reticente. Pero no importaba. Yo me estaba muriendo. Mientras me encontraba en el atestado salón de la casa de Lulu White, escuchando al pianista negro, pensé: «Me estoy muriendo» Estaba obsesionado con la idea de la muerte. El mundo giraba en torno a Julien. Julien sabía que se avecinaba una tormenta, pero no podía impedirlo. Julien sabía que los placeres, las

aventuras y los triunfos habían terminado para él. Julien acabaría enterrado en una fosa, como todo el mundo.

Por la mañana, cuando regresamos a casa, besé a Stella y le dije que lo había pasado estupendamente. Luego me retiré a mi desván, convencido de que no saldría de allí.

Permanecí acostado en la oscuridad, noche tras noche, pensando: «Y si después de muerto consiguiera regresar a la tierra, como el espíritu?»

Al fin y al cabo, si se trataba de Ashlar, uno de los numerosos Ashlar, el santo, el rey, el vengativo fantasma, un simple ser humano... De pronto oí unos extraños crujidos y noté que la cama temblaba. Recordé de nuevo los versos: «Los seres que no son humanos.» —¿Has venido a importunarme o a complacerme? —pregunté.

—Muere en paz, Julien —contestó el espíritu—. Estaba dispuesto a revelarte mis secretos el primer día que entré contigo en esta casa. Te dije que este lugar podía arrancarte de la eternidad, que era como los antiguos castillos. Recuerda sus formas, Julien, sus airosas almenas. Las verás a través de la niebla con toda claridad. Pero no quisiste escucharme. ¿Estás dispuesto a hacerlo ahora? Te conozco bien. Estás vivo. No querías oír hablar de la muerte.

—No sabes nada sobre la muerte —respondí—. Sólo te interesa alcanzar tus fines, atosigarnos, vivir.

Pero no sabes nada sobre la muerte.

Me levanté de la cama y le di cuerda al Victrola para ahuyentar al espíritu.

—Sí, deseo regresar —murmuré—. Deseo permanecer en la tierra, formar parte de esta casa. Pero te juro, Señor, que no es por afán de vivir de nuevo, sino porque lamento que la historia no haya concluido, que el demonio siga presente. Deseo ayudar, ser el ángel del Señor. Sin embargo, no creo en ti, Señor, sólo creo en Lasher y en mí mismo.

Nervioso, empecé a pasear de un lado a otro mientras sonaba el vals de Violetta, una canción que desmentía todo

dolor y sufrimiento, una pieza frívola y, sin embargo, deliciosamente organizada.

De pronto sucedió algo extraordinario. Jamás, en toda mi larga vida, me había llevado tal sorpresa como en aquel momento al ver el rostro de una muchacha, que se había encaramado al tejado del porche, pegado a mi ventana.

Abrí la ventana apresuradamente y murmuré:

—Evelyn.

Y ella, perfumada, suave y calada hasta los huesos debido a la lluvia primaveral, se arrojó en mis brazos. — ¿Cómo has llegado hasta aquí, cariño? —pregunté.

—Trepando por la parra, tío Julien. Me has demostrado que un desván no tiene por qué ser una cárcel. Deseo permanecer contigo todo el tiempo que sea posible.

Hicimos el amor y conversamos durante largo rato, tendidos en el lecho, mientras amanecía.

Evelyn me contó que Tobias y su familia se portaban bien con ella, que le permitían salir cuando quería, que por las tardes solía pasear por la avenida y la calle Canal, que había ido en coche, que se había comprado unos zapatos. Richard le había regalado unos vestidos muy bonitos. Cortland le había comprado un abrigo con el cuello de piel. Mary Beth le había regalado un espejo y un peine de plata.

Al cabo de un rato me incorporé y le di cuerda al Victrola. Evelyn y yo bailamos al son del vals.

Nos sentíamos embriagados, como si hubiéramos salido de juerga, de copas, yendo de un bar a otro, aunque no nos habíamos movido de la habitación. Evelyn llevaba una combinación adornada con encajes de color rosa y un lazo en el pelo. Bailamos alrededor de la habitación, riendo felices, hasta que alguien... hasta que Mary Beth abrió de pronto la puerta.

Yo sonreí. Sabía que mi angelical nieta me visitaría de nuevo.

En la oscuridad de la noche, hablé con mi Victrola.

Le pedí que me ayudara. Por supuesto, no creía en esas cosas. Siempre me había negado a creer en ellas. Sin embargo, me corté las uñas e introduje los fragmentos entre la lámina de madera inferior y lateral del gramófono. Me corté un mechón de pelo y lo oculté debajo del plato. Me mordí los labios hasta hacerme sangre y unté con ella la tapa del aparato. En resumidas cuentas, convertí el Victrola en una especie de muñeca de mí mismo, como las muñecas de las brujas. Luego, me puse a cantar el vals.

Mientras sonaba la música, canté: «Regresa, regresa. Acude cuando te necesiten. Acude cuando te llamen. Regresa, regresa.»

De pronto contemplé una terrible visión. Imaginé que había muerto y que me alzaba, iluminado por una potente luz, con los brazos extendidos, rodeado de un aire que se hacía cada vez más denso y oscuro. Había regresado a la tierra. Parecía como si la noche estuviera poblada de espectros como yo, almas perdidas que temían condenarse en el infierno o que no creían en el paraíso. Entretanto, el vals seguía sonando en el Victrola.

Al fin comprendí la futilidad de esos gestos. La brujería no es sino una cuestión de foco; se trata simplemente de aplicar nuestra inmensa e increíble energía aun acto de voluntad. ¡Sí, regresaría a la tierra! Estaba convencido de ello.

Regresaría. ¡Guárdate de quienes te vigilan en ese momento supremo!

Sí, regresaría a la tierra.

Pues de otro modo la primavera no brillará,... ni reinarán los nuestros en el edén.

Recuerda los versos que te he recitado, Michael.

Recuérdalos. Fíjate en su significado. Te aseguro que no estaría aquí si la batalla hubiera terminado, Michael. Todavía no ha llegado el momento supremo. Tú te serviste del amor, pero no fue suficiente. Sin embargo, existen otros instrumentos que puedes utilizar. Recuerda el poema:

«Con instrumentos toscos y crueles.» No dudes en utilizarlos. No dejes que la bondad frene tu mano. ¿Por qué crees que he conseguido regresar? ¿Por qué crees que he conseguido escuchar de nuevo el vals bajo este techo? Dentro de unos momentos deseo que hagas sonar para mí el vals, Michael, en mi pequeño Victrola. Haz que suene cuando yo haya desaparecido.

Pero permíteme que te hable sobre las últimas noches que recuerdo. Empiezo a sentirme cansado.

Veo el final de estas palabras, pero no el final de esta historia. Tú mismo deberás relatarla. Deja que pronuncie unas últimas palabras y recuerda tu promesa. Haz que el vals suene para mí, Michael. Haz que suene, pues ninguno de los dos sabemos si iré al cielo o al infierno. Quizá nadie lo sabrá nunca.

Al cabo de una semana le regalé el pequeño Victrola a Evelyn. Aprovechando una tarde en que no había nadie en casa, envié a ir-chard en busca de Evelyn, con el ruego de que ésta acudiera cuanto antes. Luego ordené a los sirvientes que me subieran el voluminoso Victrola del comedor, un aparato mayor que el que conservaba en el desván.

Una vez que Evie y yo nos quedamos solos, le dije que se llevara el pequeño Victrola a casa y no dejara que nadie se apoderara de él hasta que Mary Beth hubiera muerto. Ni siquiera quería que Richard supiera que ella se lo había llevado, por temor a que acabara confesándoselo a Mary Beth si ésta le interrogaba.

—Llévate el gramófono y cuando salgas ponte a cantar —le dije.

De ese modo, pensé, si Lasher la veía llevarse el misterioso objeto se sentiría aturdido y no le concedería ninguna importancia. En aquel momento recordé que el monstruo era capaz de adivinar mis pensamientos.

Estaba desesperado.

Tan pronto como Evie se hubo marchado y el eco de su voz se desvaneció en la escalera, puse en marcha el Victrola queme habían subido del comedor y llamé a Lasher. Quizá no había visto salir a Evelyn con el pequeño Victrola.

Sentí la presencia de Lasher —el cual permanecía invisibledejándose arrastrar por la música, danzando torpemente alrededor de la habitación, derribando los objetos que había sobre la repisa de la chi-menea y haciendo que los cuadros temblaran. Perfecto. Eso demostraba que estaba ahí.

—Muy bien, Julien —dijo, apareciendo repentinamente mientras trataba de ejecutar un complicado paso de baile. En su rostro se dibujaba una radiante sonrisa. «Qué lástima que sea incapaz de amarlo», pensé. En aquellos momentos Evie ya habría llegado a su casa.

Pasaron varias semanas sin novedad.

Evie gozaba de total libertad. Richard solía llevarla de paseo en coche, junto con Stella. Tobias la acompañaba todos los domingos a misa.

Evie venía a visitarme cuando podía, entrando sin disimulo por la puerta principal. Sin embargo, algunas noches prefería trepar por la parra, como una temeraria diosa, inflamando mi pasión con su amor y su arrojo hasta extremos obscenos y delirantes. Yacíamos juntos durante horas, besándonos y acariciándonos. Me asombraba que, pese a mi avanzada edad, consiguiera satisfacer a una muchacha tan joven y apasionada. Le revelé algunos secretos, pero sólo unos pocos.

Los dioses me habían concedido ese último don.

—Te amo, Julien —decía el astuto Lasher cuando aparecía, confiando en que pusiera en marcha el Victrola, pues le entusiasmaba ese aparato—. ¿Quién trataría de lastimar a Evelyn? No representa ninguna amenaza para nosotros. Veo el futuro. Tenemos cuanto deseamos.

Una tarde, cuando Mary Beth llegó a casa, le pedí que se sentara junto a mí y le aseguré que no le había revelado a

Evie ningún secreto importante. Asimismo, le rogué que cuando yo hubiera desaparecido se ocupara de ella.

Mary Beth me miró con los ojos llenos de lágrimas. Fue una de las pocas ocasiones en que la vi conmovida.

—No me conoces ni me comprendes, Julien —dijo—. Durante estos años he intentado unir a la familia, conseguir que fuéramos más poderosos e influyentes. Mi máxima aspiración era que fuéramos felices. ¿Crees que sería capaz de hacerle daño a una niña que es nieta tuya? ¿A la hija de Cortland? Haces que se me parta el corazón, Julien. Créeme, sé muy bien lo que hago, sé lo que le conviene a la familia. Debes confiar en mí, Julien, no quiero que mueras triste y preocupado. No dejes que tus últimas horas estén llenas de angustia y temor. Si es necesario, permanecerá a tu lado día y noche. Deseo que mueras en paz. Somos los Mayfair..., estamos aun millón de leguas de donde nos hallábamos en Riverbend. No temas, la familia subsistirá. Pasaron varias noches. Yo permanecía despierto, pues ya no necesitaba dormir.

Sabía que Evelyn estaba encinta. Dios no da tregua a los ancianos. Ardemos de pasión y engendramos hijos. ¡Qué tragedia! Pero ella no lo sabía, y yo no se lo dije.

Sólo me atrevía a confiar en Cortland, a quien le pedía que acudiera a verme para sermonearle.

Sabía que en cuanto supieran que Evelyn estaba encinta todos pondrían el grito en el cielo. Sólo podía confiar en que obedecieran mis instrucciones y protegieran a la niña sucediera lo que sucediese.:

Una noche serena y cálida fallecí. Era a mediados de verano. Estoy seguro de ello, pues los mirtos estaban en flor. Es imposible que me haya confundido. Pedí a todos que me dejaran solo. Sabía que estaba a punto de morir. Permanecí acostado, apoyado cómodamente en un montón de almohadas, contemplando las nubes por encima de los mirtos.

Deseaba regresar a Riverbend, sentarme a charlar con Marie Clau dette y averiguar quién era el joven que había secuestrado a unos esclavos y los había llevado a las habitaciones de Marguerite para que ésta pudiera realizar sus macabros experimentos. ¿Quién había sido el insensato?

De pronto me di cuenta de algo terrible. No podía moverme. No podía incorporarme. No podía obligar a mis brazos a obedecer. La muerte se cernía sobre mí como una helada invernal, congelando mis miembros.

En aquel momento, casi confirmando que existía un Dios para los cuentistas y los viejos verdes, vi a Evelyn encaramada en el borde del tejado, agarrada a la parra.

Atravesó el tejado del porche y dijo:

—Abre la ventana, tío Julien. Soy Evie.

Pero yo no podía moverme.

—Amor mío —murmuré, mirándola embelesado.

Evie puso entonces en práctica sus dotes de bruja y, con sus manos y sus poderes psíquicos, consiguió abrir la ventana. Luego extendió los brazos, me sujetó por los hombros, me atrajo hacia sí y me besó.

—Amor mío...

Vi unos nubarrones en el cielo y noté que caían las primeras gotas de lluvia sobre el tejado del porche y sobre mi rostro. Observé que las ramas de los árboles se agitaban violentamente y oí que el viento soplaba con furia, azotando los árboles y las plantas, gimiendo como cuando murió mi madre y cuando murió la madre de ésta.

Había estallado una tormenta porque la bruja agonizaba. Yo era la bruja. Era mi muerte y mi tormenta.

Se hallaban de pie, rodeados por la niebla, formando un círculo irregular. A lo lejos retumbaba un ruido sordo y continuado que parecía presagiar tormenta.

Eran las personas más peligrosas que había visto jamás, hijos de la pobreza y la ignorancia.

Presentaban los defectos propios de los pobres y los desvalidos: el cojo, el jorobado, el niño con los brazos extremadamente cortos y otros, demacrados, rudos, deformes, temibles, cubiertos con unos harapos de color pardo. Michael se preguntó si percibirían también aquel monótono murmullo.

Sobre el valle se cernían unos densos nubarrones. En las piedras, tal como el profesor de Edimburgo le había asegurado a Julien, se apreciaban unos dibujos. Eran unas piedras enormes, dispuestas en círculo.

Michael se incorporó. Estaba mareado. «¿Qué hago aquí? —se preguntó—. Estoy soñando. Debo regresar a casa. No puedo despertarme aquí. Pero no sé cómo regresar.» El monótono e insistente rumor le ponía nervioso. ¿Podían oírlo esas gentes? Tal vez se tratara de un temblor de tierra, aunque no era probable. De todos modos, en aquel lugar podía suceder cualquier cosa. Todo era posible. Era preciso que saliera de allí.

—Nos gustaría ayudarle —dijo un individuo alto con una abundante cabellera canosa, avanzando hacia Michael. Lucía unos calzones negros y un tupido bigote que le cubría el labio superior. Tenía una hermosa voz de barítono—. Peto ignoramos quién es usted y qué ha venido a hacer aquí. No sabemos cómo ayudarle a regresar a casa.

Se expresaba en inglés moderno. «Esto es absurdo —pensó Michael—. Debe de tratarse de un sueño.» ¿Qué

demonios era aquel ruido? No le resultaba desconocido, pues lo había oído otras veces.

Deseaba detenerlo.

Las piedras que había junto a él debían de medir unos seis metros de altura. Eran puntiguadas y se alzaban como toscos cuchillos, ostentando las efigies de unos guerreros dispuestos en fila, armados con lanzas y escudos.

—Los pictos —dijo Michael.

Los otros lo miraron extrañados, como si no comprendieran sus palabras.

—Si le abandonamos aquí —dijo el hombre de pelo canoso—, vendrán los duendes y se lo llevarán.

Están llenos de odio. Tratarán de convertirlo en un gigante y reclamarán el mundo. Usted lleva su sangre.

De pronto percibió un murmullo estridente que resonó en todo el valle. Era un sonido familiar, más fuerte que el rumor que retumbaba a lo lejos.

—Conozco ese sonido —dijo Michael. Trató de ponerse en pie, pero cayó sobre la húmeda hierba.

Los otros observaron sus ropas con curiosidad, como si nunca hubieran visto a nadie vestido como él. —¡Estamos en otra época! —exclamó Michael—. ¿No oyen ese ruido? Es un teléfono que está sonando para obligarme a regresar.

El individuo alto se acercó a él. Tenía las pantorrillas y las rodillas sucias, como si hubiera caído en un pantano. Sus ropas también estaban manchadas.

—Nunca he visto a los duendes —dijo—, pero sé que son muy peligrosos. No podemos abandonarlo aquí.

—Aléjese de mí —dijo Michael—. Me marcho. Esto es un sueño. No se queden aquí. Váyanse. Tengo cosas muy importantes que hacer.

Al fin consiguió ponerse en pie, pero cayó hacia atrás y apoyó las manos en las tablas del suelo.

El teléfono seguía sonando insistentemente. Michael trató de abrir los ojos.

De pronto el sonido cesó. «Tengo que despertarme — pensó Michael—. Tengo que levantarme. No dejes de sonar.» Tras no pocos esfuerzos, consiguió ponerse de rodillas. Percibió de nuevo el monótono rumor. Era el Victrola. El pesado brazo, provisto de una tosca aguja, estaba posado sobre un disco que había dejado de sonar y que seguía girando incesantemente.

La luz se filtraba a través de las dos ventanas de la habitación. Debajo de una de ellas, la ventana por la que se había precipitado Antha, estaba el Victrola con la tapa abierta, en la cual había unas letras doradas que decían: VICTOR.

En aquel momento oyó unos pasos en la escalera. — ¿Quién es? —preguntó, poniéndose en pie.

Estaba en su habitación. Vio su mesa de dibujo y su silla. Y los estantes llenos de libros:

Arquitectura victoriana, La historia de las casas de madera en América, etcétera. Eran sus libros.

Sonaron unos golpes en la puerta-¿Está usted ahí, señor Mike? Le llama el señor Ryan.

—Entra, Henri. ¿Notaría Henri que estaba nervioso, que tenía miedo?

El pomo de la puerta giró y ésta se abrió bruscamente, dejando que la luz del descansillo penetrara en la habitación. Michael apenas logró distinguir la silueta y el rostro de Henri, iluminado por la pequeña araña que colgaba detrás de él.

—Le traigo buenas y malas noticias, señor Mike. Han encontrado a su esposa en Saint Martinville, pero está muy mal. Dicen que no puede moverse ni hablar. —¡Gracias a Dios que la han encontrado! ¿Están seguros de que se trata de Rowan? —preguntó Michael.

Salió de la habitación y bajó apresuradamente la escalera, seguido de Henri, el cual no cesaba de hablar. Michael tropezó con un escalón y el mayordomo extendió la mano para sujetarlo.

—El señor Ryan se dirige hacia aquí. Ha llamado al forense de Saint Martinville. Al parecer, su esposa llevaba unos documentos en el bolso que acreditan que se trata de la doctora Mayfair.

De pronto apareció Eugenia con el teléfono en la mano.

—Sí, señor, lo hemos encontrado —dijo a través del auricular.

Michael se lo arrebató de las manos. —¿Ryan?

—Van a trasladar a Rowan en ambulancia al hospital Mercy —respondió la fría voz de su interlocutor—. Llegará dentro de una hora aproximadamente, si utilizan la sirena. Me temo que la situación es grave, Michael. No consiguen reanimarla. Al parecer, está en coma. Estamos tratando de localizar a su amigo, el doctor Larkin, en el hotel Pontchartrain, pero no conseguimos dar con él. —¿Qué puedo hacer? ¿Qué me aconsejas que haga? —preguntó Michael.

Pensó en tomar la autopista I —10 y dirigirse hacia el norte hasta encontrarse con la ambulancia.

Luego giraría en el arcén y la seguiría. ¡La ambulancia llegaría dentro de una hora!

—Tráeme la chaqueta, Henri. Y mi billetero. Está en la biblioteca. Me he dejado las llaves y el billetero en la biblioteca.

—Vete al hospital-dijo Ryan—. Ya los han avisado. La instalarán en la suite de los Mayfair. Nos reuniremos allí. ¿No sabes dónde puede estar el doctor Larkin?

Michael se puso la chaqueta apresuradamente. Se bebió el zumo de naranja que le entregó Eugenia, mientras ésta le recordaba que no había probado bocado y que eran las once de la noche.

—Trae el coche, Henri. Apresúrate.

Rowan estaba viva y la traían de regreso a casa. Llegaría al hospital Mercy dentro de una hora.«¡Maldita sea!», pensó Michael. Sabía que regresaría, pero no en esas condiciones.

Tras coger las llaves y el billeteiro de manos de Eugenia y guardarlos en el bolsillo, echó a correr hacia la puerta. No necesitaba coger dinero. Iban a trasladar a Rowan a la suite de los Mayfair, donde él mismo había estado ingresado tras sufrir el ataque cardíaco, conectado a unos aparatos que lo mantenían con vida y oyendo el murmullo de éstos, igual que oía el sonido del Victrola.

—Escucha, Eugenia, hay algo muy importante que quiero que hagas—dijo Michael—.Sube a mi habitación. En el suelo hay un viejo Victrola. Dale cuerda y pon un disco, ¿De acuerdo? —¿Ahora? ¿A estas horas de la noche? ¿Porqué?

—Haz lo que te ordeno. O mejor aún, baja el Victrola al salón. Así resultará más sencillo. Déjalo, no podrás cargar con él. Sube, pon un disco unas cuantas veces y luego acuéstate.

—No lo entiendo. Han hallado a su esposa, está viva, van a trasladarla al hospital, no sabe si está malherida, y sólo se le ocurre pedirme que ponga un disco en el gramófono...

—Exactamente.

Al salir, Michael vio el coche deslizándose entre las encinas como un enorme pez verde. Bajó apresuradamente los escalones y se dirigió hacia él —¡Haz lo que te he ordenado! —le indicó a Eugenia antes de instalarse en el asiento posterior del vehículo—. Lo importante es que mi mujer está viva. Está viva, y si está viva me escuchará. Yo le hablaré y ella me contará lo sucedido. ¡Está viva, Julien! Todavía no ha llegado el momento supremo. Llévame al hospital, Henri, rápido.

A medida que el coche avanzaba por la calle Magazine hacia el centro de la ciudad, Michael recordó el resto del poema, formado por unas enigmáticas palabras. Oyó la voz de Julien, cuyo vistoso acento francés iluminaba las letras al igual que los viejos monjes las iluminaban pintándolas de rojo o dorado y decorándolas con diminutas figuras y hojas.

Guárdate de quienes te vigilan en ese momento supremo, no franquees la entrada a los médicos.

Los eruditos se alimentarán del mal y los científicos lo ensalzarán.

—Es terrible —decía Henri—. Esas pobres mujeres... Todas ellas han muerto de forma violenta... —¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Michael.

Deseaba fumarse un cigarrillo. Le parecía percibir el dulce aroma del cigarro de Julien, el cual impregnaba sus ropas. Recordó a Julien encendiendo el cigarro, aspirando el humo y agitando la mano. Luego recordó el brillo de la cama de metal en la habitación y la voz de Violetta entonando su alegre canción. —¿A qué mujeres te refieres? ¿De qué estás hablando? No entiendo una palabra. ¿Qué hora es?

—Son las once y media —contestó Henri—. Me refiero a las otras mujeres de la familia Mayfair. La madre de la señorita Mona murió en el hospital, y la pobre señorita Edith en su apartamento del centro, aunque no recuerdo haberla conocido. Tampoco recuerdo el nombre de la otra señora, ni el de la que murió en Houston, ni el de la que murió después de ella. —¿Que han muerto todas esas Mayfair? No sabía nada.

—Sí, señor. La señorita Bea dice que todas murieron de forma violenta. El señor Aaron telefoneó.

Todos trataban de localizarlo. No sabíamos si estaba usted en casa. Tenía las luces de su habitación encendidas. ¿Cómo iba a imaginar que estaba dormido en el suelo?

Henri siguió hablando, explicando que Eugenia y él le habían buscado por toda la casa y el jardín.

Pero Michael no le prestaba atención. Estaba abstraído, observando los destartalados edificios de la calle Magazine que desfilaban ante la ventanilla del coche y escuchando los versos del poema.

Sembrarán el dolor y el sufrimiento, la sangre y el terror.

Conque ése era Stólov. Lo reconoció en cuanto bajó del avión. Le habían seguido la pista. Ahí estaba ese tipo musculoso, aguardándole, vestido con una gabardina negra y observándole con unos ojos claros que brillaban como el cristal.

Stólov tenía unas pestañas casi invisibles y unas tupidas cejas; y el pelo rubio. Yuri pensó que debía de ser noruego. No, ruso. Se llamaba Erich Stólov.

—Hola, Stólov —dijo Yuri, cogiendo la bolsa de viaje con la mano izquierda y extendiendo la derecha.

—Veo que sabe quién soy —respondió Stólov—. No estaba seguro de que me reconociera. Tenía un acento escandinavo con cierto deje de Europa oriental.

—Siempre reconozco a nuestros compañeros —dijo Yuri—. ¿Qué hace en Nueva Orleans? ¿Trabaja con Aaron Lightner? ¿O ha venido simplemente a recogerme?

—Eso es lo que me han encargado que le explique —contestó Stólov, apoyando ligeramente la mano en la espalda de Yuri mientras avanzaban por el pasillo enmoquetado, el cual parecía absorber todos los sonidos cálidos.

Los pasajeros pasaban junto a ellos apresuradamente. Stólov se expresaba en un tono amistoso y cordial que a Yuri le sonaba falso.

—No debió abandonar la casa matriz, Yuri —prosiguió—, aunque comprendo sus motivos. Sabe que somos una orden muy autoritaria, en la que se concede gran importancia a la obediencia. Ya sabe por qué.

—No, dígamelo usted. Me han excomulgado. No me siento obligado a responder a sus preguntas. He venido a ver a Aaron. Es el único motivo por el que estoy aquí.

—Ya lo sé-contestó Stólov—. ¿Le apetece un café? —No, prefiero ir directamente al hotel. Quiero reunirme con Aaron tan pronto como sea posible.

—No puede verle ahora —dijo Stólov en tono conciliador—. Ha sucedido una tragedia en la familia Mayfair. Aaron está con ellos. Además, Aaron es miembro de Talamasca. No le gustará que se presente usted de sopetón. Incluso es posible que sus muestras de afecto le causen cierto embarazo.

Sus palabras enfurecieron a Yuri. No le caía bien ese tipo rubio y atlético.

—Aun así, deseo hablar con él. Mire, Stólov, al marcharme sabía que abandonaba para siempre la organización. ¿Por qué me habla en ese tono tan paciente y amable? ¿Sabe Aaron que está usted aquí?

—Es usted un elemento muy valioso para la Orden, Yuri. Anton es ahora el nuevo Superior General. Es posible que David Talbot hubiera resuelto la situación de forma más eficaz. A veces, en los momentos de transición, perdemos agente a la que luego echamos de menos., Stólov señaló la cafetería, donde unas tazas relucían sobre las vacías mesas de formica. Incluso en esta ciudad se percibía un aroma a café típicamente americano, de escasa consistencia.

—No, prefiero ir al hotel-insistió Yuri—. Deseo ver a Aaron y comunicarle que me encuentro aquí.

Luego, si quiere, podemos reunirnos los tres.

—No puede hablar con él en estos momentos. Está en el hospital. Han encontrado a Rowan Mayfair y Aaron está con la familia. Aaron corre un gran peligro. Es preciso que me escuche. Este malentendido que se ha producido entre nosotros se debe a que queríamos proteger a Aaron. Ya usted.

—En tal caso puede explicárnoslo a los dos.

—No, le ruego que me escuche —dijo Stólov suavemente—.

Yuri se dio cuenta de que le estaba bloqueando el paso. Era un individuo más fuerte y corpulento que él. No es que le temiera, pero no sabía cómo deshacerse de ese pelmazo. No obstante, tenía un rostro agradable e inteligente.

—Necesitamos que colabore con nosotros, Yuri — prosiguió Stólov, empleando el mismo tono paciente y amable—. Tememos que le ocurra algo malo a Aaron. Puede decirse que se trata de una misión de rescate para salvar a Aaron Lightner. Aaron está muy involucrado en los asuntos de la familia Mayfair y ha cometido varios errores. —¿A qué se refiere? —preguntó Yuri. Sin apenas darse cuenta, Yuri dejó que el otro lo condujera a la cafetería. Se sentó ante una mesa, frente al fornido noruego, y le observó en silencio mientras éste pedía a la camarera que les trajera café y unos bollos.

Yuri calculó que Stólov tenía unos diez años más que él. Eso significaba que debía de rondar los cuarenta. Cuando se desabrochó la gabardina negra, Yuri observó que llevaba un traje convencional, como todos los miembros de Talamasca, bien cortado, de lana fría, caro pero no ostentoso. Iba vestido como todos los hombres de su generación, en lugar de lucir la clásica chaqueta de mezclilla con parches de cuero en los codos como David, Aaron y compañía.

—Comprendo que se muestre receloso —dijo Stólov—. Pero somos una organización, una familia. No debió abandonar la casa matriz como lo hizo, Yuri.

—Ya me lo ha dicho. ¿Por qué me prohibieron los Mayores hablar con Aaron Lightner?

—No sabían que sus palabras iban a tener estas repercusiones. Querían discreción, disponer de tiempo a fin de tomar las medidas oportunas para proteger a Aaron. No imaginaron que usted se lo tomaría de este modo.

La camarera les sirvió un café descolorido y aguado.

—Quiero un espresso. Lo siento —dijo Yuri, apartando la taza. La camarera depositó en la mesa los bollos, que tenían

un aspecto dulzón y pegajoso. Yuri no tenía hambre. Había comido algo muy poco apetitoso en el avión.

—Dice que han encontrado a Rowan Mayfair —dijo Yuri, con-templando los repugnantes bollosy que Aaron está en el hospital. Stólov asintió, se bebió el café aguado y lo miró con sus ojos claros.

La ausencia de color les daba un aire frío. De pronto, inexplicablemente, adoptó una expresión agresiva. Y uri no comprendía el motivo.

—Aaron está enfadado con nosotros —dijo Stólov—. Se niega a colaborar. El día de Navidad sucedió algo que afectó profundamente ala familia Mayfair. Aaron cree que, de haber estado presente, habría salvado a Rowan Mayfair. Nos culpa por no haber podido ayudarla. Pero se equivoca. No habría podido ayudarla, pues lo habrían asesinado. Aaron se está haciendo viejo. Nunca ha intervenido en un caso tan peligroso como éste.

—No es ésa la impresión que tengo yo —replicó Yuri—. No es la primera vez que la familia Mayfair trata de eliminarlo. Aaron se ha encontrado en muchas situaciones de peligro; ha llevado a cabo unas investigaciones muy arriesgadas. Es muy valioso para la Orden, porque es un investigador de gran experiencia y eficacia.

—No es la familia la que representa una amenaza para Aaron, no son las brujas Mayfair, sino un individuo al que ellos han ayudado y apoyado, por decirlo así.

—Lasher.

—Veo que conoce su historia.

—En efecto. —¿Vio usted a ese individuo cuando estuvo en Donnelaith?

—Sabe muy bien que no lo he visto. Puesto que trabaja en este caso, debe de haber leído los informes que envié a los Mayores, unos informes que había preparado para Aaron. Sabe que he hablado con las personas que han visto a ese individuo, pero que no lo he visto personalmente. ¿Acaso lo

ha visto usted? —¿Por qué está tan enojado, Yuri? —preguntó Stólov con su hermosa voz de barítono.

—No estoy enojado, sino receloso. Toda mi vida la he consagrado a la organización Talamasca.

Ellos me ayudaron a hacerme adulto. Quizá no hubiera alcanzado la madurez de no haber sido por la Orden. Pero hay algo que no encaja. Se comportan de forma extraña. Usted mismo me habla en un tono que no alcanzo a comprender. Deseo hablar directamente con los Mayores. Insisto en hablar con ellos.

—Eso es imposible, Yuri —respondió Stólov suavemente—. Nadie puede hablar con los Mayores, usted lo sabe. Aaron también lo sabe. Puede comunicarse con ellos a través de los cauces habituales...

—Se trata de una emergencia. —¿Para Talamasca? No. Para Aaron y para usted, sí; pero para Talamasca nada representa una emergencia. Somos como la Iglesia de Roma.

—Dice que han hallado a Rowan Mayfair.

—Está ingresada en el hospital Mercy, pero esta mañana la trasladarán a su casa. Anoche estaba conectada al sistema de respiración asistida, pero hoy han decidido trasladarla a casa. De todos modos, no se recuperará por completo; los médicos lo confirmaron anoche. Su cerebro ha sufrido graves daños tóxicos, como los que suelen producir una conmoción, una sobredosis de droga, una reacción alérgica o un repentino aumento de insulina. Al menos, eso dicen los médicos. Me limito a repetir lo que le han dicho a la familia. »Saben que es imposible que se recupere. La propia Rowan, en su calidad de heredera del legado, dejó unas instrucciones médicas por si se producía una situación semejante. Dejó dicho que, una vez se hubiese confirmado un pronóstico negativo, debían desconectarla de los aparatos que la mantuvieran con vida y trasladarla a casa. —Stólov consultó su reloj, un horrible aparatito lleno de pequeños mecanismos y letras digitales—. Seguramente ya

la habrán trasladado —añadió—. Aaron estará con ellos. Debe darle a su amigo un poco de tiempo.

—Le doy a usted exactamente veinte minutos para que se explique. Luego me marcharé.

—Muy bien. Ese individuo, Lasher, es muy peligroso. Es un ser extraño, fuera de lo común, que intenta reproducirse. Existen indicios de que algunos miembros de la familia Mayfair pueden resultarle útiles para tal fin, puesto que la familia posee cierta peculiaridad genética, una serie de cromosomas que los demás seres humanos no poseen. Todo parece indicar que Michael Curry posee también esos misteriosos cromosomas. Es un rasgo propio de los países del norte, sobre todo de los celtas. Cuando Rowan y Michael se unieron, engendraron una extraña criatura que no era humana, aunque es posible que no hubiera conseguido nacer de no haber mediado una extraña fuerza espiritual. La migración, por decirlo así, de una poderosa y enérgica alma. Dicha alma se apropió del embrión antes de que su propia alma hubiera penetrado en él, y controló su desarrollo, valiéndose de esos cromosomas adicionales para crear una nueva estructura sin precedentes. Fue una unión entre el misterio y la ciencia, entre un ente espiritual y un defecto genético del que dicha fuerza espiritual se aprovechó. Una oportunidad física de la que ese extraño poder oculto se benefició.

Yuri reflexionó durante unos minutos. Lasher, el espíritu que deseaba convertirse en un ser de carne y hueso, que había amenazado a Petyr van Abel con toda clase de siniestras predicciones, que había tratado reiteradamente de materializarse, había sido parido por Rowan Mayfair. Eso era lo que Yuri había deducido antes de llegar aquí, aunque no había contado con el deseo del monstruo de reproducirse. Sin embargo, era lógico que lo deseara.

—Absolutamente lógico —dijo Stólov—. La evolución se basa en la reproducción. Tras hacer su entrada en escena, ese ser debe reproducirse y asumir el control de la

situación. Si logra hallar a la mujer adecuada, tendrá éxito en su empresa. Rowan Mayfair ha sido destruida por los intentos de ese ser de reproducirse. Su cuerpo ha quedado destrozado por sus breves y fallidas gestaciones. Otras mujeres de la familia, carentes de esos cromosomas adicionales, han sufrido una hemorragia fatal al cabo de unas horas de ser atacadas por ese ser. La familia sabe que él destruyó a Rowan Mayfair y que representa una amenaza para otras mujeres de la familia, que se aprovechará de ellas hasta dar con una que sobreviva a la fertilización y dé a luz una criatura engendrada por él. La familia cerrará filas en torno a sí misma, a fin de protegerse y ocultar esos hechos, como ha ocultado todos sus misterios en el pasado. Tratarán de dar con el paradero de ese ser valiéndose de sus inmensos recursos, pero no permitirán que los demás tengan conocimiento de ello ni intenten ayudarlos.

—Pero, no entiendo por qué Aaron está en peligro.

—Es muy evidente. Aaron conoce la existencia de ese ser. Sabe quién es. Durante los días posteriores a Navidad, antes de que los Mayfair comprendieran lo que había sucedido, se cometieron muchas torpezas. Recogieron pruebas forenses en el lugar donde había nacido la criatura, las cuales fueron enviadas a unos laboratorios. Luego, Rowan se puso en contacto con un médico de San Francisco, al que le envió unas muestras de tejidos de la criatura y de ella misma. Eso fue un grave error. El médico que analizó ese material en una institución privada de San Francisco ha muerto. El médico que le entregó el material, y que vino aquí para hablar con la familia, ha desaparecido sin dejar rastro. Anoche abandonó el hotel sin más explicaciones. Nadie lo ha visto. En Nueva York, los resultados de las pruebas genéticas de ese ser se han evaporado. Lo mismo ha sucedido en un instituto genético de Europa, al cual el instituto de Nueva York había enviado unas muestras de sus trabajos. En resumidas cuentas, todos los informes que existían sobre ese ser han desaparecido. »Pero nosotros, los

miembros de Talamasca, sabemos todo lo referente a él. Disponemos de más datos incluso que los pobres desgraciados que examinaron sus células bajo el microscopio. Más aún que la familia que ahora trata de protegerse de él. Ese ser intentará destruir los datos que existen sobre él. Es inevitable. Quizá... cometimos un error al subestimarlos. —¿A qué se refiere?

La camarera depositó el espresso delante de Yuri. Éste tocó la taza con las manos. Estaba muy caliente.

—«Observamos y siempre estamos presentes» —respondió Stólov—. Ése es nuestro lema. Pero, a veces, esas poderosas fuerzas que observamos, esas siniestras e inclasificables formas de energía, maldad o como quiera llamarlas, tratan de destruir a los testigos. Es el precio que debemos pagar por permanecer atentos, alertas. Quizá si hubiéramos previsto el nacimiento de ese ser... Pero no estoy seguro de que alguien creyera que eso era posible. En cualquier caso, es demasiado tarde. »Ese ser tratará de matar a Aaron, ya usted también. Tratará de matarme a mí cuando se entere de que intervengo en el caso. Ése es el motivo de que las cosas hayan cambiado en Talamasca. Por eso ha notado usted algo raro en la organización. Los Mayores han cerrado las puertas a cal y canto.

Están dispuestos a ayudar a la familia en la medida de lo posible, pero no permitirán que la vida de sus miembros corra peligro. No dejarán que ese ser invada nuestros archivos y destruya los valiosos informes que poseemos. Como he dicho, no es la primera vez que ocurren esas cosas, pero disponemos de medios para defendernos.

—Y sin embargo, usted afirma que no se trata de una emergencia.

—En efecto, es simplemente otra forma de operar. Hemos reforzado las medidas de seguridad, procuramos ocultar las pruebas, exigimos a quienes intervienen en la investigación una obediencia ciega.

—Les exigimos a usted ya Aaron que regresen de inmediato a la casa matriz. —¿Aaron se niega a ello?

—Rotundamente. No quiere abandonar a la familia. Se arrepiente de no haber podido evitar la tragedia que ocurrió el día de Navidad por haber obedecido las instrucciones de los Mayores. —¿Cuál es el propósito oficial de la Orden? ¿Simplemente el de protegerse?

—Aplicar las máximas medidas de protección.

—No le entiendo.

—Yo creo que sí. Aplicar las máximas medidas de protección significa destruir a ese ser. Pero debe dejar este asunto en nuestras manos, en las mías y las de mis investigadores. Nosotros sabemos cómo localizar a ese ser, cómo atraparlo e impedirle que alcance sus siniestros fines. —¿Pretende hacerme creer que nuestra Orden, nuestra querida Talamasca, ha realizado ese tipo de trabajos con anterioridad?

—Desde luego. No podemos permanecer pasivos cuando está en juego nuestra propia seguridad.

Tenemos otro sistema de operar, en el que usted y Aaron no pueden intervenir.

—De todos modos, hay algunas piezas que no encajan. —¿Qué quiere decir? Creo haberme explicado con toda claridad.

—Dice que la familia corre peligro, al igual que la Orden. Pero ¿qué me dice del peligro que corren los demás? ¿Qué clase de código moral tiene ese ser? Suponiendo que logre reproducirse, ¿cuáles serán las consecuencias?

—Eso no sucederá. Es impensable que pueda suceder. No sabe usted lo que dice.

—Sé perfectamente lo que digo —replicó Yuri—. Me refiero a las personas que lo han visto. Cuando ese ser haya conseguido copular con las mujeres idóneas, se propagará a gran velocidad, la velocidad a la que se propagan los insectos o los reptiles, mucho mayor que la velocidad a la que se reproducen otros mamíferos capaces de eliminarlos.

—Es usted muy sagaz. Conoce muchos datos de ese ser. Lamento que haya leído el informe, que fuera a Donnelaith. Pero no tema, esa criatura no conseguirá reproducirse. ¿Quién sabe cuánto tiempo puede subsistir? Sólo sabemos que debemos impedir a toda costa que se reproduzca.

Stólov empuñó el cuchillo y el tenedor, cortó un pedazo de bollo y se lo comió en silencio mientras Yuri lo observaba. Luego dejó los cubiertos en el plato y miró a éste.

—Convenza a Aaron de que regrese con usted. Dígale que debe dejar a la familia Mayfair y sus asuntos en nuestras manos.

—Algo me huele mal —contestó Yuri—. Hay muchos intereses en juego. Usted me oculta algo. Ése no es el modo en que operan los de Talamasca. Dice que ese ser es muy peligroso... Pero no, eso no encaja con lo que yo sé sobre la Orden, sobre mis compañeros.

—No entiendo una palabra de lo que dice.

—Reconozco que es usted muy paciente conmigo y se lo agradezco. Pero nuestra orden es muy hábil. Los Mayores saben cómo resolver una crisis sin despertar sospechas y sembrar la alarma. Este asunto se ha llevado de una forma burda. A los Mayores no les hubiera costado nada tenerme contento en Londres, contentar a Aaron, en lugar de hacer las cosas torpe, apresurada y bruscamente.

No sé. No es el modo de obrar de los de Talamasca.

—La Orden le exige obediencia, Yuri. Tiene derecho a exigírsela.

Por primera vez, Stólov se mostraba irritado. Arrojó la servilleta manchada de café y azúcar sobre la mesa de mármol, junto al tenedor. Yuri lo miró perplejo.

—En las últimas cuarenta y ocho horas han muertos varias mujeres —prosiguió Stólov—. Ese médico, Samuel Larkin, quizás haya muerto también. Rowan Mayfair no tardará en morir. Los Mayores no esperaban que usted les causara tantos problemas en unos momentos como éstos. No imaginaron que, con su conducta, empeoraría las cosas,

como tampoco imaginaron que Aaron pudiera serles desleal.
—¿Desleal?

—Ya se lo he dicho. Se niega a abandonar a la familia. Pero es viejo. No puede hacer nada contra Lasher. ¡Es imposible que consiga vencerlo! —afirmó Stólov enojado.

Yuri se reclinó hacia atrás, clavó los ojos en la servilleta de Stólov y se quedó pensativo. Stólov la cogió, se limpió los labios y la arrojó de nuevo sobre la mesa.

—Deseo comunicarme con los Mayores —insistió Yuri—. Quiero oír esas cosas de sus labios.

—Muy bien. Llévase a Aaron. Lléveselo a Nueva York. Está usted fatigado. Descanse unos días, pero en un lugar que sólo nosotros co-nozcamos. Luego puede ponerse en contacto con los Mayores.

No se precipite. Hable con Aaron. Pero luego debe regresar a Londres, ala casa matriz.

Yuri se levantó, dejó la servilleta en la silla y preguntó:
—¿Me acompaña a ver a Aaron?

—Sí. Quizá sea mejor que haya venido usted, pues dudo que yo hubiera logrado convencerlo de que abandone el caso. Vámonos. Yo también quiero hablar con él. —¿Es que todavía no ha hablado con él?

—Estoy muy ocupado y Aaron no quiere colaborar.

Había un coche aguardándoles, un impresionante Lincoln tapizado de terciopelo gris. Tenía los cristales ahumados, de forma que el mundo exterior aparecía envuelto en la oscuridad. Era imposible contemplar una ciudad a través de esas ventanillas, pensó Yuri. De pronto recordó algo que había sucedido hacía años.

Recordó el largo viaje en tren que había emprendido a Serbia con su madre. Ésta le había dado algo, un punzón para partir hielo, aunque él no sabía de qué se trataba. Era un instrumento largo, redondeado y afilado, de metal, con el mango de madera desconchado.

—Toma —le dijo su madre—. Utilízalo cuando te encuentres en un apuro. Si alguien te ataca, clávaselo entre

las costillas.

Yuri se quedó asombrado al observar la feroz expresión de su madre en aquellos momentos.

—Pero ¿Quién va a querer hacernos daño? —preguntó.

No recordaba lo que había sido del punzón. Quizá lo había deja-do olvidado en el tren.

Le había fallado a su madre. A ella ya sí mismo. Mientras la limusina circulaba a toda velocidad por la autopista, Yuri lamentó no disponer de ningún arma para defenderse, ni siquiera de una navaja. Dado que no permitían viajar en avión con ese tipo de instrumentos, había dejado en casa su navaja multiuso.

—Se quedará más tranquilo cuando se haya puesto en contacto con los Mayores y éstos le rueguen oficialmente que regrese a casa.

Yuri miró a Stólov, vestido de negro de pies a cabeza, a excepción del cuello blanco de la camisa, con sus grandes manos apoyadas en las rodillas y flexionando los dedos.

Yuri sonrió y dijo:

—Tiene razón. Un fax enviado aun número de Amsterdam. Está tan bien calculado que no puede sino inspirar confianza.

—Por favor, Yuri, le necesitamos —respondió Stólov con visibles muestras de disgusto.

—Lo sé. ¿Cuándo podremos reunirnos con Aaron?

—Dentro de unos minutos. Aquí las distancias son muy cortas.

Yuri cogió el micrófono instalado en el panel de la puerta y le preguntó al conductor: —¿Conoce alguna tienda donde vendan pistolas? ¿Usted podría llevarme?

—Sí, señor. Hay una tienda de armas en la calle South Rampart.

—Muy bien. —¿A qué viene esto? —preguntó Stólov, frunciendo el ceño. Estaba pálido, triste. —Son mis orígenes cingaros —contestó Yuri—. No se preocupe.

El dueño de la tienda de la calle South Rampart poseía un arsenal en una vitrina situada en la pared, detrás de él.

—Necesito que me muestre un carné de conducir expedido en Luisiana.

Stólov permanecía inmóvil, presenciando la escena. Yuri lo miró furioso.

—Deseo adquirir una pistola de cañón largo, una Magnum del calibre trescientos cincuenta y siete.

Y una caja de cartuchos. —Yuri sacó del bolsillo diez billetes de cien dólares, luego veinte, los contó y le dijo al hombre—: No tema. No soy un delincuente, pero necesito una pistola, ¿comprende?

Cargó la pistola en la tienda, mientras Stólov lo observaba atentamente, y se guardó el resto de los cartuchos en el bolsillo. Al salir, Stólov le preguntó a Yuri: —¿Cree que resolverá el problema pegando cuatro tiros?

—No —contestó Yuri—. Usted se ha comprometido a capturar a ese ser. Aaron y yo regresaremos a casa. Pero corremos un grave peligro; usted mismo lo ha dicho. Por eso he comprado la pistola.

Yuri abrió la portezuela del Lincoln e invitó a Stólov a subir al coche.

—Le aconsejo que no cometa ninguna imprudencia —dijo Stólov. En esos momentos parecía más inquieto que enojado. Apoyó la mano en la de Yuri y éste observó la pálida tez del noruego. —¿A qué se refiere? —inquirió Yuri.

—A que no trate de liquidar a ese ser con sus propias manos —contestó Stólov, levemente irritado—.

La Orden tiene derecho a exigirle lealtad.

—Descuide. Como suele decirse vulgarmente, no hay ningún problema. ¿De acuerdo?

Yuri sonrió y esperó a que Stólov entrara en el coche. Ahora era éste quien se sentía receloso, preocupado, temeroso.

«Lo curioso del caso es que apenas sé cómo disparar este cacharro», pensó Yuri.

Mona no había imaginado que sus primeros días en Mayfair amp; Mayfair serían así. Sentada ante la amplia mesa en el espacioso despacho de Pierce, revestido de paneles de madera oscura, escribía a toda velocidad en un ordenador 386 SX, compatible, algo más lento que el monstruo que tenía en casa.

Rowan Mayfair seguía viva al cabo de dieciocho horas de haber sido operada, y doce después de haberla desconectado del sistema de respiración asistida. Existía el peligro de que dejara de respirar.

O quizá viviera unas cuantas semanas más. Nadie podía predecirlo.

La investigación proseguía sin novedad. Lo único que podía hacer Mona era permanecer con los demás, reflexionar, esperar y escribir.

Siguió escribiendo, un poco molesta por el ruido que hacía el teclado. El nombre del documento era: «Archivo confidencial de Mona Mayfair». Estaba protegido, lo que significaba que nadie podía acceder a él excepto ella misma. Cuando regresara a casa, lo trasladaría a través del módem. Pero de momento no podía marcharse. No se había movido de ahí desde anoche. Quería escribir todo cuanto veía, oía, sentía y pensaba.

Todos los despachos estaban ocupados por personas que hablaban en voz baja por teléfono, detrás de las puertas entreabiertas, procurando no molestar a los que tenían al lado. Había un constante ir y venir de mensajeros.

Todos trataban de no perder los nervios. Ryan estaba sentado ante su mesa en el despacho principal, con Randall y Anne Marie. Lauren ocupaba un despacho contiguo. Sam Mayfair y dos de los Grady Mayfair de Nueva York se

encontraban en una sala de conferencias, utilizando los tres teléfonos que había instalados allí. Liz Mayfair y Cecilia Mayfair también estaban telefoneando. Las secretarías de la familia Connie, Josephine y Louise Mayfair—, trabajaban en otra sala de conferencias. Todos los fax estaban ocupados.

Pierce se hallaba en su despacho, con Mona, a la que había prestado su ordenador. Estaba sentado en mangas de camisa, con la chaqueta colgada en el respaldo de la silla, observando desconcertado el ordenador de su secretaria, más pequeño que el suyo. A diferencia de Mona, que parecía incansable, Pierce se sentía demasiado cansado y disgustado para trabajar.

Se trataba de una investigación privada, y no podía haber sido llevada con más discreción.

Habían comenzado a trabajar la noche anterior, una hora después de que hubieran hallado a Rowan. Pierce y Mona habían regresado varias veces al hospital, la última al amanecer. Luego habían vuelto al despacho para seguir trabajando. Ryan, Pierce, Mona y Lauren constituían el núcleo de la investigación. Randall y otros miembros de la familia entraban y salían continuamente.

Habían transcurrido unas dieciocho horas desde que comenzaran las llamadas telefónicas, los fax, las comunicaciones. Empezaba a oscurecer y Mona estaba hambrienta y mareada, pero demasiado nerviosa para hacer una pausa y descansar.

Suponía que dentro de un rato alguien les llevaría algo de comer. O quizá fueran a cenar a un restaurante del centro. Mona no quería abandonar la oficina. Estaba convencida de que de un momento a otro les comunicarían de un hospital de Houston que se había presentado un misterioso individuo, de un metro ochenta y cinco de estatura, en la sala de urgencias.

El testigo más importante era el conductor de camión de Houston.

Era el hombre que había recogido ayer por la tarde a Rowan. Por la noche se detuvo para informar a la policía de Saint Martinville que había dejado a una mujer junto a los pantanos. Gracias a él habían dado con el paradero de Rowan. La policía había interrogado al conductor, el cual describió el lugar exacto donde ella se había montado en su camión. Les dijo que la misteriosa pasajera le había confesado que estaba ansiosa por llegar a Nueva Orleans. Afirmó que hasta ayer por la tarde, cuando la vio por última vez, Rowan se había comportado y expresado con absoluta coherencia, aunque a primera vista diera la impresión de estar medio chiflada. Luego le había pedido que la dejara junto a los pantanos, donde había desaparecido.

—Era evidente que esa mujer no estaba nada bien —le había dicho el conductor a Mona por teléfono esta mañana, repitiendo lo que ya había contado a la policía—. No cesaba de apretarse el vientre, como si sufriera fuertes dolores.

Gerald Mayfair, muy afectado por el hecho de que el doctor Samuel Larkin, el cual estaba a su cuidado, hubiera desaparecido, había ido con Shelby, la hermana mayor de Pierce, y Patrick, el padre de Mona, a registrar el pantano próximo a Saint Martinville donde habían hallado a Rowan.

Rowan había padecido una fuerte hemorragia, al igual que las otras, pero no había muerto.

Anoche, a las doce, le habían practicado una histerectomía, sin que ella hubiera recobrado el conocimiento. Ante el riesgo de que muriera antes del amanecer, Michael había autorizado la operación. Rowan había sufrido un aborto que a su vez había provocado otras complicaciones.

—Tenemos suerte de que todavía respire —habían dicho los médicos.

A estas horas, aún seguía viva. ¡Quién sabe lo que descubrirían en el pantano de Saint Martinville! Fue Mona quien sugirió que fueran a echar una ojeada a aquel lugar. Patrick, su padre, estaba sobrio y deseoso de ser útil. Ryan

había insistido en que Mona no se moviera de la oficina, aunque la propia Mona no entendía el motivo. Quizás estaba preocupado por ella.

A lo largo del día, Ryan la había llamado varias veces a su despacho para preguntar o comentarle algo sin importancia. Mona suponía que quería que le ayudara, cosa que ella estaba encantada de hacer. En los ratos en que Ryan la dejaba tranquila, se dedicaba a redactar el in-forme, describiendo los hechos con pelos y señales.

Antes del mediodía, habían descubierto el edificio de oficinas donde se habían ocultado Rowan y el extraño ser.

El edificio se encontraba a escasa distancia de donde habían hallado a Rowan. Estaba vacío a excepción de la decimoquinta planta, que había sido alquilada por un hombre y una mujer. Al registrar dicha planta, hallaron varios indicios que demostraban que Rowan había permanecido prisionera, atada a la cama. El colchón estaba manchado de orina y excrementos, pero habían colocado sábanas limpias y estaba rodeado de flores —algunas de las cuales todavía se conservaban fres-casy comida.

Era una escena siniestra. El baño estaba lleno de manchas de sangre que no pertenecía a Rowan.

Al parecer, el hombre se había herido, o bien le habían golpeado. Habían tomado varias fotos del baño. Pero las huellas de sangre que conducían al ascensor, ya la puerta principal del edificio, indicaban claramente que el individuo había salido por su propio pie.

—Parece ser que el tipo se cayó de nuevo en el ascensor. Fíjate en la moqueta, está llena de sangre.

Debe de sentirse débil y aturdido. Sí, quizá se sintiera débil y aturdido en aquellos momentos, pero ¿Y ahora?

Habían preguntado en todos los hospitales, clínicas y consultorios médicos de la ciudad, pero nadie lo había visto. En estos momentos estaban registrando los suburbios —desplazándose en círculos concéntricosy los edificios cercanos al lugar donde la pareja se había ocultado, así

como los callejones, tejados, restaurantes y edificios abandonados. Si el misterioso individuo se hallaba en las inmediaciones, malherido, no tardarían en dar con él.

Pero el rastro de sangre desaparecía debajo de las ruedas de los coches. No sabían si el individuo había montado en un vehículo o si simplemente había cruzado la calle.

Las indagaciones se estaban llevando a cabo con absoluta discreción, utilizando a los mejores investigadores de la ciudad.

La familia había contratado a investigadores de distintas agencias, a los cuales había asignado diversas tareas. Unos médicos de toda confianza se habían encargado de recoger las muestras de sangre en el baño del edificio de Houston y las habían llevado a unos laboratorios particulares, cuyos nombres sólo conocían Lauren y Ryan. Asimismo, habían recogido las huellas halladas en las habitaciones de Houston. Todas las prendas que habían encontrado habían sido empaquetadas, etiquetadas y enviadas a Mayfair & Mayfair. Ya conocían los resultados de algunos análisis.

Aparte de eso, se seguían otras pistas. Habían hallado en Houston unas hojas de papel y una llave de plástico pertenecientes aun hotel de Nueva York. Habían interrogado a varios testigos. La familia había pagado los gastos de desplazamiento del conductor del camión para que les informara personalmente de lo ocurrido.

Era un cuadro realmente macabro: la planta de oficinas vacía, la repugnante prisión donde había permanecido Rowan, los fragmentos de porcelana diseminados por el suelo cubierto de sangre.

Rowan había conseguido escapar, pero luego le había sucedido algo terrible. Había ocurrido en un prado, bajo un famoso árbol llamado La encina de Gabriel. Era un paraje encantador. Mona había estado allí. Muchos estudiantes solían ir a Saint Martinville para visitar el Arcadian Museum y La encina de Gabriel, situada junto a una vieja casa.

Decían que el árbol representaba a Gabriel, apoyado sobre los codos, esperando a Evangeline. Rowan se había desplomado entre las ramas —los codos de Gabriel que pendían de la encina.

Conmoción tóxica, reacción alérgica, fallo del sistema inmunológico. Habían hecho múltiples comparaciones, pero las muestras de sangre no revelaban la presencia de toxinas. Lo más probable era que Rowan hubiera perdido a la criatura y se hubiera desvanecido.

Era un asunto muy feo y desagradable.

Pero ¿qué podía ser más desagradable que ver a Rowan Mayfair postrada en el blanco lecho del hospital, con la cabeza apoyada en la almohada, los brazos inmóviles sobre la sábana y la vista clavada en el infinito? Estaba demacrada, blanca como la cera; pero lo peor era la posición de los brazos, paralelos, levemente encarados hacia dentro, y la expresión vacía de su rostro. Su semblante había perdido todo rastro de personalidad; parecía un tanto idiota, tendida con los ojos abiertos, incapaz de reaccionar a ningún estímulo. Su boca parecía más pequeña de lo normal, redonda, flácida. Mientras Mona permanecía sentada junto a ella, observándola, Rowan movió levemente los brazos y la enfermera se apresuró a instalarla de nuevo cómodamente.

Rowan había perdido mucho pelo, lo cual demostraba claramente que estaba desnutrida y que había sufrido un aborto. La bata del hospital la hacía parecer más pequeña, como un ángel en una obra navideña.

Michael, aturdido y profundamente disgustado, estaba sentado junto a ella, hablándole, diciéndole que se ocuparía de todo, que no temiera, que todos se volcarían en ella. Le dijo que colgaría unos cuadros de colores alegres en la habitación, que pondría música para que se distrajera. Había encontrado un viejo gramófono. Siguió hablando sin parar:

—Nos ocuparemos de todo. Nos... ocuparemos de todo.

Temía decir algo como: «Daremos con ese monstruo, con ese cabrón.» No quería decirle una cosa así a la inocente criatura que estaba postrada en la cama, a los grotescos restos de una mujer que solía operar con absoluta precisión y éxito el cerebro de sus pacientes.

Mona sabía que Rowan no podía oír lo que decían, que no podía escucharles. Su cerebro mostraba todavía un poco de actividad, gracias a lo cual los pulmones funcionaban aun ritmo completamente mecánico, y el corazón latía de forma regular, pero las extremidades de su cuerpo estaban cada vez más frías.

Temían que de pronto el cerebro dejara de impartir órdenes. En tal caso, el cuerpo moriría. La mente era incapaz de pensar y razonar. El jefe del cuerpo había huido. El encefalograma era casi plano.

El gráfico que aparecía en la pantalla reproducía unos bips tan dé-biles como los que se obtendrían al conectar la máquina aun cerebro muerto. Siempre se observaba una mínima actividad, según decían los médicos.

Rowan había sufrido graves daños físicos. Tenía contusiones en los brazos y las piernas. Había señales de que se había roto la cadera izquierda. Presentaba unos moretones y arañazos que indicaban que había sido violada. El aborto había sido muy violento. Cuando la encontraron tenía los muslos manchados de sangre.

A las seis de la mañana habían desconectado el respirador automático. No había sufrido complicaciones a causa de la breve y sencilla intervención. Le habían realizado todas las pruebas pertinentes.

Habían decidido trasladarla a casa a las diez porque no creían que viviera hasta la noche. Sus instrucciones habían sido claras y explíci-tas. Las había dejado escritas al tomar posesión del legado.

Deseaba morir en la casa de la calle Primera. «En mi hogar.» Lo había escrito de su puño y letra, poco antes de

casarse, cuando se sentía alegre y feliz. Deseaba morir en el lecho de Mary Beth.

Por otra parte, había que tener en cuenta las supersticiones de la familia. Los Mayfair que habían acudido al hospital no cesaban de decir: «Debería morir en el dormitorio principal. Deberían llevarla a casa. Deberían trasladarla a la calle Primera.» El viejo abuelo Fielding afirmó tajantemente: «No debe morir en el hospital. La están atormentando innecesariamente. Debéis llevarla a casa.»

Todos estaban muy afectados por lo ocurrido. Incluso Anne Marie dijo que Rowan debería ser instalada en el famoso dormitorio principal. ¿Quién sabe? Quizá los espíritus de los muertos que rondaban por la casa pudieran ayudarla. Hasta Lauren dijo con amargura:

—Es mejor que trasladéis a la pobre Rowan a casa.

Es posible que las monjas se sintieran escandalizadas, pero a nadie le importaba un comino lo que pensarán. Cecilia y Lily habían pasado toda la noche rezando el rosario en voz alta en la habitación.

Magdalena, Liane y Guy Mayfair habían rezado en la capilla con las dos monjas que había en la familia Mayfair, las monjitas cuyos nombres Mona siempre confundía.

La anciana sor Michael Marie Mayfair —la mayor de las hermanas Mayfair de la caridad— había acudido para rezar por Rowan, entonando en voz alta varios Padrenuestros, Salves y Glorias.

—Si eso no consigue despertarla —observó Randall—, nada puede hacerlo. Id a casa a preparar la habitación.

Beatrice lo había dispuesto todo con ayuda de un fuerte contingente de colaboradores —Stephanie y Spruce Mayfair, además de dos jóvenes policías negros—, aunque no le hacía ninguna gracia dejar a Aaron allí solo.

En estos momentos, en la casa de la calle Primera, instalada en el amplio lecho con dosel forrado de raso y cubierta con una exquisita colcha antigua, Rowan Mayfair seguía respirando sin ayuda.

Eran las seis de la tarde y no había muerto. Hacía una hora habían empezado a alimentarla por vía intravenosa.

—No estamos manteniéndola artificialmente con vida, sino estamos alimentándola —precisó el doctor Fleming—. De otro modo, equivaldría a matarla de hambre técnicamente.

Michael no se había opuesto a ello. Pero todos se creían con derecho a opinar. Cuando telefoneó, le dijo a Mona que la habitación estaba llena de enfermeras y médicos, y que en la casa, en el porche e incluso en la calle estaban apostados varios agentes de seguridad. Los vecinos se preguntaban qué demonios pasaba.

Sin embargo, hoy en día era frecuente ver a agentes armados en una ciudad como Nueva Orleans.

Todo el mundo los contrataba cuando se organizaba una fiesta o una función escolar. En los drugstores había guardias junto a las cajas registradoras.

—Parece una república bananera —dijo Gifford en cierta ocasión.

—Sí —respondió Mona—. Es genial. Unos tíos que cobran el salario mínimo, armados con pistolas del calibre treinta y ocho.

Aunque resultaban muy aparatosas, era imprescindible adoptar esas medidas a fin de garantizar la seguridad de la familia.

No se habían producido más ataques contra las mujeres de la familia. Todas permanecían reunidas en diversas casas, en grupos de seis o siete, constantemente protegidas por un hombre de la familia.

Un grupo de detectives de Dallas se encargaba de peinar la ciudad de Houston, partiendo desde el edificio donde se habían escondido Rowan y Lasher. Preguntaban a todo el mundo si habían visto aun individuo alto de pelo negro. Habían hecho unos dibujos de Lasher, basándose en las descripciones verbales de Aaron, el cual las había obtenido de los de Talamasca. También buscaban al doctor

Samuel Larkin. No se explicaban por qué había abandonado el Pontchartrain sin comunicárselo a nadie, hasta que el recepcionista del hotel dijo que le había transmitido un mensaje por teléfono a su habitación que decía lo siguiente: «Ve a reunirse con Rowan. Debes acudir solo.»

El mensaje resultaba preocupante. No era probable que Rowan hubiera llamado al doctor Larkin.

Cuando llegó el mensaje, Rowan se encontraba en la ambulancia. Samuel Larkin había sido visto por Última vez caminando apresuradamente por la avenida Saint Charles, en dirección a Jackson.

«Tenga cuidado», le advirtió un taxista, quizá malhumorado porque había recogido a pocos pasajeros aquel día. ¿Qué más daba? El caso era que se trataba del doctor Larkin y que cuando Gerald bajó a echar una ojeada ya se había esfumado.

Beatrice Mayfair era al mismo tiempo un engorro y un consuelo. Siempre insistía en que se hicieran las cosas de forma ortodoxa, negándose a creer que hubiera sucedido algo «horrible», que mandaran llamar a unos especialistas y que le hicieran más pruebas a Rowan. Beatrice siempre había adoptado esa postura. Solía visitar con frecuencia a la pobre Deirdre y llevarle caramelos, que ésta no podía comer, y unos camisones de seda que nunca se ponía. También iba tres o cuatro veces al año a visitar ala anciana Evelyn, incluso durante las épocas en las que ésta se negaba a despegar los labios.

—Es una lástima que hayan cerrado la cafetería Holmes —le decía Beatrice —¿Recuerdas cuando íbamos con Millie y con Belle a comer a D.H. Holmes?

En estos momentos estaría en la casa de la calle Primera, preparando la habitación de Rowan.

Habla regresado a la calle Amelia para asegurarse de que todos hablan comido. Afortunadamente, Beatrice le caía bien a Michael. Claro que era una mujer que caía bien a todo el mundo. Su increíble optimismo la había llevado a

convencerse de que, se casaría con Aaron Lightner, y si alguien sabía si había sucedido algo terrible, ése era sin duda Lightner.

Cuando vio a Rowan postrada en la cama del hospital, Aaron Lightner dio media vuelta y salió de la habitación. Estaba furioso. Miró unos momentos a Mona y luego se dirigió a un teléfono situado al final del pasillo para poder hablar en privado con el doctor Larkin, pero comprobó que éste había abandonado la suite. ¿De qué diantres hablaban Beatrice y Aaron?

—Creo que deberían ponerle a Rowan inyecciones de vitaminas —dijo ella—, para darle energía.

Él se limitaba a permanecer de pie en el oscuro corredor, negándose a responder a las preguntas que le formulaban los otros, observando fijamente a Mona, clavando luego la vista en el infinito, mirando de nuevo a Mona y así sucesivamente, hasta que los demás se ponían a charlar entre sí olvidándose de su presencia.

Nadie dijo haber percibido un olor extraño en las habitaciones de Houston. Pero tan pronto como recibieron el primer paquete con la ropa y las fundas de almohada, Mona notó un curioso aroma.

—Es el aroma que despide ese ser —le dijo a Randall.

Éste la miró sorprendido y contestó:

—No sé qué tiene que ver eso en el asunto.

—Yo tampoco —replicó Mona fríamente.

Dos horas más tarde, Randall le dijo:

—Deberías ir a casa a hacerle compañía ala anciana Evelyn.

—En estos momentos hay unas diecisiete mujeres y seis hombres en casa. ¿Por qué crees que debería estar allí? No quiero ir. No quiero ver las cosas de mi madre. No es lógico que vaya. No tiene ningún sentido que la hija de la difunta, que soy yo, esté allí. ¿Por qué no echas un sueñecito?

Una de las agencias de investigadores había llamado para informarles de que nadie, absolutamente nadie, había

visto al misterioso individuo abandonar el edificio de Houston. Todas las muertes que habían sido denunciadas en el área de Houston estaban siendo investigadas. Ninguna de las víctimas había fallecido en las mismas circunstancias que las Mayfair. Cada muerte estaba rodeada de un contexto distinto, lo cual excluía la participación del misterioso individuo.

Habían tendido una red enorme, tupida y resistente.

A las cinco recibieron los primeros informes de las líneas aéreas. Sí, un individuo de cabello largo y negro, barba y bigote había tomado el miércoles de ceniza el vuelo de las tres de Nueva Orleans a Houston. Había adquirido un asiento de primera clase. Era bastante alto y hablaba con voz suave.

Era muy educado y tenía unos ojos preciosos. ¿ Habría tomado un taxi desde el aeropuerto? ¿Una limu sina? ¿Un autobús? El aeropuerto de Houston era enorme, pero había decenas de personas interrogando a presuntos testigos.

—Si fue caminando, encontraremos a alguien que le vio.
—¿Y los vuelos de Houston a Nueva Orleans? ¿Anoche?
¿Ayer?

Lo importante era comprobar todas las posibilidades, no dejar ningún cabo suelto.

Al fin, Mona decidió ir a visitar a su prima Rowan Mayfair a la casa de la calle Primera. La perspectiva de verla allí hizo que se le formara un nudo en la garganta que le impedía hablar y hasta pensar, pero no tenía más remedio que ir. Había oscurecido.

Acababan de recibir un fax: una copia del billete de avión emitido por la compañía aérea aun misterioso individuo, el miércoles de ceniza, de regreso a Houston. El individuo había dado el nombre de Samuel Newton. Había pagado en efectivo. Si existía una persona con ese nombre en Estados Unidos, darían con ella.

Claro que pudo haberse inventado el nombre. Había bebido varios vasos de leche a bordo del avión. La azafata

había tenido que ir a buscar más leche a la clase turística. Recordaban perfectamente esa anécdota, pues no suelen ocurrir cosas muy interesantes en el vuelo entre Nueva Orleans y Houston.

Mona contempló la pantalla del ordenador.

«No sabemos dónde se encuentra ese individuo. Pero todas las mujeres estamos protegidas. Si se descubre otra muerte, se habrá producido hace días.»

Luego pulsó una tecla para archivar el documento y desconectó el ordenador.

Se levantó y extendió la mano automáticamente hacia la derecha, donde solía dejar el bolso, lo cogió y se lo colgó del hombro.

Llevaba unos zapatos de tacón de su madre que le quedaban estrechos. El traje no estaba mal y la blusa era mona, pero los zapatos eran un tormento.

De pronto recordó una pequeña anécdota que le había contado la tía Gifford, referente al día en que se compró su primer par de zapatos de tacón. «Sólo nos dejaban ponernos zapatos de medio tacón. La anciana Evelyn y yo fuimos a comprarlos a la Maison Blanche. Yo quería unos zapatos de tacón alto, pero ella se nego a comprármelos.» Pierce se sobresaltó.

Estaba medio dormido cuando de pronto vio a Mona de pie ante su mesa.

—Me marchó al centro —dijo Mona.

—No puedes ir sola. Ni siquiera puedes bajar sola en el ascensor.

—Ya lo sé. Hay guardias por todas partes. Cogeré el tranvía. Quiero reflexionar.

Como es natural, Pierce la acompañó.

Pierce no había descansado ni una hora desde el funeral de su madre. Llevaba sueño atrasado.

Pobre Pierce, tan guapo y elegante, de pie en la esquina de las calles Carondelet y Canal, desolado y nervioso,

rodeado de gentes vulgares y corrientes, esperando el tranvía. Probablemente jamás había montado en uno.

—Debiste llamar a Clancy antes de salir —le dijo Mona—. Telefoneó hace un rato. ¿No te lo han dicho?

Pierce asintió.

—Clancy está perfectamente. Está con Claire y Jenn. Jenn no deja de llorar. Quería que le hicieras compañía.

El tranvía estaba atestado de turistas; apenas había pasajeros locales. Los turistas lucían unas prendas pulcras y bien planchadas, pues todavía hacía fresco. En verano, debido a la humedad, presentaban un aspecto tan desaliñado y desnudo como todo el mundo. Mona y Pierce iban sentados en un asiento de madera, en silencio, mientras el vehículo circulaba por la parte baja de la avenida Saint Charles —el pequeño cañón formado por unos elevados edificios de oficinas al estilo de Manhattan—, atravesaba Lee Circle y se dirigía hacia el centro de la ciudad. En la esquina de Jackson y Saint Charles se producía algo casi mágico. Las gigantescas y oscuras encinas se erguían sobre la avenida; los viejos edificios de estuco desaparecían para dar paso aun universo de columnas y magnolias. Era el Garden District, donde uno se sentía rodeado, envuelto por una maravillosa sensación de paz.

Mona se apeó del tranvía seguida de Pierce y se dirigió a la parte del río, atravesó la calle Jackson y enfiló la avenida Saint Charles. Hacía menos frío. La temperatura era agradable y el viento había amainado. Las cigarras cantaban. A Mona le encantaba ese sonido. No sabía si aparecían en una determinada época o a lo largo de todo el año. Quizá se ponían a cantar cuando empezaba a hacer calor, cuando se despertaban. Siempre le habían encantado las cigarras. No hubiera podido vivir en un lugar donde no las oyera cantar, pensó mientras caminaba por las destartalladas aceras de la calle Primera.

Pierce caminaba junto a ella en silencio, con aire cansado y desconcertado.

—Al llegar a la calle Prytania vieron un grupo de gente y unos co-ches aparcados frente a la casa.

Había unos guardias, algunos de los cuales pertenecían a una agencia privada y llevaban un uniforme caqui. Otros eran policías de Nueva Orleans que estaban fuera de servicio e iban vestidos con el acostumbrado uniforme azul.

Mona ya no resistía los zapatos de tacón, de modo que se los quitó y anduvo descalza.

—Si pisas una cucaracha, vas a llevarte un buen susto —le advirtió Pierce.

—Tienes razón.

—Conque ésa es tu nueva técnica, ¿eh? He oído decir que sueles emplearla con Randall. Te limitas a darle la razón en todo. Vas a resfriarte, te destrozará las medias.

—En esta época del año no hay cucarachas, Pierce. No sé por qué memolesto en hablarte; ni siquiera me escuchas. ¿Te das cuenta de que nuestras madres han muerto? ¿Te lo había dicho antes?

—No lo recuerdo. —contestó Pierce—. Es difícil aceptar que han muerto. No dejo de pensar en mi madre como si aún estuviera viva. ¿Sabías que mi padre le era infiel?

—Estás loco.

—No, existe otra mujer. Lo vi con ella esta mañana, en la cafetería del edificio. Es una Mayfair. Se llama Clemence. Mi padre le tenía cogida una mano y le dio un beso. —¡Pero si es prima nuestra! Seguramente le dio un beso para tranquilizarla. Trabaja en el edificio.

La he visto varias veces en la ca-fetería.

—No, es la amante de mi padre. Estoy seguro de que mi madre lo sabía. Espero que no le importara.

—No puedo creer eso del tío Ryan —dijo Mona.

Pero sí lo creía. El tío Ryan era un hombre muy atractivo, un prestigioso abogado, y llevaba muchos años casado con Gifford.

Era preferible no pensar en esas cosas. Gifford estaba muerta y sepultada. Todos habían llorado su muerte. ¿Qué

podía decir de Alicia? Era mejor que hubiera muerto. Mona ni siquiera sabía adónde habían trasladado su cadáver. ¿Al hospital? ¿A la funeraria? No quería pensar que estuviera en la funeraria. Se había sumido en un sueño eterno, del que jamás despertaría. Mona notó que se le formaba un nudo en la garganta y tragó saliva.

Cruzaron la calle Chestnut y se acercaron al pequeño grupo con-gregado frente a la casa, compuesto por varios guardias y los primos Eulalee, Tony y Betsy Mayfair. Garvey Mayfair se hallaba en el por-che hablando con Danny y Jim. Sus primos dijeron a los guardias que dejaran pasar a Mona y Pierce.

Había guardias por doquier —en el vestíbulo, en el salón, en el comedor—, todos altos y atléticos.

Mona percibió el extraño olor. Aunque leve, era inconfundible. Era el olor que impregnaba las prendas que habían enviado de Houston y las ropas de Rowan.

Había también un guardia en lo alto de la escalera, otro junto ala puerta del dormitorio y otro dentro del mismo, junto a la ventana que daba a la galería. Una enfermera vestida con un uniforme blanco de nailon ajustaba el gota agota. Rowan yacía bajo la colcha de encaje, pequeña, insignificante, con el rostro inexpresivo y la cabeza apoyada en una amplia almohada. Michael estaba sentado junto a ella, fumando un cigarrillo.

—No habrá oxígeno aquí dentro, ¿verdad? —preguntó Mona.

—No, ya me han llamado la atención sobre el cigarrillo —respondió Michael, dando otra calada y apagando la colilla en el cenicero que había en la mesilla. Tenía una hermosa voz, suave y profunda, teñida de tristeza por la tragedia que estaba viviendo.

En un rincón de la habitación estaban sentadas la joven Magdalei-en Mayfair y la vieja tía Lily.

Magdalene rezaba el rosario, cuyas cuentas de ámbar relucían en la penumbra, y Lily tenía los ojos cerrados.

Había otras personas sentadas en las sombras. La luz de la lámpara sobre la mesilla de noche iluminaba el rostro de Rowan Mayfair como un foco. Rowan parecía una niña, como si se hubiera encogido. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y ofrecía un aspecto angelical.

Mona la observó fijamente. Su rostro permanecía totalmente inexpresivo, carente de personalidad.

—Puse un disco en el viejo Victrola de Julien —dijo Michael, hablando lenta y pausadamente—, pero la enfermera me dijo que a Rowan quizá no le gustara esa música. El disco está algo rayado, suena raro. Puede que tenga razón.

—Seguramente no le gustaba a la enfermera —replicó Mona—. ¿Quieres que ponga un disco? Si quieres, iré a buscar la radio que hay en la biblioteca. La vi ayer, junto a tu sillón.

—No, no importa. ¿Puedes sentarte un rato? Me alegro de verte. He visto a Julien.

Pierce lo miró atónito. En otro rincón de la habitación estaba Hamilton Mayfair, el cual miró a Michael durante unos segundos y luego bajó la vista. Lily abrió los ojos y los fijó en Michael.

Magdalene continuó rezando el rosario, recorriendo a todos con la mirada y posándola en Michael.

Michael siguió hablando, como si hubiera olvidado que los otros estaban ahí. O puede que le tuviera sin cuidado.

—He visto a Julien —murmuró—. Me contó muchas cosas, pero no me dijo que pasaría esto. No me dijo que Rowan regresaría a casa. Mona se sentó en una pequeña silla tapizada de terciopelo, situada frente a la cama.

—Es probable que Julien no lo supiera —dijo, bajando la voz para que los otros no la oyeran. —¿Te refieres al tío Julien? —preguntó Pierce tímidamente.

Hamilton Mayfair miró fijamente a Michael, como si fuera la persona más fascinante del mundo.. —¿Qué haces aquí, Hamilton? —inquirió Mona.

—Nos turnamos —susurró Magdalene.

—Queremos permanecer aquí —dijo Hamilton.

Todos procuraban mostrarse discretos y decorosos, aunque era evidente que estaban profundamente afectados. Hamilton debía de tener unos veinticinco años. Era un joven apuesto, aunque no tan guapo y atractivo como Pierce. Mona no recordaba cuándo había hablado con él por última vez. Hamilton apoyó la cabeza en la repisa de la chimenea y la observó detenidamente.

—Han venido todos los primos —dijo Hamilton.

Michael miró a Mona como si no hubiera oído a los demás y preguntó: —¿A qué te refieres? Es imposible que Julien no lo supiera.

—Existe un viejo proverbio irlandés —respondió Mona sin alzar la voz que dice: «Los fantasmas saben lo que hacen.» Además, en realidad no era Julien. Era un espectro.

—Te equivocas —respondió Michael con firmeza—. Era Julien. Estaba allí. Hablamos durante un buen rato.

—No, Michael. Es como el disco. Colocas la aguja sobre él y suena la voz de la soprano. Pero no está en la habitación.

—Te aseguro que Julien estaba allí —insistió Michael suavemente.

Luego cogió la mano de Rowan y la acarició. Ésta se resistió un poco, como si no quisiera entregársela, y Michael se inclinó y la besó. Mona deseaba besarlo, tocarlo, decir algo, disculparse, confesarle que estaba arrepentida, decirle que lamentaba lo ocurrido, pero no sabía cómo hacerlo. En el fondo temía que Michael no hubiera visto al tío Julien, que hubiera perdido la razón. Recordó el momento en que la anciana Evelyn y ella estaban sentadas en el suelo de la biblioteca, jun-to al Victrola. Mona quería darle cuerda, pero Evelyn dijo:

—No podemos poner ni la radio ni un disco, ni tampoco tocar el piano, mientras Gifford esté de cuerpo presente. — ¿Qué te dijo el tío Julien? —le preguntó Pierce a Michael

ingenuamente. No se estaba burlando de él; simplemente quería saber lo que su difunto pariente le había dicho.

—Que no me preocupara —contestó Michael—. Que pronto llegaría el momento y que entonces sabría lo que debía hacer. —Pareces muy seguro de ti mismo —observó Hamilton Mayfair en voz baja—. Me gustaría saber de qué va todo esto.

—Olvídalo —dijo Mona.

—Bajen la voz —les recriminó la enfermera secamente—. Recuerden que es posible que la doctora Mayfair les oiga. No deben decir nada que pueda trastornarla.

Había otra enfermera sentada ante el escritorio de caoba, escribiendo, con sus rechonchas piernas cruzadas y embutidas en unas medias blancas. —¿Tienes hambre, Michael? —preguntó Pierce.

—No, hijo. Gracias.

—Yo sí-terció Mona—. Volveremos enseguida. Vamos abajo a buscar algo de comer.

—No tardéis —dijo Michael—. Pobre Mona, debes de estar ago-tada. Lamento lo de tu madre. No me enteré hasta hace poco que había muerto.

—No te preocupes —respondió Mona.

Deseaba darle un beso, decirle que no se había atrevido a venir a ver a Rowan después de que;¡, Michael y ella hubieran estado juntos, que no se habría acostado con! él de haber sabido lo que le había ocurrido a Rowan. Creía que...

—Lo sé, pequeña-dijo él, sonriendo—. Ella no sufre. No te pero-cupes.

Mona asintió y esbozó una breve y tímida sonrisa.

Antes de que Mona y Pierce abandonaran la estancia, Michael encendió otro cigarrillo. Las dos enfermeras se volvieron bruscamente y lo miraron indignadas.

—No digan una palabra —les espetó Hamilton Mayfair.

—Déjenle fumar en paz —dijo Magdalene.

Las enfermeras se miraron, implacables, frías. «¿ Por qué no contratamos a otras enfermeras?», pensó Mona.

—Sí —respondió Magdalene en voz baja—, nos ocuparemos de ello inmediatamente.

«Perfecto», pensó Mona, saliendo de la habitación seguida de Pierce.

En el comedor vieron aun viejo sacerdote que debía de ser Timothy Mayfair, de Washington. Iba pulcramente vestido con un traje negro y el inconfundible alzacuellos. El anciano se volvió hacia una mujer que estaba sentada junto a él y dijo con voz audible:

—Cuando ella muera no estallará una tormenta. Por primera vez, no estallará una tormenta.

Aaron tampoco se dejaba convencer. Los tres hombres estaban de pie, en el césped. Yuri pensó que había sido uno de los peores días de su vida. Había encontrado a Aaron por la tarde, en una inmensa mansión pintada de rosa, situada en una avenida en la que había un incesante tráfico. La casa estaba llena de personas que lloraban desconsoladamente. Stólov no se había separado de él ni un momento, ni había dejado de pronunciar frases formales en tono suave mientras se dirigían del hotel ala casa de los Mayfair de la calle Primera y luego a una suntuosa mansión que llamaban «Amelia».

En el interior de la misma había un montón de gente llorando como suelen llorar y gemir los cíngaros en los funerales. El alcohol corría a raudales. Ante la fachada de la casa había unos grupos de personas fumando y charlando. Reinaba un ambiente cordial, pero tenso. Todos parecían esperar a que ocurriera algo.

Lo curioso es que no había ningún cadáver de cuerpo presente en la casa. Según había averiguado y uri, uno ya estaba enterrado y los otros se hallaban en el depósito de un hospital cercano. Por lo tanto, no se habían reunido para llorar aun difunto, sino que se trataba de una estrategia defensiva, como si todos los siervos se hubieran refugiado en un ala del castillo, con la diferencia de que esas personas jamás habían sido siervos.

Aaron no daba la impresión de estar tenso. Tenía buen aspecto; se le veía sano, robusto y con buen color. Miraba a Stólov con recelo mientras éste hablaba sin parar. Parecía como si Aaron hubiera rejuvenecido en este lugar; había recuperado su energía y dinamismo. Llevaba el blanco y rizado cabello más largo; tenía el rostro más redondo y los

ojos más brillantes. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, ello no parecía haberle afectado negativamente, aunque su voz denotaba una mezcla de ira y desaliento.

Yuri se había dado cuenta porque conocía a Aaron perfectamente. Stólov, por el contrario, no parecía haber reparado en esos cambios. En aquellos momentos se hallaba muy ocupado tratando de persuadirles de que tenía razón.

Estaban algo alejados de los demás, sobre el cuidado césped, debajo de lo que Aaron llamaba una magnolia. Aún no había florecido, pero ostentaba unas hermosas hojas verdes y brillantes.

Stólov no paraba de hablar con voz suave y amable. Aaron lo observaba fríamente, sin mostrar la más leve expresión, excepto su enojo. De pronto Aaron miró a Yuri con aire inquisitivo y éste dirigió una significativa mirada hacia Stólov, pero fue como una chispa que duró tan sólo unos segundos.

Aaron siguió observando a Stólov. Éste ni siquiera miró a Yuri; tenía los ojos clavados en Aaron, como si estuviera empeñado en convencerlo costara lo que costase.

—Si no desea partir esta noche, puede hacerlo mañana —dijo Stólov.

Aaron no contestó.

Stólov les había expuesto todos los datos reiteradamente. Una elegante anciana de pelo canoso que se hallaba de pie en un extremo del porche llamó a Aaron. Éste agitó la mano y le indicó que aguardara unos minutos. Luego miró a Stólov. —¿Y bien? —preguntó éste último—. Sabemos que esto ha sido muy duro para usted. Regrese a Londres. Tómese unas vacaciones.

Falso. Todo era falso en ese hombre: su talante, las palabras que pronunciaba...

—Cierto —contestó Aaron suavemente. —¿Qué? —preguntó Stólov.

—No me iré, Erich. Ha sido un placer conocerlo. No pretendo disuadirle de que obedezca las instrucciones que

le han dado. Ha ve-nido aquí con una misión y sé que tratará de cumplirla. Pero no me iré. ¿Vas a quedarte conmigo, Yuri?

—Yuri no puede permanecer aquí, Aaron —dijo Stólov—. Ya tiene...

—Por supuesto que me quedaré —respondió Yuri—. He venido para reunirme contigo. —¿Dónde se aloja usted, Erich? ¿En el Pontchartrain, como nosotros? —preguntó Aaron.

—En un hotel del centro —contestó Stólov visiblemente irritado—. Trate de colaborar con la organización, Aaron.

—Lo lamento —respondió éste—. Debo confesarle, Erich, que en estos momentos los de Talamasca tampoco colaboran conmigo. Me debo a estas personas. Bien, ha sido un placer conocerlo, Erich.

Era una despedida. Aaron extendió la mano. El noruego lo miró como si estuviera a punto de perder los nervios, pero se dominó y dijo:

—Le llamaré mañana. ¿Dónde puedo localizarlo?

—No lo sé —contestó Aaron—. Probablemente aquí... con esta gente. Con mis amigos. Creo que es el lugar más seguro, ¿no le parece?

—No comprendo a qué viene esa actitud, Aaron. Necesitamos que colabore con nosotros. Deseo ponerme en contacto con Michael Curry lo antes posible, hablar con él.

—No. Es imposible, Erich. Haga lo que le han ordenado. Los Mayores, pero no quiero que moleste a esta familia. —¡Queremos ayudarles, Aaron! Por eso estoy aquí.

—Buenas noches, Erich.

El noruego lo miró furioso unos instantes, sin decir nada. Luego dio media vuelta y se alejó. La flamante limusina negra llevaba dos horas esperándole.

—Está mintiendo —observó Aaron.

—No pertenece a Talamasca —afirmó Yuri.

—Te equivocas. Es uno de nosotros, pero está mintiendo. No debes fiarte de él.

—Descuida. Pero ¿cómo es posible? No comprendo...

—No lo sé. He oído hablar de él. Hace tres años que ingresó en la organización. He oído hablar sobre sus trabajos en Italia y en Rusia. Es muy respetado. David Talbot tenía un alto concepto de él.

Es una lástima que hayamos perdido a David. Pero Stólov no es tan listo como cree, no es un buen psicólogo. Podría serlo, pero está demasiado ocupado tratando de convencernos de lo que no es.

En aquellos momentos la limusina negra arrancó.

—Me alegro de que hayas venido, Yuri —murmuró Aaron.

—Yo también me alegro de estar aquí. No alcanzo a entenderlo. Deseo ponerme en contacto con los Mayores. Deseo hablar directamente con uno de ellos, oír su voz.

—Eso es imposible —respondió Aaron. —¿Qué hacíais antes de que se inventaran los ordenadores? —preguntó Yuri.

—Nos comunicábamos por medio de mensajes escritos a máquina que eran remitidos a la casa matriz de Amsterdam. La respuesta también llegaba a través del correo. Las comunicaciones tomaban más tiempo; sospecho que eran más breves. Pero jamás hemos oído la voz ni hemos visto el rostro de uno de los Mayores. En los tiempos anteriores al invento de la máquina de escribir, un amanuense se encargaba de escribir las cartas dirigidas a los Mayores. Nadie conocía su identidad.

—Permíteme decir algo, Aaron.

—Sé lo que vas a decir —respondió éste con calma—. Conoces bien la casa matriz de Amsterdam, cada uno de sus rincones, y no entiendes dónde pueden reunirse los Mayores o atender los mensajes que reciben. Lo cierto es que nadie lo sabe.

—Hace años que perteneces a la Orden, Aaron. Dadas las circuístancias, podrías interceder ante los Mayores...

Aaron sonrió fríamente.

—Eres más optimista que yo, Yuri.

La atractiva anciana de pelo canoso había abandonado el porche se dirigía hacia ellos. Era menuda, tenía unas delicadas muñecas y llevaba un sencillo pero elegante vestido de seda. Tenía los tobillos esbeltos y bien torneados, como los de una joven.

—Aaron —murmuró en tono de suave reproche.

Extendió las manos cargadas de anillos, agarró a Aaron por los hombros y le besó en la mejilla.

Aaron la miró y asintió.

—Acompáñanos —dijo éste, dirigiéndose a Yuri—. Nos necesitan. Ya hablaremos más tarde.

La expresión de su rostro había cambiado. Desde que se había marchado Stólov parecía más sereno, más seguro de sí.

La casa estaba impregnada de succulentos aromas de comida y se oía un incesante guirigay de voces. De vez en cuando sonaba una es-tridente carcajada o unos sollozos. Muchos de los presentes estaban llorando. Yuri se fijó en un anciano sentado ante una mesa, con la cabeza apoyada en los brazos, que lloraba amargamente. Junto a él había una muchacha con el pelo castaño que le daba palmaditas en el hombro para consolarlo. Parecía aterrada.

Condujeron a Yuri aun dormitorio situado arriba, en la parte trasera de la casa, anticuado pero elegante, con un lecho de dosel cu-bierto por un edredón de raso dorado, un tanto deshilachado. Las cortinas estaban polvorientas. Sin embargo, Yuri lo encontró muy acogedor. Incluso le gustaban las desteñidas flores de las paredes. Se miró en el espejo del armario. No ofrecía mal aspecto —tenía el cabello oscuro y la tez morena—, pero estaba demasiado delgado.

—Se lo agradezco —le dijo a la mujer de pelo canoso, que se llamaba Beatrice—, pero creo que es mejor que regrese al hotel.

—No te vayas —dijo Aaron—. Deseo que te quedes junto a mí.

Yuri protestó, aduciendo que no deseaba importunarles, pero Aaron estaba decidido a que se quedara.

—No te pongas triste, Aaron —dijo la mujer—. No te lo permito. Vamos a comer algo ya bebernos un buen vaso de vino. Quiero que te tomes un vaso de vino bien frío, Aaron, te sentará bien. Usted también, Yuri. Venga, acompáñenos.

Bajaron por la escalera trasera. En el salón reinaba un ambiente caluroso, invadido de humo.

Había un grupo de personas sentadas alrededor de una mesa de desayuno, junto al fuego que ardía en la chimenea, llorando y riendo al mismo tiempo. El único que conservaba la compostura era un hombre de aspecto solemne, el cual contemplaba fijamente las llamas. Yuri no alcanzaba a ver el fuego, pues estaba detrás de la chimenea, pero veía el resplandor y percibía el chisporroteo de las llamas.

De pronto se fijó en una mujer que se hallaba en una pequeña habitación trasera, mirando por la ventana. Era muy vieja y de aspecto frágil. Llevaba un vestido de gabardina y encaje y lucía un broche dorado que representaba una mano con las uñas de brillantes. Tenía el pelo blanco como la nieve, recogido en un moño con unas horquillas. Otra mujer, más joven pero de aire triste y envejecido, sostenía la mano de la anciana como si quisiera protegerla contra algún mal.

—Ven, tía Evelyn, acompáñanos —dijo Beatrice—. Tú también, Viv. Sentémonos junto al fuego.

La anciana, llamada Evelyn, murmuró unas palabras que Yuri no alcanzó a oír. Luego señaló la ventana con mano temblorosa, como si apenas tuviera fuerzas para sostenerla en alto.

—Vamos, querida, no te oigo —dijo la mujer que se llamaba Viv. Tenía una expresión bondadosa—.

Sabes que si quieres puedes hablar. —Se expresaba como si estuviera tratando de convencer a una niña rebelde—. Ayer estuviste hablando todo el rato. Vamos, querida, levanta la voz.

La frágil anciana volvió a murmurar algo ininteligible, sin dejar de señalar la ventana. Yuri sólo lograba distinguir la calle oscura, las ca-sas contiguas, las farolas y los imponentes árboles.

De pronto, Aaron lo agarró del brazo.

En aquellos momentos se acercó a ellos una muchacha con el cabello negro que lucía unos hermosos pendientes de oro. Llevaba un vestido de lana rojo y un cinturón de cuero que le ceñía el talle. Tras detenerse unos instantes junto al fuego para calentarse las manos, se dirigió hacia ellos mientras Aaron, Beatrice y Viv la observaban con admiración. Caminaba con paso decidido, segura de sí misma.

—Estamos todos juntos —dijo la joven, dirigiéndose a Aaron—. Todos estamos a salvo. Los guardias vigilan esta manzana y las manzanas circundantes.

—Creo que de momento podemos estar tranquilos —respondió Aaron—. Ese individuo cometió una equivocación. Pudo haber causado más muertes, más sufrimiento...

—No hablemos más de este asunto, querido —terció Beatrice con aire de reproche—. Polly, querida, ¿Qué haces aquí? Te necesitan en la oficina.

Polly ignoró olímpicamente a Beatrice.

—Estamos listos para hacerle frente —dijo Aaron—. Somos muchos; no puede hacer nada contra nosotros. Estoy seguro de que aca-bará apareciendo. —¿Tú crees? —preguntó Polly—. ¿Por qué habría de aparecer? Lo lógico es que huya. —¿Y si estuviera muerto? —preguntó Beatrice—. Suponiendo que exista ese personaje, claro. ¿Y si hubiera abandonado ese edificio de Houston y... hubiese caído muerto en medio de la calle?

—No lo creo —contestó Aaron—. Pero si es así, hallarán su ca-dáver y nos lo comunicarán.

—Espero que sí —dijo Polly—. Espero que Rowan le matara cuando lo golpeó en la cabeza. Espero que haya caído muerto en la calle.

—Yo no —dijo Aaron—. No quiero que lastime a nadie más. Eso no debe suceder. No debe lastimar a nadie. Ha provocado una tragedia, pero quiero verlo, quiero hablar con él, quiero oír lo que tenga que decir. Debí enfrentarme a él hace tiempo. Fui un idiota. Pero no quiero desaprovechar esta oportunidad. Quiero interrogarle, averiguar lo que piensa, de dónde viene, qué demonios pretende.

—Me niego a oír más historias de fantasmas —protestó Beatrice—. Vamos, todos vosotros... —¿Tú crees que ocurrirá así? —inquirió Polly—. ¿Tú crees que es capaz de hablar? Yo supuse que daríamos con él y que... lo destruiríamos. Que destruiríamos aun ser que nunca debió existir. Nadie se enteraría. No imaginé que hablaríamos con él. Aaron se encogió de hombros y miró a Yuri.

—Hay algo que me intriga —dijo—. ¿Adónde irá? ¿A la casa de la calle Primera? ¿A las oficinas de Mayfair amp; Mayfair? ¿O tal vez a Metairie, donde está reunida la familia de Ryan? Quizá se presente aquí. ¿Tratará de agredir a alguien? ¿O buscará a alguien en quien confiar, a quien conquistar y convencer? Es un enigma. —¿Crees que aparecerá?

—No tiene más remedio, cariño —contestó Aaron—. Ésta es su familia. Todos permanecen encerrados, a salvo. ¿Qué puede hacer? ¿Adónde puede ir?

La música brotaba de unas bocas eléctricas suspendidas en lo alto de los blancos muros. Unas personas bailaban en el centro de la habitación, torpemente, balanceándose al son de la música, como si a ellos también les entusiasmara. La orquesta estaba formada por numerosos músicos, los cuales utilizaban unos toscos instrumentos menos hermosos que las gaitas o el arpa. Era como si ella pudiera oír la vieja música en ésta, aunque ambas se mezclaban. No conseguía pensar con claridad.

Sólo percibía la música. Vio el valle, ya todos sus hermanos y hermanas bailando y cantando. De pronto, alguien señaló a los soldados.

Los músicos dejaron de tocar y se hizo el silencio. Cuando se abrió la puerta, ella se sobresaltó.

Dentro había unas personas que reían alegremente. Una mujer, vestida con un traje feo y holgado, la miraba fijamente.

Debía ir a Nueva Orleans. Tenía que recorrer muchos kilómetros. Tenía hambre. Quería beber un poco de leche. En esa casa había comida, pero leche no. Si hubiera, ella la olería. Sin embargo, había visto unas vacas pastando en los campos, y sabía ordeñarlas. Debía haberlo hecho antes. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí parada, escuchando la música? Todo había comenzado hacía mucho tiempo, no recordaba cuánto, pero éste era el primer día auténtico de su vida.

Al amanecer, había abierto la puerta de la pequeña cocina, había cogido una botella de leche del frigorífico y se la había bebido toda. Estaba muy rica. Mientras se la bebía, contempló los cálidos rayos de sol que se filtraban a través de los esmirriados árboles y la hierba. Un ocupante de la casa la había sorprendido en la cocina. Ella le había dado las

gracias por la leche. Lamentaba habérsela bebido, pero tenía hambre.

A la larga, esas cosas no tenían importancia. Esas personas no podían lastimarla. No sabían quién era ella. En los viejos tiempos, si robabas leche te perseguían hasta obligarte a que te ocultaras en las montañas, quizás incluso...

—Pero eso ya no importa —dijo su padre—. Ahora mandaremos nosotros.

Vea Nueva Orleans. Busca a Michael, tal como te pidió tu madre. Sí, eso es lo que tu madre deseaba. De camino, detén-te en un campo donde hay unas vacas paciando. Te están esperando. Bebe la cálida le-che de sus ubres. Bebe hasta saciarte.

Ella se volvió, pero en aquel momento la orquesta comenzó a tocar de nuevo. Tras dos o tres acordes iniciales la música sonó a pleno volumen, vibrando a través de sus pies, de su garganta, como si la exhalara por la boca. Ella cerró los ojos, dejándose arrastrar por la melodía. Qué hermoso era el mundo, pensó, balanceándose al son de la música.

Alguien le dio un golpecito en el hombro y al volverse vio aun hombre casi tan alto como ella que la miraba sonriendo. Era muy viejo, tenía la piel del rostro atezada y arrugada, olía a humo y llevaba una camisa azul oscuro y unos pantalones manchados de grasa. El hombre le dijo algo, pero ella sólo percibía la música. Estaba embelesada y movía la cabeza de uno a otro lado al ritmo de la música.

Era maravilloso.

El hombre y le dijo al oído:

—Hace mucho rato que nos observas. ¿Por qué no entras y bailas con nosotros?

Ella retrocedió. Le costaba seguir el ritmo de esa música. El hombre la tomó de la mano y ella sintió el tacto de sus encallecidos dedos.

Tenía las manos manchadas de grasa. Despedía un olor semejante al de la carretera y los vehículos que circulaban por ella. Olía a tabaco.

Ella dejó que la condujera suavemente hacia el lugar donde bailaba la gente. Sintió que la música vibraba a través de todo su cuerpo y estuvo a punto de desvanecerse de placer. Habría permanecido para siempre tendida en el suelo, escuchando la música, cantando, contemplando el valle. El valle era tan hermoso como la isla.

Al mismo tiempo sentía deseos de ponerse a bailar y bailar hasta caer agotada.

Y eso fue lo que hizo. El hombre la ciñó por la cintura y comenzaron a bailar. Le dijo algo, pero ella no lo entendió. Le pareció oír algo así como: «Hueles muy bien.»

Ella cerró los ojos mientras giraba alrededor de la habitación entre los brazos del desconocido, inclinando la cabeza de un lado a otro. El hombre reía. Ella vio que movía los labios como si le dijera algo.

El sonido de la música era atronador. Cuando cerró los ojos, imaginó que estaba bailando de nuevo con los otros, los cuales formaban unmerosos círculos que partían del círculo de piedras, girando sin cesar al son de las gaitas y el arpa.

De eso hacía mucho tiempo. Eran los viejos tiempos, antes de que se presentaran los soldados.

En el valle, todos bailaban juntos, altos y bajos, pobres y ricos, humanos y no humanos. Se habían reunido para construir el Taltos. Muchos morirían, pero si lograban construir el Taltos... Si existían dos... De pronto se detuvo y se tapó los oídos con las manos. Debía marcharse. «Ya voy, papá. Iré en busca de Michael. No he olvidado lo que me pediste, mamá. No soy una niña. ¡Sois unos estúpidos, unos niños! Ayúdame, papá.»

El hombre empezó a danzar más deprisa, girando vertiginosamente alrededor de la habitación y haciendo que ella tropezara. Ella se sen —tía feliz mientras se deslizaba

siguiendo el ritmo de la música, agitando la cabeza violentamente de un lado a otro.

Sí, se sentía feliz. Distinguió vagamente a los músicos. Unos eran delgados y otros gordos, unos llevaban gafas y otros no. Tocaban el violín y cantaban a pleno pulmón, con voz nasal, rápidamente, pronunciando unas palabras ininteligibles. Uno de ellos tocaba un pequeño instrumento de fuelle cuyo nombre ella desconocía. No sabía esa palabra. Ni tampoco la palabra que designaba un instrumento que otro tocaba con la boca, parecido al birimbao, aunque sonaba diferente. Le entusiasmaba la música, su insistente ritmo, su divina monotonía, las vibraciones que sentía a través de sus oídos, su corazón, todo su cuerpo, como si la devorara y la consumiera.

Al igual que en el valle, los humanos no cesaban de bailar. Había mujeres ancianas y jóvenes, muchachos y hombres adultos, incluso niños. Ella los observaba fascinada. Pero esas gentes no sabían construir el Taltos. Ve a reunirse con tu padre. Ve a... —¡Vamos, pequeña!

Debía..., tenía que marcharse. Pero era incapaz de pensar mientras sonara la música. No tenía importancia.

Ella y el extraño siguieron girando alrededor de la habitación, riendo alegremente. Se sentía feliz y contenta. En estos momentos lo único que deseaba era bailar. Estaba convencida de que su padre lo comprendería.

Eran las cuatro de la mañana. Mona, Lauren, Lily y Fielding se hallaban reunidos en el espacioso salón. Randall también estaba allí. Paige Mayfair, que vivía en Nueva York, no tardaría en unirse al grupo. Su avión había llegado a la hora prevista.

Permanecían sentados en silencio, aguardando. «Nadie está convencido —pensó Mona—, pero debemos intentarlo. ¿Qué otra cosa podemos hacer?»

Hacía un rato, la tía Bea se había desplazado desde la calle Amelia para preparar una cena fría.

Había colocado unas gruesas velas votivas sobre la repisa de las dos chimeneas. Sólo se habían consumido hasta la mitad y arrojaban una luz cálida y alegre.

Arriba, las enfermeras charlaban en voz baja, tras haber tomado posesión, por decirlo así, de la habitación de la tía Viv con su termo de café y sus gráficos. La tía Vivian había accedido a alojarse en la casa de la calle Amelia, cediendo a la insistente demanda de la anciana Evelyn, la cual se había pasado toda la noche comunicándose por medio de gestos y murmullos con ella, aunque nadie estaba seguro de que supiese quién era.

—Son tal para cual —afirmó la tía Bea—. Son como el yin y el yang. A propósito, la anciana Evelyn ha vuelto a quedarse muda.

Los primos dormían en camas y sofás distribuidos por toda la casa, incluido el tercer piso. Pierce, Ryan, Mandrake y Shelby habían llegado hacía un rato, aunque nadie sabía exactamente dónde se habían instalado. Jenn y Clancy ocupaban el dormitorio situado en la parte delantera. Había otros Mayfair alojados en el pabellón de hués-pedes, junto ala encina de Deirdre.

De pronto oyeron detenerse un coche frente a la puerta. Nadie se movió. Henri fue a abrir la puerta y al cabo de unos instantes apareció una mujer que ninguno de los presentes había visto jamás. Era Paige Mayfair, biznieta de Cortland y de su esposa, Amanda Grady Mayfair, la cual había abandonado a su marido hacía años y se había instalado en el norte.

Paige era una mujer menuda, con el cuerpo y los rasgos parecidos a los de Gifford y Alicia, aunque más delgada. Pertenecía a un determinado tipo de mujer que abundaba en la familia Mayfair, pensó Mona. Llevaba el cabello muy corto y unos vistosos pendientes, de esos que una tiene que quitarse antes de coger el teléfono.

Entró con paso decidido y sonriendo amablemente. Todos los presentes, excepto Fielding, se levantaron para saludarla con los besos de rigor, una práctica habitual incluso entre primos que jamás se habían visto.

—Prima Paige, éstos son el primo Randall, la prima Mona, el primo Fielding...

Tras las oportunas presentaciones, Paige se sentó en una de las sillas francesas doradas, de espaldas al piano. Llevaba una falda negra bastante corta, la cual revelaba unos muslos tan esbeltos y bien torneados como las pantorrillas. Sus piernas parecían desnudas en comparación con el resto de su cuerpo, envuelto en gruesas prendas de lana, incluida una bufanda de casimir que se apresuró a quitarse. En Nueva York hacía mucho frío.

Paige contempló el espejo situado al fondo de la habitación, el cual reflejaba otro espejo colgado detrás de ella, creando un efecto óptico que presentaba múltiples salones, todos ellos dotados de espléndidas arañas.

—No habrás venido sola desde el aeropuerto —dijo Fielding, asombrando a Paige con su juvenil y vigorosa voz.

Mona no sabía si Fielding era mayor que Lily o viceversa, pero Fielding, con su piel translúcida y arrugada y sus

manos cubiertas de manchas marrones parecía mucho más viejo. Era asombroso que todavía estuviera vivo.

Lily conservaba aún sus energías, pero su flaco cuerpo estaba lle-no de nervios y tendones que sobresalían bajo el sobrio vestido de seda.

—Ya te lo he dicho, abuelito —dijo Mona—, la han acompañado dos policías que se han quedado fuera. Todos los Mayfair de Nueva York se hallan juntos, tal como les ordenamos que hicieran. No hay un solo miembro de la familia que esté solo. Todos han recibido las oportunas instrucciones.

—Según tengo entendido, no se ha producido ninguna novedad —dijo Paige.

—Es cierto —contestó Lauren, que había conseguido mantener una apariencia pulcra y aseada pese a las largas horas que llevaban aguardando. No tenía un pelo fuera de sitio—. No hemos conseguido dar con él—dijo suavemente, como si quisiera tranquilizar aun cliente angustiado—, pero por fortuna no han ocurrido más tragedias. Tenemos a muchas personas trabajando en el caso.

Paige asintió y miró a Mona.

—Conque tú eres la legendaria Mona —dijo, sonriendo como quien sonríe a un niño prodigio—. He oído muchas cosas sobre ti. Beatrice siempre habla de ti en sus cartas. Si no conseguimos que Rowan se recupere, tú serás la heredera del legado.

Todos se quedaron de piedra.

Nadie había informado de ello a Mona, y ésta no había detectado la menor noticia al respecto en la calle Amelia, en la Primera, en las oficinas de Mayfair amp; Mayfair ni en ninguna parte. Mona miró a Lauren boquiabierta.

Lauren rehuyó su mirada.

«¿Acaso ya estaba decidido?», se preguntó Mona.

Nadie se atrevía a mirarla, a excepción de Fielding. Mona reparó en que nadie había manifestado el menor asombro ante las palabras de Paige, excepto ella. Así pues, ya lo

habían decidido, aunque no en su presencia, y nadie quería clarificar o abundar en el tema. No era el momento de hablar de ello. Sin embargo, le parecía tremendo descubrir que era la heredera del legado. De pronto Mona recordó un sar-cástico comentario: «¿Te refieres a la pequeña Mona, con sus vestidos infantiles y su lazo en el pelo? ¿La hija vagabunda de Alicia, la alcohólica?»

Por supuesto, no lo dijo. Sentía un profundo dolor en el corazón. «Por favor, no te mueras, Rowan. Lamento lo que hice.» En aquel momento recordó la obscena y maravillosa imagen del pecho de Michael Curry inclinado sobre ella, y de su verga asomando entre el vello púbico. Cerró los ojos con fuerza.

—Confío en que logremos ayudar a Rowan a superar este trance —dijo Lauren, aunque en un tono tan desalentado que desmentía las palabras que acababa de pronunciar—. La cuestión del legado es muy compleja. En estos momentos hay tres abogados revisando los papeles. Pero Rowan todavía vive. Está arriba. Ha sobrevivido a la intervención quirúrgica. La posibilidad de una operación no le preocupaba. Los médicos han obrado un milagro. Ahora debemos ayudarla nosotros. —¿Estás al corriente de lo que vamos a hacer? —preguntó Lily, con los ojos húmedos y enrojecidos.

Había adoptado una postura defensiva, con los brazos cruzados y una mano apoyada en el pecho. Por primera vez, pensó Mona, la voz de Lily sonaba temblorosa, vieja.

—Sí —respondió Paige—. Mi tío me lo ha explicado todo. Lo comprendo. He oído muchas cosas sobre todos vosotros, y por fin estoy aquí, en esta casa. Sin embargo, debo advertiros que no sé si seré capaz de ayudarlos. No siento el poder que sienten otros, ni sé cómo utilizarlo, pero estoy dispuesta a intentarlo.

—Eres muy fuerte —dijo Mona—. Eso es lo que cuenta. Los que estamos reunidos aquí somos los miembros más fuertes de la familia, pero ninguno de nosotros sabe utilizar esos poderes.

—Entonces manos a la obra. Veamos qué podemos hacer —dijo Paige.

—No quiero cosas raras —dijo Randall—. Si alguien empieza a pronunciar palabras extrañas...

—Por supuesto que no —le interrumpió Fielding. Estaba apoyado en su bastón, demacrado, con los ojos hundidos—. Subiré en el ascensor. Acompáñame, Mona. Randall, tú también puedes venir con nosotros.

—Si no quieres acompañarnos no estás obligado a hacerlo —observó Lauren fríamente—. Podemos hacerlo solos.

—Sí, sí, iré con vosotros —respondió Randall de mal humor—. Sin embargo, deseo que conste que la familia está siguiendo los consejos de una chica de trece años.

—Eso no es cierto —protestó Lily—. Todos estamos de acuerdo en hacerlo, Randall. Por favor, ayúdanos. No empieces a poner inconvenientes.

Salieron todos en tropel y echaron a caminar por el oscuro pasillo. A Mona no le hacía gracia aquel ascensor. Era demasiado pequeño, demasiado viejo, demasiado potente y demasiado rápido.

Entró detrás de los dos ancianos y ayudó a Fielding asentarse en una silla que había en un rincón, una antigua silla de madera con el asiento de bejuco. Luego cerró la puerta y pulsó el botón.

—Recuerda que se para bruscamente —le advirtió a Fielding, apoyando una mano en su hombro.

Al detenerse, el ascensor dio una fuerte sacudida, tal como había pronosticado Mona.

—Maldita sea —dijo Fielding—. Era típico de Stella instalar un ascensor lo suficientemente potente para llevarnos a la cima del Banco Americano.

—El Banco Americano ya no existe —replicó Randall.

—Da lo mismo, ya sabes a qué me refiero —dijo Fielding—. No seas tan quisquilloso. Yo no tengo la culpa.

Sinceramente, creo que es una idea absurda. ¿Por qué no vamos a Metairie y tratamos de hacer que Gifford resucite?

Mona ayudó a Fielding a ponerse en pie y le acercó el bastón.

—El Banco Americano era el edificio más alto de Nueva Orleans —le explicó éste a Mona.

—Lo sé —respondió ella. No lo sabía, pero no quería echar más leña al fuego.

Al entrar en el dormitorio principal comprobaron que los otros ya habían llegado. Michael estaba en un rincón, de pie, con los brazos cruzados, contemplando el inexpresivo semblante de Rowan.

Unas velas votivas ardían sobre la mesita situada junto a la puerta. También había una imagen de la Virgen. Mona pensó que, seguramente, toda aquella parafernalia —las velas, la Virgen con la cabeza inclinada sobre el pecho, cubierta con un velo blanco y con las manos extendidas— era cosa de la tía Bea. De haber estado viva Gifford, probablemente habría hecho lo mismo.

Nadie dijo una palabra. Al fin, Mona sugirió:

—Creo que es mejor que las enfermeras salgan de la habitación. —¿Qué piensan hacer? —preguntó la más joven de éstas.

Era una mujer de tez cetrina, rubia, peinada con raya en medio y vestida con un almidonado uniforme de enfermera. Tenía un aspecto totalmente aséptico, un tanto monjil. Miró a su compañera, una negra de aire hosco, la cual no dijo una palabra.

—Vamos a imponer nuestras manos sobre ella para tratar de curarla —respondió Paige Mayfair—.

Quizá no consigamos nada, pero todos tenemos poderes psíquicos y debemos intentarlo.

—No estoy muy convencida —dijo la enfermera con recelo.

Pero su compañera hizo un gesto para indicar que no era asunto suyo.

—Tengan la bondad de retirarse —dijo Michael cortésmente.

Las enfermeras abandonaron la habitación.

Mona cerró la puerta.

—Tengo una sensación muy extraña —observó Lily—. Es como pertenecer a una familia de insignes músicos y no ser capaz de leer una partitura o cantar una melodía.

La única que no parecía sentirse turbada era Paige Mayfair, la ex-tranjera, precisamente la que no se había criado a la sombra de la calle Primera, observando a ciertos miembros de la familia responder a los pensamientos de otros como si los hubieran expresado con palabras.

Paige depositó su pequeño bolso en el suelo y se acercó a la cama.

—Apagad todas las luces salvo las velas —dijo.

—Eso son tonterías —observó Fielding.

—Es mejor así —insistió Paige—. Prefiero que no haya nada que pueda distraernos.

Luego miró a Rowan, la examinó detenidamente desde la frente y lisa hasta la punta de los pies, que asomaban bajo la sábana. Paige parecía triste; triste y pensativa.

—Es una pérdida de tiempo —refunfuñó Fielding, cansado de permanecer de pie.

—Apóyate en la cama —dijo Mona, tratando de disimular su impaciencia—. No te preocupes, yo te sostengo. Coloca una mano sobre ella.

—Tiene que colocar ambas manos —dijo Paige. —¡Qué majadería! —protestó Fielding.

Los otros se congregaron en torno al lecho. Michael se retiró, pero Lily le indicó que se acercara.

Todos impusieron sus manos sobre Rowan. Fielding se inclinó sobre ella, tratando de no perder el equilibrio, respirando trabajosamente y procurando reprimir la tos.

Mona colocó los dedos sobre un moretón que Rowan tenía en el brazo, sintiendo el tacto de su suave y fría piel.

¿Qué le había causado esas contusiones? ¿Acaso la había golpeado el monstruo?

Casi podía distinguir las marcas de los dedos.

«¡Cúrate, Rowan!», dijo Mona para sus adentros. Al alzar la vista y mirar a los otros, observó que todos habían tomado idéntica decisión. De labios de todos los presentes brotó una súplica colectiva.

Paige y Lily tenían los ojos cerrados. —¡Cúrate! —murmuró Paige. —¡Cúrate! —murmuró Mona. —¡Cúrate, Rowan! —dijo Randall con voz enérgica y profunda.

Al fin, Fielding murmuró también:

—Cúrate, hija mía, si eres capaz de hacerlo. Cúrate. Cúrate. Cúrate.

Cuando Mona abrió los ojos vio que Michael lloraba mientras sostenía la mano de Rowan entre las suyas y repetía las palabras que recitaban los otros. Mona cerró los ojos y dijo de nuevo: —¡Cúrate, Rowan! ¡Cúrate!

Transcurrieron varios minutos, durante los cuales alguno de los presentes cambió de postura; otros apoyaron las manos más firmemente sobre Rowan y otros la acariciaron. Lily colocó la mano sobre la frente de Rowan. Michael se inclinó para besarla.

Al fin, Paige dijo que habían hecho cuanto podían. —¿Le han administrado la extremaunción? —preguntó Fielding.

—Sí, en el hospital, unas horas antes de operarla —respondió Lauren—. Pero no va a morir. Está en coma. Podría seguir así varios días.

Michael se volvió de espaldas para que no le vieran llorar y los demás salieron en silencio de la habitación.

Una vez en el salón, Lauren y Lily sirvieron el café mientras Mona se encargaba de pasar la leche y el azúcar. Fuera reinaba una gran oscuridad y hacía frío.

El reloj dio las cinco. Paige lo miró, sorprendida, y luego bajó la vista. —¿Qué opinas? —preguntó Randall.

—No morirá respondió Paige—. Pero no he notado ninguna respuesta.

—Yo tampoco —dijo Lily.

Al menos lo hemos intentado —dijo Mona—. Eso es lo más importante. Hicimos lo que pudimos.

Tras estas palabras, salió del salón. Durante unos momentos creyó ver a Michael en lo alto de la escalera, pero se trataba de una de las enfermeras. Los tablones del suelo crujían, como de costumbre. Mona subió apresurada y sigilosamente, tratando de no hacer ruido.

La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida. Las llamas de las velas brillaban débilmente en comparación con la potente luz que arrojaba ésta.

Mona se enjugó los ojos y asió la mano de Rowan. — ¡Cúrate, Rowan! —murmuró temblando de emoción—. ¡Cúrate, Rowan! ¡No vas a morir! ¡Cúrate!

Michael la abrazó y la besó en la mejilla.

Mona no se apartó. — ¡Cúrate, Rowan! —repitió. «Lamento haberme acostado con él», dijo para sus adentros —. ¡Cúrate, por favor! ¿De qué nos sirve nuestra fortuna..., el legado..., si no somos capaces de curarte?

Hacia las seis y media de la mañana Mona decidió que, tanto si Rowan se salvaba como si no, el Mayfair Medical debía construirse.

Estaba sentada sobre una manta de lana bajo una encina, frente al pabellón de huéspedes, admirando las hojas verde pálido de los plátanos, las vistosas begonias, los lirios y el verde musgo que cubría las piedras. Todo relucía bajo el rocío de la mañana. El cielo presentaba un color violeta, como el del crepúsculo, que Mona solía contemplar con más frecuencia que el amanecer.

Un guardia dormía sentado en una silla junto a la puerta del jardín. Otro patrullaba al otro lado de la valla, junto a la piscina.

La silueta de la casa se recortaba con nitidez sobre el firmamento violáceo. A la derecha empezó a despuntar la aurora, de un rojo intenso. Resultaba difícil distinguir el este del oeste en Nueva Orleans, hasta que el sol salía o se ponía.

Era un glorioso amanecer, rebotante del alegre canto de los pájaros que daban vida al paisaje.

Mona se sentía feliz, aunque al mismo tiempo experimentaba una profunda soledad. ¡Se había convertido en la heredera del legado!

—No creo que la noticia te sorprenda —le había dicho Lauren en voz baja—. Es una cuestión de linaje. Tú misma has trazado el árbol genealógico de la familia en tu ordenador. Te lo explicaré más tarde. No quiero hablar de ello mientras Rowan está viva.

«Descuida, Rowan, construiremos el Mayfair Medical —pensó Mona—. Ése será tu legado. Nos llevaremos a la tumba los secretos de nuestra complicada historia, pero las piedras del Mayfair Medical perdurarán para que todos puedan contemplarlas.».

De pronto se sintió débil y mareada. Nunca le había gustado estar despierta a esas horas de la mañana. Cuando ella era una niña, Alicia insistía en ir a misa cada mañana, aunque la noche anterior hubiera cogido una borrachera. Ambas solían dirigirse en tranvía a la iglesia del Sagrado Nombre.

Mona se sentía siempre mareada, con dolor de cabeza y mal sabor de boca. Durante los últimos años, debido a su creciente afición al alcohol, Alicia había renunciado a esa costumbre; por las mañanas, cuando Mona se levantaba, se encontraba a su madre sentada en el porche con una cerveza en la mano.

Pero en estos momentos no le importaba estar despierta y admirar esa espléndida aurora carmesí que poco a poco iba adquiriendo una tonalidad dorada. Los trágicos acontecimientos que se habían producido recientemente hacían que Mona concediera más valor a las cosas sencillas y cotidianas.

Al contemplar el maravilloso jardín, comprendió que ahora le pertenecía. Mejor dicho, que pronto le pertenecería.

No era de extrañar que no pudiese conciliar el sueño. Lo había intentado, pero le parecía mas provechoso emplear el tiempo en pensar, en planificar las cosas, en organizar los preparativos de lo que se había convertido en una auténtica obsesión para ella: la ubicación y estructura del Mayfair Medical, donde aparecería grabada la palabra «sanar». ¿En la piedra? ¿En una vidriera?

Pierce sería su mejor aliado; era de talante conservador, como Ryan, pero tenía mucho interés en que se construyera el complejo médico. Durante los últimos meses había hecho lo imposible por mantener vivo el proyecto. Mona no tendría mayores dificultades en ponerlo en marcha, aunque sabía que los miembros más conservadores de la firma tratarían de frenarlos en sus ambiciosos planes.

Pierce dormía en una tumbona, junto a la piscina, con la chaqueta sobre los hombros. Le había dicho a Mona que necesitaba respirar aire puro. Al pasar junto a él, Mona observó que parecía un bebé.

«Lo conseguiremos —pensó Mona—. Es un proyecto más importante que el capricho de dar la vuelta al mundo antes de cumplir los veinte años, o construir un túnel hasta China, O fundar la sociedad inversora más importante del mercado internacional.» ¡La heredera del legado! En cualquier caso, todo era posible.

No era eso lo que pensaba Alicia mientras permanecía sentada en los escalones del porche con una cerveza en la mano. «Estoy demasiado cansada para hacer nada», solía repetir. «No pienses que está en un congelador —se dijo Mona—. En el depósito no mantienen a los cadáveres congelados, sólo refrigerados.» ¿Dónde había visto Mona unos libros sobre hospitales? En la habitación de Rowan, donde había planificado su estrategia para seducir a Michael. Estaban en un estante, junto a la cama. Mona decidió leerlos más tarde. Eso era lo más importante, estudiar a fondo el proyecto antes de presentarlo, como si se tratara de presentar un nuevo modelo de ordenadores, y

mostrarles una serie de espectaculares bocetos, gráficos y listados.

Al cabo de un rato cerró los ojos, sintiendo los cálidos rayos del sol sobre sus párpados.

Mona decidió emplear un pequeño truco que siempre la ayudaba a dormirse. En lugar de intentar poner la mente en blanco, decidió entretenerse imaginando que decoraba las dependencias y oficinas del Mayfair Medical. Escogió los colores del tapizado, las cortinas e in-cluso los cuadros, unos cuadros que animarían a los pacientes en las salas de espera y proporcionarían a los ajetreados médicos y enfermeras un momento de respiro, mientras recorrían los pasillos, subían una escalera o entraban en una sala.

Colgaría unos cuadros relacionados con la medicina, como la maravillosa obra de Rembrandt titulada Lección de anatomía. Mona abrió los ojos súbitamente. No, los pacientes no querrían contemplar un cuadro tan terrible. Era preferible ofrecerles unas imágenes más tranquilizadoras, como los bellos y apacibles rostros de Piero Della Francesca, o la suave mirada de las mujeres de Botticelli, algo más alegre que la cruda realidad.

De pronto notó que tenía sueño. Trató de recordar a todos los personajes representados en un cuadro de los Médicis que había visto en Florencia, en el que aparecía Lorenzo mirando por el rabillo del ojo. Mona tenía cinco años cuando Gifford la llevó a Europa por pri-mera vez.

«¡Mira, unas mamás con sus hijos», exclamó Mona saltando y brincando sobre el suelo de piedra mientras ella y Gifford recorrían el Palazzo Vecchio. Jamás había visto tantos cuadros de jóvenes madres con sus hijitos. «Es la Virgen y el Niño», la corrigió Gifford severa-mente.

Gifford se inclinó para besarla. «Duerme un rato», le dijo suavemente.

«Sí, creo que echaré un sueñecito. No pretendía..., me refiero a Michael..., no pretendía...»

«Ya lo saben. No tiene importancia. Eres como todos los Mayfair, impulsiva y temeraria, pero luego te arrepientes de haber cometido una imprudencia. Todos somos iguales. Todos pagamos un elevado precio por nuestros actos.»

«¿Estás segura de que Rowan no me odia? ¿Estás segura de que lo que hice no tiene importancia?

A veces resulta difícil saber qué es lo que tiene importancia y qué es lo que no la tiene.»

«No tiene importancia.»

Mona apoyó la cabeza en el tronco de la encina y se quedó dormida.

La casa le gustaba. Se alzaba en la avenida Esplanade como un palacio romano; o como una vivienda urbana de Amsterdam. Aunque era de ladrillos estucados, parecía de piedra. Estaba pintada en colores típicamente romanos, como el rojo pompeya, con los bordes en ocre.

Aunque la avenida Esplanade había conocido mejores tiempos, desde el punto de vista arquitectónico resultaba muy interesante. Yuri contempló las maravillosas mansiones antiguas que se erguían entre los edificios comerciales. Había dado un largo paseo por el barrio francés hasta llegar a la casa situada en la amplia avenida, la cual constituía la calle principal en tiempos de los franceses y los españoles, y actualmente estaba llena de mansiones como ésta. Yuri se dio cuenta de que le seguían dos hombres, pero le tenía sin cuidado.

Palpó la pistola que llevaba en el bolsillo, con la empuñadura de madera y el cañón largo. Se sentía seguro.

Le abrió la puerta Beatrice. —¡Gracias a Dios que ha llegado! —exclamó—. Aaron estaba muy preocupado. ¿Puedo hacer algo por usted?

Beatrice miró hacia el otro lado de la calle y vio a un hombre apostado junto a un árbol.

—No, gracias, señora —respondió Yuri—. Me gusta el café negro y espeso y me detuve en una de las pequeñas cafeterías de la avenida.

Se hallaban en un espacioso vestíbulo, junto a una imponente escalinata que conducía al piso superior, la cual se ramificaba al llegar al descansillo en dos escaleras más estrechas. El suelo era de mosaico y las paredes estaban pintadas de color terracota, al igual que la fachada.

—A mí también me gusta el café negro y espeso —dijo Beatrice, ayudando a Yuri a quitarse la gabardina. Afortunadamente, llevaba la pistola en el bolsillo de la chaqueta—. Le prepararé un espresso. Pase al salón, Aaron se alegrará de verlo.

—Gracias, acepto encantado —contestó Yuri.

A la izquierda ya la derecha había dos suntuosos salones, pero Yuri se dirigió hacia un acogedor cuarto de estar que se abría ante él. Al entrar vio a Aaron de pie junto a la chimenea, vestido con un viejo jersey gris y sosteniendo una pipa en la mano. Su persona emanaba una gran vitalidad, la cual contrastaba con la expresión de enojo y recelo de su rostro. Yuri observó un rictus de dureza en sus labios que le otorgaba un aire más convencional.

—Hemos recibido un mensaje de los Mayores —dijo Aaron sin más preámbulos—. Lo enviaron por fax al hotel Pontchartrain. —¿Por qué lo han enviado por fax?

—Está escrito en latín y va dirigido a los dos. Han enviado dos copias, una para cada uno de nosotros.

—Muy amable por su parte.

Junto a la chimenea había dos amplios sillones de piel roja, los cuales dejaban al descubierto tan sólo el centro de una alfombra china azul oscuro. La mesa, de cristal, estaba cubierta de papeles. En las paredes colgaban unos cuadros modernos, en su mayoría abstractos, con marcos dorados. Había también unas mesitas de mármol y unos sillones tapizados de terciopelo, algo raídos. Distribuidos alrededor de la habitación, frente a unos espejos y sobre la repisa de la chimenea decorada con una inmensa cabeza de león, había unos hermosos jarrones de porcelana que contenían flores recién cortadas. Era una bonita estancia en la que reinaba un ambiente cálido y agradable. De modo que los Mayores se habían puesto en contacto con ellos.

—Siéntate, te traduciré el mensaje.

Yuri tomó asiento.

—No es necesario que me lo traduzcas, Aaron —contestó Yuri sonriendo—. Entiendo perfectamente el latín. A veces escribo a los Mayores en latín, para practicar.

—Por supuesto, lo había olvidado. Ha sido una estupidez por mi parte.

Aaron señaló las dos copias que yacían en la mesa, sobre un montón de lujosas revistas especializadas en arquitectura y decoración, llenas de nombres de importantes diseñadores y anuncios de exquisitos productos como los que contenía esta estancia. —¿No te acuerdas de Cambridge? —preguntó Yuri—. ¿No recuerdas las tardes en que solía leerte poesías de Virgilio? ¿No recuerdas mi traducción de Marco Aurelio?

—Claro, la llevo siempre encima —respondió Aaron—. Me estoy haciendo viejo. Los de tu generación no suelen saber latín. Disculpa mi torpeza. ¿Cuántos idiomas hablabas cuando nos conocimos? —No lo sé. No lo recuerdo. Déjame leer el mensaje.

—Sí, pero antes quiero saber qué has averiguado.

—Stólov se aloja en el Windsor Court, un hotel muy elegante y caro. Le acompañan dos hombres, quizá tres. Hay otros miembros de la Orden. Me venían siguiendo cuando me dirigía hacia aquí por la calle Chartres. Hay un individuo apostado al otro lado de la calle, vigi-lando la casa. Son unos jóvenes anglosajones o escandinavos, aproximadamente de la misma edad y el mismo estilo, vestidos con trajes oscuros. A seis de ellos los he visto varias veces; no se molestan en disimular.

Más bien creo que pretenden asustarme, obligarme a cometer una imprudencia.

En aquel momento apareció Beatrice. Sus tacones resonaban sobre los relucientes mosaicos del suelo.

—Aquí tenéis el café —dijo, depositando la bandeja con una café-tera y unas tacitas de espresso sobre la mesa—. Voy a llamar a Cecilia. —¿Ha habido alguna novedad? —preguntó Yuri.

—Rowan está bien. No se ha producido ningún cambio. Existe cierta actividad cerebral, aunque mínima. Lo importante es que está viva.

—Se halla en un persistente estado vegetativo —dijo Aaron.

—No digas esas cosas tan horribles —le reprendió suavemente Beatrice.

—Pero es cierto. Rowan, al menos de momento, no se ha recuperado. Ésa es la realidad. —¿Qué se sabe sobre el misterioso individuo? —preguntó Yuri.

—Nadie lo ha visto —contestó Beatrice—. Dicen que podría estar en Houston. Hay un montón de personas buscándole allí. Es posible que se haya cortado el pelo, pero no es fácil que un hombre de más de metro ochenta de estatura pase inadvertido. ¡Dios sabe dónde se habrá metido! Bueno, os dejo. No quiero pensar en ello. Estoy preparando la cena bajo la atenta mirada de un guardia armado.

—No te preocupes, no se la comerá.

—Calla —respondió Beatrice.

Parecía querer añadir algo, pero se acercó a Aaron lo besó afectuosamente y salió envuelta en un remolino de seda, taconeando sobre el lustroso suelo, tal como había entrado.

Yuri saboreó el excelente café y se sirvió otra taza. Las manos no tardarían en empezar a temblarle y tendría acidez, pero no le importaba. Cuando uno es amante del café renuncia a todo por él.

Cogió el fax y lo leyó. Dominaba el latín, de manera que no le costó descifrarlo. El mensaje decía lo siguiente:

De los Mayores a Aaron Lightner Yuri Stefano Caballeros:

Jamás nos habíamos enfrentado a semejante dilema: la desertión de dos miembros de la Orden, dos de nuestros mejores investigadores, por los que no sólo sentimos un gran afecto sino que constituyen un modelo para los

novicios y postulantes. No alcanzamos a comprender el motivo de vuestra conducta.

No tenemos reparos en reconocer que somos culpables. La—, mentamos no haberte informado de todos los pormenores sobre el caso de las brujas Mayfair, Aaron. A fin de no distraer tu aten-ción de los asuntos relacionados con la familia Mayfair, omiti-mos suministrar-te ciertos datos importantes sobre las leyendas de Donnelaith, en Escocia, referentes a los celtas que habitaron en esa zona del norte de Gran Bretaña y en Irlanda. Debimos ser más claros y explícitos desde el principio.

Jamás pretendimos manipular-te. En nuestro afán de que la investigación discurriera por unos cauces serios y rigurosos, no quisimos agobiarte con conjeturas y sospechas para las que no teníamos respuesta.

Comprendemos que fue un error, el cual te ha inducido a abandonarnos. Y comprendemos también que hayas tomado ala ligera tal decisión. De nuevo, reconocemos nuestra culpa.

Pero vayamos al grano. Habéis dejado de ser miembros de Talamasca. Habéis sido excomulgados sin perjuicio, lo que sig-nifica que habéis sido honorablemente separados de la Orden, de sus privilegios, de sus obligaciones y de su apoyo.

Quede claro que no estáis autorizados a utilizar ningún in-forme que hayáis realizado mientras os hallabais bajo nuestra protección. No podéis reproducir, comentar ni distribuir nin-gún documento que obre en vuestro poder sobre el caso de las brujas Mayfair.

La investigación del caso de las brujas Mayfair está ahora en manos de Erich Stólov y Clement Norgan, así como de otros investigadores que han colaborado con ellos en diversas partes del mundo. Ellos serán los encargados de ponerse en contacto con la familia, sin vuestra ayuda. Saben que ya no estáis vincu-lados a la Orden.

Os pedimos tan sólo que no interfiráis en el asunto. Os liberamos de todo compromiso con la Orden, pero no intentéis entorpecer las indagaciones.

Estamos muy interesados en averiguar el paradero de ese ser llamado Lasher. Nuestros miembros tienen unas instrucciones muy precisas al respecto. Debéis comprender que de ahora en adelante no se sienten obligados a daros ninguna explicación.

Confiamos en que más adelante regreséis a la casa matriz, a fin de explicarnos detalladamente (mediante una comunicación escrita) los motivos de vuestra desertión y la posibilidad de reincorporaros a la Orden y renovar vuestros votos.

De momento, nos despedimos de vosotros en nombre de vuestros hermanos y hermanas de Talamasca, de Anton Marcus, el nuevo Superior General, y de todos los que os apreciamos y lamentamos que hayáis abandonado el redil.

En el momento oportuno, ya través de los debidos cauces, os informaremos sobre los fondos que hemos depositado en vuestras cuentas para cubrir los gastos de vuestro trabajo. Ésa es la última ayuda material que recibiréis de...

Talamasca Yuri dobló los brillantes folios y guardó su copia del mensaje en el bolsillo de la chaqueta, junto a la pistola.

Luego miró a Aaron, que tenía un aire sereno y pensativo. —¿Tengo yo la culpa de que te hayan excomulgado? —preguntó Yuri—. Quizá no debí venir.

—No, no te dejes impresionar por esa palabra. Me excomulgaron porque me negué a marcharme.

Me excomulgaron porque no cesaba de preguntarles a los de Amsterdam qué era lo que sucedía. Me excomulgaron porque dejé de «observar y estar siempre presente». Me alegro de que hayas venido, porque estoy preocupado por nuestros colegas. No sé cómo decírselo. Pero tú eres mi

compañero más querido, aparte de David. —¿Por qué dices que estás preocupado por nuestros colegas?

—No soy uno de los Mayores —respondió Aaron—, aunque llevo veintisiete años en la organización. El mero hecho de reconocerlo constituía una importante violación de las normas.

—David Talbot tampoco era uno de los Mayores —prosiguió Aaron—. Me lo confesó antes de... abandonar la Orden. Me dijo que jamás había hablado con uno de los Mayores ni sabía quiénes eran.

Muchos de los miembros más antiguos de la organización habían engado serlo.

Yuri no contestó. Toda su vida, desde que tenía doce años, había vivido convencido de que los Mayores eran sus hermanos, un jurado, por decirlo así, compuesto por compañeros suyos.

—Precisamente —dijo Aaron—. Me consta que no saben quiénes son los Mayores ni cuáles sus motivos. Creo que mataron a un médico en San Francisco, a un tal doctor Samuel Larkin. Creo que siempre han utilizado a personas como yo para obtener información con algún siniestro fin, un fin que los de mi generación ignoraban. Es lo único que sé.

Yuri guardó silencio, pero su expresión indicaba que las palabras de Aaron confirmaban sus sospechas, los negros presentimientos que le habían asaltado poco después de regresar ala casa matriz desde Donnelaith.

—No me permitirán acceder a los archivos principales —observó, como si pensara en voz alta.

—Tal vez sí-dijo Aaron—. No todos los miembros de Talamasca son tan expertos como tú en materia de ordenadores. ¿Conoces el código de acceso de otros miembros?

—Sí, de varios —contestó Yuri—. Debo ir de inmediato a un lugar donde pueda efectuar las llamadas.

Debo tratar de descubrir todos los datos que contengan los archivos. Eso me llevará un par de días por lo menos.

Puedo utilizar ciertas palabras en latín. Puedo utilizar palabras de búsqueda. Quizá pueda averiguar cosas interesantes.

—Posiblemente lo hayan previsto, pero vale la pena que lo intentes. Soy demasiado viejo para hacerlo yo, me falta agilidad mental. Pero sé que hay un ordenador con un módem y un teléfono en la casa de la calle Amelia. Pertenece a Mona Mayfair. Me ha dicho que te autoriza a utilizarlo. Dice que trabaja con el DOS. No sé a qué se refiere, pero supongo que tú sí. Yuri se echó a reír.

—Lo dices como si se tratara de un dios de los druidas. Significa que utiliza el sistema operativo DOS, que es compatible con un ordenador IBM.

—Mona dijo que te dejaría unas instrucciones referentes al contenido del disco duro, pero que ya verías cómo funcionaba sobre la marcha. Dijo que sus archivos estaban ocultos.

—He oído hablar de Mona y su ordenador —contestó Yuri—. No se me ocurriría hurgar en sus archivos.

—Dijo que podías tener acceso a todo lo demás.

—De acuerdo.

—Existen docenas de ordenadores provistos de módem en las oficinas de Mayfair amp; Mayfair. Pero tengo entendido que el de Mona es el mejor, un producto de tecnología punta.

Yuri asintió.

—Lo haré inmediatamente —dijo, bebiendo otro trago de café. Recordaba a Mona con gran simpatía—. Luego hablaremos.

—Muy bien.

Pero ¿de qué iban a hablar? Ambos estaban demasiado desalentados para comentar el asunto. De hecho, Yuri se sentía profundamente deprimido, como cuando los gitanos se lo habían llevado, separándolo de su madre. U nos extraños. El mundo estaba lleno de extraños. Excepto Aaron y gente buena como los Mayfair que había conocido.

Yuri había conocido a Mona esa misma mañana, en la calle Amelia. Mientras él se tomaba un bol de cereales con leche, sentado ante la mesa de desayuno, ella no paraba de hablar, formulándole numerosas preguntas y charlando de todo tipo de cosas al tiempo que mordisqueaba una manzana.

Toda la familia se había quedado muy impresionada con la noticia de que Mona iba a heredar el legado. Se acercaban a ella con aire solí-cito, casi haciéndole una reverencia y besándole el anillo.

Claro que Mona no llevaba anillo.

Al fin, Mona se lamentó:

—Estoy harta de esto. ¿Cómo es posible que la gente se comporte así cuando Rowan todavía está viva?

Randall, un anciano de inmensas proporciones con una pronunciada papada, respondió:

—Eso no tiene nada que ver, cariño. Aunque esté viva, Rowan no podrá tener más hijos.

Mona lo miró asombrada y murmuró:

—Claro, tienes razón. —¿No quieres heredar el legado? —le preguntó Yuri en voz baja. Mona estaba sentada en silencio junto a él, mirándole a los ojos.

De pronto soltó una carcajada. Era una risa franca y alegre, que no tenía nada de cínica ni de sarcástica.

—Ryan te lo explicará todo, Mona —dijo un joven llamado Gerald—. Pero puedes revisar los documentos legales cuando quieras.

De pronto, Mona adoptó una expresión triste. — ¿Recordáis eso que decía san Francisco? El tío Julien solía repetirlo a menudo. Me lo contó la anciana Evelyn. Mamá también tenía costumbre de decirlo. «Ten cuidado con los deseos que formules, pues pueden hacerse realidad.»

—Muy típico del tío Julien, de la anciana Evelyn y de san Francisco —observó Gerald.

Al cabo de unos momentos, Mona se levantó apresuradamente y dijo:

—Tengo que ir a escribir en mi ordenador.
El famoso ordenador.

Cuando Yuri fue a recoger su maleta, la oyó teclear en una habitación de la parte delantera. Pero no se atrevió a asomarse.

—Esa Mona Mayfair me cae bien —le dijo ahora a Aaron—. Es muy lista. Lo cierto es que me gustan todos los Mayfair que he conocido.

De repente notó que se ruborizaba. En realidad, Mona le gustaba mucho, pero era demasiado joven.

Yuri se levantó. Era una casa muy hermosa. Por primera vez percibió un succulento aroma que salía de la cocina.

—No te marches todavía-le rogó Aaron.

—Temo no poder acceder a los archivos.

En aquellos momentos entró Beatrice con una chaqueta de mezclilla en las manos, una de las preferidas de Aaron, y la gabardina de Yuri.

—Nos gustaría que se quedara a cenar —dijo—. La cena estará lista dentro de media hora. Hoy es un día muy especial para nosotros. Aaron se disgustará mucho si no se queda, y yo también. Tenga, póngase la gabardina.

—Me temo que no entiendo —dijo Yuri—. ¿Por qué quiere que me ponga la gabardina si vamos a cenar aquí?

—Porque antes iremos ala catedral-contestó Aaron.

Acto seguido se puso la chaqueta, se alisó las solapas y comprobó si llevaba un pañuelo de hilo en el bolsillo. Yuri le había observado hacer eso en numerosas ocasiones. A continuación comprobó si llevaba las llaves, el pasaporte y un papel que sacó del bolsillo mientras miraba sonriente a Beatrice.

—Deseamos que sea testigo de nuestra boda —dijo ésta—. Mag, dalene y Lily se reunirán con nosotros allí.

—Pero ¿es que van a casarse?

—Sí, querido —contestó Beatrice—. Andando. No debemos llegar tarde para la cena. Es una receta de los

Mayfair. Espero que le guste la comida picante, Yuri. Es un plato a base de cangrejo.

—Gracias, Yuri —dijo Aaron.

Beatrice se puso sobre el vestido de seda una chaqueta oscura que le daba un aire muy sobrio y formal.

—Es un placer —respondió Yuri. El ordenador de Mona podía esperar.

—Es una pena que no podamos celebrar una boda por todo lo alto —se lamentó Beatrice—. Cuando todo haya pasado, quizá podamos i ofrecer un banquete. ¿Qué te parece, Aaron? Cuando todos nos sintamos contentos y felices de que haya pasado esta pesadilla, organizaremos una gran fiesta. Pero no quiero esperar —añadió con cierta aprensión—. Me niego a esperar.,

Michael aprovechaba los momentos en que la enfermera estaba presente para ir al baño. Entraba rápidamente, cerraba la puerta, hacía lo que tenía que hacer y volvía a salir.

Temía que mientras estuviera orinando, o lavándose las manos, o hablando por teléfono, ella muriera.

Todavía tenía las manos húmedas; no le había dado tiempo a secárselas. Se sentó en el sillón y contempló el viejo papel que cubría el panel de pared que quedaba sobre la chimenea: un dibujo oriental que reproducía un sauce llorón y un arroyo. Era lo único que habían de-jado intacto al empapelar y remozar el dormitorio, a fin de dotarlo de la máxima comodidad.

Rowan seguía postrada en el alto y antiguo lecho, con la mirada fija en el vacío.

Hacia las ocho de la tarde le habían hecho de nuevo un encefalo-grama y un electrocardiograma.

Los latidos de su corazón seguían siendo muy débiles, mientras que su cerebro apenas retenía algo de vida. Su suave y delicado rostro, con sus hermosos pómulos, mostraba un poco más de color; había perdido aquel aspecto reseco y cetrino. Michael observó que alrededor de los ojos y en las manos la piel aparecía más tersa, sin duda debido a los fluidos que le administraban por vía intravenosa. Mona dijo que no parecía Rowan. Pero era Rowan.

«Confío en que te encuentres en un tranquilo y hermoso valle, ignorante de tu situación. Confío en que nuestros pensamientos no puedan herirte, que sólo sientas el tacto de nuestras manos.»

Habían colocado un amplio sillón rosa en un rincón, entre la cama y la puerta del baño, para que Michael se

sentara en él. A la derecha estaba la cómoda, con sus cigarrillos, un cenicero y la pistola que le había dado Mona, una pesada Magnum del calibre 357 que perteneciera a Gifford. Ryan la había traído de Destin hacía dos días.

—Toma, consévala tú —le había dicho Mona—. Si aparece ese, hijo de puta, pégale un tiro.

—Muy bien —respondió Michael.

Quería tener un arma al alcance de la mano, «un sencillo instrumento», como decía Julien. Un sencillo instrumento para levantarle la tapa de los sesos al diabólico ser que había dejado a Rowan en ese estado.

A veces, los ratos que había pasado con Julien en el desván le parecían más reales que la propia realidad. No le había revelado a nadie, sus encuentros con Julien, excepto a Mona. Deseaba contárselo a Aaron, pero nunca conseguía quedarse a solas con él. Aaron estaba furioso por la presunta participación de Talamasca en el asunto y pasaba todo el tiempo tratando de verificar sus sospechas. Excepto, naturalmente, el dedicado a la breve ceremonia de la boda celebrada en la sacristía de la catedral, a la que Michael no había podido asistir.

—Los Mayfair que residen en el centro de la ciudad se casan en la catedral—le explicó Mona.

Mona estaba acostada en el dormitorio situado en la parte delantera, en el lecho que solían ocupar Rowan y él. «Debe de resultar agotador pasar de ser una pariente pobre a convertirte en la reina del castillo», pensó Michael.

En vista de la situación, la familia se había apresurado a designar a Mona heredera del legado.

Jamás se habían visto envueltos en una crisis semejante. Durante los últimos seis meses se habían producido más «cambios» que a lo largo de toda la historia de la familia, incluida la revolución de 1700, en Santo Domingo. Estaban resueltos a nombrar una heredera antes de que otros descendientes reivindicaran sus derechos, antes de que estallasen disputas intestinas en el seno de la familia. Mona

era una niña, una niña a la que conocían, querían y sabían que podían controlar.

Michael sonrió cuando Pierce, con su proverbial ingenuidad, le explicó la situación.

—De modo que la familia cree que podrá controlar a Mona —dijo Michael.

Se hallaban en el pasillo, junto a la puerta de la habitación de Rowan. Michael no quería hablar del asunto. No apartaba la vista de Rowan, la cual seguía respirando de forma regular y acompasada.

—Eso es lo importante —respondió Pierce—. Mona es la persona más indicada. Todos lo sabemos.

Tiene unas ideas un poco alocadas, pero es una chica muy inteligente y sensata.

No dejaba de ser interesante que Pierce recalcará lo de «sensata». ¿Acaso algunos miembros de la familia estaban locos de remate? Probablemente.

—Papá quiere que sepas que esta casa seguirá siendo tuya hasta el día que mueras —continuó Pierce—. Pertenece a Rowan. En caso de producirse un milagro, me refiero a...

—Lo sé.

—Todo pasaría de nuevo a manos de Rowan y Mona sería la heredera. Aunque Rowan pudiera expresar su opinión, es la familia quien debe decidir la cuestión del legado. Durante los años en que Deirdre permanecía todo el tiempo sentada en una mecedora, sabíamos que la heredera era Rowan Mayfair, de California. Carlotta se negaba a co-operar. Esta vez queremos hacer las cosas como Dios manda. Imagino que todo esto debe de chocarte...

—No —contestó Michael—. Si me disculpas, regresaré junto a Rowan. Me pone nervioso dejarla sola.

—Pero tienes que dormir un poco.

—No te preocupes, hijo, duermo sentado en el sillón. Estoy bien. Duermo mejor que cuando tomaba todas esas pastillas. Es un sueño profundo y natural. Duermo sosteniéndole la mano.

«Y trato de no preguntarme: ¿ Por qué demonios me abandonaste, Rowan? ¿Por qué me ignoraste el día de Nochebuena? ¿Por qué no confiaste en mí? Y tú, Aaron, ¿por qué no te saltaste las normas de Talamasca y acudiste aquí?, Pero eso no era justo. Aaron le había explicado la situación: le habían ordenado que se mantuviera al margen, y se sentía culpable e impotente.

—Lamento haberte dado unas absurdas excusas en Oak Haven y haber dejado que regresaras solo a casa —le dijo Aaron—. Debí haber seguido los dictados de mi conciencia. Es el eterno dilema.

La lealtad de Aaron hacia Talamasca estaba en cuestión. Afortunadamente, quería a Beatrice y ésta le correspondía. ¿Qué sería de un hombre como él, expulsado de la organización de Talamasca?

En cualquier caso, ese apuesto gitano de ojos negros y piel dorada era Joven.

Michael cerró los ojos.

Oyó a la enfermera trajinando junto al lecho de Rowan y los débiles bips del control electrónico.

Michael detestaba esos aparatos de los que también había estado rodeado cuando permaneció en la unidad coronaria.

Ahora Rowan se encontraba a merced de esos aparatos, ella que había conducido a tantas personas a través del valle tecnomédico de lágrimas. Fuera cual fuese la falta que Rowan había cometido, estaba pagando un duro precio por ella. Michael había jurado matar a ese ser cuando lo encontraran. Nadie lograría impedirselo. Lo mataría. No cedería ante ninguna consideración de orden legal o moral, ni a ninguna presión familiar. Estaba decidido a matarlo. Ése había sido el mensaje de Julien: «Tendrás otra oportunidad.» En cuanto pudiera alejarse de la cabecera de Rowan sin preocuparse de que sucediera algo en su ausencia, cuando su situación se estabilizara, iría en busca del monstruo.

Ese ser no había conseguido copular con sus hijas..., las brujas Mayfair. Había elegido a mujeres que poseían los cromosomas adicionales, pero éstas habían abortado. ¿Cómo sabía quiénes eran las candidatas adecuadas? ¿Por su olor o porque poseían algún rasgo visible que otros no distinguían? El caso es que los médicos habían hallado numerosas anomalías en las pruebas practicadas a Gifford, Alicia y Edith, así como a las dos primas de Houston. ¿Se vería obligado a elegir a una compañera al azar? Era difícil preverlo.

Michael temía enterarse de la noticia de que se habían producido más muertes violentas. Era como una plaga desconocida que de pronto aparece en los titulares de los periódicos. Los depósitos de todo el país llenos de cadáveres de mujeres. Era espantoso imaginar que ese individuo alto y de ojos azules mataba a las mujeres con su abrazo. Pues sabían con toda certeza que su mortífero semen hacía que éstas ovularan de inmediato, que el óvulo fuera fertilizado y que el embrión se desarrollara a un ritmo anormal.

Era lo único que sabían por los análisis médicos. También sabían que él, Michael, poseía esos cromosomas, si bien permanecían inactivos. Al igual que Mona, en quien también permanecían inactivos, y Paige Mayfair, de Nueva York, y la anciana Evelyn, y Gerald, y Ryan.

La familia estaba llevando la situación bastante bien, pensó Michael, aunque ya no estaban muy seguros de si Clancy y Pierce debían casarse, puesto que ambos poseían también los cromosomas adicionales. ¿Qué iba a hacer Michael con Mona? ¿Se atrevería a volver a tocarla? Ambos poseían esa anomalía. ¿En qué medida influiría ello en su relación? ¿Qué había tenido más peso en el nacimiento de Lasher, la anomalía cromosómica o el hecho de que su alma se había adueñado de su cuerpo? ¿Qué derecho tenía Michael a tocar a Mona? Eso era agua pasada. Se había terminado en cuanto Michael vio a Rowan postrada en la camilla. Ya se había divertido bastante en su vida. Estaba

dispuesto a permanecer sentado en ese sillón para siempre, observándola, haciéndole compañía.

No obstante, según afirmaban los médicos, existían razones fundas — das para que Clancy y Pierce hicieran caso omiso de las pruebas genéticas y confiaran en la naturaleza. Las hermanas de Pierce no poseían una doble hélice más larga de lo normal. Tenían unos genes adicionales, pero no era lo mismo. Ryan y Gifford también poseían unos genes adicionales y, sin embargo, no habían engendrado un monstruo. Michael había tenido numerosas amantes, y si hace años su amiga no hubiera decidido abortar, en contra de los deseos de él, lo más probable es que hubiesen tenido un hijo perfectamente normal.

El análisis forense de la estructura genética de Deirdre había indicado que ésta no poseía los cromosomas adicionales; pero había tenido una hija que sí los poseía. ¿Acaso las personas que presentaban esa anomalía cromosómica debían abstenerse de procrear?

—Ese ser nació en Navidad. Rowan y yo no lo creamos. Creamos un feto, y ese diabólico ser lo arrebató de las manos de Dios y se adueñó de él. No se desarrolló aun ritmo anormal dentro del cuerpo de Rowan, no la hizo abortar hasta que ese ser penetró en él.

De las manos de Dios. Era muy extraño que Michael utilizara la palabra «Dios». Cuanto más tiempo permanecía en esta casa, cuanto más tiempo permanecía en Nueva Orleans, y todo parecía indicar que se quedaría aquí para siempre, más normal se le antojaba el concepto de Dios.

Sea como fuere, el material genético había sido descubierto hacía poco. Un pequeño grupo de médicos contratados por la familia trabajaban contra reloj para resolver el misterio.

Nada les sucedería a estos médicos. Sólo Ryan y Lauren conocían el lugar donde se encontraban, sus nombres, el laboratorio en el que trabajaban. Los de Talamasca, en

quienes Aaron ya no confiaba y de quienes sospechaba que eran capaces de las mayores atrocidades, no sabían nada.

—No te empecines, Aaron-le había dicho Michael esta tarde—. Lasher pudo haber matado a esos dos médicos. Pudo haber matado a cualquiera que tuviese pruebas contra él.

—Es un individuo, Michael, no puede estar en dos sitios a la vez. Créeme, un hombre como yo no hace este tipo de afirmaciones sin estar muy seguro de lo que dice, y menos aún sobre una organización a la que ha consagrado toda su vida.

Michael no insistió. Pero no le gustaba la idea. Por otra parte, de haber podido quedarse a solas con él le habría revelado algo importante. Pero fue imposible. Cuando Aaron se había presentado por la mañana iba acompañado de Yuri, el chico gitano, del infatigable Ryan y del doble clónico de éste, su hijo Pierce. Michael consultó su reloj. Las diez y media. Era la noche de bodas de Aaron.

Michael se reclinó hacia atrás, pensando si sería oportuno que llamara para felicitarles. Por supuesto, Aaron y Beatrice no tenían intención de irse de luna de miel. Era impensable. Pero el caso es que habían contraído matrimonio, que a partir de ahora vivirían legalmente bajo el mismo techo y que toda la familia se sentía satisfecha, según le habían asegurado los primos que habían ido a visitarle aquel día.

Tenía que enviarle un mensaje a Aaron. Sin falta. Debía procurar acordarse de todo y estar preparado, sin dejarse vencer por su agotamiento.

Michael se volvió y abrió el cajón superior de la cómoda sin hacer ruido. La pistola era una preciosidad. Le habría encantado ir a una galería de tiro para practicar con ella. Curiosamente, Mona también era aficionada al tiro al blanco. Según le contó, Gifford y ella solían practicar en un extraño lugar de Gretna, donde se ponían unos protectores en los

oídos y los ojos y disparaban contra unas dianas de papel en unos largos recintos de hormigón.

Junto a la pistola había un bloc que Michael había guardado en el cajón hacía unas semanas. Y un bolígrafo negro. Perfecto. Michael sacó el bloc y el bolígrafo y cerró el cajón.

Querido Aaron:

Le pediré a alguien que te entregue esta nota, puesto que no tendré ocasión de decirte esto personalmente. Sigo pensando que te equivocas sobre T. No creo que hicieran esas cosas. Pero existe otra opinión que viene a corroborar la mía y que debes conocer.

Te adjunto el poema que Julien me recitó, el poema que la anciana Evelyn le recitó a él hace más de setenta años. No puedo ir a ver a Evelyn para preguntarle si lo recuerda. Según me han contado, apenas habla ni razona. Quizá puedas preguntárselo tú mismo. Éste es el poema que tengo grabado en la mente:

Se alzará un ángel malvado y vendrá uno que es todo bondad. Entre ambos aparecerá la bruja,, dejando la puerta abierta de par en par. Sembrarán el dolor y el sufrimiento, la sangre y el terror.

Y el edén primaveral se convertirá en un valle de lágrimas. Guárdate de quienes te vigilan en ese momento supremo, no franquees la entrada a los médicos.

Los eruditos se alimentarán del mal y los científicos lo ensalzarán. Deja que el diablo narre su historia, deja que suscite ira de los ángeles. Haz que los muertos resuciten y los alquimistas huyan. Mata a los seres que no son humanos con instrumentos toscos y crueles, a fin de que sus atormentadas almas consigan alcanzar la luz.

Aniquila a los hijos del mal, no te apiades de sus inocentes sonrisas, pues de otro modo la primavera no brillará, ni reinarán los nuestros en el edén.

Después de escribirlo lo leyó. Tenía una letra horrorosa, pero in-teligible. Michael trazó un círculo alrededor de las

palabras «erudi-tos» «científicos» y «alquimistas».

Luego añadió: «Julien también sospechaba, debido a un extraño episodio acaecido en una iglesia de Londres. Ese dato no consta en tus archivos.»

A continuación dobló la cuartilla y se la guardó en el bolsillo. Se la confiaría a Pierce o a Gerald, los cuales probablemente aparecerían antes de medianoche. O quizás a Hamilton, que estaba descansando en el jardín. Hamilton era un buen tipo.

Se guardó el bolígrafo en el bolsillo y extendió la mano izquierda para acariciar la de Rowan. De pronto Michael notó un ligero movimiento y se incorporó bruscamente.

—No es más que un reflejo, señor Curry —dijo la enfermera, sentada en las sombras—. Sucede de vez en cuando. Si estuviera conectada aun aparato, la aguja se habría movido como loca, pero no significa nada.

Michael se reclinó hacia atrás, sin soltarle la mano, negándose a admitir que ésta continuara tan fría e inerte como antes. Observó el perfil de Rowan. Le pareció que se había vuelto levemente hacia la izquierda, pero quizás estaba equivocado. O puede que la enfermera le hubiera alzado la cabeza. O puede que él estuviera soñando.

Luego notó que los dedos de Rowan se cerraban de nuevo sobre los suyos.

—Me ha apretado la mano —dijo Michael—. Encienda la luz.

—No significa nada, no se torture —respondió la enfermera.

Ésta se acercó a la cama y apoyó los dedos en la muñeca derecha de Rowan. Luego sacó una pequeña linterna del bolsillo, se inclinó sobre Rowan y examinó sus pupilas.

Tras unos minutos, la enfermera retrocedió unos pasos, meneando la cabeza.

Michael se sentó de nuevo. «De acuerdo, cariño. Voy a atraparlo. Voy a matarlo. Voy a destruirlo. Pondré fin a su breve vida mortal. Nada me lo impedirá. Nada.» Luego le

besó la palma de la mano, pero Rowan no se movió. Michael volvió a besarle la mano y la depositó sobre el lecho.

Era terrible pensar que quizá Rowan no quería que la tocara, no quería que encendieran la lámpara o las velas, no quería que se le acercara nadie; pero estaba encerrada en sí misma y no podía expresarlo.

—Te quiero, amor mío —murmuró Michael—. Te quiero con toda mi alma.

El reloj dio las once. Qué extraño. Las horas tan pronto transcurrían lentamente como volaban.

Rowan seguía respirando de forma regular y acompañada. Michael se arrellanó en el sillón y cerró los ojos.

Pasada la medianoche Michael alzó de nuevo la vista. Consultó su reloj y luego miró a Rowan. Le pareció que se había movido ligeramente. La enfermera estaba sentada ante la mesita de caoba, escribiendo, como de costumbre. Hamilton estaba sentado en un rincón, leyendo bajo una pequeña luz proyectada desde el techo.

Parecía como si Rowan... La enfermera se reiría de él. Sin embargo...

El guardia estaba fuera, en el porche, de espaldas a la ventana cerrada.

En la habitación había otra persona. Era Yuri, el gitano de ojos, rasgados y cabello negro. Miró a Michael sonriendo y durante unos instantes éste se sintió incómodo, desconcertado. Pero el joven tenía una expresión bondadosa, casi beatífica, como Aaron.

Michael se levantó y le indicó a Yuri que lo siguiera. Una vez en el pasillo, Yuri dijo:

—He venido de parte de Aaron. Me ha encargado que le diga que está feliz de haberse casado y que recuerde lo que le dijo. No debe permitir que entre ningún miembro de Talamasca, absolutamente ninguno. Advierta a los guardias que no deben franquear la entrada a ningún desconocido. Lo cierto es que no querían dejarme pasar.

—De acuerdo —contestó Michael.

Se volvió e hizo un breve gesto que la enfermera interpretó de inmediato. Michael quería que le tomara el pulso y la tensión antes de ausentarse unos minutos de su lado.

La enfermera obedeció.

—No hay ningún cambio —dijo. —¿Está segura?

—Sí, señor Curry —respondió la enfermera secamente.

Ambos hombres bajaron la escalera. Yuri seguía a Michael, el cual se sentía algo mareado.

Supuso que era porque no había probado bocado desde hacía varias horas, pero luego recordó que alguien le había llevado una bandeja con abundante comida.

Michael salió al porche y llamó a los guardias que estaban apostados junto a la verja. Los cinco agentes uniformados acudieron apresuradamente. Yuri les dijo que no dejaran entrar a ningún miembro de Talamasca, excepto Aaron Lightner y él mismo. Luego les mostró su pasaporte.

—Ya conocen a Aaron —dijo.

Los guardias asintieron.

—No deben franquear la entrada a ningún extraño. Hemos incluido los nombres de las enfermeras en una lista de personas que pueden pasar.

Michael acompañó a Yuri hasta la verja. Se sentía cansado y el aire puro le sentó bien.

—Conseguí convencer a los guardias de que me dejaran pasar —dijo Yuri—. No quiero crearles problemas, pero recuérdelos que no deben dejar entrar a ningún extraño. Ni siquiera me preguntaron mi nombre.

—Descuide, lo haré —respondió Michael.

Se volvió y dirigió la vista hacia el dormitorio principal. La primera noche que lo contempló, ardían unas velas detrás de las persianas. Luego miró una pequeña ventana situada debajo de éste, la cual daba acceso a la biblioteca. Era la ventana a través de la cual casi había conseguido penetrar el espíritu.

—Espero que aparezcas —murmuró con amargura, confiando en que lo oyera Lasher, su viejo y misterioso amigo. —¿Tiene la pistola que le dio Mona? —preguntó Yuri.

—Sí, arriba. ¿Cómo sabe que me dio una pistola?

—Ella misma me lo dijo —contestó Yuri—. Llévela en el bolsillo. No se separe de ella. Tiene muchos motivos para ir siempre armado. Y uri señaló una figura que se ocultaba en las sombras, al otro lado de la calle Chestnut, junto a una tapia. —Pertenece a la organización Talamasca —dijo.

—Creo que usted y Aaron se equivocan, Yuri —dijo Michael—. No niego que esa gente se comporta de forma sospechosa, pero no creo que sean peligrosos. Es comprensible que esté usted enojado, pero ¿cree realmente que los de Talamasca son capaces de matar? He hecho ciertas indagaciones sobre esa organización. Al igual que Ryan Mayfair, antes de que me casara con Rowan. Talamasca está constituida por bibliófilos y lingüistas, medievalistas y funcionarios.

—Una excelente descripción. ¿Son palabras tuyas?

—No lo sé. No lo creo. Me parece que se lo solté a Aaron un día que estaba enfadado. No, en serio, es a Lasher a quien debemos temer, a quien debemos tratar de capturar Michael sacó la cuartilla del bolsillo y añadió—: Casi lo había olvidado. Entréguele esto a Aaron. Si quiere puede leerlo. Es un poema. No lo he escrito yo. No es necesario que lo haga esta misma noche, pero le agradecería que se lo entregara cuanto antes. Supongo que le parecerá un encargo un tanto extraño, pero deseo que lo vea. Quizá tenga algún sentido para él.

—De acuerdo. Me reuniré con él dentro de una hora. Pero no lo-vide coger la pistola. ¿Vea ese hombre? Se llama Clement Norgan. No hable con él. No deje que se le acerque. —¿Ni siquiera puedo preguntarle qué demonios está haciendo ahí?

—Exactamente. No permita que entable conversación con usted, pero no le pierda de vista.

—Eso suena muy católico, muy al estilo de Talamasca —respondió Michael—. No hables con el diablo, no tengas tratos con el espí-ritu del mal.

Yuri se encogió de hombros, sonriendo levemente. Luego se volvió y miró hacia el lugar donde se ocultaba Clement Norgan. Michael apenas entreveía su silueta. Tiempo atrás lo habría distinguido con toda claridad, pero su vista se había debilitado con el paso de los años. Sabía que había un individuo observándoles. De pronto se le ocurrió que tal vez Lasher estuviera también oculto entre las sombras, vigilando, aguardando.

Pero ¿con qué fin? —¿Qué piensa hacer, Yuri? —preguntó Michael—. Aaron me ha dicho que los han expulsado a ambos de la organización.

—Aún no lo he decidido —contestó Yuri sonriendo satisfecho—Me gusta saber que soy libre para hacer lo que me convenga. Puedo emprender algo totalmente distinto a lo que he hecho hasta ahora.

—Su rostro adoptó de pronto una expresión seria y añadió suavemente—: Por primera vez me doy cuenta de que tengo un destino. —¿Cuál? —Descubrir por qué hemos sido expulsados de Talamasca. Averiguar quién tomó la decisión. No me lo diga, ya sé que suena muy gubernamental, muy típico de la CIA. Esta noche estuve en casa de Mona Mayfair, la cual me permitió que utilizara su ordenador.

Traté de acceder a los archivos de la casa matriz, pero los códigos estaban bloqueados. No deja de ser extraño que hayan modificado todos los códigos simplemente para impedirme acceder a ellos.

Quizás es lo que suele hacerse en estos casos, pero me parece un disparate. Michael asintió. Para él, las cosas eran mucho más simples. Había decidido matar a Lasher. Pero no tenía por qué revelar a nadie sus intenciones.

—Dígale a Aaron que lamento no haber podido asistir a su boda. Me hubiera gustado estar presente.

—Descuide, se lo diré. Tenga cuidado, permanezca muy atento. Recuerde que tiene dos enemigos.

Tras estas palabras Yuri se alejó apresuradamente. Atravesó la calle Chestnut en un par de zancadas y desapareció por un recodo de la calle Primera sin volverse para mirar a Norgan.

Michael subió los escalones y llamó al guardia que estaba apostado junto a la puerta.

—No le quite la vista de encima a ese individuo —dijo, señalando a Norgan.

—No se preocupe, es un detective privado contratado por la familia. —¿Está seguro?

—Sí. Nos ha mostrado su tarjeta de identificación.

—No lo creo —contestó Michael—. Yuri lo conoce. No es un de-tective privado. ¿Les ha dicho alguien de la familia que lo habían contratado para vigilar la casa?

—No —respondió el guardia, visiblemente nervioso—. Me mostró su identificación. Tiene usted razón. Ryan o Pierce Mayfair de-bieron advertirnos que lo habían contratado.

—Claro.

Michael sintió deseos de pedirle al guardia que llamara a ese individuo, o de dirigirse él mismo hacia el lugar donde se hallaba. Pero recordó la extraña advertencia que le había hecho Yuri: «No permita que entable conversación con usted.» —¿Conoce usted a los agentes que lo sustituirán cuando termine de trabajar? —preguntó Michael al guardia—. ¿Sus nombres, sus rostros?

—Sí, los conozco a todos. Y también a los compañeros que vigilan la parte posterior de la casa.

Conozco a los del turno de la tres de la tarde ya los que entran a trabajar a las doce de la noche.

Tengo sus nombres. Sé que debí haber interrogado a ese tipo. Descuide, le obligaré alargarse de aquí. Me dijo que trabajaba para los Mayfair.

—No, basta con que le vigile. Es posible que Ryan contratara sus servicios y olvidara comunicárselo. No lo pierda de vista y no deje pasar a nadie sin avisarme.

—Sí, señor.

Michael entró de nuevo en la casa y cerró la puerta tras él. Durante unos momentos permaneció apoyado en la puerta, contemplando el vestíbulo, la gran entrada que daba acceso al comedor y los vistosos murales que lo decoraban.

—¿Qué va a suceder, Julien? —murmuró—. ¿Cómo acabará todo esto?

Al día siguiente la familia se reuniría en el comedor para debatir esa cuestión. Suponiendo que aún no hubiera aparecido el misterioso individuo, ¿qué podían hacer? ¿Qué obligaciones tenían hacia los otros? ¿Cómo debían abordar este asunto?

«Actuaremos de acuerdo con los datos de que disponemos —le había dicho Ryan—. Como abogados, sabemos perfectamente lo que debemos hacer. Ese individuo secuestró y abusó de Rowan.

Es cuanto debemos explicar a las autoridades.»

Michael sonrió y empezó a subir la larga escalinata. «No cuentes los escalones —se dijo—, no pienses en el dolor del pecho ni que te sientes mareado.»

Iba a ser muy divertido colaborar con «las autoridades» y al mismo tiempo tratar de mantener esto en secreto. Michael imaginaba los titulares si la prensa llegaba a enterarse del asunto. El menor comentario se convertiría en una burda afirmación acerca de que ese hombre era un «satanista», miembro de una violenta y peligrosa secta.

Luego pensó en el «espíritu luminoso», «el hombre» que había visto detrás de la cuna en Navidad y, en otra ocasión, observándole desde el jardín. Recordaba la radiante expresión de su rostro.

«¿Qué se siente, Lasher, al estar perdido mientras todo el mundo te busca? ¿Te sientes acaso como una aguja en un pajar en lugar de como un poderoso espectro? Hoy en día,

disponen de todo tipo de sofisticados métodos para hallar una aguja en un pajar. Sin embargo, eres más bien como la esmeralda de la familia, perdida en un joyero. No será difícil tenderte una trampa, capturarte, encerrarte como nadie logró hacerlo jamás mientras eras el demonio de Julien.»

Michael se detuvo junto a la puerta del dormitorio. Todo seguía como cuando él se había marchado. Hamilton estaba leyendo y la enfermera examinaba el gráfico. Las velas emanaban un dulce y exquisito aroma, mientras que la figura de la Virgen arrojaba una leve sombra sobre el rostro de Rowan, otorgándole una falsa animación.

Cuando se disponía a ocupar su viejo sillón, observó un movimiento en el dormitorio situado al final del pasillo. «Debe de tratarse de la otra enfermera», pensó Michael. No obstante, decidió ir a comprobarlo.

Durante unos instantes se quedó perplejo. Ante él vio a una mujer alta, de cabello gris, vestida con un camisón de franela. Presentaba un aspecto demacrado, tenía los ojos febriles y la frente alta y despejada. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros. El camisón le llegaba a los tobillos e iba descalza. De pronto Michael sintió un agudo dolor en el pecho.

—Soy Cecilia —dijo la mujer en tono resignado—. Ya lo sé, algunos Mayfair parecemos fantasmas.

Si quieres, iré a hacerle compañía a Rowan. He dormido ocho horas. ¿Por qué no te acuestas y descansas un rato?

Michael negó con la cabeza. Se sentía ridículo, aunque aún no se le había pasado el susto.

Lamentaba haber ofendido a la pobre Cecilia.

Al cabo de unos instantes, dio media vuelta y regresó junto a Rowan. Su Rowan. —¿Qué es esa mancha que tiene mi esposa en el camisón? —le preguntó Michael a la enfermera.

—Deben de ser unas gotas de agua —respondió ésta, aplicando una toalla sobre el pecho de Rowan—.

Acabo de refrescarle la frente y los labios. ¿Desea que le dé un masaje, que mueva sus brazos para que no pierdan elasticidad?

—Sí. Haga lo que le parezca oportuno. Así no se aburrirá. Si mi esposa muestra el menor... —Por supuesto.

Michael se sentó y cerró los ojos. Al cabo de un rato notó que le vencía el sueño. Julien le decía algo. Recordaba la larga historia que éste le había contado, la imagen de Marie Claudette y sus seis dedos. En la mano izquierda tenía seis dedos. Rowan tenía unas manos largas y delicadas. Las manos de un cirujano. ¿Y si Rowan hubiera hecho lo que deseaba Carlotta Mayfair, lo que deseaba su madre? ¿Y si no hubiera regresado a casa?

Michael se despertó sobresaltado. En aquellos momentos la enfermera levantó suavemente el pie de Rowan y empezó a aplicarle una loción. Las piernas se le habían quedado delgadas como palos.

—Esto impedirá que se llague. Es preciso aplicarle esta loción todos los días. No olvide advertírselo a las otras enfermeras. Lo anotaré en el historial clínico, pero recuérdesele a mis compañeras.

—De acuerdo —respondió Michael.

—Debe de haber sido una mujer muy hermosa —observó la enfermera, meneando la cabeza con tristeza.

—Todavía es una mujer muy hermosa —contestó Michael suavemente.

No lo dijo enojado; sólo para dejar las cosas en su sitio.

Él quería hacerlo de nuevo. Emaeth no quería dejar de bailar. El edificio estaba desierto; eran los únicos que estaban ahí. Ella no bai-laba, excepto en su sueño. Al abrir los ojos lo vio. La música sonaba, la había oído en sueños, y él insistía en quitarle los largos pantalones y penetrarla de nuevo.

A ella no le importaba que lo hiciera, pero debía marcharse a Nueva Orleans. Tenía que partir. Había oscurecido, era de noche. Las estrellas iluminarían los campos, el pantano, la lisa carretera con sus cables plateados y sus blancas luces. Tenía que ponerse en marcha.

—Vamos, bonita.

—Ya te lo he dicho, no podemos engendrar una criatura —respondió ella—. Es imposible.

—De acuerdo, no me importa. Anda, tesoro, ¿quieres que quite la música? Toma, te he traído un poco de leche. Me dijiste que querías beber leche, ¿recuerdas? Te he traído también un helado.

—Hummm, debe de estar muy rico —dijo ella—. Baja el volumen de la radio.

Sólo era capaz de moverse cuando disminuía el volumen de la música, la cual le martilleaba el cerebro como un pez brincando en un pequeño estanque, tratando de hacerse más grande. Era irritante, pero no insoportable.

Emaeth quitó la tapa de la botella de plástico y empezó a beber ávidamente. ¡Qué buena estaba la leche! No tenía la calidez y el sabor natural de la leche materna, pero estaba muy rica. Era una lástima que su madre no hubiera podido amamantarla durante más tiempo. Ansiaba estar entre los brazos de su madre y beber su leche. Cuando pensaba en su madre sentía una profunda angustia y deseos de llorar.

Había obtenido toda la leche que su madre podía darle, la cual había permitido crecer y desarrollarse. Sólo había abandonado a su madre cuando se vio obligada a hacerlo.

Confiaba en que las personas morenas hubieran hallado a su madre y la hubieran enterrado como es debido, entonando unos cánticos y arrojando tierra y flores sobre la sepultura. Su madre no volvería a despertar. Su madre no volvería a hablar. Sus pechos no volverían a contener leche. Ella se la había bebido toda, hasta la última gota. ¿Estaría muerta su madre? Pensó que debía ir a ver a Michael y contarle lo que su madre le había dicho. Emaeth experimentó una sensación de ternura al pensar en Michael y en el amor de su madre hacia él. Luego iría a Donnelaith. ¿Y si su padre la estaba aguardando allí?

Tomó otro trago de leche mientras él la observaba sonriendo y subía el volumen de la radio. Bum, bum bum. Emaeth dejó caer la botella y se limpió los labios. Tenía que partir.

—Debo marcharme —dijo.

—Todavía no, cariño —contestó él, sentándose junto a ella y apartando la botella de leche—. ¿Te apetece un poco de helado? Si te gusta la leche deben de gustarte los helados.

—Nunca los he probado —respondió ella.

—Pruébalo, te encantará —dijo él, abriendo el envase y ofreciéndole una cucharada de helado.

Estaba riquísimo. Era dulce y tenía un sabor muy parecido ala leche de su madre, pensó Emaeth, estremeciéndose de gozo. Cogió el helado y lo devoró mientras tarareaba al son de la música. Estaba totalmente abstraída en el exquisito helado y la música. Se hallaban solos en el pequeño edificio, sentados en el suelo. Los demás bailarines se habían ido. Él la había penetrado, haciendo que sangrara un poco.

—Ha muerto. —¿Cómo dices?,

—Me refiero a la criatura. No puedo engendrar hijos con los hombres, sólo con mi padre. —¡Ja, ja! No se lo digas a nadie.

Ella no le entendió. Parecía sentirse contento y satisfecho. Había sido muy amable con ella. Era evidente que admiraba su belleza. No hacía falta que lo dijera; lo demostraba con la forma de mirarla embobado. Y le entusiasmaba su aroma. Le hacía sentirse rejuvenecido.

Él la obligó a ponerse en pie. El helado cayó al suelo. A ella le gustaba que la estrechara entre sus brazos, haciéndola girar suave-mente. De pronto recordó el tañido de la campana en el valle. ¿No oyes esa campana? Es para alejar al demonio. ¿No la oyes?

Él la abrazó con fuerza y ella notó que le dolían los pechos.

—Has hecho que me suba la leche —murmuró, retrocediendo y tratando de borrar la música de su mente—. Mira.

Emaeth se desabrochó los botones de la camisa y se oprimió un pezón.

Al estrujarse el pecho brotaron unas gotitas de leche. Emaeth quería mamar, pero no podía beber su propia leche. Él había hecho que la criatura que llevaba en su vientre muriera y que le subiera la leche. La leche no desaparecería hasta que él cesara de copular con ella. Pero ¿y si no dejaba de hacerlo? No tenía importancia. Cuando ella se reuniera con su padre en el Principio, convenía que tuviera los pechos rebosantes de leche. Pariría un sinfín de hermosas y hambrientas criaturas, hasta llenar el valle de niños, como antes de que los expulsaran de la isla.

Emaeth se arrodilló y cogió la botella de leche. La música casi hizo que perdiera el sentido.

Bebió con avidez hasta apurar la botella.

—Hay que ver lo que te gusta la leche —dijo el hombre.

—Sí, mucho —respondió ella.

Al cabo de unos segundos ya no lograba recordar lo que él acaba-ba de decirle. La música la ofuscaba. Le rogó que bajara el volumen. Él la obligó a tumbarse en el suelo y dijo:

—Quiero volver a hacer el amor contigo.

—De acuerdo —contestó ella—. Pero volveré a sangrar. —Los pechos le dolían, pero no tenía importancia—. Recuerda que no podemos tener un hijo.

—Mejor —respondió él—. Eres maravillosa, la chica más dulce y más guapa que... jamás... he conocido.

La reunión convocada en el comedor comenzó a la una. Las enfermeras habían prometido avisar a Michael si se producía el menor cambio.

No era necesario encender la luz en el comedor, pues los rayos del sol penetraban a raudales por las ventanas orientadas al sur, e incluso por la ventana del norte que daba a la calle. Los murales de Riverbend exhibían una mayor riqueza de detalle que bajo la luz de la araña. Sobre una mesa auxiliar relucía una cafetera de plata maciza. Junto a la pared, frente a la valla blanca de la plantación, había numerosas sillas dispuestas.

Los Mayfair estaban sentados alrededor de la mesa ovalada, tensos, en silencio. El médico tomó la palabra.

—Rowan está estabilizada. Tolerancia perfectamente la dieta líquida. Su circulación sanguínea ha mejorado. Orina normalmente. Tiene el corazón fuerte. Aunque no podemos confiar en que se recupere, Michael desea que nos comportemos como si Rowan fuera a restablecerse; es decir, que hagamos cuanto sea posible para estimularla y que se sienta cómoda. Eso significa música en la habitación, poner la radio, la televisión, vídeos, y, por supuesto, hablar de temas amenos y sin alterarse. Las enfermeras deben hacerle masajes en los brazos y las piernas todos los días, peinarla como es debido y hacerle la manicura. En resumidas cuentas, procurar que presente un aspecto pulcro y aseado, como si estuviera consciente. Rowan dispone de medios suficientes para estar perfectamente atendida.

—Pero podría salir del coma —dijo Michael—. Podría suceder...

—Sí —respondió el médico—. Siempre es posible. Pero no es probable.

Todos se mostraron de acuerdo en que debían hacer cuanto pudieran por ayudarla. Cecilia y Lily expresaron su satisfacción ante esas medidas, pues se habían sentido un tanto inútiles e impotentes tras permanecer toda la noche junto a su cabecera. Beatrice dijo que sin duda Rowan sentiría el cariño con que todos la atenderían. Mi-chael les preguntó si sabían qué clase de música le gustaba a Rowan, pues él lo ignoraba.

El médico añadió:

—Seguiremos alimentándola por vía intravenosa mientras su organismo pueda metabolizar adecuadamente la comida. Es posible que llegue un momento en que, debido a problemas con el hígado y los riñones, no podamos alimentarla de esa forma, pero no quiero adelantarme a los acontecimientos. De momento, Rowan está recibiendo una dieta equilibrada. Esta mañana la enfermera me aseguró que había sorbido un poco de líquido a través de una paja. Seguiremos ofreciéndoselo. Pero, amenos que pueda comer de esa forma, cosa que dudo, continuaremos alimentándola a través de la vena.

Todos manifestaron su aprobación.

—Sólo sorbió unas gotas de líquido —dijo Lily—. Es como los reflejos de un niño.

—Esos reflejos pueden ser recompensados y reforzados —respondió Mona—. Quizá le guste el sabor de la comida.

—Es posible —dijo Pierce—. Podríamos proporcionarle periódicamente...

El médico asintió e hizo un gesto para reclamar la atención de los presentes.

—En caso de que el corazón de Rowan se detuviera, no la reanimaremos por medios artificiales —dijo—. Nadie le administrará una inyección ni oxígeno. Aquí no disponemos de un respirador automático. Dejaremos que muera, aceptando la voluntad de Dios. Esta situación podría prolongarse indefinidamente o terminar en el momento más imprevisible. Algunos pacientes como Rowan consiguen

sobrevivir durante años. Unos se restablecen, es cierto, y otros mueren al cabo de unos días. Lo único que puedo decir es que el cuerpo de Rowan se está recuperando de las heridas y de la desnutrición que padeció. Pero el cerebro..., el cerebro no puede restaurarse del mismo modo.

—Pero podría vivir en otra época —dijo Pierce—, en una era en la que se produjeran importantes descubrimientos.

—Desde luego —contestó el doctor—. y examinaremos todas las posibilidades médicas. Mañana iniciaremos unas consultas neurológicas. Haremos que visiten a Rowan los mejores neurólogos. Nos reuniremos periódicamente a fin de comentar el tratamiento que debemos aplicarle. Estaremos siempre abiertos a la posibilidad de un procedimiento quirúrgico u otro experimento que sea capaz de restaurar las funciones cerebrales de Rowan. Pero debo advertirles, amigos míos, que no es probable que ello suceda. Existen infinidad de pacientes en todo el mundo que se hallan en la misma situación que Rowan. El encefalograma confirma que apenas existe actividad cerebral. —¿No podrían trasplantarle un pedazo del cerebro de otra persona? —preguntó Gerald.

—Me ofrezco como donante voluntaria —dijo Mona secamente—. Pueden tomar todas las células que necesiten. Me sobran células cerebrales.

—No es necesario que te pongas sarcástica, Mona —le recriminó Gerald—. Era una simple...

—No me pongo sarcástica —replicó Mona—. Sugiero que nos informemos sobre el tema antes de decir tonterías. No se practican trasplantes cerebrales. En todo caso, no el tipo de trasplante que Rowan necesitaría. Rowan se ha convertido en un vegetal, ¿no lo entiendes?

—Por desgracia, es cierto —dijo el médico suavemente—. Se halla sumida en un estado vegetativo persistente. Debemos y podemos rezar para que suceda un milagro. Es posible que llegue el momento en que debemos tomar la decisión de suprimir la administración de fluidos y lípidos.

Pero en este momento tal decisión equivaldría a asesinarla. No podemos hacerlo.

Tras estrechar la mano de los presentes, quienes le agradecieron su colaboración, el doctor se dirigió hacia la puerta principal.

Ryan ocupó la silla situada en la cabecera de la mesa. Se sentía más descansado que ayer y dispuesto a presentar su informe.

Aún no tenían noticias del individuo que había secuestrado a Ro-wan. No se habían producido más ataques contra mujeres de la familia Mayfair.

Habían decidido notificar a las autoridades la existencia de ese «hombre», aunque ocultando ciertos pormenores.

—Hemos hecho un dibujo del individuo, que Michael ha aprobado. Le hemos añadido pelo, barba y bigote, de acuerdo con la descripción de los testigos. Hemos solicitado que se curse una orden de búsqueda y captura. Pero ninguno de los presentes, absolutamente ninguno, debe comentar este asunto fuera del ámbito familiar. Nadie proporcionará a las autoridades que colaboren con nosotros más información que la estrictamente necesaria.

—Si empezamos a hablar sobre demonios y espíritus sólo conseguiremos perjudicar la marcha de las investigaciones —dijo Randall.

—Se trata de un hombre —dijo Ryan—, un hombre que camina, habla y va vestido como los demás hombres. Disponemos de numerosas pruebas circunstanciales que indican que ese individuo secuestró y mantuvo prisionera a Rowan. No es necesario aportar pruebas químicas en estos momentos.

—O sea, que debemos ocultar lo de las muestras de sangre —dijo Mona.

—Exactamente —contestó Ryan—. Cuando hayamos logrado atrapar a ese individuo, aportaremos los datos que sean necesarios. Él mismo constituye una prueba viviente de lo que afirmamos. Ahora le cedo la palabra a Aaron.

Michael observó que Aaron se sentía incómodo. Había permanecido en silencio durante toda la reunión. Estaba sentado junto a Beatrice, la cual le tenía agarrado del brazo, como si quisiera protegerlo. Llevaba un traje azul marino que encajaba en el sobrio estilo de la familia, como si hubiera decidido renunciar a sus acostumbradas chaquetas de mezclilla. No parecía inglés sino más bien un americano del Sur, pensó Michael. Aaron movió la cabeza como para indicar que se hacía cargo de lo que sentían en aquellos momentos.

—Lo que deseo decirles no creo que os sorprenda —dijo—. He roto mis vínculos con la organización Talamasca. Al parecer, algunos miembros de nuestra Orden han traicionado la confianza de esta familia. Os pido que a partir de ahora os neguéis a colaborar con cualquiera que afirme estar relacionado con ella.

—No ha sido culpa de Aaron —terció Beatrice.

—Es curioso que digas eso —observó secamente Fielding, el cual, al igual que Aaron, no había desplegado los labios durante toda la reunión.

Todos los asistentes se volvieron hacia él, como solía suceder cada vez que tomaba la palabra. Iba vestido con un traje marrón a rayas de color rosa tan viejo como él y parecía dispuesto a ejercer el privilegio de los ancianos: decir exactamente lo que pensaba.

—Supongo que estarás de acuerdo en que fuiste tú quien inició todo esto —dijo, dirigiéndose a Aaron.

—No es cierto —replicó éste sin perder la calma.

—Por supuesto que es cierto —insistió Fielding—. Tú te pusiste en contacto con Deirdre Mayfair cuando estaba encinta de Rowan. Tú...

—Esas acusaciones me parecen inútiles e inoportunas —declaró Ryan—. Los Mayfair tenemos por costumbre investigar todo lo relacionado con las personas que entran a formar parte de la familia a través del matrimonio e incluso lo referente a aquellas con las que mantenemos una relación

de amistad o de negocios. Todos nosotros, aunque me disguste reconocerlo, investigamos a fondo los antecedentes de Aaron cuando lo conocimos. No tiene la culpa de lo ocurrido. Es, como él mismo afirma, un erudito que se ha dedicado a observar a esta familia debido a su acceso a ciertos documentos históricos relacionados con ella, un hecho que no ha tratado de ocultar en ningún momento. — ¿Estás seguro de ello? —inquirió Randall—. La historia de la familia, tal como la conocemos nosotros, es la historia que nos ha presentado ese hombre, el célebre informe sobre las brujas Mayfair, como él mismo lo ha titulado. Y ahora nos vemos envueltos en unos hechos que parecen corroborar lo contenido en dicho documento.

—De modo que los dos os habéis puesto en contra de él —dijo Beatrice fríamente.

—Esto es ridículo —intervino Lauren—. ¿Acaso pretendes insinuar que Aaron Lightner es responsable de los hechos que él describe en su informe? ¿Es que no recuerdas las cosas que tú mismo has visto y oído?

—Carlotta llevó acabo una investigación sobre la organización Talamasca en la década de los cincuenta —la interrumpió Ryan—. Buscaba unos motivos legales para querellarse contra la organización, pero no los halló. No existe la menor prueba de que sus miembros hayan intentado conspirar contra nosotros. Lauren tomó de nuevo la palabra con firmeza, sofocando las otras voces que se esforzaban en hacerse oír.

—Es inútil seguir hablando del tema —afirmó—. Nuestra labor es bien sencilla: debemos ocuparnos de Rowan, y descubrir el paradero de ese individuo. —Miró a los demás detenidamente; en primer lugar a los que estaban a su derecha, seguidamente a los que estaban a su izquierda, luego a los que estaban sentados delante de ella y por Último a Aaron. A continuación prosiguió—: El documento Talamasca nos ha prestado una inestimable ayuda a la hora de estudiar la historia de nuestra familia.

Todos los datos susceptibles de ser verificados han demostrado ser auténticos. —¿Qué diablos significa eso? —preguntó Randall—. ¿Cómo se pueden verificar unas majaderías como...?

—Hemos comprobado todos los datos históricos que constan en el documento —contestó Lauren—.

El retrato de Deborah pintado por Rembrandt ha sido autenticado. Los informes sobre el holandés Petyr van Abel, que todavía se conservan en Amsterdam, han sido copiados para incluirlos en nuestros archivos. Pero no deseo hacer una apasionada defensa de los documentos ni de la organización Talamasca. Basta decir que nos han sido de gran ayuda durante los días en que Rowan desapareció. Fueron ellos quienes averiguaron los pormenores de la visita de Rowan y Lasher a Donnelaith. Fueron ellos quienes nos facilitaron unas detalladas descripciones de ese individuo, que nuestros detectives han confirmado hace poco. Dudo que otra institución, secular, religiosa o legal, nos hubiera prestado una ayuda tan valiosa. Pero..., Aaron nos ha pedido, con razón, que interrumpamos todo trato con los de Talamasca, y debemos obedecerle.

—No puedes negar ciertos hechos —dijo Fielding—. ¿Qué me dices de la desaparición del doctor Larkin?

—Es cierto que no sabemos qué ha sido de él—terció Ryan—. Pero Lauren tiene razón. No tenemos ninguna prueba que indique que los de Talamasca han obrado de mala fe. Sin embargo, los contactos que hemos mantenido con ellos han sido exclusivamente a través de Aaron. Aaron es amigo nuestro. Aaron se ha convertido en miembro de nuestra familia por su matrimonio con Beatrice...

—Lo cual no deja de ser muy oportuno —observó Randall.

—Eres un imbécil—replicó Beatrice sin poder reprimirse.

—Amén —dijo Mona.

Ryan se apresuró a intervenir. —¡Callaos de una vez! —exclamó.

Todos se volvieron irritados hacia él. Mona le clavó sus espléndidos ojos verdes, semejantes a los de un basilisco, como si quisiera humillarlo. Pero Ryan le dio unas palmaditas en la mano para tranquilizarla y prosiguió:

—Aaron, como amigo, como pariente nuestro, nos ha recomendado que no tengamos más tratos con los de Talamasca. Debemos seguir sus consejos.

Varios de los asistentes se pusieron a hablar de nuevo a la vez. Lily quería saber más detalles sobre los motivos por los que Aaron se había enemistado con la Orden. Cecilia les recordó a todos que un miembro de Talamasca se dedicaba a hacer preguntas por el barrio, según le habían informado sus vecinos, y Anne Marie quería «que le aclararan un par de cosas.»

Al cabo de unos minutos, Lauren consiguió imponer silencio.

—Los de Talamasca han confiscado numerosos datos médicos. Se han negado a comunicarnos todo lo que saben del caso. Se han inhibido, como diría Aaron si le dierais la oportunidad de explicarse.

Pues bien, propongo que estudiemos cualquier noticia relacionada con la Orden, que no respondamos a ninguna pregunta y que sigamos manteniendo las medidas de seguridad. —Lauren se inclinó hacia delante y añadió con firmeza—: En suma, debemos cerrar filas en torno a este caso.

En la habitación se hizo un silencio tenso, incómodo. —¿Qué opinas, Michael? —preguntó Lauren.

La pregunta le pilló por sorpresa. Había estado observándolos con cierto distanciamiento, como si presenciara un partido de béisbol o de fútbol, o una partida de ajedrez.

Mientras los observaba, había recordado varios fragmentos de su conversación con Julien. No quería revelar sus pensamientos. No quería hablar abierta y francamente, pues no serviría de nada.

Sin embargo, respondió con calma:

—Estoy decidido a acabar con ese individuo, pase lo que pase y cueste lo que cueste. Nadie logrará impedírmelo.

Randall abrió la boca para decir algo, al igual que Fielding. Pero Michael alzó la mano y continuó:

—Deseo regresar arriba junto a mi esposa. Deseo que mi esposa se restablezca. Si me lo permitís, deseo retirarme.

—Antes debemos comentar brevemente otros temas —dijo Ryan, abriendo una cartera de piel y sacando unos folios escritos a máquina—. No han descubierto restos de sangre ni tejidos en la zona de Saint Martinville donde hallaron a Rowan inconsciente. Si sufrió un aborto, tal como creen los médicos, las pruebas han desaparecido. »Se trata de una zona pública. Durante las horas que Rowan permaneció allí, y poco después de ser hallada, se produjeron dos fuertes aguaceros. Hemos enviado a dos detectives para que examinen la zona, pero hasta el momento no disponemos de ninguna pista que nos indique lo que sucedió.

Estamos peinando el área circundante por si alguien vio a Rowan u oyó o presencié algo que pue-da sernos útil. —Algunos asintieron con aire resignado—. Si te parece oportuno, Michael, podemos continuar la reunión en nuestras oficinas, puesto que el resto de los temas a tratar se refieren al legado y a Mona. Te dejamos en compañía de Aaron. Nos veremos más tarde.

—Sí, por supuesto —respondió Michael—. Me parece muy bien. Todo está controlado. Hamilton está arriba con las enfermeras. No creo que se produzca ningún imprevisto.

—Sé que es una pregunta delicada, Michael—, dijo Lauren—, pero no tengo más remedio que hacértela. ¿Conoces el paradero de la esmeralda Mayfair? —¡Dios Santo! —exclamó Beatrice—. ¿A qué viene mencionar ahora esa maldita esmeralda?

—Se trata de una cuestión legal—respondió Lauren secamente—. Debemos encontrar la esmeralda y entregársela a la heredera del legado.

—Si por mí fuera —dijo Fielding—, compraría una baratija de cristal verde en Woolworth's. Pero soy demasiado viejo para desplazarme hasta el centro. —¿No encargó Stella que hicieran una copia de la esmeralda para, arrojarla desde una carroza en carnaval? —inquirió Randall.

—Si existió tal copia —respondió Lauren—, supongo que Stella la arrojaría desde la carroza.

—No sé dónde está —dijo Michael—. Creo recordar que ya me hicisteis esa pregunta cuando estaba en el hospital, tras el accidente. No la he visto. ¿Acaso no habéis registrado la casa?

—Sí —contestó Ryan—. Puede que esté perdida en algún rincón que no hemos registrado.

—Lo más probable es que la tenga ese individuo —dijo Mona sin alterarse.

Nadie respondió.

—Es posible —dijo Michael, sonriendo—. Probablemente piensa que le pertenece. Quién sabe...

No quería dar la impresión de estar chiflado, pero no podía por menos que sonreír ante la posibilidad de que Lasher tuviera la célebre esmeralda en el bolsillo. ¿Trataría de venderla? Era lo que faltaba.

La reunión había concluido. Bea regresó a la calle Amelia mientras los demás se dirigían a las oficinas de Mayfair amp; Mayfair.

Mona abrazó a Michael, lo besó y salió precipitadamente como si no quisiera ver su mirada de reproche. Lo cierto es que Michael se quedó tan atónito que no tuvo tiempo de reaccionar. Sentía como si, después de su cálido gesto, Mona le hubiera dejado una sensación de vacío.

Tras besar brevemente a Michael, Beatrice se despidió de su flamante marido, asegurándole que le recogería para ir a cenar y para obligar a Michael a comer algo.

—Todos intentan obligarme a comer —murmuró Michael, asombrado—. Desde que Rowan se marchó, no hacen más que decirme que debo comer.

Al cabo de unos minutos, todos se fueron. La maciza puerta se cerró definitivamente. Michael percibió una ligera vibración a través de la casa, como si temblaran los cimientos, aunque probablemente no era así.

Aaron permaneció sentado en un extremo de la mesa, frente a Michael, apoyado en los codos y de espaldas a la ventana.

—Me alegro por ti y por Bea —dijo Michael—. ¿Has leído el poema que te envié a través de Yuri junto con una nota?

—Sí. Deseo que me hables de Julien, que me cuentes lo que sucedió. No quisiera que me considerases un entrometido, sino tu amigo. Michael sonrió.

—No tengo ningún inconveniente. Estoy ansioso de evocar cada segundo de mi encuentro con él.

He tomado mentalmente nota de ello, para no olvidar ningún detalle. Lo cierto es que el propósito de Julien era muy claro: ordenarme que matara a ese ser. Me dijo que yo era la persona indicada para hacerlo.

Aaron lo miró intrigado. —¿Dónde está tu amigo Yuri? —preguntó Michael—. Confío en que no se haya enojado con nosotros.

—Por supuesto que no —respondió Aaron—. Ha ido a la calle Amelia para intentar ponerse en contacto con Talamasca a través del ordenador de Mona. Ella dijo que podía utilizar su ordenador para comunicarse con los Mayores, pero éstos se niegan a aclararle la situación. Yuri se siente desconcertado.

—Tú, en cambio, pareces habértelo tomado con calma.

Después de reflexionar unos instantes, Aaron contestó:

—Es cierto. No me ha afectado tanto como a él...

—Me alegro —dijo Michael—. En mi nota te daba a entender que Julien sospechaba de los de Talamasca. Julien recelaba por varios motivos, pero esencialmente sus sospechas se reducían a lo mismo: ese individuo es peligroso y debe ser destruido. Lo mataré tan pronto como demos con él.

Aaron lo miró fijamente.

—Pero ¿y si lo tuvieras en tu poder? ¿y si consiguieras retenerlo en un lugar donde...?

—No, sería un error. Lee el poema detenidamente. Voy a matarlo. Si tienes alguna duda, sube y contempla lo que le ha hecho a Rowan.

Lo mataré. Estoy convencido de que tendré ocasión de hacerlo. El poema de Evelyn y la visita de Julien me lo han confirmado.

—Te expresas como si hubieras experimentado una conversión religiosa —dijo Aaron—. Hace una semana te mostrabas filosófico, casi cínico. Estabas físicamente enfermo.

—Creía que mi mujer me había abandonado. Me lamentaba de haber perdido al mismo tiempo a mi mujer y mi coraje. Ahora sé que ella no me abandonó voluntariamente. »Es lógico que me comporte como san Pablo tras su visión en el camino de Damasco. Soy el único que ha visto a ese ser y ha hablado con él. —Michael soltó una amarga risotada—. Gifford, Edith, Alicia... y otras cuyos nombres ni siquiera recuerdo. Todas han muerto. Rowan ha enmudecido, como Deirdre. Pero yo no estoy muerto. Ni mudo. Sé qué aspecto tiene ese monstruo. He oído su voz. Julien acudió a mí. Supongo que poseo la convicción de los conversos. O la convicción de un santo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la medalla que Ryan le había devuelto, la medalla que Gifford había encontrado el día de Navidad junto a la piscina.

—Tú me la diste, ¿lo recuerdas? Me pregunto qué hace el demonio cuando san Miguel le clava su tridente. ¿Se retuerce de dolor y grita pidiendo auxilio? Debe de ser difícil asumir el papel de san Miguel. Esta vez tendré ocasión de averiguarlo personalmente. —¿De modo que Julien era su enemigo? ¿Estás seguro de ello?

Michael suspiró. Debería subir para ver qué tal seguía Rowan. —¿Qué harían las enfermeras si me acostara con

ella? ¿Cómo reaccionarían si me metiese en su cama y la abrazara?

—Es tu casa —respondió Aaron—. Puedes acostarte con ella si lo deseas. Diles a las enfermeras que se retiren.

Michael meneó la cabeza.

—No sé si Rowan desea que me acueste a su lado. En realidad, no sé lo que desea.

Michael permaneció pensativo durante unos momentos.

—Si fueras Lasher, ¿adónde irías?, ¿qué harías? —le preguntó a Aaron.

—No lo sé —contestó éste—. ¿Qué motivos tenía Julien para creer que Lasher era malvado? ¿Qué sabía Julien?

—Julien quería investigar sus orígenes y fue a visitar las ruinas de Donnelaith. No era el célebre círculo de piedras lo que le interesaba, sino la catedral. Un santo llamado Ashlar, un santo escocés.

Lasher tenía algo que ver con el valle durante la época cristiana. Tenía algo que ver con el santo.

—Ashlar —dijo Aaron en voz baja—. Conozco su historia. Fi-gura en los archivos latinos. Recuerdo haberla leído, aunque no en relación con este caso. Es una lástima que Yuri no pueda acceder a los archivos de la Orden. Pero ¿qué tiene que ver Lasher con el santo?

—Julien no llegó a averiguarlo. Al principio supuso que Lasher era el santo, un fantasma rencoroso y vengativo. Pero no era tan simple. Ese ser se originó allí, en ese valle. No proviene ni del cielo, ni del infierno, ni de la eternidad, como suele decirles a las brujas. Su siniestro destino comenzó en el valle de Donnelaith. —Tras una breve pausa, Michael le preguntó a Aaron—: ¿Qué sabes sobre Ashlar?

—Es una vieja leyenda escocesa —contestó Aaron—. Bastante pa-gana, por cierto. ¿Por qué no me contaste estas cosas, Michael?

—Te las cuento ahora. Eso no tiene importancia. Cuando haya matado a ese ser, tendremos tiempo de sobra para

indagar en su pasado. Dime cuanto sepas sobre Ashlar, el santo escocés.

—Según he leído, el santo regresa cada equis cientos de años. Pero no imaginé que estaba relacionado con Donnelaith. ¿Por qué no consta ese dato en los archivos? Ahí tienes otro misterio.

En la Orden llevamos mucho cuidado con esas cosas. Jamás vi ninguna leyenda relacionada con Donnelaith.

Deduje que no existían documentos importantes sobre el santo.

—Pero ¿qué fue lo que leíste?

—El santo poseía ciertas características físicas. De vez en cuando nace una persona que presenta esas mismas características, la cual viene a ser la reencarnación del santo, el nuevo santo. Como verás, es muy pagano. No tiene nada que ver con la doctrina católica. Según la Iglesia católica, si eres santo estás en el cielo, no tratando de reencarnarte en otro ser.

Michael asintió sonriendo.

—Me gustaría que escribieras todo lo que te contó Julien —dijo Aaron—. Es importante.

—De acuerdo, pero recuerda lo que he dicho. Julien tenía un sólo deseo: que matara a ese ser. No que «indagara en su pasado», sino que lo aniquilara. —Michael suspiró—. Debí haberlo hecho en Navidad. Probablemente habría conseguido matarlo, pero Rowan me lo impidió. ¿Por qué lo hizo?

Supongo que se dejó conquistar por ese misterioso ser recién nacido. Siempre sucede lo mismo. Tal como dice la vieja oración: «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.»

Aaron asintió.

—Deja que lo exprese en voz alta —dijo suavemente—, para no tener que seguir repitiéndomelo a mí mismo. Debí acompañarte aquí en Nochebuena. No debí dejar que te enfrentaras solo a ese ser, a él y a ella.

—Ella no tiene la culpa.

—Lo sé. No pretendo censurarla. Sólo quiero decir que lamento no haber estado aquí. Por si te sirve de consuelo, te diré que no pienso abandonarte ahora.

—Te lo agradezco. ¿Sabes?, tengo una curiosa sensación. Desde que he decidido acabar con él, pienso que me resultará muy fácil despacharlo en un abrir y cerrar de ojos —dijo Michael, chasqueando los dedos—. Ése era el problema. Tenía miedo de matarlo.

Habían dado las ocho. Estaba oscuro y hacía frío. Uno no tenía más que apoyar las manos en la ventana para darse cuenta de que reinaba un ambiente helado.

Aaron había vuelto con Yuri para cenar. Después, Yuri dijo que debía regresar a la calle Amelia para hablar con Mona. Cuando les comunicó que debía irse, se ruborizó. Michael comprendió inmediatamente que se había enamorado de Mona.

—Esa chica me recuerda a mí mismo cuando tenía su edad —dijo Yuri es muy especial. Dijo que me mostraría todos los trucos que conoce referentes al ordenador.

Charlaremos un rato.

Estaba tan nervioso que empezó a balbucear. ¡Ah, el poderoso encanto de Mona!, pensó Michael.

Por si fuera poco, la habían nombrado heredera del legado.

Yuri tenía un aire eminentemente puro, bondadoso y leal.

—Confío plenamente en él —dijo Aaron cuando Yuri se hubo marchado—. Es un caballero con un gran sentido del honor. No temas, Mona está a salvo con él.

—No siento el menor temor por Mona —respondió Michael, un: poco avergonzado al recordar los sensuales instantes que habían compartido, cuando él la estrechó entre sus brazos aun sabiendo que no debía hacerlo.

Michael había cometido muy pocas faltas a sabiendas de que no debía cometerlas. En estos momentos Aaron estaba

acostado en la habitación de arriba-Los hombres de mi edad solemos descansar un rato después de las comidas —había dicho a modo de disculpa. Estaba agotado y, de todos modos, Michael no quería seguir hablando de Julien.

«Estamos solos tú y yo, Julien», pensó Michael.

La casa estaba en silencio.

Hamilton había regresado a casa para pagar unas facturas. Bea regresaría dentro de un rato. Sólo había una enfermera de servicio; la escasez de enfermeras diplomadas era tal que no habían podido conseguir otra. En la habitación de Viv se encontraba una auxiliar de enfermera, una mujer muy eficiente, la cual llevaba tres cuartos de hora colgada del teléfono.

Michael se hallaba junto ala ventana del salón, contemplando el jardín. Todo estaba oscuro. Hacía frío. Recordó el redoble de tambores de carnaval. Un hombre sonreía en las sombras. De pronto se: convirtió de nuevo en un niño, un niño que nunca sabría lo que significaba ser fuerte ni estar a salvo. El temor había destruido su infancia. El temor había destruido la seguridad que sentía cuando se hallaba junto a su madre.

Los tambores y las antorchas de carnaval le inspiraban terror. Cuando envejecemos morimos.

Dejamos de existir. Michael trató de imaginar que había muerto, que se había convertido en un esqueleto que se pudría bajo tierra. Era un pensamiento recurrente. «Algún día moriré —pensó—. Es la única certeza que tengo. Me convertiré en un esqueleto. Supongo que depositarán mis restos en un ataúd. No estoy seguro. Pero sé que moriré.»

De pronto le pareció como si la auxiliar de enfermera estuviera llorando. No era posible. Michael oyó unos pasos sigilosos. La puerta de entrada se cerró. Pero no era plenamente consciente de lo que sucedía a su alrededor. En cualquier caso, si Rowan empeoraba le avisarían de inmediato.

Michael corrió escalera arriba. ¿Por qué? Para estar presente cuando Rowan exhalara su último suspiro. Para sostener su gélida mano. Para apoyar la mano sobre su pecho y sentir los últimos latidos de su corazón. ¿Cómo sabía que los últimos instantes de su esposa serían así? ¿Quién se lo había dicho? Quizás era porque las manos de Rowan se volvían cada vez más frías y rígidas, y sus uñas iban adquiriendo un leve tono azulado.

«No podemos pintarle las uñas —le informó la enfermera—. Eso es impensable. Debemos ver el color que presentan, a fin de saber si el aporte de oxígeno es suficiente. Era una mujer muy hermosa.»

«Sí, ya me lo ha dicho usted antes.» Pero no había sido ella, sino la otra enfermera. Las enfermeras eran muy dadas a hacer ese tipo de comentarios poco delicados.

Mientras observaba cómo se agitaban las ramas de los árboles en el jardín, Michael se estremeció.

No deseaba estar ahí, contemplando el inhóspito jardín a través de la ventana del salón, sino arriba, con su mujer, junto al calor del hogar.

Dio media vuelta, atravesó el salón y salió al vestíbulo, separado de aquél por el hermoso y elevado arco de la entrada. Podía leerle un libro a Rowan en voz baja, para no importunarla en caso de que no le gustara. O poner la radio, o un disco en el viejo Victrola de Julien. Por fortuna, la enfermera a la que no le gustaba el sonido del Victrola ya no trabajaba para ellos.

Podía pedirles a las enfermeras que se retiraran; a fin de cuentas, él era el amo y señor. Se le ocurrió que quizá no necesitaban a las enfermeras.

De pronto imaginó que Rowan había muerto. Vio su cuerpo, gris, frío y rígido. Vio cómo enterraban el ataúd. No vio toda la escena de golpe, sino poco a poco, a través de unas imágenes fugaces. Era como cuando enterraron a Gifford, con la diferencia de que a Rowan la enterraban aquí, en el cementerio del Garden District, donde él podía ir

a visitar la tumba todos los días y acariciar el gélido mármol que contenía sus restos. Rowan, Rowan...

«Recuerda, mon fils.»

Michael se volvió súbitamente. ¿Quién había pronunciado esas palabras? El largo y frío pasillo estaba desierto. Permaneció atento, tratando de percibir unos sonidos sobrenaturales, la voz que había hablado hacía unos momentos. Sí, lo recordaba perfectamente.

—Sí, lo recuerdo —dijo.

Silencio. La casa estaba sumida en un denso silencio que hacía que sus palabras resonaran Con nitidez, como un movimiento, como un brusco descenso de la temperatura. Silencio.

No se veía un alma. El comedor estaba vacío. En el descansillo, en lo alto de la escalinata, no había nadie. Michael observó que la luz de la habitación de Viv estaba apagada. No oyó a nadie hablando por te-léfono. Todo estaba desierto, oscuro.

De pronto comprendió que estaba solo.

No, era imposible. Se dirigió a la puerta principal y la abrió. Durante unos momentos no alcanzó a comprenderlo. No había nadie junto a la verja de hierro negra. Ni en el porche. Ni al otro lado de la calle. Tan sólo percibió el solemne y profundo silencio del Garden District, desierto como una ciudad en ruinas bajo la inmóvil luz de las farolas y las suaves hojas de las encinas. La casa estaba vacía y silenciosa como la primera vez que la había visto. —¿Dónde está todo el mundo? —murmuró Michael, presa del pavor—. ¿Qué demonios sucede? —¿Michael Curry?

El hombre estaba a su izquierda, en la sombra, casi invisible; sólo: destacaba su cabello rubio. El desconocido avanzó unos pasos. Medía unos diez centímetros más que Michael. Éste miró sus claros ojos. —¿Me ha mandado llamar? —preguntó el extraño con suavidad, respetuosamente, al tiempo que tendía la mano—. Lo

lamento, señor Curry. —¿Que le he mandado llamar? ¿A qué se refiere?

—Le pidió al sacerdote que llamara al hotel para avisarme. Lamento lo sucedido.

—No sé de qué está hablando. ¿Dónde están los guardias que vigilan la casa? ¿Dónde se han metido todos?:

—El sacerdote les dijo que se fueran cuando ella expiró —contes-tó el hombre con calma—. Me pidió que viniera y le esperara a usted junto a la puerta. Lamento que ella haya muerto. Confío en que no sufriera.

—No, no, estoy soñando. Ella no ha muerto. Está arriba. ¿A qué sacerdote se refiere? Aquí no hay ningún sacerdote. ¡Aaron!

Michael se volvió y observó durante unos instantes la intensa os-curidad del pasillo, incapaz de distinguir la alfombra roja que cubría la escalinata. Luego subió precipitadamente, salvando los escalones de dos en dos, y corrió hacia la habitación de Rowan.

—Ella no ha muerto. Es imposible. Me habrían avisado.

Al girar el pomo de la puerta comprobó que ésta no cedía. —¡Aaron! —gritó de nuevo, dispuesto a derribar la puerta como fuera.

De pronto oyó un clic y la puerta se abrió unos centímetros, lentamente. Las puertas tienen su propio ritmo, su forma de abrirse y cerrarse. En Nueva Orleans, las puertas se atascan a menudo. En verano suelen hincharse y no hay manera de cerrarlas; otras veces no se abren.

Michael contempló los paneles blancos de la puerta. El resplandor de las velas que ardían en la habitación iluminaba suavemente el dosel de seda que cubría el lecho y la repisa de mármol de la chimenea.

De pronto oyó la voz de Aaron a su espalda, pronunciando un nombre que sonaba a ruso. El hombre alto y rubio dijo:

—Pero él me mandó llamar, Aaron. Me lo dijo el sacerdote. Pidió que viniera yo.

Michael penetró en la habitación, iluminada tan sólo por la luz de las velas. Éstas ardían sobre el pequeño altar, haciendo que la sombra de la Virgen danzara sobre la pared. Rowan yacía postrada en el lecho, vestida con un camisón de seda rosa, con los brazos extendidos sobre la sábana y los labios entreabiertos. Respiraba normalmente, estaba viva.

Michael cayó de rodillas, apoyó la cabeza en el lecho y rompió a llorar. Cogió la mano inerte de Rowan y la acarició, sintiendo su suave tacto y el leve calor que emanaba. Estaba viva. —¡Rowan, amor mío! —exclamó, sollozando como un niño—. Temí que...

Michael se dio cuenta de que Aaron estaba junto a él, y también el extraño. Al cabo de unos momentos alzó la cabeza lentamente y contempló una figura situada a los pies del lecho.

Al ver que llevaba una sotana de lana negra y un alzacuello blanco como el que suelen ponerse los sacerdotes católicos, lo tomó por un clérigo. Pero no lo era.

—Hola, Michael-dijo con voz suave.

Era tan alto como le habían dicho. Tenía el cabello negro y largo hasta los hombros, una espesa barba y un recortado y reluciente bigote que contrastaban con su pálido rostro, humedecido por las lágrimas, dándole el aspecto de un horripilante Jesucristo o Rasputín.

—Yo también he llorado por ella —murmuró el desconocido—. Está agonizando. No tendrá más hijos; no volverá a hacer el amor; sólo le quedan unas gotas de leche en los pechos; está prácticamente muerta. —¡Lasher!

Parecía un monstruo, la perfecta encarnación de un diabólico ser. Era un individuo más alto de lo normal, extremadamente delgado, con unos ojos azules muy claros y unos labios rojos que asomaban bajo el negro bigote. Miraba a Michael fijamente, con su larga y huesuda mano izquierda apoyada en un pilar del lecho.

Mátalo. Ahora.

Michael se incorporó de un salto, pero Stólov lo sujetó por la cin-tura y exclamó: —¡No, Michael, no debe lastimarlo!

De pronto otro hombre, un extraño, lo aferró por el cuello mientras Aaron le rogaba que se detuviera, que se calmara.

El individuo que se hallaba a los pies del lecho permanecía inmóvil, impasible. Alzó lánguidamente la mano derecha y se enjugó las lágrimas.

—Deténte, Michael. Tranquilízate —dijo Aaron—. Suéltelo, Stó-lov. Usted también, Norgan.

Apártate, Michael, lo tenemos rodeado.

—Lo soltaré a condición de que no intente matarlo —dijo Stólov.

—No puede impedírmelo —replicó Michael tratando de liberarse; pero el otro hombre lo tenía firmemente sujeto por el cuello. Al fin, Stólov le soltó.

El monstruo miró a Michael sin inmutarse, mientras las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas en silencio, elocuentes.

—Estoy en sus manos, señor Stólov —dijo Lasher—. Estoy a su merced.

Michael propinó un codazo en el vientre del hombre que estaba a su espalda, derribándolo contra la pared, apartó a Stólov brusca-mente y se precipitó sobre Lasher, aferrándolo por el cuello, mientras el monstruo, jadeando y presa de terror, trataba de agarrarlo del pelo. Ambos cayeron al suelo y rodaron por la alfombra, mientras los otros, incluido Aaron, se arrojaban sobre Michael tratando de obligarle a soltar a Lasher. Durante unos instantes Michael creyó que iba a perder el conocimiento. El agudo dolor que sentía en el pecho se extendió hasta su hombro y brazo izquierdos.

Cuando al fin lo soltaron se apoyó contra la chimenea, exhausto, incapaz de lastimar a nadie, mientras Lasher trataba de recobrar el aliento y ponerse en pie. Los otros hombres estaban situados a ambos lados de Michael.

—Espera, Michael-le rogó Aaron—. Somos cuatro contra él.

—No le lastime, Michael-dijo Stólov suavemente.

—No debéis dejar que se escape —contestó Michael con voz ronca.

Cuando alzó la vista comprobó que Lasher lo miraba fijamente con los ojos arrasados en lágrimas, mientras éstas rodaban, por sus pálidas y tersas mejillas. Su alta y enjuta figura, cubierta con una sotana negra, le recordaba ala figura de Jesucristo que había visto en numerosos cuadros.

—No voy a escapar —respondió Lasher con calma—. Les seguiré a donde me conduzcan sin oponer resistencia. Necesito la ayuda de los de Talamasca. Ellos lo saben. No dejarán que vuelvas a lastimarme. —Luego miró a Rowan, postrada en el lecho, y añadió—: He venido a ver a mi amada. Quería verla antes de que me atraparan.

Michael intentó incorporarse. La cabeza le daba vueltas y sentía un intenso dolor en el pecho.

«¡Maldita sea, Julien! Dame fuerzas para acabar con él.» La pistola estaba sobre la mesita, junto al lecho. Intentó decirle a Aaron que la cogiera y disparase contra Lasher, que le saltara la tapa de los sesos, pero no pudo articular palabra.

Stólov se arrodilló frente a él y dijo:

—Cálmese, Michael. No intente hacerle daño. No saldrá de aquí hasta que nos lo llevemos nosotros.

—Estoy preparado —dijo Lasher.

—Mírelo, Michael-dijo Stólov—. Está indefenso, está en nues-tro poder. Tranquilícese, se lo ruego.

Aaron no podía apartar los ojos de Lasher.

—Te advierto que te mataré —murmuró Michael. —¿De veras deseas matarme? —preguntó Lasher, sollozando como un niño—. ¿Tanto me odias? ¿Por qué? ¿Por querer estar vivo?

—Tú la has matado —contestó Michael con un hilo de voz—. Mataste a nuestro hijo. —¿No quieres oír mi versión,

padre? —preguntó el monstruo.

—Sólo deseo acabar contigo —replicó Michael. —¿Por qué eres tan cruel conmigo? ¿Acaso no te importa lo que me han hecho? ¿No quieres saber por qué estoy aquí? ¿Crees que pretendía lastimarla?

Al fin, apoyando una mano en la repisa de la chimenea y asiendo la mano de Aaron con la otra, Michael consiguió levantarse. Se sentía muy débil y tenía náuseas. Permaneció inmóvil, respirando trabajosamente pese a que el dolor del pecho había desaparecido, y miró a Lasher fijamente.

Observó su terso y hermoso rostro, su negro y suave bigote y su espesa barba. Parecía el Jesús del cuadro de Durero. Sus ojos, de un exquisito tono azul, eran como dos espejos en los que se reflejaba una misteriosa e inescrutable alma.

—Sé que, deseas saberlo todo, Michael. Además, ellos no dejarán que me mates, ¿no es cierto, caballeros? Ni siquiera Aaron permitirá que me mates. Al menos, hasta que no haya revelado todo lo que tengo que decir.

—Mentiras —murmuró Michael.

Lasher lo miró perplejo y se enjugó los ojos con el dorso de la mano derecha, como un niño que se siente herido. Luego apretó los labios y respiró profundamente, como si estuviera a punto de estallar de nuevo en sollozos.

A su espalda, Rowan permanecía postrada en el lecho, inconsciente, con la mirada fija en el vacío, serena, protegida, inalcanzable.

—No, Michael —respondió Lasher—, no son mentiras. Te lo prometo. Ambos sabemos que la verdad no lo justifica todo. Pero te garantizo que no son mentiras.

A través de las ventanas penetraba el tenue y dorado resplandor de las farolas, iluminando el espacioso comedor.

Se sentaron alrededor de la mesa, en las sombras. Las dos puertas estaban cerradas. Lasher ocupaba la cabecera, como si presidiera la reunión, y observaba fijamente su enorme y blanca mano, apoyada en la superficie de la mesa.

Alzó los ojos y miró a su alrededor. Contempló los murales durante unos minutos, como si quisiera asimilar cada detalle de los mismos. Luego miró a Michael, que estaba sentado junto a él, a su derecha. El otro hombre, Clement Norgan, se hallaba sentado frente a ellos, con el rostro congestionado, intentando recobrar el aliento. Le dolía todo el cuerpo tras los golpes que le había propinado Michael. Mientras bebía unos sorbos de agua para calmarse, no cesaba de mirar a Michael y al monstruo. Stólov estaba sentado a la izquierda de Norgan. Aaron se hallaba sentado junto a Michael, a quien sujetaba firmemente por el hombro y la mano. ¡Lasher!

—Al fin he regresado a esta casa —dijo el monstruo con voz trémula pero hermosa y profunda, pronunciando claramente cada palabra.

—Déjale hablar —dijo Aaron—. Somos cuatro. No permitiremos que salga de aquí. Rowan está arriba, a salvo. Deja que hable.

—No puede escapar —dijo Stólov—. Deje que se explique. Tiene derecho a que le dé una explicación, Michael. Nadie se lo discute.

—Eres un farsante —contestó Michael, dirigiéndose a Lasher—. Hiciste que se marcharan las enfermeras y los guardias. ¿Cómo lograste convencerlos? ¿Acaso te presentaste como el padre Ashlar? ¿O utilizaste otro nombre?

Lasher sonrió con amargura.

—El padre Ashlar —murmuró, pasándose la lengua por los labios. Luego guardó silencio.

Durante un instante Michael vio a Rowan reflejada en él, vio el parecido que había observado el día de Navidad. Los pronunciados pómulos, la alta frente, incluso la delicada línea de los ojos. Los tenía rasgados, como ella, pero en el color y la mirada franca y abierta se parecían a los de Michael.

—Ella no sabe que en estos momentos está sola —dijo Lasher en tono solemne. Pronunció las palabras despacio, mientras recorría con la mirada la vasta habitación—. ¿De qué le sirve que la atiendan unas enfermeras? No sabe quién está a su lado, quién la ama y llora por ella. Ha perdido la criatura que llevaba en su vientre. No tendrá más hijos. No volverá a ser la protagonista de ningún hecho. Su historia ha con-cluido.

Michael hizo ademán de levantarse, pero Aaron lo sujetó con fuerza mientras los otros dos le miraban fijamente. Lasher permanecía impávido.

—Si deseas relatarnos tu historia —dijo Stólov tímidamente, como quien se halla ante un monarca o una aparición—, estamos dispuestos a escucharte.

—Sí, os relataré mi historia —contestó Lasher, esbozando una leve y valerosa sonrisa—. Os contaré lo que sé desde que me he convertido en un ser de carne y hueso. Os lo contaré todo, para que vosotros mismos podáis juzgar.

Michael soltó una risotada. Los otros le miraron sobresaltados.

—De acuerdo, mon fils —dijo Michael, pronunciando correcta-mente las palabras en francés—.

Recuerda la promesa que me hiciste. No mientas.

Lasher lo miró como si se sintiera ofendido. Luego, adoptando de nuevo un tono solemne, dijo:

—No puedo hablar en nombre de lo que era durante los siglos que permanecí sumido en las tinieblas. No puedo hablar en nombre de un ser desesperado, desencarnado, sin historia, memoria ni razón, que trataba de razonar en lugar de sufrir e intentaba satisfacer sus ambiciones.

Michael lo observó con desprecio, sin decir nada.

—La historia que deseo narrar es la mía, la del ser que era antes de que la muerte me separara del cuerpo que anhelaba poseer de nuevo —dijo Lasher, cruzando las manos sobre el pecho.

—En el principio —dijo Michael despectivamente.

—En el principio —repitió Lasher, pero sin ironía. Luego prosi-guió lenta y pausadamente, pronunciando las palabras en tono sincero e implorante—. En el principio, mucho antes de que Suzanne elevara su plegaria en el círculo de piedras... En el principio..., cuando estaba vivo, como lo estoy ahora.

Silencio.

—Confía en nosotros —murmuró Stólov.

—No sabes cuánto ansío revelarte la verdad —dijo, sin apartar los ojos de Michael—. Sé que, después de oírme, serás incapaz de no perdonarme.

LA HISTORIA DE LASHER

Permíteme que retroceda a los primeros momentos, como yo los llamo, al margen de lo que me dijeran otros posteriormente, en una u otra vida, al margen de lo que llegué a ver en mis sueños.

Recuerdo que yacía en el lecho, junto a mi madre; era un lecho de madera tallada color café, con unos macizos pilares y un dosel cubierto de terciopelo ocre. Las paredes estaban pintadas de este mismo color, pero el techo era de madera oscura. Mi madre lloraba desconsoladamente. Estaba aterrada. Era una mujer de constitución frágil, con los ojos negros. Temblaba como una hoja. Yo la sujetaba con fuerza mientras mamaba de sus pechos; la tenía en mi poder, en el sentido de que era más alto y fuerte que ella.

Sabía quién era ella, sabía que la había penetrado, que su vida pe-ligraba. Cuando los otros descubrieran mi monstruosidad la acusarían de ser una bruja y la matarían. Ella era una reina, y las reinas no pueden ser monstruos. También sabía que el rey aún no me había visto, pues las mujeres le habían impedido entrar en la habitación. Las mujeres me tenían tanto miedo como mi madre.

Yo deseaba amar a mi madre. Deseaba su leche. Los hombres que habitaban en el castillo golpeaban la puerta, amenazando con entrar por la fuerza en los aposentos de la reina si ésta no les confesaba el motivo por el cual no les dejaba pasar.

Mi madre no cesaba de llorar; ni siquiera quería tocarme. Me dijo, en inglés, que Dios la había castigado por lo que había hecho. Dios los había castigado a ella y al rey, destruyendo sus sueños.

Yo era el castigo a su falta; un ser deforme, de tamaño anormal. No era un ser humano, sino un monstruo¿Qué sabía yo en aquellos momentos? Que era de nuevo un ser de carne y hueso. Que había regresado.

Que tras un arduo viaje había llegado sano y salvo. Me sentía feliz.

Era lo único que sabía. Y que debía asumir el control de la situación.

Fui yo quien tranquilizó a las mujeres, revelándoles que sabía hablar. Les dije que había bebido suficiente leche, que estaba saciado. En lo sucesivo, yo mismo iría en busca de leche, queso y demás comida. Les dije que, para que mi madre no corriera ningún peligro, era preciso que le abandonara el castillo sin que los demás cortesanos advirtieran mi presencia.

Las mujeres, como es lógico, se quedaron impresionadas al comprobar que podía hablar, que no era simplemente una gigantesca criatura recién nacida sino que poseía un mente astuta. Mi madre se levantó y me miró a través de las lágrimas. Alzó la mano izquierda y vi la marca de la bruja, el sexto dedo. Sabía que había regresado a través de ella porque era una poderosa bruja, aunque inocente como todas las madres. También sabía que debía abandonar ese lugar y dirigirme al valle.

Mi visión del valle carecía de detalle, de color, de contraste. Era un concepto análogo aun eco. No se me ocurrió preguntarme: «¿Qué va lle?». Sólo sabía que no podía permanecer en el castillo, pues corría un gran peligro. Recordé vagamente que en el valle había un círculo de piedras, y dentro de éste un círculo de personas, y más allá otro círculo de personas, y otro más, etcétera. Los personas giraban en círculo, danzando y entonando unos cantos.

Era una imagen fugaz.

Le dije a mi madre que había venido del valle y que debía regresar a él. Mi madre se incorporó y murmuró el nombre de mi padre, Douglas Donnelaith. Ordenó a las mujeres que fueran en busca de Douglas, el cual se hallaba en esos momentos en la corte, y que lo condujeran a su presencia. Dijo algo que no alcancé a comprender sobre el hecho de que una bruja debía copular únicamente con un brujo, que no debió unirse jamás a Douglas, que por querer dar un heredero al rey había cometido un trágico error.

Luego cayó al suelo desvanecida.

Las mujeres transmitieron un mensaje a través de una pequeña ventana practicada en la puerta que conducía a un pasadizo secreto. Fue la comadrona quien calmó a las otras y comunicó a los hombres, a través de la puerta, la trágica noticia: la reina había dado a luz un niño que había nacido muerto. ¡Muerto! Yo me eché a reír. El suave sonido de mis carcajadas me tranquilizó; era tan asombroso como respirar y mamar. Pero las mujeres me miraron alarmadas. Yo debía ser el fruto del amor y la alegría, pero no era así.

Las voces dijeron a través de la puerta que el rey deseaba ver a su hijo.

—Traedme unas ropas —dije a las mujeres—. Apresuraos. No puedo permanecer en este lugar desnudo e indefenso.

Las mujeres, ansiosas de complacerme, transmitieron mis órdenes a través de la ventanita que había en la puerta que conducía al pasadi-zo secreto.

Yo no sabía cómo vestirme. No conocía esas ropas. Mientras observaba cómo iban vestidas las damas de compañía de la reina, la coma drona y mi madre, comprendí que las cosas habían cambiado mucho.

No me preguntes en qué sentido habían cambiado las cosas, pues lo ignoro. Me vestí apresuradamente con unas elegantes ropas de terciopelo verde, las cuales pertenecían al criado más alto y delgado del rey. Me puse una larga túnica con las mangas ricamente bordadas y ceñida con un

cinturón, y una pequeña capa, desprovista de mangas y ribeteada de piel. Las medias me quedaban holgadas, pues tenía las piernas delgadas como palillos. Por fortuna, la larga túnica las disimulaba.

Me miré satisfecho en el espejo. Sabía que era hermoso, pues de otro modo habría infundido aún más temor a las mujeres.

Tenía el pelo castaño. No era tan largo como ahora, pero pronto me llegaría a los hombros. Tenía los ojos marrones, como mi madre. Por último me encasqueté un sombrero adornado con una pluma.

Una vez vestido, la comadrona cayó de rodillas ante mí y exclamó: —¡Es el príncipe! ¡El heredero que ansiaba el rey!

Las otras mujeres menearon la cabeza horrorizadas y trataron de calmar a la comadrona, diciéndole que eso era imposible. Mi madre hundió el rostro en la almohada y rompió a llorar, temiendo por la suerte de su madre, su hermana y todas las personas que la querían, lamentándose de que nadie movería un dedo por defenderla. Afirmó que, si no fuera un pecado mortal a los ojos de Dios, no dudaría en quitarse la vida.

Yo sólo pensaba en escapar. Temía por mi madre, pero la odiaba porque no me quería, pues me consideraba un monstruo. Yo sabía que lo era. Pero sabía que existía un lugar para mí, que tenía un destino. Estaba convencido de ello. Sabía que la actitud de mi madre era absurda y cruel, pero no sabía expresarlo con palabras ni defender mi postura. Deseaba protegerla.

Las mujeres y yo nos miramos con recelo mientras permanecíamos de pie en la espaciosa estancia iluminada por unas velas, con el techo de madera oscura. Al cabo de unos minutos la comadrona recuperó el sentido común y declaró que era preciso sacarme de allí, destruir a ese monstruo¿Destruirme? La eterna canción. «No —pensé—, esta vez no conseguiréis destruirme. Debemos procurar

aprender un poco más cada vez que regresamos. No dejaré que me destruyáis.»

Al fin se abrió la puerta secreta y apareció mi padre, Douglas Donnelaith. Era un hombre alto y corpulento; iba vestido con ropas modestas, pero de porte aristocrático, y cubierto con una capa de piel. Douglas se encontraba en el castillo cuando la reina lo mandó llamar y acudió apresuradamente.

Cuando entró en los aposentos de la reina y me vio, se quedó perplejo. No observé en él el horror que habían experimentado las mujeres, sino una curiosa expresión, casi reverente. «Has regresado de nuevo, Ashlar», murmuró.

Vi que tenía el cabello castaño y los ojos marrones. Yo había heredado de él, y de la desgraciada reina, esos rasgos. ¡Pero era Ashlar! Conocer mi identidad me produjo una emoción tan intensa como si mi padre me hubiera abrazado y cubierto de besos. Me sentí feliz. Sin embargo, cuando miré a mi madre, desesperada y temerosa, me eché a llorar.

—Sí, padre, pero no puedo permanecer en este lugar —dije—. Aquí corro un gran peligro. Debemos marcharnos inmediatamente.

De pronto comprendí que en realidad no sabía quién era yo ni quién era mi padre. Era una extraña sensación, como si conociera mi identidad pero no conociera mi historia ni la época en que había vivido.

No tuve que esforzarme en convencer a mi padre, pues él también estaba aterrado. Sabía que debíamos escapar.

—Es imposible salvar a la reina —dijo, persignándose y trazando luego sobre mi frente la señal de la cruz.

Bajamos precipitadamente la escalera, salimos del castillo y nos dirigimos directamente a una embarcación cubierta que nos aguardaba en las oscuras aguas del Támesis. Cuando llegamos al río me di cuenta de que no me había despedido de mi madre, lo cual me produjo una profunda tristeza.

Al mismo tiempo me sentía angustiado por haber nacido en este peligroso lugar y en esta inexplicable época. Mis cuitas no habían concluido. Sentí deseos de morir, de desaparecer.

Contemplé las pestilentes aguas del Támesis, contaminadas por la inmundicia de Londres, la inmundicia de miles de ciudadanos, y deseé arrojarme a ellas. Vi en mi mente el oscuro túnel por el que me había deslizado y deseé regresar a través de él al lugar del que había venido. Desesperado, rompí a llorar.

Mi padre me abrazó y dijo:

—No llores, Ashlar. Es la voluntad de Dios. —¿La voluntad de Dios? ¡Mi madre podría morir en la hoguera!

Estaba sediento de leche. Deseaba la leche de mi madre, y lamentaba no haber mamado hasta quedar saciado antes de abandonar el castillo. La posibilidad de que alguien pudiera condenar a mi madre —mi propia carne—, a morir en la hoguera me resultaba inaceptable. Debía hacer lo imposible por salvarla, incluso sacrificar mi propia vida.

Te estoy relatando las circunstancias de mi nacimiento y las horas posteriores a ese hecho, vividas a la luz de las velas y que jamás olvidaré. Las recuerdo con toda claridad. Sin embargo, el nombre de Ashlar no significaba nada para mí. No sabía quién era Ashlar y sigo sin saberlo.

Debes creerme. Trata de comprenderme. Te aseguro que no sé nada sobre el santo.

Posteriormente vi cosas y me contaron numerosas historias. Vi a san Ashlar en la vidriera de la catedral de Donnelaith, en Escocia, y me contaron que yo me había encarnado en él, que había «regresado de nuevo».

Pero lo que te cuento ahora es lo que recuerdo. Lo que sabía.

Tardamos varios días en llegar a Escocia.

Era invierno, poco después de Navidad, cuando el temor hace presa en los campesinos, quienes están convencidos de que los espíritus malignos rondan por doquier y las brujas

hacen sus maleficios. Era la época en que los campesinos olvidaban las enseñanzas de Jesús y, cubiertos con pieles de animales, iban de puerta en puerta, exigiendo un tributo a los supersticiosos habitantes. Era una vieja cos-tumbre.

Pernoctábamos en pequeñas posadas que hallábamos en el camino. Nos acostábamos entre el heno, a veces junto con otros viajeros, aunque apenas conseguíamos pegar ojo. Nos detuvimos varias veces para que yo pudiera beber la templada leche de las vacas que pastaban en los campos. Era una leche muy rica, aunque no tanto como la de mi madre. Yo comía mucho queso, un queso puro y exquisito.

Viajábamos a caballo, cubiertos con gruesas prendas de lana y pieles de animales. Durante el trayecto me distraía contemplando la nieve que caía, los campos que atravesábamos y las pequeñas aldeas donde nos refugiábamos, en posadas o chozas de madera. Vi a unos campesinos cubiertos con pieles de animales danzando alegremente alrededor de unas hogueras en el bosque. Los que permanecían encerrados en sus casas vivían atemorizados.

—Mira —dijo mi padre, señalando una colina—, esas son las ruinas de un gran monasterio, una abadía construida en tiempos de san Agustín, el cual fue quemado en la hoguera por orden del rey. Son tiempos muy peligrosos para los cristianos. Los soldados se dedican a saquear los monasterios ya expulsar de ellos a las monjas y los sacerdotes. Queman las imágenes y destrozan las vidrieras. Los desiertos claustros sirven de refugio a las ratas ya los pobres. Todo ha quedado destruido por culpa de un hombre. Es impensable que un hombre pueda dedicarse a destruir la obra de tantos. Ése es el motivo por el que has venido, Ashlar.

Yo tenía serias dudas al respecto. Me aterraba que mi padre estuviera convencido de ello, que expresara su fe en unos términos tan simples. Era como si presintiera que mi

padre estaba equivocado, o soñando. En una palabra, me mostraba incrédulo..

Vi de nuevo los misteriosos círculos formados por unas personas que bailaban. Traté de ver las piedras situadas casi en el centro, rodeando el primer círculo de seres humanos.

Buceé en mi mente de forma consciente y rigurosa a fin de explorar los conocimientos que poseía. Estaba seguro de que había vivido con anterioridad, pero no de que mi padre conociera el motivo por el que yo había regresado o lo que yo era realmente. Confiaba en que algún día se me revelaría la verdad. Pero no estaba seguro.

Cabalgamos entre las ruinas del monasterio. Los cascos de los caballos resonaban en el suelo de piedra del claustro cuyo tejado había sido destruido. De pronto rompí a llorar. Sentía una inenarrable tristeza al contemplar tanta desolación. Al mismo tiempo, me horrorizaba el dolor que ello me producía.

—Tranquilízate, Ashlar —dijo mi padre, tratando de consolarme—. Regresamos a casa. Nuestra casa está intacta.

Nos adentramos en el bosque. Estaba tan oscuro que apenas veíamos nada. Noté la presencia de unos lobos hambrientos en los alrededores; percibí el olor que emanaba su piel. Llegamos a una pequeña choza, pero sus ocupantes se negaron a abrirnos la puerta, aunque vi-mos que salía humo por un orificio del techado.

Subimos por una montaña cubierta por una densa arboleda. Los caminos eran muy escarpados y desde ellos divisábamos el maravilloso paisaje de la costa y el mar. Tuvimos que dormir en el bosque, a la intemperie. Mi padre y yo nos acurrucamos bajo unas gruesas mantas, con los caballos atados a nuestros pies. Me sentía indefenso en la oscuridad, rodeado de extraños sonidos y murmullos.

Hacia medianoche mi padre se despertó bruscamente, furioso y blasfemando. Se levantó de un salto y desenvainó la espada, pero todo estaba en silencio.

—Son estúpidos, impotentes, eternos —dijo mi padre. —
¿A quién te refieres?

—A los duendes. No conseguirán lo que pretenden.
Vamos, debemos partir. No tardaremos en llegar a casa.

Cabalgamos con cautela a través de la oscuridad, bajo
un cielo encapotado.

Al fin llegamos a un accidentado camino secreto que
conducía al valle de Donnelaith.

Mi padre me relató la historia. Existían dos entradas que
daban acceso a nuestro maravilloso valle: la carretera
principal, por la que viajaban los carros que transportaban
los productos al mercado, y el lago donde atracaban los
barcos que transportaban mercancías a los países de
ultramar.

Por ambas rutas acudían incesantes procesiones de
peregrinos para depositar oro sobre el altar de san Ashlar,
pedirle que les curara por medio de un milagro y tocar el
sarcófago que contenía sus restos.

La historia me llenó de temor. ¿Qué querían esas gentes
de mí? Además, estaba desfallecido de hambre, deseaba
beber leche, comer queso y demás productos lácteos,
blancos y puros.

Mi padre me explicó que habían estallado numerosas y
cruentas luchas en los Highlands. Los nuestros, el clan de
Donnelaith, habían resistido a los soldados del rey,
negándose a quemar los monasterios, saquear las iglesias y
atacar al papa de Roma. Ningún escocés penetraba en el
valle, ningún comerciante se atrevía a acercarse al pequeño
puerto, a menos que estuviera protegido por una nutrida
escolta.

—Somos los habitantes de los Highlands, los cristianos
de san Columba y san Patricio.

Pertenecemos a la vieja Iglesia irlandesa. No
capitularemos ante el pomposo rey que habita en el castillo
de Windsor y que ha desafiado a Dios, ni ante el arzobispo
de Canterbury, su lacayo. ¡Malditos sean todos los ingleses!

Queman a los sacerdotes, convirtiéndolos en mártires.
¡Pagarán muy cara su crueldad!

Esas palabras me tranquilizaron, aunque no sabía quiénes eran san Columba y san Patricio. Traté de recordar lo que sabía, pero era como si mis conocimientos mermaran a medida que mi padre y yo avanzábamos hacia el norte. ¿Acaso sabía esas cosas cuando estaba en brazos de mi madre o cuando me hallaba en su vientre? Por más que lo intenté, no conseguí atrapar esos recuerdos que huían de mi mente, dejando tan sólo un fugaz destello.

Había nacido. Era un hombre de carne y hueso. Vivía y respiraba nuevamente; la oscuridad se había desvanecido. Contemplé admirado la nieve que nos rodeaba, el firmamento, de un azul que ningún pintor habría sido capaz de reproducir, el profundo valle que se extendía al pie de la montaña y la imponente iglesia que se erguía a lo lejos. La nieve caía suavemente a nuestro alrededor. Ya me había acostumbrado al frío y gocé contemplando el paisaje nevado. —Abrígate bien —dijo mi padre—. No tardaremos en llegar al castillo, a nuestro hogar.

Yo no quería seguir el sendero que conducía al castillo, sino bajar a la población. En aquellos días era una ciudad muy importante. No tenía nada que ver con la pequeña y patética aldea que se fundó más tarde sobre sus ruinas. Tenía murallas, almenas y una maravillosa catedral. En ella residían comerciantes y banqueros, y en los campos que circundaban vivían los agricultores, según me explicó mi padre, en unas prósperas tierras que, aunque ahora estaban cubiertas de nieve, rendían buenas cosechas y alimentaban al ganado.

Mi padre señaló unos fuertes contruidos en lo alto de las colinas que rodeaban el valle, en los que habitaban unos capitanes leales a Don-nelaith bajo nuestra protección y en paz.

Observé unas columnas de humo que se alzaban de centenares de chimeneas y torres diseminadas por el valle,

apenas visibles a través de la densa arboleda. El aire estaba impregnado de unos deliciosos aromas de comida.

En el mismo centro de la ciudad se alzaba la imponente catedral, por encima de las casas y las murallas, con su campanario gótico y su elevado tejado cubiertos de nieve. En su interior brillaban unas luces, realzando el maravilloso colorido y los dibujos de sus vidrieras. Pese a lo avanzado de la hora, vi centenares de fieles entrando y saliendo por las puertas de la catedral.

—Deja que baje ala ciudad —le rogué a mi padre.

Me sentía fuertemente atraído por ese lugar, como si lo conociera, aunque no era así. Estaba ansioso por visitarlo.

—No, hijo mío, acompáñame.

Mi padre me obligó a acompañarle al castillo, situado sobre ellago, que constituía nuestro hogar.

Las aguas del lago estaban cubiertas por una capa de hielo, pero en primavera, según me dijo mi padre, acudían numerosos comerciantes, así como pescadores de salmones. Los mercaderes cambiaban lino por lana, pieles de animales y pescado que les proporcionábamos nosotros.

Nuestro castillo consistía en una serie de torres redondas, similares a las del siniestro castillo en el que había nacido yo. Al entrar comprobé que era menos lujoso que aquél, pero estaba lleno de vida.

El interior —pese a sus elevados arcos y su amplia escalinata— estaba tan toscamente amueblado que parecía más una cueva que un castillo. Estaba preparado para un banquete, y ni las mismas hadas del bosque habrían podido crear un ambiente más cálido y acogedor.

El suelo estaba cubierto de hojas verdes. Unas grandes guirnaldas decoraban la balaustrada de la escalera, los arcos y el inmenso hogar. El comedor estaba adornado con ramas de pino albar, muérdago y hiedra. Curiosamente, yo conocía el nombre de esas plantas siempre verdes.

Contemplé admirado el esplendor de los adornos. Varias docenas de velas ardían junto a los muros del comedor y

sobre la mesa, junto a la cual habían colocado unos bancos para los comensales.

—Siéntate —me ordenó mi padre y no digas una palabra.

Llegamos en el preciso momento en que iba a iniciarse el banquete, que era uno de los doce que se celebraban en Navidad. Todo el clan había sido invitado. Tan pronto como nos sentamos en un banco situado en un extremo de la mesa, aparecieron las damas y los caballeros ataviados con ricos ropajes.

Sus ropas no podían compararse con las que me habían entregado en la corte londinense, pero no dejaban de ser muy elegantes. Buena parte de los hombres iban vestidos con trajes escoceses a cuadros. Las mujeres ostentaban unos tocados tan suntuosos como los que lucían las damas en el castillo del rey, aunque sus vestidos, si bien de alegres colores, resultaban más sencillos. Muchas de ellas lucían hermosas alhajas.

Las alhajas me dejaron deslumbrado. Era como si éstas encerraran todo el colorido y la luz que resplandecía a mi alrededor. Tanto es así, que creí que si dejaba caer un rubí en un vaso de agua sus destellos harían que ésta adquiriera un intenso color rojo.

Mientras gozaba imaginando esas cosas, me fijé en un tronco que ardía en el hogar. Era tan grande como un árbol. Tenía algunas ramas, las cuales parecían brazos a los que les hubieran cortado las manos. Mi padre me explicó en voz baja que se trataba del tronco de Navidad, que sus hermanos habían traído del bosque.

El gigantesco tronco ardería durante los doce días que duraran los festejos navideños.

De pronto, mientras los numerosos convidados ocupaban sus puestos a ambos lados de la larga mesa, apareció el hacendado, el padre de mi padre, Douglas, conde de Donnelaith.

Era un hombre de pelo canoso, con las mejillas rubicundas y una espesa barba blanca, vestido con el típico

traje escocés. Iba acompañado de tres hermosas mujeres; eran sus hijas, mis tías.

Mi padre me advirtió de nuevo que guardara silencio, pues estaba atrayendo la atención de los otros comensales. La gente me miraba preguntándose quién sería aquel joven tan alto, con barba y bigote castaños y una melena que le rozaba los hombros.

Contemplé maravillado al nutrido coro de monjes mientras éstos ocupaban sus lugares en la escalinata de piedra. Todos ellos estaban tonsurados, es decir, que llevaban la coronilla rapada, y lucían hábitos blancos. Empezaron a entonar unos hermosos cánticos que resultaban al mismo tiempo alegres y tristes. La música me impresionó de tal manera que me sentí cautivado, transportado por ella, incapaz de reaccionar.

No obstante, me daba perfecta cuenta de lo que ocurría a mi alrededor. Unos sirvientes trajeron una cabeza de cerdo en una bandeja adornada con hojas verdes, motivos dorados y plateados, velas y manzanas de madera pintadas de brillantes colores.

Otros sirvientes aparecieron con unos espetones de los que col-gaban unos cerdos enteros asados.

Tras depositarlos sobre unas mesas auxiliares, procedieron a trincar la humeante carne.

Aunque no perdí detalle de lo que sucedía, estaba absorto en los cantos de los monjes. De pronto, de labios de aquellos veinte o treinta monjes brotó una preciosa canción de Navidad gaélica que decía así: ¿Quién es ese niño que duerme en brazos de María?

Ya conoces esa canción; es tan vieja como la misma Navidad en Irlanda o Escocia. Y si recuerdas la melodía, quizá puedas comprender la emoción que experimenté en aquel momento, cuando mi corazón se unió a las voces de los monjes y el ambiente de la sala quedó supeditado a la canción.

Me pareció recordar la felicidad que había sentido en el vientre de mi madre. ¿O acaso era un sentimiento que había experimentado con anterioridad? Lo ignoro; sólo sé que era un sentimiento tan profundo e intenso que no podía ser nuevo. Más que euforia, era una sensación de alegría.

Recordaba haber bailado con otras personas, asiéndolas de las manos. Por otra parte, ese momento me parecía precioso y de un inestimable valor, como si tiempo atrás hubiera tenido que pagar un elevado precio por él.

La música se detuvo tal como había empezado. Tras beber un poco de vino, los monjes se marcharon por donde habían venido. Los comensales empezaron conversar alegremente.

El hacendado se puso en pie para proponer un brindis, mientras los criados llenaban las copas. A continuación, todos empezaron a comer. Mi padre me sirvió unos pedazos de queso de unas gigantescas bolas que portaban los criados y me advirtió que comiera como un hombre adulto. Pidió que me trajeran leche, pero ninguno de los comensales reparó en ello, pues todos estaban ocupados charlando y riendo. Algunos hombres jóvenes se habían enzarzado en un combate de lucha libre.

A medida que pasaba el tiempo noté que algunos comensales empezaban a fijarse en mí, observándome con curiosidad y murmurando con su vecino de mesa o preguntándole a mi padre:

«¿Quién es ese joven que has traído a cenar con nosotros?»

Mi padre se limitaba a soltar una carcajada, procurando eludir la pregunta. Comía sin apetito, mirando inquieto a su alrededor. De pronto se levantó y alzó la copa. Yo apenas podía distinguir su perfil sus ojos, pues tenía el rostro oculto por la larga cabellera y la no menos larga barba, pero oí su voz, firme y clara:

—Deseo presentar a mi padre, mi madre, mis mayores y mis parientes a este chico, Ashlar, mi hijo.

Los presentes prorrumpieron en aplausos y vítores, pero de repente enmudecieron y se quedaron mirando fijamente a mi padre ya mí. Éste me indicó que me pusiera en pie y yo obedecí, suponiendo que deseaba que dijera unas palabras. Le pasaba casi la cabeza, pues mi padre tenía una estatura normal.

Todos me miraron y comenzaron a murmurar. Una de las mujeres soltó un grito. El hacendado me observó detenidamente con sus perspicaces ojos azules y yo me sentí incómodo.

Los monjes, que se hallaban en el vestíbulo, aparecieron de nuevo. Dos de ellos se acercaron para mirarme. Me parecían unos seres extraordinarios, con sus coronillas rapadas y sus largos hábitos blancos como los vestidos de las mujeres. Al poco, todos ellos se acercaron para observarme, alarmados.

—Es mi hijo —declaró mi padre—. Es Ashlar, que ha regresado de nuevo.

Al oír sus palabras varias mujeres profirieron un grito; algunas se desvanecieron. Los hombres se pusieron en pie, imitando al hacendado. Éste descargó un violento puñetazo sobre la mesa, haciendo que temblaran los platos y los cubiertos y derribando las copas de vino.

Luego, a pesar de su avanzada edad, el hacendado se encaramó al banco de un salto y exclamó con una voz ronca llena de rencor, sin apartar la vista de mí: —¡Taltos!

Taltos. Yo conocía esa palabra. Era la que solían emplear para designarme.

Sentí deseos de huir, pero mi padre me sujetó de la mano, obligándome a permanecer inmóvil junto a él. Unos comensales se levantaron y abandonaron la estancia. Algunas ancianas, visiblemente perplejas y aturcidas, se apresuraron también a salir, acompañadas de sus maridos e hijos. —¡Regresad! —exclamó mi padre—. ¡Es san Ashlar! Háblales, hijo. Diles que es una señal enviada del cielo. — ¿Qué puedo decirles, padre? —pregunté yo.

Al oír el sonido de mi voz, aunque a mí no me parecía que tuviera nada de particular, todos los presentes echaron a correr despavoridos. Furioso, el hacendado se subió encima de la mesa y apartó de una patada los platos que le rodeaban, mientras los sirvientes corrían a ocultarse. Todas las mujeres habían desaparecido.

Los monjes se habían marchado, excepto dos. Uno de ellos era muy alto, aunque no tanto como yo, tenía los ojos verdes, de mirada bondadosa, y era pelirrojo. Me miró sonriendo, y su sonrisa me produjo el mismo efecto tranquilizador que la música.

Sabía que los otros me aborrecían. Sabía que habían huido de mí. Sabía que mi presencia les infundía tanto pánico como a las mujeres que habían atendido a mi madre durante el parto, e incluso a mi propia madre.

Yo trataba de entenderlo, de comprender el significado de esa reacción.

—Taltos —dije, como si esa palabra fuera un resorte que pudiera revelarme algo que permanecía oculto en mi mente. Pero no fue así.

—Taltos —repitió el sacerdote. Era un franciscano, aunque en aquellos momentos yo ignoraba que lo fuera. Después sonrió de nuevo.

Todos se habían marchado excepto mi padre, yo mismo, el sacerdote, el hacendado —que seguía encaramado encima de la mesa—, y tres hombres que estaban acucillados junto al hogar, como si aguardaran algo, aunque ignoro qué.

Me asustaba ver cómo miraban al hacendado y la forma en que éste me observaba a mí. —¡Es Ashlar! —dijo mi padre—. ¿Acaso no lo veis? ¿Qué debe hacer Dios para reclamar vuestra atención? ¿Debe hacer que se abata un rayo sobre el campanario y lo destruya? ¡Es él, padre!

Yo me eché a temblar. Era una curiosa sensación que jamás había experimentado antes, ni cuando sentí que el

frío me calaba los huesos. No podía controlar mi agitación. Era como si la tierra temblara violentamente bajo mis pies.

El sacerdote se acercó a mí. Sus verdes ojos me recordaban las esmeraldas, aunque eran mucho más claros. Me acarició la cabeza, la mejilla y la barba suavemente, con ternura.

—Es Ashlar —murmuró.

—Es Taltos, el demonio —declaró el hacendado—. Haré que lo quemen en la hoguera.

Los tres individuos que permanecían junto al hogar avanzaron hacia mí, pero mi padre y el sacerdote se interpusieron en su camino. Trata de imaginar la escena.

Unos gritando que debían destruirme, como si fueran el arcángel Gabriel, mientras que los otros pretendían impedir que cumplieran su propósito.

Yo contemplé el fuego fijamente, consciente de que éste podía consumirme, de que padecería unos sufrimientos atroces si me arrojaban a las llamas, las cuales no tardarían en devorarme. De pronto evoqué los gritos y gemidos de miles de almas que padecían indescriptibles tormentos. Pero a medida que aumentaba mi terror me loidaba de todo; sólo era consciente de que tenía el cuerpo tenso y de que mis rodillas no cesaban de temblar.

El sacerdote me rodeó los hombros con un brazo y me condujo fuera del comedor, diciendo:

—No destruiréis lo que Dios ha creado.

Casi rompí a llorar al sentir su brazo en torno a mis hombros, protegiéndome.

El sacerdote y yo salimos del castillo, seguidos de mi padre y el hacendado, el cual me observaba con recelo, y nos dirigimos a la catedral. Seguía nevando y todas las personas con las que nos topamos iban cubiertas de pies a cabeza con prendas de lana y pieles de animales, de forma que era prácticamente imposible distinguir a los hombres de las mujeres. Algunos eran de talla menuda, como los niños, pero tenían el rostro arrugado y envejecido.

La catedral estaba abierta y llena de luz. Al acercarnos comprobé que estaba también adornada con hojas, muérdago y ramas de pino. En su interior había unas personas entonando unos cantos muy bellos. El ambiente estaba impregnado de aroma a pino, y el viento traía un agradable olor ahumo.

El aire que entonaba el coro era muy alegre, más festivo, discordante y triunfante que la canción que habían cantado los monjes. No poseía un acompasado ritmo que me cautivara, pero me sentí transportado por el júbilo que transmitía la exultante melodía, la cual hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Penetramos en la iglesia lentamente, junto con un nutrido grupo de fieles. Me sentía tan embargado de emoción que apenas era capaz de dar un paso. El hacendado —que se había cubierto el rostro con la capa de lana—, mi padre —que iba arropado con pieles de animales y el sacerdote —que se había puesto la capucha para guarecerse del frío—, me sostenían, atónitos ante mi profunda emoción, y me ayudaban a caminar.

Mientras la procesión de peregrinos avanzaba por la gigantesca nave, miré maravillado a mi alrededor. Nada de cuanto había contemplado hasta entonces era comparable a esta imponente catedral.

Sus maravillosas vidrieras y sus airosos arcos parecía haber sido diseñados por los dioses. Al fondo, sobre el altar, había una vidriera en forma de flor. Era tal su perfección, que no parecía haber sido construida por manos humanas. Me sentía confundido y sobrecogido por la belleza y la solemnidad de aquel lugar.

Al acercarme al altar vi un establo lleno de paja, en el que había una vaca, un buey y un cordero.

Los animales estaban inquietos, y del suelo de paja ascendía el cálido olor de sus excrementos. Junto a ellos había un hombre y una mujer de piedra. No eran más que imágenes. Sus ojos y su cabello estaban pintados. Entre

ellos, en una cuna, yacía un niño de mármol, como el hombre y la mujer, rechoncho y sonriente, con unos resplandecientes ojos de cristal.

Al contemplarlos me sentí tan perplejo como cuando observé los ojos del bondadoso sacerdote, los cuales, como te he dicho, me recordaban las esmeraldas.

La música otorgaba a la escena un aire irreal y todo parecía moverse lentamente, como en un sueño. Sin embargo, de pronto comprendí la verdad.

Comprendí que jamás había sido un niño como el que yacía en la cuna, como otros seres humanos, que mi tamaño y mi apariencia habían aterrado a mi madre. Era un monstruo; estaba convencido de ello. Recordaba con claridad los gritos que habían proferido al verme las mujeres que atendían a mi madre. Sabía que no era un ser humano como los demás.

El sacerdote me dijo que me arrodillara y besara al Niño Jesús, el cual había muerto para salvarnos. Luego señaló el ensangrentado crucifijo que colgaba de una alta columna situada a mi derecha. Vi aun hombre clavado en él, con sangre que brotaba de las heridas de sus pies y sus manos. Era Jesucristo. El Dios del bosque. El Dios de los campos. Comprendí que Jesucristo y el Niño Jesús eran la misma persona. De nuevo, oí en mi mente unos desgarrados lamentos, como los gritos que profieren las víctimas de una matanza.

Me sentía tan embargado por la emoción que me producían aquella escena y el sonido de la música, que temía perder el conocimiento. Quizás estuve apunto de traspasar en aquellos instantes el velo que ocultaba mi misterioso pasado. Pero aún debía vivir momentos más dolorosos, en los cuales sería el protagonista absoluto, y nada me fue revelado.

Mientras contemplaba el crucifijo, me estremecí al pensar en aquella horrible muerte. Me parecía monstruoso que alguien fuera capaz de crear a una inocente criatura

condenada a sufrir semejante martirio. Luego comprendí que todos los humanos habían nacido para morir. Desde el momento de su nacimiento debían esforzarse en sobrevivir y aprender a desenvolverse en el mundo. Me arrodillé y besé al niño de piedra, pintado en tonos suaves a fin de darle una apariencia real. Miré los impávidos rostros de piedra del hombre y la mujer.

Luego miré al sacerdote.

La música cesó de pronto y en su lugar oí los murmullos y las toses de los fieles que llenaban la gigantesca nave.

—Ven, Ashlar —dijo el sacerdote, conduciéndome discreta y apresuradamente a través de la multitud.

Penetramos en una capilla situada detrás del altar. Junto a la puerta habían apostados dos monjes, que sólo permitían entrar a los fieles de dos en dos. El sacerdote que nos acompañaba les rogó que cerraran el acceso a la misma y pidieran a los peregrinos que aguardaran unos instantes.

Los monjes dijeron a los fieles que el hacendado deseaba rezar ante san Ashlar. Nadie protestó, pues les pareció un deseo de lo más lógico y natural. Las personas que aguardaban para entrar en la capilla se arrodillaron y empezaron a rezar el rosario.

Nos hallábamos solos en la pequeña capilla, cuyos muros eran la mitad de altos que los de la nave. Pese a su reducido tamaño, me sentí vivamente impresionado por la solemnidad que emanaba aquel lugar. Junto a los muros, debajo de las ventanas, ardían numerosas velas. En medio de la habitación yacía un enorme sarcófago con una efigie tallada en la tapa. En torno a él se arrodillaban los fieles que acudían a este lugar para rendir tributo al santo, rezando y depositando besos sobre la figura de piedra tallada en el sarcófago.

—Mira, hijo mío —dijo el sacerdote, señalando una vidriera orientada hacia el oeste.

No pude ver los colores, pues era de noche, pero distinguí la figura que había representada en ella por las

juntas de plomo que unían lentre sí los múltiples fragmentos de vidrio. Vi aun hombre que lucía una larga túnica y una corona. Observé que era más alto que las otras figuras que estaban junto a él y que su cabellera, al igual que su barba, era larga y tupida como la mía.

En la vidriera había grabadas, en latín, unas palabras que al principio no alcancé a comprender.

El sacerdote atravesó la estancia, alzó la cabeza y leyó los versos en voz alta, traduciéndo los al inglés para que yo pudiera comprenderlos:

San Ashlar, amado hijo de Dios y de la Virgen María, regresará de nuevo.

Sana a los enfermos, consuela a los afligidos, aplaca el dolor de quienes deben morir.

Sálvanos, bendito Ashlar, de las tinieblas.

Arroja a los demonios del valle.

Guíanos hacia la luz.

Las palabras del sacerdote me impresionaron profundamente. La música comenzó a sonar nuevamente, a lo lejos, tan jubilosa como antes. Yo traté de resistirme, de no dejarme arrastrar por ella, pero no pude evitarlo, y su fuerza hizo que se disipara el hechizo de las palabras. A continuación abandonamos la capilla.

El sacerdote nos condujo ala sacristía de la catedral, donde nos sentamos ante una mesa. Era una habitación pequeña y acogedora, diferente de las demás estancias que había visto hasta entonces, excepto en una rústica posada. Me sentía a gusto en ella.

Me acerqué al fuego para calentarme, pero de pronto recordé que el hacendado deseaba quemarme en la hoguera y retrocedí espantado, arrebujándome en mi capa de terciopelo. —¿Qué significa Taltos? —pregunté, volviéndome hacia los tres, que me observaban en silencio—. ¿Qué nombre me habéis puesto? ¿y quién es ese Ashlar, el santo que regresa periódicamente a la tierra?

Al oír la última pregunta, mi padre cerró los ojos y agachó la cabeza, apesadumbrado. Su padre me miró enfurecido, pero el sacerdote siguió contemplándome como si hubiera descendido del cielo.

Al cabo de unos instantes, respondió:

—Tú eres Ashlar, hijo mío. Dios ha querido que Ashlar se reencarnara más de una vez, que regresara una y otra vez ala tierra para honor y gloria de su Creador, concediéndole esa dispensa de las leyes de la naturaleza, como a la Virgen, que ascendió a los cielos, y como el profeta Elías, que subió al cielo en cuerpo y alma. Dios ha querido que regreses ala tierra a través del vientre de una mujer, y quizás a través del pecado de una mujer.

—Así es —dijo el hacendado con aire sombrío—. No ha sido por medio de los duendes, sino por medio del pecado de una bruja y un hijo de nuestro clan.

Mi padre se mostraba al mismo tiempo asustado y avergonzado. Yo miré al sacerdote. Deseaba hablarle de mi madre, explicarle que tenía un sexto dedo en la mano izquierda y que me lo había enseñado diciendo que era la marca de una bruja, pero no me atreví a hacerlo.

Sabía que el viejo hacendado deseaba destruirme. Percibí su odio hacia mí, frío e implacable.

—Al nacer ostentabas la marca de Dios —dijo el hacendado—. Mi condenado hijo ha conseguido lo que no han conseguido en cientos de años los duendes que habitan en las colinas. —¿Acaso has visto caer la bellota de la encina? —preguntó el sacerdote—. ¿Cómo sabes que esta criatura no es uno de los nuestros?

—Ella tenía seis dedos —contestó mi padre con voz apenas audible. —¿Y yaciste con ella? —inquirió el hacendado.

Mi padre asintió; murmuró que era una gran dama, que no podía decir su nombre, pero que era un personaje tan importante que él temía por su vida.

—Nadie debe saberlo —dijo el sacerdote—. Nadie debe saber lo que ha ocurrido. Tomaré al niño a mi cargo y haré que se consagre a la Virgen, que jamás toque a una mujer.

Luego me instaló en una acogedora habitación y cerró la puerta con llave. La habitación disponía sólo de una pequeña ventana por la que se filtraba un aire muy frío, pero vi a través de ella un pedacito de cielo y unas estrellas. ¿Qué significaban esas palabras? Lo ignoraba. Cuando me encaramé al lecho y miré por la ventana, cuando vi el tenebroso bosque y la escarpada silueta de las montañas, sentí miedo. Creí ver a los duendes acercarse. Me pareció oír sus voces y los tambores. Rodearían a Taltos batiendo los tambores para inmovilizarlo, para despojarlo de su poder. «Crea un gigante o una giganta para nosotros; crea una raza que castigue a los pérfidos duendes, que los elimine de la faz de la tierra.»

Temía que treparan por el muro, que arrancaran los barrotes de la ventana y penetraran en la habitación...

Me tumbé en el lecho. Cuando alcé la mirada comprobé que los barrotes se hallaban intactos. No había sido más que una alucinación. Había pernoctado en rústicas posadas rodeado de borrachos y pros-titutas, en bosques donde incluso los lobos huían de los duendes.

Ahora estaba a salvo.

Una hora antes del amanecer el sacerdote entró en mi habitación. Al despertarme oí el tañido de una campana y recordé haberla oído en sueños, como un martillo golpeando reiteradamente un yunque.

El sacerdote me dio unos golpecitos en el hombro y dijo:
—Acompáñame, Ashlar.

Vi las almenas de la ciudad. Vi las antorchas de los vigías. Vi el negro firmamento y las estrellas.

La nieve cubría el suelo. La campana seguía tañendo implacablemente. Al notar que estaba temblando de miedo, el sacerdote me sostuvo con un brazo.

—Las campanas doblan para ahuyentar a los demonios ya los espíritus del valle —dijo—. Para alejar a los Sluagh, a los Ganfer ya los perversos duendes. Ya deben de saber que has venido. La campana nos protegerá. Su sonido les obligará a ocultarse en el bosque, donde no puedan hacer daño a nadie. —¿Quiénes son esos seres? —pregunté—. Me asusta el tañido de la campana.

—No temas, hijo. Es la voz de Dios. Ven conmigo a la iglesia.

El sacerdote se inclinó y me besó en la mejilla.

—Sí, padre —contesté obediente. El afecto que me demostraba el sacerdote era como un bálsamo para mi atormentado espíritu.

La catedral estaba desierta. La campana sonaba más lejana, pues estaba instalada en lo alto del campanario y su eco reverberaba en el valle, no en el interior de la iglesia.

El sacerdote me besó de nuevo y me condujo hasta la capilla del; santo. Hacía frío y todo estaba negro como boca de lobo.,

—Eres Ashlar, hijo mío. No existe la menor duda al respecto. Cuéntame lo que recuerdas de tu nacimiento.

Yo no quería responder. Sentí vergüenza al recordar a mi madre llorando atemorizada, tratando de apartarme de su lado mientras me aferraba a su pecho para mamar.

No respondí. —¿Quién es Ashlar, padre? ¿Qué debo hacer?

—No te preocupes, hijo mío. Te enviaré a Italia, ala casa de nuestra orden, en Asís, donde estudiarás para ser sacerdote.

Yo no comprendí sus palabras.

—En este país, ahora persiguen a los sacerdotes —prosiguió—. Fuera de este valle están los seguidores rebeldes del Rey, los luteranos y demás canallas que pretenden destruirnos y destruir nuestra catedral. El Señor te ha enviado para salvarnos, pero debes estudiar y to-mar los hábitos sacerdotales. Por encima de todo, debes

consagrarte a la Virgen. No debes tocar jamás a una mujer; es preciso que renuncies a ese goce a fin de servir al Señor. Puedes hacer lo que gustes con otros frailes, pero no debes pecar con una mujer, ¿has entendido? »Esta noche, unos hombres te conducirán en barco hasta Italia. Más adelante, cuando Dios nos indique que ha llegado el momento propicio o te revele sus designios, podrás regresar. —¿Y qué es lo que debo hacer?

—Conducir al pueblo por la senda del Señor, rezar, decir misa, imponer las manos sobre los enfermos y curarlos, como hacías antes. ¡Salvar a la gente de las garras de los diablos luteranos! ¡Ser el santo!

Lo que me pedía el sacerdote me parecía imposible. ¿Dónde estaba Italia? ¿Por qué debía ir allí? —¿Podré conseguirlo? —pregunté.

—Sí, hijo mío —respondió el sacerdote, sonriendo—. Tú eres Taltos. Puedes obrar milagros.

—Entonces ambas leyendas son ciertas —dije—. Yo soy al mismo tiempo el santo y el monstruo.

—Cuando estés en Italia —contestó el sacerdote—, el santo te impartirá su bendición en la basílica de San Francisco ya partir de ese momento todo quedará en manos de Dios. La gente teme a Taltos, pues se cuentan siniestras leyendas sobre él, pero cuando reaparece, al cabo de varios siglos, su regreso constituye siempre un buen augurio. San Ashlar era un Taltos, por eso estábamos convencidos de que regresaría de nuevo.

—Entonces no soy un ser mortal —dije—. ¿ Pretendes que prometa que imitaré al santo?

—Eres muy listo para ser un Taltos —respondió el sacerdote—. Sin embargo, posees una ingenuidad y una bondad divinas. En realidad, la decisión depende de ti. Puedes encarnar la maldad, como Taltos, o comportarte como el santo. ¡Ojalá yo fuera tú! ¡Ojalá no fuese un pobre sacerdote perseguido y condenado por el rey de Inglaterra a morir en la hoguera, descuartizado o ahorcado!

Actualmente, en Alemania, Lutero recibe las revelaciones de Dios mientras está sentado en el retrete y arroja sus excrementos ala cara del demonio. Así es la religión hoy en día. ¿ Prefieres ocultarte en el valle, para sembrar la desolación y el terror, o ser un santo? —Sin darme tiempo a contestar, el sacerdote me preguntó—: ¿Sabías que Tomás Moro ha sido ejecutado en Londres? Le han cortado la cabeza, la han clavado en una pica y la han exhibido en el puente de Londres por deseo expreso de la puta del rey.

Sentí deseos de salir huyendo de aquella tenebrosa iglesia, de di-rirme al bosque, donde los pájaros habían comenzado a cantar. Las palabras del sacerdote me confundían y angustiaban, pero al pensar en el bosque y el valle sentí un pánico que hizo que el corazón me latiera aceleradamente y me sudaran las manos.

—Taltos no es nada —murmuró el sacerdote—. Vea ocultarte en el bosque si deseas ser un Taltos. Los duendes no tardarán en dar contigo. Te apresarán y te obligarán a crear una legión de gigantes. Eso no debe suceder. Tu prole sería monstruosa. Debes comportarte como el santo. Tú eres el santo. ¡Los duendes! Miré al sacerdote, tratando de comprender lo que decía.

—Tú eres el santo —repitió.

En aquel momento irrumpieron unos hombres en la catedral, armados y cubiertos con capas de piel. El sacerdote les dio unas órdenes en latín que apenas logré comprender. Sabía que iban a conducirme en barco a Italia, que era su prisionero. Aterrado, me volví hacia la vidriera que representaba asan Ashlar, como si él pudiera salvarme.

Al alzar la vista sucedió un milagro. El sol comenzaba a despuntar y, aunque sus rayos no penetraban directamente a través de la vidriera, el suave resplandor realzó sus vívidos y maravillosos colores. El santo me sonrió, rodeado de una bola de fuego. Yo contemplé admirado sus negras e intensas pupilas, sus labios rojos y sus ropajes car-mesí. Sabía que no

era sino un efecto óptico, pero no podía apartar la vista de él. De pronto sentí una inmensa paz.

Evoqué el aterrado rostro de mi madre, sus gritos mientras los valerosos miembros del clan de Donnelaith echaban a correr como una pandilla de ratas.

—Tú eres el santo —murmuró el sacerdote.

En aquellos momentos hice un solemne juramento, aunque no me atreví a pronunciar las palabras en voz alta.

Observé fijamente la vidriera, tratando de asimilar todos sus detalles. Contemplé al santo, descalzo, con el pie apoyado sobre los cuerpos de los Ganfer, los Sluagh, los demonios del infierno.

En la mano sostenía una estaca cuyo extremo estaba clavado en el diablo que se hallaba postrado a sus pies. Observé los cuerpos, excelente-mente dibujados, de los siniestros duendes y espíritus, mientras no. taba que el corazón me latía cada vez con mayor violencia.

La luz se había intensificado, haciendo que el santo pareciera una deslumbrante visión formada por fragmentos de oro, azul, rojo rubí y blanco. —¡San Ashlar! —murmuré.

Los hombres armados me sujetaron del brazo.

—Ve con Dios, Ashlar. Entrega tu alma al Señor y, cuando la muerte visite de nuevo, conocerás la paz.

Ése fue mi nacimiento, caballeros. Así fue como regresé a la tierra. Ahora os contaré el resto de la historia, lo alto que llegué a escalar.

Supuse que no volvería a ver ni al hacendado, ni al sacerdote, ni el valle, ni la catedral. Me condujeron hasta un pequeño bote que, tras abandonar las heladas aguas del puerto, se dirigió hacia el sur, hasta donde se hallaba atracado un gigantesco buque. Me condujeron a bordo y me instalaron en un pequeño camarote. Me sentía como un prisionero. Sólo bebía leche, pues los alimentos sólidos me repugnaban y el violento oleaje hacía que me sintiera mareado.

Nadie me comunicó por qué me habían encerrado en el camarote, el cual carecía de las comodidades más elementales. No disponía de ningún libro para estudiar o leer; ni siquiera de un rosario para rezar. Los hombres barbudos que se ocupaban de mí parecían temerme y se mostraban reacios a darme explicaciones. Finalmente, comencé a cantar para distraerme, sumido en una especie de trance.

A medida que cantaba iba inventando la letra de las canciones, sin detenerme a pensar en la belleza de éstas, como quien trenza guirnaldas con flores. Canté durante varias horas. Tenía una voz profunda, cuyo sonido me resultaba grato. Me tumbé en el camastro, con los ojos cerrados, y canté unas variaciones de los himnos que había oído en Donnelaith. No cesé de cantar hasta que me arrancaron de ese trance, o hasta que caí dormido.

No recuerdo en qué momento comprendí que el invierno había finalizado y que al fin habíamos alcanzado las costas de Italia. Al mirar por la pequeña ventana, cruzada por unos barrotes, vi que el sol brillaba suavemente sobre unas onduladas colinas y unos riscos de indescriptible belleza.

Luego sucedió algo extraordinario. Los hombres que me habían acompañado durante la travesía, los cuales seguían negándose a responder a mis preguntas, me abandonaron a las puertas de un monasterio tras hacer sonar la campanilla situada junto a la verja.

Antes de marcharse, los hombres me entregaron un pequeño paquete.

Permanecí durante unos instantes inmóvil, aturdido. Al volverme vi aun monje que había abierto la verja y me observaba detenidamente. Yo aún lucía las elegantes ropas que me habían dado en Londres, aunque tras la larga travesía estaban manchadas; la barba y el cabello me habían crecido mucho. Sólo portaba el paquete, el cual me apresuré a entregar al monje.

Éste retiró el envoltorio de cuero y vi que contenía un pergamino doblado en cuarto, en el que había escritas unas palabras.

—Anda, pasa —dijo el monje amablemente.

Tras echar un vistazo a la carta escrita en el pergamino, se alejó apresuradamente, dejándome asolas en un hermoso y apacible jardín rebosante de flores amarillas e iluminado por el cálido sol del mediodía. A lo lejos oí unas voces masculinas que cantaban, como los monjes de Donnelaith. Era un sonido fascinante. Cerré los ojos y aspiré el aroma de las flores, dejándome llevar por el melodioso sonido.

Al cabo de un rato aparecieron unos monjes. Los que había visto en Escocia iban vestidos de blanco, pero éstos llevaban unos toscos hábitos marrones e iban calzados con sandalias. —¡Hermano Ashlar! —exclamaron prácticamente a coro, mientras me besaban en ambas mejillas y me abrazaban.

Sus sonrisas eran tan dulces, su mirada tan afectuosa, que rompí a llorar.

—De ahora en adelante vivirás con nosotros —dijeron—. No de-bes temer nada. Te hallas bajo la protección de Dios. —¿Qué dice la carta? —pregunté en inglés al monje que sostenía el pergamino.

—Que has consagrado tu vida al Señor. Que desees seguir los pa-sos de nuestro fundador, san Francisco, y ser sacerdote.

Luego los monjes me besaron y abrazaron de nuevo. No parecían asustados, por lo que deduje que no sabían nada de mí ni de las circunstancias de mi nacimiento. Aparte de mi desmesurada estatura y mis largos cabellos, podía pasar por uno de ellos.

Eso me extrañó.

Durante la cena —los monjes me ofrecieron leche y alimentos más apetitosos que los que ellos mismos comían— permanecí en silencio sin saber qué hacer ni qué

decir. Al parecer, no estaba prisionero. Si deseaba marcharme, no tenía más que saltar la tapia.

Pero ¿por qué había de hacerlo?, pensé. Luego acompañé a los monjes a la capilla y canté con ellos. Al oír mi voz, sonrieron y asintieron en señal de aprobación. Mientras cantaban contemplé el crucifijo que había en el altar, el símbolo de los cristianos, Jesús clavado en la cruz. No lo digo por decir, sino para que intentéis imaginar el cuerpo de Jesús tal como lo vi yo, herido, sangrando, con una corona de espinas. El Dios de los bosques, arrastrado a través de los campos por unos seres armados con palos.

De pronto me sentí embargado por una intensa emoción. Decidí permanecer un tiempo en el monasterio. Después de todo, si no me encontraba a gusto siempre podía escaparme. Aunque, si lo hacía, perdería asan Ashlar.

Por la noche, cuando los monjes me condujeron a mi celda, dije:

—No es necesario que me encerréis. No trataré de huir.

Los monjes me miraron perplejos y contestaron que no pensaban encerrarme. Luego me indicaron que la puerta carecía de cerradura.

Feliz y satisfecho, me tumbé en la cama y me quedé medio dormido. De vez en cuando oía las voces de los monjes cantando en la capilla.

Por la mañana, cuando me dijeron que debíamos partir hacia Asís respondí que estaba dispuesto.

Los monjes me advirtieron que, como auténticos franciscanos que éramos, fieles a las normas de nuestro hermano fundador, no viajaríamos a caballo, sino que recorreríamos el camino a pie.

PROSIGUE LA HISTORIA DE LASHER

Durante el viaje a Asís, les tomé mucho afecto a los frailes que me acompañaban. Comprendí que no sabían nada de mí salvo que deseaba ser sacerdote. Llevaba un hábito marrón y sandalias, como ellos, y un cilicio ceñido a la cintura como único adorno. No me había cortado el cabello, y llevaba mis elegantes ropas en un hatillo, pero parecía uno de ellos.

Mientras caminábamos por la carretera, los sacerdotes me hablaron sobre san Francisco de Asís, el fundador de su orden. Me explicaron que Francisco, que era muy rico, había renunciado a su fortuna para convertirse en un mendigo y un predicador. Cuidaba de los leprosos, los cuales le infundían un pánico mortal, y de todos los animales con tal ternura que las aves se posaban en su brazo y los lobos se dejaban domesticar por él.

Mientras charlábamos imaginaba el rostro de Francisco: una mezcla del radiante sacerdote franciscano de ojos verdes que había conocido en Escocia y de los inocentes semblantes de los frailes; aunque tal vez fuera un mero ideal inventado por mí, puesto que había aprendido a crear imágenes y sueños.

Fuera lo que fuese, conocía a Francisco.

Sí, lo conocía. Conocía sus temores cuando su padre lo maldijo. Conocía su alegría cuando se consagró a Jesús. Conocía el amor que sentía hacia los animales, a los cuales llamaba hermanos, y hacia la gente que veíamos a nuestro

alrededor: los campesinos italianos que trabajaban en los campos y las gentes de la ciudad, los monasterios y las casas solariegas que nos ofrecían cobijo por la noche. · Me sentía tan dichoso que empecé a preguntarme si mi nacimiento en Gran Bretaña no habría sido una pesadilla, algo que no había sucedido.

Me sentía a gusto entre los monjes franciscanos, siguiendo los pasos de san Francisco. Me parecía haber nacido en una época que no me correspondía. Si el hecho de ser santo significaba imitar a Francisco, estaba dispuesto a hacerlo. La austera vida de los franciscanos me parecía natural y me proporcionaba una gran paz de espíritu, como si recordara unos tiempos en que los seres humanos eran buenos y caritativos, antes de que sucediera algo terrible.

Vi por doquier niños trabajando en los campos con sus padres o jugando en las calles de las aldeas. Cuando entramos en Asís, comprobé que estaba llena de niños de distintas edades, como cualquier ciudad. Comprendí, sin que nadie me lo dijera, que los niños eran seres humanos pequeños, no siniestros personajes como los duendes, mis enemigos, los cuales deseaban matarme por envidia, ese nefasto sentimiento que me aterraba aunque desconocía su significado. Los niños que vi eran muy hermosos y se desarrollaban lenta y progresivamente, año tras año, hasta alcanzar el grado de madurez y conocimiento que yo había alcanzado en un breve espacio de tiempo.

Cuando vela a una madre dando de mamar a su hijo, ansiaba beber su leche. Pero sabía que no era la leche de una bruja. No tenía los po-deres de ésta; no podía ayudarme a crecer rápidamente, aunque la verdad es que ya estaba muy crecido. De hecho, durante el viaje había aumentado de estatura y ofrecía el aspecto de un joven de veinte años fuerte y saludable.

Decidí no revelar mis pensamientos y gozar contemplando el paisaje, los viñedos, los campos y, sobre todo, la suave luz del sol italiano.

Asís era una ciudad construida sobre una elevada colina, de forma que desde uno de sus numerosos promontorios pude divisar en todo su esplendor el paisaje que la circundaba, infinitamente más atrayente que los abruptos riscos y montes coronados de nieve que rodeaban Donnelaith.

Mis recuerdos sobre Donnelaith eran cada vez más confusos. De no haber aprendido a escribir a las pocas semanas de llegar a Asís, y consignado en una clave secreta todo cuanto había experimentado, sin duda habría olvidado mis orígenes, los cuales se me antojaban vagos y ambiguos.

Pero no deseo perderme en divagaciones. Llegamos a las puertas de Asís a mediodía. Los frailes me condujeron de inmediato a la basílica de San Francisco, situada en el otro extremo de la ciudad.

Se trataba de un inmenso edificio, aunque no tan frío como la catedral de Donnelaith. Tenía unos arcos redondeados, en lugar de puntiagudos, y sus muros estaban decorados con maravillosos frescos del santo, bajo los cuales se hallaba la capilla de éste, que era visitada por legiones de fieles, al igual que la de san Ashlar en el valle.

Vi a centenares de personas junto a la inmensa tumba del santo —la cual no ostentaba una efigie del mismo—, apoyando las manos en ella, o besándola, y rogando en voz alta a san Francisco que las sanara, las consolara o intercediera por ellas ante el Señor.

Yo también apoyé las manos en el sarcófago y recé a san Francisco, el cual había adquirido ante mis ojos una nueva personalidad, convirtiéndose en un personaje de leyenda.

—Aquí estoy, Francisco —murmuré ante su tumba—. He venido para ser sacerdote, pero tú sabes que me han enviado aquí para que me convierta en santo.

Sentía una profunda satisfacción; nadie conocía mi secreto. Sabía que un día regresaría a Escocia con los preceptos de Francisco, para salvar a mi pueblo tal como me

había indicado el bondadoso sacerdote. Estaba destinado a realizar, a través de la humildad, grandes hazañas.

Sin embargo, traté de no dejarme deslumbrar por ello. «Si deseas convertirte en santo debes imitar a Francisco ya estos frailes —me dije—. Debes renunciar a toda ambición, pues un santo no debe ser ambicioso. Un santo es el siervo de Jesús, cuya voluntad debe acatar ciegamente.»

Pero, pese a esa confesión o promesa que me hice a mí mismo, en el fondo estaba convencido de que conseguiría mis propósitos. Estaba destinado a brillar como la imagen de san Ashlar en la vidriera de la catedral.

Permanecí varias horas en la capilla del santo, embriagado por el ambiente de devoción que se respiraba en aquel lugar. Percibía el fervor de los fieles que se postraban ante la tumba del santo casi como si fuera música. Comprendí que era extremadamente sensible no sólo a la música, sino a toda clase de sonidos. Todo me afectaba: el canto de los pájaros, el timbre de las voces de las personas, y el ritmo y la cadencia de sus palabras. Cuando encontraba a alguien que hablaba de forma natural utilizando aliteraciones, me quedaba absolutamente fascinado.

Pero lo que me fascinaba en aquellos momentos era el delirio de los fieles y el intenso fervor que inspiraba Francisco.

Ese mismo día los frailes me llevaron a visitar Carceri, la ermita en la que Francisco y sus primeros seguidores habían llevado una vida solitaria. Visité sus celdas y contemplé la hermosa campiña que la rodeaba. Éste era el lugar donde Francisco había vivido y rezado.

No sentía deseos de regresar a Escocia. Lo que me preocupaba, sin embargo, no eran los votos de pobreza, castidad y obediencia, sino el que la leyenda de san Ashlar devorara mi alma mientras me impulsaba a alcanzar las cotas que había alcanzado el santo.

Permíteme que me detenga para hacer hincapié en un extremo. No abandoné Italia, ni mi vida como monje franciscano, hasta que no transcurrieron más de veinte años. No recuerdo cuántos exactamente. Sé que no fueron treinta y tres, pues ésa es la edad en que murió Jesús y lo habría recordado.

Te cuento esto para que comprendas dos cosas. Primero, que no, puedo abordar de inmediato el capítulo de Donnelaith, puesto que aún no ha llegado el momento y segundo, que durante esos años mi cuerpo seguía siendo fuerte y vigoroso. Mi piel había perdido tersura y se había vuelto más áspera, y mi rostro mostraba algunas arrugas, pero no muchas. Aparte de eso, presentaba el mismo aspecto que cuando llegué a Italia.

Quiero que comprendas que me sentía plenamente dichoso llevando la vida de un monje franciscano —la cual me resultaba del todo natural—, ya que ello constituye el núcleo de esta historia.

La Navidad se celebraba en Italia con gran pompa y devoción, tal como solía celebrarse en la Escocia de pesadilla que yo había conocido brevemente. El veinticinco de diciembre se convirtió para mí en la fecha más sagrada y lo pasaba siempre en Asís., Antes de pasar mis primeras Navidades allí, ya había leído la historia del Niño Jesús, nacido en un pesebre, y contemplado innumerables cuadros en los que éste aparecía en brazos de la Virgen María.

Cerré los ojos e imaginé ser algo que jamás había sido: un bebé, un niño inocente e indefenso. En aquellos momentos experimenté una profunda dicha y decidí ver a Jesús —un niño puro e inocente en todos los hombres y las mujeres con quienes me tropezara. Si me enojaba o enfurecía durante unos instantes, cosa que sucedía rara vez, pensaba en el Niño Jesús. Imaginaba que lo sostenía en brazos.

Creía en él ciegamente, convencido de que algún día, cuando alcanzara mi destino, me reuniría con él. Me

arrodillaría en el pesebre y acariciaría la manita del niño Jesús.

A fin de cuentas, Dios era eterno. El Niño Jesús, Jesucristo nues-tro Salvador, Dios Padre, el Espíritu Santo, todos eran lo mismo. Lo comprendí con toda claridad casi de inmediato. Tanto es así, que las cuestiones teológicas me hacían reír. Cuando abandoné Italia, me había convertido en sacerdote y predicador, cantor de cánticos sagrados y curandero. En suma, en un hombre que procuraba consolar y hacer felices a cuantas personas conocía.

Pero, permíteme explicártelo más detalladamente.

Desde el principio, mi ingenuidad y franqueza asombraron a los frailes, los cuales no podían adivinar que ello se debía a que era un niño. El hecho de que me entusiasmara la leche y el queso les divertía; mi habilidad para aprender despertaba su admiración. Al cabo de poco tiempo sabía escribir en italiano, inglés y latín.

Me convertí, en definitiva, en un santo en cuerpo y alma.

No existía tarea demasiado baja o humilde para mí. Solía acompañar con frecuencia a los monjes que atendían a los enfermos de lepra en las afueras de la ciudad.

No temía a los leprosos. Podían haberme infundido pavor, como a Francisco, pero procuraba no pensar en ello. Ahí radicaba la clave de mi personalidad, en que era capaz de apartar de mi mente todo cuanto me angustiaba y pensar sólo en aquello que me complacía.

Nada de lo experimentado hasta la fecha me repelía, salvo el odio y la violencia. Esa actitud se mantuvo constante durante todos los años que permanecí en la tierra. Por regla general, las cosas me entristecían o entusiasmaban, sin medias tintas.

Los leprosos me interesaban precisamente porque otros los rechazaban; por supuesto, sabía que Francisco se había esforzado en vencer el temor que le inspiraban, y yo estaba resuelto a ser un santo tan grande como él. Me complacía consolar a los leprosos. Daba de comer y lavaba a los que

estaban demasiado enfermos para hacerlo por sí mismos. Al enterarme de que, en cierta ocasión, santa Catalina de Siena había bebido el agua con la que se había lavado un leproso, decidí imitarla.

Desde un principio fui conocido en Asís como el ingenuo, el inocente, el deslumbrado por Dios, por decirlo así. Un joven monje que estaba en perfecta sintonía con el espíritu de Francisco, que hacía de modo espontáneo y natural lo que propugnaba el santo.

Debido a mi candor, a mi absoluta falta de doblez, la gente solía sincerarse conmigo, alentada por mi mirada franca y curiosa. Siempre estaba dispuesto a escuchar lo que las personas deseaban contarme. Lo cierto es que a través de los pequeños gestos y las tímidas confesiones de la gente, aprendí las grandes verdades que encierra la vida.

Eso fue lo que sucedió en el interior de mi mente.

Por las noches aprendía a leer y escribir. Escribía constantemente, aun a costa de sacrificar horas de sueño. Aprendí de memoria varias canciones y poemas. Estudié las pinturas de la basílica, los grandes frescos de Giotto que relatan los episodios más importantes de la vida de san Francisco, incluido aquel en el que se expone el origen de sus estigmas, las misteriosas heridas en las manos y los pies. Me mezclaba entre los peregrinos para conversar con ellos y aprender cosas interesantes del mundo.

El primer año cuya fecha recuerdo es 1536. Iba con frecuencia a Florencia para atender a los pobres, visitar sus chozas y llevarles pan y agua. Florencia era todavía la ciudad de los Médicis.

Puede que hubiese perdido cierto esplendor, como algunos han sostenido posteriormente, pero no creo que nadie hubiera sido capaz de hacer tal afirmación en aquella época.

Al contrario, Florencia era una magnífica y próspera ciudad. Se vendían miles de libros y las esculturas de Miguel Angel estaban por doquier. Los gremios seguían siendo muy

poderosos, aunque buena parte del comercio se había trasladado al Nuevo Mundo. La ciudad constituía un inagotable espectáculo de procesiones, como la gran procesión de Corpus, y representaciones de hermosos cuadros vivos y obras de teatro.

El banco de los Médicis era por aquel entonces el más importante del mundo.

En Florencia había infinidad de personas cultas, inteligentes e in-geniosas; era la cuna del poeta Dante y del genio político llamado Maquiavelo; la ciudad de Fray Angélico y Giotto, Leonardo da Vinci y Botticelli; una ciudad de grandes escritores, pintores, príncipes y santos. La propia ciudad estaba hecha de sólida piedra y repleta de palacios, iglesias, plazas, jardines y puentes. Era una ciudad única en el mundo.

El incremento de mis obligaciones me brindó la oportunidad de recorrer todos y cada uno de los rincones de Florencia, adonde llega-ban las noticias de cuanto ocurría en el resto del mundo.

El mundo se encontraba al borde de la catástrofe. La gente aseguraba que el fin se hallaba próximo.

El rey inglés, Enrique VIII, había renunciado a la fe verdadera; la gran ciudad de Roma acababa de recuperarse del ataque perpetrado por las tropas protestantes y los católicos españoles. El Papa y los cardenales habían tenido que refugiarse en el castillo de Sant Angelo, lo cual había causado una profunda amargura entre la población.

Cada nueve o diez años se producían nuevos brotes de peste, la cual se cobraba un elevado número de víctimas. El continente estaba sacudido por las guerras.

Las noticias más inquietantes, sin embargo, se referían a las fechorías de los protestantes en el extranjero. Se hablaba del loco Martín Lutero, el cual había conseguido que todo el pueblo alemán se indispusiera contra la Iglesia, y de otros herejes, como los anabaptistas y los calvinistas, cuyas doctrinas atraían cada vez a más almas cristianas.

Se decía que el Papa se sentía impotente contra esas herejías. Se convocaron varios concilios, pero no se solucionó nada. La Iglesia emprendió una reforma en respuesta a los grandes herejes:

Calvino y Lutero. Pero el mundo había sido dividido en dos por los protestantes, quienes acabaron con toda una cultura al romper con la autoridad del Papa.

No obstante, nuestro universo de Asís, Florencia y el resto de las ciudades y poblaciones italianas seguía en pleno apogeo, próspero y fiel a Jesucristo. Al leer las Sagradas Escrituras, me parecía imposible creer que nuestro Señor no hubiera caminado por la Vía Apia. Italia colmaba mi espíritu con su música, sus jardines y su campiña; no deseaba vivir en otro país. Roma era la única ciudad que me atraía más que Florencia, acaso debido a su tamaño, al esplendor de San Pedro. Pero Venecia era también una ciudad maravillosa. A mi entender, los pobres de una ciudad eran semejantes a los de otra. El hambre era el hambre. Ellos siempre me recibían con los brazos abiertos.

No me costó ningún esfuerzo convertirme en un auténtico poverello: desprovisto de bienes, refugiándome donde podía por las noches, dejando que el Espíritu Santo me iluminara cuando alguien me formulaba una pregunta complicada o me pedía que pronunciara una verdad.

Recuerdo que experimenté una profunda alegría el día que pronuncié mi primer sermón, en una plaza de Florencia, con los brazos extendidos, rehuyendo como solíamos hacer los franciscanos los temas teológicos y centrándome en la dedicación personal a Dios. «Debemos tratar de imitar al Niño Jesús, ser inocentes, puros y bondadosos como él».

Tal era el deseo de Francisco, que fuéramos como los mendigos y los vagabundos, los cuales se expresan con absoluta sinceridad y limpieza de corazón. Pero nuestra orden estaba seriamente dividida en materia de interpretación. ¿Qué era lo que pretendía realmente Francisco? ¿A qué clase de normas debíamos atenernos?

¿Quiénes eran los auténticos pobres? ¿Quiénes eran los auténticamente puros?

Yo procuré evitar todo tipo de decisiones y conclusiones. A menudo conversaba en voz alta con Francisco, quien constituía un modelo que yo intentaba imitar en todo. Me dediqué con empeño a las obras de caridad, y mis desvelos para con los enfermos dieron excelentes resultados.

No se trataba de milagros. Los cojos no arrojaban de pronto sus muletas y se ponían a gritar:

«¡Puedo andar!» No, se trataba más bien de una habilidad innata para cuidar a los enfermos, para conseguir que los más graves se recuperaran, para arrancarlos de las garras de la muerte. Poco a poco me di cuenta de que poseía ciertas cualidades que contribuían a que los enfermos sanaran. Por ejemplo, comprendí que si yo mismo acercaba un vaso de agua a los labios de un enfermo, éste se recuperaba antes que si dejaba que lo atendiera otra persona.

Durante esos años aprendí otra cosa: que buena parte de mis hermanos de la orden no cumplían el voto de castidad. Es más, muchos de ellos tenían queridas, frecuentaban los burdeles legales de Florencia o mantenían relaciones ilícitas con algún compañero. Yo también me sentía atraído por jóvenes de ambos sexos y, en ocasiones, tenía sueños eróticos o me despertaba por las noches sintiendo un fuerte deseo carnal. Cuando llegué a Italia había alcanzado la madurez sexual, y tenía vello en los genitales y en las axilas. Siempre fui, en ese aspecto, como cualquier otro hombre normal.

Recordaba las palabras del fraile franciscano en Donnelaith: «Ja-más debes tocar a una mujer.»

Pensaba en ellas con frecuencia. Lógicamente, sabía que los hombres y las mujeres copulan para tener hijos, y llegué a la conclusión de que el sacerdote me había hecho esa severa advertencia con un único propósito: evitar que engendrara un monstruo como yo.

Pero ¿qué clase de monstruo era yo? No estaba seguro. Mi nacimiento y mis orígenes se habían convertido en una tortura, una vergüenza que no podía confiar a nadie.

Asimismo, por esa época —durante los primeros años, a medida que se formaba mi personalidad— empecé a sospechar que ciertas personas me vigilaban, unas personas que conocían mi verdadera identidad y pretendían desenmascaramme.

Con frecuencia veía a holandeses en las calles de Florencia, a quienes reconocía por su atuendo.

Estaba convencido de que me espiaban.. Un día llegó a Asís un inglés, el cual permaneció allí durante varias semanas. Solía acudir todos los días a la iglesia para oírme predicar. Recuerdo que era primavera. Yo les relataba a los fieles episodios de la vida de san Francisco, mientras el desconocido no apartaba de mí su fría mirada.

Cuando divisaba a uno de esos espías, me volvía y lo miraba fija.. mente. A veces echaba a andar hacia ellos, pero salían corriendo. Al cabo de un tiempo, sin embargo, regresaban.

El problema de la castidad me atormentaba, especialmente el hecho de que si copulaba con una mujer podría nacer un monstruo.

Yo deseaba ante todo cumplir la voluntad de Dios. Tener una amante no era nada destacable, mientras que el hecho de no gozar de los placeres de la carne, de vivir sin averiguar la respuesta de ese misterio, suponía un gran sacrificio.

Decidí seguir las huellas del santo.

No alimenté el fuego de la pasión y, en consecuencia, no me dejé abrasar por ella.

Todos sabían que había elegido el camino de la pureza, que ni siquiera miraba a las mujeres. Un gran número de enfermos a los que atendía sanaron, aunque ignoro si ello se debía a un milagro o a mis dotes.

Aparte del cuidado de los pobres y los enfermos, tenía otra pasión. Era la idea, muy en boga en aquellos días, de que los cantos podían atraer a los fieles hacia Jesús tan fácilmente como los sermones evangélicos. Comencé a componer mis propios cánticos, unos versos sencillos que interpretaba con mucho ritmo en el transcurso de reuniones informales. Prefería cantar antes que pronunciar un sermón. Estaba cansado de oírme propugnar las verdades más simples, pero nunca me cansaba de cantar.

La gente sabía que cuando yo aparecía cantaría al menos una breve canción, un poema recitado al son de un pequeño laúd. En ocasiones me pasaba varios días sin hablar; me limitaba a cantar, aunque procuraba hacerlo discretamente y no enojar a nadie.

Diez años después de mi llegada a Italia pronuncié los votos definitivos. Pude haberlo hecho con anterioridad, pero preferí estudiar a fondo antes de recibir las órdenes sagradas. Pasaba mucho tiempo viajando, recorriendo los caminos y hablando con personas a quienes llevaba la palabra de Dios. El tiempo carecía de importancia para mí.

No tenía ninguna prisa por cumplir mi destino.

El hecho de recibir las órdenes sagradas reforzó mi firmeza y voluntad de atender a los necesitados. No temía cuidar a moribundos y enfermos a quienes otros ni siquiera se atrevían a acercarse.

Pero no todo era perfecto. De vez en cuando me despertaba sobresaltado, recordando las circunstancias de mi nacimiento, y trataba de convencerme de que era imposible. Pero me veía obligado a afrontar la realidad, pues no tenía otra madre, ni padre, ni hermanos. Lo cierto es que yo no era como imaginaban los demás. Recordaba a la reina, el río y el valle de Escocia como si fueran elementos de una pesadilla.

En ocasiones, después de esos tumultuosos instantes, veía a unas personas siguiéndome, vigilando cada uno de mis gestos, espiándome. Por más que intentaba

convencerme de que mis sospechas eran infundadas, no lo conseguía.

Otras veces traicionaba mi naturaleza de forma espontánea. El sabor de la leche me encantaba, y el diablo me tentaba haciéndome imaginar unos pechos de mujer. Incluso durante la cuaresma sentía la necesidad de beber leche; no podía soportar el ayuno y caía con frecuencia en el pecado de la gula. A veces comía queso o algún otro alimento blando, pero lo que más me gustaba era la leche.

En cierta ocasión me metí en un campo lleno de animales que pastaban. El sol comenzaba a despuntar y no había un alma por los alrededores. Al menos, eso creí yo. Me arrodillé junto a una vaca, la ordeñé y bebí ávidamente su leche.

Cuando hube saciado mi sed, me tumbé en la hierba y contemplé el firmamento. Sentía remordimientos por aquel acto bestial. De pronto apareció un viejo campesino. Iba vestido con ropas humildes, aunque limpias y remendadas, y tenía el rostro tostado por el sol.

Al verme, masculló unas palabras con voz temblorosa y echó a correr. Yo salí corriendo tras él, con las faldas del hábito arremangadas para no tropezar. —¿Qué has dicho? — le pregunté cuando conseguí alcanzarlo. El hombre me miró con recelo, murmuró una maldición y salió huyendo.

Permanecí inmóvil, profundamente avergonzado. Ese hombre sabía que yo no era un ser humano.

A partir de aquel día empezó a atormentarme la idea de que estaba ocultando mi identidad, engañando a las personas que me rodeaban..

Al cabo de un tiempo me tropecé de nuevo con el viejo campesino en la ciudad. Estaba con otros individuos. Habría jurado que al verme se puso a murmurar con sus compañeros, pero pensé que quizá fueran imaginaciones mías y no hice caso. Una mañana, al salir de mi celda del claustro, vi una jarra llena de leche junto a la puerta. Durante unos momentos me quedé helado, sin saber qué

hacer. Sólo sabía que esa jarra de leche representaba una ofrenda. De pronto vi el valle, a los duendes ya un gigante entre ellos. Se dirigían cantando hacia el círcu., lo de piedras, para hacer las ofrendas de leche. Me sentí mareado. Por primera vez en muchos años vi el círculo de piedras con toda claridad, así como los círculos formados por personas, cada uno de ellos más grande que el anterior, extendiéndose por todo el valle hasta que perdí la cuenta.

Cogí la jarra de leche y bebí ávidamente, como de costumbre. Cuando alcé la vista vi unas siluetas en las sombras del claustro, al otro lado del jardín del monasterio, las cuales se alejaron precipitadamente.

Tengo la impresión de que unos monjes presenciaron la escena. Me quedé desconcertado. No me atrevía a comentar con nadie mi extraña experiencia e intenté apartarla de mi mente. Le dije asan Francisco que yo era su instrumento, que sólo me importaba servir a Dios.

Estoy seguro de que aquella noche vi aun holandés que me seguía. Por la mañana regresé a Asís para hablar con Francisco, renovar mis votos y purificar mi alma.

Durante los días sucesivos acudieron numerosas personas para pedirme que las curara. Yo imponía mis manos sobre ellas, a veces con asombrosos resultados. Estoy convencido de que los campesinos murmuraban sobre mí. Las ofrendas de leche empezaron a aparecer en los lugares más insospechados. A veces, al subir por una calle hallaba una jarra de leche en la esquina.

Por aquella época empecé también a temer que no hubiera sido bautizado. A menos que la aterrada comadrona y las damas de compañía que atendieron a mi madre lo hubiesen hecho. Pero no lo creía. Mientras pensaba en ello, tratando de recordar todos los pormenores del lugar donde había nacido y del lugar donde me había exiliado, en el norte del país, comprendí que si no estaba bautizado no podía haver recibido las órdenes sagradas, lo que significaba

que no estaba capacitado para consagrar el pan y el vino y transformarlos en el cuerpo y la sangre de Jesús.

Pensé horrorizado que nada de cuanto había hecho hasta la fecha daría fruto. Ello me llevó aun grave estado de melancolía y me sumí en el más profundo mutismo.

Un día comprendí con meridiana claridad que mi nacimiento en Inglaterra y exilio en Donnelaith eran meras imaginaciones mías. Era imposible que aquello hubiese ocurrido. Jamás había oído hablar de una catedral en Donnelaith, ni de que allí vivieran unos monjes de nuestra orden. Claro está que Enrique VIII había perseguido durante muchos años a los católicos. Hacía muy poco que la bondadosa reina María había restaurado la Iglesia verdadera.

Si mis imaginaciones eran ciertas, tan sólo tenía veinte años. A menos que mi infancia fuera una experiencia que hubiese quedado sepultada en la memoria, algo imposible de recordar. Pero no lo creía probable. Cuanto más pensaba en ello, más sospechoso me parecía todo lo referente a mis orígenes y más angustiado me sentía.

Al final decidí que debía conocer a una mujer en el sentido bíblico. Debía averiguar si era un auténtico hombre. Hacía muchos años que ansiaba tener relaciones con una mujer, y ahora tenía una excusa perfecta para hacerlo.

Supuse que en los brazos de una mujer averiguaría si era lo suficientemente animal para poseer un alma inmortal. Aunque pareciera una contradicción, no dejaba de ser cierto. Deseaba ser humano, y para averiguarlo debía cometer un pecado mortal.

Fui a Florencia, a uno de los numerosos burdeles que conocía, al cual había llevado en varias ocasiones los sacramentos a prostitutas que agonizaban, y donde había impartido la extremaunción aun pobre comerciante que había tenido la desgracia de morir en brazos de una mujer. Puesto que había visitado numerosas veces el burdel vestido de sacerdote, supuse que nadie se escandalizaría por ello.

Al entrar en el burdel, las mujeres me saludaron amablemente. —Buenos días, padre Ashlar —dijeron sonriendo con ternura, como si yo fuera un idiota o un niño.

Por primera vez sentí repugnancia de hallarme en aquel lugar, en presencia de las ramera. Salí apresuradamente, me encaminé hacia el Arno y atravesé uno de sus puentes, el cual estaba atestado de tiendas y de gente que paseaba por él. Al alzar la vista vi a un individuo, un holandés, que no dejaba de observarme. Me dirigí resueltamente hacia él, pero el desconocido salió huyendo y desapareció entre el gentío.

De pronto me sentí muy fatigado e, impulsivamente, extendí los brazos y empecé a cantar. Estaba perplejo y asustado; trataba de conciliar mis recuerdos con mi devoción al Señor.

A esas horas las calles de Florencia estaban llenas de tipos extra-vagantes, de modo que el hecho de que un franciscano medio loco se pusiera a cantar en medio de un puente no constituía un espectáculo fuera de lo común.

Poco a poco, sin embargo, la gente empezó a reparar en mí y se formó un pequeño grupo a mi alrededor. Yo seguí cantando, meciéndome de un lado a otro, totalmente enfrascado en la canción.

De pronto, al alzar la vista vi a una hermosa mujer que me estaba observando, una mujer de ojos verdes, como los del padre franciscano que había visto en Donnelaith, y con una larga melena rubia.

Iba vestida de negro, envuelta en una capa de terciopelo y adornada con suntuosas alhajas.

Súbitamente sucedió algo extraordinario. La mujer se bajó el velo que le cubría la cabeza y se alejó. En aquel momento me di cuenta de que el rostro que me había estado observando se hallaba situado en la parte posterior de la cabeza, como si ésta estuviera al revés. ¡Era increíble!

Sentí una pasión abrasadora, unos deseos incontenibles de seguir a aquella mujer que era un monstruo como yo.

Cesé de cantar y rechacé bruscamente las limosnas que me ofrecían las personas que me rodeaban. «Entregad las en la iglesia —dije—. Dádselas a quienes las merecen.» A continuación eché a correr tras la desconocida, quien me aguardaba en un callejón. Al aproximarme alzó el velo, mostrándome de nuevo su rostro, y empezó a caminar apresuradamente.

Al cabo de unos instantes se detuvo y llamó a una puerta, la cual no tardó en abrirse. Yo la seguí, temiendo que la misteriosa mujer desapareciera y que no pudiese verla nunca más. De pronto se volvió, me agarró de la muñeca y me obligó a entrar.

Me encontré en un pequeño jardín, semejante a los numerosos patios que hay en Florencia, rodeado de viejos y desconchados muros color ocre y lleno de alegres flores. Había otras tres mujeres sentadas en un banco, bajo un árbol, las cuales lucían trajes de voluminosas faldas, ricamente bordados, con un profundo escote que realzaba su pecho. Al volverse, comprobé que la mujer a la que había seguido tenía el rostro en su sitio y era tan normal como las otras. Sin duda había sido un efecto óptico causado por el hecho de bajarse apresurada-mente el velo.

Más tarde, la mujer me confesó que había sido un pequeño truco para desconcertarme.

Yo me sentí aturdido. De pronto, las mujeres se abalanzaron hacia mí, diciendo:

—Quítate la ropa y quédate con nosotras en este jardín. La rubia, que se llamaba Lucrecia, reconoció que me había obligado a seguirla utilizando sus artes mágicas, pero que no debía temer nada, pues no eran brujas, sino que sus hombres habían ido de caza y ellas deseaban divertirse un rato. ¿Que sus hombres habían ido de caza? Aunque sonaba un tanto extraño, supuse que era cierto.

Esas mujeres eran ramera que disponían de un día libre y habían decidido divertirse conmigo.

—Estamos orgullosas de iniciarte en el amor —dijo la mayor de las mujeres, que era tan bella como sus compañeras.

Me condujeron a una alcoba situada al otro lado del patio, donde me despojaron del hábito y las sandalias. Después de quitarse la ropa, entre risas y exclamaciones de júbilo, se pusieron a bailar a mi alrededor, desnudas como sáfides, entonando una alegre canción. Para ellas se trataba de un juego, de una broma. Deseaban escandalizar al joven franciscano que, aunque lucía una poblada barba, seguía siendo virgen.

Pero no me escandalicé; sabía que todo el mundo hacía esas cosas. Me parecía estar en el Jardín de las Delicias, retozando desnudo, can-tando y bailando rodeado de flores y frutas.

De pronto el temor hizo presa en mí y me sentí mareado, como si estuviera a punto de desvanecerme.

Me comporté ante esas mujeres como un sátiro, mientras ellas se reían de mi inexperiencia. Al fin se tumbaron en el lecho, junto a mí, y me cubrieron de besos y caricias. Yo empecé a succionar el pezón de una de ellas con tal avidez, que la mujer profirió un grito de dolor. Las otras me besaron los hombros, la espalda, el pecho y el miembro viril.

Imaginé que me hallaba de nuevo en Inglaterra, mamando en brazos de mi madre, embriagado de placer. Hice el amor con todas las mujeres, una tras otra, mientras gritaba y exclamaba de gozo.

Luego volví a copular con ellas.

Al cabo de un rato observé que había oscurecido. Las estrellas brillaban en el cielo y los sonidos de la ciudad comenzaban a disiparse.

Me quedé profundamente dormido.

Soñé que estaba junto a mi madre, la cual se había convertido en una criatura alta y delgada como yo, demasiado alta para ser una mujer real. Ya no me odiaba ni gritaba de terror, sino que me acariciaba dulcemente con

unos dedos desmesuradamente largos, como los míos. ¿Acaso no veía todo el mundo que yo era un monstruo como esa mujer? ¿Cómo era posible que se dejaran engañar?

Luego soñé que me hallaba envuelto en una espesa niebla, mientras la gente pasaba apresuradamente junto a mí gimiendo y llorando. Se. Había producido una carnicería. «¡Taltos!», gritó alguien. Al alzar la vista comprobé que se trataba del viejo campesino que había visto en un campo cercano a Florencia. «Taltos», repitió, depositando ante mí una jarra de leche.

Me desperté, sediento, me incorporé de inmediato y miré ami alrededor.

Las mujeres permanecían tendidas, inmóviles pero con los ojos abiertos. Eso me causó una sensación tan horripilante como ver el rostro de la desconocida situado en la parte posterior de su cabeza. Traté de despertar a la rubia, la cual tenía la vista clavada en mí, pero fue inútil. En cuanto la toqué me di cuenta de que yacía muerta en medio de un charco de sangre. Todas estaban muertas.

Una de ellas se encontraba acostada junto a mí y las otras tres en el suelo. El lecho estaba empapado en sangre y apestaba a muerte.

En un acto de incontrolable cobardía, salí precipitadamente al patio y me desplomé junto a la fuente, temblando. Al cabo de unos minutos me levanté, regresé a la alcoba y comprendí que lo que había visto no era fruto de mi imaginación. Todas las mujeres estaban muertas. Impuse mis manos sobre ellas repetidamente, tratando de reanimarlas, pero no podía curarlas de la muerte.

Acto seguido me vestí, me calcé las sandalias y salí corriendo. ¿Qué había causado la muerte de esas mujeres? De repente recordé las palabras del franciscano:

«No debes tocar jamás a una mujer.»

Aunque había anochecido y las calles de la ciudad estaban muy oscuras, conseguí regresar al monasterio y me encerré en mi celda. A la mañana siguiente, la noticia de la

muerte de las cuatro mujeres se había extendido por toda Florencia. Había estallado una nueva plaga.

Hice lo que solía hacer cuando me hallaba en un apuro. Regresé andando a Asís. Se acercaba el invierno y, aunque en aquella región solía ser templado, el viento y el frío no me facilitaron el camino de regreso. Pero no me importó. Me di cuenta de que me seguía un hombre montado a caballo, pero estaba tan ansioso por llegar a Asís que apenas me fijé en él.

Tan pronto como llegué al monasterio me puse a rezar. Rogué a san Francisco que me guiara y me ayudara; rogué a la Virgen que perdonara los pecados que había cometido con aquellas mujeres. Permanecí tendido en el suelo de la iglesia, con los brazos extendidos, como suelen hacer los sacerdotes cuando reciben las órdenes sagradas. Lloré amargamente, invocando el perdón de Dios. Me negaba a creer que mi pecado hubiera causado la muerte de esas mujeres.

Vi el dulce rostro del Niño Jesús e imaginé que yo era también un niño inocente e indefenso.

—Socórreme, Jesús, socórreme, Virgen María. ¿Qué puedo hacer para limpiar mi alma de pecado?

Al día siguiente fui a confesarme con uno de los sacerdotes más ancianos que residían en el monasterio.

Era italiano, pero acababa de regresar de Inglaterra, donde muchos protestantes eran ejecutados.

Los franciscanos habíamos empezado a reconstruir nuestros monasterios en aquel país y enviado a unos monjes para oficiar misa e impartir los sacramentos a los católicos que habían mantenido su fe durante la persecución religiosa.

Deseaba confesarlo todo: mi nacimiento, mis recuerdos, las extrañas cosas que me había dicho el monje en Donnelaith. Sin embargo, cuando me arrodillé ante el anciano sacerdote, no me atreví a relatarle aquellas experiencias, pues parecían fruto de la imaginación de un

loco. Pensé que yo no era sino un hombre de carne y hueso que, debido a extrañas circunstancias, había olvidado su infancia y sus orígenes.

Únicamente le confesé que me había acostado con las cuatro mujeres y que mi pecado había sido el causante de su muerte, aunque ignoraba el motivo.

Mi confesor se echó a reír suavemente y me tranquilizó. Yo no había matado a esas mujeres, me dijo, sino que Dios había evitado que contrajera la peste y muriera como ellas. Sin duda aquello indicaba que me reservaba un destino muy especial. Me aconsejó que no pensara más en el asunto.

Muchos sacerdotes habían caído en la tentación de acostarse con una ramera. Lo importante era arrepentirse del pecado y seguir sirviendo a Dios.

—No seas orgulloso, Ashlar —dijo el sacerdote—. Has sucumbido al pecado, como todos los mortales. Ahora sabes que no merece la pena condenarse por gozar de los placeres carnales.

Agradece al Señor que haya evitado que contraigas la peste y mueras.

Me dijo que llegaría un día en que yo debería ir a Inglaterra, que Inglaterra nos necesitaría.

—La reina María se muere —dijo—. Si la corona pasa a manos de Isabel, la hija de la bruja, los católicos padecerán de nuevo terribles persecuciones.

Salí del confesionario, recé la penitencia que el sacerdote me había impuesto y me dirigí a los campos, sobre los que soplaba un gélido viento invernal.

Me sentía muy abatido. No creía que el Señor me hubiera absuelto de mis pecados. Yo había matado a esas mujeres; lo sabía. Las tomé por brujas, pero no lo eran. El rostro en la parte posterior de la cabeza había sido un truco, un mero efecto óptico. Las había matado porque creí que eran brujas.

Sin embargo, presentía que había algo más. ¿Cuál era la verdad? Sólo existía un medio de averiguarlo. Debía ir a

Inglaterra en calidad de misionero, luchar contra las herejías protestantes, ir al valle de Donnelaith. Si hallaba el castillo, si hallaba la catedral, si contemplaba la vidriera de san Ashlar, sabría que no eran imaginaciones mías. Debía hallar al clan de Donnelaith, descifrar el significado de las palabras que había pronunciado el sacerdote, averiguar si yo era realmente Ashlar, el santo.

Anduve a través de los campos, temblando y pensando que también en mi hermosa y amada Italia hacía frío en invierno, como si recordara el frío que había padecido, en otra época, en Inglaterra, mi país natal. Estos momentos eran decisivos para mí. No quería abandonar Italia. Recordé de nuevo las palabras del sacerdote de Donne-laith: «Tú mismo puedes elegir el camino que desees seguir.» ¿Por qué no podía permanecer aquí para seguir sirviendo a Dios y a san Francisco? ¿Por qué no podía olvidar el pasado? En cuanto a las mujeres, jamás volvería a tocar a ninguna. No deseaba provocar más muertes. Y en lo referente a san Ashlar, ¿quién era ese santo que ni siquiera figuraba en el calendario eclesiástico? Sí, deseaba permanecer aquí, en la soleada Italia, en este lugar que se había convertido en mi hogar.

Me di cuenta de que me seguía un hombre. Lo había visto tan pronto como salí de la ciudad. Iba vestido de negro de los pies ala cabeza y montado en un corcel negro. — ¿Puedo ofreceros mi caballo, padre? —me preguntó al acercarse. Tenía el acento de los comerciantes holandeses. Lo había oído con frecuencia en Florencia, en Roma y en otros lugares. Al alzar la vista comprobé que tenía el cabello rubio rojizo y los ojos azules. Presentaba un aspecto germánico, o más bien holandés. En cualquier caso, procedía de un país de herejes.

—No —respondí bruscamente—. Soy franciscano, no debo montar a caballo. ¿Por qué me sigues? Te he visto en Florencia. Te he visto en varios lugares.

—Es preciso que hablemos —le contestó el extraño—. Acompáñame. Los demás no conocen tu verdadera identidad, pero yo sé quién eres.

Sus palabras me llenaron de terror. Fue como si de pronto cayera sobre mí la espada de Damocles, la cual había permanecido suspendida sobre mi cabeza a lo largo de toda mi vida. Me quedé anonadado, como si me hubieran asestado un golpe mortal. Avancé unos pasos, tropecé y caí sobre la hierba, donde permanecí tendido, protegiéndome los ojos del resplandor del sol.

El desconocido desmontó y se detuvo frente a mí, ocultando los rayos del sol. Era alto y corpulento, como la mayoría de las gentes del norte de Europa, tenía unas pobladas cejas y blancas mejillas.

—Sé quién eres, Ashlar —me dijo en italiano, aunque con marcado acento holandés. Luego prosiguió en latín—: Sé que naciste en los Highlands. Sé que perteneces al clan de Donnelaith. Oí hablar de ti poco después de tu nacimiento. Los rumores sobre dicho acontecimiento no tardaron en extenderse a otros países. »He tardado muchos años en dar con tu paradero. Te he estado observando. Te he reconocido por tu estatura, tus largos dedos, tus dotes de cantor y tu afición a la leche. Te he visto beber con avidez la leche que te ofrecen los campesinos. Pero ¿sabes lo que éstos harían contigo si pudieran? Tú y los de tu especie necesitáis alimentaros de leche y queso, en los sombríos bosques del mundo. Los campesinos lo saben y, por la noche, dejan esas ofrendas sobre la mesa o junto a la puerta de tu celda. —¿Acaso pretendes decir que soy el diablo? ¿Un espíritu de los bosques? ¿Un demonio? Te equivocas.

Me dolía la cabeza. No podía creer que lo que me sucedía en aquellos momentos fuera cierto, sino más bien una pesadilla. Contemplé la hierba que me rodeaba, el frío cielo, como para cerciorarme de no estar soñando. Quizás esa escena, las terribles palabras que acababa de pro-

nunciar el extraño, no fueran sino recuerdos que habían permanecido sepultados en mi memoria.

—Hace unos días, en Florencia, mataste a cuatro mujeres. Fue la prueba definitiva que confirmó tu identidad. —¡Dios mío! ¡Entonces lo sabes! Es cierto —contesté, rompiendo a llorar—. Pero ¿cómo las maté? ¿Por qué murieron? Sólo hice lo que hacen otros hombres.

—Causarás la muerte de todas las mujeres con quienes mantengas una relación —dijo el holandés—. ¿Acaso no te lo advirtieron antes de que abandonaras el valle? Fue una imprudencia enviarte a Italia.

Hace muchos años que te buscamos, confiando en dar con tu paradero. Ellos debieron ponerse en contacto con nosotros. Saben quiénes so-mos, saben que estábamos dispuestos a pagar oro con tal de dar contigo, pero son testarudos.

Yo lo miré horrorizado.

—Te refieres a mí como si fuera un esclavo. ¡Soy hijo de mi padre!

El holandés me imploró que tratara de comprenderlo.

—Nuestros emisarios se lo repitieron una y otra vez, pero sus supersticiones les cegaban... —¿Emisarios? ¿De dónde? ¿De quién? ¿Del diablo? —pregunté, mirando fijamente al desconocido montado en el caballo negro—. ¿Quién está ciego? Señor, concédeme la gracia de comprender sus palabras, de combatir las astutas mentiras del diablo. ¡Explícate! ¡Dime quién mató a esas mujeres o te juro que te romperé todos los huesos del cuerpo!

Me puse en pie, furioso, dispuesto a abalanzarme sobre él si no me daba una respuesta. Estaba ciego de rabia. El extraño retrocedió atemorizado, pues yo era mucho más alto que él.

—Escucha, Ashlar, no te estoy mintiendo. Te estoy diciendo la verdad. Ninguna mujer normal y corriente puede tener un hijo tuyo; sólo una bruja, un monstruo fruto de la

unión entre un demonio y una bruja, o una auténtica hembra de tu especie.

Sus palabras me chocaron. ¡Una auténtica hembra de mi especie! ¿Qué imágenes evocaba esa frase en mi mente? ¿Una mujer alta y hermosa, de tez pálida, con unos dedos largos y delicados, como los míos, y dotada de extraordinaria agilidad? ¿No había visto a una hembra semejante cuando copulé con las ramera? ¿O lo había soñado? De pronto me sentí conmovido, como si hubiera percibido las notas de una melodiosa música o aspirado el olor del incienso. Recordé a mi madre, quien al extender la mano me había revelado la marca de la bruja.

—No te das cuenta del peligro que corres si los campesinos de estas tierras descubren tu identidad —dijo el extraño—. ¿Por qué crees que los escoceses se apresuraron a enviarte aquí?

—No trates de atemorizarme. Vivo una vida de paz y amor, consagrada a Dios ya los necesitados.

Me enviaron aquí para que fuera sacerdote.

Tras decir eso, sentí que me invadía una profunda calma. Estaba convencido de mis palabras.

Alcé la vista al cielo y su belleza se me antojó una prueba más que suficiente de la gracia de Dios.

—Te enviaron aquí para que los campesinos no te destruyeran como solían hacer con los de tu especie. Si te vieran, si sospecharan que eres capaz de engendrar un monstruo como tú, retornarían a sus bárbaras y paganas costumbres-¿Mi especie? ¿A qué te refieres? —pregunté indignado, crispando los puños.

Me sentía impotente. No podía lastimarlo. En mis veinte años de vida, jamás había golpeado a nadie. La violencia era algo totalmente ajeno a mí. Desesperado, eché a correr. — ¡No huyas! —gritó el holandés, echando a correr detrás de mí—. Podemos partir de inmediato.

Llevo suficientes provisiones para los dos. No posees bienes ni objetos personales. Lo único que necesi-tas es tu

breviario. Acompáñame a Amsterdam. Una vez que estés a salvo, te contaré la verdad. —¡No! —contesté, volviéndome bruscamente—. No iré a Amsterdam contigo. Es un infierno lleno de herejes. ¿Qué pretendes insinuar? ¿Que no soy un hombre de carne y hueso?

El holandés me observó atemorizado, pero esta vez no retrocedió.

—Tu cuerpo puede engañar a la gente —respondió—, pero nadie conoce los recovecos de tu alma.

Según las antiguas leyendas, los de tu especie no tenéis alma, por lo que no podéis salvaros. Estáis condenados a permanecer sumidos eternamente en las tinieblas, entre el cielo y la tierra, pues el paraíso os está vedado. Así pues, vuestra única esperanza es regresar a la tierra bajo la forma de un ser humano.

Lo miré atónito, no sólo porque me parecía inconcebible que me tomara por un demonio o un monstruo, sino porque no podía creer que existieran esos seres. ¡Sumidos eternamente en las tinieblas! ¡Incapaces de alcanzar el paraíso!

Observé fijamente a ese desconocido capaz de pronunciar tan terribles palabras, las cuales habían evocado en mi mente unas imágenes siniestras. Estaba convencido de que era el diablo, de que lo único que pretendía era apoderarse de mi alma. —¿Cómo te atreves a afirmar que carezco de alma, que no conseguiré salvarme?

Enfurecido, le asesté un golpe que lo derribó. Mi fuerza me asombró. Lo observé tendido en el suelo, alarmado por haber caído en el pecado de la ira.

Al cabo de unos segundos, di media vuelta y eché a correr hacia el monasterio.

El desconocido me siguió, aunque guardando las distancias. Al verme entrar en el monasterio hizo un gesto de fastidio, pero no intentó detenerme. Supuse que no se atrevía a penetrar en un recinto sagrado, a contemplar la cruz.

Aquella noche comprendí lo que debía hacer. Bajé a la capilla de San Francisco y me postré ante su tumba. — ¿Cómo es posible que no posea un alma? —le pregunté al santo—. Te suplico que me guíes, Padre.

Ayuda a tu hijo, Madre de Dios. Me siento solo e indefenso.

Al cabo de un rato me sumí en un profundo sueño. Vi a unos ángeles que rodeaban a la Virgen, la cual sonreía con ternura al niño que sostenía en sus brazos, que era yo mismo. Francisco me dijo que mi destino no era identificarme con Cristo crucificado, sino con el Niño Jesús. Luego me dijo que debía regresar a Escocia, donde había comenzado todo.

Me disgustaba abandonar Asís en esos momentos, poco antes de Navidad, pues no podría asistir a la procesión ni ayudar a construir el belén, con los pastores y la Sagrada Familia. Sin embargo, comprendí que en cuanto obtuviera el permiso partiría.

Viajaría al norte y visitaría Donnelaith, para tratar de descifrar el misterio que me angustiaba.

Fui a hablar con nuestro padre superior, un anciano sabio y bon-dadoso que había servido toda su vida en el lugar natal de Francisco. Tras exponerle el problema, me contestó:

—Debes saber, Ashlar, que si regresas a Inglaterra morirás como un mártir. Acaba de llegar a Italia la noticia de que Isabel, la hija de Ana Bolena, la bruja, ha sido coronada reina de Inglaterra. Ha comenzado de nuevo la persecución y ejecución de los católicos.

Ana Bolena, la bruja. Tardé unos minutos en recordar que el sacerdote había mencionado a la amante de Enrique, al cual había hechizado y obligado a enemistarse con la Iglesia. Sí, Isabel era su hija. La bondadosa reina María, que había tratado de restituir la fe, había muerto.

—No dejaré que eso me detenga, padre —dije—. Debo regresar.

A continuación le relaté toda la historia.

Mientras hablaba, no cesaba de pasearme arriba y abajo por la habitación. Le conté cuanto me había sido revelado y mi encuentro con el extraño holandés. Le hablé del hacendado, de mi padre, de la vidriera de san Ashlar y el monje que había visto en el valle, el cual me había dicho: «Tú eres Ashlar. Has regresado a la tierra. Puedes ser un santo».

Al contarle que había matado a las cuatro rameras, pensé que el padre superior se echaría a reír como había hecho mi confesor. Pero no fue así.

Me miró estupefacto, en silencio, y luego llamó a su ayudante. Cuando apareció el joven monje, le dijo:

—Haz pasar al escocés. —¿El escocés? —pregunté yo—. ¿A quién os referís?

—Es un hombre que ha venido a buscarte desde Escocia. Nos engamos a permitir que regresaras con él, pues no le creímos. Pero tú mismo has confirmado su historia. Es tu hermano. Lo envía tu padre. Ahora sabemos que lo que ha dicho es cierto.

Miré asombrado al anciano sacerdote. De pronto me di cuenta de que en el fondo deseaba que éste desmintiera mis palabras, que me dijera que eran imaginaciones mías y que debía tratar de borrar esos pensamientos de mi mente.

—Conduce al joven conde ante mí —ordenó el padre superior a su ayudante.

Me sentía acorralado. Miré hacia la ventana, como si fuera el único medio de escape.

Temía que el hombre al que el padre superior había mandado llamar fuera el holandés que me había estado siguiendo. «Es imposible que me suceda esto —pensé—, estoy en gracia de Dios. El Señor no dejará que el diablo me lleve al infierno.» Cerré los ojos y traté de sentir mi alma. ¿Quién era el canalla que se atrevía a afirmar que yo no poseía alma?

Entró en la habitación un hombre alto y pelirrojo, cuya rústica vestimenta denotaba que era escocés. Llevaba el típico traje a cuadros, una vieja capa de piel y unos gastados zapatos de cuero.

Parecía un salvaje de los bosques comparado con los civilizados caballeros italianos, quienes lucían medias de seda y ricos ropajes. El desconocido era, como he dicho, pelirrojo, con unos mechones castaños, y tenía los ojos oscuros. Cuando le miré comprendí que le había visto anteriormente, pero no me acordaba dónde.

De pronto recordé a unos hombres que había visto en casa del hacendado, en Navidad, agazapados junto a la chimenea. El hacendado les ordenó: «¡Quemadlo!», y éstos avanzaron hacia mí, dispuestos a obedecer al jefe del clan de Donnelaith. El desconocido pertenecía al clan, aunque era demasiado joven para haber estado presente en aquellos momentos.

—Hemos venido a buscarte, Ashlar —murmuró el desconocido—. Te necesitamos. Nuestro padre es ahora el jefe del clan y desea que regreses a casa.

Acto seguido se arrodilló ante mí y me besó la mano.

—No hagas eso —dije suavemente—. No soy más que un instrumento del Señor. Abrázame, de hombre a hombre, y dime lo que pretendes de mí.

—Soy tu hermano —contestó él abrazándome tal como le había pedido—. Gracias a Dios, nuestra catedral sigue en pie, nuestro valle todavía existe. Pero tememos que nuestros enemigos lo destruyan. Los herejes nos han advertido que nos atacarán antes de Navidad; pretenden destruir nuestros ritos. Nos tachan de paganos, brujos y embusteros, pero los embusteros son ellos. Debes ayudarnos a defender la fe verdadera. El suelo de Inglaterra y Escocia está bañado en sangre.

Durante unos minutos le miré fijamente. Luego observé la inquieta expresión de nuestro padre superior ya su ayudante, quien me miraba con curiosidad, como si

estuviera convencido de que yo era un santo. Yo sabía, por supuesto, que los herejes solían tacharnos de brujos y embusteros, unos términos más apropiados para ellos mi, 'mos que para nosotros.

Pensé en el holandés que aguardaba fuera, vigilándome. Quizás esta escena había sido maquinada por él. Pero no. El desconocido era evidentemente hijo de mi padre, con quien guardaba un gran parecido. Todo lo demás era cierto..I — Acompáñame —dijo mi hermano—. Nuestro padre nos espera. Has respondido a nuestras oraciones.

Eres el santo que Dios nos envía para guiamos. Debemos partir sin demora.

En aquel momento mi mente me jugó una mala pasada. Me advirtió que una parte de lo que decía mi hermano era cierta y la otra no. Pero, si uno acepta el horror, debe aceptar también la fantasía. La veracidad de una parte del relato dependía de la otra. Sí, mi nacimiento se había desarrollado tal como yo recordaba. Sabía que mi madre era una bruja. E incluso sospechaba quién era esa bruja. Así pues, yo era el santo, y había llegado mi hora.

En suma, sabía que las palabras de mi hermano encerraban una parte de verdad y otra de fantasía, una mezcla de datos fidedignos y de leyenda. Desesperado, horrorizado por lo que no podía negar, decidí aceptar cuanto me había dicho, la verdad y la fantasía. Ya nada podía impedirme regresar a casa.

—Iré contigo, hermano —dije, sin pensármelo dos veces, seducido por la misión que me aguardaba.

Permanecí en vela toda la noche, rogando a Dios que me concediera el valor necesario para afrontar el martirio, para estar dispuesto a sacrificar la vida con tal de defender la fe verdadera.

Jamás dudé que mi muerte tendría un significado. Al amanecer estaba convencido de que mi destino era convertirme en mártir. Pero, antes de morir en la hoguera, libraría una dura batalla.

Cuando despuntó el día, fui a ver a nuestro padre superior y le pedí dos cosas. En primer lugar, que me llevara a la iglesia y me bautizara, imponiéndome el nombre de Ashlar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como si no hubiera sido bautizado. Luego le pedí que pusiera sus manos sobre mí y me concediera las órdenes sagradas, como si jamás las hubiera recibido. En definitiva, le pedí que me otorgara el poder que otro sacerdote le había otorgado a él, un sacerdote que, a su vez, lo había recibido de manos de otro, y así sucesivamente hasta remontamos a Jesús, quien había puesto sus manos sobre Pedro y le había dicho: «Construiré mi Iglesia sobre esta roca.»

—Haré lo que desees, querido hijo —respondió el padre superior—. Si crees que esas ceremonias te darán fuerza y valor, haré lo que me pides en nombre de Francisco. Jamás me has pedido nada. Ven, acompáñame a la iglesia.

«De este modo tendré la certeza de ser hijo de Jesús —pensé—, nacido del agua y el espíritu, y de ser un sacerdote del Señor.»

—No me abandones, Francisco —le supliqué al santo.

Se decidió que atravesaríamos la católica Francia y luego viajaríamos por mar hasta Inglaterra.

Debido a que el tiempo apremiaba, el padre superior me dispensó de mis votos de no montar a caballo.

Emprendimos de inmediato nuestro largo viaje. En total éramos cinco hombres, todos escoceses.

Viajábamos durante el día sin descanso y por la noche acampábamos en el bosque. Aparte de mí, todos iban fuertemente armados.

En París me encontré de nuevo con el holandés. Un domingo por la mañana nos hallábamos entre la muchedumbre que había acudido para oír misa en Notre Dame, en esta ciudad católica, cuando el holandés se acercó a mí y murmuró:

—No seas loco, Ashlar. No debes regresar al valle.

—Aléjate de mí —contesté.

Pero había algo en su rostro —una frialdad, un desprecio, una re-signación, como si supiera que era inevitable que yo regresara a Donnelaithque me fascinó. Mi hermano y sus hombres lo miraron como si estuvieran dispuestos a clavarle un cuchillo al menor movimiento sospechoso.

—Ven conmigo a Amsterdam —insistió el holandés—. Deja que te explique la auténtica historia. Si regresas al valle morirás. En Inglaterra persiguen a los sacerdotes y no te librarás de una muerte segura. Si regresas al valle te convertirás en un animal de sacrificio. No seas idiota.

Yo me acerqué a él y dije:

—Cuéntame la historia aquí, en París. Sentémonos y cuéntamela ahora.

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, mi hermano le asestó al holandés un puñetazo y lo derribó. La gente, alarmada, comenzó a gritar.

—Ya te lo advertimos —le espetó mi hermano al holandés—. Aléjate de nosotros; no te acerques al valle.

El holandés me miró con odio; o quizás era simplemente rabia lo que sentía.

Mi hermano y sus hombres me obligaron a penetrar en la iglesia.

«¡Un animal de sacrificio!» «¡Toda mujer normal y corriente con la que copules morirá!»

Aquel encuentro había destruido mi paz espiritual. Hubiera jurado que varias personas que se encontraban en la catedral habían presenciado esa violenta escena y me observaban con recelo. Algunos mostraban una expresión divertida. Al acercarme al altar para recibir la comunión, murmuré:

—Te suplico que restituyas mi inocencia y pureza, Señor.

Por las calles de París vi multitud de pintorescos personajes. Estaba convencido de que todos me observaban —los gitanos, los cojos, los jorobados—, pero sin duda era fruto de mi imaginación. Al fin cerré los ojos y empecé a cantar mentalmente unas canciones.

Al día siguiente, al anochecer, nos cambiamos de ropa y zarpamos rumbo a Inglaterra. Sobre el mar se cernía una espesa niebla y hacía mucho frío. Viajábamos hacia la tierra de los cielos plumizos, la eterna lluvia y el misterio, una tierra de secretos y terribles verdades.

Arribamos a Escocia cuatro noches más tarde, subrepticamente, pues Isabel había mandado perseguir y quemar en la hoguera a los sacerdotes. Nos dirigimos hacia los Highlands mientras el invierno me envolvía como una tela de araña y las escarpadas montañas murmuraban: «Te hemos atrapado. No tienes escapatoria.»

No dejaba de pensar en el hombre de Amsterdam. Sin embargo, estaba decidido a ir a Donnelaith y exigirle a mi padre que me revelara la verdad; no leyendas y oraciones, sino los motivos del terror que había visto dibujado en el rostro de mi madre y en muchos otros.

PROSIGUE LA HISTORIA DE LASHER

El valle se encontraba bajo el asedio de nuestros enemigos. El paso principal estaba cerrado.

Recorrimos el camino a través de un túnel secreto, el cual me pareció que se había vuelto más angosto y peligroso que la última vez que lo había atravesado. Era tan escarpado y oscuro que temí que nos viéramos obligados a retroceder.

Pero de pronto apareció ante nuestros ojos el espléndido valle de Donnelaith, cubierto por un manto de nieve e iluminado por los débiles rayos de un sol navideño.

Miles de fieles, procedentes de poblaciones vecinas, se habían refugiado allí, huyendo de las guerras religiosas que azotaban el país. No era una multitud como la que había visto en Roma o París, aunque para esta hermosa y solitaria tierra se trataba de una población muy unmerosa. Habían construido unos cobertizos provisionales junto a las murallas de la pequeña población y los muros de la catedral, y el suelo del valle estaba cubierto de madrigueras. Habían erigido unas barricadas para impedir el acceso al paso principal. Había un millar de hogueras encendidas y el paisaje se hallaba salpicado de tiendas de campaña, como si se tratara de una guerra regia.

El cielo se estaba nublando y el sol había adquirido un brillante tono naranja. Las luces de la catedral estaban encendidas. Soplaban un viento frío, aunque no helado, y las vidrieras resplandecían a la luz de las velas. Los últimos

rayos de sol se reflejaban en las aguas del lago, por cuyas orillas patrullaban unos montañeses fuertemente armados.

—Deseo rezar —le dije a mi hermano.

—No —contestó éste—. Debemos ir de inmediato al castillo. Es un milagro que no hayan destruido el valle todavía. Es Nochebuena. Nos advirtieron que nos atacarían esta noche. Existen unas facciones en el seno de nuestro clan que desean abrazar la fe protestante, pues tienen el convencimiento de que Calvino y Knox hablan en nombre de la conciencia. Son los miembros más ancianos del clan y están obsesionados con las supersticiones. Temo que los nuestros se enzarcen en una cruel lucha intestina.

—Muy bien —dije.

Pero ardía en deseos de ver la catedral, de evocar la primera Navidad en que había contemplado al Niño Jesús en el pesebre, rodeado de los animales y del delicioso olor a heno y muérdago. Sí, era Nochebuena, lo que significaba que todavía no habían instalado al Niño Jesús en el pesebre. Había llegado a tiempo para presenciar dicha ceremonia, quizá podría depositarlo yo mismo en el pesebre.

Pese a las circunstancias, pese al frío ya la oscuridad, pensé: «Éste es mi hogar.»

El castillo era tal como lo recordaba, una inmensa mole de piedra, tan horrendo como todos los edificios construidos por los Médicis y los que había contemplado durante mi periplo a través de la Europa devastada por la guerra. Cuando lo vi alzarse ante mí, fui presa del terror. Al atravesar el puente levadizo me detuve unos instantes y contemplé el valle a mis pies, con la pequeña población de Donnelaith, más mísera que Asís. Súbitamente el paisaje me pareció inhóspito y amenazador, una tierra de gentes de tez clara, toscas e incultas, con las que no tenía la menor afinidad. ¿A qué venía aquel ataque de cobardía? En aquellos momentos deseaba encontrarme en la iglesia de Santa Maria dei Fiori, en Florencia, escuchando los cánticos o la misa. Deseaba estar en Asís para recibir a los

peregrinos. Por primera vez en más de veinte años no estaría allí en Navidad.

Al anochecer, la muchedumbre comenzó a dispersarse y los bosques adquirieron un aspecto más tenebroso y siniestro, como si quisieran engullir los escasos edificios contruidos por el hombre.

Durante unos segundos creí ver un par de figuras enanas, deformes y horripilantes, las cuales abandonaron precipitadamente el castillo, atravesaron el puente y se perdieron en las sombras.

Estaba tan oscuro que dudaba si las había visto realmente o eran fruto de mi imaginación.

Contemplé de nuevo el valle, conmovido ante la belleza de la catedral. Sus imponentes líneas góticas resultaban más airoas que las de las iglesias de Florencia. Sus arcos parecían rozar el cielo.

Sus vidrieras eran de ensueño. «Es preciso salvar esta obra de arte», pensé, con los ojos llenos de lágrimas.

Acto seguido penetré en el castillo, decidido a averiguar la verdad.

En el salón principal ardía un fuego, y junto a la chimenea había unos hombres vestidos con oscuras prendas de lana.

Mi padre estaba sentado en una silla de madera tallada. Al verme, se puso en pie y ordenó a los otros que se retiraran.

Lo reconocí de inmediato. Era de complexión fuerte, como su padre, aunque de rostro más curtido y más joven que el hacendado. Tenía el cabello castaño, salpicado de canas, y una mirada bondadosa. —¡Ashlar! —exclamó, estrechándome afectuosamente entre sus brazos—. Gracias a Dios que has venido.

Recordé que al conocernos me había mirado con el mismo cariño que ahora, haciendo que me sintiera profundamente conmovido.

—Siéntate junto al fuego y charlemos —dijo.

Isabel, la hija de Ana Bolena, ocupaba el trono de Inglaterra, pero no representaba el peligro más serio. John Knox, un fanático presbiteriano, había regresado del exilio, erigiéndose en cabecilla de una re-belió iconoclasta que se había extendido por todo el país.

—La locura se ha apoderado de la gente —dijo mi padre—. Están empeñados en destruir las imágenes de la Virgen, en quemar nuestros libros, como si fuéramos idólatras. ¡Gracias a Dios que has regresado para salvarnos, Ashlar!

Yo me estremecí.

—Padre, no somos idólatras y yo no soy un ídolo —dije—. Soy un sacerdote de Dios. No puedo detener la guerra. Mientras vivía en Italia, oí muchas historias sobre las atrocidades perpetradas por nuestros enemigos. Tan sólo sé curar a los enfermos y atender a los menesterosos. Son cosas insignificantes. —¡Cosas insignificantes! ¡Tú eres nuestro destino! Somos montañeses católicos y necesitamos un líder que nos defienda. Temo que los, protestantes y los ingleses consigan forzar el paso. Nos han advertido que, si nos atrevemos a celebrar la misa del gallo en la catedral, atacarán la población.

Disponemos de suficientes ovejas y trigo. Si logramos resistir durante esta noche y los doce días de Navidad, es posible que comprendan que Dios nos protege y nos dejen en paz. »Esta noche debes encabezar la procesión, Ashlar, y entonar los himnos latinos. Debes depositar al Niño Jesús en el pesebre, entre la Virgen María y san José, rodeado de los animales. Debes ser nuestro sacerdote, hacer lo que suelen hacer los sacerdotes. Debes rezar con fervor y suplicar a Dios que se apiade de nosotros.

Yo sabía que los protestantes consideraban arcaico ese concepto de que los sacerdotes éramos unos personajes misteriosos y elevados, que disfrutábamos de una comunicación con Dios que las personas corrientes no estaban capacitadas para mantener.

—En efecto, puedo hacer lo que me pides, como lo haría cualquier sacerdote —respondí—. Pero ¿qué sucederá si conseguimos resistir durante toda la Navidad? ¿Crees acaso que nuestros enemigos retrocederán? ¿Que no nos atacarán en cuanto se hayan agotado nuestras provisiones?

—En Navidad su odio se intensifica, Ashlar. Detestan nuestra bri-llante liturgia romana, nuestros ricos ropajes, el incienso, las velas. Detestan nuestra misa latina. Las viejas supersticiones se reavivan en Escocia. La Navidad, en los tiempos paganos, era la época de las brujas, cuando los muertos vagaban entre los vivos. Fuera de este valle, dicen que albergamos a las brujas, que los habitantes de Donnelaith poseemos las dotes de los hechiceros. Dicen que nuestro valle está lleno de duendes que se han apoderado de las almas de los difuntos. Nuestros enemigos nos tachan de papistas, de practicar la brujería. Están dispuestos a luchar hasta la muerte para defender el derecho de afirmar que Jesucristo no se halla encarnado en el pan y el vino, que es un peca-do rezarle a la Virgen.

—Lo sé —respondí.

«¿Es posible que los duendes se hayan apoderado de las almas de los difuntos?», pensé, sintiendo que un escalofrío me recorría el cuerpo.

—Dicen que nuestro santo es un ídolo, que adoramos al diablo. Nuestro Cristo es el Cristo viviente.

—Y yo debo infundir fuerza y valor ala gente —murmuré—. Lo cual no significa, sin embargo, que deba derramar la sangre de nuestros enemigos.

—No, tan sólo elevar tus súplicas al Hijo de Dios —contestó mi padre—. Unir a las personas, silenciar a los insatisfechos. Sí, existen muchos insatisfechos y amargados entre nosotros. Los puritanos, los que desearían cambiar el rumbo de los acontecimientos, los que afirman que debemos quemar a las brujas y los brujos que viven entre nosotros. Es preciso que impongas paz y orden. Convoca ala gente en nombre de san Ashlar. Oficia la misa del gallo.

—Y tú les dirás que soy el santo representado en la vidriera. —¡Lo eres! —respondió mi padre—. ¡Sabes que lo eres! Has regresado por la gracia de Dios. Eres Ashlar, el santo. Durante veintitrés años has vivido en olor de santidad entre los franciscanos. No seas tan humilde, hijo mío. Debes mostrar valor. Ya tenemos suficientes sacerdotes cobardes en el valle, temblando en la sacristía, temiendo que los puritanos los apresen mientras se hallan ante el altar y los arrojen a la hoguera. Al oír estas palabras recordé las Navidades que había pasado, hacía muchos años, en Donnelaith.

Recordé cuando mi abuelo ordenó a sus hombres que me arrojaran a la hoguera. ¿Encenderían esta noche una hoguera después de la misa del gallo, cuando la luz de Cristo resplandeciera en el universo?

De pronto sucedió algo que atrajo mi atención, alejando esos pensamientos de mi mente. Noté un intenso aroma que no lograba identificar. Era un olor tan fuerte que me sentí confundido.

—Eres Ashlar —insistió mi padre, enojado por mi silencio.

—No lo sé, padre —contesté. —¡Por supuesto que lo sabes! —exclamó una voz desconocida.

Era una voz femenina. Al volverme vi a una mujer algo más joven que yo, rubia, con el cabello largo y sedoso, ataviada con un traje rica-mente bordado. Era ella quien exhalaba el intenso aroma que había percibido hacía unos instantes, provocando unos cambios en mi cuerpo, haciendo que prendiera en mí un deseo abrasador.

Me sentí impresionado por su belleza, por su larga melena y sus resplandecientes ojos azules, tan parecidos a los de nuestro padre. Yo tenía los ojos negros, como mi madre. En aquel momento recordé las palabras del holandés: «Una auténtica hembra de tu especie.» Pero ésta era una mujer de carne y hueso. Se parecía más a mi padre que yo mismo. Sabía que cuando viera a una mujer de mi

especie la reconocería, al igual que era capaz de reconocer otras cosas.

La mujer se dirigió hacia mí. Su perfume me embriagaba. Yo no sabía qué hacer ni qué decir; sentía al mismo tiempo hambre, sed y una pasión que me consumía.

—No eres san Ashlar, hermano —dijo—. ¡Eres Taltos! La maldición de este valle desde la época de las tinieblas, la maldición que llevamos en nuestra sangre. —¡Silencio, bruja! —exclamó mi padre—. ¡No digas una palabra más! Os mataré a ti ya tus seguidores con mis propias manos.

—Sí, como los buenos protestantes de Roma —replicó la mujer en tono burlón, alzando la cabeza con gesto desafiante y volviéndose hacia mí—. ¿Qué dicen en Italia, Ashlar? ¿No lo sabes? «Si nuestro padre fuera un hereje, no dudaríamos en arrojarlo a la hoguera.» ¿Lo he dicho bien?

—Creo que sí, hermana —murmuré—. Pero te ruego que tengas paciencia conmigo. —¿Paciencia? ¿Acaso no naciste dotado de una gran sabiduría? ¿O es ésa otra de tus mentiras? ¿No era tu madre una reina, la cual murió decapitada?

—Silencio, Emaeth —dijo mi padre—. Yo no te temo.

—Eres el único, padre. Mírame, hermano, escucha mis palabras.

—No comprendo lo que dices. Mi madre fue una gran reina, aunque ignoro su nombre —balbucí.

En efecto, hacía tiempo que sospechaba que mi madre había sido una reina, era absurdo intentar disimularlo. Esta mujer era lo suficientemente inteligente para saber la verdad, para ver más allá de mi dulce talante franciscano y mi ingenuo rostro.

De pronto recordé la expresión de odio de mi madre, su suave pezón entre mis labios. Espantado, me cubrí el rostro con las manos. ¿Por qué me había empeñado en regresar y averiguar la verdad? ¿Por qué no me había quedado en Italia? Había sido un idiota. ¿De qué me servía conocer estas terribles verdades?

—Ana Bolena —dijo Emaeth, mi hermana—. Tu madre era la reina Ana, que fue ejecutada por prácticas de brujería.

Yo meneé la cabeza. Sólo veía a una pobre mujer aterrada, gritando para que alguien se llevara a su monstruoso hijo.

—Ana Bolena... —murmuré.

Recordé las historias que había oído contar sobre los mártires de aquella época, los cartujos y los sacerdotes que se negaron a ratificar el escandaloso matrimonio del rey y Ana Bolena.

Al ver que no la contradecía, mi hermana prosiguió:

—La reina de Inglaterra que actualmente ocupa el trono es tu hermana. Ha jurado que jamás se casará ni dejará que ningún hombre la toque, pues le aterra pensar que por sus venas corre la sangre de su madre, la cual parió un monstruo.

Mi padre trató de interrumpirla, pero mi hermana se volvió hacia él, alzando el dedo con gesto amenazador y obligándole a retroceder. —¡Silencio, anciano! Tú tienes la culpa. Copulaste con Ana a sa-biendas de que tenía un sexto dedo, como las brujas. Sabías que, debido a esa marca ya tu herencia, podríais engendrar un T altos... —¿Quién puede demostrar que ello es cierto? —preguntó mi padre—. Todos los hombres y mujeres de aquella época han muerto. Sólo está viva Isabel, que a la sazón era una niña. Pero la pequeña princesa no se hallaba en el castillo esa noche. Si supiera que tiene un hermano, el cual podría reivindicar la corona de Inglaterra, no dudaría en matarlo, independientemente de que éste fuera o no un monstruo.

Sus palabras me afectaron como me afectaba la música, la belleza, el asombro y el temor. Lo sabía. Lo recordaba perfectamente. Lo comprendía. Sentí una punzada de dolor al recordar la vieja historia. La reina Ana había sido acusada de hechizar a Su Majestad y de parir un monstruo. Enrique, deseoso de demostrar que no lo había engendrado él, la había acusado de adulterio y había ordenado a cinco

hombres —de probada inmoralidad y perfidiaque prepararan para la reina el camino hacia el patíbulo.

—Pero ninguno de ellos era el padre de la criatura —dijo mi hermana—. Fue nuestro padre. Gracias a ello, yo soy una bruja y tú un Taltos. Las brujas del valle lo saben. Al igual que los duendes, los monstruos y los seres marginados que se han visto obligados a ocultarse en las colinas. Están ansiosos de que llegue el día en que me acueste con un hombre con el que consiga engendrar un Taltos, como la desdichada reina Ana.

Mi hermana avanzó hacia mí, sin apartar la mirada de mi rostro, mientras el eco de sus terribles palabras resonaba en mis oídos.

—De esta forma tendrían otro demonio con el que torturar a los seres humanos —continuó, sujetándome las manos para impedir que me tapara los oídos—. Veo que has percibido el aroma que exhalo, al igual que yo he notado tu olor. Yo soy una bruja y tú un ser diabólico. Nos conocemos bien. He hecho voto de castidad, al igual que Isabel. Ningún hombre conseguirá que conciba un monstruo. Pero en este valle existen otras brujas capaces de percibir el aroma del demonio, el olor de la maldad. Saben que has llegado, y los duendes no tardarán en saberlo también.

Pensé en las criaturas enanas que había visto salir del castillo. De pronto mi hermana se volvió bruscamente, como si hubiera oído algo sospechoso. Al cabo de unos segundos sonaron unas sofocadas car-cajadas procedentes de la escalera.

Mi padre avanzó unos pasos y dijo:

—Por el amor de Dios y de su divino Hijo, no escuches a tu hermana, Ashlar. Tal como ella misma ha reconocido, es una bruja. Te odia, cree que eres un Taltos, que naciste dotado de una gran sabiduría. Te detesta porque eres superior a ella, que no es sino una mujer de carne y hueso, como tu madre. Puede que sea capaz de parir un prodigio como tú, pero no lo sabe con certeza. Los duendes están

disgustados, aunque es fácil aplacarlos. Son unos monstruos legendarios que han habitado siempre en las montañas y los valles de Irlanda y Escocia; todavía seguirán aquí cuando todos hayamos muerto. Carecen de importancia.

—Pero ¿quién es ese Taltos, padre? —inquirí yo—. ¿Acaso se trata también de un legendario monstruo? ¿De dónde procede? Mi padre agachó la cabeza y respondió:

—Antaño, cuando éramos guerreros y reunimos las grandes piedras que forman el círculo, protegimos este valle de los romanos, los daneses, los hombres del norte y los ingleses.

—Así es —terció mi hermana—. También lo protegimos de los Taltos cuando éstos huyeron de la isla, perseguidos por los romanos, y trataron de ocultarse en este valle. Mi padre apoyó las manos sobre mis hombros, sin hacer caso de las palabras de mi hermana, y prosiguió:

—Ahora debemos proteger Donnelaith de los escoceses, nuestros compatriotas, en nombre de nuestra reina católica, nuestra soberana, I y de nuestra fe. Todas nuestras esperanzas están depositadas en María Estuardo. Olvida esas leyendas sobre magia y brujería. Has venido aquí con una misión muy concreta. Debes instalar a María Estuardo en el trono de Inglaterra.

Debes destruir a John Knox ya sus secuaces. Escocia no debe caer bajo el dominio de los puritanos y de los ingleses.

—Nuestro padre no puede responder a tu pregunta, hermano —dijo Emaeth—. ¿Qué pretendes que haga? —le pregunté a mi hermana.

—Márchate del valle —contestó—, tal como has venido. Huye para salvar tu vida y las nuestras antes de que las brujas den con tu paradero, antes de que los duendes sepan que estás aquí. Huye para impedir que los protestantes nos ataquen. Tú mismo constituyes una prueba que confirma cuanto dicen sobre nosotros, hermano. Eres un monstruo, el hijo de una bruja. Si reavivas los viejos ritos, los protestantes no dudarán en atacarnos. Puedes engañar a los humanos

que te rodean, pero no puedes ganar una batalla librada en el nombre de Dios. Estás condenado a sucumbir. —¿Por qué? —pregunté—. ¿Cómo sabes que estoy condenado?

—No escuches sus mentiras —dijo mi padre—. Estamos hartos de oír sus mentiras. San Ashlar derrotó al enemigo. Ashlar era un Taltos y construyó una catedral en nombre de Dios. En el lugar donde su esposa, la reina pagana, fue quemada por defender la antigua fe, brotó un arroyo en cuyas aguas Ashlar bautizó a todos los que vivían entre el lago y el paso. Ashlar venció a los otros Taltos. Los aniquiló para que los hombres creados a imagen y semejanza de Dios pudieran gobernar la tierra. La iglesia de Jesús fue construida sobre los Taltos. Si eso es brujería, también lo es la Iglesia de Dios.

Son la misma cosa.

—Sí —dijo Emaeth—, él los mató en nombre de su propio Dios. Él provocó la matanza para salvar su propio pellejo. Participó en ella impulsado por el temor, el odio y el rencor. Aniquiló a su clan para salvarse a sí mismo. Incluso sacrificó a su esposa. ¡Ése es tu gran santo! Un monstruo que embaucó a quienes lo rodeaban para ser ensalzado y no morir con los suyos.

—No le prestes atención, hijo —dijo mi padre, dirigiéndose a mí—. Tú eres ahora nuestro milagro.

Sólo ocurre una vez cada siglo.

Mi hermana se volvió furiosa hacia mí, pero mi padre la detuvo.

Al verlos juntos comprobé lo mucho que se parecían.

—Aguarda —contesté suavemente—. Creo comprenderlo. Todos nacemos con una oportunidad ante los ojos de Dios. La palabra Taltos no significa nada en sí misma. Soy un hombre de carne y hueso.

Estoy bautizado. He recibido las órdenes sagradas. Poseo un alma. Mi deformidad física no me impedirá alcanzar el cielo; en todo caso serán mis actos. No estamos predestinados, como afirman los luteranos y los calvinistas.

—Nadie te lo discute —dijo Emaeth.

—Entonces déjame guiar a nuestras gentes, hermana. Deja que demuestre, mediante mis buenas obras, que poseo la gracia de Dios. No soy un ser diabólico, me niego a serlo. Si alguna vez he hecho daño a los demás, ha sido sin querer. Si, tal como dices, soy hijo de una bruja, quizá pueda utilizar mis poderes para derrotar a mi hermana e instalar en el trono a María Estuardo. —¡Conque naciste dotado de una gran sabiduría! —exclamó mi hermana en tono burlón—. Eres un idiota, te dejas engañar por quienes te tienen prisionero. «Es preciso crear un Taltos para que sea devorado por el fuego de los dioses. Para que llueva y crezcan las cosechas.»

—Eso son viejas supercherías y no tienen la menor importancia —dijo mi padre—. Nuestro Señor Jesucristo es el Dios de los bosques. Es nuestro Dios. El Taltos no es nuestra víctima propiciatoria, sino nuestro santo. La Virgen María es nuestra Holda. Cuando los borrachos de la aldea se adornan con pieles y cuernos de animales es para participar en la procesión hasta el pesebre, no para ofrendar sus sacrificios a los dioses, como hacían antaño. »Estamos en paz con los viejos espíritus y con nuestro Dios. Estamos en paz con la naturaleza, pues hemos convertido a Taltos en san Ashlar. En este valle hemos gozado de seguridad y prosperidad durante un millar de años. Piensa en ello, hija, ¡Un millar de años! Los duendes nos temen. No se atreverán a atacarnos. Por la noche dejamos junto a la puerta nuestras ofrendas de leche, y ellos no se atreven a llevarse más que la que dejamos.

—Eso se terminará muy pronto —contestó Emaeth—. Vete, Ashlar, no des a los protestantes el pretexto que necesitan para atacarnos. Las brujas de este valle sabrán que estás aquí. Percibirán tu aroma.

Márchate antes de que sea demasiado tarde. Vete a vivir al talia, donde nadie sabe quién eres.

—Te aseguro que poseo un alma, hermana —repliqué, alzando la voz—. Confía en mí. Puedo reunir a las gentes. Puedo conseguir que permanezcamos a salvo.

Emaeth meneó la cabeza y se volvió de espaldas. — ¿Acaso eres capaz de conseguirlo tú? —le preguntó mi padre en tono acusador—. ¿Acaso puedes mantenernos a salvo por medio de tus encantamientos y maleficios? Nuestro mundo está apunto de sucumbir. ¿Qué puedes hacer para evitarlo? Escucha, Ashlar, nuestro valle es muy pequeño, una pequeña parte de la región del norte, pero hemos perdurado hasta la fecha y seguiremos perdurando. A fin de cuentas, el mundo se compone de pequeños valles, de grupos de gente que aman, trabajan y rezan juntos, al igual que nosotros.

Sálvanos, hijo. Te lo imploro. Invoca al Dios en el que crees para que nos ayude. Tu identidad no tiene la menor importancia, ni tampoco lo que hicieran tus padres.

—Ningún protestante y tampoco ningún católico pueden demostrar nada en mi contra —dije suavemente—. ¿Serías capaz de contarles lo que sabes, hermana?

—Acabarán enterándose, tenlo por seguro.

Di media vuelta y abandoné la estancia. Ahora era un sacerdote no un humilde franciscano, sino un misionero, y sabía lo que debía hacer.

Tras atravesar el patio del castillo y el puente, bajé por el nevado sendero que conducía a la iglesia. Vi a lo lejos a unas personas que ca-minaban en procesión portando antorchas. Al aproximarme me observaron con recelo y murmuraron mi nombre, a lo que yo contesté haciendo con ambas manos la señal de la cruz.

Vi a unos hombres danzando en los campos, a la luz de las antorchas. Sus siluetas se recortaban sobre el cielo, y observé que lucían pieles y cuernos de animales. Habían iniciado sus viejos ritos paganos. Era preciso que me colocara a la cabeza de la procesión y condujera a las gentes hasta el pesebre, donde aguardaba el Niño Jesús.

Cuando alcancé las puertas de la población, vi aun gran número de personas congregadas ante la catedral. Me dirigí hacia ellas y les pedí que aguardaran. Luego entré en la sacristía, donde me encontré a dos ancianos sacerdotes que me miraron temerosos.

—Dadme una sotana y una sobrepelliz blanca. Rápido. Debo reunir a las gentes de este valle.

Los sacerdotes me ayudaron a vestirme. Al cabo de unos minutos aparecieron unos jóvenes acólitos, los cuales se apresuraron a ponerse también una sotana y una sobrepelliz.

—Vamos, padres —dije a los atemorizados sacerdotes—. Los muchachos son más valientes que vosotros. ¿Qué hora es? Debemos incorporarnos a la procesión. La misa debe celebrarse a las doce en punto. No puedo salvar y unir a todos los protestantes, católicos y paganos, pero puedo llevar el cuerpo y la sangre de Jesucristo al altar mediante la transubstanciación. Esta noche, Jesús nacerá de nuevo en este valle.

Luego salí de la sacristía y me dirigí a la multitud:

—Preparaos para la procesión navideña —dije—. ¿Quiénes de vosotros haréis de José y de María? ¿A qué niño de esta aldea puedo colocar en el pesebre para que represente el papel de Jesús, antes de decir misa? Deseo que esta noche la Sagrada Familia esté representada por personas de carne y hueso, por vecinos de este valle. Todos los que vais cubiertos con pieles y cuernos de animales debéis dirigiros en procesión hasta el pesebre y arrodillaros ante el Niño Jesús, como hicieron el buey, el cordero y el burro. Venid, hijos míos. Ha llegado la hora.

Todos me miraban entusiasmados. Vi la gracia de Dios en sus rostros. De pronto me percaté de que una mujer diminuta y deforme, cubierta con un tosco chal, me observaba. Durante unos instantes vi sus pérfidos ojillos y su desdentada sonrisa, antes de que desapareciera entre la multitud que la rodeaba. «No es más que una enana —pensé

—. Si los duendes existen, son unas criaturas diabólicas y la única forma de expulsarlas es hacer que la luz de Cristo resplandezca en este valle.»

Cerré los ojos, junté las palmas de las manos formando una pequeña iglesia, y empecé a cantar con emoción el hermoso himno de Adviento:

Ven, Emmanuel, a rescatar al cautivo Israel que languidece en el exilio, hasta que aparezca el Hijo de Dios... Un coro de voces se unió a la mía, mientras sonaban unas flautas, unas panderetas y unos tambores. Alegrad vuestros corazones, pues Emmanuel pronto acudirá a rescatar a Israel.

La campana de la catedral comenzó a tañer, no para alejar al diablo, sino para llamar a todos los fieles que se encontraban en la montaña, el valle y las orillas del lago.

Algunos gritaron: «¡Los protestantes oirán la campana! ¡Nos destruirán!» Pero sus protestas pronto quedaron sofocadas por las voces que exclamaban: «¡Ashlar! ¡Padre Ashlar! ¡Ha regresado nuestro santo!»

—Dejad que el sonido de la campana aleje al diablo, a las brujas y a todos los seres malvados de este valle —dije—. ¡Que expulse a los protestantes!

Mis palabras arrancaron encendidos aplausos y exclamaciones de aprobación.

A continuación se alzaron un millar de voces, las cuales entonaron el himno de Adviento, y yo me retiré a la sacristía para ponerme una hermosa casulla verde y dorada y unos ropajes finamente bordados, dignos de la solemne ceremonia que iba a officiar y que nada tenían que envidiar a los ropajes que solían utilizar los sacerdotes en Florencia. Los otros sacerdotes se vistieron a toda prisa, mientras los acólitos se apresuraban a distribuir entre los fieles las velas sagradas para la procesión.

Según me informaron, habían acudido de muchas leguas a la redonda, portando ramas de muérdago, personas que

jamás se habían atrevido anteriormente a participar en las celebraciones navideñas.

—Si muero esta noche, Padre —recé—, encomiendo en tus manos mi alma.

Era casi medianoche, pero aún era demasiado temprano para salir. Así pues, permanecí arrodillado, rezando, tratando de reunir fuerzas y rogándole a san Francisco que me infundiera.

Valor. Al alzar los ojos vi a mi hermana junto a la puerta de la sacristía, cubierta con una voluminosa capa verde oscuro. Me hizo un ademán para indicarme que la siguiera a la habitación contigua.

Era una estancia que yo no había visto nunca, revestida de madera, con muebles de caoba y estanterías empotradas en las paredes. Era el lugar ideal para que un sacerdote celebrara una conferencia secreta; tal vez se trataba de un estudio. Vi unos textos en latín que conocía y una hermosa imagen de nuestro fundador, san Francisco, aunque ninguna reproducción realizada en yeso o mármol podía compararse con la radiante imagen de Francisco que veía en mi mente.

Mi espíritu estaba en paz. No deseaba hablar con mi hermana, sino rezar. Su aroma me turbaba.

La habitación estaba iluminada por unas velas. A través de las pequeñas ventanas sólo se divisaban los copos de nieve que caían. Al entrar me chocó ver al holandés sentado ante una mesa situada en un rincón. Éste me miró con gesto hosco, se quitó el sombrero y me indicó que ocupara la silla colocada frente a él.

Al percibir el intenso perfume que exhalaba mi hermana sentí de nuevo unos fuertes deseos eróticos, los cuales traté de apartar de mi mente.

Yo estaba vestido y preparado para celebrar misa. Me senté frente al holandés y apoyé las manos en la mesa. —¿Qué queréis de mí? —pregunté, mirando a mi hermana y al holandés—. ¿Acaso habéis venido a confesaros para poder recibir esta noche el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

—Deseamos que te salves —respondió mi hermana—. Debes marcharte inmediatamente. —¿Y abandonar a estas buenas gentes y su causa? Estás loca.

—Escucha, Ashlar —dijo el hombre de Amsterdam—. Te ofrezco mi protección. Puedo sacarte esta noche del valle a través de un camino secreto. Deja que los pusilánimes sacerdotes se enfrenten solos al enemigo. —¿Pretendes conducirme a un país protestante? ¿Con qué fin?

—Antiguamente —contestó mi hermana—, antes de que los romanos y los pictos se instalaran en esta tierra, los de tu especie vivían en una isla, desnudos y salvajes como los monos de la selva. Estaban dotados de una innata sabiduría, sí, pero eran salvajes e incultos. »Al principio los romanos trataron de copular con ellos, como lo habían hecho otros pueblos, confiando en engendrar unos hijos capaces de alcanzar la madurez al cabo de pocas horas, lo cual les convertiría en la raza más poderosa del universo. Pero sólo conseguían crear un Taltos una vez cada mil años. Al comprobar que las mujeres morían cuando los Taltos varones las dejaban preñadas, y que las hembras Taltos impulsaban a los hombres a copular con ellas desenfrenada e infructuosamente, los romanos decidieron eliminarlos de la faz de la tierra. »Pero la especie sobrevivió en las islas y en los Highlands, pues eran capaces de multiplicarse como las ratas. Finalmente, cuando se implantó la fe cristiana en este país, cuando vinieron los monjes irlandeses en nombre de san Patricio, Ashlar, el líder de los Taltos, se arrodilló ante la imagen de Jesucristo y declaró que su especie debía ser exterminada, pues los individuos que la integraban no poseían alma. Ashlar temía que si los Taltos adquirían las costumbres de la civilización, dada su inmadurez, su torpeza y su propensión a reproducirse desordenadamente, invadirían la tierra. »Ashlar abandonó a los suyos y se unió a los cristianos. Fue a Roma y habló con Gregorio Magno. »De modo que traicionó a los suyos, a los Taltos. Las gentes celebraron un ritual, una ofrenda consistente en una bárbara

matanza. »Pero de vez en cuando, a lo largo de los años, la semilla germina, produciendo unos gigantes, unas extrañas criaturas dotadas de una gran habilidad para imitar a otros y para cantar, pero incapaces de seriedad o firmeza de carácter.

—Eso no es cierto —protesté—. Yo mismo soy prueba de ello.

—No —contestó mi hermana—, eres un buen seguidor de san Francisco, que fue un mendigo y un santo, porque eres un ignorante, un idiota. Eso es lo que era san Francisco, un idiota que andaba descalzo predicando la bondad, sin saber una palabra de teología, y obli-gando a sus seguidores a desprenderse de todos sus bienes. Italia era el lugar ideal para enviarte, la Italia de los franciscanos.

Posees el cerebro de un Taltos, los cuales sólo desean cantar y bailar todo el día, y en-gendrar hijos con los que jugar, cantar y bailar...

—Soy célibe. Estoy consagrado a Dios. No sé nada de esas cosas —repuse, profundamente herido—.

No soy como esos seres que describes. ¿Cómo te atreves a ofenderme? —pregunté indignado. Luego agaché la cabeza y murmuré humildemente—: Ayúdame, Francisco.

—Conozco esa historia —terció el holandés—. Pertenezco a una orden denominada Talamasca.

Conocemos a Taltos. Nuestro fundador contempló con sus propios ojos al Taltos de su época. Su gran aspiración era unir al Taltos varón con el Taltos hembra, o con una bruja cuy..sangre fuera lo suficientemente resistente para aceptar la semilla masculina. Ése ha sido nuestro propósito durante muchos siglos: observar, esperar y rescatar a los Taltos varón y hembra de una generación. Sabemos que actualmente existe un Taltos hembra, Ashlar. ¿Comprendes lo que eso significa?

Yo miré a mi hermana, la cual se había quedado perpleja. Evidentemente, no lo sabía, Miró al holandés con recelo, pero éste continuó apresuradamente. —¿Tienes alma,

padre? —me preguntó, adoptando un tono más amable—. ¿Posees la inteligencia suficiente para comprender lo que ello significa? Me refiero a una auténtica hembra Taltos, la cual podría parir una caterva de hijos capaces de sostenerse en pie y hablar desde el momento en que nacieran. Unos hijos capaces de engendrar rápidamente otros hijos.

—Eres un cretino —contesté despectivamente—. Te presentas aquí como el diablo para tentar a Jesús en el desierto. ¿Pretendes insinuar que podría convertirme en el dueño y señor del mundo?

—Así es. Estoy dispuesto a ayudarte, a conseguir que los de tu especie regresen y sean tan poderosos como antes. — ¿Cómo es que estás dispuesto a hacer eso por mí, si me consideras un monstruo imbécil e ignorante?

—Ve con él, Ashlar —dijo mi hermana—. No sé si esa hembra existe. Nunca he visto a una T altos femenina, pero sé que de vez en cuando nace una. Si no partes con él, morirás esta misma noche.

Supongo que habrás oído hablar de los duendes. ¿Sabes de qué tipo de seres se trata?

Yo guardé silencio. Deseaba contestar que me tenía sin cuidado.

—Son aquellos descendientes de brujas que no logran convertirse en T altos. Se adueñan de las almas de los condenados.

—Los condenados se hallan en el infierno —respondí.

—Sabes que eso no es cierto. Los condenados regresan bajo múltiples formas. Pueden mostrarse codiciosos, rencorosos y vengativos.

Los seres diabólicos bailan y fornican para atraer a hombres y mujeres cristianos aptos para convertirse en hechiceros, a fin de que éstos bailen y copulen a su vez, confiando en que su sangre se una y engendren un Taltos. En eso consiste la brujería, hermano. Siempre ha sido así. Tratan de atraer a mujeres borrachas que estén dispuestas a arriesgar la vida para crear un T altos. Es la vieja leyenda

que se oculta en estos tenebro-sos valles. El propósito es crear una raza de gigantes que, debido a su elevado número, consiga expulsar a otros seres mortales de la tierra.

—Dios no permitirá que eso suceda —respondí con calma.

—Ni tampoco las gentes de este valle —dijo el holandés—. ¿Acaso no lo comprendes? A lo largo de los siglos han utilizado a los Taltos, tratando de unir aun macho y una hembra, pero para sus propios fines, para cumplir sus crueles rituales.

—No comprendo lo que dices. Yo no soy como esos seres.

—En mi casa, en Amsterdam, hay un millar de libros que versan sobre los de tu especie y otros seres prodigiosos; contienen todos los datos que hemos conseguido reunir a lo largo de los años. Si no eres un imbécil y un ignorante, ven conmigo. —¿Y qué eres tú? —inquirí—. ¿El alquimista que pretende crear un gran homúnculo?

Mi hermana apoyó la cabeza en la mesa y rompió a llorar.

—Oí esas leyendas de niña —dijo con amargura, enjugándose las lágrimas con sus largos dedos—.

Recé para que los Taltos no aparecieran jamás. No dejaré que ninguno me toque, pues temo engendrar uno de esos monstruos. Si eso ocurriera, lo estrangularía antes que permitir que mamara la leche de mis pechos. Pero tú, hermano, pudiste sobrevivir, bebiste la leche de la bruja y te desarrollaste. Luego te enviaron al extranjero para salvarte. Y ahora has regresado para hacer que se cumplan las siniestras profecías. ¿No lo comprendes? Las brujas te aguardan impacientes. Los malévolos duendes no tardarán en saber que estás aquí. Los protestantes tienen el valle sitiado.

Esperan la oportunidad de atacarnos, la chispa que prenda la mecha. —¡Mentira! —exclamé—. Me estás mintiendo para sofocar la luz de Cristo que resplandecerá esta noche en el valle. Ya has oído las campanas. Debo ir a

celebrar misa. No te acerques al altar con tus paganas supercherías, hermana. No depositaré el cuerpo de Cristo sobre tu lengua.

Tras estas palabras, me dirigí apresuradamente hacia las puertas de la catedral. Al abrirlas, la muchedumbre rompió en aplausos y vítores. Me sentía confundido por cuanto había oído sobre amenazas, sospechas, brujas y seres diabólicos. Era pura demonología, de eso estaba seguro.

Avancé hacia la multitud, alzando la mano para impartir la bendición: In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, amen. Una bonita muchacha con la cabeza cubierta por un velo azul, me dijo que deseaba representar el papel de la Virgen María, y un joven imberbe, de sonrosadas mejillas, se ofreció para hacer de José. Luego, alguien depositó en mis brazos a un hermoso niño de pocos días de edad.

Los hombres cubiertos con pieles de animales se habían congregado ante la iglesia, sosteniendo unas velas encendidas. Todo el valle resplandecía a la luz de un millar de velas, las cuales no tardarían en iluminar la imponente catedral que se erigía a mis espaldas.

Durante unos segundos vi de nuevo a un ser diminuto y deforme, cubierto con un grueso chal. No parecía un monstruo, sin embargo, sino uno de los numerosos enanos que pululan por las calles de Florencia. Espantados, algunos se apartaron para abrirle paso, y el extra-ño ser huyó entre la multitud. Es lógico que las personas ignorantes se asusten al ver a un enano jorobado. No se lo reprocho.

En aquel momento comenzaron a sonar las campanadas de medianoche. Era Navidad. Jesús había nacido. Los gaiteros penetraron en la iglesia ataviados con sus trajes escoceses, seguidos de unos niños vestidos de blanco, como los ángeles. Acto seguido la catedral se llenó de una multitud compuesta por gentes ricas, pobres, bien vestidas y harapientas.

Un nutrido coro de voces se alzó de nuevo, entonando el himno titulado «Jesús ha nacido». Oí el sonido de las

panderetas, las gaitas y los tambores. Me sentí embargado de emoción, pero seguí avanzando por el pasillo de la iglesia, sin apartar la vista del rutilante altar y el pesebre situado a la derecha del mismo, junto a la barandilla de mármol frente a la cual se arrodillarían los fieles para recibir la comunión.

El niño que llevaba en brazos comenzó a berrear ya agitar las piernas, como si él también quisiera anunciar la buena nueva.

Yo nunca había sido un niño como el que sostenía en mis brazos, nunca había sido un prodigio como ése. Yo representaba algo antiguo y olvidado, tal vez adorado en la época de las tinieblas. Pero no tenía importancia. Dios me veía, conocía mi amor por Él, mi amor por Su pueblo, mi amor por el Niño Jesús que había nacido en Belén y por todos los que hablaban en Su nombre. San Francisco también conocía a su fiel servidor, su discípulo, su hijo.

Al fin alcancé el santuario, hice una genuflexión ante el altar y deposité al niño en la cuna rellena de paja. El pobre rompió a llorar desconsoladamente al sentirse abandonado. Mis ojos se llenaron de lágrimas al contemplar a aquella hermosa criatura de rasgos perfectamente simétricos, ojos claros y límpidos y potentes pulmones.

Luego retrocedí unos pasos. La Virgen María estaba arrodillada junto al niño. A la derecha de la cuna se encontraba el joven san José. Al cabo de unos momentos aparecieron los pastores, unos pastores de Donnelaith, transportando ovejas sobre los hombros y guiando a la vaca y el buey. Los cánticos sonaban más fuertes y hermosos, acompañados por los tambores y las gaitas. Empecé a mecarme al ritmo de la dulce melodía, embargado por la emoción. Mientras escuchaba subyugado los sonos de la música, me di cuenta de que no había visto a mi santo. Al avanzar hacia el altar, no se me había ocurrido dirigir la mirada hacia la vidriera. Pero no tenía importancia. No era sino una imagen histórica hecha de vidrio.

Estaba dispuesto para la consagración del pan y el vino. Los monaguillos también estaban preparados. Avancé hacia el pie de los escalones y empecé a recitar las antiguas palabras en latín.

«Me dirigiré al altar de Dios.»

En el momento de la consagración, cuando los monaguillos empezaron a hacer sonar las campanitas sostuve en alto la Hostia. «Éste es mi cuerpo —dije. Y, contemplando el cáliz, añadí—: Ésta es mi sangre.» Luego, comí el cuerpo y bebí la sangre.

A continuación me volví para administrar la comunión y vi a los fieles dirigirse en procesión hacia el altar, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres que sostenían a sus hijitos en brazos mientras abrían la boca para recibir la sagrada Hostia.

En lo alto, entre los estrechos y elevados arcos del inmenso edificio, oscilaban unas sombras pero la luz de las velas se extendía por toda la nave, iluminando cada rincón y dando calor a la fría piedra de la catedral.

Mi padre, el hacendado, había acudido para recibir la comunión acompañado de mi hermana, Emaeth, quien en el último momento agachó la cabeza para que nadie se diera cuenta de que no se la había administrado. Vi también a algunos de mis tíos y tías, a los que había conocido años atrás, así como a los jefes de otros clanes. Les seguían los campesinos y pastores del valle y los comerciantes de la ciudad, formando una hilera interminable de comulgantes.

Tardé más de una hora en administrar la comunión a los fieles, llenando el cáliz una y otra vez, hasta que por fin todos los hombres y las mujeres del valle hubieron participado en el sacramento.

Jamás había presenciado en parte alguna, ni en los soleados campos ni en las iglesias italianas, una escena que transmitiera tal sensación de felicidad. Cuando me volví para pronunciar las últimas palabras: «Podéis iros, la misa ha

terminado», observé en todos los rostros una expresión de profunda dicha y entereza.

La campanita empezó a sonar más deprisa, casi frenéticamente, para destacar la alegría de ese momento. Las gaitas comenzaron a tocar una hermosa melodía, acompañadas por el batir de los tambores. —¡Al castillo! —gritó la multitud—. ¡El hacendado nos invita a una fiesta!

De pronto se acercaron a mí un par de fornidos campesinos, los cuales me sacaron de la catedral a hombros.

—Desafiaremos a las fuerzas del infierno —declaró la multitud—. Lucharemos hasta la muerte si es necesario.

Mientras los campesinos me transportaban sobre sus hombros a través de la nave, me sentí tan arrebatado por las alegres notas de la música que no habría sido capaz de dar un paso. Al pasar frente a la vidriera me volví para contemplar la Oscura imagen de mi santo.

«Mañana, cuando salga el sol, vendré a verte —pensé—. No me abandones, Francisco. Confío en haber cumplido tus deseos.» Luego me dejé subyugar de nuevo por la música, meciéndome al ritmo de la misma, hasta tal punto que apenas podía mantenerme derecho mientras los campesinos me transportaban hacia la explanada situada frente a la catedral, cubierta de nieve e iluminada por las antorchas del castillo.

El salón principal del castillo estaba decorado con ramas de pino y muérdago, tal como lo contemplara la primera vez, con todas las velas encendidas. Cuando los campesinos me depositaron en el suelo, ante la mesa dispuesta para el banquete, unos hombres colocaron el enorme tronco de Navidad en el hogar y lo encendieron.

«Arde, arde durante las doce noches de Navidad», cantaron los aldeanos al son de las gaitas y los tambores, mientras aparecían unos sirvientes portando bandejas de viandas y jarras de vino. —¡Celebremos la Navidad como se merece! —exclamó mi padre—. No debemos dejarnos vencer por el temor.

En aquel momento entraron unos sirvientes con una cabeza de cerdo sobre una inmensa bandeja y unos cochinitos ensartados en espetones. Los niños y las damas, ataviadas con suntuosos ropajes, formaron círculos y comenzaron a bailar alegremente. A continuación todos los asistentes se incorporaron a la danza tribal.

—Nos has devuelto al Señor, Ashlar-dijo mi padre—. Que Dios te bendiga.

Yo contemplé asombrado la escena que se desarrollaba ante mis ojos, fascinado por el son de la música. Hasta los gaiteros se pusieron a bailar mientras seguían tocando, lo cual no era empresa fácil. Los círculos de bailarines se deslizaban airoosamente por la estancia, impregnada de un penetrante y succulento aroma a comida, mientras el fuego ardía en el hogar.

Cerré los ojos. No sé cuánto tiempo permanecí con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, escuchando las risas y las canciones de los asistentes. Alguien me entregó una copa de vino y la apuré de un trago. A fin de cuentas, estábamos en Navidad y no era el momento de comportarse como un austero franciscano.

De pronto percibí un leve cambio en el ambiente. El batir de los tambores se había vuelto más pausado y las gaitas habían comenzado a interpretar una melodía más suave y melancólica.

Abrí los ojos. Los asistentes estaban sumidos en un profundo silencio, enfrascados en la música.

Me sentía mareado. Miré los rostros de los músicos y observé que mostraban una expresión inane, vacua, como si estuvieran ebrios.

La música que sonaba no era una alegre canción navideña, sino algo infinitamente más triste.

Traté de levantarme, pero no pude, subyugado por la monótona melodía que sonaba machaconamente, como alguien que repite el mismo gesto una y otra vez.

En aquel momento percibí el extraño aroma, el que exhalaba mi hermana, y de nuevo me sentí embargado por un poderoso deseo sexual.

De pronto todos los asistentes, que se hallaban desperdigados por la espaciosa habitación y la escalinata, lanzaron una exclamación de asombro. Algunos ocultaron su rostro y otros retrocedieron espantados. —¿Qué sucede? — pregunté.

Mi padre permaneció inmóvil, estupefacto, junto a mi hermana Emaeth y otros parientes y jefes de clanes, mientras los tambores y las gaitas seguían sonando.

El aroma se había vuelto más intenso. Mientras me esforzaba por permanecer erguido, vi entrar aun grupo de personas vestidas con prendas blancas y negras.

No era la primera vez que veía esos austeros trajes, esos cuellos blancos y rígidos. Eran puritanos. ¿Habían venido acaso para declararnos la guerra?

Avanzaron hacia nosotros formando un grupo compacto, como si ocultaran algo o a alguien entre ellos. Los músicos seguían tocando, ajenos ala presencia de los intrusos, tan subyugados por la melodía como yo mismo.

Sentí deseos de exclamar: «¡Mirad, han venido los protestantes!», pero me contuve. El penetrante olor hacía que me sintiera aturdido.

Al cabo de unos minutos los desconocidos se apartaron y en medio de ellos apareció una enana con una grotesca joroba, sonriendo y observándome con mirada febril. — ¡Taltos! ¡Taltos! ¡Taltos! —gritó, avanzando hacia mí.

De pronto comprendí que el olor provenía de ella. Mi hermana se precipitó hacia la enana, pero mi padre la detuvo bruscamente.

La enana la miró con rencor y exclamó: —¡No podrás impedir que mi alto y apuesto hermano y yo engendremos gigantes!

La enana abrió los brazos, desgarrándose el harapiento vestido y revelando unos voluminosos pechos que colgaban

sobre su menudo vientre.

Aspiré su potente aroma, sintiendo que estaba a punto de perder el conocimiento. La enana se encaramó a la mesa y la contemplé fascinado, como si se tratara de una hermosa y esbelta mujer, mientras ella me acariciaba con sus largos y delicados dedos. «Una auténtica hembra de tu especie.» — ¡No, Ashlar! —gritó mi hermana.

Pero mi padre le asestó un puñetazo, derribándola al suelo.

La mujer sonrió. Mientras yo la observaba, su cabello dorado rojizo empezó a crecer, desparramándose por su espalda desnuda y entre sus pechos. Ella alzó este tupido velo y me mostró su desnudez, acariciándose los pechos y mirándome lascivamente. Luego separó los secretos labios de la sonrosada y húmeda boca que tenía entre las plernas.

Yo había perdido la razón; me dominaban la pasión, la música y la fascinante belleza de la mujer que tenía ante mí. Alguien me ayudó a subirme sobre la mesa, y la mujer se tumbó y se abrió de piernas. —¡Taltos! ¡Taltos! ¡Taltos! ¡Engendrad un Taltos!

Las gaitas y los tambores sonaban cada vez más fuerte, como si no' existieran límites para el volumen que podía alcanzar la música. Contemplé los labios que asomaban entre el vello púbico de la mujer, abiertos, sonrientes, como si fueran a hablar. Estaban húmedos, y yo percibía su potente aroma, los deseaba, los necesitaba.

Saqué el miembro, lo introduje entre sus piernas y empecé a moverme con fuerza.

Sentí un éxtasis similar a cuando mamaba de los pechos de mi madre, como no había vuelto a sentirlo desde que me acosté con las ramera en Florencia, mientras escuchaba sus risas y les acariciaba sus suaves pechos y el vello secreto oculto bajo sus faldas. Noté que los labios de la mujer me oprimían el miembro, haciéndome gritar de placer y desear que aquellos momentos no concluyeran nunca. ¡Pensar que

había vivido sin conocer ese exquisito goce! Había sido un idiota.

Las tablas de la mesa crujían debajo de nosotros. Las tazas cayeron al suelo. Yo estaba empapado en sudor; el calor del fuego me: abrasaba.

Debajo de mí, sobre las duras tablas de madera, entre charcos de vino y restos de comida, yacía, no una hermosa mujer pelirroja, sino una enana deforme que sonreía mostrándome su desdentada boca. —¡No me importa! ¡Dámelo! —exclamé enloquecido de pasión. Había perdido la razón y la noción del tiempo.

De pronto noté que me separaban de la enana, mientras ésta seguía moviéndose sobre la mesa y un ser monstruoso brotaba del oscuro orificio donde había depositado mi semilla. —¡No quiero verlo! —grité—. ¡Basta! ¡Perdóname, Dios mío!

Los asistentes rompieron a reír, mientras el sonido de los tambores y las gaitas retumbaba en mis oídos. Creo recordar que me puse a gritar como una bestia herida, aunque no alcanzaba a oír mis gritos.

Del vientre de la bruja brotó un nuevo Taltos, un monstruo, el cual sacó primero sus gigantescos brazos dotados de unas manos y unos dedos desmesuradamente largos. Después asomó la estrecha y viscosa cabeza, mientras la madre profería un grito de dolor, y permaneció postrado sobre la mesa, mirándome con aire desafiante.

A medida que aumentaba rápidamente de tamaño, empezó a deslizarse sobre la mesa, con los ojos brillantes, la boca abierta, el terso cutis resplandeciente y perfecto como el de una criatura humana.

Luego se abalanzó ávidamente sobre su madre, como había hecho yo mismo al nacer, y empezó a mamar de sus pechos. Cuando estuvo saciado se incorporó, mientras la gente aplaudía y vitoreaba. —¡Taltos! —gritaron—. ¡Engendrad un Taltos femenino! ¡Una hembra! ¡Engendrad otros Taltos hasta que amanezca! —¡No, basta! —grité.

Pero mientras el monstruo que acababa de nacer, esa horripilante criatura, ese extraño gigante, se montaba sobre la bruja y copulaba con ella como había hecho yo, trajeron a otra grotesca enana y la colocaron ante mí, obligándome a tumbarme encima de ella. Mi miembro la buscó; la deseaba, la olía. ¿Dónde estaban mis santos?

Los asistentes entonaban cánticos con voz monótona e incesante al son de los tambores, mientras golpeaban el suelo con los pies. Cuando me separaron de la bruja, noté que tenía la vista nublada.

Alguien me arrojó un vaso de vino ala cara para despejarme. En aquel momento, la segunda mujer que me habían traído parió otro monstruoso ser. —¡Taltos! ¡Taltos! ¡Taltos! —gritaron todos—. ¡Es una hembra! ¡Tenemos la pareja!

Los asistentes empezaron a gritar enloquecidos ya bailar, pero no formando círculos, sino agarrados del brazo y saltando sobre la mesa, las sillas y la escalinata. Mi padre presenciaba la escena furioso y horrorizado, meneando la cabeza. Trató de decirme algo, pero sus palabras quedaron sofocadas por los gritos de la multitud. —¡Engendrad Taltos hasta la mañana de Navidad! —gritaban—. ¡Engendradlos para que mueran en la hoguera!

Cuando conseguí ponerme en pie, vi que un grupo de personas se abalanzaba sobre el primer monstruo que había nacido, un chico tan alto como su padre, y lo arrojaba a las llamas. —¡Deteneos en el nombre del Señor! —exclamé. Pero nadie me oyó.

Ni yo mismo oía mis palabras y los gritos del monstruo, aunque vi la angustia pintada en su terso semblante. Desesperado, me arrodillé, incliné la cabeza y recé:

—Dios mío, ayúdanos. Detén esta barbarie. Nos utilizan para el sacrificio, como si fuéramos corderos. No permitas que nos maten a todos.

La multitud rugía y seguía danzando y cantando con voz monótona. De pronto oí unos gritos más potentes que los

míos. Era imposible no oírlos.

Al alzar la cabeza vi que unos soldados habían forzado las puertas. Un centenar de hombres irrumpió en la sala. Por cada hombre armado con un escudo y una espada, había un pastor o un campesino que blandía una horca o un azadón. —¡Hechiceros! —gritaron los soldados.

Yo me levanté y traté de imponer silencio mientras los agresores se precipitaban sobre los asistentes, cortándoles la cabeza y apuña-lándolos mientras éstos suplicaban que se apiadaran de ellos. Los hombres trataron de proteger a las mujeres, pero fue en vano; incluso los niños fueron víctimas de la furia de nuestros agresores.

Unos hombres me sujetaron por los brazos y me sacaron del castillo, junto con los otros monstruos y las brujas que los habían parido. Hacía mucho frío y los lamentos y gritos de guerra reverberaban en todo el valle. —¡Dios mío, ayúdanos! —grité—. ¡Esto es injusto! ¡Castiga a los que hayan pecado, pero no a las víctimas inocentes!

Los hombres me arrojaron al suelo de piedra de la catedral y me arrastraron a través de la nave.

Vi unas llamas y oí el ruido de los cristales de las vidrieras al romperse. Sentí que el humo me asfixiaba y que mi piel se laceraba mientras me arrastraban por el suelo de la catedral. A lo lejos vi que la paja del pesebre comenzaba a arder, mientras los aterrados animales trataban inútilmente de escapar de las llamas.

Al fin me arrojaron a los pies de la tumba de san Ashlar. —¡Arrojadlo a través de la vidriera! —exclamaron unas voces.

—Al incorporarme comprobé que todos los bancos y los ornamentos de la catedral estaban ardiendo. Las llamas lo devoraban todo, mientras que las víctimas de la matanza no cesaban de gemir y gritar. De pronto, unas manos me sujetaron por los brazos y las piernas y me arrojaron a través de la vidriera del santo.

Sentí el impacto en mi rostro y mi pecho y oí estallar el cristal. «Voy a morir —pensé—. Al fin mi alma alcanzará la paz. Subiré al cielo, entre las estrellas, y el Señor me explicará los motivos de esta barbarie.»

Me pareció ver el valle. Vi la población en llamas: todas las casas, chabolas y cobertizos ardían.

Vi el suelo sembrado de cadáveres y comprendí que no eran alucinaciones. Estaba vivo.

En aquel momento apareció la multitud y noté que unas manos me agarraban y empezaban a arrastrarme de nuevo. —¡Conducidlo hacia el círculo! —exclamaron unas voces—. ¡Llevadlos a todos, a las brujas ya los Taltos, y quemad los en el círculo!

De pronto noté que me sumía en la oscuridad. Traté desesperadamente de no perder el conocimiento, de ganar tiempo. «Dios mío —pensé—, no permitas que muera en la hoguera.»

Cuando me obligaron a ponerme en pie vi que estaba rodeado por el viejo círculo de piedras. Sus toscas siluetas se recortaban sobre el cielo y las llamas devoraban la población y la maravillosa catedral, la cual había quedado reducida a un montón de cascotes.

Alguien me arrojó una piedra, y otra, y otra más. Noté que un hilo de sangre se deslizaba por mi rostro. Oí el crepitar de las llamas y sentí su calor mientras la multitud seguía apedreándome. Tenía el cuerpo tan dolorido que cuando me rozaron las llamas apenas las sentí.

—Te encomiendo mi alma, Señor. Soy tu humilde siervo. Apiáda te de mí, Dios mío. Apiádate de mí, Jesús. Apiádate de mí, Virgen María, Madre de Dios, ahora y en la hora de... En tus manos encomiendo mi alma.

Luego...

No vi el rostro de Dios.

No vi al Niño Jesús entre mis brazos.

No vi a la Virgen María. «Ahora y en la hora de nuestra muerte.»

No vi la luz.
No presencié el juicio final.
No vi el cielo.
No vi el infierno. ...
No vi las tinieblas. ...
Y de pronto apareció Suzanne.
La oí invocar mi nombre.
Ashlar, san Ashlar...

Apareció como una luminosa visión en medio del círculo de piedras y oí su voz.

Al principio sonaba muy débil, como a través de un largo túnel formado por el tiempo, como una pequeña chispa. Luego, poco a poco, la percibí con más claridad:

—Ven, Lasher, escucha mi voz. —¿Quién soy yo? ¿Era ésa mi voz? ¿Era yo quien había formulado esa pregunta?

El tiempo no existía. No existía el pasado, ni el futuro, ni la memoria...

Tan sólo una vaga y cálida visión a través de la niebla, una borrosa entidad que se alzaba en medio del círculo de piedras.

Luego percibí su respuesta, pronunciada con voz infantil, su risa, su amor:

—Eres Lasher, mi vengador. ¡Mi Lasher!

Lasher permaneció sentado en silencio, con la cabeza inclinada y las manos apoyadas en la mesa.

Michael no dijo nada, sino que miró de soslayo a Clement Norgan, a Aaron ya Erich Stólov. El rostro de Aaron expresaba compasión. Stólov estaba atónito.

El rostro de Lasher revelaba una profunda serenidad. Tenía los ojos llenos de lágrimas, unas lágrimas que relucían como joyas. Michael se estremeció, como si quisiera liberarse del hechizo que ejercía sobre él la belleza de aquel monstruo, su voz suave y acariciadora.

—Estoy en sus manos, caballeros —dijo Lasher con suavidad, observando a Erich Stólov—. He regresado al cabo de varios siglos para solicitar la ayuda de su organización. En cierta ocasión me la ofrecieron, me explicaron sus propósitos, pero no les creí. Ahora me siento perseguido y amenazado de nuevo.

Stólov miró tímidamente a Aaron ya Michael. Norgan observó fijamente a Stólov, como si aguardara que éste le diese instrucciones.

—Has hecho bien —respondió Stólov—. Has obrado juiciosa-mente. Estamos dispuestos a llevarte a Amsterdam. Por eso hemos venido.

—No dejaré que se lo lleven —dijo Michael. —¿Qué pretende que hagamos? —preguntó Stólov—. ¿Que nos crucemos de brazos mientras contemplamos cómo lo destruye?

—Ya has oído mi historia, Michael —dijo Lasher con tristeza, enjugándose los ojos con el dorso de la mano, como un niño.

—Te garantizo que nadie te hará daño —afirmó Stólov. Luego se volvió hacia Michael y añadió—: Lo llevaremos aun

lugar donde no pueda lastimar a nadie, ni a usted ni a ninguna Mayfair. Conseguirán olvidarse de él, como si jamás hubiera estado aquí...

—No, aguarde —terció Lasher—. Has escuchado mi relato, Michael-dijo, mirándolo fijamente, implorando su perdón. Parecía el Cristo de Durero—. No puedes lastimarme —prosiguió con voz entrecortada, embargado por la emoción—. No puedes matarme. ¿De qué me culpas? Mírame a los ojos. Sé que eres incapaz de matarme.

—Estás loco —murmuró Michael.

Aaron apoyó la mano en el hombro de Michael y dijo:

—No habrá más muertes. Lo llevaremos a Amsterdam. Acompañaré a Erich ya Norgan. Me aseguraré de que es conducido directa-mente a la casa madre, donde permanecerá...

—No —replicó Michael.

—Es un misterio demasiado grande e insondable para que un hombre lo destruya en unos segundos —dijo Stólov.

—Se equivoca —contestó Michael.

—Debemos investigarlo —dijo Aaron—. ¡Por Dios bendito! ¿Es que no comprendes lo que significa, Michael? Trata de razonar.

—Por supuesto que lo comprendo —respondió Michael—. Rowan también lo comprendió. ¡Al infierno con el misterio! —exclamó, mirando a Stólov—. Ése fue siempre su objetivo, ¿no es cierto? No pretendía aguardar y reunir datos, sino hacer que los Taltos se unie-ran, unir a un macho con una hembra para que se reprodujeran, tal como el holandés le dijo a Lasher.

Erich meneó la cabeza.

—No queremos que nadie resulte herido —dijo—, y mucho menos él. Deseamos estudiarlo, investigar sus rasgos y costumbres.

—Es mentira, es mentira —respondió Michael—. Todos, incluso tú, Aaron, estáis metidos en el asunto. Os habéis dejado seducir por ese monstruo.

—Mírame, Michael —murmuró Lasher—. Matar a alguien requiere una gran fuerza de voluntad, una gran vanidad. ¿Por qué habrías de matarme? ¿Acaso estás loco? ¿Estás dispuesto a arrojarme de nuevo a las tinieblas sin estudiar el problema y tratar de conjurar el hechizo? No creo que seas tan insensato y tan cruel. —¿Por qué tienes tanto empeño en convencerme? —preguntó Michael—. ¿Acaso no confías en que estos hombres te protejan?

—Eres mi padre, Michael. Ayúdame. Acompáñanos a Amsterdam —contestó Lasher. Luego se volvió hacia Stólov y añadió—: Supongo que tienen ya a la mujer, ala Taltos hembra. Yo no he conseguido engendrar una, pero ustedes la tienen.

Stólov no respondió, sino que se limitó a observarlo fijamente.

—Eso son meras conjeturas —contestó Aaron—. No poseemos una Taltos hembra. No tenemos esos secretos, pero te ofrecemos nuestra protección. Te ofrecemos un santuario donde te sentirás seguro, donde te interrogaremos y te ayudaremos en todo cuanto podamos.

Lasher esbozó una pequeña sonrisa y miró de nuevo a Stólov. Luego volvió a enjugarse los ojos con su larga y delicada mano, mientras Michael no apartaba la vista de él.

—Ellos mataron al doctor Larkin, Aaron —dijo Michael—. Mataron al doctor Flanagan en San Francisco. Están dispuestos a destruir cualquier obstáculo que se interponga en su camino. Desean obtener un Taltos, tal como el holandés le dijo a Ashlar hace quinientos años. Te han engañado, ya mí también. Tú lo sabías cuando entramos en esta habitación.

—No puedo creerlo. ¿Qué tiene que decir a eso, Stólov? —preguntó Aaron—. Norgan, vaya a llamar a Yuri. Está con Mona en la otra casa. A víselo inmediatamente.

Norgan no se movió. Stólov se puso en pie lentamente y dijo:

—Comprendo que estb es difícil para usted, Michael. Desea vengarse, desea destruirlo.

—No intente llevárselo, amigo —respondió Michael—. No se lo permitiré.

—Tranquilízate. Espera a Yuri —dijo Aaron—. ¿Para qué? ¿Para que podáis dominarme? ¿Has olvidado el poema que te di? —¿Qué poema? —preguntó Lasher con curiosidad—. ¿Sabes un poema? ¿Por qué no me lo recitas?

Me encantan los poemas. Rowan solía recitármelos.

—Conozco infinidad de poemas —contestó Michael—. Escucha estos versos y lo comprenderás todo:

Deja que el diablo narre su historia, deja que suscite la ira de los ángeles.

Haz que los muertos resuciten, y los alquimistas huyan.

—No comprendo esas palabras —dijo Lasher ingenuamente—. ¿Qué significan? Los versos no riman.

De pronto Lasher miró hacia el techo y Stólov hizo otro tanto; mejor dicho, alzó la cabeza levemente, como si hubiera oído un ruido sospechoso.

Era una música que sonaba débilmente y que provenía del viejo gramófono de Julien.

Michael soltó una amarga carcajada y exclamó: —¡Ya me había olvidado de ese trasto!

Acto seguido se levantó apresuradamente y se abalanzó sobre Lasher, el cual retrocedió asustado y se colocó detrás de Stólov y Norgan, quienes también se habían puesto en pie.

—No puedes matarme —murmuró Lasher—. No puedes hacerlo, padre. ¡No dejaré que me mates!

—No podrás impedírmelo —respondió Michael.

—Eres como los protestantes, padre. Ellos querían destruir para siempre la maravillosa vidriera. —¡Peor para ti!

El monstruo se volvió hacia la izquierda y miró la puerta que comuniba con las dependencias de la cocina.

Michael se volvió también rápidamente y vio a Julien de pie junto a la puerta. Ofrecía el mismo aspecto de siempre,

distinguido, con el pelo blanco y los ojos azules, sonriendo divertido, con los brazos cruzados como para impedirles el paso.

Lasher echó a correr hacia el pasillo mientras los demás trataban de detenerlo. Michael le siguió, apartando bruscamente a Aaron de su camino y golpeando a Stólov y a Norgan, que cayeron al suelo.

De pronto Lasher se detuvo en seco, con la mirada fija ante él. Michael vio de nuevo a Julien, enmarcado por los gigantescos arcos del vestíbulo y observándolos sin dejar de sonreír.

Cuando Michael trató de precipitarse sobre Lasher, éste dio media vuelta y echó a correr escalera arriba.

Michael lo persiguió, respirando trabajosamente, con los brazos extendidos, intentando sujetarlo por un pie o el borde de la negra so-tana. Oyó a Stólov subir la escalera tras él, jadeando, y de pronto notó que lo agarraba del hombro.

En aquel momento Julien apareció en lo alto de la escalera, bloqueando el acceso a la puerta que comunicaba con la parte posterior de la casa. Al verlo, Lasher retrocedió apresuradamente y casi cayó al suelo. Luego bajó hasta el descansillo del segundo piso y subió precipitadamente por la otra escalera hacia la tercera planta. —¡Suélteme! —le ordenó Michael a Stólov. —¡No dejaré que lo mate! —contestó éste.

Michael se volvió bruscamente, alzó el puño izquierdo y le asestó un gancho que hizo que Stólov bajara rodando todo el tramo de escalera.

Durante unos segundos, Michael contempló con pesar el cuerpo de Stólov que yacía como un pelele al pie de la escalinata.

Mientras tanto, Lasher había alcanzado el dormitorio del tercer piso y Michael le oyó cerrar la puerta y echar el cerrojo.

Michael corrió tras él y comenzó a golpear la puerta con los puños, tratando de derribarla. Al fin le propinó una

patada y oyó que la cerradura cedía.

La música seguía sonando en el pequeño gramófono. La ventana que daba al tejado del porche estaba abierta.

—Por el amor de Dios, Michael, no me hagas esto —murmuró Lasher—. Mi único pecado ha sido tratar de sobrevivir.

—Tú asesinaste a mi hijo —respondió Michael—. Mi esposa se está muriendo por tu culpa. Te apoderaste del cuerpo de mi hijo y lo sometiste a tu voluntad. Has destruido a mi esposa, al igual que destruiste a su madre, ya la madre de su madre, ya otras mujeres. ¡Te juro que te mataré! Te mataré en nombre de san Francisco, de san Miguel, de la Virgen María y del Niño Jesús que tanto amas.

Tras estas palabras, Michael le asestó un puñetazo que estuvo a punto de derribarlo y que hizo que brotara un chorro de sangre de su nariz. —¡No me mates! —gritó el monstruo. —¿No querías ser un hombre de carne y hueso? Ahora sabrás lo que siente un hombre al morir. —¡Ya lo sé! ¡Ayúdame, Dios mío! —gritó Lasher.

Cuando Michael se abalanzó de nuevo sobre él, Lasher le propinó una patada en la pierna al mismo tiempo que le asestaba un puñetazo, derribándolo al suelo. Michael lo miró estupefacto, pues no imaginaba que un ser tan enclenque como Lasher poseyera tanta fuerza.

Al cabo de unos minutos Michael logró incorporarse. Estaba mareado y le dolía el pecho.

—Maldito seas —murmuró—. Eres más fuerte de lo creía, pero no conseguirás detenerme.

Michael se abalanzó de nuevo sobre el monstruo, pero éste lo esquivó y volvió a asestarle un violento puñetazo en la mandíbula. —¡Coge el martillo, Michael! —dijo Julien.

Michael se volvió y vio que sobre la repisa de la ventana había un martillo. Era el que había cogido para defenderse cuando registró la casa la noche que creyó que había penetrado un intruso y se había topado con Julien. Lo cogió

apresuradamente y, sosteniéndolo con ambas manos, se precipitó sobre Lasher y se lo hundió en el cráneo.

El martillo atravesó el cuero cabelludo y la fontanela —la abertura que todavía no se había cerrado del monstruo. Éste miró a Michael estupefacto, con la boca abierta, mientras la sangre se deslizaba por su rostro.

Michael extrajo el martillo de la herida y volvió a clavárselo en el cráneo, hasta el cerebro. Era un golpe mortal, capaz de acabar con cualquier ser humano, pero el monstruo siguió mirando a Michael fijamente, con expresión vacía, mientras un espeso chorro de sangre brotaba de la herida. —¡Ayúdame, Dios mío! —exclamó Lasher—. ¿Por qué, Señor, por qué? —gimió desesperado.

La sangre se deslizaba por su frente, su nariz y sus labios. Parecía Jesús coronado de espinas.

Michael alzó de nuevo el martillo, dispuesto a golpearlo nuevamente.

En aquel momento apareció Norgan, jadeando y con el rostro congestionado. Se abalanzó sobre Michael, pero éste le clavó el martillo en la frente. Norgan murió al instante.

Michael arrancó el martillo de la herida y Norgan cayó hacia delante.

Lasher dio unos pasos vacilantes, como si estuviera a punto de perder el equilibrio, gimiendo suavemente mientras la sangre le empapaba el negro cabello y las ropas. Al mirar hacia la ventana vio a una joven de aspecto frágil de pie sobre el tejado del porche, entre las sombras. Llevaba un vestido floreado que le llegaba hasta las rodillas y el pelo corto. En torno al cuello lucía una cadena de oro de la que pendía una espléndida esmeralda. La joven hizo un gesto con la mano, indicándole que se aproximara.

—Ya voy, querida —dijo Lasher, precipitándose hacia la ventana y encaramándose a la repisa de ésta—. Espérame, querida Antha. No te calgas.

Mientras Lasher se ponía en pie, tratando de no perder el equilibrio, Michael se encaramó apresuradamente al

tejado. Pero la joven había desaparecido. Había anochecido y la luna brillaba en el cielo. Ambos se hallaban a una distancia de tres pisos del suelo. Michael golpeó de nuevo a Lasher con el martillo, hiriéndole en la sien, y éste se precipitó al vacío.

El monstruo cayó sin proferir un grito y se estrelló contra las baldosas del jardín.

Michael se metió el martillo bajo la cintura de los pantalones, salvó la pequeña barandilla que rodeaba el tejado y empezó a descender, sujetándose ala enredadera ya las ramas de los plátanos para amortiguar la caída.

El monstruo yacía sobre las baldosas como un monigote. Estaba muerto.

Sus ojos azules contemplaban fijamente el cielo, y tenía la boca abierta.

Michael se arrodilló junto a él y empezó a golpearle en el rostro con el martillo, partiéndole los huesos de la frente, los pómulos y la mandíbula.

Al cabo de unos minutos se detuvo y contempló al monstruo, el cual yacía destrozado, como un muñeco de goma o de plástico. La sangre brotaba a borbotones de las numerosas heridas que presentaba en el rostro y el cuerpo.

No obstante, Michael lo golpeó de nuevo, clavándole el martillo en el cuello y sajándole la yugular. Le golpeó una y otra vez, hasta casi separarle la cabeza del tronco.

Al fin, exhausto, se sentó en el porche de la planta baja con el en-sangrentado martillo en las manos, tratando de recobrar el aliento. Sintió una aguda punzada en el pecho, pero no le dio importancia. Contempló el cadáver de Lasher, postrado a sus pies en el oscuro jardín. Luego alzó la vista y observó el resplandor de la luna y las estrellas. Unas ramas de plátano yacían sobre el cuerpo inerte del monstruo, el cual había quedado reducido aun amasijo de huesos, sangre, dientes y mechones de cabello negro.

Michael se incorporó. El dolor era más fuerte y apenas le dejaba respirar. Pasó por encima del cadáver y atravesó la

extensión de césped, contemplando la oscura fachada de la casa. Todas las luces estaban apagadas y las ventanas quedaban ocultas por las ramas de los plátanos y las magnolias. Luego dirigió la vista hacia los matorrales que crecían junto a la verja y la calle, que estaba desierta.

El jardín se hallaba en silencio, al igual que la casa. No había tes-tigos. Se había producido una muerte en el profundo silencio y las sombras del Garden District, pero nadie la había presenciado.

Nadie se presentaría para interrogar a Michael; nadie había visto nada.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó. Estaba temblando y tenía las manos sudadas y manchadas de sangre. Le dolía un tobillo; probablemente se lo había torcido al descender por el emparrado o cuando aterrizó en el suelo. No tenía importancia. Afortunadamente, podía caminar y moverse. Debía limpiar el martillo. Michael se volvió y contempló la parte posterior del jardín, donde se hallaba la piscina, cuyas aguas relucían a la luz de la luna, y las gigantescas ramas de la encina de Deirdre, que se alzaban hacia el cielo como si quisieran alcanzar las pálidas nubes.

—Debajo de la encina —pensó—. Cuando haya recuperado el re-suello...

De golpe se desplomó sobre la hierba.

Michael permaneció tendido en el suelo durante un rato. No estaba dormido. El dolor aparecía y desaparecía de forma intermitente. Al cabo de unos minutos se incorporó. Notó de nuevo un espasmo de dolor, pero era menos intenso y estaba localizado en los ventrículos o en las válvulas del corazón. En cualquier caso, no tenía importancia. Se puso en pie y se dirigió hacia el camino empedrado.

La casa estaba a oscuras, silenciosa. «Mi amada Rowan... Aaron...» Pero no podía dejar el cadáver de Lasher tendido en el jardín.

Al aproximarse observó que éste parecía más aplanado, aunque quizá se debía a la grotesca postura. Cuando se agachó y alzó el torso del suelo, los restos de la cabeza —unos fragmentos de carne y hueso—, se desprendieron del tronco y cayeron sobre las baldosas.

«Regresaré más tarde para recoger la cabeza», pensó Michael. Luego agarró el cadáver por los pies y empezó a arrastrarlo por el camino empedrado hacia la parte trasera del jardín.

No le costaría ningún esfuerzo desembarazarse de los restos del monstruo después de haberlo matado. El cuerpo pesaba poco y decidió tomarse las cosas con calma. Se le ocurrió enterrarlo debajo del mirto que crecía junto a la fachada, donde una vez, de niño, al pasar frente a la casa, había visto al «hombre» mientras éste le observaba sonriendo.

Pero luego pensó que podía verle alguien desde el otro lado de la calle. No, era mejor enterrarlo en la parte trasera del jardín. Nadie le vería enterrarlo debajo de la encina de Deirdre. Luego tendría que desembarazarse de los otros dos cadáveres, el de Norgan y el de Stólov. Sabía que Stólov

estaba muerto; lo comprendió cuando lo vio caer hacia atrás. Michael le había partido el cuello. Norgan también estaba muerto.

Michael había intentado en vano reanimar a Stólov. Tal vez fuera cierto lo que decían, que un miembro de la familia Mayfair podía matar a alguien y nadie hacía nada.

El jardín trasero estaba oscuro y húmedo. Los plátanos habían vuelto a crecer tras la helada de Navidad y sus ramas se extendían sobre la tapia. Debido a la oscuridad, Michael apenas podía ver las raíces de la encina. Depositó el cadáver en el suelo y le colocó los brazos sobre el pecho. Parecía un gigantesco muñeco, con sus grandes pies y sus enormes manazas, blanco como el plástico, frío e inerte.

A continuación, Michael regresó junto al porche, donde yacía la cabeza. Se quitó el jersey y la camisa y volvió a ponerse el jersey. Luego cogió la cabeza con cuidado, procurando no mancharse más, y envolvió los restos de la misma en la camisa, limpiando el charco de sangre que había quedado con el pañuelo que llevaba en el bolsillo.

Se le ocurrió meter los restos de la cabeza en un tarro antes de sepultarlos, pero no quería perder tiempo. Rowan le necesitaba y era posible que Aaron estuviese malherido. Además, aún tenía que enterrar los otros dos cadáveres y no podía arriesgarse a que alguien le viera.

Michael transportó la cabeza hasta la encina. Luego cerró la verja que rodeaba la parte trasera del jardín, por si aparecía de improviso algún Mayfair.

La pala estaba en el cobertizo. Michael jamás la había utilizado, puesto que en la casa trabajaban unos jardineros, pero era preciso que se desembarazara del cadáver antes de que alguien descubriese lo sucedido.

La tierra que rodeaba la encina estaba empapada a causa de la lluvia, de modo que le resultó bastante fácil cavar un hoyo profundo. Las raíces, sin embargo, representaban un obstáculo, pero al final consiguió cavar una fosa de forma irregular, más amplia de lo previsto y muy

distinta de las sepulturas rectangulares de las películas de horror y los funerales modernos. Tras depositar el cadáver en la fosa, enterró la cabeza envuelta en la camisa empapada de sangre. Debido a la humedad y al calor, los restos del monstruo no tardarían en descomponerse. Ya habían comenzado las lluvias primaverales.

Bendita lluvia. Michael contempló la fosa. Lo único que distinguió fue una mano blanca que asomaba entre la tierra. No parecía la de un ser humano; tenía los dedos demasiado largos y los nudillos excesivamente grandes. Más bien parecía de cera.

Luego alzó la vista hacia las oscuras ramas de los árboles. Había empezado a llover, pero tan sólo unas gotas.

El jardín estaba desierto y silencioso. En el pabellón de huéspedes no había ninguna luz encendida y en la vivienda contigua a la mansión también reinaba el silencio.

Michael contempló la fosa por última vez. La mano parecía más pequeña, más delgada, menos sustancial. Los dedos estaban apelotonados y presentaban una extraña forma. Decididamente, no parecía una mano humana.

De pronto observó algo que brillaba en la oscuridad, un leve des-tello verde.

Michael se arrodilló junto a la fosa, apoyó la mano izquierda en el borde de la misma para no perder el equilibrio y metió la derecha en el hoyo.

Al cabo de unos instantes notó el duro y frío tacto de la esmeralda.

Michael agarró la cadena que había quedado adherida a la san-grienta masa y sacó la mano del hoyo.

«Por fin te tengo», murmuró, contemplando la esmeralda.

Por lo visto, el monstruo la llevaba colgada alrededor del cuello, dentro de la camisa.

Michael observó la maravillosa joya a la luz de las estrellas. No sintió la menor emoción. Nada.

Sólo la triste satisfacción de haber recuperado la esmeralda Mayfair, de haberla rescatado de la siniestra fosa donde reposaban los restos de quien, en definitiva, había perdido la batalla.

Sí, había perdido la batalla.

De pronto Michael notó que se le nublaba la vista. Todo estaba muy oscuro y silencioso. Sostuvo la cadena en sus manos unos instantes, como si fuera un rosario, y luego se la guardó en el bolsillo de los pantalones. Acto seguido cerró los ojos, lo cual hizo que perdiera momentáneamente el equilibrio y casi cayera en la fosa. Cuando volvió a abrirlos, distinguió el jardín débilmente. La mano había desaparecido entre la tierra.

Súbitamente oyó un ruido, como si se cerrara la verja. ¿Habría alguien en la casa?

Debía apresurarse, por muy fatigado que se sintiera. No podía perder tiempo. Tardó unos quince minutos en cubrir la fosa con tierra.

La lluvia comenzó a arreciar, empapando las hojas de las camelias y las baldosas del camino.

Michael permaneció unos minutos junto a la fosa, apoyado en la pala, y recitó en voz alta unos versos del poema de Julien:

Mata a lo seres que no son humanos con instrumentos toscos y crueles, a fin de que sus atormentadas almas consigan alcanzar la luz.

Luego se desplomó junto a la encina y cerró los ojos. El dolor era más intenso, como si hubiera permanecido agazapado esperando el momento de volver a atacar. Le costaba respirar, pero al cabo de unos minutos el dolor remitió y su respiración adquirió de nuevo un ritmo pausado y regular.

Michael permaneció postrado junto a la encina y al fin se quedó dormido, suponiendo que alguien pueda dormir sabiendo que ha cometido un delito. Al cabo de unos momentos soñó que se sumía en unas tinieblas donde le

aguardaban otros, muchos otros, para interrogarlo, consolarlo y condenarlo.

En el aire flotaban multitud de espíritus. ¿Acaso era preciso que uno se quedara dormido para verles el rostro y percibir sus lamentos?

Tal vez. Acudieron a su memoria viejas imágenes, fragmentos inconexos de antiguas historias y sueños. Sin embargo, no se dejó arrastrar por estos recuerdos.

Durmió durante unos minutos sintiéndose a salvo, en compañía de la lluvia, la cual caía a su alrededor pero no conseguía alcanzarle, en su jardín, al abrigo de la vetusta encina.

De pronto vio la imagen del cadáver, lívido y destrozado, que dormía a sus pies, si es que es posible aplicar a los muertos una palabra tan suave como «dormir».

Los vivos dormían plácidamente, como Michael. ¿Qué suerte les aguardaba a quienes habían muerto, recientemente o hacía mucho tiempo, a los que habían desaparecido definitivamente de la tierra?

Lívido, tendido como un monigote, derrotado de nuevo al cabo de tantos siglos, enterrado en una fosa sin una lápida que lo identificara...

Michael se despertó sobresaltado y estuvo apunto de proferir un grito.

Cuando alzó la vista vio a través de la valla que rodeaba la piscina que la mansión estaba inundada de luz.

Había varias luces encendidas en la planta baja y en los pisos superiores. Michael creyó ver a alguien entrar en una habitación del primer piso. Quizá se trataba de Eugenia. Pobre anciana. Tal vez había pre-senciado la escena. Tal vez había visto los cadáveres. Era como una sombra oculta tras la persiana. Michael no estaba seguro de que fuera ella. Se encontraba demasiado lejos para oír las voces de los ocupantes de la casa.

Cuando se dirigió al cobertizo para dejar la pala, la lluvia comenzó a arreciar de nuevo, intensificando la fragancia de las flores y los arbustos.

De pronto estalló un relámpago y unas gruesas gotas de lluvia cayeron sobre su rostro y sus manos.

Michael abrió la verja y se dirigió al grifo que había junto a la piscina. Tras quitarse el jersey, se lavó los brazos, la cara y el pecho. El dolor persistía, como si algo le estuviera mordiendo, y notó que apenas tenía tacto en la mano izquierda. No obstante, podía abrirla y cerrarla. Luego se volvió hacia la encina, pero no consiguió distinguir la fosa que yacía a sus pies.

La lluvia lavaba las baldosas sobre las que había muerto Lasher. Caía con fuerza, arrastrando los restos de sangre, huesos y tejidos, hasta que el suelo quedó completamente limpio.

Michael permaneció inmóvil, calado hasta los huesos. Deseaba fumarse un cigarrillo, pero sabía que la lluvia lo apagaría. A través de la ventana del comedor vio la imagen borrosa de Aaron, sentado ante la mesa, como si no se

hubiera movido de allí, y la de y uri, de pie junto a él. Al lado de ellos había una figura que Michael no logró identificar.

De modo que había gente en la casa. Era de prever. Era lógico que acabara apareciendo alguien, Beatrice, Mona u otro miembro de la familia...

Después de que la lluvia hubo limpiado todas las manchas de sangre, Michael se encaminó hacia la entrada principal de la casa.

Había dos coches patrulla aparcados frente a la puerta, con las luces encendidas. Junto a ellos había varios hombres, entre los cuales se encontraban Ryan y el joven Pierce. Mona estaba también allí, vestida con unos tejanos y una camiseta. Al verla, Michael sintió deseos de romper a llorar.

«¿Por qué no me arrestan? —pensó—. ¿Por qué no han registrado el jardín? ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado la policía? ¿Cuánto tardarán en descubrir la fosa?»

Ésas y otras preguntas se agolpaban confusamente en su mente.

Observó que no había ninguna ambulancia, aunque eso no significaba nada. Quizá Rowan había muerto y la habían trasladado al depósito. «Debo subir a verla inmediatamente —pensó Michael—. No me sacarán de aquí antes de que me haya despedido de ella con un beso.»

Michael echó a caminar hacia los escalones de la entrada.

En cuanto lo vio, Ryan se precipitó hacia él y dijo:

—Gracias a Dios que has regresado. Ha sucedido algo inexcusable. Ha sido un malentendido.

Ocurrió poco después de que te fueras. Te prometo que no volverá a suceder. —¿Qué ha pasado? —preguntó Michael.

Mona lo miró impasible. Presentaba un aspecto encantador y muy juvenil, como de costumbre.

Tenía unos ojos verdes que nunca dejaban de asombrarle. Michael recordó lo que había dicho Lasher sobre

las joyas.

—Como he dicho, fue un error —contestó Ryan—. Los guardias y las enfermeras se marcharon, dejando la casa abandonada. Incluso Henri se marchó. El único que permaneció aquí fue Aaron, que se quedó dormido.

Mona hizo un gesto ambiguo y alzó una de sus suaves y bonitas manos. Realmente, era una chica muy atractiva. —¿Rowan está bien? —preguntó Michael. No recordaba lo que Ryan había dicho; sólo sabía, por su expresión, que Rowan no había muerto.

—Sí, perfectamente —respondió Ryan—. Por lo visto, se quedó a solas en la casa con las puertas abiertas. Alguien les dijo a los guardias que podían marcharse. Al parecer, se trataba de un cura de la parroquia, pero no hemos podido dar con él. No te preocupes, lo encontraremos. Ese individuo les dijo a las enfermeras que Rowan estaba bien y que...

—Pero Rowan está bien, ¿no? —insistió Michael.

—Sí. No han robado nada. Eugenia estaba en su habitación, pero no vio ni oyó nada sospechoso.

Cuando llegaron Mona y Yuri, comprobaron que la casa estaba vacía. Despertaron a Aaron y me avisaron inmediatamente.

—Comprendo —dijo Michael.

—No sabíamos dónde estabas. Luego Aaron recordó que habías salido a dar un paseo. Llegué tan pronto como pude. Menos mal que no ha sucedido nada malo. Hemos despachado a las enfermeras y los guardias y los hemos sustituido por otros.

—Ya lo veo —respondió Michael.

Al entrar en la casa comprobó que todo estaba intacto: la alfombra roja que cubría la escalera, el tapiz oriental colocado frente a la puerta, unas huellas de barro en el suelo, etcétera.

Michael se volvió y miró a Mona, que se hallaba detrás de su tío. Los tejanos no podían ser más ceñidos. Michael pensó que la historia de la moda en el siglo veinte habría

sido muy distinta si el algodón empleado para confeccionar esas prendas no fuera tan resistente.

—No han tocado nada —dijo Ryan—. No falta nada. Todavía no hemos registrado toda la casa, pero...

—No te preocupes, lo haré yo mismo —respondió Michael.

—He doblado el número de guardias y enfermeras —prosiguió Ryan—. Nadie está autorizado a salir de aquí sin permiso expreso de un miembro de la familia. No hay derecho a que no puedas salir a dar un paseo sin tener que preocuparte por Rowan.

—Sí —contestó Michael—, subiré a verla ahora mismo.

Rowan llevaba un camisón blanco de seda, de manga larga y con unos puños estrechos. Su rostro mostraba la misma expresión de asombro que cuando Michael la dejó. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y estaba cubierta por una colcha de lino bordada, ribeteada con una cinta azul. La habitación olía a limpio. El ambiente estaba impregnado del aroma de las velas y las flores amarillas colocadas en un jarrón, sobre la mesa que utilizaban las enfermeras.

—Son unas flores muy bonitas —observó Michael.

—Sí —respondió Pierce—. Cada vez que ocurre algo, Bea envía flores. En cualquier caso, no creo que Rowan se diera cuenta de que se había quedado sola.

—No, yo tampoco —dijo Michael.

Ryan siguió disculpándose y le juró a Michael que jamás volvería a suceder nada parecido. De pronto, Hamilton Mayfair salió de entre las sombras, saludó brevemente y se esfumó tan sigilosamente como había aparecido.

Beatrice entró en la habitación gesticulando y haciendo tintinear sus pulseras de oro. Michael notó su beso antes de verla y aspirar su perfume a jazmín. Le recordaba la fragancia del jardín en verano. El verano. No tardaría en llegar. La habitación se hallaba en penumbra, como de costumbre; sólo estaban encendidas las velas y la lámpara

de la mesilla de noche. Beatrice abrazó a Michael y exclamó:
—¡Pero si estás empapado!

—Tienes razón —contestó Michael.

—Vamos, no pongas esa cara —dijo Bea en tono de reproche—. No ha pasado nada. Mona y Yuri se ocuparon de todo. Estábamos empeñados en averiguar lo sucedido antes de que regresaras.

—Gracias.

—Pareces agotado —terció Mona—. Necesitas descansar.

—Y quítate esa ropa —dijo Beatrice—. Vas a pillar un resfriado. ¿Dónde están tus cosas? ¿En la habitación delantera?

Michael asintió.

—Yo te ayudaré —dijo Mona. —¿Dónde está Aaron? —preguntó Michael.

—Está perfectamente —respondió Beatrice, sonriendo—. No te preocupes por él. Está tomándose una taza de té en el comedor. En cuanto Mona y Yuri lo despertaron, se puso en acción. No le ocurre nada. Te traeré un poco de té. Deja que Mona te ayude. Y quítate esa ropa de una vez.

Bea miró a Michael de arriba abajo. El jersey y los pantalones estaban empapados, por lo que no se distinguían las manchas de sangre. Pero cuando la ropa se secase sí que se notarían, pensó Michael.

Mona entró en el dormitorio delantero y Michael la siguió. Todo estaba intacto. Michael observó el lecho matrimonial, cubierto con un dosel blanco, y las rosas amarillas colocadas en la repisa de la chimenea. Las cortinas estaban descorridas y la luz de las farolas penetraba por las ventanas, a través de las ramas de las encinas. «Parece una habitación construida en lo alto de un árbol», pensó Michael.

Mona le ayudó a quitarse el jersey.

—Estas prendas están tan viejas que voy a hacerte un favor —di-jo—. Voy a quemarlas. ¿Sabes si la chimenea tira?

Michael asintió. —¿Qué hiciste con los cadáveres de esos dos hombres?

—No hables tan alto —contestó Mona, bajándole la cremallera de la bragueta—. Yuri y yo nos encargamos de todo. No hagas preguntas.

—Supongo que sabes que lo maté —dijo Michael.

Mona asintió.

—Sí. Ojalá hubiera estado presente. Me hubiera encantado ver a ese individuo de cerca.

—No lo creo. Y no se te ocurra buscar su cadáver ni preguntarme dónde lo he enterrado...

Mona guardó silencio. Mostraba una expresión firme y decidida, ajena a su influencia, a su ternura ya la preocupación que él sentía por ella. Su mezcla de inocencia y sabiduría le intrigaban.

Poseía una belleza fresca y juvenil, aunque en ocasiones parecía enfrascada en os-curos pensamientos poco acordes con su edad. —¿Te sientes decepcionada? —preguntó Michael.

Mona no respondió. En aquellos momentos parecía una mujer madura, responsable. Tenía el aire de misterio —el simple misterio de otro ser, desconocido debido a su naturaleza e individualidadde una persona a la que nunca llegaremos a poseer ni lograremos comprender del todo.

Michael sacó del bolsillo la esmeralda, cubierta de barro, y se la entregó. Mona lo miró perpleja.

—Llévatela —dijo Michael—. Es tuya. Tómala. No intentes averiguar nada. No es necesario que lo comprendas.

Mona lo observó en silencio, seria, tratando de asimilar sus palabras pero sin dejar traslucir sus emociones. Su expresión denotaba respeto o, tal vez, simplemente frialdad.

Mona cerró el puño, como si quisiera ocultar la esmeralda, y dijo tranquilamente:

—Ve a darte un baño. Descansa un rato. Pero antes dame los pantalones, los calcetines y los zapatos. Me desharé de ellos.

La luz del amanecer lo despertó. Al incorporarse comprobó que estaba en la habitación de Rowan, sentado junto a su lecho. Ella lo observaba como si pudiera verlo. Michael no recordaba haberse quedado dormido.

Durante la noche le había relatado toda la historia. De cabo a rabo. Le contó la historia de Lasher y cómo lo había matado, clavándole el martillo en el cráneo y atravesándole la fontanela. No sabía si hablaba lo suficientemente alto para que ella le oyera, pero confiaba en que le hubiera entendido. Se lo contó de un tirón, sin ninguna interrupción. Estaba seguro de que Rowan querría saber cómo había terminado la historia. Según le había dicho al conductor del camión, estaba ansiosa por regresar a casa.

Cuando terminó de narrarle la historia, Michael guardó silencio. Al cerrar los ojos le pareció oír la voz de Lasher hablándole sobre su amada Italia, el cálido sol y el Niño Jesús. Michael se preguntó si le habría hablado de ello a Rowan.

Asimismo, se preguntó si el alma de Lasher estaría ahí arriba, si era cierto que san Ashlar regresaría de nuevo a la tierra. ¿Dónde aparecería de nuevo? ¿En Donnelaith o aquí, en esta casa?

Era imposible adivinarlo.

—Cuando eso ocurra yo ya estaré muerto —dijo suavemente—. Tardó un siglo en aparecer ante Suzanne. Pero no creo que siga aquí. Creo que ha hallado la luz. Y Julien también. Puede que Julien le ayudara a encontrarla. Es posible que las palabras de Evelyn fueran ciertas.

Michael recitó el poema en voz baja, deteniéndose unos segundos antes de pronunciar los últimos versos.

Aniquila a los hijos del mal, no te apiades de sus inocentes sonrisas, pues de otro modo la primavera no brillará, ni reinarán los nuestros en el edén.

Aguardó unos momentos y luego dijo:

—Lo siento por él. Fue horroroso. Pero tenía que hacer lo que hice. Lo hice por amor a mi esposa y mi hijo. Existían razones de más peso y sé que los otros no lo hubieran hecho. Pero debía hacerlo, porque, de lo contrario, él hubiera acabado conquistándolos a todos. Eso fue lo horroroso. Era un ser puro.

Después, Michael se había quedado dormido. Soñó con Inglaterra, con valles nevados y catedrales. Supuso que tendría esos sueños durante un tiempo. Quizá los tendría siempre. Pese a que lucía el sol, estaba lloviendo. Era una buena señal. —¿Quieres que te cante, cariño? —preguntó suavemente. Luego se echó a reír—. Sólo conozco unas veinticinco canciones irlandesas.

Pero, de pronto, sintió una profunda tristeza al recordar el rostro de Lasher mientras le contaba que solía cantar para los fieles, y sus grandes e inocentes ojos azules. Recordó la suave barba negra y el vello que le cubría el labio superior, su vivacidad, un tanto pueril, y la forma en que había cantado sotto voce para demostrarles cómo sonaba la melodía.

«Está muerto, yo lo he matado.» Michael se estremeció. Había amanecido. «No te preocupes más.

Levántate.»

En aquel momento entró Hamilton Mayfair. —¿Te apetece una taza de café? Me quedaré un rato con ella. Está muy guapa esta mañana.

—Siempre está guapa —respondió Michael—. Gracias. Bajaré a estirar las piernas.

Salió de la habitación y bajó la escalera.

La casa estaba inundada de luz, y las gotas de lluvia relucían sobre los cristales de las ventanas.

Michael percibió el olor procedente de la chimenea del dormitorio. Mona la había encendido la noche anterior para quemar sus pantalones y su jersey.

Sintió deseos de encender la chimenea del salón y tomarse el café ahí, al calor del fuego y del sol que penetraba en la estancia.

Atravesó el salón y se dirigió a la primera chimenea, su favorita, con sus flores talladas en mármol. Luego se sentó, cruzó las piernas al estilo indio y se apoyó en la piedra. No tenía fuerzas para prepararse una taza de café, ni para ir a por leña para encender el fuego. No sabía quién estaba en la casa. No sabía qué hacer.

Cerró los ojos. «Está muerto, tú lo has matado. Se acabó.»

De pronto oyó que alguien abría y cerraba la puerta principal y, al cabo de unos instantes, apareció Aaron. Al ver a Michael se llevó un pequeño sobresalto.

Aaron iba perfectamente peinado y afeitado; llevaba una chaqueta de lana gris claro, camisa blanca y corbata. Tenía aspecto de haber descansado.

—Sé que nunca me perdonarás —dijo Michael—, pero no tuve más remedio que hacerlo. —¿Por qué no voy a perdonarte? —repuso Aaron en tono tranquilizador—. No te preocupes. No pienses en ello. Olvida este desagradable episodio. Lo que lamento es no haber podido ayudarte. No podía hacerlo. —¿Por qué? ¿Porque te atraía su misterio, porque te inspiraba lástima o por cariño?

Aaron reflexionó unos momentos antes de responder. Miró a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos y luego se sentó en un sillón tapizado con un tejido de ganchillo.

—Sinceramente, no lo sé —contestó con aire serio—. Sólo sé que no podía matarlo. —Luego añadió con una voz apenas audible—: Hubiera sido incapaz. —¿Y la Orden?

—No sé qué decirte sobre la Orden. He recibido unos mensajes ordenándome que me ponga en contacto con la

casa matriz de Amsterdam o Londres. Quieren que regrese, pero no lo haré. Yuri hallará la respuesta. Partió esta mañana. No quería dejar a Mona, pero al final lo convencí. Ha prometido llamarnos todas las noches. Está tan enamorado de Mona que, de no ser porque tenía que cumplir esta misión, no se habría separado de ella. Quiere hablar con los Mayores. Está empeñado en averiguar lo sucedido, si Stólov y Norgan fueron enviados aquí para capturar a Lasher y llevarlo a Europa, y, en tal caso, si fueron los Mayores quienes se lo ordenaron. —¿Y tú qué crees, o qué sospechas?

—Francamente, no lo sé. A veces pienso que me he pasado la vida dejándome engañar por los demás. Tal vez envíen a alguien para que me mate, como hicieron con los dos médicos. En caso de que eso ocurra, no quiero que hagas nada. No puedes hacer nada al respecto. Otras veces creo que la Orden no es más que un grupo de viejos eruditos que se dedican a recabar información de casos interesantes, que no existe ningún móvil oculto y siniestro, que al final descubriremos que Stólov y Norgan decidieron por su cuenta capturar a Lasher para tratar de crear otros seres como él. Cuando los informes médicos cayeron en sus manos, vieron una posibilidad a la que no pudieron resistirse. Supongo que Rowan sintió lo mismo cuando vio ese prodigio médico y decidió llevárselo de aquí. «Los eruditos alimentan el mal.. Los científicos tratan de sacarle provecho.» Creo que eso fue lo que sucedió. Descubrieron algo peligroso y útil. No actuaban de acuerdo con los otros. Mintieron a los Mayores.. No lo sé. Ya no formo parte de la organización. Sea lo que sea lo que descubran, no me lo comunicarán.

—Pero ¿Y Yuri? ¿Crees que pueden hacerle daño?

Aaron soltó una amarga carcajada.

—Según ellos, no le guardan rencor. Yuri no les teme. Ha regresado a Londres dispuesto a enfrentarse a ellos. Creo que es perfecta-mente capaz de cuidar de sí mismo.

Michael pensó en Yuri, en su breve trato con él, en la impresión que le había causado de inocencia, astucia y fuerza.

—La verdad es que no me preocupa —declaró Aaron—. Yuri desea regresar para reunirse con Mona.

Por consiguiente, sé que llevará cuidado.

Michael sonrió.

—Supongo que tienes razón —dijo.

—Confío en que halle la respuesta. Está obsesionado con la Orden, con desentrañar el misterio de los Mayores, el propósito de la organización. Imagino que Mona lo salvará, del mismo modo que Beatrice me salvó a mí. Es extraño el poder que tiene esta familia. Es un poder que no tiene nada que ver con... él. —¿Y Stólov y Norgan? ¿Crees que vendrán a buscarlos?

—No. Olvida también ese asunto. Yuri se encargará de resolverlo. No existen pruebas de que estuvieron aquí. Nadie vendrá a buscarlos, te lo aseguro.

—Da la impresión de que estás resignado, pero no pareces satisfecho —observó Michael.

—Las heridas tardarán un tiempo en cicatrizar —respondió Aaron con calma—. De todos modos, me siento más satisfecho que antes. No estoy dispuesto a renunciar a mis creencias por culpa de dos seres malvados.

—Lasher te explicó cuál era el propósito de la Orden —dijo Michael.

—Cierto. Pero eso sucedió hace tiempo, en otra época, cuando la gente creía unas cosas en las que ahora no cree.

—Supongo que tienes razón.

—Yuri hallará la respuesta —dijo Aaron con un suspiro—. Estoy convencido de que regresará. —¿No temes que traten de lastimarte?

—No —contestó Aaron—. No creo que se molesten en intentarlo. Los conozco bien. Al fin y al cabo, he pasado muchos años metido en la organización.

Michael guardó silencio.

—Sé que ya no formo parte de ella —prosiguió Aaron—. Sé que mi hogar está aquí, que ésta es mi familia. Sé que estoy casado y que jamás abandonaré a Beatrice. Quizá..., quizás... En cuanto a...

Talamasca, a sus secretos y propósitos..., me tienen sin cuidado. Creo que todo ello dejó de importarme en Navidad, cuando Rowan perdió su primera batalla. O tal vez fue cuando la vi postrada en la camilla, inconsciente. El caso es que ya no me importa. Y cuando algo deja de importarme, procuro borrarlo de mi mente. —¿Por qué no llamaste a la policía para denunciar la muerte de Stólov y Norgan?

Aaron miró asombrado a Michael.

—Ya conoces la respuesta. Te debía ese favor, ¿no crees? Quisiera transmitirte un poco de mi serenidad. Por otra parte, fueron Mona y y uri quienes decidieron no decir nada. Yo estaba demasiado aturdido para tomar ninguna decisión. Hicimos lo que nos pareció más sencillo. Es lo más aconsejable. —¿Lo más sencillo?

—Sí, lo que tú hiciste con Lasher.

Michael no respondió.

—Queda mucho por hacer —dijo Aaron—. La familia todavía no comprende que está a salvo, pero no tardará en darse cuenta. La vida de todos cambiará en cuanto comprendan que la pesadilla ha terminado. Ya no será necesario que mantengan las persianas bajadas; podrán dejar que penetre el sol.

—Sí.

—Haremos que los mejores especialistas visiten a Rowan. Quería traerte una cinta, el Canon de Pachelbel. Bea me contó que, un día que Rowan fue a visitarla, le puso esa pieza y ella le dijo que la entusias-maba. —¿Crees todo lo que dijo Lasher sobre el Taltos, las leyendas y los duendes?

—Sí y no. —Aaron reflexionó unos instantes y luego añadió—: Estoy harto de secretos y misterios.

—Parecía sorprendido de la tranquilidad con que se tomaba el asunto—. Deseo estar con mi familia. Quiero que

Deirdre Mayfair me perdone por no haberla ayudado; que Rowan Mayfair me perdone por no haber impedido que resultara lastimada. Quiero que tú me perdones por el daño que has sufrido, por dejar que cargaras tú solo con la responsabilidad de matarlo. Y luego quiero olvidar.

—Al final, ha ganado la familia—dijo Michael—. Ha ganado Julien.

—Has ganado tú —respondió Aaron—. y Mona ha empezado a conquistar algunas victorias —añadió sonriendo—. Sé que Mona es como una hija para ti. Es una muchacha muy decidida. Iré a visitarla.

Afirma que está tan enamorada de Yuri que, si no la telefonea esta noche, se volverá loca, como Ofelia. Tengo que ir a ver a Vivian ya la anciana Evelyn. ¿Te apetece acompañarme? Daremos un paseo por la avenida. Son unas diez manzanas.

—Ahora mismo no me apetece. Quizá más tarde. Ve tú.

Tras una breve pausa, Aaron dijo:

—Quieren que vayas a la calle Amelia. Mona confía en que la ayudes a restaurar la casa. Está muy abandonada.

—Es una casa preciosa.

—Necesita que le echés una mano.

—De acuerdo. Anda, vete.

A la mañana siguiente se puso a llover de nuevo. Michael estaba sentado debajo de la encina, junto a la fosa, contemplando la húmeda tierra que la cubría.

Ryan se acercó para charlar con él, procurando no pisar la hierba para no ensuciarse los zapatos.

Michael comprendió que no se trataba de nada urgente. Ryan tenía aspecto de haber descansado bien, como si supiera que todo había terminado.

Ryan ni siquiera dirigió una mirada al lugar donde se hallaba la fosa, ni reparó en que alrededor de las raíces de la encina la tierra parecía haber sido excavada recientemente.

—Debo decirte algo —dijo Michael.

Ryan lo miró con cierto recelo y temor y luego asintió lentamente.

—El peligro ha pasado —dijo Michael—. Puedes prescindir de los guardias. Sólo necesitamos a una enfermera que cuide de Rowan por las noches. Despide también a Henri. Págale lo suficiente para que pueda retirarse o envíalo a casa de Mona.

Ryan guardó silencio durante unos instantes y asintió de nuevo.

—Comunícaselo a los demás —continuó Michael—. Deben saberlo. Ya no existe ningún peligro. Las mujeres pueden estar tranquilas, no sufrirán más; ya no habrá más muertes. Es posible que los de Talamasca se pongan en contacto contigo. Si lo hacen, diles que vengan a hablar conmigo. No quiero que las mujeres se preocupen más. No sucederá nada. Están a salvo. En cuanto a los médicos que murieron, desgraciadamente nada de cuanto pueda hacer o decir les devolverá la vida.

Ryan abrió la boca como si quisiera hacer una pregunta, pero se limitó a decir:

—Descuida, me encargaré de decírselo a todos. Me ocuparé también de resolver el asunto de los médicos. En cuanto a Henri, creo que es una magnífica idea enviarlo a casa de Mona. Patrick tendrá que acostumbrarse a él; de todos modos, no está en condiciones de oponerse. En realidad vine a ver cómo te encontrabas. Me alegro de que estés bien.

Michael asintió y esbozó una leve sonrisa. Después de comer, se sentó junto al lecho de Rowan y le dijo a la enfermera que podía marcharse. No soportaba su presencia. Deseaba estar a solas con su mujer. La enfermera había insinuado que tenía que ir a visitar a su madre, la cual se hallaba ingresada en el hospital Touro.

—Puede marcharse —le dijo Michael—. Puedo arreglármelas yo solo. Regrese a las seis.

La enfermera se mostró muy agradecida. Michael la observó a través de la ventana mientras se alejaba. Al llegar a la esquina, la enfermera se detuvo y encendió un cigarrillo; luego se dirigió apresuradamente hacia la parada del tranvía.

Michael se fijó en una mujer alta que se hallaba de pie, apoyada en la verja. Tenía el cabello dorado rojizo, muy largo, y era bastante atractiva. Pero, como muchas mujeres hoy en día, estaba esquelética. Quizá se trataba de una de las primas Mayfair, que había venido a visitar a Rowan.

Michael se apartó de la ventana, pensando que si llamaba al timbre no le abriría. Estaba muy a gusto a solas con Rowan.

Regresó junto al lecho y se sentó en el sillón.

La pistola descansaba sobre la superficie de mármol de la cómoda. Era un objeto grande, feo o hermoso según los sentimientos que le inspiraran a uno las pistolas. Michael no tenía nada contra las armas, pero no le gustaba tener una allí porque temía dejarse llevar por un arrebato y pegarse un tiro.

Miró a Rowan y pensó: «No puedo suici-darme mientras tú me necesites, amor mío. No lo haré.

Quizá suceda un milagro...»

Se preguntó si Rowan sentiría algo.

El médico le había informado esta mañana que Rowan estaba más fuerte, pero seguía sumida en un estado vegetativo.

Le habían administrado lípidos. Le habían dado un masaje en las piernas y los brazos. Le habían pintado los labios para que tuviera mejor aspecto y le habían cepillado el cabello.

Además, tenía que ocuparse de Mona, pensó Michael.

—Al margen de su relación con Yuri, me necesita —dijo en voz alta—. Bueno, no es que me necesite, pero no quiero que nadie la lastime ni a ella ni a nadie de la familia. Debo estar aquí el día de san Patricio para recibirlos a la puerta,

para estrecharles la mano. Soy el dueño y señor de esta casa hasta que...

Se reclinó en el sillón, pensando en Mona, cuyos besos se habían vuelto muy castos desde que Rowan había regresado a casa. Era una muchacha muy atractiva. Qué curioso que Yuri y ella se hubieran enamorado.

Quizá Mona y Pierce habían comenzado ya a trazar planes para el Mayfair Medical.

«No le entregaremos la fortuna de la familia a esa delincuente juvenil», había afirmado Randall anoche, mientras discutía con Bea frente a la puerta de la habitación de Rowan.

«Calla —contestó Bea—, no seas ridículo. Es como la realeza. Esa chica es un símbolo. Eso es todo.»

Michael estiró las piernas, cruzó los brazos y observó la tentadora pistola, con su gatillo gris plateado, su cilindro lleno de cartuchos y su cañón metido en un estuche negro de plástico, cuya correa colgaba formando una especie de soga para ahorcar a los reos.

«No, más adelante», pensó Michael. Aunque no creía que llegara a pegarse un tiro. Era mejor ingerir algo, algo que le envenenara lentamente. Luego se acostaría junto a ella y moriría estrechándola entre sus brazos.

«Cuando ella muera —pensó—. Sí, eso es lo que haré.»

Decidió guardar la pistola en un lugar seguro para evitar acceden-tes. Esta mañana habían acudido unos primos para visitar a Rowan, acompañados de sus hijos, y el día de san Patricio la casa estaría llena de niños. En la calle Magazine, a dos manzanas de allí, organizarían un gran desfile con carrozas desde las cuales la gente arrojaría patatas, coles y demás ingredientes utilizados para preparar un estofado ir, landés. Según le habían dicho, a la familia le encantaba presenciar el desfile. Él también disfrutaría.

Era preciso que quitara esa pistola de en medio. Uno de los niños podía verla.

Silencio.

Seguía lloviendo. La casa crujía como si estuviera poblada de fantasmas. De pronto Michael oyó el ruido de una puerta al cerrarse bruscamente. Debía de ser el viento. Quizá se trataba de la portezuela de un coche o de la puerta de una casa vecina. A veces, los sonidos engañan.

La lluvia batía sobre la repisa de granito de la ventana, un sonido peculiar de esa hermosa habitación.

—Ojalá pudiera hablar con alguien, confesar lo que he hecho —di-jo Michael en voz baja, mirando a Rowan—. Lo más importante es que ya no debes preocuparte. Todo ha terminado de la forma en que creo que habrías querido que terminara. Me gustaría saber que me perdonas. Es curioso. En Navidad, cuando creí que te había fallado, sentí unos remordimientos atroces. Y ahora que he ganado es peor.

Es mejor no participar en ciertas batallas. La victoria cuesta demasiado cara.

Rowan permaneció impasible. —¿Te apetece oír un poco de música, cariño? —preguntó Michael—. ¿Quieres que ponga un disco en el viejo gramófono? Me gusta su sonido. Nadie lo oirá, salvo tú y yo. Iré a buscarlo.

Michael se levantó y la besó en los labios. Sabían a carmín. Eso le recordó los tiempos del instituto y sonrió. Quizá le había pintado los labios la enfermera. Rowan estaba pálida, muy guapa, con la mirada perdida en el infinito.

Michael encontró el gramófono en el desván y lo cogió, junto con unos discos de La Traviata.

Permaneció inmóvil unos instantes, sosteniendo el gramófono y los discos, mientras admiraba a través de la ventana la combinación de lluvia y sol.

La ventana estaba cerrada.

El suelo estaba limpio.

Michael pensó de nuevo en Julien, en su repentina aparición junto a la puerta, impidiéndole el paso a Lasher.

—No había vuelto a pensar en ti desde entonces —dijo Michael—. Confío en que hayas desaparecido para siempre.

El tiempo transcurría lentamente. Michael se preguntó si sería capaz de utilizar de nuevo esta habitación. Observó la ventana y el borde del tejado del porche. Recordó el último gesto de Antha, indicándole a Lasher que la siguiera.

—Haz que los muertos regresen para ser testigos de tus actos —murmuró.

Michael empezó a bajar la escalera lentamente. De pronto se detuvo, alarmado, casi antes de darse cuenta de lo que oía. ¿Qué era ese sonido? Durante unos instantes permaneció inmóvil, sosteniendo el gramófono y los discos. Luego los depositó en el suelo.

Le pareció oír a una mujer sollozando, ¿o era un niño? Era un sonido desgarrador. No se trataba de la enfermera, la cual tardaría unas horas en regresar. Los sollozos provenían de la habitación de.

Rowan.

Durante unos segundos Michael pensó que era Rowan quien estaba llorando, aunque en el fondo sabía que eso era imposible.

—Te quiero mucho —dijo una voz desconocida—. Bebe leche. Anda, bebe. Pobre mamá.

Michael sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. No alcanzaba a comprender lo que sucedía. Aterrado, bajó sigilosamente y se asomó a la habitación de Rowan.

Vio a una joven sentada en el lecho. Era muy alta y delgada, como Lasher, de tez pálida y con una cabellera de un rubio rojizo que le caía por la espalda. Era la muchacha que había visto en la calle, apoyada en la verja. Sostenía a Rowan entre sus brazos, mientras ésta mamaba de su pecho derecho.

—Eso es, bebe leche —dijo la muchacha, con los ojos llenos de lágrimas—. Me haces daño, pero debes beber leche. Así recuperarás las fuerzas.

Luego, la joven se apartó ligeramente y le ofreció a Rowan su pecho izquierdo. Ésta empezó a succionarlo

ávidamente, agitando la mano izquierda, como si quisiera agarrar la cabeza de la muchacha.

De pronto, la joven alzó la vista y miró aterrada a Michael. Tenía Los ojos verdes e inmensos, como Lasher, su rostro era un óvalo perfecto y su boca parecía la de un querubín.

Rowan se incorporó, emitió un débil gemido, agarró a la muchacha de los cabellos y se apartó bruscamente de ella. —¡Michael! ¡Michael! ¡Michael! —gritó. Luego miró horrorizada a la joven, señalándola con el dedo, mientras ésta se levantaba de un salto y se tapaba los oídos. — ¡Michael! —gritó Rowan de nuevo.

La joven rompió a llorar desconsoladamente, como una criatura. —No, mamá, no —balbuceó, cubriéndose el rostro con sus largos dedos—. No hagas eso, mamá. —¡Mátala, Michael! —gritó Rowan—. ¡Mátala!

La joven retrocedió espantada.

—No, mamá, no... —dijo. —¡Mátala! —repitió Rowan. — ¡No puedo! —contestó Michael—. ¡Dios mío, no puedo matarla!

—Entonces lo haré yo —dijo Rowan.

Acto seguido cogió la pistola que descansaba sobre la mesilla de noche y, sosteniéndola con manos temblorosas, disparó tres veces contra la joven, hiriéndola en el rostro. Una densa humareda invadió la habitación.

Las balas destrozaron el rostro de la joven. La sangre brotó a borbotones a través de la ensangrentada máscara.

La chica cayó fulminada. Michael contempló el cuerpo que yacía sobre la alfombra, con la cabellera desparramada sobre los hombros.

Rowan soltó la pistola y rompió a llorar histéricamente, cubriéndose la boca con la mano izquierda para sofocar sus sollozos. Luego se levantó torpemente y se apoyó en uno de los pilares del lecho.

—Cierra la puerta —dijo con voz entrecortada.

Temblando, como si estuviera a punto de desplomarse, avanzó unos pasos y se arrodilló junto al cuerpo de la joven. —¡Emaeth! ¡Pequeña mía! —sollozó.

Estrechó entre sus brazos el cadáver de la muchacha, la cual llevaba la camisa abierta. Su cabello, largo y sedoso como el de Lasher, cubría la sanguinolenta e informe masa que había sido su rostro.

Sus largas y delicadas manos yacían inertes, como las ramas de un árbol en invierno, mientras en el suelo se formaba un charco de sangre. —¡Mi pobre niña! —gimió Rowan.

Luego acercó los labios al pecho de la joven y empezó a mamar de nuevo.

En la habitación no se oía el menor ruido. Todo estaba en silencio. Rowan succionó ávidamente el pezón izquierdo de la joven y luego el derecho. Michael la observaba estupefacto. Unos minutos después, Rowan se incorporó, se limpió los labios y emitió un largo y profundo gemido.

Michael se arrodilló junto a su esposa mientras ésta contemplaba fijamente el cadáver de la joven, llorando desconsoladamente. Luego, Rowan cogió con la yema del dedo una gota de leche del pezón derecho de la joven y se lo llevó a los labios.

Al cabo de unos momentos se volvió hacia Michael y lo miró fijamente, como para darle a entender que lo sabía todo. Era ella, Rowan. Estaba curada.

Después, sin dejar de llorar, cogió ambas manos de Michael como si quisiera tranquilizarlo, aunque las suyas estaban frías y temblorosas, y dijo:

—No te preocupes, Michael. La enterraré al pie de la encina. Nadie sabrá lo ocurrido. La enterraré junto a él. Tú ya has hecho suficiente. Yo misma me encargaré de enterrar a mi hija.

Luego cerró los ojos y se recostó contra Michael.

—No te preocupes por nada —repitió, sollozando y acariciándole la mano ¡Mi querida niña! ¡Mi Emaeth! Yo

misma le daré sepultura.

Las diez de la noche, 5 de agosto de 1992.